



Tales from the Shadowhunter Academy

The *New York Times* Bestselling Companion to
THE MORTAL INSTRUMENTS SERIES

CASSANDRA CLARE
SARAH REES BRENNAN
MAUREEN JOHNSON
ROBIN WASSERMAN

Este documento es una versión digital no oficial, hecha por aficionados para aficionados.

Este texto ha sido recopilado, re-traducido y corregido por el equipo de Universes In Books, así como también modificado y mejorado estéticamente en busca de la comodidad del lector. El formato y edición del documento ha sido realizado principalmente para los seguidores de la comunidad de Universes In Books, y agradecemos el apoyo que éstos nos han brindado, esperando también que el trabajo final sea de su agrado.

La obra y la traducción principal de ésta no nos pertenecen en este documento, y excluimos a nuestro equipo de aquel trabajo.

Recuerda apoyar al autor comprando su libro.



@universesinbooks

También de Cassandra Clare

LOS INSTRUMENTOS MORTALES

Ciudad de hueso

Ciudad de ceniza

Ciudad de cristal

Ciudad de los ángeles caídos

Ciudad de las almas perdidas

Ciudad del fuego celestial

LOS DISPOSITIVOS INFERNALES

Ángel mecánico

Príncipe mecánico

Princesa mecánica

LOS ARTEFACTOS OSCUROS

Lady Midnight

El Códice de los Cazadores de Sombras

Con Joshua Lewis

Las Crónicas de Magnus Bane

Con Sarah Rees Brennan

Y Maureen Johnson

Historias de la Academia de Cazadores de Sombras

**Cassandra Clare
Sarah Rees Brennan
Maureen Johnson
Robin Wasserman**

Para todos aquellos que están buscando a
un héroe o buscando ser uno como Simon:
Aquí está para ti, salvando el mundo entero (y
tal vez la galaxia)

Tabla de contenido

Bienvenido a la Academia de Cazadores de Sombras	8
El Herondale Perdido	127
El Terror de Whitechapel	227
Nada Más que Sombras	331
El Mal que Amamos.....	458
Reyes Pálidos y Príncipes	618
Arder en la Lengua	720
La Prueba de Fuego	812
Nacido Para La Noche Eterna	912
Ángeles Que Bajan Dos Veces.....	1069



Bienvenido a la Academia de Cazadores de Sombras

Cassandra Clare
Sarah Rees Brennan



*Simon la miró por un largo momento.
Ella era tan abrumadoramente hermosa e
impresionante, que él encontró demasiado
para manejar.*

—Bienvenido a la Academia de Cazadores
de Sombras.







El problema de Simon era que no sabía cómo hacer las maletas como alguien fantástico.

Para un viaje en acampada, claro; para quedarse con Eric o durante la noche de un fin de semana, bien; o para ir a unas vacaciones al sol con su madre y Rebecca, ningún problema. Simon podría lanzar juntos un bronceador y pantalones cortos, o convenientes camisetas del grupo y ropa interior limpia, en un momento. Simon estaba preparado para la vida normal.

Lo cual era el por qué estaba tan completamente desprevenido al hacer las

maletas para ir a una selecta academia de entrenamiento donde los luchadores de demonios medio ángeles, conocidos como Cazadores de Sombras, intentarían formarle como un miembro de su propia raza de guerreros.

En los libros y películas, las personas o se alejaban a una tierra mágica con la ropa con la cual se levantaban, o disimulaban por completo la parte en la que hacían las maletas. Simon ahora se sentía como si le hubiesen privado de la información crítica de los medios. ¿Debería poner los cuchillos de la cocina en su bolso? ¿Debería llevar la tostadora y amañarla como un arma?

Simon no hizo ninguna de aquellas cosas. En cambio, fue con la opción segura: ropa interior limpia y camisetas divertidísimas. A los Cazadores de Sombras les tenían que encantar las camisetas divertidísimas, ¿verdad? A todos les gustaban las camisetas divertidísimas.

—No sé cómo se sienten sobre camisetas con bromas sucias de ellos en la academia militar, chico —dijo su madre.

Simon se giró, con demasiada rapidez, el corazón dándole tumbos en la garganta. Su madre estaba de pie en la entrada, con los brazos cruzados. Su cara siempre preocupada estaba ligeramente arrugada con la preocupación suplementaria, pero generalmente lo miraba con amor. Como siempre hacía.

Salvo en otro conjunto entero de recuerdos al que Simon apenas tenía acceso, se había convertido en un vampiro y ella lo había echado de su casa. Este era uno de los motivos por los que Simon iba a la Academia de Cazadores de Sombras, el por qué había mentido a su madre entre dientes de que quería ir desesperadamente. Había hecho que Magnus Bane —un brujo con ojos de gato; Simon realmente conocía a un brujo con actuales ojos de gato— falsificase papeles para convencerla de que tenía una beca en esta ficticia academia militar.

Había hecho todo esto para que no tuviese que mirar a su madre cada día y recordar cómo lo había mirado cuando tenía miedo de él, cuando lo odió. Cuando lo traicionó.

—Creo que he juzgado mis camisetas bastante bien —le dijo Simon—. Soy un tipo bastante juicioso. Nada demasiado descarado para los militares. Material del payaso de la clase sólo bueno, sólido. Confía en mí.

—Confío en ti, o no te dejaría ir —dijo su madre. Se acercó a él y plantó un beso en su mejilla, pareció sorprendida y dañada cuando él se estremeció, pero no lo comentó, ni en su último día. En cambio, puso los brazos alrededor de él—. Te quiero. Recuerda eso.

Simon sabía que era injusto: Su madre lo había echado pensando que ya no era realmente Simon, sino un monstruo profano que llevaba la cara de su hijo. Todavía sentía que le debería haber reconocido y haberle querido con todo. No podía olvidar lo que ella le había hecho.

Incluso a pesar de que ella lo hubiese olvidado, incluso por lo que a ella o casi

cualquier otro en el mundo le concerniese, eso nunca había pasado.

Por lo tanto tenía que irse.

Simon trató de relajarse en su abrazo.

—Tengo mucho en mente —dijo, curvando la mano alrededor del brazo de su madre—. Pero intentaré recordar eso.

Se retiró.

—Tanto como puedas. ¿Seguro que estás bien cogiendo un ascensor con tus amigos?

Quiso decir los amigos siendo Cazadores de Sombras de Simon (quienes él fingía que eran compañeros de la academia militar quienes le habían inspirado a unirse también). Los amigos siendo Cazadores de Sombras de Simon eran la otra razón por la que estaba yendo.

—Estoy seguro —dijo Simon—. Adiós, mamá. Te quiero.

Lo dijo en serio. Nunca había dejado de quererla, en esta vida o cualquier otra.

Te quiero incondicionalmente, su madre le había dicho, un par de veces, cuando era más joven. Así es cómo los padres quieren. Te quiero pase lo que pase.

La gente decía cosas así, sin pensar en potenciales escenarios de pesadillas o condiciones horrorosas, el cambio mundial entero y amor escabulléndose. Ninguno de ellos alguna vez soñó que el amor sería probado y que fallaría.

Rebecca le había enviado una tarjeta que decía: ¡BUENA SUERTE, MUCHACHO SOLDADO! Simon recordó, incluso cuando había sido encerrado con llave fuera de su casa, la puerta que le excluía de cada forma que podría ser, el brazo de su hermana alrededor de él y su voz suave en su oído. Ella lo había querido, incluso entonces. Así que ahí estaba. Era algo, pero no era suficiente.

No se podía quedar aquí, atrapado entre los dos mundos y dos conjuntos de recuerdos. Tenía que escapar. Tenía que irse y hacerse un héroe, de la forma que lo había sido una vez.

Entonces todo esto tendría sentido, todo esto significaría algo. Seguramente no dolería más.

Simon hizo una pausa antes de que llevara a hombros su bolsa y partiese hacia la Academia. Puso la tarjeta de su hermana en su bolsillo. Se fue de casa para una extraña nueva vida y se llevó el amor de ella con él, como lo hizo una vez antes.

* * *

Simon se encontraba con sus amigos, a pesar de que ninguno de ellos fuera a la Academia. Había estado de acuerdo en que iría al Instituto y se despediría antes de que se fuera.

Hubo un tiempo cuando podría haber visto solo a través de los glamures, pero Magnus le había ayudado a hacerlo ahora. Simon alzó la vista al bulto extraño, imponente del Instituto, recordando con inquietud lo que había pasado en este lugar antes y visto como una construcción abandonada. Esto era otra vida,

sin embargo. Recordó una especie de pasaje de la Biblia sobre cómo los niños veían a través del cristal manchado, pero crecer significaba que podría ver cosas claramente. Podía ver el Instituto completamente claramente: una estructura impresionante que se elevaba por encima de él. La clase de construcción diseñada para hacer a la gente parecer hormigas. Simon abrió la puerta con filigranas, caminó por el camino estrecho que serpenteaba alrededor del Instituto y cruzó por las tierras.

Las murallas que rodeaban el Instituto encerraban un jardín que se esforzaba por prosperar dada su proximidad a una avenida de Nueva York. Había caminos de piedra impresionantes y los bancos y hasta una estatua de un ángel que puso a Simon más nervioso si cabe, ya que era un fan de Doctor Who. El ángel no estaba llorando, exactamente, pero parecía demasiado deprimido para el gusto de Simon.

Sentados en el banco de piedra en medio del jardín estaban Magnus Bane y Alec

Lightwood, un Cazador de Sombras que era alto y oscuro y bastante fuerte y silencioso, al menos alrededor de Simon. Magnus era hablador, sin embargo, tenía los ojos de gato ya mencionados y poderes mágicos, y ahora estaba vistiendo una empalagosa camiseta en un estampado de rayas de cebra con acentos rosados. Magnus y Alec habían estado saliendo durante algún tiempo; Simon adivinó que Magnus podría hablar por ambos.

Detrás de Magnus y Alec, apoyándose contra una pared de piedra, estaban Isabelle y Clary. Isabelle se estaba apoyando contra la pared del jardín, revisándolo y distante. Se veía como si estuviera en medio de una pose para una increíblemente encantadora sesión de fotos. Entonces otra vez, siempre lo hacía. Era su talento. Clary, sin embargo, estaba mirando fijamente de manera terca la cara de Isabelle y hablando con ella. Simon pensaba que Clary se metería en su camino y conseguiría que Isabelle le prestase finalmente atención. Ese era su talento.

Mirar a cualquiera de ellos causó una punzada en su pecho. Mirar a ambas comenzó un dolor embotado, estable.

Así que en su lugar Simon buscó a su amigo Jace, quien se estaba arrodillando en la hierba ya crecida y afilando una cuchilla corta contra una piedra. Simon supuso que Jace tendría sus razones para eso; o posiblemente sólo sabía que tenía buen aspecto haciéndolo. Posiblemente él e Isabelle podrían hacer una sesión de fotos juntos para Antipáticos Mensuales.

Todo estaban reunidos. Sólo por él.

Simon se habría sentido tan honrado como amado, excepto que generalmente se sentía extraño, porque tenía sólo unos fragmentos rotos de recuerdos que le decían que conocía a esta gente en absoluto y una vida entera de recuerdos que decían que eran forasteros armados y demasiado intensos. De la clase que podría evitar el transporte público.

Los adultos del Instituto y la Clave, la madre y el padre de Isabelle y Alec y otra gente, fueron los que habían sugerido que, si

Simon quería convertirse en un Cazador de Sombras, debiera ir a la Academia. Estaba abriendo sus puertas por primera vez en décadas para dar la bienvenida a aprendices que podrían restaurar las filas de Cazadores de Sombras que la reciente guerra había diezmado.

A Clary no le había gustado la idea. Isabelle no había dicho nada en absoluto del asunto, pero Simon sabía que tampoco le había gustado esto. Jace había sostenido que era absolutamente capaz de la formación de Simon en Nueva York, incluso se había ofrecido a hacer todo esto él mismo y llevar al día el entrenamiento de Simon con el de Clary. Simon había pensado que eso era tocante, y que él y Jace debían ser más cercanos de lo que realmente les recordaba, pero la horrible verdad era que no quería quedarse en Nueva York.

No quería quedarse alrededor de ellos. No creía que pudiese aguantar la expresión constante en sus caras —en las de Isabelle y Clary sobre todo— de la expectativa

decepcionada. Cada vez que le veían, le reconocían y le conocían y esperaban cosas de él. Y cada vez él estaba en blanco. Era como ver a alguien cavar donde sabía que habían sepultado algo precioso, cavando y cavando y dándose cuenta de que todo lo que hubo, se fue. Pero seguían cavando exactamente igual, porque la idea de perderlo era tan terrible tal vez.

Tal vez.

Él era ese tesoro perdido. Era esto tal vez. Y lo odiaba. Esto era el secreto que trataba de guardarles, el que siempre temía que traicionaría.

Sólo tenía que pasar este duro adiós, y luego estaría lejos de ellos hasta que estuviese mejor, hasta que estuviese más cerca de la persona que todos ellos realmente querían ver. Entonces no se decepcionarían de él, y no sería un extraño para ellos. Pertenecería.

Simon no intentó alertar a todo el grupo de su presencia de inmediato. En cambio se acercó furtivamente a Jace.

—Oye —dijo.

—Oh —dijo Jace descuidadamente, como si no hubiese estado esperando ahí fuera con el objetivo expreso de despedirse de Simon. Alzó la vista, dorada mirada ocasional, luego miró lejos—. Tú.

Ser demasiado chulo para la escuela era algo de Jace. Simon suponía que debía haberlo entendido y haber sido aficionado a ello, una vez.

—Oye, imaginé que no iba a tener la oportunidad de preguntar esto otra vez. Tú y yo —dijo Simon—, ¿somos bastante cercanos, verdad?

Jace lo miró durante un momento, la cara tranquila, y luego saltó sobre sus pies y dijo—: Absolutamente. Somos algo así —cruzó dos de sus dedos juntos—. Realmente, somos más bien esto —intentó cruzarlos otra vez—. Tuvimos un poco de tensión inicial, como puedes recordar más tarde, pero todo esto se aclaró cuando viniste a mí y admitiste que estabas luchando contra los sentimientos de celos intensos sobre mí —estas fueron tus

palabras- atontada buena apariencia y mi encanto irresistible.

—Lo hice —dijo Simon.

Jace le golpeó en el hombro.

—Sí, compañero. Lo recuerdo claramente.

—Bien, lo que sea. La cosa es... Alec en realidad siempre está tranquilo alrededor de mí —dijo Simon—. ¿Es tímido, o le fastidié y no lo recuerdo? No me gustaría marcharme sin intentar arreglar las cosas.

La expresión de Jace tomó una peculiar quietud de nuevo.

—Me alegra que me preguntes esto —dijo finalmente—. Hay algo más ocurriendo. Las chicas no querían que te lo dijera, pero la verdad es...

—Jace, deja de monopolizar a Simon —dijo Clary.

Habló firmemente, como siempre hacía, y Jace se giró y contestó a ello, como siempre hacía, respondiendo a su llamada como no lo hacía con la de nadie. Clary fue andando hacia ambos, y Simon sintió la punzada en su pecho

otra vez mientras su cabeza pelirroja se acercaba. Ella era tan pequeña.

Durante una de sus desdichadas sesiones de entrenamiento, en las cuales Simon se había relegado a observador después de una muñeca torcida, Simon había visto a Jace lanzar a Clary contra una pared. Ella había ido directa a él.

A pesar de esto, Simon siguió sintiendo como si se tuviera que proteger. Sentirse de esa forma en particular era un horror, teniendo las emociones sin los recuerdos. Simon sintió que era insano tener todos estos sentimientos sobre extraños, sin tenerlos correctamente sostenidos por familiaridad y experiencias que realmente podría recordar. Al mismo tiempo, sabía que no sentía o se expresaba bastante. Sabía que no les daba lo que querían.

Clary no necesitaba ser protegida pero en algún sitio dentro de Simon estaba el fantasma de un muchacho que siempre había querido ser el indicado para protegerla, y sólo le hacía daño a ella quedándose alrededor, incapaz de ser ese tipo.

Los recuerdos venían, a veces con una prisa aplastante y aterradora, pero generalmente en cascos diminutos, pedazos en forma de sierra de vaivén que Simon apenas podía descifrar. Una pieza era un destello de andar a la escuela con Clary, su mano tan pequeña y la de él apenas más grande. Se había sentido grande entonces, sin embargo, grande y orgulloso y responsable de ella. Se había decidido a no defraudarla.

—Oye, Simon —dijo ella ahora. Sus ojos eran brillantes con rasgones, y Simon sabía que era todo por su culpa.

Tomé la mano de Clary, pequeña pero callosa tanto por las armas como por el arte. Lamentaba que no pudiera encontrar una forma de volver a creer, aunque sabía mejor, que ella era mía para proteger.

—Oye, Clary. Cuídate —dijo—. Sé que puedes. —Hizo una pausa—. —Y cuida de Jace, ese pobre rubio e indefenso.

Jace hizo un gesto obsceno, el cual realmente se sentía familiar para Simon, por lo tanto sabía que eran algo. Jace de prisa bajó la

mano cuando Catarina Loss anduvo alrededor del lado del Instituto.

Era una bruja como Magnus y una amiga suya, pero en vez de tener ojos de gato eran azules por todas partes. Simon tenía la sensación de que él no le gustaba mucho. Tal vez a los brujos sólo les gustaban otros brujos. Aunque realmente parecía que a Magnus le gustaba Alec bastante.

—Hola por allí —dijo Catarina—. ¿Listo para irte?

Simon había estado muriéndose por marcharse durante semanas, pero ahora que el momento había llegado sentía que el pánico le agarraba por la garganta.

—Casi —dijo—. Sólo un segundo.

Asintió hacia Alec y Magnus, quienes asintieron hacia él. Simon sentía que tenía que aclarar lo que era extraño entre sí y Alec antes de que se arriesgara mucho más.

—Adiós, chicos, gracias por todo.

—Créeme, incluso liberarte parcialmente de una ortografía fascista es un placer —dijo

Magnus, levantando una mano. Llevaba muchos anillos, que brillaron en la luz del sol de la primavera. Simon pensaba que debía deslumbrar a sus enemigos con su valor mágico, sino también con su brillo.

Alec sólo asintió.

Simon se inclinó hacia abajo y abrazó a Clary, aunque eso hizo a su pecho doler más. La forma en la que ella se sentía y olía era tanto extraña como familiar, mensajes contrariados pasaban por su cerebro y su cuerpo. Intentó no abrazarla demasiado fuerte, aunque ella era del tipo de abrazarle con demasiada fuerza. De hecho, estaba aplastándole el tórax. Sin embargo, él no se opuso.

Cuando dejó ir a Clary, se dio vuelta y abrazó a Jace. Clary miró, lagrimas deslizándose por su cara.

—Oof —dijo Jace, pareciendo sumamente asustado, pero acarició a Simon rápidamente en la espalda.

Simon supuso que por lo general se daban un golpe de puños o algo así. No conocía la forma de los guerreros siendo hermanos: Eric

era un abrazador más enorme. Decidió que eso sería probablemente bueno para Jace y agitó su pelo un poco para dar énfasis antes de alejarse.

Entonces Simon reunió coraje, se giró, y se acercó a Isabelle.

Isabelle era la última persona a la cual tenía que decir adiós; sería la más difícil. No se veía como Clary, abiertamente llorosa, o como ninguno de los demás, con pena al verle ir, sino básicamente bien. Parecía más indiferente que nadie, por Simon sabía que la indiferencia no era real.

—Voy a volver —dijo Simon.

—Sin duda —dijo Isabelle, mirando en la distancia más allá de su hombro—. Parece que siempre apareces.

—Cuando lo haga, voy a ser increíble.

Simon hizo la promesa, no seguro si la podía mantener. Sentía como si tuviese que decir algo. Sabía que era lo que ella quería, volver a ella de la forma que había sido, mejor de lo que era ahora.

Isabelle se encogió de hombros.

—No creas que te estaré esperando, Simon Lewis.

Justo como su pretexto de indiferencia, eso sonaba como una promesa completamente opuesta. Simon la miró durante un momento largo. Era de manera tan aplastante hermosa e impresionante, que lo encontraba demasiado para manejar. Podía creer apenas cualquiera de sus nuevos recuerdos, pero la idea de que Isabelle Lightwood hubiese sido su novia parecía más increíble que el hecho de que los vampiros eran verdaderos y Simon había sido uno. No tenía la más mínima idea de cómo la había hecho sentir así una vez, y por tanto no tenía la más mínima idea de cómo hacerla sentirse así por él otra vez. Era como pedirle a él volar. Le había pedido bailar una vez, tomar el café con él dos veces en los meses desde que ella y Magnus habían ido a él y le habían devuelto tanta memoria como pudieron, pero no bastante. Cada vez que Isabelle le había mirado con cuidado, con expectación, esperando algún milagro sabía que no podía

funcionar. Significaba que era mudo alrededor de ella todo el tiempo, tan seguro de que iba a decir lo incorrecto y romper todo que apenas podía decir algo.

—Bien —dijo—. Bueno, te echaré de menos.

La mano de Isabelle salió disparada, agarrando su brazo. Todavía no le miraba.

—Si me necesitas, iré —dijo y le liberó tan repentinamente como le había agarrado.

—Bien —dijo Simon dijo otra vez y se retiró al lado de Catarina Loss cuando hizo el Portal para pasar a Idris, el país de los Cazadores de Sombras. Esta despedida era tan dolorosa y torpe y bienvenida que no podía apreciar completamente cómo de increíble debía ser la magia delante de él.

Se despidió de toda esta gente que apenas conocía y de alguna manera quería de todos modos, y esperó que no pudieran advertir cómo de aliviado se iba a ir.

* * *

Simon había recordado robos sobre Idris, torres y una prisión y caras severas y sangre

en las calles, pero todo era de la ciudad de Alicante.

Esta vez, se encontraba fuera de la ciudad. Estaba de pie en el exuberante paisaje, a un lado de un valle y los otros campos. No había nada que ver por millas sino diferentes tonos de verde. Allí estaban los tramos verde jade de prados sobre prados justo bajo el deslumbramiento cristalino en el horizonte que era la Ciudad de Cristal, sus torres llameantes en la luz del sol. Por otro lado, estaban las profundidades esmeraldas de un bosque, la abundancia de color verde oscuro envuelto en sombras. Las copas de los árboles agitándose en el viento como plumas verde claro.

Catarina miró a su alrededor, luego dio un paso, por lo que ella estaba de pie justo en el borde del valle. Simon la siguió, y en ese paso las sombras del bosque se levantaron, como si las sombras pudieran convertirse en un velo.

De repente había lo que Simón reconoció como campos de entrenamiento, tramos de tierra despejada cortadas en la tierra con

vallas alrededor de ellos, las marcas que indicaban donde los Cazadores de Sombras corrían o se lanzaban para grabarse tan profundamente en la tierra que Simon podía verlos desde donde estaba. En el centro de los jardines y en el corazón de la selva, la joya de la que el resto era escenario de fondo, era un alto edificio gris, con torres y agujas. Simon estaba repentinamente buscando palabras arquitectónicas como “contrafuerte” para describir cómo la piedra podría llevar la forma de las alas de una golondrina y apoyar un techo. La Academia tenía una ventana vitral policromada puesta en el mismo centro. En la ventana, oscurecida con la edad y los años, un ángel empuñando una espada todavía se podía ver, celestial y feroz.

—Bienvenido a la Academia de Cazadores de Sombras —dijo Catarina Loss, con voz suave.

Comenzaron su descenso juntos. En un momento dado las zapatillas de deporte de Simon resbalaron en la tierra suave y se desmoronó por la cuesta empinada, y Catarina

tuvo que agarrarlo de su chaqueta para sostenerlo.

—Espero que hayas traído algunas botas de montaña, chico de ciudad.

—No he traído botas de montaña incluso un poco —dijo Simon. Él sabía que estaba haciendo las maletas mal. Su instinto no le había llevado por el mal camino. Tampoco había sido del todo útil.

Catarina, probablemente decepcionada por la demostrable falta de inteligencia de Simón, se quedó en silencio mientras caminaban bajo la sombra de las ramas, en la penumbra verde creada por los árboles, hasta que los árboles se volvieron escasos y la luz del sol inundó de nuevo el espacio que les rodeaba y la Academia de Cazadores de Sombras se alzaba en la distancia delante suya. Cuando se acercaron, Simon comenzó a notar algunos pequeños defectos con la Academia que no había observado cuando estaba asombrado y muy lejos. Una de las torres altas y delgadas, estaba inclinada en un ángulo alarmante. Había grandes nidos de aves en los arcos, y las

telarañas se colgaban tan largas y gruesas como las cortinas que se ondeaban en unas pocas ventanas. Uno de los paneles de la vidriera había desaparecido, dejando un espacio negro donde el ojo del ángel debería haber estado por lo que parecía un ángel transformado a la piratería.

Simon no se sintió bien acerca de cualquiera de estas observaciones.

Había gente caminando en frente de la Academia, bajo la mirada del ángel pirata. Había una mujer alta de pelo rubio rojizo, y detrás de ella dos CHICAS que Simon se figuró que eran estudiantes de la Academia. Ambas parecían de su edad.

Una rama crujió bajo el pie torpe de Simón y las tres mujeres paseando miraron a su alrededor. La rubia rojiza saltó a la acción, corriendo a toda velocidad hacia ellos y cayendo sobre Catarina como si fuera una hermana triste perdida hace mucho tiempo. Agarró a Catarina por los hombros y Catarina parecía muy descompuesta.

—Sra. Catarina, gracias al ángel que está aquí —exclamó. —¡Todo es un caos, un caos absoluto!

* * *

—No creo que haya tenido el... placer —observó Catarina, con una pausa significativa.

La mujer se recompuso y liberó a Catarina, asintiendo por lo que su pelo brillante voló alrededor de sus hombros.

—Soy Vivianne Penhallow. La, ah, decana de la academia. Encantada de conocerte.

Ella podía hablar formalmente, pero era muy joven para ser la iniciadora de los esfuerzos para reabrir la Academia y preparar a todos los nuevos alumnos, desesperadamente necesitando aprendices para las fuerzas de Cazadores de sombras. Por otra parte, Simón supuso que eso era lo que pasaba cuando eras primo segundo de ley con el Cónsul. Simón estaba todavía tratando de averiguar cómo funcionaban el gobierno de los Cazadores de Sombras y los árboles familiares también de los Cazadores de Sombras. Todos

parecían estar relacionados entre sí y eso era muy preocupante.

—¿Cuál parece ser el problema, Decana Penhallow?

—Bueno, para no poner un punto demasiado fino, las semanas previstas para renovar la Academia parecen haber sido, ahh... “tremendamente insuficientes” son las palabras que quizás describiría mejor la situación —dijo la Decana Penhallow, sus palabras saliendo corriendo—. Y algunos de los maestros ya nos han... ehmm... dejado abruptamente. No creo que se propongan volver. De hecho, algunos de ellos me informaron de esto en un lenguaje muy fuerte. Además, la Academia es un poco fría y, para ser honestos, más que tonterías de estructuras poco sólidas. Por otra parte, con el interés de la exhaustividad debo decirle que hay un problema con los suministros de alimentos.

Catarina levantó una ceja marfileña.

—¿Cuál es el problema con los suministros de alimentos?

—No hay suministro de alimentos.

—Eso es un problema.

Los hombros de la decana se hundieron y su pecho se desinfló un poco, como si lo hubiera tenido todo confinado en un corsé invisible de angustia.

—Estas chicas conmigo son dos de las estudiantes de mayor edad y de buenas familias de Cazadores de Sombras, -Julie Beauvale y Beatriz Velez Mendoza. Llegaron ayer y realmente han demostrado ser invaluable. Y este debe ser el joven Simon —dijo ella, favoreciéndolo con una sonrisa.

Simon estaba brevemente sobresaltado y no seguro de por qué, hasta que vagamente recordó que muy pocos Cazadores de Sombras adultos habían mostrado nunca ningún signo de placer al tener a un vampiro en medio de ellos. Por supuesto, ella no tenía motivos para odiarlo a la vista ahora. También parecía ansiosa por conocer a Catarina, pensó Simon; tal vez ella estaba de acuerdo. O tal vez solo estaba más deseosa de tener la ayuda de Catarina.

—Correcto —dijo Catarina—. Bueno, lo que es una sorpresa es que el edificio que quedó vacante después de las décadas esté funcionando enteramente bien después de unas pocas semanas. Será mejor que me muestres algunos de los peores puntos de problemas. Puedo llevarlos arriba así no tenemos todo el alboroto de bebes Cazadores de Sombras rompiendo tu bonito cuello.

Todo el mundo se quedó mirando a Catarina.

—La tragedia incalculable, quise decir —enmendó Catarina, y sonrió—. ¿Puede una de las chicas ser prestada a mostrarle a Simon su habitación?

Ella parecía ansiosa de deshacerse de Simon. Realmente no le gustaba. Simon no podía pensar qué podría haberle hecho.

El decano miró a Catarina un momento más, y luego dio un chasquido.

—Oh, sí, sí, por supuesto. Julie, ¿podrías encargarte de eso? Ponlo en la habitación de la torre.

Las cejas de Julie se dispararon.

—¿En serio?

—Sí, en serio. La primera habitación al entrar en el ala este —dijo la decana, su voz tensa, y se volvió hacia Catarina—. Sra. Loss, una vez más me siento muy agradecida de que haya llegado. ¿Puede usted realmente arreglar algunas de estas irregularidades?

—Hay un dicho: Toma un Subterráneo para aclarar un lío de Cazador de Sombras —observó Catarina.

—Yo... no lo había oído decir —dijo la Decana Penhallow.

—Qué extraño —dijo Catarina, su voz desvaneciéndose mientras se alejaban—. Los Subterráneos lo dicen a menudo. Muy a menudo.

Simon fue dejado abandonado y mirando a la chica restante, Julie Beauvale. Le había gustado más el aspecto de la otra chica. Julie era muy bonita, pero su cara, nariz y boca eran todas extrañamente estrechas, dando la

impresión de que toda la cabeza se fruncía con desaprobación.

—Simón, ¿verdad? —Preguntó, y su boca pre fruncida pareció fruncirse más—. Sígueme.

Se giró, sus movimientos afilados como los de un sargento, y Simon la siguió lentamente a través del umbral de la Academia a un vestíbulo con eco con un techo abovedado. Inclino la cabeza y trató de distinguir si el tono verdoso del techo era mala iluminación de la vidriera o musgo real.

—Por favor, mantén el ritmo —dijo la voz de Julie, flotando de una de los seis oscuros portales oscuros y pequeños tallados en la pared de piedra. Su propietario ya había desaparecido, y Simon se sumió en la oscuridad después de ella.

La oscuridad resultó ser sólo una escalera de piedra oscura, que conducía a un pasillo de piedra oscura. Todavía no había casi ninguna luz, porque las ventanas eran pequeñas ranuras en la piedra. Simon recordó haber leído acerca de las ventanas como esas, hechas

para que nadie pudiera disparar fuego dentro pero podías disparar flechas fuera.

Julie lo condujo por un pasaje, por otro, un corto tramo de escaleras, abajo todavía otro pasaje, se abrió paso a través de una pequeña habitación circular, que estaba muy bien para un cambio, pero que llevaba a otro pasaje. Toda la piedra cercana y oscura y el olor raro, combinado con todos los corredores, estaban haciendo a Simon pensar en las palabras "pasajes de tumbas." Estaba tratando de no pensar en las palabras, pero allí estaban.

—Así que eres un cazador de demonios —dijo Simon, cambiando su mochila en sus hombros y corriendo tras Julie—. ¿Qué es eso?

—Cazador de Sombras, y eso es por lo que estás aquí para averiguarlo —le dijo la chica, y luego se detuvo en una de las muchas puertas, el roble teñido de madera con herrajes negros, el mango tallado mirándose como el ala de un ángel. Ella estrechó la manija, y Simon vio que eso debía haber sido girado con tanta frecuencia durante siglos que los detalles de

las alas del ángel se habían desgastado casi alisándolo.

Dentro había una pequeña habitación de piedra, con dos camas estrechas —una maleta abierta en una— con postes en la cama de madera tallada, una ventana de hoja de diamante borrosa con el polvo, y un gran armario inclinado a un lado como si hubiera perdido una pata.

También había ya un muchacho allí, sentado en un taburete. Él se giró lentamente en el taburete para enfrentarlos, contemplándolos desde lo alto como si fuera una estatua en un pedestal.

No se veía diferente de una estatua, si alguien hubiese vestido a una estatua con pantalones vaqueros y una colorida camisa amarilla y roja de rugby. Las líneas de su rostro eran limpias y reminiscente de una estatua, y él era ancho de espaldas y de aspecto atlético, como la mayoría de los Cazadores de Sombras eran. Simon sospechaba que el ángel no elegía a un asmático o cualquiera que alguna vez se hubiese golpeado en la cara por una pelota de

voleibol en el gimnasio. El muchacho tenía un bronceado de verano dorado, los ojos marrones oscuros y el pelo rizado de color marrón claro que caía sobre su frente. El chico sonrió ante la vista de ellos, un hoyuelo arrugando una mejilla.

Simon no se consideraba mucho parte de un juez de belleza masculina. Pero escuchó un pequeño sonido detrás de él y miró por encima del hombro.

El pequeño sonido había sido un suspiro pletórico en una ráfaga incontenible de Julie, quien también, como Simon observó, realizó un suspiro simultáneo y un lento e involuntario contoneo. Simón pensó que el suspiro era probablemente una indicación de que este tipo era algo fuera de lo normal cuando se trataba de miradas.

Simon puso los ojos en blanco. Al parecer, todos los tipos Cazadores de Sombras eran modelos de ropa interior, incluyendo a su nuevo compañero de cuarto. Su vida era una broma.

Julie parecía ocupada observando al tipo en el taburete. Simon tenía varias preguntas, como “¿quién es ese?” Y “¿por qué está en un taburete?” pero no quería ser una molestia.

—Estoy muy contento de que estéis aquí. Ahora... no entremos en pánico —susurró el chico en el taburete.

Julie dio un paso atrás.

—¿Qué te pasa? —Exigió Simon—. ¡Decir “no entremos en pánico” es garantía para hacer que todos se asusten! Se especificó sobre el problema.

—Está bien, entiendo lo que dices y haces un punto justo —continuó el chico nuevo. Tenía un acento, su voz todavía ligeramente retumbando sobre ciertas sílabas. Simon estaba bastante seguro de que era escocés—. Es sólo que creo que hay una zarigüeya demonio en el armario.

—¡Por el Ángel! —dijo Julie.

Simon dijo—: Eso es ridículo.

Hubo un ruido desde dentro del armario. Un sonido de arrastramiento, gruñidos y

silbidos que levantó los pelos de la nuca de Simon.

Rápido como un rayo y con la gracia de un Cazador de Sombras, Julie saltó sobre la cama que no tenía una maleta abierta en él. Simón supuso que era su cama. El hecho de que él había estado aquí sólo dos minutos y ya tenía una chica lanzándose sobre su cama habría sido emocionante, excepto que por supuesto ella huía de los roedores infernales.

—¡Haz algo, Simón!

—Sí, Simon... ¿eres Simón? Hola, Simon, por favor haz algo con la zarigüeya demoníaca —dijo el chico en el taburete.

—Estoy seguro de que no es una zarigüeya demoníaca.

El sonido de forcejeo dentro del armario era muy fuerte, y Simon no se sentía del todo seguro. Sonaba como que había algo enorme acechando allí.

—Nací en la Ciudad de Cristal —dijo Julie—. Soy una Cazadora de Sombras y puedo manejar lo demoníaco. ¡Pero también me crié

en una bonita casa que no estaba infectada de sucios animales salvajes!

—Bueno, yo soy de Brooklyn —dijo Simon—, y no es por hablar mal de mi querida ciudad o llamarla un montón de basura piojosa con buena música ni nada, pero sé de roedores. Además, creo que fui un roedor, pero eso fue solo por un momento, no lo recuerdo claramente y no quiero hablar de ello. Creo que puedo manejar una zarigüeya... que de nuevo, estoy seguro que no es demoníaca.

—¡Yo la vi y vosotros no! —Exclamó el chico en el taburete—. ¡Te estoy diciendo, que era sospechosamente grande! Terriblemente grande.

Hubo otro murmullo, y algunos resoplidos amenazantes. Simon se acercó a la maleta abierta sobre la otra cama. Había muchas más camisas de rugby allí, pero en la parte superior de ella había algo más.

—¿Es eso un arma? —Preguntó Julie.

—Uh, no —dijo Simon—. Es una raqueta de tenis.

Los Cazadores de Sombras necesitaban más actividades extracurriculares.

Sospechaba que la raqueta iba a ser un arma verdaderamente terrible, pero era lo que tenía. Se acercó de nuevo hacia el armario, y abrió la puerta. Allí, en los astillados y roídos recovecos del armario, había una zarigüeya. Sus ojos rojos brillaban y su pequeña boca se abrió, silbando a Simon

—Qué asco —dijo Julie—. ¡Mátalo, Simón!

—¡Simón, eres nuestra única esperanza! —
Dijo el chico del taburete.

La zarigüeya hizo un movimiento, como para lanzarse hacia adelante. Simon llevó la raqueta hacia abajo con un porrazo contra la piedra. La zarigüeya silbó de nuevo y se movió en una dirección diferente. Simon tuvo la loca idea de que estaba amagando, justo antes de que realmente pasara entre sus piernas. Simon dejó escapar un sonido que estaba demasiado cerca de un graznido, se tambaleó hacia atrás y golpeó salvajemente en varias direcciones, golpeando losas cada vez. Los otros dos gritaron. Simon se dio la vuelta para tratar de

localizar a la zarigüeya, viendo un destello de piel por el rabillo del ojo y girando de nuevo. El muchacho en el taburete, —ya sea en busca de confortación o en un esfuerzo equivocado para ser útil— agarró los hombros de Simón y trató de girarlo, utilizando un puño de su camisa para hacer palanca.

—¡Ahí! —Gritó al oído de Simon y Simon girando por su propia voluntad, fue puesto contra su deseo, caminando atrás en el taburete.

Sintió la punta del taburete y se recostó contra sus piernas, y el chico en él agarró los hombros de Simon de nuevo. Simon, ya mareado, se tambaleó y luego vio el pequeño cuerpo peludo de la zarigüeya arrastrándose sobre su propia zapatilla y cometió un error fatal. Golpeó su propio pie con la raqueta. Muy duramente.

Simon, el taburete, el chico en el taburete, y la raqueta, todos fueron cayendo al suelo de piedra.

La zarigüeya se marchó por la puerta. Simón pensó que le lanzó una mirada de ojos rojos de triunfo mientras se iba.

Simon no estaba en condiciones de darle caza, desde que estaba en una maraña de piernas de silla y piernas humanas, y se había golpeado la cabeza contra el poste de la cama.

Estaba tratando de incorporarse, frotándose la cabeza y sintiéndose un poco mareado, cuando Julie saltó de la cama. La pata de la cama se balanceó con la fuerza de su movimiento, y golpeó la parte posterior de la cabeza de Simon una vez más.

—¡Bueno, os dejos chicos antes de que la criatura regrese a su nido! —anunció Julie—. Em...quiero decir, os dejo chicos... a ello. —Hizo una pausa en la puerta, mirando en la dirección por donde la zarigüeya se había ido—. Adiós por ahora —añadió, y salió corriendo en la dirección opuesta.

—Ay —dijo Simon, renunciando a sentarse con la espalda recta y apoyándose en sus manos. Hizo una mueca—. Súper ay. Bueno... eso fue...

Hizo un gesto al taburete, la puerta abierta, el armario asqueroso, y su posición supina.

—Eso fue... —Continuó, y se encontró sacudiendo la cabeza y riendo—. Sólo una pantalla tan impresionante de tres futuros geniales cazadores de demonios.

El chico que no estaba más en el taburete pareció sorprendido, sin duda porque pensaba que su nuevo compañero de cuarto estaba trastornado y se reía con las zarigüeyas. Simon no pudo evitarlo. No podía dejar de reír.

Cualquiera de los Cazadores de Sombras que conocía atrás en Nueva York se habría ocupado de la situación sin pestañear. Estaba seguro de que Isabelle habría cortado la cabeza a la zarigüeya con una espada. Pero ahora estaba rodeado de gente que entraba en pánico, gritaba y se ponía sobre taburetes, sacudiendo los desastres de los seres humanos que no podían hacer frente a un único roedor, y Simon era uno de ellos. Todos ellos eran solo chicos normales.

Fue un gran alivio, Simon se sintió mareada con ello. O tal vez era porque se había golpeado la cabeza.

Él se reía, y cuando miró a su compañero de habitación de nuevo, el otro chico lo miró a los ojos.

—¡Qué vergüenza que nuestros maestros no vieran tal impresionante desempeño! —dijo seriamente el nuevo compañero de Simón. Luego se echó a reír también, la mano contra su boca, las líneas de la risa avivándose desde las comisuras de sus ojos, como si se riera todo el tiempo y su rostro solo se hubiese acostumbrado a ello—. Nos van a matar.

Tras el ligero estallido de histeria relacionada con la zarigüeya, Simon y su nuevo compañero de cuarto se levantaron del suelo y fueron a desempacar y se presentaron.

—Siento todo eso. No estoy muy bien con escabullirme de pequeñas cosas. Estoy esperando luchar contra los demonios un poco más altos de la tierra. Soy George Lovelace, por cierto —dijo el chico, sentado en la cama junto a su maleta abierta.

Simon miró su propia bolsa, llena de sus muchas camisetas hilarantes, y luego sospechosamente en el armario. No sabía si confiaba en el armario de la zarigüeya con sus camisetas.

—¿Así que, eres un Cazador de Sombras entonces?

Había trabajado en cómo eran constituidos los nombres de Cazadores de Sombras para ahora, y ya se había imaginado a George como un Cazador de Sombras a primera vista. Solo que había sido antes de que Simon pensara que George podría ser genial. Ahora estaba decepcionado. Él sabía cómo pensaban los Cazadores de Sombras sobre los mundanos. Hubiera sido bueno tener a alguien nuevo con quien pasar todo esto de la escuela.

Sería bueno tener un compañero de cuarto genial de nuevo, pensó Simon. Al igual que Jordan. Podía no recordar a Jordan, su compañero de cuarto cuando era un vampiro, todo bien, pero lo que recordaba era bueno.

—Bueno, yo soy un Lovelace —dijo George—. Mi familia dejó de batallar como

Cazadores de Sombras debido a la pereza en 1700, luego vinieron a residir fuera de Glasgow para convertirse en los mejores ladrones de ovejas en la tierra. La única otra rama de los Lovelace renunció a ser Cazadores de Sombras en el 1800... creo que tenían una hija que regresó, pero murió, así que fue todo lo que quedó. Los Cazadores de Sombras solían venir a llamar a las generaciones pasadas, y mis valientes antepasados estaban como: “No, creo que me quedo con las ovejas,” hasta que finalmente la Clave dejó de venir porque estaban cansados de nuestras maneras perezosas. ¿Qué puedo decirte? Los Lovelace se rinden fácil.

George se encogió de hombros e hizo un gesto de ¿qué puedes hacer? con la raqueta de tenis. Las cuerdas estaban rotas. Todavía era su única arma en caso de que la zarigüeya regresara.

Simon miró el teléfono. Idris no tenía señal, gran sorpresa, y lo arrojó en la maleta entre sus camisetas.

—Ese es un legado noble.

—¿Puedes creer que no sabía nada de él hasta hace unas semanas? Los Cazadores de Sombras vinieron a encontrarnos de nuevo, diciéndonos que necesitaban nuevos, uh, cazadores de demonios en la lucha contra el mal, porque un montón de ellos habían muerto en una guerra. Puedo decirlo, los Cazadores de Sombras, hombre, realmente saben lo que es ganar los corazones y las mentes.

—Deberían hacer volantes —sugirió Simon, y George sonrió—. Justo un montón de ellos tiene un aspecto muy genial y visten de negro. El volante podría decir "¿LISTO PARA SER UN TIO DURO?" Ponme en contacto con el departamento de marketing de los Cazadores de Sombras, tengo más gemas de dónde salió esa.

—Tengo malas noticias que compartir contigo, acerca de la mayoría de los Cazadores de Sombras y sus habilidades con una fotocopidora —le dijo George—. De todos modos, resultó que mis padres lo habían sabido todo el tiempo y no me informaron. Debido a que, ¿por qué iba yo a estar

interesado en una cosita así? ¡Dijeron que mi abuela estaba loca cuando habló sobre bailar con las hadas! Me dejé muy claro el tema de guardar secretos intensamente fríos de mí antes de irme. Papá dijo que, para ser justos, Abu está completamente fuera de su árbol. Es solo que las hadas son también reales. Probablemente no su amante de las hadas de cuatro pulgadas de altura llamada Bluebell, sin embargo.

—Apostaría contra ello —dijo Simon, pensando en todo lo que recordaba de las hadas—. Pero no apostaría mucho.

—Por lo tanto, ¿eres de Nueva York? —Dijo George—. Lindo glamour.

Simon se encogió de hombros: No sabía qué decir, cuando había estado casualmente cómodo con toda su vida en Nueva York, y luego descubrió que la ciudad y su propia alma se habían convertido en un traidor. Cuando él había estado tan dolorosamente dispuesto a irse.

—¿Cómo te enteraste de todo esto? ¿Tienes la Visión?

—No —dijo Simon lentamente—. No, solo soy normal, pero mi mejor amiga se enteró de que era una Cazadora de Sombras, y la hija de este realmente tipo malo. Y la hermana de este otro realmente chico malo. Ella tiene la peor suerte con los familiares. Me mezclé en ella, y si te digo la verdad, no lo recuerdo del todo, porque...

Simon se detuvo y trató de pensar en alguna manera de explicar la amnesia relacionada a demonios que no convencería a George de que Simon tenía los mismos problemas que la abuela de George. Entonces vio a George mirándolo, con los ojos marrones amplios.

—Tú eres Simon —respiró él—. Simon Lewis.

—Correcto —dijo Simon—. Hey. Está mi nombre en la puerta... o hay algún tipo de registro que estoy destinado a firmar...

—El vampiro —dijo George—. ¡El mejor amigo de Mary Morgenstern!

—Uh, Clary —dijo Simon—. Uh, sí. Me gusta pensar en mí mismo como el ex-no muerto.

La manera en que George lo estaba mirando, como si estuviera en serio impresionado más que decepcionado o expectante, era un poco embarazoso. Simon tuvo que admitir, que también era un poco agradable. Era tan diferente de la manera en que alguien más lo había mirado, en su antigua vida o la nueva.

—No entiendes. Llegué a este infierno congelado lleno de limos y roedores, y toda la Academia estaba a tope de gente hablando de estos héroes que son de mi edad y en realidad fueron a una dimensión infernal. Eso le dio una perspectiva real al hecho de que los baños no funcionan aquí.

—¿Los baños no funcionan? Pero, qué hacemos... cómo hacemos...

George tosió.

—Nos comunicamos con la naturaleza, si sabes a lo que me refiero.

George y Simon miraron fuera de su ventana abatible hacia el bosque de abajo, las hojas meciéndose suavemente con el viento más allá de los cristales en forma de diamantes

de cristal. George y Simon se miraron, oscuramente, por desgracia, de nuevo el uno al otro.

—En serio, de ti y tu grupo de héroes es todo sobre lo que cualquiera habla —dijo George, volviendo a un tema más alegre—. Bueno, eso y el hecho de que tenemos palomas viviendo en los hornos. Has salvado el mundo, ¿no? Y no lo recuerdas. Eso tiene que ser raro.

—Es raro, George, gracias por mencionar eso.

George se rió, arrojó su raqueta rota al suelo, y se quedó mirando a Simon como si fuera alguien increíble.

—Guau. Simon Lewis. Supongo que tengo a alguien para agradecer en la Academia Escalofrío en la Columna por conseguir un compañero de cuarto genial.

* * *

George guió a Simon abajo para cenar, por lo que Simon estaba profundamente agradecido. El comedor se parecía mucho a todas las demás habitaciones cuadradas de

piedra en la Academia, excepto que en un extremo tenía una enorme repisa tallada, mostrando espadas cruzadas y un lema tan gastado que Simon no podía leerlo.

Había varias mesas redondas, con sillas de madera de diferentes tamaños reunidas a su alrededor. Simon estaba empezando a creer realmente que habían amueblado la Academia con una venta de garaje de una persona mayor. Las mesas estaban llenas de niños. La mayoría de ellos eran por lo menos dos años más jóvenes que Simon. Bastantes eran menores que eso. Simon no se había dado cuenta que estaba en el lado mayor para un cazador de demonios aprendiz, y aquello lo puso nervioso. Estuvo profundamente aliviado cuando vio algunos rostros medianamente familiares de su propia edad.

Julie de la cara fruncida, Beatriz, y otro muchacho los vio y les saludó con la mano. Simon asumió que el saludo era para George, pero cuando se sentó, Julie realmente se inclinó hacia él.

—No puedo creer que no dijiste que eras Simon Lewis —dijo ella—. Pensé que eras solo un mundano.

Simon se inclinó un poco lejos.

—Soy solo un mundano.

Julie rió.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Ella quiere decir que todos te tenemos una deuda, Simon —dijo Beatriz Mendoza, sonriéndole. Ella tenía una gran sonrisa—. No nos olvidamos de eso. Es un placer conocerte, y es un placer tenerte aquí. Podríamos incluso ser capaces de obtener una conversación sensata de un chico por una vez. No hay posibilidad de eso con Jon aquí.

El chico, que tenía bíceps del tamaño de la cabeza de Simon, se inclinó sobre la mesa y le ofreció una mano. A pesar de su extrema intimidación de brazo, Simon la sacudió.

—Soy Jonathan Cartwright. Un placer.

—Jonathan —repitió Simon.

—Es un nombre muy común para los Cazadores de Sombras —dijo Jon—. Después de Jonathan Cazador de Som...

—Er, no, lo sé, tengo mi copia del Códex —dijo Simon. Clary le había dado la suya, en realidad, y él se había divertido al leer los garabatos de prácticamente todo el mundo en el Instituto en las páginas. Había sentido que estaba llegando a conocerlos, con seguridad lejos de donde ellos no podían verlo fallar y exponer sus lagunas de conocimiento—. Es solo... conozco a algunas personas llamadas Jonathan. No es que ninguno de ellos se llame a sí mismo Jonathan. Son llamados Jonathan.

No recordaba mucho sobre el hermano de Clary, pero sabía su nombre. Él particularmente no quería recordar más.

—Ah, cierto, Jonathan Herondale —dijo Jon—. Por supuesto que lo conoces. Soy realmente un muy buen amigo con él. Le enseñé un truco o dos que os ayudó probablemente a todos vosotros en los reinos demoniacos, ¿me equivoco?

—¿Te refieres... a Jace? —Preguntó Simon, dubitativo.

—Sí, obviamente —dijo Jon—. Probablemente me mencionó.

—No que yo recuerde... —dijo Simon—. Pero tengo amnesia demoniaca. Así que es todo.

Jon asintió y se encogió de hombros.

—Cierto. Charlatán. Probablemente me mencionó y se te olvidó, a causa de la amnesia demoniaca. No es por presumir, pero somos muy cercanos, Jace y yo.

—Me gustaría ser cercana a Jace Herondale —suspiró Julie—. Él es tan hermoso.

—Él es más astuto que una piel de zorro en un agujero de zorro en el día de la caza al zorro —estuvo de acuerdo Beatriz, soñadoramente.

—¿Quién es este? —Preguntó Jon, entrecerrando los ojos hacia George, que estaba recostado en su silla y luciendo más bien divertido.

—Hablando de gente que es astuta, ¿a qué te refieres? Soy George Lovelace —dijo George—. Digo mi apellido sin vergüenza, porque estoy seguro de mi masculinidad como tal.

—Oh, un Lovelace —dijo Jon, su ceja despejándose—. Sí, puedes sentarte con nosotros.

—Tengo que decir que mi apellido en realidad nunca ha sido un punto de venta antes, sin embargo —comentó George—. Cazador de Sombras, vaya usted a saber.

—Bueno, ya sabes —dijo Julie—. Vas a querer pasar el rato con la gente en tu propio flujo.

—¿Repítelo? —Preguntó Simon.

—Hay dos flujos diferentes en la Academia —explicó Beatriz—. El flujo de los mundanos, donde informan a los estudiantes con más detalle sobre el mundo y les dan una formación básica muy necesaria, y el flujo de los hijos Cazadores de Sombras reales, donde se nos enseña un plan de estudios más avanzados.

Los labios de Julie se curvaron.

—Lo que Beatriz quiere decir es que existe la élite y la escoria.

Simon los miró fijamente, con una sensación de hundimiento.

—Así que... yo voy a estar en el curso escoria.

—¡No, Simon, no! —Exclamó Jon, luciendo sorprendido—. Por supuesto que no lo estarás.

—Pero soy un mundano —dijo Simon, de nuevo.

—No eres un mundano regular, Simon —le dijo Julie—. Eres un mundano excepcional. Eso significa que las excepciones se van a realizar.

—Si alguien tratara de ponerte con los mundanos, tendré palabras con ellos —continuó Jon con altanería—. Cualquier amigo de Jace Herondale, naturalmente, es amigo mío.

Julie palmeó la mano de Simon. Simon miró a su mano como si no le perteneciera. Él no quería que ser puesto en el flujo de los

perdedores, pero no se sentía cómodo con ser asegurado de no estarlo tampoco.

Pero él creyó recordar a Isabelle, Jace y Alec diciendo algunas cosas superficiales sobre los mundanos, de vez en cuando. Isabelle, Jace y Alec no eran tan malos. Era solo la forma en que fueron criados: Ellos no querían decir lo que parecía que querían decir. Simon estaba bastante seguro.

Beatriz, a quien Simon le había gustado a la vista, se inclinó al otro lado de Julie y dijo—: Te has ganado con creces tu lugar.

Ella sonrió tímidamente. Simon no pudo evitar sonreír de nuevo.

—Así que... ¿yo voy a ser del curso escoria?
—Preguntó George lentamente—. No sé nada de los Cazadores de Sombras, los Subterráneos y los demonios.

—Oh, no —dijo Jon—. Eres un Lovelace. Encontrarás que todo llegará muy fácilmente a ti: Está en tu sangre.

George se mordió el labio.

—Si tú lo dices.

—La mayoría de los estudiantes de la Academia estarán en el curso de élite —dijo Beatriz apresuradamente—. Nuestros nuevos reclutas son en su mayoría como tú, George. Cazadores de Sombras están buscando en todo el mundo por las personas perdidas y dispersas con sangre de Cazador de Sombras.

—Así que es la sangre de Cazador de Sombras lo que te pone en el flujo de élite —aclaró George—. Y no es por conocimiento en absoluto.

—Es perfectamente justo —argumentó Julie—. Mira a Simon. Por supuesto que está en el flujo de élite. Ha demostrado ser digno.

—Simon tuvo que salvar al mundo, ¿y el resto de nosotros entramos porque tenemos el apellido correcto? —Preguntó George a la ligera. Le dio un guiño a Simon—. Mala suerte para ti, amigo.

Hubo un incómodo silencio alrededor de la mesa, pero Simon sospechaba que nadie se sentía tan incómodo como él.

—A veces aquellos con sangre de Cazadores de Sombras son puestos en el flujo de escoria,

si se deshonran a sí mismos —dijo Julie escuetamente—. Principalmente, sí, está reservado para los mundanos. Esa es la forma en que la Academia siempre ha funcionado en el pasado; es la forma en que va a funcionar en el futuro. Llevamos algunos mundanos, aquellos que tienen la Visión o con notable promesa deportiva, a la Academia. Es una oportunidad maravillosa para ellos, una oportunidad de llegar a ser más de lo que jamás hubieran soñado. Pero no pueden seguir el ritmo de los Cazadores de Sombras reales. No sería justo esperar que lo hagan. No todos pueden ser Simon.

—Algunos de ellos simplemente no van a tener la aptitud —comentó Jon en un tono elevado—. Algunos de ellos no vivirán el proceso de Ascensión.

Simon abrió la boca, pero antes de que pudiera hacer más preguntas fue interrumpido por el sonido de un aplauso solitario.

—Mis queridos estudiantes, mis Cazadores de Sombras presentes y futuros —dijo Dean Penhallow, levantándose de la silla—.

¡Bienvenidos, bienvenidos! A la Academia de Cazadores de Sombras. Es una alegría veros a todos aquí en la inauguración oficial auspiciosa de la Academia, donde estaremos entrenando a toda una nueva generación para obedecer la Ley establecida por el Ángel. Es un honor haber sido elegido para venir aquí, y una alegría para nosotros teneros.

Simon miró a su alrededor. Había unos doscientos estudiantes aquí, pensó, incómodamente hacinados alrededor de mesas desvencijadas. Se dio cuenta de nuevo de que varios de ellos eran muy jóvenes, sucios y desolados. El corazón de Simon salió a ellos, incluso mientras se preguntaba cuál era exactamente la situación de la corriente de agua en la Academia.

Nadie parecía como si se sintiera honrado de estar aquí. Simon se preguntó de nuevo sobre los métodos de reclutamiento de los Cazadores de Sombras. Julie hablaba de ellos como si fueran nobles, en busca de familias de Cazadores de Sombras perdidas y ofreciendo a los mundanos oportunidades increíbles,

pero algunos de estos chicos parecían apenas de doce. Simon tuvo que preguntarse lo que su vida debía ser si estuvieras listo para dejarlo todo e ir a luchar contra los demonios a los doce años.

—Ha habido un par de pérdidas no esperadas del personal, pero estoy segura de que lo vamos a hacer espléndidamente con el excelente personal restante —continuó Dean Penhallow—. Permitidme presentaros a Delaney Scarsbury, vuestro maestro de formación.

El hombre que estaba sentado junto a ella se levantó. Hizo que los bíceps de Jon Cartwright parecieran uvas contenidas a un pomelo, y de hecho tenía un parche en el ojo, como el ángel de la vidriera.

Simon se volvió lentamente y miró a George, quien había esperado lo sintiera en este caso. Él murmuró: De ninguna manera.

George, que obviamente lo sintió en este caso, asintió con la cabeza y murmuró: ¡Cazador de Sombras Pirata!

—Espero que todos vosotros seáis aplastados en una pulpa y moldeéis esa pulpa en guerreros feroces —anunció Scarsbury.

George y Simon intercambiaron otra mirada elocuente.

Una chica en la mesa detrás de Simon comenzó a llorar. Lucía de alrededor de trece años.

—Y esta es Catarina Loss, una bruja muy estimable que os estará enseñando mucho sobre... ¡historia y así sucesivamente!

—Yay —dijo Catarina Loss, con un gesto desganado de sus dedos azules, como si se hubiera decidido a intentar aplaudir sin molestarse en levantar las dos manos.

El decano siguió adelante.

—En los últimos años en la Academia, porque los Cazadores de Sombras vienen de todas partes del mundo, todos los días de la semana servíamos un delicioso plato de una nación diferente. ¡Sin duda tengo intención de mantener esa tradición! Pero las cocinas están

en un ligero estado de deterioro y por ahora tenemos...

—Sopa —dijo Catarina rotundamente—. Tanques y tanques de sopa marrón turbia. Disfrutad, niños.

Dean Penhallow continuó al aplauso de su única mujer.

—Eso es correcto. Disfrutad, todo el mundo. Y de nuevo, bienvenidos.

Realmente no había nada en oferta, sino enormes cubas metálicas llenas de sopa muy cuestionable.

Simon se alineó para la comida, y se asomó por las profundidades de grasa en el líquido oscuro.

—¿Hay cocodrilos allí dentro?

—No os haré ninguna promesa —dijo Catarina, inspeccionando su propio plato.

Simon estaba agotado y todavía muriendo de hambre cuando se metió en la cama esa noche. Trató de animarse al pensar de nuevo en cómo últimamente una chica había estado en la cama. Una chica en su cama por primera

vez en la historia, pensó Simon, pero luego el recuerdo vino como un jirón de nube sobre la luna, oscureciendo todo con certeza. Recordó a Clary durmiendo en su cama, cuando eran tan pequeños que sus pijamas tenían camiones y ponis en ellas. Recordó besar a Clary, y cómo había sabido como a limonada fresca. Y recordó a Isabelle, su cabello oscuro fluyendo sobre la almohada, con la garganta al descubierto para él, sus uñas arañando su pierna, como una película sexy de vampiro aparte de la mordida a las uñas de los pies. El otro Simon había sido no solo un héroe, sino un seductor. Bueno, más un donjuán que el Simon de ahora.

Isabelle. La boca de Simon se trasladó para formar la silueta de su nombre, presionándolo en su almohada. Se había dicho que no iba a pensar en ella, no hasta que realmente consiguiera encajar en alguna parte de la Academia. No hasta que él estuviera en su camino a ser mejor, de ser la persona que ella quería que fuera.

Se volteó, quedando de espaldas y mirando hacia el techo de piedra.

—¿Estás despierto? —le susurró George—. Yo sí. Y sigo preocupado sobre sí la zarigüeya volverá. ¿De dónde habrá salido, Simon? ¿Y adonde fue?

* * *

Las prácticas de convertirse en un Cazador de Sombras se hicieron más evidentes para Simon al día siguiente.

Primero, porque Scarsbury los estaba midiendo para sus equipos, lo cual era de por sí una experiencia aterradora. En segundo lugar, porque se trataba de comentarios personales e hirientes sobre el físico de Simon.

—Tienes unos hombros estrechos, —le dijo Scarsbury pensativo—. Como los de una chica.

—Soy ágil —le informó Simon, con dignidad.

Él miró amargamente hacia George, quién estaba descansando en un banco esperando a que Simon terminase de ser medido. El equipo de

George era sin mangas; Julie había venido a felicitarle sobre lo bueno que él estaba físicamente y a tocarle los brazos.

—Te diré algo, —dijo Scarsbury—. Tengo un equipo por aquí que puede que sea de chica...

—Bien, —dijo Simon—. ¡Quiero decir, terrible, pero bien! Dámelo.

Scarsbury empujó el material doblado a los brazos de Simon.

—Es para una chica alta, —dijo en una voz que probablemente fuese reconfortante, pero sin duda demasiado fuerte.

Todo el mundo miró hacia ellos. Simon se impidió a sí mismo hacer una reverencia sarcástica, e ir pisoteando a colocarse en su equipo.

Después de obtener sus equipos, le dieron algunas armas. Los estudiantes mundanos no podían utilizar runas o estelas o la mayoría de las armas de los Cazadores de Sombras, por lo que todas las armas que se les iba dando eran mundanas; las cuales estaban destinadas a ampliar el conocimiento de armas a los chicos

Cazadores de Sombras. Simon temía que su conocimiento sobre las armas fuese tan amplio como el de los espaguetis.

Dean Penhallow trajo algunas cajas gigantes de cuchillos terroríficos, que parecían muy extraños en un entorno académico, y él les pidió que seleccionaran que daga les convenía.

Simon eligió una daga completamente al azar, y luego se sentó en su escritorio para analizarlo.

Jon asintió hacia él.

—Bonito.

—Sí, —dijo Simon, asintiendo con la cabeza hacia adelante y atrás y haciendo un gesto—. Eso es lo que pensé. Bonito. Y muy peligroso.

Apuñaló el escritorio con la daga, donde se quedó atascado y Simon tuvo que hacer una palanca para sacarlo de la madera.

Simon pensaba que ser entrenado no podría ser tan malo como ser preparado para ser entrenado, pero resultaba que era mucho peor.

* * *

Los días en la Academia eran la mitad actividad física. Era como la mitad en el gimnasio. Peligroso, un gimnasio peligroso.

—Viene desde la corriente de escorias, pero entiendo que no tengas experiencia especialmente con la espada.

Scarsbury le dijo—: Sí ella no es suficientemente un desafío, házmelo saber.

Simon miró a Scarsbury en lugar de hacer lo que tenía que hacer, quien no creía que un adulto fuese a llamar a alguien “escoria” en su cara.

Él miró a la chica, inclinó su oscura cabeza, su espada brillaba en su temblorosa mano.

—Hey, soy Simon.

—Sé quién eres, —murmuró ella.

Bien, al parecer Simon era una celebridad. Si tuviese todos sus recuerdos, tal vez esto podría parecerle lo normal. Tal vez sabía que se lo merecía, en lugar de saber que no.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó.

—Marisol —dijo a regañadientes. Ella ya no temblaba más, él señaló, ahora que Scarsbury se había retirado.

—No te preocupes —dijo alentándola—. Voy a hacértelo fácil.

—Hmm —dijo Marisol. Ya no parecía que fuese a llorar ahora; sus ojos se estrecharon.

Simon no estaba acostumbrado a los chicos más jóvenes, pero ambos eran mundanos. Simon sentía un tipo de incómoda sensación.

—¿Te estás adaptando bien? ¿Extrañas a tus padres?

—No tengo padres —dijo Marisol con una pequeña y dura voz.

Simon estaba afectado. Él era un idiota. Había pensado en ello, el por qué los niños mundanos podían llegar a la Academia. Los mundanos tenían que renunciar a sus padres, familias, y a sus anteriores vidas. A menos que, por supuesto, no tuviesen padres ni familias. Él había pensado en eso, pero se le había olvidado, obsesionado acerca de sus propios recuerdos y en cómo encajarían, pensando

sólo en él mismo. Él tenía un hogar al que volver, aunque no fuese perfecto. Él tenía una elección.

—¿Qué te dijeron los Cazadores de Sombras cuando fueron a reclutarte?

Marisol lo miraba, su mirada fría y clara.

—Me dijeron —dijo—, que iba a pelear.

Ella había estado tomando clases de esgrima desde que podía caminar, como se vio después. Ella lo cortó en las rodillas y literalmente lo dejó en el polvo, dando tumbos cuando una pequeña y torbellina estocada le llegó desde el terreno de práctica, y cayó.

También se apuñaló a sí mismo en la pierna con su propia espada mientras caía, pero sólo era una lesión menor.

—Fue demasiado fácil para ella —dijo Jon, pasando para ayudar a Simon a levantarse—. Las escorias no aprenderán si no se les enseña, ya sabes.

Su voz era amable; pero la mirada de Marisol no.

—Déjala —murmuró Simon, pero no dijo que Marisol le había golpeado bastante. Todos pensaban que él era un héroe.

Jon le sonrió y siguió caminando. Marisol ni siquiera le miró. Simón estudió su pierna que le picaba.

Pero no todo era punzante. Algo de eso era lo normal, como correr, pero cuando Simon intentó correr y mantenerse al día con la gente mucho más atlética de lo que él había sido siempre, estaba constantemente acosado por los recuerdos de cómo sus pulmones nunca se habían quemado por la falta de aire, de cómo su corazón nunca había golpeado por un sobre esfuerzo. Había sido rápido, una vez, mucho más rápido que cualquiera de estos aprendices Cazadores de Sombras, frío y depredador y poderoso.

Y muerto, se recordó a sí mismo mientras caía detrás de los demás una vez más. No quería estar muerto.

Correr era mucho mejor que montar a caballo. La Academia les instruyó a cómo

montar a caballo en su primer viernes allí. Simon pensó que eso debía de ser un regalo.

Todos los demás actuaban como si fuese un regalo. Sólo a los de la corriente de élite se les permitía ir a montar, y en las comidas se burlaban de lo que las escorias se perdían. Eso parecía alegrar a Julie y a Jon, frente a la terrible sopa sin fin.

Simon, precariamente se balanceaba en la cima de una descomunal bestia que a la vez rodaba sus ojos y aparentaba zapatear, eso no se sentía que fuese algún tipo de regalo. Las escorias habían sido enviadas para aprender hechos elementales sobre los Cazadores de Sombras. Ellos tenían la mayor parte de sus clases aparte de la élite, y Jon le aseguró a Simon que eran aburridos.

Simon sintió lo que realmente podría hacer si él se sintiese con aburrimiento, ahora mismo.

—Sí —dijo George en voz baja—. Un consejo rápido. Montar a caballo funcionaría mejor si mantienes los ojos abiertos.

—Mi experiencia sobre montar a caballo es en el carrusel del Central Park, —rompió Simon—. ¡Perdóname por no ser el Sr. Darcy!

Como varias de las mujeres estaban comentando, George era un excelente jinete.

Apenas tuvo que mover el caballo para que le respondiese, ambos moviéndose sin problemas juntos, la luz solar ondulándose en sus estúpidos rizos. Él miró hacia la derecha, haciendo que todo luciese más fácil y elegante, como un caballero en las películas. Simon recordó haber leído libros sobre caballos mágicos que leían cada pensamiento de su jinete, libros sobre caballos que nacían del viento del norte. Todo era parte de ser un mágico guerrero, que tenía un noble corcel.

El caballo de Simon estaba defectuoso, o, simplemente, algún genio había calculado que Simon no podría controlarlo. Salió a dar un paseo en el bosque, con Simon sobre su espalda alternativamente suplicando, amenazando y ofreciéndole sobornos. Si el caballo de Simon podía leer sus pensamientos, entonces el caballo de Simon era un sádico.

Cuando la noche se dibujó y se tornó fría, el caballo vagó de nuevo a su puesto.

Simon no tenía ninguna opción en el asunto, pero se las arregló para bajarse del caballo y caminar dentro de la Academia, sus dedos y rodillas completamente entumecidos.

—Ah, ahí estás —dijo Scarsbury—. George Lovelace estaba fuera de sí. Quería armar un equipo de búsqueda por ti.

Simon lamentó sus pensamientos rencorosos sobre la equitación de George.

—Déjame adivinar —dijo Simon—. Todo el mundo dijo “Nah, ser dado por muerto fortalece el carácter.”

—No estaba preocupado de que fueses comido por los osos en el oscuro y profundo bosque, —dijo Scarsbury, quien parecía como si nunca estuviese preocupado por algo en su vida, alguna vez.

—Por supuesto que no, eso sería abs...

—Tú tenías tu daga, —añadió Scarsbury ocasionalmente y se alejó, dejando a Simon llamarlo después de él.

—¿Mi—mi daga puede matar osos? ¿Crees que matar osos con una daga es un escenario plausible? ¿Qué información tienes acerca de osos en este bosque? Creo que es tú responsabilidad como cuidador el decirme si hay osos en el bosque.

—Nos vemos en la práctica de jabalina mañana temprano, Lewis, —le dijo Scarsbury, y se marchó sin mirar atrás.

—¿Hay osos en el bosque? —Simon se repitió a sí mismo—. Es una pregunta simple. ¿Por qué los Cazadores de Sombras son tan malos con las preguntas sencillas?

* * *

Los días pasaron en un horrible torbellino de violenta actividad. Si no era práctica de jabalina, Simon estaba siendo arrojado por la sala (George pidió disculpas luego, pero eso no ayudaba). Si no era trabajo con la daga, era más esgrima y una humillante derrota ante las cuchillas de pequeños, y malvados aprendices Cazadores de Sombras. Si no era esgrima, era la carrera de obstáculos, y Simon se negaba a hablar de la carrera de obstáculos. Julie y Jon

fueron creciendo notablemente en las comidas y probaron algunos comentarios sobre los mundanos.

Al final Simon se tambaleó con cansancio al siguiente ejercicio de futilidad y objetos cortantes, y Scarsbury le colocó un arco en sus manos.

—Quiero que todos tratéis de golpear los objetivos, —dijo Scarsbury—. Y Lewis, quiero que trates de no golpear a cualquiera de los otros participantes.

Simon sintió el peso del arco en sus manos. Tenía un buen balance, pensó, fácil de levantar y manipular. Afanó la flecha, y sintió la tensión de la cuerda, lista para soltar, preparada para dejarlo volar a lo largo del camino del que Simon quisiese.

Movió el brazo hacia atrás, y fue así de fácil: la vista en alto. Disparó una vez más y luego otra vez, las flechas volaron para encontrar sus objetivos y sus brazos quemaban y su corazón se golpeaba con alegría. Estaba contento de ser capaz de sentir a sus músculos trabajar y su corazón latir. Estaba tan contento

de estar vivo y ser capaz de sentir cada momento de esto.

Simon bajó el arco para encontrarse con que todo el mundo lo miraba.

—¿Puedes hacer eso de nuevo? —Preguntó Scarsbury.

Él había aprendido a disparar flechas en el campamento de verano, pero aquí de pie con un arco, se acordó de algo más. Recordó la respiración, los latidos de su corazón, los Cazadores de Sombras observándolo. Todavía había sido humano entonces, un mundano a quien todos despreciaban, pero que había matado a un demonio. Recordó: había visto algo que debía de hacer, y que había hecho.

Un chico no tan diferente a lo que era ahora.

Simon sintió una sonrisa dibujándose en su rostro, lastimando sus mejillas.

—Sí. Creo que puedo.

Julie y Jon fueron mucho más amables en la cena de lo que jamás habían sido en los últimos días.

Simon les contó sobre matar al demonio, lo que recordaba, y Jon se ofreció a enseñarle algunos trucos de esgrima.

—Me encantaría saber más sobre tus aventuras, —dijo Julie—. Todo lo que puedas recordar. Especialmente si involucra a Jace Herondale. ¿Sabes cómo tuvo esa cicatriz sexy en la garganta?

—Ah, —dijo Simon—. En realidad... Sí. En realidad... ese fui yo.

Todo el mundo lo miró.

—Puede que lo haya mordido. Un poquito. Era más bien un mordisco, realmente.

—¿Y estaba delicioso? —preguntó Julie, después de una pausa reflexiva—. Él parece ser delicioso.

—Um, —dijo Simon—. Él no es una caja de zumo.

Beatriz asintió con seriedad. Ambas chicas parecían muy interesadas en esta discusión. Demasiado interesadas. Sus ojos brillaban.

—¿Quizás te subiste encima de él lentamente y luego bajaste la cabeza hacia su

tierna, y pulsante garganta? —Dijo Beatriz—. ¿Pudiste sentir el calor radiante de su cuerpo dentro de ti?

—¿Lamiste su garganta antes de morderlo? —preguntó Julie—. Oh, ¿y conseguiste la oportunidad de sentir sus bíceps? —Ella se encogió de hombros—. Tengo curiosidad acerca de, ya sabes, técnicas de vampiro.

—Imagino que Simon fue suave y dominó durante su momento especial con Jace, —dijo Beatriz pensativa—. Quiero decir, era especial, ¿no?

—¡No! —Dijo Simon—. No puedo expresar lo suficiente. He mordido a varios Cazadores de Sombras. Mordí a Isabelle Lightwood y a Alec Lightwood; ¡morder a Jace no fue un tierno y único momento!

—¿Mordiste a Isabelle y a Alec Lightwood? —Preguntó Julie, quien empezaba a sonar como una loca—. ¿Qué te han hecho a ti los Lightwoods?

—Wow —dijo George—. Yo me imaginaba que el reino de los demonios era temible y

aterrador, pero parece que fue más o menos un nom, nom, nom sin parar.

—¡Así no era cómo fue! —dijo Simon.

—¿Podemos dejar de hablar de esto? —exigió Jon, su voz aguda—. Estoy seguro de que todos hicieron lo que tenían que hacer, pero la idea de ser presa de un Subterráneo es desagradable.

A Simon no le gustaba la manera que Jon dijo “Subterráneo,” como si las palabras “Subterráneo” y “desagradable” fuesen más o menos lo mismo. Pero tal vez fuese natural para Jon que lo molestasen. Simon podía recordar ser molestado por lo mismo. Él no quería convertir a sus amigos en su presa, tampoco.

Hoy había ido bastante bien. Y Simon no quería arruinarlo. Decidió que estaba con suficiente buen ánimo como para dejarlo ir.

Simon se sintió mejor sobre la Academia hasta aquella noche, cuando se despertó de un sueño a un diluvio de su memoria.

Los recuerdos lo golpeaban así a veces, no en pequeños y afilados golpes sino en una cascada insistente y terrible. Había pensado en su ex compañero antes. Él sabía que había tenido un amigo, un compañero de piso antes, llamado Jordan, y que había sido asesinado. Pero no recordó los sentimientos de eso —la forma en que Jordan lo había aceptado cuando su madre le había prohibido su puerta, hablar de Maia con Jordan, oír a Clary reír de que Jordan fuese guapo, hablar con Jordan, paciente y amable y siempre viéndolo a él como algo más que un trabajo, más que un vampiro. Él recordaba haber visto a Jordan y a Jace gruñirse el uno al otro y luego jugar videojuegos como unos idiotas, y a Jordan encontrarlo durmiendo en un garaje, y Jordan mirando a Maia con tanto pesar.

Y recordó sostener en sus manos el colgante de Pretor Lupus de Jordan, en Idris, después de que él estuviese muerto. Simon había sostenido aquel colgante de nuevo desde entonces, una vez que había recuperado parte de sus recuerdos, sintiendo el peso del mismo

y se preguntó qué significaba aquel lema en latín.

Había sabido que Jordan había sido su compañero de habitación, y había sabido que fue una de las muchas víctimas de la guerra.

Nunca había sentido realmente el peso del mismo, hasta ahora.

El enorme peso del recuerdo le hizo sentir como si piedras estuviesen apiladas en su pecho, aplastándolo. Simon no podía respirar. Salió de sus sabanas, balanceando sus piernas por el lado de su cama, con los pies golpeando el suelo de piedra con una mata de frío.

—¿Wuzz—wuzzit? —Murmuró George—. ¿Volvió la zarigüeya?

—Jordan murió —dijo Simon sombríamente y colocó sus manos en su rostro.

Hubo silencio.

George no le preguntó quién había sido Jordan, tampoco por qué de repente le importaba eso a él. Simon no habría sido capaz de explicar aquella maraña de dolor y la culpa

en su pecho: el cómo se odiaba a sí mismo por olvidar a Jordan, a pesar de no haber podido haberle ayudado, como era descubrir que Jordan estaba muerto, por primera vez y al igual como sentir a una herida reabrirse, ambos a la vez. Había un sabor amargo en la boca de Simón, como sangre vieja, vieja.

George se acercó a él y colocó una mano en el hombro de Simon. Lo mantuvo allí, un firme apretón, su mano cálida y constante, algo que anclaba a Simon en la fría noche de recuerdos.

—Lo siento, —susurró. Y Simon también lo sentía.

* * *

En la cena del día siguiente, otra vez era sopa. Había sido sopa para cada comida durante varios días. Simon no recordaba una vida antes de la sopa, y se desesperó por lograr alguna vez una vida después de ella. Simon se preguntaba si los Cazadores de Sombras tenían runas para protegerse del escorbuto.

Su grupo habitual estaba agrupado en torno a su mesa de siempre, charlando, cuando Jon dijo—: Me gustaría que nos enseñasen acerca

de los demonios por alguien con menos de un programa, si sabéis de lo que estoy hablando.

—Uh, —dijo Simon, quien en su mayoría se sentaba a través de sus clases sobre los demonios a través de los siglos en profundo alivio de que no le pidiesen que se moviese—. ¿Acaso no todos tenemos el mismo programa demonio-caza?

—Sabes lo que quiero decir, —dijo Jon—. Tenemos que aprender sobre los últimos crímenes de los brujos, también. Tenemos que luchar contra los Subterráneos, también. Es ingenuo fingir que todos son mansos.

—Los Subterráneos, —repitió Simon. La sopa se convirtió en cenizas en su boca, lo que en realidad era una mejora—. ¿Cómo los vampiros?

—¡No! —dijo Julie apresuradamente—. Los vampiros son geniales. Tienen, ya sabes, clase. En comparación con otros Subterráneos. Pero si hablas de criaturas como los hombres lobo, Simon, debes entender que no son exactamente nuestro tipo de gente. Si se les puede llamar personas del todo.

Ella dijo “hombres lobo” y Simon no podía dejar de pensar en Jordan, acobardado, como si lo hubieran golpeado y fuera incapaz de mantener la boca cerrada un momento más.

Simon empujó su tazón de sopa lejos y echó su silla hacia atrás.

—No me digas lo que debo hacer, Julie —dijo fríamente—. Debo informarte que hay aproximadamente cien hombres lobo por cada uno de vuestros culos de Cazadores de Sombras, el tuyo y el de Jon. Debo decir que me enferma hasta los dientes que insultéis a los mundanos y que me digáis que soy vuestra mascota especial, vuestra excepción, como si quisiera ser la mascota de personas que intimidan a niños más jóvenes y más débiles que ellos. Y debo decirte, que más vale que esta Academia funcione y mundanos como yo Ascendamos, porque por todo lo que puedo ver en vosotros, la próxima generación de Cazadores de Sombras no vais a ser nada sin nosotros.

Miró hacia George, de la forma en que miraba a George cuando compartían bromas

en clase y durante las comidas, para ver si George estaba de acuerdo con él.

George estaba mirando a su plato.

—Vamos, hombre —murmuró—. No... no hagas esto. Te harán cambiar de habitación. Simplemente siéntate, y todo el mundo puede disculparse, y podemos seguir como estábamos.

Simon respiró profundamente, absorbió la decepción, y dijo—: No quiero que las cosas sigan como estaban. Quiero que las cosas cambien.

Se apartó de la mesa, de todos ellos, se dirigió hacia donde la directora y Scarsbury estaban sentados, y anunció en voz alta:

—Directora Penhallow, quiero ser puesto en la clase para mundanos.

—¿Qué? —exclamó Scarsbury—. ¿En los desechos?

La directora dejó caer la cuchara en la sopa con un ruidoso chapoteo.

—El curso mundano, Sr. Scarsbury, ¡si usted quiere! No suspendemos a nuestros

estudiantes de esa manera. Me alegro de que hayas venido a mí con esto, Simon —dijo después de un momento de indecisión—. Entiendo que puedas estar teniendo dificultades con el curso, dada tu naturaleza mundana, pero...

—No es que esté teniendo dificultades —dijo Simon—. Más bien, es que no me gustaría relacionarme con las familias de élite de Cazadores de Sombras. Es solo que no creo que sean mi tipo de gente.

Su voz resonó contra el techo de piedra. Había un montón de niños pequeños que lo miraban fijamente. Una era la pequeña Marisol, mirándolo con una expresión pensativa y sorprendida. Nadie dijo nada. Solo miraban.

—Bien, he dicho todo lo que tenía que decir, me siento avergonzado, y me voy a ir ahora —dijo Simon, y huyó de la habitación.

Casi se tropezó con Catarina Loss, que había estado observando desde la puerta.

—Lo siento —farfulló.

—No —dijo Catarina—. De hecho, voy a ir contigo. Te ayudaré a empacar.

—¿Qué? —preguntó Simon, dándose prisa detrás de ella—. ¿Realmente me tengo que trasladar?

—Sí, ponen los desechos en el nivel subterráneo —dijo Catarina.

—Ponen a algunos niños en calabozos, y ¿hasta ahora nunca nadie ha señalado que este es un sistema repugnante?

—¿Lo es? —preguntó Catarina—. No me digas más acerca de los Cazadores de Sombras, y su tendencia ocasional a ser injustos. Lo encontraré fascinante y sorprendente. Su excusa es que los niveles más bajos son más fáciles de defender, para los niños que no pueden pelear tan bien como sus otros compañeros.

Ella se dirigió a la habitación de Simon y miró alrededor por sus cosas.

—De hecho no he desempacado mucho —dijo Simon—. Tenía miedo de la zarigüeya en el armario.

—¿La qué?

—A George y a mí también nos pareció muy misterioso —dijo Simon con gran seriedad, tomando su bolso y colocando las pocas cosas que había dejado tiradas afuera. No quería olvidar su equipo de mujer.

—Bueno —dijo Catarina—. Dejando de lado lo de las zarigüeyas. El punto es que... podría haberte entendido mal, Simon.

Simon parpadeó.

—¿Oh?

Catarina le sonrió. Fue sorprendente, como un amanecer azul.

—No tenía ganas de venir a enseñar aquí. Los Cazadores de Sombras y los Subterráneos no se llevan bien, y trato de mantenerme separada de los Nefilim incluso más que otros de mi clase. Pero tenía un querido amigo llamado Ragnor Fell, que solía vivir en Idris y enseñó en la Academia durante décadas antes de que se cerrase. Nunca tuvo la mejor opinión sobre los Cazadores de Sombras, pero le tenía mucho cariño a este lugar. Lo... perdí

recientemente, y sabía que este lugar no podría funcionar sin maestros. Quería hacer algo en su memoria, a pesar de que odiaba la idea de enseñar a una pandilla de mocosos

Nefilim arrogantes. Pero quería a mi amigo más de lo que odio a los Cazadores de Sombras.

Simon asintió. Pensó el recuerdo de Jordan, el pensamiento de cómo le dolía incluso mirar a Isabelle y Clary. Sin recuerdo, lo habían perdido. Y nadie quería perder a alguien que amaba.

—Así que podría estar un poco irritada por venir —admitió Catarina—. Podría estar un poco irritada contigo, porque, por todo lo que sé, no pensaste mucho en ser un vampiro. Y ahora estás curado, lo que es un milagro, y los Cazadores de Sombras son tan rápidos que te atrajeron a su rebaño. Verdaderamente te dan, para ser uno de ellos, lo que siempre quisiste. Tenías la mancha para ser uno de nosotros pero la borraste.

—No... —dijo Simon, y tragó saliva—. No puedo recordarlo todo. Así que a veces es como defender las acciones de otra persona.

—Debe ser frustrante.

Simon rió.

—No tienes ni idea. No quiero... no quería ser un vampiro, no pienso serlo. No quisiera volver a ser uno otra vez. Estar atascado en dieciséis años, cuando todos mis amigos y mi familia crecían sin mí; teniendo el impulso de... ¿herir a la gente? No quería nada de eso. Pero... mira, no recuerdo mucho, pero recuerdo lo suficiente. Recuerdo que en ese entonces era una persona, tanto como lo soy ahora. Convertirme en un Cazador de Sombras no va a cambiar eso, sí es que me convierto en un Cazador de Sombras. He olvidado lo suficiente. No voy a olvidar eso.

Levantó su bolso y lo puso sobre su hombro, y le hizo un gesto a Catarina para que lo guiara por el camino a su nueva habitación. Lo hizo, descendiendo los escalones de piedra. Simon se percató de que iban al sótano. No se

había dado cuenta de que mantenían a los chicos en el sótano.

Estaba oscuro en la escalera. Simon colocó una mano en la pared para mantenerse firme, y luego la sacó rápidamente.

—Oh, ¡asqueroso!

—Sí, la mayoría de las superficies subterráneas están cubiertas de limo negro —dijo Catarina, en un tono de “por cierto”.— Ten cuidado.

—Gracias. Gracias por esa advertencia.

—De nada —dijo Catarina, con un indicio de risa en su voz. Por primera vez, se le ocurrió a Simon que Catarina en realidad podría ser agradable—. Dijiste que sí es que te conviertes en un Cazador de Sombras. ¿Está pensando en dejarlo?

—Ahora que he tocado el limo, sí —murmuró Simon—. No. No sé lo que quiero, excepto que aún no quiero darme por vencido.

Casi reconsideró cuando Catarina lo llevó a su habitación. Estaba mucho más oscuro que en la última habitación, aunque distribuida de

la misma manera. Los postes de madera de la cama, de ambas camas estrechas parecían podridos, y en las esquinas de la habitación el limo negro había crecido casi viscoso, convirtiéndose en pequeñas cascadas de limo negro.

—No recuerdo bien el infierno del todo —dijo Simon—. Pero creo recordar que era más bonito que esto.

Catarina se echó a reír, y luego sobresaltó a Simon inclinándose y dándole un besito en la mejilla.

—Buena suerte, vampiro diurno —le dijo ella, riéndose de su expresión—. Y haz lo que sea que haz, no uses los baños en este piso. El de ningún piso, obviamente, ¡pero especialmente los de éste!

Simon no le pidió que le explicara, porque estaba aterrorizado. Se sentó en su nueva cama, y luego se levantó deprisa debido al gran crujido y la nube de polvo. Oye, al menos esta vez no tenía un compañero de habitación, él era el rey de este dominio viscoso y claustrofóbico. Ocupó su mente en

desempacar. El armario en esta habitación estaba realmente limpio y vacío, lo que era definitivamente una mejora. Simon podría vivir en el armario con sus divertidas camisetas.

Por fin terminó de desempacar cuando George entró tranquilamente, arrastrando su maleta detrás de él y llevando su raqueta rota en su hombro como una espada.

—Hola, amigo.

—Hola —dijo Simon con cautela—. Er, ¿qué... qué estás haciendo aquí?

George dejó su maleta y su raqueta en el suelo lodoso, y se tiró en la cama. Se estiró lujosamente, ignorando el crujido siniestro de la cama debajo de él.

—La cosa es que, el curso avanzado es de hecho bastante agotador —dijo George, mientras Simon comenzaba a sonreír—. Y puede que lo hayas oído: los Lovelaces son de aquellos que se rinden.

* * *

Simon estuvo más aliviado de tener a George al día siguiente, así podían sentarse juntos en el lugar de una de las mesas de los mundanos de trece años, que los miraban de reojo cuando no estaban susurrando entrecortadamente acerca de sus teléfonos.

El día mejoró aún más cuando Beatriz se sentó también en su nueva mesa.

—No voy a dejar el entrenamiento avanzado para seguirte por aquí como Curlytop —comunicó Beatriz—, pero todavía podemos ser amigos, ¿o no?

Tiró del pelo de George cariñosamente.

—Ten cuidado —dijo George con una voz cansada y humilde—. No pude dormir en nuestra habitación pequeña y lodosa. Creo, que hay una criatura viviendo en nuestras paredes. La escucho. Escabullirse. Tengo que admitir que no he tomado la decisión más inteligente al seguir a Simon. Es posible que no sea tan brillante. Es posible que la apariencia sea todo lo que tengo.

—De hecho... aunque no estoy dispuesta a seguirte en las clases aburridas y la

interminable falta de respeto de mis compañeros... creo que fue algo genial lo que hiciste, Simon —dijo Beatriz.

Sonrió, sus dientes destellando blanco contra su piel morena, y su sonrisa era cálida y admirativa, pero sobre todo era lo más lindo que Simon había visto en todo el día.

—Tienes razón, nuestra moral es sólida aunque nuestras paredes están infestadas. Y todavía tendremos algunas clases interesantes, Sí —dijo George—. Además, no os preocupéis, aún seremos enviados en misiones para luchar contra los demonios y los Subterráneos granujas.

Simon se atragantó con su sopa.

—No estaba preocupado por eso. Ninguno de nuestros maestros se preocupa en absoluto en enviar personas sin habilidades sobrehumanas para luchar contra los demonios, podría señalar solo un poquitín, para no extendernos demasiado, ¿no es nefasto?

—Tienen que afrontar pruebas de coraje antes de que deban enfrentar la Ascensión —

dijo Beatriz—. Es mejor para ellos que abandonen la escuela porque tienen miedo, o incluso porque un demonio les comió la pierna, que tenerlos intentando Ascender sin ser aptos, y mueran en el intento.

—Esa es una cosa normal, alegre y genial para decir —dijo Simon—. Los Cazadores de Sombras son estupendos a la hora de decir cosas normales.

—Bueno, yo tengo ganas de ir a las misiones —dijo George—. Y mañana un Cazador de Sombras viene a dar una clase sobre cómo utilizar armas menores. Espero que haya una demostración práctica.

—No en un aula —dijo Beatriz—. Piensa lo que una ballesta potente podría hacerle a las paredes.

Esa fue toda la advertencia que Simon tuvo antes de repiquetear felizmente en la clase del día siguiente, George estaba pisándole los talones, y encontraron a Dean Penhallow ya allí, hablando nerviosamente con buen ánimo. El aula estaba llena, tanto la multitud habitual

como la multitud de mundanos estaban presentes.

—...a pesar de su juventud, es una Cazadora de Sombras de cierto renombre y habilidad notable con armas menos usadas, como el látigo. Me complace dar la bienvenida a la Academia de Cazadores de Sombras a nuestra primera invitada: ¡Isabelle Lightwood!

Isabelle se dio vuelta, su cabello negro liso brillando sobre sus hombros y una falda negra destellando alrededor de sus piernas pálidas. Estaba usando un lápiz de labios ciruela resplandeciente, tan oscuro que parecía casi negro. Sus ojos se veían negros, pero otro pequeño fragmento de recuerdo atravesó a Simon, por supuesto, en el peor momento posible: recordó los colores de sus ojos de cerca, de un marrón muy oscuro, como terciopelo marrón, tan cerca del negro que no parecía haber diferencia, pero con círculos más claros de color...

Se tropezó con su pupitre, y se sentó en la silla con un ruido sordo.

* * *

Cuando la directora se fue, Isabelle se volvió y miró a su clase con absoluto desprecio.

—De hecho no estoy aquí para enseñaros a ninguno de vosotros, idiotas —les dijo, caminando de arriba abajo por las filas de los pupitres—. Si queréis utilizar un látigo, entrenad con uno, y si perdéis una oreja, no vengáis como bebés grandes quejosos.

Varios de los chicos asintieron, como si estuvieran hipnotizados. Casi todos los chicos estaban viendo a Isabelle como si fuera un nido de serpientes intentando hechizarlos. Algunas de las chicas la miraban de esa manera también.

—Estoy aquí —declaró Isabelle, terminando de merodear el perímetro y volviéndose para mirarlos a todos nuevamente abriendo bruscamente los ojos—, para determinar mi relación.

Simon abrió los ojos como platos. No podía estar hablando de él. ¿Podría?

—¿Veis a ese hombre? —preguntó Isabelle, señalando a Simón. Por lo visto, estaba

hablando de él—. Es Simon Lewis, y es mi novio. Así que si alguno de vosotros piensa en intentar hacerle daño, porque es un mundie o se le insinúa románticamente, puede que el Ángel se apiade de vuestra alma, porque iré por vosotros, os perseguiré y os aplastaré hasta haceros polvo.

—Solo somos amigos —dijo George apresuradamente.

Beatriz alejó poco a poco su pupitre del de Simon.

Isabelle bajó la mano. El rubor por la emoción se alejaba de su rostro, como si hubiera venido a decir lo que había dicho, y ahora que la adrenalina se había ido estaba incluso procesando lo que había salido de su boca.

—Ahora me voy a ir —comunicó Isabelle—. Gracias por vuestra atención. La clase terminó.

Se dio la vuelta y salió de la habitación.

—Tengo que... —comenzó Simon, levantándose de su escritorio con las piernas un poco inestables—. Tengo que irme.

—Sí, hazlo —dijo George.

Simon salió por la puerta y corrió por los pasillos de piedra de la Academia. Sabía que Isabelle era rápida, por lo que corrió, más rápido de lo que nunca había corrido en los campos de entrenamiento, y la alcanzó en el vestíbulo. Se detuvo en la luz tenue de la ventana de cristal de colores mientras la llamaba por su nombre.

—¡Isabelle!

Ella se quedó parada esperándolo. Con los labios abiertos y brillando, como ciruelas bajo la nieve del invierno, listos para ser probados. Simon podía verse corriendo hacia ella, tomándola en sus brazos y besando su boca, sabiendo que sería usado por ella para hacerlo, su valiente y brillante Isabelle, y dejándose llevar en un torbellino de amor y alegría, pero lo veía como a través de un cristal, como si buscara en otra dimensión, una en la que podía ver, pero no tocar lo suficiente.

Simon sintió una punzada caliente de dolor por todo su cuerpo, no solo por su pecho,

como si hubiera sido alcanzado por un rayo. Pero tenía que decirlo.

—No soy tu novio, Isabelle —gritó.

Se puso pálida. Simon estaba horrorizado por lo mal que se habían escuchado sus palabras.

—Quiero decir, no puedo ser tu novio, Isabelle —dijo—. No soy él, el chico que era tu novio. El chico al que quieres.

Casi dijo: Deseo poder serlo. Había deseado poder serlo. Ese era el por qué había venido a la Academia, a aprender a ser ese chico que todos querían de vuelta. Había querido ser de esa manera, ser un héroe increíble como en un juego o una película. Al principio, había estado tan seguro que eso era lo que quería.

Excepto que deseaba poder ser ese chico tanto como quería destruir al chico que era ahora: normal y feliz en una banda, que aún podía amar a su madre, que no se despierta en la hora más oscura y fría de la noche llorando por los amigos muertos.

Y no sabía si podía ser el chico que ella quería, lo deseara o no.

—Recuerdas todo, y yo... yo no recuerda lo suficiente —continuó Simon—. Te lastimo cuando no quiero, y pensé que podría venir a la Academia y volverme mejor, pero no está saliendo bien. El juego ha cambiado por completo. Mi nivel de habilidad se ha reducido y el nivel de dificultad ha aumentado hasta lo imposible.

—Simon —interrumpió Isabelle—, estás hablando como un nerd.

Lo dijo casi tiernamente, lo que hizo que Simon perdiera el control aún más.

—¡Y tampoco sé cómo ser Simon, el vampiro afable y sexy para ti!

La perfecta boca de Isabelle se curvó, como una media luna oscura en su rostro pálido.

—Nunca fuiste afable, Simon.

—Oh —dijo Simon—. Oh, gracias a Dios. Sé que has tenido muchos novios. Recuerdo que había un hada, y... —otro destello de memoria, esta vez más desagradable—, un tal... ¿Lord

Montgomery? ¿Has salido con un miembro de la nobleza? ¿Cómo voy a competir con eso?

Isabelle todavía se veía tierna, pero se diluyó con una buena dosis de impaciencia.

—¡Tú eres Lord Montgomery, Simón!

—No lo entiendo —dijo Simon—. Cuando te conviertes en un vampiro, ¿también te dan un título?

Tal vez tenía sentido. Los vampiros eran aristocráticos.

Isabelle levantó sus dedos para tocar su frente. Era un gesto que parecía desanimado y desdeñosa, como si Isabelle estuviera cansada de todo esto, pero Simon vio el camino, los ojos de ella cerrados, como si no lo viera cuando habló.

—Solo era una broma entre tú y yo, Simon.

Isabelle estaba cansada de todo esto, pero Simon vio la forma en que sus ojos se cerraron, como si no pudiera mirarlo cuando dijo—: Sólo era una broma entre tú y yo, Simon.

Simon estaba cansado de esto: de conocer partes de ella tan bien y otras no tanto, de saber que él no era lo que ella quería.

—No —dijo—. Era una broma entre tú y él.

—Tú eres él, Simon.

—No lo soy —Simon dijo—. Yo no -no sé cómo serlo, esto es lo que me he dado cuenta todo este tiempo. Pensé que podría aprender a ser él, pero desde que voy a la Academia aprendí que no puedo. No puedo experimentar todo lo que hicimos otra vez. Nunca voy a ser el chico que hizo todo eso. Voy a hacer cosas diferentes. Voy a ser alguien diferente.

—¡Una vez que Asciendas, recuperarás tus recuerdos! —Isabelle le gritó.

—Si asciendo, será en dos años. No seré el mismo en dos años, aún si tengo mis recuerdos de vuelta, porque habrá muchos otros recuerdos. Tú no vas a ser la misma chica. Sé que crees en mí, Isabelle. Sé que lo crees porque tú... tú te preocupas por él. Significa más de lo quedo decirte. Pero Isabelle, Isabelle, no es justo para mí tomar

ventaja de tu confianza. No es justo tenerte esperando por él, cuando no va a volver.

Isabelle tenía los brazos cruzados, sus dedos enroscados en el terciopelo púrpura oscuro de su chaqueta, como si estuviera ofreciéndose consuelo.

—Nada de esto es justo. No es justo que esa parte de tu vida fuera arrancada de ti. No es justo que fueras arrancado de mí. Estoy tan furiosa, Simon.

Simon dio un paso hacia ella y tomó una de sus manos, desenroscando sus dedos de su chaqueta. No la abrazó, pero permaneció a cierta distancia de ella, sus manos unidas a través de la distancia. Sus labios temblorosos brillaban y así también lo hacían sus pestañas. Él no sabía si esto era el indómito llanto de Isabelle, o si era rímel brillante. Todo lo que sabía era que ella brillaba, como una constelación en la forma de una chica.

—Isabelle —dijo—. Isabelle.

Ella era muy ella misma, y él tenía una escasa idea de quién era.

—¿Sabes por qué estás aquí? —demandó ella.

Sólo la miró. Había muchas cosas que esa pregunta podía significar, y muchas maneras de responder.

—Me refiero a la Academia —dijo—. ¿Sabes por qué quieres ser un Cazador de Sombras?

Vaciló.

—Quiero ser ese chico de nuevo —dijo—. El héroe que todos recordáis... y esto parece como una escuela de entrenamiento para héroes.

—No lo es —dijo Isabelle rotundamente—. Es una escuela de entrenamiento para Cazadores de Sombras. Y sí, pienso que es una cosa muy genial, y sí, pienso que proteger el mundo es muy heroico. Pero hay Cazadores de Sombras cobardes y Cazadores de Sombras malvados y Cazadores de Sombras inútiles. Si vas a pasar por la Academia, tienes que averiguar por qué quieres ser un cazador de sombras y qué significa para ti, Simon. No sólo porque quieras ser especial.

Hizo un gesto de dolor pero era verdad.

—Tienes razón. No lo sé. Sé que quiero estar aquí. Sé que necesito estar aquí. Créeme, si has visto los baños, debes saber que no puedo tomar esta decisión a la ligera.

Le dio una mirada fulminante.

—Pero —dijo él—, no sé por qué. No me conozco lo suficiente todavía. Sé que te lo dije, al principio, y sé lo que esperabas. Que pudiese volver a ser quien era antes. Estaba muy equivocado y lo siento mucho.

—¿Lo sientes? —demandó Isabelle—. ¿Sabes lo importante que era para mí venir aquí, hacer de tonta frente de todas estas personas? ¿Lo sabes? Por supuesto que no. ¿No quieres que crea en ti? ¿No quieres que te elija?

Isabelle quitó sus manos lejos de él, girando su rostro como lo hizo en el jardín del Instituto que era su hogar. Esta vez Simon sabía que era completamente su culpa.

Estaba yéndose cuando dijo—: Hazlo a tu manera, Simon Lewis, Yo no lo haré.

* * *

Simon estaba tan deprimido después que Isabelle se hubiese ido —después de que él la alejara— que no pensaba salir nunca de su cama de nuevo. Se quedó ahí, escuchando a George parlotear y restregar las paredes. Había removido una cantidad impresionante de lama.

Simon se retiró donde creía que nadie lo podría encontrar. Fue y se sentó en el baño. Las losas estaban agrietadas en los baños; había algo oscuro en uno de los retretes. Simon esperó que sólo fuera el resultado de las personas tirando la sopa.

Tuvo media hora de paz en el baño, solo sin los horribles retretes, antes de que George asomara su cabeza por la puerta.

—Hey, hermano —dijo George—. No uses esos baños. No puedo insistir lo suficiente.

—No voy a usar los baños —Simon dijo tristemente—. Soy un desastre, pero no un idiota. Sólo quería estar solo y pensar cosas deprimentes. ¿Quieres saber un secreto?

George estuvo en silencio por un momento.

—Si quieres decírmelo. No tienes que hacerlo. Todos tenemos secretos.

—Alejé a la más asombrosa chica que jamás he conocido, porque soy demasiado perdedor para manejar ser yo mismo. Ese es mi secreto: Quiero ser un héroe, pero no soy uno. Todo el mundo piensa que soy algún asombroso guerrero que convocó ángeles y rescató Cazadores de Sombras y salvó al mundo, pero es una broma. No puedo recordar que lo hice. No puedo imaginar cómo lo hice. No soy nadie especial, y nadie va a ser engañado por tanto tiempo, y ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí. Así que, ¿tienes algún secreto que pueda superar este?

Hubo un bajo gorgoteo de uno de los retretes. Simon ni siquiera lo miró. No estaba interesado en investigar ese sonido.

—No soy un Cazador de Sombras en absoluto —dijo George de prisa.

Sentarse en el suelo del baño no era una manera ideal de recibir revelaciones monumentales. Simon frunció el ceño.

—¿Tú no eres un Lovelace?

—No, soy un Lovelace. —La voz normalmente alegre de George estaba rígida—. Pero no soy un Cazador de Sombras. Soy adoptado. Los Cazadores de Sombras que vinieron a reclutarme no pensaron en eso —en personas con sangre de Cazador de Sombras queriendo niños mundanos, dándoles nombres de Cazadores de Sombras y pensando en ellos como propios. Siempre estaba planeando decir la verdad, pero me imaginé que sería más fácil cuando llegué aquí —menos problemas para decidir dejarme permanecer que resolver si querían llevarme. Y entonces conocí a los otros, y empecé el curso, y me di cuenta que podía seguir el ritmo con ellos muy fácilmente. Vi lo que pensaban de los mundanos. Me imaginé que no podía hacer ningún daño mantener el secreto y quedarme en la clase élite y ser como el resto de los chicos, sólo por un momento.

George empujó sus manos en sus bolsillos, y miró fijamente el suelo.

—Pero te he conocido, también, y tú no tienes ningún poder especial, y ya has hecho

más que todo el resto de ellos juntos. Tú haces cosas ahora, como transferirte a la clase mundana cuando no tenías que hacerlo, y eso me hace ser un hombre y decirle al decano que yo era un mundie y ser transferido, también. Tú hiciste eso. La forma en que eres ahora, ¿de acuerdo? Así que dé ya de hablar sobre cuán perdedor eres, porque no puedo seguir a un perdedor a un cuarto cubierto de lama o un baño cubierto de lama, y te he seguido en ambos. —George se detuvo y dijo agresivamente—: Y realmente me gustaría cambiar la expresión de la última oración, porque son tan mal, pero no estoy seguro de cómo.

—Lo tomaré en la esencia que significaba —dijo Simon—. Y yo realmente estoy contento de que me lo dijeras. Estaba esperando a un genial compañero de cuarto mundie desde el principio.

—¿Quieres saber otro secreto? —preguntó George.

Simon estaba un poco aterrado de otra revelación, y preocupado de que George fuera

un agente secreto, pero asintió de todos modos.

—Todo el mundo en esta academia, Cazadores de Sombras y mundanos, personas con la Visión y sin ella, cada uno de ellos está buscando ser un héroe. Todos estamos esperando eso, e intentando eso, y pronto estaremos sangrando por eso. Eres como el resto de nosotros, sí. Excepto que una cosa sobre ti que es diferente: todos queremos ser héroes, pero tú sabes que puedes ser uno. Sabes que en otra vida, en un universo alternativo, sin importar lo que quieras pensar sobre eso, fuiste un héroe. Puedes ser uno de nuevo. Tal vez no el mismo héroe, pero está en ti tomar las decisiones correctas, hacer grandes sacrificios. Es mucha presión. Pero es mucha más esperanza de la que cualquiera del resto de nosotros tiene. Piensa en ello de esta manera, Simon Lewis, y creo que eres muy afortunado.

Simon no había pensado en esto de esa forma. Sólo se había mantenido pensando que un interruptor iba ser encendido, y él iba a ser

especial de nuevo. Pero Isabelle estaba en lo correcto: Esto no era sobre ser especial. Recordaba ver la Academia por primera vez, cuan glamorosa e impresionante había lucido desde la distancia, y cuan diferente se había visto de cerca. Estaba empezando a pensar que el proceso para volverse Cazador de Sombras era de la misma manera. Estaba empezando a creer que todo podía ser sobre estar cortándose con una espada y llevando su caballo lejos con él, comiendo una terrible sopa y quitar lama de las paredes, y entendiendo lenta y torpemente quién quería ser realmente, en esta ocasión.

George se inclinó contra la pared del baño, el cual fue un obvio movimiento imprudente y peligroso, y le sonrió.

Viendo esa sonrisa, viendo a George negándose a ser serio por más de un segundo, le recordó a Simon algo más sobre su primer día en la Academia. Le recordó su esperanza.

—Hablando de suerte, Isabelle Lightwood es una belleza. En realidad, es mejor que una belleza: es una heroína. Hizo todo el camino

hasta aquí para decirle al mundo que eras de ella. ¿Me estás diciendo que no reconoce otro héroe cuando lo ve? Vas a averiguar qué estás haciendo aquí. Isabelle Lightwood cree en ti, y si sirve de algo, yo también.

Simon miró a George.

—Sirve de mucho —dijo finalmente—. Gracias por decir todo eso.

—De nada. Ahora por favor levántate del suelo —imploró George—. Es tan asqueroso.

Simon se levantó del suelo. Dejó el baño, George delante de él, y ambos casi se estrellaron con Catarina Loss, quien estaba arrastrando una enorme sopera cubierta sobre las losas con un sonido chirriante.

—Sra. Loss... —dijo Simon—. ¿Puedo preguntarle qué está haciendo?

—Dean Penhallow ha decidido que no va a ordenar suministros de comida fresca hasta que toda esta deliciosa, nutritiva sopa haya sido consumida. Así que voy a enterrar esta sopa en los bosques —anunció Catarina Loss—. Agarra el otro mango.

—Eh. Está bien, buen plan —dijo Simon, agarrando el otro mango de la sopera y bajando con Catarina. George los siguió mientras iban, vacilantes balanceando la sopera entre ellos. Mientras caminaban por los fríos, resonantes pasillos de la Academia, Simon agregó—: Sólo tengo una rápida pregunta sobre los bosques. Y los osos.



El Herondale Perdido

Cassandra Clare
Robin Wasserman



Hubo un tiempo, no hace mucho, cuando Simon Lewis había estado convencido que todos los profesores de gimnasia eran en realidad demonios que se habían escapado de alguna dimensión infernal, nutriéndose a sí mismos de las agonías de los jóvenes descoordinados.

Poco sabía que casi había tenido razón.

No era que la Academia de Cazadores de Sombras tuviera clase de gimnasia. Y su entrenador físico, Delaney Scarsbury, no era tanto un demonio como era Cazador de Sombras, que probablemente pensaba que cortar las cabezas de unas cuantas bestias

demoníacas policéfalas componía la noche ideal de sábado, pero en lo que a Simon le concernía, estos eran tecnicismos.

—¡Lewis! —gritó Scarsbury, cerniéndose sobre Simon, que yacía acostado en el suelo, tratando de obligarse a hacer otra flexión—. ¿Qué estás esperando, una invitación?

Las piernas de Scarsbury eran tan gruesas como tres troncos, y sus bíceps no eran deprimentemente menos enormes. Esto, al menos, era una diferencia entre el Cazador de Sombras y los profesores mundanos de Simon, la mayoría de los cuales apenas podían levantar el peso de una bolsa de papas fritas. Además, ninguno de los profesores de gimnasia de Simon había usado un parche en el ojo o llevado consigo una espada grabada con runas y bendecida por los ángeles.

Pero en todas las maneras que contaban, Scarsbury era exactamente igual.

—¡Todos observen a Lewis! —llamó al resto de la clase, mientras Simon se enderezaba a una posición temblorosa de tabla, obligándose a no descansar sobre su vientre en la tierra. De

nuevo—. Nuestro héroe aquí puede apenas derrotar sus malvados brazos de espagueti, después de todo.

Gratificadamente, solo una persona se rió. Simon reconoció la distintiva risa disimulada de Jon Cartwright, el hijo mayor de una distinguida familia de Cazadores de Sombras (donde él sería el primero en decírtelo). Jon creía que había nacido para la grandeza y parecía especialmente irritado ya que Simon — un mundano desdichado— se las había arreglado para llegar ahí en primer lugar. Aún si ya no conseguía recordar hacerlo. Jon, por supuesto, era el único que había empezado a llamar a Simon “nuestro héroe”. Y como todos los profesores malvados de gimnasia antes que él, Scarsbury solo había estado demasiado feliz de seguir la iniciativa del chico popular.

La Academia de Cazadores de Sombras tenía dos caminos, uno para los hijos de Cazadores de Sombras que habían crecido en este mundo y cuya sangre los destinaba a pelear con demonios, y uno para los mundanos, que no sabían nada, carecían de

destino genético, y luchaban para alcanzarlos. Pasaban la mayoría del día en clases separadas, los mundanos estudiando artes marciales rudimentarias y memorizando los puntos más finos del Pacto de los Nefilim, los Cazadores de Sombras enfocándose en habilidades más avanzadas: haciendo malabares con estrellas ninja y estudiando Chthonian y Marcándose a sí mismos con runas de detestable superioridad y quién sabe qué más. (Simon todavía estaba esperando que en algún lugar del manual de los Cazadores de Sombras estuviera el secreto del agarre mortal Vulcano. Después de todo, todos sus instructores se lo seguían recordando: Todas las historias son ciertas). Pero ambos caminos empezaban cada día juntos: Cada estudiante, sin importar lo inexperto o avanzado, era esperado para reportarse en el campo de entrenamiento a la salida del sol para una hora agotadora de calistenia. Divididos estamos, pensó Simon, sus tercos bíceps negándose a sobresalir. Unidos hacemos flexiones.

Cuando le dijo a su madre que quería ir a la escuela militar para que pudiera endurecerse,

le había dado una mirada extraña. (No tan extraña como si le hubiera dicho que quería ir a una escuela en la que se luchaba con demonios, para poder beber de la Copa Mortal, ascender a las filas de los Cazadores de Sombras, y solo tal vez, recuperar los recuerdos que le habían sido robados en una dimensión cercana al infierno, pero casi). La mirada decía: ¿Mi hijo, Simon Lewis, quiere enrolarse en una vida en la que tiene que hacer cien flexiones antes del desayuno?

Lo sabía, porque podía leerla muy bien, pero también porque una vez que recuperó la habilidad para hablar dijo: “¿Mi hijo, Simon Lewis, quiere enrolarse en una vida en la que tiene que hacer cien flexiones antes del desayuno?”. Luego le había preguntado bromeando si estaba poseído por alguna criatura perversa, y había fingido reírse, tratando de ignorar por una vez las volutas de recuerdos de esa otra vida, su vida real. En la que había sido convertido en vampiro y su madre lo había llamado un monstruo y lo había echado de la casa. Algunas veces, Simon pensaba que haría cualquier cosa para

recuperar los recuerdos que le habían sido arrebatados, pero había momentos en los que se preguntaba si era mejor que algunas cosas permanecieran olvidadas.

Scarsbury, más demandante que cualquier sargento de entrenamiento, hacía que los jóvenes bajo su mando realizaran doscientas flexiones cada mañana... pero al menos, permitía que desayunaran primero.

Después de las flexiones venían las vueltas. Después de las vueltas venían las estocadas. Y después de las estocadas...

—Después de ti, héroe —se burló Jon, ofreciéndole a Simon el primer intento para escalar la pared—. Tal vez si te dejamos empezar con ventaja, no tendremos que esperar tanto tiempo para que nos alcances.

Simon estaba demasiado exhausto para una respuesta sarcástica. Y definitivamente demasiado cansado para escalar la pared, un agarre imposiblemente distante a la vez. Escaló unos cuantos metros, luego se detuvo para darle un descanso a sus músculos que gritaban.

—Sé un héroe, Simon —se murmuró amargamente Simon, recordando la vida que Magnus Bane le había ofrecido en su primer encuentro, o al menos, el primero que Simon podía recordar—. Ten una aventura, Simon. Qué tal, convierte tu vida en una sola clase de gimnasia agonizantemente larga, Simon.

—Amigo, estás hablando contigo de nuevo. —George Lovelace, el compañero de cuarto de Simon y el único amigo verdadero en la Academia, se impulsó hacia arriba para llegar junto a Simon—. ¿Estás volviéndote loco?

—Estoy hablando conmigo mismo, no con pequeños hombrecillos verdes —aclaró Simon—. Todavía cuerdo, la última vez que revisé.

—No, me refiero... —George hizo un gesto hacia los dedos sudorosos de Simon, que se habían puesto pálidos por el esfuerzo de sostener su peso—, tu agarre.

—Oh. Sí. Estoy estupendo —dijo Simon—. Solo estoy saliendo con ventaja con respecto a ustedes, chicos. Me imagino que en

condiciones de batalla, son siempre las camisetas rojas quienes van primero, ¿sabes?

El entrecejo de George se frunció.

— ¿Camisetas rojas? Pero nuestro equipo es negro.

—No, camisetas rojas. La carne de cañón. ¿Star Trek? Algo de esto te suena... —Simon suspiró por la mirada en blanco en el rostro de George. Él había crecido en un pueblito rural aislado de Escocia, pero no era como si hubiera vivido sin Internet y televisión por cable. El problema, por lo que Simon podía decir, era que los Lovelaces no veían nada más que fútbol y usaban su Wi-Fi casi exclusivamente para monitorear las estadísticas del Dundee United y ocasionalmente para comprar comida de ovejas en gran volumen—. Olvídalo. Estoy bien. Nos vemos en la cima.

George se encogió de hombros y regresó a su escalada. Simon observó a su compañero de cuarto —del tipo modelo bronceado y musculoso de Abercrombie— columpiarse a sí mismo subiendo por las agarraderas de rocas plásticas tan sin esfuerzo como el Hombre

Araña. Era ridículo: George no era ni siquiera un Cazador de Sombras, no por sangre. Había sido adoptado por una familia de Cazadores de Sombras, lo que lo hacía tan mundano como Simon. Excepto que, como la mayoría de los otros mundanos —y no como Simon— era casi el perfecto espécimen humano. Repulsivamente atlético, coordinado, fuerte y rápido, y tan cerca de ser Cazador de Sombras como podías serlo sin la sangre de los ángeles corriendo por tus venas. En otras palabras: un atleta.

A la vida en la Academia de Cazadores de Sombras le faltaban un montón de cosas que Simon había creído una vez que no podría sobrevivir sin ellas: computadoras, música, cómics, cañerías interiores. En los últimos dos meses, se había acostumbrado en mayor parte a estar sin ellas, pero había una ausencia muy evidente que todavía no podía entender.

La Academia de Cazadores de Sombras no tenía nerds.

La madre de Simon una vez le había dicho que la cosa que amaba más acerca de ser Judío

era que podías entrar en una sinagoga en cualquier parte en el mundo y sentir como si hubieras llegado a casa. India, Brasil, Nueva Zelanda, inclusive Marte, si podías confiar en ¡Shalom, Hombres del Espacio!, el libro de cómics hecho en casa que había sido el momento culminante de Simon en el tercer grado de la escuela Hebrea. Los judíos rezaban con el mismo idioma en todo lado, las mismas melodías, las mismas palabras. La madre de Simon (quien, debería ser aclarado, nunca había dejado el área triestatal, mucho menos el país) le había dicho a su hijo que mientras pudiera siempre encontrar gente que hablara el idioma de su alma, nunca estaría solo.

Y resultó que tenía razón. Mientras Simon pudiera encontrar gente que hablara su idioma —el idioma de Calabozos y Dragones y World of Warcraft, el lenguaje de Star Trek y manga y rockeros indie con canciones como “Han Shot First y “What the Frak”— sentía que estaba entre amigos.

¿Estos Cazadores de Sombras entrenándose, por otro lado? La mayoría

probablemente pensaba que el manga era algún tipo de pie de atleta demoníaco. Simon estaba dando lo mejor de sí para educarlos en las cosas buenas de la vida, pero tipos como George Lovelace tenían tanta aptitud para dados de doce caras como Simon tenía para... bueno, algo más físicamente complejo que caminar y masticar chicle al mismo tiempo.

Como Jon había predicho, Simon era el último que quedaba en la pared de escalar. En el momento en que los otros habían ascendido, tocado la campana diminuta en la cima, y descendido al suelo de nuevo con una cuerda, había logrado escalar solo diez metros. La última vez que eso había pasado, Scarsbury, quien tenía una habilidad impresionante para el sadismo, había hecho que la clase entera se sentara y observara mientras Simon subía cuidadosamente. Esta vez, el entrenador hizo que la sesión de tortura fuera misericordiosamente corta.

—¡Suficiente! —gritó Scarsbury, palmeando sus manos. Simon se preguntó si existía alguna cosa como un silbato con runas. Tal vez le

podría dar uno a Scarsbury para Navidad—. Lewis, libéranos de nuestra miseria y baja de ahí. El resto de ustedes, vayan al cuarto de armas, escojan una espada, y busquen pareja para una línea de ataque. —Su agarre de hierro se cerró sobre el hombro de Simon—, no tan rápido, héroe. Te quedas atrás.

Simon se preguntó si esto era todo, el momento en el que su pasado heroico era finalmente vencido por su presente desdichado, y estaba a punto de ser echado de la escuela. Pero luego Scarsbury llamó otros nombres —entre ellos Lovelace, Cartwright, Beauvale, Mendoza— la mayoría de ellos Cazadores de Sombras, todos ellos los mejores estudiantes en la clase, y Simon se permitió relajarse, solo un poco. Lo que fuera que tuviera que decir Scarsbury, no podía ser tan malo, no si se lo estaba diciendo también a Jon Cartwright, medallista de oro en ser un lameculos.

—Siéntense —explotó Scarsbury.

Se sentaron.

—Están aquí porque son los veinte estudiantes más prometedores de la clase —dijo Scarsbury, deteniéndose para que el cumplido se asentara entre ellos. La mayoría de los estudiantes sonrieron radiantes. Simon quería desaparecer. Más como los diecinueve estudiantes más prometedores de la clase y el que estaba todavía dependiendo de su yo pasado. Sintió como si tuviera ocho años de nuevo, escuchando por casualidad a su madre intimidar al entrenador de la Liga Pequeña para que lo dejara tener su turno con el bate—. Tenemos a un Subterráneo que violó la Ley y necesita que se encarguen de él —continuó Scarsbury—, y las autoridades han decidido que es la oportunidad perfecta para que ustedes, chicos, se conviertan en hombres.

Marisol Rojas Garza, una mundana flacucha de trece años con una expresión permanente de te voy a patear el trasero, se aclaró ruidosamente la garganta.

—Ehh... hombres y mujeres —aclaró Scarsbury, no viéndose muy contento acerca de eso.

Murmullos se propagaron a través de los estudiantes, emoción mezclada con alarma. Ninguno había esperado una misión de entrenamiento real tan pronto. Detrás de Simon, Jon fingió un bostezo.

—Aburrido. Podría matar a un Subterráneo descarriado mientras duermo.

Simon, que en realidad sí había matado a Subterráneos descarriados mientras dormía, junto con terroríficos demonios con tentáculos y Cazadores de Sombras Oscurecidos y otros monstruos sedientos de sangre que se arrastraban en sus pesadillas, no tenía muchas ganas de bostezar. Sentía más bien ganas de vomitar.

George levantó su mano.

—Uh, señor, algunos de nosotros aquí somos todavía... —tragó, y no por primera vez, Simon se preguntó si se arrepentía de admitir la verdad para sí; la Academia era un lugar mucho más fácil de estar cuando estabas en el lado de los Cazadores de Sombras de élite, y no solo porque la élite no tenían que dormir en el calabozo—... mundanos.

—Ya noté eso yo mismo, Lovelace —dijo Scarsbury secamente—. Imagina mi sorpresa cuando descubrí que algunos de ustedes, basuras, valen algo la pena después de todo.

—No, me refiero... —George dudó, sustancialmente más fácilmente intimidado que cualquier dios del sexo escocés de uno noventa y cinco metros (la descripción de Beatriz Velez Mendoza, según su bocona mejor amiga) tenía el derecho de estar. Finalmente, cuadró sus hombros y escupió—: Me refiero a que somos mundanos. No podemos ser Marcados, no podemos usar cuchillos serafines o luz mágica o cualquier cosa, no tenemos, súper velocidad y reflejos angelicales. ¿Ir tras un Subterráneo cuando hemos tenido solo un par de meses de entrenamiento... no es eso peligroso?

Una vena en el cuello de Scarsbury empezó a palpar alarmantemente, y su ojo bueno sobresalió tanto de su cabeza que Simon pensó que se saldría. (Lo que, pensó, finalmente podría explicar el misterioso parche en el ojo).

—¿Peligroso? ¿Peligroso? —explotó—. ¿Alguien más aquí está asustado por un poquito de peligro?

Si lo estaban, estaban todavía más asustados de Scarsbury, por lo que mantuvieron sus bocas cerradas. Dejó que el silencio colgara, espeso y furioso, por un agonizante minuto. Luego fulminó a George con la mirada.

—Si estás asustado de situaciones peligrosas, chico, estás en el lugar equivocado. Y el resto de ustedes, basuras, es mejor que se enteren ahora si tienen lo que se necesita. Si no lo tienen, entonces beber de la Copa Mortal los matará, y confíen en mí, mundies, ser sangrado a muerte por un chupasangre sería una manera más gentil de irse. —Había fijado su mirada en Simon, tal vez porque Simon había sido una vez un chupasangre, o tal vez porque ahora parecía el que sería drenado por uno, probablemente.

Se le ocurrió a Simon que Scarsbury podía estar esperando ese resultado, que había seleccionado a Simon para esta misión con

esperanzas de deshacerse del estudiante que le traía más problemas. Aunque probablemente ningún Cazador de Sombras, inclusive un profesor de gimnasio Cazador de Sombras, ¿caería tan bajo?

Algo en Simon, algún fantasma de un recuerdo, le advirtió que no estuviera tan seguro.

—¿Entendido? —dijo Scarsbury—. ¿Hay alguien aquí que quiere ir corriendo con mami y papi llorando, diciendo “por favor sálvame del gran vampiro malo”?

Silencio sepulcral.

—Excelente —dijo Scarsbury—. Tienen dos días para entrenarse. Luego solo recuérdense a ustedes mismos lo impresionados que estarán sus amiguitos cuando vuelvan. —Se rió—. Si vuelven.

* * *

La sala de estudiantes era oscura y húmeda, iluminada por el parpadear de las velas y

vigilado por los rostros ceñudos de los anteriores Cazadores de Sombras, Herondale y Lightwood e incluso de vez en cuando Morgenstern mirando hacia abajo desde pesados marcos dorados, sus triunfos sangrientos preservados en desteñidas pinturas al óleo. Pero tenía varias ventajas obvias el dormitorio de Simon: No se hallaba en la mazmorra, no se encontraba salpicado con fango negro, ni soportaba el ligero olorcillo de lo que podrían haber sido calcetines mohosos pero podrían haber sido los cuerpos de antiguos estudiantes en descomposición bajo las tablas del suelo, no tenían lo que sonaba como una familia de ratas grande y bulliciosas escarbando detrás de las paredes. Pero la ventaja notable de su habitación, Simon la estaba recordando esa noche mientras acampaba en una esquina jugando cartas con George, era la garantía de que Jon Cartwright y su grupo de seguidores Cazadores de Sombras nunca, jamás se dignarían en cruzar el umbral.

—Ningún siete —dijo George, mientras Jon, Beatriz, y Julie entraban en la sala—. Ve a pescar.

Cuando Jon y las dos chicas se acercaron, Simon de pronto se interesó mucho en el juego de cartas. O, al menos, hizo lo mejor que pudo. En un internado normal, habría una televisión en el salón, en vez de un retrato enorme de Jonathan Cazador de Sombras, sus ojos centelleantes tan brillantes como su espada. Habría música filtrándose de los dormitorios estudiantiles y mezclándose en el pasillo, algunos de ellos buenos, algo de Phish; habría correos electrónicos y mensajes de texto y pornografía en internet. En la Academia, después de horas las opciones eran más limitadas: estaba estudiar el Códice, y dormir. Jugar cartas era lo más cerca que podía llegar a los juegos de azar, y cuando llevaba demasiado tiempo sin ellos, Simon se ponía un poco ansioso. Resultó que cuando pasabas todo el día entrenando para derrotar a los monstruos reales del mundo real, las búsquedas de Calabozos y Dragones perdían un poco de su brillo, o al menos, así afirmaban

George y todos los demás estudiantes que Simon intentó reclutar para una campaña, lo cual lo dejó con viejas normas del campamento de verano medio olvidado, Corazones, Egyptian Ratscrew, y, por supuesto, Ve a pescar. Simon ahogó un bostezo.

Jon, Beatriz, y Julie se quedaron de pie junto a ellos, esperando ser reconocidos. Simon tenía la esperanza de que si esperaba lo suficiente, simplemente se alejarían. Beatriz no era tan mala, al menos no por iniciativa propia. Pero Julie podría haber sido hecha de hielo. Tenía sospechosamente algunas imperfecciones físicas, el cabello rubio y sedoso de una muñeca Barbie, la piel de porcelana de una modelo de cosméticos, mejores curvas que alguna de las chicas en bikini de los posters que empapelaban la cochera de Erik, y tenía la expresión agresiva de alguien en una misión de búsqueda y destrucción de cualquier debilidad fuera lo que fuere. Todo eso, y llevaba una espada.

Jon, por supuesto, era Jon.

Los Cazadores de Sombras no practicaban magia, ese era un principio fundamental de sus creencias, por lo que era improbable que la Academia le enseñara a Simon una manera de hacer que Jon Cartwright desapareciera en otra dimensión. Pero un chico podía soñar.

Ellos no desaparecieron. Finalmente, George, congénitamente incapaz de ser grosero, bajo sus cartas.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó George, un trozo de hielo enfriando su acento escocés. La amabilidad de Julie y Jon se desvaneció una vez que descubrieron la verdad sobre la sangre mundana de George, y aunque George nunca dijo nada al respecto, claramente no lo había ni perdonado ni olvidado.

—En realidad, sí —dijo Julie. Incluyó su cabeza hacia Simon—. Bueno, tú puedes.

Descubrir sobre la inminente misión de asesinar vampiros no había exactamente atado una cinta de color amarillo brillante alrededor del día de Simon, no estaba de humor.

—¿Qué deseas?

Julie miró con nerviosismo a Beatriz, quien miraba fijamente sus pies.

—Pregunta tú —murmuró Beatriz.

—Es mejor si lo haces tú —replicó Julie.

Jon puso sus ojos en blanco.

—¡Oh, por el Ángel! Yo lo haré. —Se enderezó en su completa e impresionante estatura, apoyó sus manos en sus caderas, y bajó su majestuosa nariz hacia Simon. Tenía la apariencia de una pose practicada en el espejo—. Queremos que nos hables sobre los vampiros.

Simon sonrió.

—¿Qué quieres saber? En *Let the Right One In* la más aterradora es Eli, la más cursi es de época *Lestat*, el más infravalorado es David Bowie en *The Hunger*. Sin duda, la más sensual es Drusilla, aunque si le preguntas a una chica, probablemente dirá Damon Salvatore o Edward Cullen. Pero... —Se encogió de hombros—. Ya conoces a las chicas.

Los ojos de Julie y de Beatriz se hallaban abiertos ampliamente.

—¡No pensé que sabrías tanto! —exclamó Beatriz—. ¿Ellos son... son tus amigos?

—Oh, claro, el conde Drácula y yo somos así —dijo Simon, cruzando sus dedos para demostrarlo—. También el conde Chocula. Ah, y mi mejor amigo es el conde Blintzula. Él es un verdadero encanto... —Se calló al darse cuenta de que nadie más se estaba riendo. De hecho, nadie pareció darse cuenta de que bromeaba—. Son de la televisión —señaló—. O, hm, cereal.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Julie a Jon, su nariz perfecta arrugándose en confusión.

—¿A quién le importa? —dijo Jon—. Te dije que esto era una pérdida de tiempo. ¿Como si a él le importa alguien además de sí mismo?

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Simon, comenzando a irritarse.

George se aclaró la garganta, visiblemente incómodo.

—Vamos, si él no quiere hablar de ello, eso es su asunto.

—No cuando nuestras vidas están en juego.
—Julie estaba parpadeando con fuerza, como si tuviera algo en su ojo o... Simon se quedó sin aliento. ¿Estaba parpadeando para contener las lágrimas?

—¿Qué está pasando? —preguntó, sintiéndose más despistado de lo habitual, lo cual era mucho decir.

Beatriz suspiró y le dio a Simon una sonrisa tímida.

—Nosotros no estamos preguntando nada personal o, ya sabes, doloroso. Solo queremos que nos cuentes sobre lo que sabes acerca de los vampiros ya que, um...

—De ser un chupasangre —completó Jon por ella—. Lo cual, como puede que recuerdes, eras.

—Pero no lo recuerdo —señaló Simon—. ¿O no has estado prestando atención?

—Eso es lo que dices —argumentó Beatriz—, pero...

—¿Pero crees que estoy mintiendo? —preguntó Simon, incrédulo. El agujero negro en

el centro de sus recuerdos era como un hecho central de su existencia, ni siquiera se le había ocurrido que alguien podría cuestionarlo. ¿Cuál sería el propósito de mentir acerca de eso, y qué tipo de persona haría eso?—. ¿Todos creen eso? ¿En serio?

Uno a uno, comenzaron a asentir... incluso George, aunque al menos tuvo la cortesía de parecer avergonzado.

—¿Por qué fingiría que no recuerdo? —preguntó Simon.

—¿Por qué dejarían a alguien como tú aquí, si realmente no tienes ni idea? —replicó Jon—. Es lo único que tiene sentido.

—Bueno, supongo que es un mundo loco, loco, loco —dijo Simon bruscamente—. Porque lo que ves es lo que obtienes.

—Un montón de nada, entonces —dijo Jon.

Julie le dio un codazo, sonando inusualmente enojada, generalmente estaba contenta de estar de acuerdo con lo que sea que decía Jon.

—Dijiste que serías agradable.

—¿Cuál es el propósito? O no sabe nada o no quiere contarnos. Y de todos modos, ¿a quién le importa? Es solo un Subterráneo. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—En verdad no lo sabes, ¿verdad? —dijo Julie—. ¿Incluso alguna vez has estado en la batalla? ¿Alguna vez has visto a alguien siendo lastimado? ¿Morir?

—Soy un Cazador de Sombras, ¿no? —dijo Jon, aunque Simon se dio cuenta que como respuesta, no era mucho.

—No estuviste en Alicante para la guerra —dijo Julie enigmáticamente—. No sabes cómo fue. No perdiste nada.

Jon se elevó sobre ella.

—No me digas lo que me he perdido. No sé ustedes, pero yo estoy aquí para aprender cómo pelear, así que la próxima vez...

—No digas eso, Jon —suplicó Beatriz—. No habrá una próxima vez. No puede haberla.

Jon se encogió de hombros.

—Siempre hay una próxima vez. —Sonaba casi esperanzador al respecto, y Simon

comprendió que Julie probablemente tenía razón. Jon hablaba como alguien que había sido mantenido muy lejos de cualquier tipo de muerte.

—He visto el cadáver de una oveja —dijo George animadamente, claramente intentando aligerar el ambiente—. Eso es todo.

Beatriz frunció el ceño.

—En realidad, no quiero tener que luchar contra un vampiro. Quizás si fuera un hada...

—No sabes nada sobre las hadas —dijo Julie bruscamente.

—Sé que no me importaría matar a un par de ellas —dijo Beatriz.

Julie se desanimó bruscamente, como si alguien le hubiera pinchado y dejó que todo el aire saliera.

—A mí tampoco. Si fuera así de fácil...

Simon no sabía mucho acerca de las relaciones entre Cazadores de Sombra y Subterráneos, pero bastante rápido descubrió que las hadas eran el enemigo público número uno estos días en el país de los Cazadores de

Sombras. El enemigo número uno real, Sebastian Morgenstern, quien inició la Guerra Oscura y convirtió a un montón de Cazadores de Sombras en zombies malvados adoradores de Sebastian, estaba muerto hacía tiempo. Lo cual dejaba sus aliados secretos, las Hadas, a cargar con sus consecuencias. Incluso los Cazadores de Sombras como Beatriz, quienes parecían creer honestamente que los hombres lobo eran como cualquier otra persona, aunque un poco más peluda, y tenía un flechazo pequeño de admiradora por el infame brujo Magnus Bane, habló de las hadas como si fueran una plaga de cucarachas y la Paz Fría como si fuera simplemente una pequeña escala hacia el exterminio.

—Tenías razón esta mañana, George —dijo Julie—. No deberían estar enviándonos afuera de esta manera, a ninguno de nosotros. No estamos listos.

Jon resopló.

—Habla por ti misma.

Mientras discutían entre sí sobre cómo exactamente de difícil sería matar a un

vampiro, Simon se puso de pie. Ya era bastante malo que todos creyeran que era un mentiroso, incluso peor que, en cierto modo, lo era un poco. No podía recordar nada sobre ser un vampiro, nada útil, al menos, pero recordaba lo suficiente como para estar extremadamente incómodo con la idea de asesinar a uno.

O quizás simplemente era la idea de matar a cualquier cosa. Simon era vegetariano, y la única violencia que alguna vez había cometido era en pantalla, haciendo explotar dragones pixelados y babosas de mar.

Eso no es cierto, le recordó una voz en su cabeza. Hay un montón de sangre en tus manos. Simon se encogió de hombros. No recordar algo puede que no signifique que nunca ocurrió, pero a veces simulaba que las cosas eran más fáciles.

George agarró su brazo antes de que pudiera irse.

—Lamento sobre... ya sabes —le dijo a Simon—. Debería haberte creído.

—Sí. Deberías haberlo hecho. —Simon suspiró, entonces le aseguró a su compañero

de cuarto que no había resentimientos, lo cual era casi verdad. Se encontraba a mitad de camino por el pasillo en sombras cuando escuchó pasos detrás de él.

—¡Simon! —gritó Julie—. Espera un segundo.

En los últimos meses, Simon se enteró de la existencia de la magia y de los demonios, había aprendido que sus recuerdos del pasado eran tan endebles y falso como las muñecas de papel viejo de su hermana, y había renunciado a todo lo que había conocido alguna vez para mudarse a un país mágicamente invisible y estudiar para cazar demonios. Y aún así, nada lo sorprendió tanto como la lista cada vez mayor de las chicas sexys que querían con urgencia algo de él. No era tan divertido como debería haber sido.

Simon se detuvo para que Julie lo alcanzara. Ella era unos centímetros más alta y tenía el tipo de ojos color avellana con motas doradas que cambiaban en la luz. Aquí, en el sombrío pasillo, proyectaban el resplandor ámbar de los candelabros. Se movía con una elegancia

fácil, como una bailarina de ballet, si las bailarinas de ballet habitualmente cortaban en trizas a las personas con una daga de plata con runas. En otras palabras, se movía como un Cazador de Sombras, y por lo que Simon había visto de ella en el campo de entrenamiento, iba a ser una muy buena.

Y como cualquier buen Cazador de Sombras, no tenía ganas de unirse con los mundanos, mucho menos mundanos que solían ser del Submundo, incluso mundanos quienes, en una vida que ya no podía recordar, habían salvado el mundo. Pero desde que Isabelle Lightwood fue a la Academia para reclamar sobre Simon, Julie lo miraba con una fascinación especial. Menos como alguien a quien que quería arrojar en la cama y más como a alguien que quería examinar bajo un microscopio mientras le arrancaba sus extremidades, revolvía su interior, y buscaba algún atisbo de lo que posiblemente podría atraer a una chica como Isabelle Lightwood.

* * *

A Simon no le importó dejarla mirar. Le gustaba la aguda curiosidad en su mirada, la falta de expectativa. Isabelle, Clary, Maia, todas esas chicas allá en Nueva York, clamaban conocerlo y amarlo, y les creía, pero también sabía que no lo amaban a él, amaban alguna versión bizarra-mundana de él, algún doppelgänger con forma de Simon, y cuando miraban a Simon, lo que veían era lo que querían ver, era a ese otro tipo. Julie podía haberlo odiado —está bien, claramente lo odiaba— pero también lo veía.

—¿Es realmente cierto? —le preguntó ahora—. ¿No recuerdas nada de eso? ¿Ser un vampiro? ¿La dimensión de los demonios? ¿La Guerra Oscura? ¿Nada de eso?

Simon suspiró.

—Estoy cansado, Julie. ¿Podemos fingir que me preguntaste eso un millón de veces más y te di la misma respuesta, y terminamos por hoy?

Se restregó su ojo, y Simon volvió a preguntarse si era posible que Julie Beauvale

tuviera sentimientos humanos reales y, por alguna razón, estaba parpadeando para contener lágrimas humanas reales. Estaba demasiado oscuro en el pasillo para ver nada, salvo las suaves líneas de su rostro, el brillo del oro, donde su collar desaparecía en su escote.

Simon se llevó una mano a la clavícula, recordando de pronto el peso de una piedra, el flash de un rubí, el pulso constante como un latido del corazón, la expresión de su cara cuando ella se lo había dado para su custodia, despedido, fragmentos del recuerdo confuso imposibles de reconstruir, pero incluso cuando se preguntaba de quién era el rostro, de quién era la despedida asustada, su mente ofreció la respuesta.

Isabelle.

Siempre era Isabelle.

—Te creo —dijo Julie—. No lo entiendo, pero te creo. Supongo que solo estaba esperando...

—¿Qué? —Había una nota poco familiar en su voz, algo suave e incierto, y se veía casi tan sorprendida como él lo hizo al escucharlo.

—Pensé que tú, de todas las personas, podría entender —dijo Julie—. ¿Qué se siente, luchar por tu vida. Pelear contra los Subterráneos. Pensar que vas a morir. Ver —Su voz no vaciló y su expresión no cambió, pero Simon casi podía sentir su sangre helarse mientras obligaba a salir las palabras— a otras personas caer.

—Lo siento —dijo Simon—. Quiero decir, sé lo que pasó, pero...

—Pero no es lo mismo que haber estado allí —dijo Julie.

Simon asintió, pensando en las horas que había pasado sentado al lado de la cama de su padre, sosteniendo su mano, observándolo consumirse. Cuando sus padres los habían sentado a él y Rebecca, forzado a salir todas esas palabras impensables, "metástasis", "paliativo" y "terminal", había pensado: Está bien, ya sé cómo va esto. Había visto un montón de películas en las que el padre del

héroe muere; había imaginado la mirada en el rostro de Luke Skywalker, volviendo para encontrar los cuerpos de su tía y tío ardiendo en las ruinas de Tatooine, y creyó comprender el dolor.

—Hay algunas cosas que no puedes entender a menos que pases por ello tú mismo.

—¿Te has preguntado por qué yo estaba aquí? —le preguntó Julie—. Entrenando en la Academia, en lugar de en Alicante o algún Instituto en alguna parte?

—En realidad... no —admitió Simon, pero tal vez debería hacerlo. La Academia había sido cerrada desde hace décadas, y él lo supo en ese momento, las familias de cazadores de sombras solían entrenar sus propios niños. También sabía que la mayoría de ellos, a raíz de la Guerra Oscura, todavía lo hacían, porque no querían dejar a sus seres queridos demasiado lejos de su vista.

Ella apartó la mirada de él entonces, y entrelazó sus dedos, necesitando algo para agarrarse.

—Voy a decirte algo ahora, Simon, y no lo repetirás.

No era una pregunta.

—Mi madre fue una de los primeros cazadores de sombras en ser Convertidos —dijo ella, su voz amortiguada—. Así que se ha ido ahora. Después, nos fuimos a Alicante, al igual que todos los demás. Y cuando atacaron Alicante... encerraron a todos los niños en el Salón de los Acuerdos. Ellos pensaron que estaríamos a salvo. Pero no había ningún sitio seguro ese día. Las hadas entraron, y los Oscurecidos, nos habrían matado a todos, Simon, si no fuera por ti y tus amigos. Mi hermana, Elizabeth. Ella fue uno de los últimos en morir. Yo lo vi, esta hada con el pelo de plata, y él era tan hermoso, Simon, como el mercurio líquido, eso es lo que estaba pensando cuando hizo caer su espada. Que él era hermoso. —Se estremeció—. De todos modos, mi padre es inútil ahora. Así que por eso estoy aquí. Para aprender a luchar. Así que la próxima vez...

Simon no sabía qué decir. Lo siento se sentía tan inadecuado. Pero Julie parecía haberse quedado sin palabras.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —le preguntó suavemente.

—Porque quiero que alguien entienda que esto es una gran cosa, lo que están enviándonos a hacer. Incluso si es solo un vampiro contra todos nosotros. No me importa lo que dice Jon. Las cosas suceden. Las personas... —Ella asintió bruscamente, como si se estuviera despidiendo no solo de él, sino de todo lo que había pasado entre ellos—. Además, yo quería darte las gracias por lo que hiciste, Simon Lewis. Y por tu sacrificio.

—Realmente no recuerdo haber hecho nada —dijo Simon—. No deberías agradecerme. Sé lo que pasó ese día, pero es como si todo le sucedió a otra persona.

—Tal vez eso es lo que parece —dijo Julie—. Pero si vas a ser un Cazador de Sombras, tienes que aprender a ver las cosas como son.

Se volvió entonces, y comenzó a dirigirse a su habitación. Fue despedido.

—¿Julie? —llamó suavemente tras ella—. ¿Es por eso que Jon y Beatriz están en la Academia, también? Debido a las personas que perdieron en la guerra?

—Vas a tener que preguntarles —dijo ella, sin volverse atrás—. Todos tenemos nuestra propia historia de la Guerra Oscura. Todos nosotros perdimos algo. Algunos de nosotros perdimos todo.

* * *

Al día siguiente, su profesora de historia, la bruja Catarina Loss, anunció que estaba entregando la clase a un invitado especial.

El corazón de Simon se detuvo. El último conferencista invitado para honrar a los estudiantes con su presencia había sido Isabelle Lightwood. Y la "conferencia" había consistido en una severa y humillante advertencia de que cada hembra en un radio de dieciséis kilómetros debía mantener sus mugrientas manos lejos del ardiente cuerpo de Simon.

Afortunadamente, el hombre alto, de pelo oscuro que se dirigió a la parte delantera del

aula parecía poco probable que tuviera algún interés en Simon o su ardiente cuerpo.

—Lazlo Balogh —dijo, su tono implicando que él no debería necesitar ninguna presentación, pero que tal vez Catarina debería haberle hecho el honor de suministrar una.

—Director del Instituto de Budapest —susurró George al oído de Simon. A pesar de su pereza autoproclamada, George había aprendido de memoria el nombre de cada director de Institutos —por no hablar de cada famoso Cazador de Sombras en la historia— antes de llegar a la Academia.

He venido a contarles una historia —dijo Balogh, las cejas en un fuerte ceño. Entre la piel pálida, el pico de viuda oscuro, y el débil acento húngaro, Balogh se parecía más a Drácula que nadie que Simon hubiera conocido.

Sospechaba que Balogh no habría apreciado la comparación.

—Varios de ustedes en este salón de clases pronto se enfrentarán a su primera batalla. Yo he venido a informarles lo que está en juego.

—Nosotros no somos los que necesitamos preocuparnos por estacas—dijo Jon, y se rió desde la fila de atrás.

Balogh le lanzó una mirada furiosa.

—Jonathan Cartwright —dijo, su acento dando a las sílabas una sombra siniestra—. Si yo fuera el hijo de sus padres, contendría mi lengua en presencia de mis superiores.

Jon se puso blanco como una sábana. Simon podía sentir el odio irradiando de él, y pensó que era probable que Balogh acababa de hacer a un enemigo de por vida. Posiblemente todos en el salón de clases lo habían conseguido también, porque Jon no era el tipo que apreciaba una audiencia ante su humillación.

Abrió la boca, pero la cerró de nuevo en una línea delgada, firme. Balogh asintió, como si estuviera de acuerdo en que, sí, era justo que él se callara y ardiera con silenciosa vergüenza.

Balogh se aclaró la garganta.

—Mi pregunta para ustedes, niños, es la siguiente. ¿Qué es lo peor que un Cazador de Sombras puede hacer?

Marisol levantó la mano.

—¿Matar a un inocente?

Balogh parecía que había olido algo malo. (Dado qué, el aula tenía un poco de infestación de chinches, no era totalmente improbable.)

—Eres una mundana —dijo.

Ella asintió con fiereza. Era la cosa favorita de Simon acerca de la dura chica de trece años de edad: Ni una sola vez se disculpó por quién o lo qué era. Por el contrario, parecía orgullosa de ello.

—Hubo un tiempo en que a ningún mundano se le habría permitido entrar a Idris —dijo Balogh. Miró a Catarina, que estaba merodeando en el borde del salón de clases—. Y tampoco Subterráneos, para el caso.

—Las cosas cambian —dijo Marisol.

—De hecho. —Recorrió el salón de clases, que estaba lleno de mundanos y cazadores de sombras por igual—. ¿A alguno de los...

estudiantes más informados le gustaría aventurar una respuesta?

La mano de Beatriz se levantó lentamente.

—Mi madre siempre dijo que la peor cosa que un Cazador de Sombras podía hacer era olvidarse de su deber, que estaba aquí para servir y proteger a la humanidad.

Simon atrapó los labios de Catarina arqueándose hacia arriba en una media sonrisa.

Balogh se volvió notablemente en la otra dirección. Entonces, aparentemente decidiendo que el método socrático no era todo lo bueno que parecía ser, respondió a su propia pregunta.

—Lo peor que cualquier Cazador de Sombras puede hacer es traicionar a sus compañeros en el fragor de la batalla —entonó—. Lo peor que cualquier Cazador de Sombras puede ser es un cobarde.

Simon no pudo evitar sentir como que Balogh estaba hablándole directamente a él, que Balogh había visto el interior de su cabeza

y sabía exactamente cuán reacio era Simon en esgrimir su arma en condiciones de batalla, en contra de un ser vivo real.

Bueno, no exactamente vivo, se recordó. Había luchado con demonios antes, lo sabía, y no creía que hubiera perdido el sueño por ello. Pero los demonios eran solo monstruos. Los vampiros eran todavía gente; los vampiros tenían alma. Los vampiros, a diferencia de las criaturas en sus juegos de video, podían sufrir, sangrar y morir, y también podían contraatacar. En la clase de inglés del año pasado, Simon había leído *La Roja Insignia del Valor*, una novela tediosa sobre un soldado de la Guerra Civil que se había ido sin permiso en el fragor de la batalla. El libro, que en el momento pareció aún más irrelevante que *Cálculo*, le provocó sueño, pero una línea se había grabado en su cerebro: "Él era un loco cobarde" Eric estaba en la clase también, y por unas pocas semanas habían decidido llamar a su banda "Los Locos Cobardes", antes de olvidarlo todo. Pero últimamente Simon no podía quitarse la frase de su mente. "Loco", como en: chiflado por siempre pensar que él

podría ser un guerrero o un héroe. "Cobarde" como en: Débil. Asustado. Tímido. Un gran cobarde.

—Era el año 1828 —declamó Balogh—. Esto fue antes de los Acuerdos, eso sí, antes de que los Subterráneos fueran metidos en cintura y se les enseñara a ser civilizados.

Por el rabillo del ojo, Simon vio que su profesora de historia se ponía rígida. No parecía prudente ofender a un brujo, incluso una tan aparentemente imperturbable como Catarina Loss, pero Balogh continuó sin fijarse.

—Europa era un caos. Revolucionarios insubordinados fomentaban la discordia a través del continente. Y en los estados alemanes, una pequeña camarilla de brujos se aprovechó de la situación política para visitar las miserias más indecorosas de la población local. Algunos de ustedes, los mundanos, pueden estar familiarizados con este momento de tragedia y el caos por los cuentos narrados por los hermanos Grimm. —Ante la mirada de sorpresa en los rostros de varios de los estudiantes, Balogh sonrió por primera

vez—. Sí, Wilhelm y Jacob estaban en el medio de ello. Recuerden, niños, todas las historias son verdaderas.

Mientras Simon trataba de envolver su cabeza en torno a la idea de que pudiera, en algún lugar de Alemania, haber un gran tallo de frijol con un gigante enojado en la parte superior, Balogh continuó su historia. Él le dijo a la clase de la pequeña banda de cazadores de sombras que habían sido entregados para "tratar" con los brujos. De su viaje en un denso bosque alemán, sus árboles vivos con magia negra, sus pájaros y bestias encantados para defender su territorio contra las fuerzas de la justicia. En el oscuro corazón del bosque, los brujos habían convocado a un Demonio Mayor, planificando dar rienda suelta a su poder sobre el pueblo de Baviera.

—¿Por qué? —preguntó uno de los estudiantes.

—Los brujos no necesitan ninguna razón —dijo Balogh, con otra mirada a Catarina—. Las convocaciones de magia oscura siempre son

atendidas por los débiles y los que se tientan fácilmente.

Catarina murmuró algo. Simon se encontró esperando que fuera una maldición.

—Había cinco Cazadores de sombras —continuó Balogh—, lo que era poder más que suficiente para encargarse de tres brujos. Pero el Demonio Mayor llegó de sorpresa. Incluso entonces, el bien hubiera triunfado, si no hubiera sido por la cobardía del más joven de su grupo, un Cazador de Sombras llamado Tobias Herondale.

Un murmullo se extendió sobre la clase. Cada estudiante, Cazador de Sombras y mundano por igual, conocían el nombre de Herondale. Era el apellido de Jace. Era el nombre de héroes.

—Sí, sí, todos han oído hablar de los Herondale —dijo Balogh impacientemente—. Y quizás hayáis oído cosas buenas, de William Herondale, por ejemplo, o su hijo James, o Jonathan Lightwood Herondale hoy. Pero incluso el árbol más fuerte puede tener una rama débil. El hermano de Tobias y su mujer

tuvieron muertes nobles en la batalla antes de que acabara la década. Para algunos, eso fue suficiente para quitar la mancha del nombre Herondale. Pero ninguna cantidad de gloria Herondale o sacrificio nos hará olvidar lo que hizo Tobias, ni debería. Tobias era inexperto y distraído, en la misión bajo coacción. Tenía una mujer embarazada en casa, y dio a luz bajo el engaño de que eso le excusaría de sus deberes. Y cuando el demonio lanzó el ataque, Tobias Herondale, que su nombre se oscurezca durante el resto del tiempo, se dio la vuelta y huyó. —Entonces Balogh repitió lo último, golpeando la mesa con su mano con cada palabra—. Huyó.

Siguió describiendo, con detalles espantosos y dolorosos, lo que ocurrió después: Cómo tres de los restantes cazadores de sombras fueron masacrados por el demonio —uno destripado, otro quemado vivo, otro empapado con sangre ácida que le disolvió en polvo. Cómo el cuarto sobrevivió solamente por la intervención de los brujos, que lo devolvieron desfigurado con quemaduras

demoníacas que jamás desaparecerían— a su gente como una advertencia para alejarse.

—Por supuesto, regresamos con mayor fuerza, e hicimos pagar a los brujos diez veces por lo que le habían hecho a los aldeanos. Pero el mayor crimen, el de Tobias Herondale, aún llama a la venganza.

—¿El mayor crimen? ¿Mayor que masacrar a un montón de cazadores de sombras? —dijo Simon antes de poder detenerse.

—Los demonios y los brujos no pueden evitar ser lo que son —dijo Balogh misteriosamente—. Los cazadores de sombras tienen un estándar más alto. Las muertes de esos tres hombres están sobre los hombros de Tobias Herondale. Y hubiera sido castigado en concordancia, si hubiera sido lo suficientemente estúpido como para mostrar su cara de nuevo. Nunca lo hizo, pero las deudas necesitan saldarse. Se hizo un juicio en ausencia. Se declaró culpable, y se cumplió el castigo.

—¿Pero pensé que habías dicho que jamás regresó? —dijo Julie.

—Así es. Así que el castigo lo cumplió su mujer, en su lugar.

—¿Su mujer embarazada? —dijo Marisol, pareciendo como si estuviera a punto de vomitar.

—Sed lex, dura lex —dijo Balogh. La frase en latín había sido dicha desde el primer día en la Academia, y Simon estaba llegando a odiar su sonido, tan a menudo era usada como excusa para actuar como monstruos. Balogh retorció sus dedos y contempló la clase, observando con satisfacción como su mensaje llegaba claro. Así fue cómo la Clave trataba la cobardía en el campo de batalla, era justicia bajo la Alianza—. La Ley es dura. —tradujo Balogh a los estudiantes en silencio—. Pero es la Ley.

* * *

—Elegid sabiamente —advirtió Scarsbury, observando a los estudiantes moverse entre las numerosas armas que la sala tenía que ofrecer.

—¿Cómo se supone que vamos a elegir sabiamente cuando ni siquiera vas a decirnos contra qué nos enfrentamos? —se quejó Jon.

—Saben que es un vampiro —dijo Scarsbury—. Sabrán más cuando lleguen al sitio.

Simon colgó un arco en sus hombros y seleccionó una daga para una lucha grupal, parecía el arma con el que era menos preferible que fuera a apuñalarse él mismo. Mientras los estudiantes cazadores de sombras se Marcaban a sí mismos con runas de fuerza y agilidad y metían luces mágicas en sus bolsillos, Simon colgó una simple linterna a un lado de su cinturón y un lanzallamas portátil en el otro. Tocó la Estrella de David que colgaba en la misma cadena que el colgante de Jordan sobre su cuello, no ayudaría a menos que el vampiro resultara ser judío, pero le hacía sentirse un poco mejor. Como si alguien le estuviera cuidando.

Hubo una carga eléctrica de anticipación en el aire que le recordó a Simon el ser un niño pequeño, preparándose para una excursión.

Por supuesto, una visita al Zoológico del Bronx o al centro de aguas residuales tenían menos posibilidades de un destripamiento, y en lugar de hacer una fila para subir al autobús escolar, los estudiantes se reunían enfrente de un Portal mágico que les llevarían a miles de kilómetros en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Estás preparado para esto? —le preguntó George, sonriendo. Equipado con su equipo completo y con una espada larga colgando sobre su hombro, el compañero de habitación de Simon tenía toda la pinta de un guerrero.

Durante un breve momento, Simon se imaginó a sí mismo diciendo que no. Levantando su mano, pidiendo que le excusen. Admitiendo que no sabía lo que estaba haciendo ahí, que cada táctica de lucha que le habían enseñado se había evaporado de su cabeza, que le gustaría hacer su maleta, ir por el Portal a casa, y fingir que nada de esto había pasado.

—Como si alguna vez lo vaya a estar —dijo... y entró por el Portal.

De lo que Simon recordaba, viajar en el autobús escolar era una experiencia asquerosa, poca digna, lleno de olores sucios, pelotas de papel mascado y los ocasionales mareos de viajar.

Viajar por el Portal era considerablemente peor. Una vez que había recuperado el equilibrio y su respiración, Simon miró alrededor, y jadeó. Nadie había mencionado a dónde viajarían por el Portal, pero Simon reconoció la manzana inmediatamente. Estaba de vuelta en la Ciudad de Nueva York, y no sólo Nueva York, sino Brooklyn. Gowanus, para ser específicos, una calle estrecha de parques industriales y almacenes que revestían un canal tóxico que estaba a menos de diez minutos caminando del apartamento de su madre.

Estaba en casa.

Era exactamente como lo recordaba, y aún así, totalmente diferente. O quizás simplemente era que él era totalmente diferente, que después de tan solo dos meses en Idris, había olvidado los sonidos y los olores

de la modernidad: el leve y firme zumbido de la electricidad y la niebla de los coches, los camiones pitando y la mierda de lechuzas y pilas de basuras que habían formado durante dieciséis años la tela de su vida diaria.

Por otro lado, quizás era porque ahora que podía ver a través del glamour, podía ver a las sirenas nadando en el Gowanus.

Era casa y no lo era al mismo tiempo, y Simon sintió la misma desorientación que había tenido después de su verano en las montañas en el Campamento Ramah, donde se encontró que no podía dormir sin el sonido de las cigarras y los ronquidos de Jake Grossberg en la litera de arriba. Quizás, pensó, no podías saber cuánto se había cambiado hasta que intentabas regresar a casa.

—¡Escuchen, hombres! —gritó Scarsbury, mientras el último estudiante atravesaba el Portal. Estaban reunidos enfrente de una fábrica abandonada, sus paredes estaban llenas de grafitis y sus ventanas tapadas fuertemente.

Marisol se aclaró la garganta, fuertemente, y Scarsbury suspiró.

—Escuchen, hombres y mujeres. Dentro de este edificio hay un vampiro que ha roto la Alianza y ha matado a varios mundanos. Vuestra misión es rastrearla, y ejecutarla. Y les sugiero que lo hagan antes del atardecer.

—¿No deberían los vampiros ser permitidos enfrentar esto ellos mismos? —preguntó Simon. El Código dejaba bastante claro que los Subterráneos podían ser confiados en controlarse a ellos mismos. Simon se preguntaba si eso incluía darle a los vampiros renegados un juicio antes de que se ejecutaran.

¿Cómo he llegado aquí?, se preguntó, ni siquiera creía en la pena de muerte.

—No es que sea de tu incumbencia —dijo Scarsbury—, pero su clan nos la ha dejado a nosotros, para que ustedes puedan tener un poco de sangre en sus manos. Piensa en eso como un regalo, de los vampiros para ti.

Excepto que eso no era un eso en absoluto, pensó Simon.

—Sed lex, dura lex —murmuró George a su lado, con una mirada molesta, como si intentara convencerse a sí mismo.

—Hay veinte de ustedes y ella es uno —dijo Scarsbury—, y en caso de que esas probabilidades sean demasiado para ustedes, cazadores de sombras experimentados estarán observando, preparados para dar un paso adelante cuando metan la pata. No los verán, pero ellos los verán a ustedes, y se asegurarán de que no reciban ningún daño. Probablemente. Y si alguno de ustedes está tentado con darse la vuelta y huir, recuerden lo que han aprendido. La cobardía tiene su precio.

* * *

Cuando estaban de pie en el bordillo a pleno sol, la misión parecía que carecía de deportividad. Veinte cazadores de sombras en entrenamiento, todos armados hasta arriba, un vampiro capturado, atrapado en un edificio con paredes de acero y sol.

Pero dentro de la antigua fábrica, en la oscuridad, imaginando el destello de

movimiento y el brillo de colmillos tras cada sombra, era una historia diferente. El juego ya no parecía estar a su favor, ya no parecía un juego en absoluto.

Los estudiantes se dividieron por parejas, merodeando por la oscuridad. Simon se ofreció voluntario para hacer guardia en una de las salidas, esperando que eso se probaría similar a esos partidos de fútbol en clase de gimnasia, donde se había pasado horas guardando la portería y solamente unas pocas veces había tenido que arreglárselas para dar una patada certera.

Por supuesto, todas esas veces, la bola había volado sobre su cabeza y hacia la red, perdiendo el partido por su equipo. Pero intentó no pensar en ello.

Jon Cartwright estaba en la puerta a su lado, con una piedra de luz mágica brillando en su mano. El tiempo pasó; hicieron lo mejor que pudieron para ignorarse mutuamente.

—Qué mal que no puedas usar una de éstas —dijo Jon finalmente, levantando la piedra—. O una de éstas. —Dio palmadas a una hoja

serafín que colgaba de su cinturón. Aún no les habían enseñado a los estudiantes cómo luchar con ellas, pero varios de los estudiantes cazadores de sombras se habían traído sus propias armas de casa—. No te preocupes, héroe. Si el vampiro aparece, estoy aquí para protegerte.

—Genial, puedo esconderme detrás de tu gran ego.

Jon se acercó a él.

—Querrás vigilarte, mundano. Si no tienes cuidado, tú... —La voz de Jon se apagó. Se echó hacia atrás hasta que estaba presionado contra la pared.

—¿Yo qué? —le provocó Simon.

Jon hizo un ruido que sonaba sospechosamente a un quejido. Su mano se movió con dificultad hacia su cinturón, con los dedos queriendo agarrar la hoja serafín, pero no llegando. Sus ojos miraban fijamente a un punto por encima del hombro de Simon.

—¡Haz algo! —chilló—. ¡Va a atraparnos!

Simon había visto suficientes películas de miedo para imaginarse la escena. Y la escena era suficiente para hacerle correr hacia la puerta, deslizarse a través de ella hacia la luz del sol, y seguir corriendo hasta que hubiera regresado a casa, con las puertas cerradas, a salvo bajo la cama, donde una vez se había escondido de los monstruos imaginarios.

En su lugar, lentamente, se dio la vuelta.

La chica que salió de las sombras parecía tener su edad. Su pelo marrón estaba recogido en una cola alta, sus gafas eran de color rosa oscuro, con montura de cuernos vintage, y su camiseta tenía un oficial de Star Trek vestido de rojo que decía, VIVE RÁPIDO, MUERE ROJO. Era, en otras palabras, exactamente el tipo de Simon, excepto por los colmillos que centelleaban en el haz de luz de su linterna, y la velocidad inhumana con la que había cruzado la habitación y había golpeado a Jon Cartwright en la cabeza. Cayó en redondo sobre el suelo.

—Y entonces había dos —dijo la chica, y sonrió.

Jamás se le había ocurrido a Simon que el vampiro tendría su edad, o que al menos lo pareciera.

—Querrás tener cuidado con eso, vampiro diurno —dijo—. He oído que estás vivo de nuevo. Posiblemente querrás seguir así.

Simon miró hacia abajo para darse cuenta que había cogido la daga en su mano.

—¿Vas a dejarme salir de aquí, o qué? —preguntó.

—No puedes salir ahí.

—¿No?

—La luz del sol, ¿recuerdas? ¿Hace que los vampiros hagan “puf”? —Simon no podía creer que su voz no estaba temblando. Honestamente, no podía creer no se había orinado en sus pantalones. Estaba solo con una vampiro. Una linda, chica vampiro... que se suponía que tenía que matar. De alguna manera.

—Comprueba tu reloj, Vampiro Diurno.

—No uso un reloj —dijo Simon—. Y ya no soy un Vampiro Diurno.

Ella dio un paso más cerca de él, lo suficiente cerca para acariciar su rostro. Su dedo estaba frío, su piel tan lisa como el mármol.

—¿Es verdad que no recuerdas? —dijo ella, mirándolo curiosamente—. ¿Ni siquiera te acuerdas de mí?

—¿Te... conozco?

Ella pasó la punta de sus dedos por sus labios.

—La pregunta es, ¿qué tan bien me conocías, Vampiro Diurno? Nunca sabré.

Clary y los otros no habían dicho nada sobre Simon teniendo amigos vampiros, o... más que amigos. Tal vez ellos habían querido ahorrarle los detalles de esa parte de su vida, la parte donde él había estado sediento de sangre y caminado en las sombras. Tal vez había estado tan avergonzado que nunca se los había dicho.

O tal vez ella estaba mintiendo.

Simon odiaba esto, el no saber. Esto lo hacía sentir como si estuviera caminando en arenas

movedizas, cada pregunta sin respuesta, cada nuevo descubrimiento sobre su pasado succionándolo más abajo en el fango.

—Déjame ir, Vampiro Diurno —susurró ella—. Nunca habrías herido a uno de los tuyos.

Él había leído en el Códice que los vampiros tenían la habilidad de hipnotizar; sabía que debería protegerse de esto. Pero su mirada era magnética. No pudo apartar la mirada.

—No puedo hacer eso —dijo—. Rompiste la Ley. Mataste a alguien. A muchos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque... —se detuvo, dándose cuenta cuán débil sonaba: porque alguien me lo dijo.

Ella adivinó la respuesta de todas formas.

—¿Siempre haces lo que te dicen, Vampiro Diurno? ¿Nunca piensas por ti mismo?

La mano de Simon se apretó sobre su daga. Había estado tan preocupado sobre descubrir que era un cobarde, demasiado asustado para pelear. Pero ahora que estaba aquí, enfrentando al supuesto monstruo, no estaba asustado, estaba reacio.

Sed lex, dura lex.

Excepto tal vez que esto no era tan simple; tal vez ella solo había cometido un error, o alguien más, tal vez había obtenido la información equivocada. Tal vez era una asesina a sangre fría, pero aun así, ¿quién era él para castigarla?

Ella se inclinó más allá de él hacia la puerta. Sin pensar, Simon se movió para bloquearla. Su daga se levantó, dibujando un peligroso arco a través del aire y silbando más allá de su oreja. Ella bailó hacia atrás, riendo mientras arremetía contra él, los dedos doblados como garras. Simon lo sintió entonces, por primera vez, el arrebató de adrenalina que le había sido prometido, la claridad de la batalla. Dejó de pensar en términos de técnicas y movimientos, dejó de pensar en lo absoluto, y simplemente actuó, bloqueando y evadiendo su ataque, apuntando una patada hacia sus tobillos para barrer sus piernas desde debajo de ella, dando un tajo con la daga a través de piel pálida, extrayendo sangre, mientras su mente volvía a ponerse en marcha de nuevo, un paso atrás de

su cuerpo, pensó, Lo estoy haciendo. Estoy peleando. Estoy ganando.

Hasta que ella envolvió una mano alrededor de su muñeca en un agarre de hierro, le dio la vuelta sobre su espalda como si fuera un niño pequeño, y se sentó a horcajadas sobre él. Había estado jugando con él, comprendió. Pretendiendo pelear, hasta que se aburriera.

Bajó su rostro hacia el de él, lo suficientemente cerca que él habría sentido su aliento... Si ella hubiera estado respirando.

Recordó, repentinamente, cuán frío él había estado, cuando estuvo muerto. Recordó la inmovilidad en su pecho, cuando su corazón ya no latía.

—Podría dártelo todo de vuelta, Vampiro Diurno —susurró—. Vida eterna.

Sed lex, dura lex: La ley es dura, pero es la Ley.

Él recordó el hambre, y el sabor de la sangre.

—Eso no era vida —dijo.

—No era muerte, tampoco. —Sus labios estaban en su cuello. Todo acerca de ella era frío—. Podría matarte ahora, Vampiro Diurno. Pero no voy a hacerlo. No soy un monstruo. Sin importar lo que ellos te dijeron.

—Te dije, ya no soy un Vampiro Diurno. —Simon no sabía por qué estaba discutiendo con ella, especialmente ahora, pero parecía muy importante decirlo en voz alta, que estaba vivo, que era humano, que su corazón latía de nuevo. Especialmente ahora.

—Fuiste un Subterráneo una vez —dijo, levantándose sobre él—. Eso siempre será parte de ti. Incluso si tú olvidas, ellos nunca lo harán.

Simon estaba a punto de discutir, de nuevo, cuando un brillante látigo azotó desde las sombras y se enredó alrededor del cuello de la chica. La tiró fuera de sus pies y aterrizó duro, la cabeza golpeando contra el piso de cemento.

—¿Isabelle? —dijo Simon con confusión, mientras Isabelle Lightwood cargaba hacia la vampiro, cuchillo resplandeciendo.

Nunca se había dado cuenta antes qué horrible crimen contra la naturaleza era el que hubiera perdido sus recuerdos de Isabelle en acción. Era claro que ese era su estado natural. Isabelle quieta de pie era hermosa; Isabelle brincando a través del aire, esculpiendo muerte en piel fría, era de otro mundo, ardiendo tan brillantemente como su látigo dorado. Ella era como una diosa, pensó Simon, y entonces se corrigió silenciosamente... Ella era como un ángel vengador, su venganza rápida y letal. Antes de que él pudiera levantarse del suelo, la garganta de la chica vampiro estaba rajada ampliamente, sus ojos no-muertos rodando hacia atrás en su cabeza, y así, se acabó. Ella era polvo, se había ido.

—De nada. —Isabelle extendió su mano.

Simon la ignoró, levantándose sobre sus pies sin su ayuda.

—¿Por qué hiciste eso?

—Um, ¿porque ella estaba a punto de matarte?

—No, no lo estaba —dijo fríamente.

Isabelle lo miró boquiabierta.

—¿No estás realmente enojado conmigo?
¿Por salvar tu trasero?

No fue hasta que ella lo preguntó que él se dio cuenta de que lo estaba. Molesto con ella por matar a la chica vampiro, molesto con ella por asumir que él necesitaba que le salvara el trasero y estar bastante en lo correcto, molesto con ella por esconderse en la oscuridad, esperando para salvarlo, incluso aunque él había dejado dolorosamente claro que ya no podría haber nada entre ellos. Molesto que ella era una diosa guerrera de pelo negro sobrenaturalmente sexy y aparentemente contra toda probabilidad, todavía enamorada de él... y él iba a tener, aparentemente, que romper con ella, Otra vez.

—Ella no quería lastimarme. Solo quería irse.

—¿Y qué? ¿Debí dejarla? ¿Es eso lo que estabas planeando hacer? Hay más personas que tú en el mundo, Simon. Ella mató niños. Ella desgarró sus gargantas.

No pudo responder. No sabía qué sentir o pensar. La chica vampiro había sido un asesina. Una asesina a sangre fría, en todo el sentido de la palabra. Pero él había sentido una afinidad con ella mientras lo había abrazado, una clase de susurro en el fondo de su mente que decía: somos niños perdidos juntos.

Él no estaba seguro que hubiera un espacio en la vida de Isabelle para alguien perdido.

—¿Simon? —Isabelle era como un resorte firmemente encogido. Él podía ver cuánto esfuerzo le estaba costando a ella solo mantener su voz calmada, su rostro libre de emoción.

¿Cómo puedo saber eso? se preguntó Simon. Mirando hacia ella era como ver doble: una Isabelle, una extraña que él apenas conocía; una Isabelle que, otro mejor Simon, amaba tanto que habría sacrificado todo por ella. Había una parte de él —una parte debajo de los recuerdos, más allá de la racionalidad— desesperada por cerrar el espacio entre ellos, tomarla en sus brazos, alisar su cabello, perderse a sí mismo en sus ojos sin fondo, en

sus labios, en su fiero, protector y abrumador amor.

—¡No puedes seguir haciendo esto! —gritó. Inseguro de si estaba gritándole a ella o a sí mismo—. Ya no es tu trabajo elegir por mí, decidir qué debo hacer o cómo debo vivir. Quién debo ser. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo antes de que me oigas? No soy él. Nunca seré él, Isabelle. Él te perteneció, lo entiendo. Pero yo no. Sé que ustedes, cazadores de sombras, están acostumbrados a tener todo a su manera... ustedes colocan las reglas, ustedes saben que es lo mejor para el resto de nosotros. Pero no esta vez, ¿Está bien? No conmigo.

Con deliberada calma, Isabelle enrolló su látigo alrededor de su muñeca.

—Simon, creo que me has confundido con alguien a quien le importas.

No era la emoción en su voz lo que resquebrajó su corazón, sino la falta de ella. Detrás de las palabras no había nada: ni dolor, ni furia suprimida, solo un vacío. Hueco y frío.

—Isabelle...

—No vine aquí por ti, Simon. Este es mi trabajo. Creí que tú también querías que fuera tu trabajo. Si todavía te sientes así, te sugeriría que reconsideraras algunas cosas. Como, cómo hablarle a tus superiores.

—¿Mis... superiores?

—Y para que conste, ¿dado que tú lo sacaste? Tienes razón, Simon. No conozco para nada esta versión de ti. Y estoy bastante segura que no quiero. —Ella caminó más allá de él, su hombro rozando contra el de él por el momento más breve, luego se deslizó fuera del edificio y hacia la noche.

Simon miró fijamente detrás de ella, preguntándose si debería seguirla, pero no parecía poder hacer que sus pies se movieran. Ante el sonido de la puerta cerrándose de golpe, Jon Cartwright parpadeó hasta abrir sus ojos y atontadamente se acomodó en posición vertical.

—¿La tenemos? —preguntó a Simon, avistando la pequeña pila de polvo donde la chica vampira había estado.

—Si —dijo agotado—. Podrías decir eso.

—¡Oh sí, así es, chupasangre! —Jon levantó el puño en alto, luego hizo los cuernos—. Te metes con un toro Cartwright... recibes los cuernos.

* * *

—No estoy diciendo que ella no rompió la Ley —explicó Simon, por lo que parecía como la centésima vez—, solo estoy diciendo, incluso si lo hizo, ¿Por qué tuvimos que matarla? Quiero decir... ¿Qué hay de, no lo sé, cárcel?

Para el momento que ellos habían cruzado el Portal de vuelta a la Academia, la cena había acabado hace rato. Pero como una recompensa por sus labores, la Decana Penhallow había abierto el comedor y la cocina para los veinte estudiantes retornantes. Se apiñaron alrededor de un par de las largas mesas, mordisqueando ávidamente hacia rollitos primavera rancios y misericordiosamente insípidos shawarmas. La Academia había regresado a su tradicional política de servir

comida internacional... Pero desafortunadamente, todas estas comidas eran preparadas por un solo chef, el que Simon sospechaba era un brujo, porque casi todo lo que ellos comían parecía encantado para saber como comida para perros.

—Porque eso es lo que hacemos —dijo Jon—. Si un vampiro —o cualquier Subterráneo— rompe los Acuerdos, alguien tiene que matarlo. ¿No has estado prestando atención?

—¿Así que por qué no hay una cárcel de Subterráneos? —dijo Simon— ¿Por qué no hay juicios de Subterráneos?

—Así no es como funciona, Simon —dijo Julie. Él había pensado que ella quizás sería más amigable después de su conversación en el corredor la otra noche, pero como si nada, sus bordes se habían puesto más afilados, más dispuestos a sacar sangre—. Esta no es tu estúpida ley mundana. Ésta es la Ley. Dada por el Ángel. Más alta que cualquier otra cosa.

Jon asintió orgullosamente.

—Sed lex, dura lex.

—¿Incluso si está equivocada? —preguntó Simon.

—¿Cómo podría estar equivocada si es la Ley? Eso es un oxímoron.

Se necesita uno para conocer uno, pensó infantilmente, pero se detuvo antes de decirlo en voz alta. En cualquier caso, Jon era más un idiota ordinario.

—Se dan cuenta todos que suenan como si estuvieran en alguna clase de culto —se quejó Simon. Tocó la estrella que todavía estaba colgando en su cuello. Su familia nunca había sido particularmente religiosa, pero su padre siempre había amado ayudarlo a comprender la perspectiva judía sobre cuestiones de lo bueno y lo malo. “Siempre hay un pequeño margen de flexibilidad” le había dicho a Simon, “un pequeño espacio para comprender estas cosas por ti mismo”. Le había enseñado a hacer preguntas, a desafiar la autoridad, para entender y creer en las reglas antes de seguirlas. Había una noble herencia judía en la discusión, le gustaba decir a su padre, incluso cuando se trataba de discutir con Dios.

Simon se preguntaba ahora lo que su padre pensaría de él, en esta escuela para fundamentalistas, jurando lealtad a una Ley superior. ¿Qué significaba siquiera ser judío en un universo donde ángeles y demonios caminaban la tierra, practicaban milagros, cargaban espadas? ¿Era pensar para sí mismo una actividad más adecuada a un mundo sin ninguna evidencia de lo divino?

—La Ley es dura, pero es la Ley —agregó Simon con disgusto—. ¿Y jodidamente qué? ¿Si la Ley está equivocada, por qué no cambiarla? ¿Saben cómo luciría el mundo si estuviéramos todavía siguiendo las leyes hechas en el Oscurantismo?

—¿Sabes quién más solía hablar así? —preguntó Jon ominosamente.

—Déjame adivinar: Valentine. —Simon frunció el ceño—. Porque aparentemente en toda la historia de los Cazadores de Sombras solo un tipo se ha molestado en hacer cualquier pregunta. Sí, ese soy yo, malvado supervillano carismático a punto de dirigir una revolución. Mejor repórtame.

George sacudió su cabeza a modo de advertencia.

—Simon, no creo...

—Si lo odias tanto, ¿Por qué estas siquiera aquí? —cortó Beatriz, una poco característica nota hostil en su voz—. Tú puedes elegir la vida que quieres vivir. —Se detuvo abruptamente, dejando algo tácito colgando en silencio. Algo, Simon sospechaba, como: A diferencia del resto de nosotros.

—Buena pregunta. —Simon dejó su cubierto y empujó su silla hacia atrás.

—Vamos, ni siquiera terminaste tu... —George hizo un gesto hacia el plato, como si no pudiera atreverse a describirlo realmente como comida.

—Acabo de perder el apetito.

Simon estaba a mitad de camino hacia la mazmorra cuando Catarina Loss lo detuvo en el pasillo.

—Simon Lewis —dijo ella—. Tenemos que hablar.

—¿Podemos hacerlo por la mañana, Sra. Loss? —preguntó—. Ha sido un día largo, y...

Ella negó con la cabeza.

—Sé lo de tu día, Simon Lewis. Hablamos ahora.

* * *

El cielo estaba brillante con estrellas. La piel azul de Catarina brillaba en la luz de la luna, y su cabello resplandecía plateado. La bruja había insistido en que ambos necesitaban un poco de aire fresco, y Simon tuvo que admitir que tenía razón. Ya se sentía mejor, solo por respirar en la hierba, los árboles y el cielo. Idris tenía estaciones, pero hasta el momento, al menos, no eran como las estaciones a las que estaba acostumbrado. O más bien, eran como las mejores versiones posibles de sí mismas: cada día de otoño nítido y brillante, el aire rico con la promesa de hogueras y huertos de manzana, la proximidad del invierno marcado solo por un cielo sorprendentemente claro y una nueva probada aguda en el aire que era casi placentera en su dolor helado.

—Escuché lo que dijiste en la cena, Simon —dijo Catarina, mientras paseaban por los jardines.

Él miró a su maestra con sorpresa y un poco de alarma.

—¿Cómo pudo?

—Soy una bruja —le recordó—. Puedo hacer muchas cosas.

Cierto. Escuela de magia, pensó con desesperación, preguntándose si alguna vez tendría privacidad de nuevo.

—Quiero contarte una historia, Simon —dijo—. Es algo que le he dicho a muy pocas personas de confianza, y esperaré que decidas guardarlo para ti.

Parecía una cosa extraña que se arriesgara con un estudiante que apenas conocía, pero entonces, ella era una bruja. Simon no tenía idea de lo que eran capaces de hacer, pero se lo imaginaba. Si él rompía su confianza, ella probablemente lo sabría.

Y actuaría en consecuencia.

—¿Estabas escuchando en clase sobre la historia de Tobias Herondale?

—Siempre escucho en clase —dijo Simon, y ella se echó a reír.

—Eres muy bueno en respuestas evasivas, Vampiro Diurno. Serías un buen hada.

—Supongo que eso no es un cumplido.

Catarina le ofreció una sonrisa misteriosa.

—No soy una Cazadora de Sombras —le recordó—. Mis opiniones sobre las hadas son mías.

—¿Por qué todavía me llama Vampiro Diurno? —preguntó Simon—. Sabe que ya no es lo que soy.

—Somos lo que nuestros pasados han hecho de nosotros —dijo Catarina—. La acumulación de miles de decisiones diarias. Podemos cambiarnos, pero nunca borrar lo que hemos sido. —Ella levantó un dedo para silenciarlo, como si supiera que él estaba a punto de discutir—. Olvidar esas elecciones no las deshace, Vampiro Diurno. Harías bien en recordar eso.

—¿Es eso lo que quería decirme? —preguntó, su irritación más visible de lo que pretendía. ¿Por qué todo el mundo en su vida sentía la necesidad de decirle quién era, o quién él debería ser?

—Eres impaciente conmigo —observó Catarina—. Afortunadamente, no me importa. Voy a contarte otra historia de Tobias Herondale ahora. Escuchar o no, esa es tu decisión.

Él escuchó.

—Conocí a Tobias, conocí a su madre antes de que naciera, lo vi como un niño luchando por encajar en su familia, encontrar su lugar. Los Herondale son una línea más bien tristemente célebre, como probablemente sabes. Muchos de ellos héroes, algunos traidores, muchos de ellos temerarias criaturas, salvajes y consumidas por sus pasiones, ya sea el amor o el odio. Tobias era... diferente. Él era suave, dulce, el tipo de chico que hacía lo que le decían. Su hermano mayor, William... ahora, allí había un Cazador de Sombras apto para ser un Herondale, tan

valiente y dos veces más testarudo como el nieto que más tarde llevó su nombre. Pero no Tobias. No tenía ningún talento especial para ser Cazador de Sombras, y no mucho amor por ello, tampoco. Su padre era un hombre duro, su madre un poco histérica, aunque pocos podían culparla con un marido así. Un niño más audaz podría haber pasado de su familia y sus tradiciones, decidido que no era apto para la vida de Cazador de Sombras y marchado por su cuenta. ¿Pero para Tobias? Eso era impensable. Sus padres le enseñaron la Ley, y él solo sabía seguirla. No tan inusual entre los seres humanos, incluso cuando su sangre se mezcla con la del Ángel. Inusual para un Herondale, tal vez, pero si alguien pensaba eso, el padre de Tobias se aseguraba de que mantuviera la boca cerrada. Y así creció. Se casó, una unión que sorprendió a todos, para Eva Blackthorn fue lo contrario de leve. Un volcán de cabello negro, de alguna manera como tu Isabelle.

Simon se erizó. Ella no era su Isabelle, ya no. Se preguntó si alguna vez realmente lo había sido. Isabelle no parecía el tipo de chica

que pertenecía a alguien. Era una de las cosas que más le gustaba de ella.

—Tobias la amó más de lo que había amado a nada... su familia, su deber, incluso a sí mismo. Allí, tal vez, la sangre corrió Herondale verdadera. Ella estaba esperando su primer hijo, cuando él fue llamado a la misión en Baviera... has oído cómo terminó esa historia.

Simon asintió, el corazón apretándosele de nuevo al pensar en el castigo impuesto a la esposa de Tobias. Eva. Y su hijo por nacer.

—Lazlo Balogh conoce solo la versión de esta historia como ha sido transmitida a él por generaciones de Cazadores de Sombras. Tobias ya no es una persona para ellos, o un antepasado. No es más que un cuento con moraleja. Hay pocos de nosotros que quedamos para recordarlo como el chico amable que una vez fue.

—¿Cómo lo conociste tan bien? —preguntó Simon—. Pensé que en aquel entonces, los brujos y los Cazadores de Sombras no estaban exactamente... ya sabes. En términos de hablar. —En realidad, Simon había pensado que era

más como términos de muerte; por lo que había aprendido del Códice y sus clases de historia, los Cazadores de Sombras del pasado habían ido tras los brujos y otros Subterráneos de la misma forma en que los cazadores iban tras los elefantes. Deportivamente y con sanguinario abandono.

—Esa es una historia diferente —le reprendió Catarina—. No te voy a contar mi historia, te contaré la de Tobias. Basta decir que él era un niño amable, incluso con los Subterráneos, y su bondad fue recordada. Lo que sabes, lo que todos los Cazadores de Sombras hoy piensan que saben, es que Tobias era un cobarde que abandonó a sus compañeros en el fragor de la batalla. La verdad nunca es tan simple, ¿verdad? Tobias no había querido dejar atrás a su esposa cuando ella estaba enferma y embarazada, pero se fue de todos modos, haciendo lo que le decían. En lo profundo de esos bosques Bávaros, se encontró con un brujo que conocía su mayor temor, y lo utilizó en su contra. Él encontró la grieta en la armadura de Tobias, encontró una forma de entrar en su mente y

convencerlo de que su esposa estaba en un terrible peligro. Él le mostró una visión de Eva, con sangre y muriendo, gritando por Tobias para salvarla. Tobias fue preso de un hechizo y azotado, y el brujo le lanzó visión tras visión de todos los horrores del mundo que Tobias no podía soportar. Sí, Tobias huyó. Su mente se rompió. Abandonó sus compañeros y huyó hacia el bosque, cegado y atormentado por pesadillas en la vigilia. Como todos los Herondale, su capacidad de amar sin medida, sin fin, era a la vez su gran don y su gran maldición. Cuando pensó que Eva estaba muerta, se hizo añicos. Sé que a quién culpo por la destrucción de Tobias Herondale.

—¡No podían haber sabido que había enloquecido! —protestó Simon—. ¡Nadie podría castigarlo por eso!

—Ellos lo sabían —le dijo Catarina—. Eso no importó. Lo que importó fue su traición contra su deber. Eva nunca estuvo en peligro, por supuesto, por lo menos, no hasta que Tobias abandonó su puesto. Esa fue la última ironía cruel de la vida de Tobias: que condenó a la

mujer por la que habría muerto para salvar. El brujo le había mostrado una visión del futuro, un futuro que nunca habría llegado a pasar si Tobias hubiera podido resistirse a él. No pudo resistirse. No pudo ser encontrado. La Clave vino por Eva.

—Usted estuvo allí —supuso Simon.

—Lo estuve —concordó.

—¿Y no intentó detenerlos?

—No perdí mi tiempo tratando, no. Los Nefilim no prestan atención a los Subterráneos que interfieren. Solo un tonto trata de meterse entre los Cazadores de Sombras y su Ley.

Había algo en la forma en que lo dijo, irónico y triste al mismo tiempo, que le hizo preguntar:

—Es un tonta, ¿no es así?

Ella sonrió.

—Es peligroso llamar a un brujo por nombres como ese, Simon. Pero... sí. Lo intenté. Busqué a Tobias Herondale, utilizando medios a los que los Nefilim no tienen acceso, y lo encontré vagando loco en el bosque, sin

saber siquiera su propio nombre. —Ella bajó la cabeza—. No lo pude salvar o a Eva. Pero salvé al bebé. Logré ese poco.

—Pero, ¿cómo? ¿Dónde...?

—Utilicé una cierta cantidad de magia y astucia para hacer mi camino dentro de la prisión de los Cazadores de Sombras, donde fuiste retenido una vez —dijo Catarina, asintiendo hacia él—. Hice que el bebé naciera antes, y lancé un hechizo para hacer que pareciera como si todavía estuviera esperando al niño. Eva fue de acero aquella noche, implacable y brillante en la oscuridad que había caído sobre ella. Ella no vaciló, no se inmutó y no se traicionó a sí misma con alguna señal mientras se dirigía a encontrarse con su muerte. Mantuvo nuestro secreto hasta el final, y los Cazadores de Sombras que la mataron nunca sospecharon nada. Después de eso, fue casi fácil. Los Nefilim rara vez tienen algún interés en las obras de los Subterráneos... y los Subterráneos a menudo encuentran su ceguera muy conveniente. Nunca se dieron cuenta cuando me embarqué hacia el Nuevo Mundo

con un bebé. Me quedé allí durante veinte años, antes de que volviera a mi pueblo y mi trabajo, y crié al niño hasta que creció. Él ha sido el polvo por años, pero puedo cerrar los ojos y ver su rostro cuando era tan joven como eres ahora. Tobias y el hijo de Eva. Era un chico dulce, amable como su padre y feroz como su madre. Los Nefilim creen en vivir por las leyes duras y pagar altos precios, pero su arrogancia significa que no entienden completamente el costo de lo que hacen. El mundo habría sido más pobre sin ese chico en él. Tuvo un amor mundano, y una vida mundana llena de pequeños actos de gracia, lo que habría significado muy poco para un Cazador de Sombras. Ellos no lo merecían. Lo dejé como un regalo para los mundanos.

—¿Así que estás diciendo que hay otro Herondale por ahí en alguna parte? ¿Tal vez generaciones de Herondales de las que nadie sabe nada al respecto? —Había una línea del Talmud que al padre de Simon siempre le había gustado citar: El que salva una sola vida, es como si hubiera salvado un mundo entero.

—Es posible —dijo Catarina—. Me aseguré de que el muchacho nunca supiera lo que era... era más seguro de esa manera. Si, efectivamente, su línea vive, sus descendientes seguramente se creen mundanos. Es solo que ahora, con los Cazadores de Sombras tan agotados, que la Clave podría recibir a sus hijos o hijas perdidos de vuelta al redil. Y tal vez hay algunos de nosotros que podría ayudar a eso. Cuando sea el momento adecuado.

—¿Por qué me está diciendo esto, Sra. Loss? ¿Por qué ahora? ¿Por qué alguna vez?

Ella se detuvo y se volvió hacia él, su ondulante cabello blanco plata ondeando en el viento.

—Salvar a ese niño, ese es el crimen más grande que he cometido. Al menos, según la Ley de los Cazadores de Sombras. Si alguien lo supiera, incluso ahora... —Negó con la cabeza—. Pero también es la elección más valiente que he hecho jamás. De la que estoy más orgullosa. Estoy obligada por los Acuerdos como todo el mundo, Simon. Hago

mi mejor esfuerzo para vivir por el gobierno de la Ley. Pero yo tomo mis propias decisiones. Siempre hay una ley superior.

—Lo dice como si fuera tan fácil saber cuál es —dijo Simon—. Estar tan segura de sí misma, de que está en lo cierto, sin importar lo que dice la Ley.

—No es fácil —le corrigió Catarina—. Eso es lo que significa estar vivo. Recuerda lo que dije, Simon. Cada decisión que tomes, te hace a ti. Nunca dejes que otras personas decidan lo que vas a ser.

* * *

Cuando regresó a su habitación, su mente dando vueltas, George estaba sentado en el suelo en el pasillo, estudiando su Códice.

—¿Um, George? —Simon miró hacia abajo, a su compañero de cuarto—. ¿No sería más fácil hacerlo en el interior? ¿Donde hay luz? ¿Y no baba asquerosa en el suelo? Bueno... —Suspiró—. Menos baba, por lo menos.

—Ella dijo que tengo que esperar aquí afuera —dijo George—. Que ustedes dos necesitan su privacidad.

—¿Quién dijo? —Pero la pregunta era superflua, ¿porque, quién más? Antes de que George pudiera responder, ya estaba abriendo la puerta y cargando al interior—. Isabelle, no puedes simplemente echar a mi compañero de cuarto...

Se detuvo en seco, tan de repente que casi tropezó consigo mismo.

—No es Isabelle —dijo la joven encaramada en su cama. Su cabello rojo fuego estaba recogido en un moño desordenado y sus piernas estaban dobladas debajo de ella; parecía completamente en casa, como si hubiera pasado la mitad de su vida holgazaneando en su cama. Lo cual, según ella, había hecho.

—¿Qué estás haciendo aquí, Clary?

—Hice un Portal hacia aquí —dijo ella.

Él asintió con la cabeza, esperando. Se alegró de verla, pero también dolía. Así como

lo hizo siempre. Se preguntó cuándo el dolor se iría y él sería capaz de sentir la alegría de la amistad que sabía aún estaba ahí, como una planta bajo el suelo congelado, esperando a crecer de nuevo.

—Escuché lo que pasó hoy. Con la vampiro. E Isabelle.

Simon se sentó en la cama de George, frente a ella.

—Estoy bien, ¿de acuerdo? Sin marcas de mordeduras o nada. Es amable de tu parte te preocupes por mí, pero no puedes simplemente hacer un Portal y...

Clary resopló.

—Puedo ver que tu ego está ileso. No estoy aquí porque estoy preocupada por ti, Simon.

—Oh. ¿Entonces...?

—Estoy preocupada por Isabelle.

—Estoy bastante seguro de que Isabelle puede cuidar de sí misma.

—Tú no la conoces, Simon. Quiero decir, ya no. Y si ella supiera que estoy aquí, me

mataría, pero... ¿puedes solo tratar de ser un poco más amable con ella? ¿Por favor?

Simon estaba consternado. Él sabía que había decepcionado a Isabelle, que su propia existencia era una decepción constante para ella, que ella quería que fuera otra persona. Pero nunca se le había ocurrido que él, el no-vampiro, el no-heroico, la no-sexy repetición de Simon Lewis, podría tener el poder para hacerle daño.

—Lo siento —soltó—. ¡Dile que lo siento!

—¿Estás bromeando? —dijo Clary—. ¿No oíste la parte sobre cómo ella me mataría si supiera que estuve hablando contigo sobre esto? No voy a decirle nada. Te lo estoy diciendo a ti. Ten cuidado con ella. Es más frágil de lo que parece.

—Parece la chica más fuerte que he conocido —dijo Simon.

—Es eso, también —concedió Clary. Se movió incómodamente entonces y saltó a sus pies—. Bien, debería... Quiero decir, sé que realmente no me quieres por aquí, entonces...

—No es que, yo sólo...

—No, lo comprendo, pero...

—Lo siento...

—Lo siento...

Ambos se rieron, y Simon sintió que algo se soltaba en su pecho, un músculo que no había sabido que tenía tenso.

—¿No solía ser así, eh? —preguntó—. ¿Incómodo?

—No. —Le dio una sonrisa triste—. Eran muchas cosas, pero nunca fue incómodo.

No lo podía imaginar, sintiéndose tan a gusto con una chica, mucho menos una chica como ella, bonita y confiada y tan llena de luz.

—Apuesto a que me gustaba.

—Eso espero, Simon.

—Clary... —No quería que se fuera, todavía no, pero no estaba seguro de que decirle si se quedaba—. ¿Sabes la historia de Tobias Herondale?

—Todos saben esa historia —dijo—. Y, obviamente, debido a Jace...

Simon parpadeó, recordando: Jace era Herondale. El último de los Herondale. O eso pensaba.

¿Si tuviera familia ahí, perdida durante generaciones, querría saber, verdad? ¿Se suponía que Simon se lo diría? ¿Decírselo a Clary?

Imaginó un Herondale perdido ahí, alguna muchacha o muchacho con ojos de oro que no sabía nada acerca de los Cazadores de Sombras o su sórdida herencia. Tal vez agradecerían saber quiénes eran realmente, pero tal vez, si Clary y Jace vinieran llamando a su puerta, contándoles historias de ángeles y demonios y una tradición noble de la locura que desafía la muerte, correrían gritando en dirección contraria.

A veces, Simon se preguntaba lo que habría pasado si Magnus nunca le hubiera encontrado, si nunca le hubiera ofrecido la posibilidad de entrar de nuevo en el mundo de los Cazadores de Sombras. Habría estado viviendo una mentira, seguro... pero habría sido una mentira feliz. Habría ido a la

universidad, mantenerse tocando con su grupo, coqueteando con algunas chicas no aterradoras, viviendo en la superficie de las cosas, nunca adivinando la oscuridad que yacía debajo.

Supuso que en su otra vida, diciéndole a Clary lo que sabía no hubiera sido siquiera una pregunta, supuso que eran la clase de amigos que se decían todo el uno al otro.

No eran ninguna clase de amigos ahora, se recordó. Ella era una extraña que le quería, pero todavía era una extraña.

—¿Qué piensas sobre ello? —le preguntó—. ¿De lo le hizo la Clave a la esposa y al hijo de Tobias?

—¿Qué crees que pienso? —preguntó Clary—. ¿Dado quién era mi padre? ¿Considerando lo que pasó con los padres de Jace, y cómo sobrevivió? ¿No es obvio?

Puede haber sido obvio hacia alguien que sabía de ellos y sus historias, pero no para Simon.

Su cara se ensombreció.

—Oh. Su confusión de él debió haber sido visible. Como lo era la desilusión de ella, cuando recordaba de nuevo quién era, y quién no era.

—No importa. Vamos solo a decir que realmente pienso que la Ley importa, pero no es la única cosa que importa. Quiero decir, si siguiéramos la Ley sin pensarlo, ¿nosotros alguna vez...?

—¿Qué?

Sacudió su cabeza.

—No, me prometí que no iba a seguir haciendo esto. No necesitas un poco de historias sobre lo que nos pasó a nosotros, quién solías ser. Tienes que descubrir quién eres ahora, Simon. Quiero eso para ti, esa libertad.

Le asombró, lo bien que entendió. Como sabía lo que quería sin tener necesidad de preguntar.

Le dio el valor para preguntarle algo que se había estado preguntando desde que entró en la Academia.

—Clary, antes cuando éramos amigos, antes de que supieras sobre los Cazadores de Sombras o algo, éramos tú y yo... ¿iguales?

—¿Iguales cómo?

Se encogió de hombros.

—Ya sabes, que nos gustara la música extraña y cómics y, como, realmente que no nos gustara el ejercicio.

—¿Quieres decir, si éramos torpes nerds? —preguntó Clary, riéndose otra vez—. Eso es afirmativo.

—Pero ahora eres... —Agitó una mano hacia ella, indicando los bíceps en forma, el modo elegante, coordinado que se movió, todo lo que sabía de su pasado y presente—. Eres como una guerrera amazona.

—¿Gracias? ¿Creo? Jace es un buen entrenador. Y, sabes, había un incentivo en conseguir llegar a la altura bastante rápido. Eludir el apocalipsis y todo. Dos veces.

—Correcto. Y supongo que está en tu sangre. Quiero decir, tiene sentido que fueras buena en toda esta cosa.

—Simon... —Estrechó sus ojos, de repente pareciendo entender a lo que él estaba llegando—. ¿Te das cuenta que ser Cazador de Sombras no es solo acerca de lo grande que son tus músculos, verdad? No lo llaman Academia del Fisiculturismo.

Frotó sus dolientes bíceps tristemente.

—Tal vez deberían.

—Simon, no estarías aquí si la gente a cargo no creyera que tuvieras lo necesario. —Creen que él tenía lo necesario —la corrigió Simon—. El tipo con la superfuerza vampírica y... más lo que sea que los vampiros aportan.

Clary se puso bastante cerca para empujarle en el pecho, y luego lo hizo. Con fuerza.

—No, tú. ¿Simon, sabes cómo llegamos tan lejos como lo hicimos en esa dimensión demoníaca? ¿Cómo nos la arreglamos para llegar lo suficientemente cerca de Sebastian para derrotarlo?

—¿No, pero imagino que implicó mucha matanza de demonios? —preguntó Simon.

—No tantos como podrían haber habido, porque propusiste una mejor estrategia —dijo Clary—. Algo que descubriste por todos aquellos años jugando a D&D.

—¿Espera, en serio? ¿Me estás diciendo que esa cosa en realidad funcionó en la vida real?

—Te lo digo. Te digo que nos salvaste, Simon. Lo hiciste más de una vez. No porque fueras un vampiro, no debido a algo que has perdido. Fue a causa de quién eras. De quién todavía eres. —Se alejó entonces y respiró hondo—. Me prometí que no haría esto —dijo ferozmente—. Lo prometí. —No—dijo—. Me alegro de que lo hicieras. Me alegro de que vinieras. —Debería salir de aquí —dijo Clary—. Pero trata de recordar lo de Izzy, ¿sí? Sé que no puedes entender esto, pero cada vez que la miras como si fuera una extraña, parece... parece alguien que presiona un hierro caliente en su carne. Duele mucho.

Pareció tan segura, como si lo supiera.

Como si no estuvieran hablando ya de Isabelle.

Simon lo sintió entonces, no la punzada de cariño a menudo experimentaba cuando Clary se reía de él, pero una ola poderosa de amor que casi lo alzó de sus pies hacia en sus brazos. Por primera vez, la miró, y no era una extraña, era Clary, su amiga. Su familia. La chica a la que siempre había jurado proteger. La chica que amó tan ferozmente como se amó a sí mismo.

—Clary... —dijo—. ¿Cuándo éramos amigos, era genial, verdad? ¿Quiero decir, no sólo estoy imaginando cosas, sintiendo que esto es a dónde pertenecemos? Nos teníamos el uno al otro, nos apoyamos el uno al otro. ¿Éramos buenos juntos, verdad?

Su sonrisa se transformó de la tristeza a algo más, algo que brilló con la misma certeza que sintió, que había algo verdadero entre ellos. Era como si hubiera encendido una luz dentro de ella.

—Oh, Simon —dijo—. Éramos absolutamente asombrosos.



El Terror de Whitechapel

Cassandra Clare
Maureen Johnson



—Veo —dijo George—, una cosita, algo que empieza con S.

—Es slime, ¿verdad? —dijo Simon. Estaba tumbado de espaldas en la cama de su dormitorio. Su compañero, George, estaba acostado en la cama contigua. Ambos estaban mirando pensativamente a la oscuridad, que involucraba mirar al techo, lo cual era desafortunado porque el techo estaba asqueroso—. Siempre es slime.

—No siempre —dijo George—. Una vez fue moho.

—No estoy seguro de si de verdad podemos distinguir entre el moho y el slime, y odio tener que preocuparme por eso.

—No era “slime” de todas formas.

Simon lo consideró por un momento.

—¿Es una... serpiente? Por favor dime que no es una serpiente.

Simon se cruzó de piernas involuntariamente.

—No es una serpiente, pero ahora eso será todo en lo que seré capaz de pensar. ¿Hay serpientes en Idris? Parece el tipo de lugar en donde echarían a patadas a las serpientes.

—¿Eso no es en Irlanda? —dijo Simon. —No creo que haya limitaciones sobre echar a serpientes.

—No creo que haya limitaciones sobre echar a serpientes. Seguramente se deshicieron de todas ellas. Deben haberlo hecho. Oh Dios, este lugar tiene que tener serpientes.

Había un ligero temblor en el acento escocés de George.

—¿Aquí en Idris hay mapaches? —dijo Simon, tratando de cambiar de tema. Se ajustó el mismo en la dura y angosta cama—. Tenemos mapaches en Nueva York. Pueden entrar donde sea. Pueden abrir puertas. Leí en online que incluso saben cómo usar llaves.

—No me gustan las serpientes. Las serpientes no necesitan llaves.

Simon se detuvo por un momento para reconocer el hecho que “las serpientes no necesitan llaves” era un excelente nombre para un álbum musical: sonaba profundo al principio, pero completamente superficial y obvio después, lo cual te hacía regresar a la primera idea y pensar que podría ser profundo.

—¿Entonces qué es? —preguntó Simon.

—¿Que es qué?

—¿Que viste que comienza con S?

—Simon.

Ese era el tipo de juegos que jugabas cuando vivías en una habitación escasamente decorada ubicada en el sótano de la academia

de Cazadores De Sombras —o, como ellos habían empezado a nombrarla— el nivel de máxima humedad. George había comentado varias veces lo lastimoso que era no ser babosas, porque eso estaba perfectamente hecho para el estilo de vida de una babosa. Ellos habían llegado a una intranquila aceptación del hecho de que muchas criaturas habían hecho de la academia su hogar después de que la cerraran. Ya no entraban en pánico cuando escuchaban ruidos en la pared o bajo la cama. Si los ruidos eran en la cama, se permitían algo de pánico. Esto había pasado más de una vez.

En teoría, los mundanos (o escoria, como normalmente eran llamados) estaban abajo en el sótano porque era el piso más seguro.

Simon estaba seguro de que probablemente había algo de verdad en eso. Pero probablemente había mucha más verdad en el hecho de que los Cazadores de Sombras tenían un sentimiento natural de superioridad. Pero Simon pidió estar aquí, tanto como con la escoria como con la Academia de Cazadores de

sombras misma, así que no tenía sentido quejarse. Sin Wi-Fi, sin teléfonos, sin televisión —las noches podrían ser largas. Una vez que las luces se apagaban, Simon y George solían hablar en una oscuridad como esta. Algunas veces se quedaban acostados en sus respectivas camas en un silencio sociable, cada uno sabiendo que el otro estaba ahí. Era algo. Era todo, en realidad, el solo tener a George en la habitación. Simon no estaba seguro de si sería capaz de soportarlo de otra forma. Y no solo era el frío o las ratas o algo más de la habitación de manera física —era lo que estaba en su cabeza, los sonidos incrementándose más, fragmentos de recuerdos. Venían a él como pedacitos de canciones olvidadas, notas que él no podía ubicar. Había recuerdos de tremendas alegrías y tristezas, pero con frecuencia no podía conectarlos con eventos o personas. Simplemente eran sensaciones, golpeándolo por toda la oscuridad.

—¿Alguna vez te has dado cuenta —dijo George—, como incluso las mantas se sienten mojadas, incluso cuando las secamos? Y vengo de Escocia. Conozco la lana. Conozco las

ovejas. Pero, ¿esta lana? Hay algo demoniaco en esta lana. Me corto los nudillos tratando de hacer la cama en la mañana.

Simon dio un “mhmm” como respuesta. No había ninguna necesidad de ponerle atención a eso. George y él tenían las mismas conversaciones cada noche. El fango, el moho, las criaturas en las paredes, las mantas rígidas y el frío. Cada noche, esos eran los temas de conversación. Los pensamientos de Simon divagaron. Había tenido dos visitas recientemente, y ninguna de las dos había ido bien.

Isabelle y Clary, dos de las personas más importantes en su vida (hasta donde recordaba), habían venido a la academia. Isabelle había aparecido para tomar su derecho de reclamar a Simon, y Simon —en un movimiento que lo dejó atónito— le había dicho que se apartara. Simplemente no se podría regresar todo a como era antes. No así, no cuando él no podía recordar lo que él era. Y entonces en el ejercicio de entrenamiento, Isabelle había aparecido y acabado con un

vampiro que había estado a punto de acabar con Simon, pero lo había hecho con mucha frialdad. Había una letalidad inquietante en la manera que ella hablaba. Entonces Clary había aparecido. Ten cuidado con ella, había dicho Clary. *Es más frágil de lo que parece.*

Isabelle —con su látigo y su habilidad para cortar a un demonio por la mitad— era más frágil de lo que parecía.

La culpa lo había mantenido despierto por la noche.

—¿Isabelle otra vez? —preguntó George.

—¿Cómo lo supiste?

—Hipótesis fundamentada. Quiero decir, ella apareció y amenazó con cortar en pedacitos a cualquiera que se te acercara, y ahora parece que no os habláis, y tu amiga Clary apareció para hablarte sobre ella, y también murmuras su nombre cuando estás dormido.

—¿Lo hago?

—De vez en cuando. O estas diciendo “Isabelle” o “lindo pez.”

Podría ser cualquiera, para ser justos.

—¿Cómo arreglo esto? —dijo Simon—. Ni siquiera sé que estoy arreglando.

—No lo sé —dijo George—. ¿No es este lugar todo lo que una serpiente podría querer? Genial, hecho de piedra, montones de agujeros para deslizarse, montones de ratones para comer... ¿porque sigo hablando? Simon, hazme parar de hablar...

Pero Simon lo dejó continuar. Incluso hablar de posibles serpientes cercanas era mejor que lo que estaba pasando por su cabeza actualmente.

Idris tenía sus estaciones adecuadamente, en general. En ese sentido era como Nueva York —tenías cada una, diferente y clara. Pero Idris era más agradable que Nueva York. El invierno no era solo basura congelada y nieve a medio derretir; el verano no solo era basura

hirviendo y aires acondicionados goteando que siempre se sentían como escupitajos viniendo de arriba. Idris era más verde en el clima cálido, fresco y tranquilo en el frío, el aire siempre oliendo a frescura y chimeneas ardiendo.

Generalmente. También había mañanas como las de esta semana, las cuales eran todas llenas de brisas. Vientos como pequeños anzuelos de pesca al final de cada ráfaga. Frío que traspasaba la ropa. El equipo de Cazador de Sombras, aunque práctico, no era necesariamente cálido. Era ligero, fácil de moverse en él, como debería ser un equipo de lucha. No estaba hecho para estar parado fuera en un estrecho pantanoso a las siete de la mañana cuando apenas estaba saliendo el sol. Simon pensó en su chaqueta que había dejado en casa, en su cama, y en el calor en general. El desayuno, el cual había sido un sustituto de pegamento bajo el nombre de avena, se asentó de manera pesada en su estómago.

Café. Eso era lo que esta mañana necesitaba. Idris no tenía cafeterías, ningún

lugar en el que aparecer y comprar una taza del caliente, humeante y revitalizante café. La bebida del desayuno en la academia era un té que Simon sospechaba que no era te en absoluto, sino desechos líquidos de las muchas sopas nocivas que salían de la parte trasera de la cocina. Juró que había encontrado un pedacito de patata en su taza esa mañana. Al menos esperaba que fuese cáscara de patata.

Una taza del Java Jones. ¿Era eso mucho pedirle a la vida?

—¿Veis este árbol? —gritó Delaney Scarsbury, señalando un árbol.

De todas las preguntas que su entrenador físico les había puesto en estos últimos meses, esta era una de las más lógicas, directas y aun así confusas. Claramente todo el mundo podía ver el árbol. Era el único árbol en este particular trozo de campo. Era alto, ligeramente inclinado a la izquierda.

Las mañanas con Scarsbury sonaban como el nombre de una llamada en broma a las emisoras de radio, pero era, en realidad, solo

castigo físico diseñado para acondicionarlos y entrenarlos para luchar. Y para ser justos, Simon estaba más en forma de lo que había estado cuando había llegado.

¿Veis este árbol?

La pregunta había sido tan extrañamente obvia que nadie había respondido. Ahora todos murmuraron un sí, vieron el árbol.

—Aquí está lo que vais a hacer —dijo Scarsbury—. Vais a trepar ese árbol, caminar sobre esa rama — (señaló la pesada rama principal, quizás a cinco metros sobre el suelo) — y saltar.

—No, no lo haré. —Murmuró Simon. Los familiares sonidos del descontento rondaron por la clase. Nadie parecía emocionado por la idea de trepar un árbol y después caer de él deliberadamente.

—Buenos días —dijo una voz familiar.

Simon se volteó para ver a Jace Herondale tras él, todo sonrisas. Se veía relajado, descansado y absolutamente cómodo en su equipo. Los Cazadores de Sombras se podían

dibujar runas de calor. No necesitaban abrigos hipo alérgicos como sustitutos. Jace tampoco estaba llevando un gorro, lo cual le permitía a su cabello dorado perfectamente enmarañado ondearse atractivamente con la brisa. Él se estaba escondiendo en la parte de atrás y aún no había sido visto por los otros, quienes todavía estaban escuchando a Scarsbury gritarle al viento mientras señalaba al árbol.

—¿Cómo te viste involucrado en esto? —preguntó Simon, soplándose las manos para calentarlas.

Jace se encogió de hombros.

—Solo ofreciendo una grácil y atlética mano —dijo—. Sería descuidado de mi parte si le negara a la siguiente generación de

Cazadores de Sombras un vistazo de lo que podrían llegar a ser si tuviesen mucha, mucha, mucha suerte.

Simon cerró los ojos por un momento.

—Estás haciendo esto para impresionar a Clary —dijo—, y también para revisarme.

—Por el ángel, se ha vuelto telepático —dijo Jace, fingiendo echarse para atrás—. Básicamente, todos están echando una mano desde que todos sus profesores huyeron. Yo voy a ayudar con el entrenamiento. Te guste o no.

—Hmm —dijo Simon—. No.

—Ahora vamos —dijo Jace, palmeándolo en el brazo—. Solía encantarte esto.

—¿De verdad?

—Tal vez —dijo Jace— no gritabas. Espera. No. Sí, lo hacías. Mi error. Pero es fácil. Esto es solo un ejercicio de entrenamiento.

—El último ejercicio de entrenamiento terminó siendo matar a un vampiro. En el ejercicio de entrenamiento antes de ese, vi a alguien clavarle una flecha en la rodilla.

—He visto peores. Vamos. Este ejercicio es divertido.

—Esto no tiene nada de divertido —dijo Simon—. Esta no es la academia de la diversión. Lo sabría. Una vez estuve en una banda llamada Academia de la Diversión.

—Para asistiros esta mañana —gritó Scarsbury— tenemos a un Cazador de Sombras experto y altamente capaz —Jace Lightwood Herondale.

Hubo un jadeo audible y risitas nerviosas mientras cada cabeza volteaba en la dirección de Jace. Súbitamente había un montón de suspiros femeninos viniendo de la clase, y algunos masculinos también. Le recordó a Simon el pararse en una fila para un concierto de rock —en cualquier momento, sentía, la multitud podría explotar en un grito estridente de lo más inapropiado para futuros cazadores de demonios.

Jace sonrió aún más ampliamente mientras daba un paso adelante en frente del grupo. Scarsbury asintió en saludo y retrocedió, de brazos cruzados. Jace miró el árbol por un momento y después se inclinó casualmente contra él.

—El truco para caer es no caerse, —dijo Jace.

—Maravilloso —dijo Simon en voz baja.

—No vais a caer. Vais a escoger descender usando los medios más directos posibles. Permaneced en control de vuestra decencia. Un Cazador de Sombras no cae, un Cazador de sombras se deja caer. Habéis sido entrenados en la mecánica básica para hacer esto...

Simon recordó a Scarsbury gritar un par de cosas al viento días antes de que pudiera haber instrucciones sobre caídas. Frases como “evitad las rocas,” “no caigáis sobre la espalda” y “a menos que seáis unos completos idiotas, a menos que algunos de vosotros lo sea.”

—...así que ahora llevaremos la teoría a la práctica.

Jace se sujetó del árbol y se precipitó arriba con la facilidad de un mono, entonces hizo su camino a la rama, donde se paró libre y fácilmente.

—Ahora —dijo hacia el grupo—, miro al suelo. Escojo mi lugar de aterrizaje. Recordad, proteged la cabeza. Si hay alguna forma de romper el momento, cualquier otra superficie para reducir la distancia de vuestra caída, usadla —a menos que sea peligroso. No

apuntéis a rocas afiladas o ramas que pudieran ser punzantes o romperse. Doblad las rodillas. Manteneos relajados. Si vuestras manos absorben el impacto, aseguraos de hacer contacto con la palma entera, pero evitad eso. Pies abajo y rodad. Mantened el momento en marcha. Extended la fuerza del impacto. Justo...

Jace saltó delicadamente de la rama y cayó en el suelo, golpeando con un ruido apagado. Rodó instantáneamente y estuvo de vuelta en pie en un momento.

—Justo así.

Le dio a su pelo una pequeña ondeada. Simon observó varias personas ruborizarse mientras él lo hacía. Marisol tuvo que cubrirse el rostro con las manos por un momento.

—Excelente —dijo Scarsbury—. Eso es lo que haréis. Jace ayudará.

Jace tomó esto como su señal para trepar el árbol nuevamente.

Lo hizo ver tan simple, tan elegante —solo mano sobre mano, sus pies firmemente

sujetados mientras subía. En lo más alto, tomó asiento casualmente en el rincón de la rama y balanceó las piernas.

—¿Quién va primero?

Por un momento no hubo movimiento.

—Será mejor acabar con ello —dijo George en voz baja, antes de levantar la mano y dar un paso adelante.

Aunque George no era tan ágil como Jace, logro subir al árbol. Usó un montón de manotazos intentando agarrarse, y su pie se resbaló muchas veces. Algunas de las frases que usó se perdieron en el viento, pero Simon estaba bastante seguro de que eran obscenas. Una vez que George alcanzó la rama, Jace se inclinó atrás peligrosamente para hacer espacio. George consideró la rama por un momento —la solitaria viga, sin soporte extendiéndose sobre el suelo.

—¡Vamos, Lovelace! —gritó Scarsbury.

Simon vio a Jace inclinarse y ofrecerse unas pocas palabras de consejo a George, quién aún estaba sujetando el tronco del árbol. Entonces,

con Jace asintiendo, George liberó el árbol y tomo unos cuidadosos pasos fuera hacia la rama. Él dudó de nuevo, balanceándose un poco en el viento. Después miró abajo, y con una expresión incómoda, bajó de la rama y cayó pesadamente al suelo. El golpe seco que hizo fue más fuerte que el de Jace, pero rodó y se las arregló para ponerse de vuelta en sus pies.

—No está mal —dijo Scarsbury mientras George cojeaba de vuelta a Simon. Se estaba frotando el brazo.

—No quieres hacer eso —le dijo a Simon mientras se acercaba.

Simon ya había se había convencido de ello. La confirmación no ayudó a sus ánimos. Simon observó a sus compañeros de clase subir el árbol uno por uno. Para algunos, eso llevó hasta diez minutos de gruñidos y agarres y ocasionalmente caídas a medio camino arriba. Esto obtuvo un fuerte “Os lo dije, no sobre la espalda” de Scarsbury. Jace se quedó en el árbol todo el tiempo, como algún tipo de pájaro libertino, sonriendo en algunos puntos

a los estudiantes de abajo. Algunas veces lucía elegantemente aburrido y caminaba arriba y abajo de la rama por diversión.

Cuando simplemente ya no había más forma de evadirlo, Simon se acercó para su turno. Jace le sonrió desde arriba.

—Es fácil —dijo Jace—. Probablemente lo hiciste todo el tiempo de niño. Solo hazlo.

—Soy de Brooklyn —respondió Simon—. No trepamos árboles.

Jace se encogió de hombros, insinuando que esas cosas no estaban para ayudar.

Lo primero que Simon aprendió sobre el árbol fue que mientras este parecía inclinarse a un lado, en realidad estaba recto. Y mientras la corteza era dura y cortaba en la carne de las manos, también era resbalosa, así que cada vez que intentaba asegurar la posición, la perdía. Intentó hacerlo de la forma que vio a Jace y George hacerlo — ellos parecían agarrar el árbol muy ligeramente. Simon lo intentó, pensando que sería inútil, y sujetó el árbol en un abrazo tan íntimo, que se preguntó si no estaban saliendo ahora.

Usando este extraño método de agarre y algunos empujes como ranas de las piernas, se las arregló para subir el tronco, arañando su cara durante el camino. Sobre los tres cuartos de camino arriba, sintió sus palmas resbalosas en sudor y comenzó a perder su agarre. La sensación de caer lo llenó con un repentino pánico y se sujetó más fuerte.

—Lo estás haciendo bien —dijo Jace en una voz que insinuaba que Simon no lo estaba haciendo bien, pero ese era el tipo de cosa que se suponía que Jace diría.

Simon logró llegar a la rama usando algunos movimientos desesperados que sabía que lucían realmente mal desde abajo. Hubo definitivamente un momento o dos en que su trasero debió estar expuesto. Pero lo logró. Levantarse era el segundo truco, el cual consiguió con más agarres febriles del tronco.

—Bien —dijo Jace, dándole una extravagante pequeña sonrisa—. Ahora solo camina hacia mí.

Jace caminó hacia atrás por la rama. *Hacia atrás.*

Ahora que Simon estaba en la rama no lucía como si estuviera a quince pies del suelo. Lucía como si estuviera en el cielo. Estaba curvada, desigual y resbalosa como nunca y no estaba hecha para caminar por encima de ella, especialmente no con las zapatillas que Simon había elegido usar esa mañana.

Pero había llegado hasta ahí y no iba a dejar que Jace solo hiciera su mágica caminata hacia atrás mientras él se aferraba al tronco. Había llegado hasta ahí arriba. Trepar abajo era una mala posibilidad, así que solo había realmente una única opción, y al menos era rápida.

Simon dio su primer paso. Su cuerpo inmediatamente comenzó a temblar.

—Levanta la mirada —dijo Jace rápidamente—. Mírame

—Necesito ver...

—Necesitas levantar la mirada para mantener el equilibrio. *Mírame.*

Jace había dejado de sonreír. Simon lo miró.

—Ahora da otro paso. No mires abajo. Tus pies encontrarán la rama. Brazos extendidos

por equilibrio. Ya no te preocupes por el abajo. Los ojos en mí.

De alguna forma, esto funcionó. Simon dio seis pasos hacia la rama y estaba sorprendido de encontrarse a sí mismo de pie ahí, brazos rígidos y extendidos como las alas de un avión, el viento soplando fuerte. Solo fuera en la rama de un árbol con Jace.

—Ahora date la vuelta para encarar la Academia. Sigue mirando hacia afuera. Úsala como un horizonte. Así es como te mantienes equilibrado —elige un punto fijo para concentrarte en él. Mantén el peso al frente, no quieres irte hacia atrás.

No. Simon realmente no quería hacer eso. Movi6 un pie para encontrar el otro, y entonces estuvo de pie encarando la pila de rocas que formaban la Academia, y a sus compañeros estudiantes abajo, todos mirando arriba. La mayoría no lucían impresionados, pero George le dio un pulgar en alto.

—Ahora —dijo Jace—, dóblate un poco en las rodillas. Y entonces quiero que solo bajes en un largo movimiento de paso. No saltes con

ambos pies. Solo camina. Y mientras bajas, junta las piernas y mantente a ti mismo relajado.

Esto no debía de ser lo más difícil que él alguna vez habría hecho. Simon sabía que había hecho más. Sabía que peleó contra demonios y volvió de la muerte. Saltar de un árbol no debería sentirse tan terrorífico.

Caminó en el aire. Sintió su cerebro reaccionar a esta nueva información —*No hay nada ahí, no lo hagas, no hay nada ahí*— pero el impulso arrastró su otra pierna fuera de la rama y entonces...

Lo bueno que podía decirse de la experiencia era que fue rápido. Puntos a la gravedad en eso. Unos pocos segundos de casi feliz miedo y confusión y entonces una sensación de martilleo en su pie encontró la tierra. Su esqueleto se sacudió, sus rodillas colapsaron en sumisión, su dolorido cráneo presentó una queja formal, y él cayó sobre su costado en lo que debió ser un giro si hubiera rodado y no, en efecto, solo mantenido en el suelo en una posición de camarón.

—¡Levántate, Lewis! —gritó Scarsbury.

Jace aterrizó a su lado, como una gran mariposa asesina, apenas provocando un sonido.

—La primera vez siempre es la más difícil —dijo, ofreciéndole una mano a Simon—. Las primeras pocas docenas realmente. No puedo recordarlo.

Dolía, pero él no aparentó estar lastimado. El aire había escapado de sus pulmones, y necesitaba un momento para tomar algunas respiraciones profundas. Él volvió pasmado hacia donde George estaba esperando, una mirada de simpatía lucía en su mirada. Los últimos dos estudiantes completaron la tarea, ambos luciendo tan miserables como Simon, y entonces fueron libres de ir por el almuerzo. La mayoría del grupo estaba cojeando mientras hacían su camino de vuelta a través del campo.

Ya que Catarina había enterrado la sopa en el bosque, las cocinas de la Academia fueron forzadas a intentar venir con algún otro tipo de alimentos. Como siempre, un intento fue

hecho de presentar comida de todo el mundo, para reflejar las muchas naciones de las que los estudiantes venían. Hoy, Simon fue informado, se presentaba comida Sueca. Había albóndigas, una tina de salsa de arándanos rojos, puré de patatas, salmón ahumado, bolas de pescado, ensalada de remolacha, y en el extremo final, un producto fuertemente oloroso que Simon fue informado era un especial arenque encurtido de la región Báltica.

Simon tuvo la sensación de que, preparado por personas que sabían lo que estaban haciendo, todo lo que se ofrecía habría lucido mucho más delicioso —excepto probablemente el arenque encurtido de la región Báltica. En términos de lo que un vegetariano podría comer, no había mucho. Consiguió algunas patatas y salsa de arándanos rojos y raspó lo que valía una porción de ensalada de remolacha fuera del prácticamente contenedor vacío. Algún gentil Cazador de Sombras de Alicante había claramente tenido lástima de los estudiantes y proveyó rollos de pan, los cuales fueron ansiosamente arrebatados. Para el momento

en que Simon cojeó hasta la canasta, estaba vacía. Se giró para dirigirse hacia una mesa y encontró a Jace en su camino. Tenía un rollo en la mano y ya le había dado un mordisco.

—¿Qué tal si te sientas conmigo?

La cafetería de la Academia lucía mucho menos que el comedor de una escuela y más como un terrible restaurante barato que obtuvo sus muebles de basureros. Había mesas grandes, y unas pequeñas, íntimas. Simon, aún muy adolorido para hacer bromas sobre citas en el almuerzo, siguió a Jace a una de las pequeñas y desvencijadas mesas en el lado de la habitación. Era consciente de todos mirándolos ir. Le dio a George un asentimiento, esperando convencerlo de que solo tenía que hacer esto —sin ofensa al no sentarse con él. George asintió de vuelta.

Jon, Julie y los otros en el curso de elite, quienes habían estado devastados de perderse Caídas de Árboles con Jace Herondale 101, todos miraban fijamente como listos para levantarse de golpe y salvar a Jace de la mala compañía en la que había caído, llevárselo en

una camilla hecha de rosas y chocolate, y dar a luz a sus hijos.

Una vez que se sentaron, Jace engulló su almuerzo y no dijo una palabra. Simon lo observó comer y esperó, pero Jace era todo sobre la comida. Había tomado grandes raciones de la mayoría de las cosas, incluyendo el arenque encurtido Báltico. Ahora que estaba incluso más cerca de él, Simon comenzaba a sospechar que este pescado no había sido encurtido del todo. Alguien en las famosas cocinas de la Academia de Cazadores de Sombras había intentado encurtir un pescado —algo que requería habilidad y precisa fidelidad a las instrucciones— y probablemente solo había inventado una nueva forma de botulismo. Jace lo paleó de vuelta. Luego otra vez, Jace era el tipo de chico Hombre Vs Salvaje quien probablemente estaría feliz de pescar una trucha de un riachuelo con sus manos desnudas y comérselo mientras aún éste estaba retorciéndose.

—¿Quieres hablarme sobre algo? —preguntó finalmente Simon.

Jace ensartó una albóndiga y miró a Simon meditativamente.

—He estado haciendo investigación —dijo—. En mi familia.

—¿Los Herondales? —suplió Simon, después de una corta pausa.

—Tal vez no lo recuerdes, pero tengo una especie de historia familiar complicada —dijo Jace—. De cualquier forma, descubrí que era un Herondale hace poco. Me llevó un rato ajustarme a la idea. Son algo como una familia legendaria.

Volvió a la comida por algunos minutos. Cuando sus platos y cuencos estuvieron vacíos, Jace se sentó erguido y observó a Simon por un momento. Simon consideró preguntar si Jace era una especie de gran problema, pero decidió que él no captaría la broma.

Jace continuó.

—Como sea, la cosa entera, comenzó a recordarme... bueno, a ti. Es como que hay

estas cosas importantes en mi historia pero no las conozco todas, y estoy tratando de unir una identidad que tiene todos estos hoyos en ella. Los Herondales —algunos de ellos fueron buenas personas, y algunos de ellos fueron monstruos.

—Nada de eso necesita afectarte —dijo Simon—. Las decisiones que tú haces son lo que importa, no tu linaje. Pero imagino que tienes un montón de gente en tu vida para decirte eso. Clary. Alec —miró a Jace de reojo—. Isabelle.

Las cejas de Jace se alzaron.

—¿Quieres hablar sobre Isabelle? ¿O Alec?

—Alec me odia y no sé por qué —dijo Simon—. Isabelle me odia y sé por qué, que es casi peor. Así que no, no quiero hablar sobre los Lightwoods.

—Es cierto que tienes un problema Lightwood —dijo Jace, y sus ojos dorados destellaron—. Comienza con Alec. Como astutamente observaste, los dos tenéis una historia. Pero yo no debería meterme en medio de eso.

—Por favor dime que está ocurriendo con Alec —dijo Simon—. Estás realmente volviéndome loco.

—No —dijo Jace—. Hay muchos sentimientos profundos involucrados. Hay mucho dolor. No sería correcto. No vine aquí para provocar problemas. Vine aquí para mostrarle a potenciales Cazadores de Sombras como lanzarse de las alturas sin romperse los cuellos.

Simon miró a Jace, Jace lo miró de vuelta con amplios e inocentes ojos dorados.

Simon decidió que la próxima vez que viera a Alec, tendría que preguntarle al mismo Alec sobre los secretos yaciendo entre ellos. Esto era algo en lo que obviamente Alec y él tenían que trabajar por sí mismos.

—Pero diré esto sobre tu problema Lightwood, —dijo Jace, muy casualmente—. Tanto Isabelle como Alec tienen dificultades para mostrar cuando sienten dolor. Pero puedo verlo en ambos, especialmente cuando están intentando ocultarlo. Ella está sufriendo.

—Y yo lo hice peor —dijo Simon, sacudiendo la cabeza—. Esto es mi culpa. Yo, con mi memoria desvanecida por una especie de rey demonio. Yo, sin idea de lo que sucedió en mi vida. Yo, el chico sin habilidades especiales quien probablemente será asesinado en la escuela. Soy un monstruo.

—No —dijo Jace uniformemente—. Nadie te culpa por no ser capaz de recordar. Tú te ofreciste a ti mismo como sacrificio. Fuiste valiente. Salvaste a Magnus. Y Salvaste a Isabelle. Me salvaste. Necesitas doblar más tus rodillas.

Jace ahora se estaba levantando.

—Cuando bajes primero. Dobla las rodillas de inmediato. Fuera de eso lo hiciste muy bien.

—¿Pero que hay sobre Isabelle? —Preguntó Simon—. ¿Qué hago?

—No tengo idea —dijo Jace.

—¿Así que solo viniste aquí para torturarme y hablar sobre ti? —demandó Simon.

—Oh, Simon, Simon, Simon —dijo Jace—. Tal vez no recuerdes, pero eso es algo de lo nuestro.

Con eso, se fue, claramente consciente de las miradas de admiración que seguían cada uno de sus pasos.

Después del almuerzo, tuvieron una lectura de historia. Normalmente los dos grupos de estudiantes eran divididos para las clases —pero en ciertas ocasiones, todos estaban reunidos en el salón principal. No había grandeza en el salón —solo algunas bancas torcidas, y no suficientes de ellas. Las sillas de la cafetería fueron arrastradas para complementar, pero todavía no había suficientes asientos. Algunos de los estudiantes (los élites) tenían sillas y bancos, y los escoria se sentaba en el suelo en el frente, como niños pequeños en secundaria. Sin embargo, después de ésta mañana, unas horas sentado en el desnudo y frío suelo de piedra era un lujo.

Catarina tomó su lugar en el atril tambaleante.

—Hoy tenemos a una oradora invitada especial —dijo ella—, ella nos está visitando para hablar acerca del rol que juegan los Cazadores de Sombras en escribir la historia. Como sois probablemente conscientes, a pesar de que no quiero hacer ninguna conjetura demasiado optimista, los Cazadores de Sombras han estado envueltos en varios momentos prominentes en la historia mundana. Porque los Cazadores de Sombras también deben vigilar a los mundanos de saber acerca de nuestro mundo, a veces también deben tomar control de la escritura de esa historia. Por esto, me refiero a que debéis encubrir cosas. Necesitáis proveer una explicación plausible para lo que sucedió, una que no incluya demonios.

—Como los Hombres de Negro —susurró Simón a George.

—Así que por favor, dad toda vuestra atención a nuestra estimada invitada —

prosiguió Catarina. Dio un paso a un lado y una alta mujer joven tomó su lugar.

—Soy Tessa Gray —dijo ella en una voz baja y clara—, y creo en la importancia de las historias.

La mujer en el frente de la habitación lucía como si fuera una estudiante de segundo año de la universidad. Estaba vestida elegantemente con una minifalda negra, suéter de cachemira y una bufanda de cachemir. Simón había visto antes a esta mujer una vez —en la boda de Jocelyn y Luke. Clary había dicho que ella había representado un rol muy importante en la vida de Clary cuando ella era una niña. También había informado a Simón que Tessa tenía cerca de ciento cincuenta años, a pesar de que ciertamente no los aparentaba.

—Para que entendáis esta historia, tenéis que entender quién y qué soy. Como Catarina, soy una hechicera, no obstante, mi madre no era humana sino una Cazadora de Sombras.

Un murmullo por toda la habitación, el cual Tessa disimuló.

—No soy capaz de llevar Runas, pero una vez viví junto a los Cazadores de Sombras. Fui esposa de un Cazador de Sombras, y mis hijos fueron Cazadores de Sombras. Fui testigo de mucho más de lo que cualquier otro Subterráneo ha visto jamás, y ahora, soy casi la única persona viva que recuerda la verdad detrás de las historias que los Mundanos han inventado para justificar las veces que su mundo rozó el nuestro. Yo soy varias cosas. Una es el registro viviente de la Historia de los Cazadores de Sombras. Aquí está una historia de la cual quizás hayáis oído, Jack el Destripador. ¿Qué podéis decirme acerca de ese nombre?

Simon estaba listo para ésta. Había leído Desde el infierno seis veces. Había estado esperando toda su vida para que alguien le hiciera una pregunta de Alan Moore. Su mano se disparó hacia arriba.

—Fue un asesino —soltó repentinamente—, mataba prostitutas en Londres a finales de 1800. Probablemente era el doctor de la Reina Victoria, y todo el asunto fue un

encubrimiento real para esconder el hecho de que el príncipe había tenido un hijo ilegítimo.

Tessa le sonrió.

—Tienes razón acerca de que Jack el Destripador es el nombre dado a un asesino, o al menos, a una serie de asesinatos. A lo que te refieres es la conspiración de la realeza, la cual ha sido desmentida. Creo que también es el argumento de una novela gráfica y película llamada Desde el infierno.

La vida amorosa de Simon era complicada, pero allí hubo una punzada, solo por un momento, para que esta mujer hablara de novelas gráficas con él. Oh, bueno. Tessa Gray, la nerd atractiva, probablemente ya estaba saliendo con alguien.

—Os daré los hechos simples —dijo Tessa—. Hace tiempo, no era llamada Tessa Gray sino Tessa Herondale. En ese tiempo, en 1888, en el Este de Londres, hubo una cadena de terribles asesinatos...

Londres, Octubre de 1888

—No es apropiado —dijo Tessa a su esposo, Will.

—Le gusta.

—A los niños les gusta toda clase de cosas, Will. Les gustan los dulces, el fuego y tratar de meter sus cabezas por la chimenea. Solo porque le guste la daga...

—Mira cuan firme la sostiene.

El pequeño James Herondale, de dos años, de hecho estaba sosteniendo la daga bastante bien. La clavó en un cojín del sofá, sacando un estallido de plumas.

—Patos —dijo James, apuntando hacia las plumas.

Tessa quitó rápidamente la daga de su diminuta mano y la reemplazó con una cuchara de madera. James se había vuelto muy apegado a esta cuchara de madera recientemente y la llevaba con él a todas

partes, frecuentemente rehusándose a irse a dormir sin ella.

—Cuchara —dijo James, tambaleándose por el salón.

—¿Dónde consiguió la daga? —preguntó Tessa.

—Es posible que le llevara a la habitación de armas —dijo Will.

—¿Lo es?

—Lo es, sí. Es posible.

—Y es posible que él, de alguna manera, consiguiera la daga de dónde está sujeta en la pared, fuera de su alcance —dijo Tessa.

—Vivimos en un mundo de posibilidades —dijo Will. Tessa fijó una mirada de ojos grises en su esposo.

—Él nunca estuvo fuera de mi vista —dijo Will rápidamente.

—Si pudieras conseguirlo —dijo Tessa, haciendo un gesto con la cabeza hacia la figura dormida de Lucie Herondale en su pequeña canasta junto al fuego—, ¿quizás no le darás

un sable hasta que ella sea, en realidad, capaz de ponerse de pie? ¿O eso es pedir demasiado?

—Parece una petición razonable —dijo Will, con una extravagante reverencia—, lo que sea por ti, mi perla sin precio. Incluso con la retención de armas a mi única hija.

Will se arrodilló, y James corrió hacia él para presumir su cuchara. Will admiró su cuchara como si fuera una primera edición, su larga y gentil mano llena de cicatrices contra la diminuta espalda de James.

—Cuchara —dijo James orgullosamente.

—Ya veo, Jamie *bach* —murmuró Will, a quien Tessa había atrapado cantando canciones de cuna galesas a los niños en sus noches más desveladas. A sus hijos, Will mostraba el mismo amor que siempre le había mostrado a ella, feroz y firme. Y la misma actitud protectora que solo había mostrado siempre a una persona: la persona por la que James había sido nombrado. El parabatai de Will, Jem.

—Tío Jem estaría muy impresionado —dijo ella a Jamie con una sonrisa. Era como ella y

Will llamaban a James Carstairs en presencia de sus hijos, a pesar de que entre ellos dos él solo era Jem, y en público era el Hermano Zachariah, un temido y respetado Hermano Silencioso.

—Jem —repitió James, bastante claro, y su sonrisa se amplió. Will y James ladearon las cabezas al unísono para mirarla, sus cabellos negros como la nube de tormenta rodeando sus caras. La de Jamie era pequeña y redonda grasa de bebé ocultando los huesos y ángulos de una cara que sería un día como la de Will, al igual que su cabello. Dos pares de ojos, unos azules oscuramente brillantes y unos de oro celestial, alzaron la vista hacia ella con confianza absoluta y más que un poco de travesura. Sus chicos.

Los largos, largos días de verano de Londres a los que Tessa todavía se estaba acostumbrando, incluso después de varios años, ahora estaban empezando a acortarse muy rápidamente. No más luz solar a las diez de la noche —ahora la noche se estaba juntando a las seis, y la niebla era pesada y

vagamente amarilla, y presionaba contra las ventanas. Bridget había recogido las cortinas, y las habitaciones eran atenuadas pero acogedoras.

Era una cosa extraña, ser una Cazadora de Sombras y una madre. Ella y Will habían estado viviendo vidas que constantemente implicaban peligro, y entonces, de repente dos muy pequeños hijos se les unieron. Sí, eran dos hijos muy pequeños quienes ocasionalmente sostenían dagas y empezarían un día a entrenar para volverse guerreros —si ellos lo deseaban. Pero ahora eran simplemente dos hijos muy pequeños. El pequeño James, tambaleándose por el instituto con su cuchara. La pequeña Lucie, durmiendo la siesta en su cuna o canasta o en uno de muchos pares de brazos dispuestos.

Estos días Will era, Tessa estaba feliz de notar, un poco más cuidadoso acerca de tomar riesgos. (Usualmente. Ella debería asegurarse realmente de que no hubiera más dagas para los niños.) Bridget podría normalmente mantener a los niños bajo control, pero a

Tessa y a Will les gustaba estar en casa tanto como podían. La pequeña Anna de Cecily y Gabriel era un año mayor que James, y ya se había abierto paso por el Instituto. A veces hacía intentos de salir a caminar por Londres por su cuenta, pero siempre era obstruida por la tía Jessamine, quien hacía guardia de pie junto a la puerta. Si Ana sabía o no, que la tía Jessamine era un fantasma no estaba claro. Ella era simplemente la amorosa fuerza etérea en la puerta quien la espantaba de vuelta a dentro y le decía que dejara de tomar los sombreros de su padre.

Era una buena vida. Había un sentimiento de seguridad acerca de eso que le recordaba a Tessa a un tiempo más pacífico, de vuelta cuando estaba en Nueva York, de vuelta a antes de que supiera toda la verdad acerca de ella y el mundo en el que vivía. A veces, cuando se sentaba con sus hijos junto al fuego, todo se sentía tan... normal. Como si allí no hubiera demonios, ni criaturas en la noche.

Ella se permitía estos momentos.

—¿Qué tendremos esta noche? —preguntó Will, metiendo la daga en un cajón—. Huele como a estofado de cordero.

Antes de que Tessa pudiera responder, oyó la puerta abrirse y Gabriel Lightwood entró apurado, el olor de la fría niebla siguiendo su estela. No se molestó en quitarse el abrigo. Por la manera en la que estaba caminando y la mirada en su cara, Tessa se dio cuenta de que este pequeño momento de tranquilidad doméstica había acabado.

—¿Sucede algo? —preguntó Will.

—Esto —dijo Gabriel. Levantando un periódico grande llamado the Star—, es terrible.

—Estoy de acuerdo —dijo Will—, esos periodicuchos de medio penique son terribles. Pero pareces estar más disgustado por ellos de lo apropiado.

—Quizás sean periodicuchos de medio penique, pero escuchad esto.

Dio un paso bajo una luz de gas, desplegó el periódico, y lo sacudió una vez para enderezarlo.

—El terror de Whitechapel —leyó.

—Oh —dijo Will—, eso.

Todos en Londres sabían acerca del terror en Whitechapel. Los asesinatos habían sido extraordinariamente horribles. Noticias de los asesinatos ahora llenaban cada periódico.

—...ha caminado de nuevo, y esta vez se ha anotado dos víctimas, una cortada con una hacha y desfigurada más allá de reconocimiento, la otra con la garganta cortada y desgarrada. De nuevo se ha escabullido impune; y de nuevo, la policía, con maravillosa franqueza, confiesa que no tiene una pista. Están esperando un séptimo y octavo asesinato, al igual que esperaron un quinto, para ayudarlos. Mientras tanto, Whitechapel está medio loco de miedo. Las personas tienen miedo incluso de hablar con un extraño. No obstante lo repetitivo muestra que el asesino tiene un objetivo, y que busca a una clase en la

comunidad, el espíritu del terror lo ha conseguido equitativamente en el extranjero, y nadie sabe qué pasos una comunidad prácticamente indefensa puede dar para protegerse o vengarse sobre cualquier desafortunado que podría ser tomado como el enemigo. Es el deber de los periodistas mantener sus cabezas frías, y no inflamarlas con la pasión de los hombres cuando lo que es querido es frío temperamento y clara mentalidad; y deberíamos probar y escribir con calma sobre esta nueva atrocidad.

—Muy alto —dijo Will—. Pero el East End es un lugar violento para los mundanos.

—No creo que este sea un mundano.

—¿No había una carta? ¿El asesino envió algo?

—Sí, una carta muy antigua. Tengo eso también.

Gabriel se acercó al escritorio en el rincón y lo abrió, revelando una pulcra pila de recortes de periódicos.

—Sí, aquí está. Querido Jefe, sigo escuchando que la policía me ha atrapado pero aun no me cogeréis. He reído cuando os veis tan listos y hablan sobre estar tras la pista adecuada. Esa broma sobre el Delantal de Cuero me dio un auténtico ataque. Voy tras putas y no voy a parar de cortarlas hasta que colapse. El último trabajo fue un gran trabajo. No le di a la mujer tiempo para chillar. ¿Cómo podéis capturarme ahora? Me encanta mi trabajo y quiero comenzar de nuevo. Pronto escuchareis de mí con mis divertidos jueguecitos. Guardé algo de la materia roja en sí, en una botella de cerveza de jengibre del último trabajo, con lo que escribir pero era abundante como el pegamento y no pude usarlo. Espero que la tinta roja sea suficiente. Ja. Ja. Para el próximo trabajo que haga debería adjuntar las orejas de la mujer y enviarlas a los oficiales de policía solo para disfrutar, ¿verdad? Guardad esta carta hasta que haga algunos trabajos más, después abandonad de inmediato. Mi cuchillo es tan bueno y afilado que quiero seguir trabajando si

tengo una oportunidad. Buena suerte. Sinceramente vuestro, Jack el Destripador.

—Ese es el nombre que se ha dado —dijo Tessa—. Y muy horrible.

—Y casi sin duda falso —dijo Gabriel—. Unas pocas sandeces aparecieron en el periódico para seguir vendiendo la historia. Y también bueno para nosotros, al darnos un rostro humano, o al menos lo que parece ser una mano humana, con ello. Pero vamos, os lo mostraré.

Los señaló sobre la mesa en medio de la habitación y sacó un mapa del interior de su abrigo. Lo expandió.

—Acabo de llegar del East End —dijo—. Algo sobre las historias me molestó, además de las obvias razones. Fui para echar un vistazo por mi cuenta. Y lo que ocurrió la última noche prueba mi teoría. Ha habido demasiados asesinatos recientemente, todos de mujeres, mujeres que...

—Prostitutas —dijo Tessa.

—Muchas —dijo Gabriel.

—Tessa tiene un vocabulario extenso —dijo Will—. Es una de las cosas más atractivas en ella. Qué pena por el tuyo, Gabriel.

—Will, escúchame. —Gabriel se permitió un largo suspiro.

—¡Cuchara! —dijo James, corriendo hacia su tío Gabriel y agarrándolo por el muslo. Gabriel revolvió el pelo del niño con afecto.

—Eres un buen niño —dijo—. Suelo preguntarme cómo es posible que seas de Will.

—Cuchara —dijo James, apoyándose contra la pierna de su tío afectuosamente.

—No, Jamie —urgió Will—. Tu honorable padre ha sido puesto en duda. ¡Ataca, ataca!

—Bridget —dijo Tessa—. ¿Podrías llevar a James a que tome su cena?

James fue escoltado fuera de la habitación, atrapado en las faldas de Bridget.

—El primer asesinato —dijo Gabriel—, fue aquí. Buck's Row. Eso ocurrió el treinta y uno

de Agosto. Muy violento, con un número de cortes extensos en el abdomen. El segundo fue en Hanbury Street el ocho de Septiembre. Su nombre era Annie Chapman, y fue encontrada en el patio detrás de una casa. Este asesinato tenía un grupo de incisiones muy similares, pero fue mucho peor. Los contenidos del abdomen fueron simplemente removidos. Algunos órganos fueron situados en sus hombros. Otros simplemente no estaban. Todo el trabajo fue hecho con precisión quirúrgica, y a un cirujano habilidoso le habría llevado algo de tiempo hacerlo. Esto se hizo en minutos, al exterior y sin mucha luz para trabajar. Este fue lo el trabajo que captó mi atención. Y ahora los últimos asesinatos, los cuales fueron hace solo unas noches, sin duda eran trabajos diabólicos. Ahora, observad de cerca. El primer asesinato de esa noche tomó lugar aquí.

Señaló un lugar en el mapa marcado en Dutfield's Yard.

—Esto está fuera de Berner Street, ¿veis? Esta fue Elizabeth Stride, y fue encontrada a la

una de la mañana. Heridas similares, pero al parecer incompleto. Solo cuarenta y cinco minutos después, el cuerpo de Catherine Eddowes es encontrado en Mitre Square.

Trazó con el dedo la ruta desde Berner Street a Mitre Square.

—Es una distancia de alrededor de una milla —dijo—. He caminado por ahí varias veces. Este segundo asesinato era de naturaleza mucho más terrible. El cuerpo estaba completamente desmembrado y los órganos fueron removidos. El trabajo era naturalmente muy delicado, muy habilidoso. Y fue echo en la oscuridad, en no más de unos minutos. El trabajo que habría llevado a un cirujano más tiempo y sin duda con algo de luz. Simplemente no es posible, y aun así, ocurrió.

Tessa y Will consideraron el mapa frente a ellos durante un momento mientras el fuego crujía suavemente detrás de ellos.

—Podría haber tenido un carruaje —dijo Will.

—Incluso con un carruaje, simplemente no habría habido tiempo para cometer esos actos. Y sin duda son cometidos por el mismo ser.

—¿No será el trabajo de los hombres lobo?

—Definitivamente no —dijo Gabriel—. Ni de vampiros. Los cuerpos no han sido drenados. Tampoco consumidos o rasgados. Han sido cortados, con órganos removidos y colocados, como por diseño. Esto —Gabriel golpeó el mapa con énfasis— es de naturaleza demoníaca. Y ha puesto a Londres en pánico.

—Pero, ¿por qué un demonio se enfocaría solo en esas pobres mujeres? —preguntó Will.

—Debe haber algo que necesitaban. El demonio parece que toma... órganos de fertilidad. Propongo que patrullemos el East End, comenzando a la vez. Esta área.

Gabriel dibujó un círculo entorno a Spitalfields con el dedo.

—Este es el centro de la actividad. Ahí es donde debe estar. ¿Estamos de acuerdo?

—¿Dónde está Cecily? —preguntó Will.

—Ya ha comenzado a trabajar. Ahora está ahí, hablando con alguna de las mujeres de la calle. Encuentran más fácil hablar con ella. Debemos comenzar de una vez.

Will asintió.

—Tengo una sugerencia más. Ya que la bestia parece atraída por una cierta clase de mujer, deberíamos usar glamures...

—O cambia-formas —dijo Tessa.

—...para atraer al demonio.

Los ojos de Will captaron el fuego azul.

—¿Estás sugiriendo que use a mi esposa y a mi hermana para atraer a la cosa?

—Es la mejor manera —dijo Gabriel—. Y tu hermana es mi esposa. Tanto Tessa como Cecily son más que capaces, y nosotros estaremos ahí también.

—Es un buen plan —dijo Tessa, impidiendo la siguiente discusión entre Will y Gabriel. (Siempre tendrían tiempo para otra).

Gabriel asintió.

—De nuevo, ¿estamos de acuerdo?

Tessa miró a los brillantes ojos azules de su marido.

—De acuerdo —dijo.

—De acuerdo —dijo Will—. Con una condición.

—¿Y qué condición es...? —Gabriel se interrumpió con un suspiro—. Ah —dijo—. El Hermano Zachariah.

—Este monstruo es violento —dijo Will—. Podríamos necesitar a un sanador. Alguien con el poder de un Hermano Silencioso. Esta es una situación especial.

—No puedo recordar una situación que no pensaras que fuera especial y requiriera su presencia —dijo Gabriel secamente—. Has sido conocido por llamar al Hermano Zachariah por un dedo roto del pie.

—Se estaba poniendo verde —dijo Will.

—Tiene razón —dijo Tessa—. El verde no le sienta bien. Lo hace ver bilioso. —Le sonrió a Gabriel—. No hay razón para que Jem no nos acompañe. Podríamos necesitarlo y no hace daño tenerlo ahí.

Gabriel abrió la boca y luego la cerró de nuevo con un chasquido. No había conocido muy bien a Jem Carstairs antes de que se convirtiera en un Hermano Silencioso, pero le había agradado. Aun así, al contrario de su esposa, Gabriel era una de las personas que (claramente) pensaba que era extraño que aunque Tessa hubiese estado comprometida con Jem una vez, ella y Will lo considerasen parte de su familia y trataran de incluirlo en todo lo que hacían.

Habían pocas personas en el mundo que entendían lo mucho que se habían querido Will y Jem, lo que se quisieron, y lo mucho que Will lo extrañaba. Pero Tessa lo hacía.

—Si podemos ser capaces de salvar a una de estas pobres mujeres, debemos intentarlo —dijo Tessa—. Si Jem puede ayudar, eso sería maravilloso. Si no, Cecily y yo haremos lo que podamos. Espero que ninguno piense que a alguna de nosotras le hace falta el coraje.

Will dejó de fulminar con la mirada a Gabriel, y se volvió hacia Tessa. La miró y su rostro se suavizó: los rastros del chico salvaje

y roto habían sido desvanecidos, reemplazados con la expresión que a menudo lucía el hombre que era ahora, que sabía lo que era amar y ser amado.

—Corazón mío —dijo. Le tomó la mano y la besó—. ¿Quién conoce tu coraje mejor que yo?

—Ese Octubre —dijo Tessa Gray—, no hubo asesinatos reportados del Destripador. El Instituto de Londres se aseguró de patrullar cada noche, hasta el amanecer. Se creía que esto mantenía al demonio a raya.

Se había puesto oscuro afuera, aunque solo eran alrededor de las tres de la tarde. El salón se había puesto considerablemente más frío mientras el sol se desvanecía, y todos los estudiantes estaban arrebujados en sus asientos, los brazos alrededor de sí mismos para mantener el calor, pero completamente alertas. Tessa había estado hablando por un tiempo, enseñando mapas de Londres, describiendo asesinatos verdaderamente

horribles. Era la clase de cosa que te mantenía despierto.

—Creo —dijo, frotándose las palmas—, que es tiempo para un corto receso. Lo reanudaremos en media hora.

Durante las conferencias largas, la Academia era lo suficientemente compasiva para permitir un receso para el baño cada pocas horas, junto a un poco de té oscuro, colocado en uno de los grandes salones en urnas humeantes y antiguas. Simon estaba con frío suficiente para tomar una taza. De nuevo, algún benevolente Cazador de Sombras había provisto una bandeja de pequeños pasteles. Simon fue capaz de darles una fugaz mirada antes de que fueran arrancados de la bandeja por los Cazadores de Sombras de élite, que fueron excusados primero. Algunos panecillos pequeños y tristes fueron dejados de lado. Se veían como si estuvieran hechos de arena empacada.

—Buena cosa la de hoy —dijo George, tomando un seco panecillo—. Bien, no buena, pero más interesante de lo usual. Me gusta la

nueva maestra también. No creerías que ella... ¿cuántos años tiene?

—Creo que ciento cincuenta o algo así. Tal vez más vieja —dijo Simon. Su mente estaba en otro lugar. Tessa Gray había mencionado dos nombres: Jem Carstairs y Hermano Zachariah. Al parecer eran la misma persona. Lo que era interesante, porque en algún lado en los cambiantes recuerdos de Simon, conocía esos nombres. Y recordó a Emma Carstairs, enfrentando a Jace —no podía recordar por qué, pero sabía que había pasado— y diciendo, los Carstairs le deben a los Herondale.

Simon le lanzó una mirada a Jace, que estaba sentado en un sillón, siendo atendido en todo por estudiantes.

—La señorita Gray se ve muy bien para tener ciento cincuenta — dijo George, mirando donde Tessa estaba examinando al té con sospecha. Mientras se alejaba de la mesa, le lanzó una rápida mirada a Jace. Había una tristeza nostálgica en su expresión.

En ese momento Jace se levantó de su asiento, desperdigando a los rezagados. Todos

los Cazadores de Sombras de élite se movieron para dejarle espacio, y hubo un callado coro de “Hola, Jace” y unos cuantos suspiros jadeantes mientras caminaba hacia Simon y George.

—Lo hiciste bien hoy —le dijo a George, quien se sonrojó y parecía sin palabras.

—Yo... oh. Bien. Sí. Gracias, Jace. Gracias.

—¿Todavía estás adolorido? —le preguntó Jace a Simon.

—Mayormente mi orgullo.

—Se supone que eso se va antes de una caída de todas formas. Simon hizo una mueca de dolor ante la broma.

—¿En serio?

—He querido decir eso por un tiempo.

—Eso no es posible. —La expresión de Jace mostraba que en realidad sí era posible. Simon suspiró—. Mira, Jace, si pudiera hablarte por un segundo...

—Cualquier cosa que quieras decirme puedes hacerlo frente a mi buen amigo George aquí.

Vas a lamentar eso, pensó Simon.

—Bien —dijo—. Ve a hablar con Tessa.

Jace parpadeó.

—¿Tessa Gray? ¿La bruja?

—Solía ser una Cazadora de Sombras —dijo Simon cuidadosamente—. Mira, nos estaba contando una historia, una parte de la historia, en realidad, y ¿te acuerdas de lo que Emma dijo? ¿Acerca de los Carstairs debiendo a los Herondale?

Jace colocó las manos en sus bolsillos.

—Claro. Lo recuerdo. Estoy sorprendido que tú lo recuerdes.

—Creo que deberías hablar con Tessa —dijo Simon—. Creo que podría contarte acerca de los Herondale. Cosas que no sepas ya.

—Mmm —dijo Jace—. Lo pensaré.

Se alejó. Simon lo miró, frustrado. Deseaba poder recordar lo suficiente acerca de cómo Jace y él interactuaban normalmente para

saber si esto significaba que él iba a ignorar o no su consejo.

—Te trata como a un amigo —dijo George—. O un igual. De verdad os conocíais. O sea, ya sabía eso, pero...

Como era de esperar, Jonathan Cartwright avanzó furtivamente hacia ellos.

—¿Hablando con Jace, eh? —dijo.

—¿Eres un detective? —replicó Simon—. Tus poderes de observación son asombrosos.

Jonathan actuó como si Simon no hubiera hablado.

—Sí... Jace y yo nos pondremos luego al día.

—¿De verdad vas a mantener la farsa de que conoces a Jace? —preguntó Simon—. Porque sabes que eso no va a funcionar ahora, ¿verdad? Eventualmente Jace solo vendrá y dirá que no te conoce.

Jonathan se veía abatido. Aunque antes de que pudiera decir algo, se dio la señal para que todos regresaran al salón, y Simon caminó lentamente con los otros. Tomaron asiento de nuevo, y se acomodaron para escuchar a Tessa.

—Habíamos decidido hacer patrullas nocturnas del área — empezó Tessa—. Nuestro deber como Cazadores de Sombras es proteger a los mundanos de la influencia de demonios. Caminamos, observamos, y advertimos a todos los que pudimos. Tanto como fuera posible, las mujeres trabajando en el East End trataron de cuidarse más y no caminar mucho solas. Pero para las mujeres en esa profesión, la seguridad se consideraba raramente. Siempre había asumido que sus vidas eran duras, pero no tenía ni idea...

Londres, 9 de noviembre, 1888

Tessa Herondale ciertamente sabía lo que era la pobreza, que existía. En el tiempo en que su tía había muerto y era una joven chica que quedó sin amigos e indefensa en Nueva York, había sentido el frío aliento de la pobreza

como un monstruo acosándola sobre su espalda. Pero en el mes en que Cecily y ella pasaron caminando por las calles del East End bajo el disfraz de prostitutas, supo lo que pudo haber sido si la pobreza la hubiera atrapado y destrozado con sus garras.

Cumplieron el papel, ropas viejas y raídas, fuerte rojo en las mejillas. Tenían que usar glamures para el resto, porque la verdadera marca de una prostituta era el deseo. Dientes faltantes. Piel amarillenta. Cuerpos enjutos por malnutrición e inclinados por la enfermedad. Mujeres que caminaban y caminaban toda la noche porque no había un lugar donde dormir, un lugar donde sentarse. Se vendían a sí mismas por peniques para comprar ginebra porque las mantenía calientes, alejaba el dolor por una hora, y adormecía la terrible y brutal realidad de sus vidas. Si estas mujeres podían obtener el dinero para un lugar en el que dormir en la noche, no significaba una cama. Podía significar un lugar en el suelo, o inclusive solo un pedazo de pared en el que sentarse, con una cuerda alrededor del cuarto para prevenir

que los durmientes se cayeran encima. Cuando amanecía, eran tiradas de nuevo a la calle.

Caminando entre ellas, Tessa se sentía sucia. Sentía los restos de la cena en su estómago. Sabía que su cama en el Instituto estaba tibia y tenía a alguien que la amaba y la protegería. Estas mujeres tenían moretones y cortes. Se peleaban por esquinas, pedazos de espejo y retazos de ropa.

Y había niños también. Se sentaban en las fétidas calles, sin importar su edad. Su piel estaba tan sucia como si nunca hubiera sido limpiada. Se preguntaba cuántos de ellos habían tenido una comida caliente en sus vidas, servida en un plato. ¿Habían conocido un hogar?

Por encima de todo, estaba el olor. Fue lo que en realidad se enterró en el alma de Tessa. El fuerte olor de la orina, el suelo nocturno, el vómito.

—Me estoy cansando de esto —dijo Cecily.

—Creo que todos aquí están cansados —replicó Tessa. Cecily suspiró tristemente.

—A un viaje en carruaje las calles están calladas y sin mancha.

Es un mundo diferente en el West End.

Un hombre borracho se les acercó e hizo una propuesta. Ya que tenían que interpretar el papel, Cecily y Tessa sonrieron y lo llevaron a un callejón, donde lo metieron en un barril de ostras vacío y lo dejaron.

—Un mes de esto y ni una señal —dijo Tessa mientras se alejaban de las piernas del hombre, volteadas y que se sacudían—. O lo estamos alejando, o...

—O esto simplemente no está funcionando.

—Magnus Bane sería útil momentos como este.

—Magnus Bane está disfrutando de Nueva York —replicó Cecily—. Eres una bruja.

—No tengo la experiencia de Magnus. De todas formas, ya casi amanece. Otra hora y podemos ir a casa.

Will y Gabriel se habían apostado en la taberna Ten Bells, que parecía ser el lugar central para las noticias del asesino. De hecho,

muchos locales decían que lo habían visto ahí con las víctimas antes de los asesinatos. Algunas veces Jem llegaría con noticias de la Ciudad Silenciosa. No era inusual que Cecily y Tessa regresaran exhaustas a la taberna al amanecer y encontrarán que Gabriel ya se había ido y a Will dormido, envuelto en la túnica de pergamino del Hermano Zachariah, con la cabeza sobre la mesa.

Jem estaría leyendo un libro, o en silencio mirando por la ventana. Podía ver, a su manera, a pesar de tener los ojos cerrados. Usaba glamures, por lo que su apariencia no conmocionaría a los moradores de la taberna. Tessa siempre podía sentir a Cecily tensarse cuando veía primero a Jem: runas negras marcaban sus mejillas, y había una sola raya blanca en su cabello oscuro.

A veces, después de que Cecily y Gabriel se fueran, Tessa se sentaba con su mano en la de Jem y Will durmiendo en su hombro, escuchando la lluvia en las ventanas. Nunca duró mucho tiempo, sin embargo, ya que no le gustaba dejar a los niños solos por mucho

tiempo, aunque Bridget era una excelente niñera.

Fue difícil para ambas familias. Los niños se despertaban para encontrar cuatro padres agotados quienes dibujaban interminables runas para desvelarse, y aun así apenas podían estar al tanto de Anna, corriendo en el chaleco de su tío, o James, agitando la cuchara y tratando de encontrar la daga que había visto y amado. Lucie despertaba a todas horas necesitando leche y abrazos.

Y aquí ella estaba, otro amanecer caminando por las calles de East End, y ¿para qué? Y se acercaba cada vez más tarde. Las noches eran tan largas. Al salir el sol sobre la Iglesia de Cristo en Spitalfields, Cecily miró a Tessa de nuevo.

—A casa —dijo.

—A casa —respondió Tessa con cansancio.

Habían pedido un carruaje esa mañana en Gun Street. Encontraron a Will y Gabriel allí. Se veían un poco desgastados, ya que a menudo tenían que beber ginebra toda la noche con el fin de mezclarse con los lugareños. Jem no

había estado allí esa noche, y Will parecía inquieto.

—¿Encontraste algo? —preguntó Tessa.

—Lo mismo de siempre —respondió Gabriel, arrastrando un poco las palabras—. Todas las víctimas fueron vistas con un hombre. Él varía en estatura y todo tipo de apariencia.

—Así como un Eidolon —comentó Will—. Es tan genérico que incluso podría ser un Du'sien, pero no creo que un Du'sien pueda estar tan cerca de una mujer para convencerla de que es un verdadero hombre humano real, no importa lo borracha que esté ella.

—Pero eso no nos dice nada —dijo Cecily—. Si es un Eidolon, podría ser cualquiera.

—Está siendo muy extraordinario, sin embargo —destacó Will—. Siempre viene como un hombre y siempre se lleva mujeres. Estamos yendo a ninguna parte con esto.

—O estamos yendo a todas partes —respondió Gabriel—. La cosa no ha vuelto.

—No podemos hacer esto para siempre.

Habían estado teniendo esta misma conversación cada noche durante la semana pasada. Ésta terminó como de costumbre, con las dos parejas inclinándose una contra otra en la parte trasera del transporte y durmiendo hasta que llegaron al Instituto. Saludaron a sus hijos, que estaban desayunando con Bridget, y escucharon con los ojos entrecerrados como Anna divagaba sobre sus muchos planes para el día y James golpeaba su cuchara.

Tessa y Will comenzaron a subir las escaleras hacia su dormitorio. Cecily esperó a Gabriel, que se quedó atrás en el salón principal.

—Estaré arriba pronto —informó, con los ojos inyectados en sangre—. Solo quiero leer los periódicos de la mañana.

Gabriel siempre hacía eso, siempre revisaba, cada mañana. Así que Tessa, Will, y Cecily volvieron a la cama. Una vez en su habitación, Tessa limpió su rostro en el lavabo con el agua caliente que Bridget había dejado. Su fuego estaba ardiendo, y la cama estaba

volteada, esperando por ellos. Cayeron en ella con gratitud.

Apenas habían dormido cuando Tessa escuchó un estruendo febril en la puerta y Gabriel ingresó por sí mismo.

—Ha sucedido otra vez —anunció, sin aliento—. Por el Ángel, esta es la peor hasta ahora.

El carruaje fue llamado, y en menos de una hora, estaban en su camino de vuelta al East End, esta vez vestidos con el equipo.

—Sucedió en un lugar llamado Corte de Miller, más allá de Dorset Street —informó Gabriel.

De todas las terribles calles en el este de Londres, Dorset Street era la peor. Era un camino corto, justo al lado de la Calle Comercial. Tessa había aprendido mucho de las idas y venidas de Dorset Street en las últimas semanas. Un par de propietarios de tugurios abusivos controlaban gran parte de la calle. Había tanto griterío, tanta pobreza y hedor saturado en un pequeño lugar que se sentía como que podía empujar el aire fuera de

los pulmones. Las casas estaban subdivididas en pequeñas habitaciones, cada pequeño espacio alquilado. Esta era una calle donde todos tenían una mirada vacía, donde la sensación predominante era de desesperación.

En el camino, Gabriel les dijo lo que había logrado averiguar de los periódicos de la mañana: la dirección (número trece), el nombre de la víctima (Mary Kelly). Había un desfile moviéndose a través de la ciudad por el Día del Alcalde. Noticias del crimen se habían extendido, sin embargo, y estaba haciendo su camino a lo largo de la ruta del desfile. Voceadores gritaban sobre el asesinato y vendían periódicos como locos. Cecily se asomó por la cortina de la carroza.

—Parece que están celebrando —dijo—. Están sonriendo y corriendo a comprar los periódicos. Dios mío, ¿cómo puede la gente celebrar tal cosa?

—Es interesante —dijo Will, con una sonrisa oscura—. El peligro es atractivo. Especialmente para aquellos que no tienen nada que perder.

—Va a ser una locura allí —aseguró Gabriel.

De hecho, las multitudes se habían reunido a lo largo del camino a Dorset Street. Los residentes estaban fuera viendo a la policía. La policía estaba tratando de mantener a la gente de vuelta a una pequeña y oscura puerta a mitad de la carretera.

—Ahí —señaló Gabriel—. Corte de Miller. No vamos a ser capaces de acercarnos a menos que puedas entrar, Tessa. Hay un detective ahí llamado Abberline de Scotland Yard. Si podemos traerlo aquí, o uno de los policías que trabajan dentro de la habitación...

—Traeré a uno de ellos —dijo Will, abriendo camino a través de la multitud.

Volvió a los pocos minutos con un hombre de edad media, con una apariencia bondadosa. Parecía estar muy ocupado, y su frente se arrugó con consternación. Lo que Will le había dicho, era suficiente para alejarlo del lugar del crimen.

—¿Dónde está? —preguntó, siguiendo a Will—. Está completamente seguro...

—Completamente seguro.

Era difícil impedir que la gente los siguiera, así que Cecily, Tessa, y Gabriel tuvieron que cerrar el paso mientras que Will llevaba al inspector por un callejón. Silbó unos momentos después. Estaba de pie en la puerta de una barata habitación alquilada.

—Aquí —dijo Will. El inspector estaba en la esquina, luciendo bastante dormido. Sus ropas habían desaparecido—. Va a estar bien, pero probablemente despertará pronto. Ponte estos.

Mientras Tessa cogió la ropa y se transformó en Abberline, Will le puso al corriente de algunos hechos más que había recibido de la gente en la calle. Mary Kelly fue probablemente vista por última vez a las dos y media de la mañana, pero una persona afirmó haberla visto a las ocho y media. No importa qué, lo que la había matado probablemente había desaparecido hace mucho tiempo.

Cuando Tessa estuvo lista, Will la ayudó a empujarse de regreso a través de la multitud, hacia Dorset Street, a la pequeña entrada que era la Corte de Miller. Tessa dio un paso a

través del pasillo oscuro en un pequeño patio, apenas lo suficientemente amplio para dar una vuelta. Había varias casas aquí, blanqueadas baratamente. Decenas de rostros miraban fijamente desde las ventanas rotas, sucias.

La habitación trece era apenas una habitación, parte de un espacio más amplio en el que se había construido una partición barata. Estaba prácticamente vacía, conteniendo solo unas pocas piezas de muebles rotos. Estaba muy, muy caliente, como si una fogata hubiese ardido toda la noche.

En todo su tiempo peleando con demonios, Tessa nunca había visto nada como esto.

Había sangre.

Era tal cantidad que Tessa se preguntó cómo un pequeño cuerpo podía contener tanta. Había vuelto negra una parte del suelo, y la cama, en la que la mujer yacía, estaba completamente manchada. No había ningún otro color. En cuanto a la propia mujer, ya no estaba. Su cuerpo fue destruido de manera que apenas podía ser comprendido. Esto había

llevado tiempo. Su rostro, no quedaba mucho de qué hablar. Muchas de sus partes fueron cortadas. Podían verse en muchos lugares, a su alrededor en la cama. Algunas estaban sobre una mesa.

Un hombre estaba inclinado sobre ella. Había un maletín de médico en el suelo, por lo que Tessa se estabilizó y luego habló.

—¿Y bien, doctor? El médico giró.

—Creo que vamos a tener que moverla pronto. Están tratando de entrar. Vamos a tener que moverla con cuidado.

—Resúmame la situación general. Necesito un informe conciso.

El médico se puso de pie y se limpió las manos manchadas de sangre en el pantalón.

—Bueno, tiene un corte muy profundo a lo largo de la garganta.

La cabeza está casi retirada. Puede ver que falta la nariz, la mayor parte de la piel. Hay tantas cuchilladas e incisiones en el abdomen que casi no sé por dónde empezar. La cavidad abdominal está vacía y sus manos se han

colocado en el interior de la abertura. Puede ver que ha dejado alguno de sus órganos en esta sala, pero otros están desaparecidos. Falta el corazón. Creo que la piel sobre la mesa es de los muslos...

Tessa no podía aguantar más información. Eso era suficiente.

—Ya veo —dijo—. Hay alguien con quien tengo que hablar.

—Haga los arreglos necesarios para que sea movida —pidió el médico—. No podemos mantenerla aquí. Ellos van a entrar. Quieren ver.

—Agente —llamó Tessa a un policía en la puerta—, traiga un carruaje.

Tessa se alejó rápidamente, hacia abajo a través de la multitud, respirando tan profundamente como pudo para sacar el olor de la sangre y las entrañas de su nariz. Sintió un mareo que no había experimentado desde sus embarazos. Will le echó un vistazo y la abrazó. Cecily se adelantó y puso sales aromáticas bajo la nariz. Habían aprendido que las sales aromáticas eran necesarias.

—Saca al detective —dijo Tessa, cuando se repuso—. Es necesario.

El inspector se recuperó y se vistió. Le aplicaron las sales aromáticas, y lentamente entró en razón. Una vez que lo tuvieron de pie y le aseguraron que simplemente se había desmayado, abandonaron el área rápidamente y se dirigieron hacia White's Row.

—Sea lo que sea —dijo Gabriel—, probablemente se fue hace mucho. Sucedió hace horas. Al estar el cuerpo en el interior, pasó desapercibido por algún tiempo.

Sacó su Sensor, pero no mostró actividad.

—Sugiero que regresemos al Instituto —comentó—. Hemos aprendido lo que pudimos aquí. Es hora de dedicarnos al problema de una manera diferente. Tenemos que mirar las pistas que deja atrás.

—Las personas —dijo Tessa.

—Las personas. —Se corrigió Gabriel.

Estaban más que despiertos ahora. Tessa se preguntó si alguna vez volvería a dormir de nuevo. Encontró la transición del este al oeste de Londres más repugnante esta vez: los edificios limpios, el espacio, los árboles, los parques, los hermosos transportes, y las ropas encantadoras y tiendas. Y a sólo un kilómetro y medio de distancia...

—Lo hecho, no puede ser deshecho —dijo Will, tomando su mano.

—Tú no la viste.

—Pero atraparemos lo que la atacó.

Tan pronto como giraron en Fleet Street, Tessa sintió que algo no estaba bien. No podía entender lo que era. La calle estaba completamente tranquila. Uno de los siervos de una propiedad vecina barría las hojas de la acera. Había un carro de carbón y un vagón de un verdulero que entregaba su mercancía. Se sentó erguida, con cada nervio tenso, y cuando el coche se detuvo, abrió la puerta rápidamente y saltó fuera. Al ver su reacción, los otros tres la siguieron de manera similar.

Lo primero que confirmó sus temores fue que Bridget no los saludó en la puerta.

—¿Bridget? —llamó Tessa.

Nada.

Miró sus ventanas: limpias, intactas, oscuras. Las cortinas habían sido recogidas. Will abrió la puerta.

Encontraron Bridget al pie de la escalera. Cecily corrió hacia ella.

—Inconsciente —aseguró—. Pero respira. ¡Los niños! ¿Quién está con los niños?

Juntos, corrieron por las escaleras. Todas las luces estaban apagadas, todas las puertas cerradas, cada cortina echada. Fueron en distintas direcciones, corriendo hacia el cuarto del bebé, a los dormitorios, a todas las habitaciones en los pisos superiores. Nada.

—Cazadores de sombras...

La voz no era ni masculina ni femenina, y parecía provenir de todas partes. Will y Tessa se encontraron en el pasillo, y Will mantenía en alto una luz.

—¿Qué eres tú? —gritó—. ¿Dónde están los niños?

—Cazadores de sombras...

—¿Dónde están los niños? No puedes estar interesado en ellos. Muéstrate.

—Cazadores de sombras...

Gabriel y Cecily aparecieron, con los cuchillos serafín preparadas. Will y Tessa buscaron las suyas. Bajaron los escalones, mirando en todas direcciones.

—Os sigo —siseó la voz, que ahora parecía provenir de encima de ellos—. Cazadores de sombras. Os sigo a casa. Jugad mi juego.

—¿Cuál es tu juego? —respondió Will—. Jugaré al juego que quieras si te muestras.

—El juego es esconderse. Me gusta esconderme. Me gusta llevarme... las piezas. Me escondo. Me llevo las piezas.

—Sé que tienes forma —dijo Will—. Te han visto. Muéstrate.

—¡Cuchara!

El llanto vino del comedor. Los cuatro corrieron hacia la voz. Cuando abrieron la puerta, encontraron a James de pie en el otro extremo de la habitación, con la cuchara en alto.

—¡James! —Lloró Tessa—. ¡Ven con mamá! ¡Ven ya, James!

James se rió y, en lugar de correr hacia Tessa, se giró en dirección a la gran chimenea, donde había un formidable fuego ardiendo. Corrió directamente hacia él.

—¡James!

Will y Tessa corrieron hacia él, pero a mitad de camino, el fuego humeó en multitud de colores: azul y verde y negro. El calor salía de él, haciéndoles retroceder.

Se apagó tan rápidamente como surgió. Trotaron hacia la chimenea, pero no había ni señal de James.

—¡No, no! —gritó Tessa—. ¡Jamie!

Arremetió contra el fuego, Will la atrapó y la empujó hacia atrás. Todo parecía haberse oscurecido y silenciado a oídos de Tessa. Lo

único en lo que podía pensar era en su bebé. Su risa suave, su pelo negro como el de su padre, su dulce disposición, la manera en la que colocaba sus brazos alrededor de su cuello, sus golpes contra sus mejillas.

De alguna manera, se había caído al suelo. Cayó fuertemente sobre las rodillas. James, pensó desesperadamente.

Una mano fría se cerró sobre su cintura. Había palabras en su cabeza, dulces y silenciosas, frías como el agua. Estoy aquí.

Sus ojos se abrieron. Jem estaba de rodillas sobre ella. La capa de su túnica estaba echada hacia atrás, su pelo negro y plateado desaliñado. No pasa nada. No era James. Era el mismo demonio, engañándote. James está en casa.

Tessa carraspeó.

—¡Dios mío! ¿Es eso cierto?

Unos brazos fuertes estaban de repente a su alrededor, abrazándola firmemente.

—Es verdad. Jem usa un hechizo rastreador sobre Lucie y James desde que nacieron. Están

vivos, simplemente necesitan que les encontremos. Tess... Tessa... —Sintió las lágrimas de Will sobre su hombro.

Jem aún le sostenía la mano. *Llamé a James, pensó, y vino él.*

Tessa se quedó dónde estaba. Era la primera vez en su vida, pensó, en la que sus piernas estaban tan débiles que no podía levantarse. Will tenía los brazos a su alrededor y su mano estaba con Jem. Eso era suficiente para hacer que respirara. *La Ciudad Silenciosa cree que el demonio es una especie de embaucador. Quiere decir que tienes que perseguirlo por el Instituto. Sus razones aún no están claras, pero parecen ser las de un niño.*

—Si es un niño... —empezó Tessa, casi para sí misma.

Los otros se giraron hacia ella.

—Si es un niño, piensa que está jugando a un juego. Juega con mujeres. Creo que quiere... una madre.

De repente fue como si un gran viento sacudiera la habitación.

—Jugaré —dijo una voz diferente.

—¡Jessamine! —exclamó Will—. Está dentro de la casa.

—Jugaré contigo —dijo la voz de Jessamine, ahora en alto. Parecía provenir de cada sala—. Tengo juguetes. Tengo una casa de muñecas. Juega conmigo.

Reinó un largo silencio. Entonces hubo llamaradas de gas, enviando columnas de humo azul casi hasta el techo. Rápidamente, fueron absorbidos por los chorros y la habitación quedó a oscuras. El fuego se desvaneció.

—Mi casa de muñecas es maravillosa —siguió la voz de Jessamine—. Es muy pequeña.

—¿Muy pequeña? —llegó la respuesta.

—Trae a los niños y jugaremos.

Hubo otro gran zumbido de viento en la sala.

—La habitación de Jessamine —anunció Will.

Fueron a la habitación con cuidado, la puerta estaba abierta. Ahí se hallaba su casa de muñecas, su orgullo y felicidad, y junto a ella, su figura transparente y fina. Un momento después, algo bajó por la chimenea, una especie de niebla que se astilló en piezas y flotó por la habitación como trozos de nube. Jessamine estaba ocupada moviendo las muñecas en una de las habitaciones y prestando atención a nadie.

—Necesitamos más para jugar —expresó.

—Es muy pequeña. Muchas piezas.

La niebla fue hacia la casa de muñecas, pero Jessamine de repente se ensanchó. Se convirtió en una telaraña, envolviéndose alrededor de la casa de muñeca.

—Necesitamos más para jugar —siseó Jessamine—. A los niños.

—Están en las paredes.

—¿En las paredes? —dijo Gabriel—. ¿Cómo pueden...?

—Las chimeneas —dijo Cecily—. Utiliza las chimeneas.

Corrieron de habitación en habitación. Encontraron a cada niño, dormidos, acurrucados en una chimenea. Anna estaba en una de las habitaciones vacías de los Cazadores de sombras. James estaba en la cocina. Lucie estaba en la habitación de Cecily y Gabriel. Una vez que estuvieron seguros, junto con Bridget, los dos pares de padres regresaron a la habitación de Jessamine, donde la figura brillante de Jessamine estaba jugando con una niña pequeña. Jessamine parecía estar interesada en el juego hasta que vio a los demás, quienes le asintieron.

—Ahora jugaremos a un juego nuevo —dijo Jessamine.

La niña pequeña se giró hacia Jessie, y Tessa pudo verle la cara. Era pálida y lisa, la cara de una niña, pero sus ojos eran enteramente negros, sin nada blanco en ellos. Parecían como manchas de cenizas.

—No. A este juego.

—Tienes que cerrar los ojos. Es un juego muy bueno. Vamos a escondernos.

—¿Escondernos?

—Sí. Vamos a jugar al escondite. Tienes que cerrar los ojos.

—Me gusta esconderme.

—Pero primero tienes que buscar. Cierra los ojos.

El demonio infantil, una niña pequeña, de apenas cinco años en apariencia, cerró los ojos. Cuando lo hizo, Will blandió la hoja de serafín sobre ella y la habitación quedó salpicada de icor.

—Y se fue —dijo Tessa—. El problema, por supuesto, fue que al resto de Londres no se le pudo contar que había terminado. Jack el Destripador había sido conjurado en el aire, y ahora no había Jack el Destripador que poner en el puerto. No hubo captura, ni juicio, ni ahorcamiento público. Los asesinatos simplemente se detuvieron. Consideramos el manipular algo, pero había mucho escrutinio en ese momento que podría complicar las cosas. Pero como resultó, no necesitamos

hacer nada. El público y los periódicos llevaron la historia. Se publicaron nuevas cosas cada día, aunque sabíamos que no había nada que reportar. Resultó que la gente estaba dispuesta a inventar teorías propias, y han seguido haciéndolo desde 1888. Todo el mundo quiere atrapar al asesino inatrapable. Todo el mundo quiere ser el héroe de la historia. Y esto ha sido así en muchos casos desde entonces. Ante la ausencia de hechos, los medios a veces inventarán historias propias. Puede ahorrarnos muchísimo trabajo. En muchos sentidos, los medios modernos son una de nuestras mayores ventajas en lo que se refiere a cubrir la verdad. No menosprecies a los mundanos. Hilan sus propias historias, para darle sentido a su mundo. Algunos de vosotros, mundanos, nos ayudareis a tener mejor sentido de nosotros. Gracias por vuestra atención esta tarde —finalizó Tessa—. Os deseo toda la suerte del mundo mientras continuáis con vuestro entrenamiento. Lo que hacéis es valiente e importante.

—Un aplauso para nuestra estimada invitada —dijo Catarina.

Se dio el aplauso, y Tessa bajó y se acercó a un hombre, que la besó ligeramente en la mejilla. Era delgado, y muy elegante, vestido de negro y blanco. Su pelo negro tenía una sola mecha blanca en él, completando el físico dicromático.

Los recuerdos asaltaron a Simon, algunos fáciles de acceder, otros escondidos tras la telaraña frustrante del olvido. Jem también había estado en la boda de Luke y Jocelyn. La manera en la que le sonrió a Tessa, y ella se la devolvió, dejaba claro cómo era su relación: estaban enamorados, del tipo más real y verdadero.

Simon pensó en la historia de Tessa, la de Jem que había sido un Hermano Silencioso, y había formado parte de su vida hace mucho tiempo. Los Hermanos Silenciosos vivían mucho tiempo, y la memoria vaga de Simon recordaba algo sobre uno que había regresado a la vida mortal por el fuego celestial. Lo que significaba que Jem había vivido en la Ciudad Silenciosa más de cien años, hasta que terminó

su servicio. Había regresado a la vida para vivir con su amor inmortal.

Aunque era una relación complicada. Hacía que un poco de pérdida de memoria y un antiguo vampiro parecieran casi algo normal.

La cena esa noche fue un nuevo terror culinario: comida mexicana. Había pollo asado, aún con las plumas, y tortillas cuadradas.

Jace no apareció. Simon no tuvo que buscarle, ya que toda la cafetería estaba en alerta. Si hubiera habido una señal de su cabeza rubia, Simon habría escuchado respiraciones. A la cena le siguieron dos horas de estudio obligatorio en la biblioteca. Después de todo eso, Simon y George regresaron a su habitación, para encontrarse a Jace de pie al lado de la puerta.

—Buenas noches —dijo.

—En serio —dijo Simon—. ¿Cuánto tiempo llevas esperando aquí?

—Quería hablar contigo. —Jace tenías las manos metidas en los bolsillos y estaba apoyado sobre la pared, pareciendo como un anuncio de una revista de moda—. A solas.

—La gente dirá que estamos enamorados —dijo Simon.

—Podéis ir a nuestra habitación —dijo George—. Si queréis hablar. Si es privado, puedo ponerme tapones para los oídos.

—No voy a entrar ahí —dijo Jace, mirando hacia la puerta—. Esa habitación es tan húmeda que probablemente podrían incubarse ranas en las paredes.

—Ah, eso se me quedará ahora en la cabeza —dijo George—. Odio las ranas.

—¿Y qué quieres? —dijo Simon. Jace sonrió ligeramente.

—George, entra en la habitación —dijo Simon, disculpándose un poco—. Entraré ahora mismo.

George entró en su habitación y cerró la puerta tras él. Simon ahora estaba a solas con

Jace en un gran pasillo, una situación que sintió que ya había tenido antes.

—Gracias —dijo Jace, directamente—. Tenías razón sobre Tessa.

—¿Está emparentada contigo?

—Fui a hablar con ella. —Jace parecía tímidamente complacido, como si una pequeña luz en su interior se hubiera encendido. Era la clase de expresión que, sospechó Simon, habría matado a chicas adolescentes tras él—. Es mi tátara-tátara-tátara-algo-abuela. Estuvo casada con Will Herondale. Había oído hablar antes de él. Formó parte de la detención de una invasión masiva de demonios a Bretaña. Ella y Will fueron los primeros Herondale en dirigir el Instituto de Londres. Es decir, no es algo que no supiera, históricamente, pero es... Bueno, por lo que sé, no hay nada vivo que comparta sangre conmigo. Pero Tessa sí.

Simon se recargó contra la pared del pasillo.

—¿Le dijiste a Clary?

—Sí, estuve al teléfono con ella por un par de horas. Dijo que Tessa insinuó algunas de estas cosas durante la boda de Luke y Jocelyn, pero no llegó directo a decirlo. No quería que me sintiera agobiado.

—¿Lo estás? —dijo Simon—. Sentirte agobiado, digo.

—No —dijo Jace—. Siento como que hay alguien más que entiende lo que significa ser un Herondale. Las dos partes, la buena y la mala. Me preocupé por mi padre, que tal vez ser un Herondale significa que soy débil. Y entonces aprendí más y pensé que tal vez esperaban que fuera alguna clase de héroe.

—Sí —dijo Simon—. Sé lo que es eso.

Compartieron un extraño pequeño momento, de agradable silencio; el chico que había olvidado todo acerca de su historia, y el chico que nunca la había conocido.

Simon rompió el silencio.

—¿Vas a verla de nuevo? ¿A Tessa?

—Dijo que nos va a llevar a Clary y a mí a visitar la casa Herondale en Idris.

—¿Conociste a Jem, también?

—Nos habíamos conocido antes —dijo Jace—. En la Basiliad, en Idris. No recuerdas, pero yo...

—Provocaste que dejara de ser un Hermano Silencioso —dijo Simon—. Sí recuerdo eso.

—Hablamos en Idris —dijo Jace—. Mucho de lo que dijo tiene más sentido para mí ahora.

—Por lo tanto estás feliz —dijo Simon.

—Estoy feliz —dijo Jace—. Quiero decir, he sido feliz, realmente, desde que la Guerra Oscura terminó. Tengo a Clary, y tengo a mi familia. El único punto oscuro has sido tú. Que no recuerdes a Clary, o a Izzy. O a mí.

—Siento mucho estropear tu vida con mi amnesia inoportuna —murmuró Simon.

—No quise decirlo de esa manera —dijo Jace—. Me refería a que deseo que me recuerdes porque... —suspiró—. Olvídalo.

—Mira, Herondale, me debes una ahora. Espera aquí fuera.

—¿Por cuánto tiempo? —Jace parecía agraviado.

—Todo el tiempo que esto tome. —Simon se metió en su cuarto y cerró la puerta. George, que había estado acostado en la cama estudiando, se vio sombrío cuando Simon le informó que Jace estaba al acecho en el pasillo.

—Está poniéndome nervioso ahora —dijo George—. Quién querría a Jace Herondale siguiéndolos, siendo todo misterioso y taciturno y rubio... Oh, correcto. Probablemente un montón de gente. A pesar de todo, desearía que no lo hiciera.

Simon no se preocupó de cerrar con llave la puerta del cuarto, en parte porque no había cerraduras en la Academia de Cazadores de Sombras, y en parte porque si Jace decidía entrar y permanecer sobre la cama de Simon toda la noche, él iba a hacerlo, cerrado o no.

—¿Él debe querer algo? —dijo George, quitándose su camiseta de rugby y lanzándola a la esquina del cuarto—. ¿Es este un interrogatorio? ¿Vamos a tener una pelea con Jace en medio de la noche? Sí, no por insultar

nuestra impresionante destreza en la lucha contra demonios, pero pienso que es una pelea que no podemos ganar.

—No lo creo —dijo Simon, lanzándose en su cama, que cayó mucho más lejos de lo que debería. Eso era definitivamente que se quebraría al cabo de dos primaveras.

Se prepararon para la cama. Como siempre, en la oscuridad, hablaron del moho y las muchas posibilidades zoológicas arrastrándose a su alrededor en la oscuridad. Escuchó a George voltearse hacia la pared, señal de que estaba a punto de dormir y la charla nocturna había terminado.

Simon estaba despierto, las manos detrás de su cabeza, su cuerpo todavía dolorosamente inflamado por la caída del árbol.

—¿Te importa si enciendo una luz? —preguntó.

—No, adelante. Apenas puedo ver de cualquier manera.

Todavía decían “encender una luz” como si estuvieran apretando un interruptor. Tenían velas en la Academia, velas nudosas y pequeñas que parecían haber sido especialmente hechas para producir tan poca luz como sea posible. Simon buscó a tientas alrededor del pequeño estante junto a su cama, encontró sus cerillas y encendió su vela, la cual empujó hacia el interior de la cama consigo, balanceándola sobre su regazo de una manera que era probablemente insegura. Una cosa buena acerca del suelo de extrema humedad era que era poco probable que se incendiara. Podría quemarse, si la vela se derrumbaba sobre su regazo, pero era la única manera en la que podía ser capaz de ver para escribir. Se estiró de nuevo por algo de papel y una pluma. No mensajes de texto aquí. Sin mecanografiar. Era requerida pluma de verdad sobre papel. Hizo un escritorio improvisado con un libro y empezó a escribir:

Querida Isabelle...

¿Debería empezar con “querida”? Era la manera que empezaban las cartas, pero ahora que lo veía, se miraba extraño y pasado de moda y tal vez demasiado íntimo.

Agarró un nuevo pedazo de papel.

Isabelle...

Bien, eso parecía intenso. Como si estuviera enfadado, solo diciendo su nombre, parecía eso.

Otro papel.

Izzy,

No. Definitivamente no. Ellos no estaban con nombres cariñosos aún. ¿Cómo diablos empezabas una carta como esta? Simon consideró un casual “*Hey...*” o tal vez solo olvidando el saludo y llegando directo al mensaje. Los mensajes de texto eran mucho más fáciles que eso.

Agarró de nuevo el papel que empezaba con “*Isabelle*”. Fue la elección intermedia. Tendría que ir con esa.

Isabelle,

Me caí de un árbol hoy.

Estoy pensando en ti mientras estoy en mi cama mohosa.

Vi a Jace hoy. Pudo desarrollar una intoxicación alimenticia. Solo quería que lo supieras.

Soy Batman.

Estoy tratando de averiguar cómo escribir esta carta.

Está bien. Eso fue un posible comienzo, y verdadero.

Déjame decirte algo que ya sabes: eres asombrosa. Lo sabes. Lo sé. Cualquiera puede ver eso. Aquí está el problema: No sé lo que soy. Tengo que averiguar quién soy, antes de poder

aceptar que soy alguien que merece a alguien como tú. No es algo que puedo aceptar solo porque lo escuché. Necesito conocer a ese tipo. Y sé que soy ese chico que amas, solo tengo que encontrarlo.

Estoy tratando de averiguar cómo sucedió eso. Supongo que sucedió aquí, en esta academia, donde ellos trataban de matarte cada día. Pienso que esto lleva tiempo. Sé que las cosas que llevan tiempo son molestas. Sé que es difícil. Pero tengo que llegar ahí de la manera difícil.

Esta carta es probablemente estúpida. No sé si todavía estás leyéndola. No sé si vas a rasgar esto o cortarla a la mitad con tu látigo o qué.

Todo esto salió en una corriente sólida. Golpeó la pluma contra su frente por un minuto.

Voy a dársela a Jace para que te la dé. Ha estado arrastrándose a mí alrededor todo el día como una especie de sombra de Jace. Está aquí también para estar seguro de que no voy a

morir, o para estar seguro de que muero, o tal vez por ti. Tal vez tú lo enviaste.

No lo sé. Él es Jace. ¿Quién sabe lo que está haciendo? Voy a ir a darle esto. Puede leerla antes de entregártela. Jace, si estás leyendo esto, estoy muy seguro que vas a tener una intoxicación por comida. No uses los baños.

No era romántico, pero decidió dejarlo. Esto podría hacer reír a Isabelle.

Si estás leyendo esto, Jace, detente ahora.

Izzy, no sé porque esperarías por mí, pero si lo haces, prometo hacerme digno de esa espera. O voy a intentarlo. Puedo prometer que voy a intentarlo.

—Simon.

Simon abrió la puerta y no fue sorpresa encontrar a Jace de pie afuera.

—Toma —dijo Simon, entregándole la carta.

—Te tomaste el tiempo suficiente —dijo Jace.

—Ahora estamos a mano —dijo Simon—. Vete de fiesta a la casa Herondale con tu extraña familia.

—Eso planeo —dijo Jace, y sonrió de repente, una sonrisa extrañamente afectuosa. Tenía un diente astillado. La sonrisa le hacía verse como si fuera de la edad de Simon, y tal vez eran amigos después de todo—. Buenas noches, Meneos.

—¿Meneos?

—Sí, Meneos. ¿Tu apodo? Es como siempre nos hiciste que te llamáramos. Casi olvido que tu nombre es Simon, estoy tan acostumbrado a llamarte Meneos.

—¿Meneos? ¿Qué significa eso... siquiera?

—Nunca podrás explicarlo —dijo Jace con un encogimiento de hombros—. Es el gran misterio acerca de ti. Como dije, buenas noches, Meneos. Voy a cuidar de esto.

Levantó la carta y la usó para hacer un saludo.

Simon cerró la puerta. Sabía que la mayoría de la gente en el pasillo probablemente había hecho todo lo que podían para asegurarse de escuchar ese intercambio. Sabía que en la mañana sería llamado Meneos y no había nada que él pudiera ser capaz de hacer al respecto.

Pero era el pequeño precio que tenía que pagar para obtener una carta para Isabelle.



Nada Más que Sombras

Cassandra Clare
Sarah Rees Brennan

Academia de Cazadores de Sombras, 2008

El sol de la tarde estaba derramándose cálido a través de las ventanas con forma de flecha de su aula, pintando de amarillo las grises paredes de piedra. La élite y la escoria por igual estaban adormiladas por una larga mañana de entrenamiento con Scarsbury, y Catarina Loss les estaba impartiendo una lección de historia. La historia aplicaba tanto para la élite como para la escoria, para que todos pudieran aprender de la gloria de los Cazadores de Sombras y aspiraran ser parte de esa gloria. En esta clase, pensó Simon, ninguno de ellos parecía tan diferente del otro, no era que todos estaban unidos aspirando a la gloria, si no que todos por igual estaban velados por el aburrimiento.

Hasta que Marisol contestó una pregunta correctamente, y Jon Cartwright pateó el respaldo de su silla.

—Asombroso —siseó Simon detrás de su libro—. Ese es un comportamiento genial. Felicitaciones, Jon. Cada vez que un mundano responde mal una pregunta, dices que es porque no pueden elevarse al nivel de los Cazadores de Sombras. Y cada vez que uno de nosotros responde bien una pregunta, los castigas. Tengo que admirar tu consistencia.

George Lovelace se inclinó en su silla y sonrió, dándole a Simon su siguiente línea.

—No veo cómo es eso consistente, Sí.

—Bueno, es un idiota consistente —explicó Simon.

—Puedo pensar en algunas otras palabras para él —remarcó George—, pero algunas de ellas no pueden ser empleadas cerca de las damas, y algunas de ellas están en galés y no pueden ser entendidas por ustedes, locos extranjeros.

Jon se veía molesto. Posiblemente estuviera molesto porque sus sillas estaban demasiado lejos para ser pateadas.

—Solo creo que ella no debería hablar si no es su turno —dijo.

—Es verdad que si ustedes, mundanos, nos escucharan a nosotros, Cazadores de Sombras —dijo Julie—, podrían aprender algo.

—Si ustedes, Cazadores de Sombras, alguna vez escucharan —dijo Sunil, un chico mundano que vivía bajando el (limoso) pasillo de George y Simon—, podrían aprender unas cuantas cosas también.

Las voces estaban en aumento. Catarina estaba empezando a verse bastante molesta. Simon les hizo un gesto a Marisol y a Jon para que se callaran, pero ambos lo ignoraron. Simon se sintió de igual manera como cuando él y Clary habían prendido un fuego en su cocina para tratar de tostar uvas y convertirlas en pasas cuando tenían seis: asombrado y horrorizado de que las cosas se hubieran puesto feas tan rápido.

Luego se dio cuenta que eso era un recuerdo nuevo. Sonrió con el pensamiento de Clary con uvas explotadas en su cabello rojo, y dejó que la situación en la clase se intensificara.

—Te enseñaré algunas lecciones en los campos de entrenamiento —espetó Jon—. Podría retarte a un duelo. Cuida tu boca.

—Eso no es una mala idea —remarcó Marisol.

—Oh, escuchen ahora —dijo Beatriz—. Los duelos con chicos de catorce años son una mala idea.

Todos vieron con desprecio a Beatriz, la voz de la razón.

Marisol resopló.

—No un duelo. Un reto. Si la élite nos gana en un rato, entonces pueden hablar primero en clase por una semana. Si los vencemos, entonces se muerden la lengua.

—Lo haré, y te lamentarás de haberlo sugerido alguna vez, mundana. ¿Cuál es el reto? —preguntó Jon—. ¿Vara, espada, arco,

ejercicios con dagas, una carrera de caballos, un encuentro de boxeo? ¡Estoy listo!

Marisol sonrió dulcemente.

—Béisbol.

Hubo perplejidad en masa y miradas de pánico entre los Cazadores de Sombras.

—No estoy listo —susurró George—. No soy estadounidense y no juego béisbol. ¿Es como el cricket, sí? ¿O más como el tiro?

—¿Tienen un deporte llamado tiro en Escocia? —susurró de vuelta Simon—. ¿Qué tiran? ¿Papas? ¿Niños pequeños? Raro.

—Lo explicaré más tarde —dijo George.

—Explicaré el béisbol —dijo Marisol con un brillo en sus ojos.

Simon tenía la sensación de que Marisol iba a ser una pequeña, aterradora experta en béisbol, de la misma manera que lo era en esgrima. También tenía la sensación que la élite estaba preparada para una sorpresa.

—Y yo explicaré cómo una plaga demoníaca casi aniquiló a los Cazadores de Sombras —

dijo Catarina en voz alta desde el frente de la clase—. ¡O lo haría, si mis estudiantes dejaran de pelearse y escucharan por un minuto!

Todos se callaron, y escucharon dócilmente acerca de la plaga. Solo fue cuando terminó la lección que todos empezaron a hablar de nuevo del juego de béisbol. Simon al menos había jugado antes, entonces estaba apurándose para guardar sus libros e ir fuera cuando Catarina dijo:

—Vampiro diurno. Espera.

—De verdad, “Simon” estaría bien —le dijo Simon.

—Los chicos de la élite están tratando de replicar la escuela de la que les contaron sus padres —dijo Catarina—. Los estudiantes mundanos están destinados a ser vistos y no escuchados, aceptar el privilegio de estar entre Cazadores de Sombras y prepararse para su Ascensión o la muerte con un espíritu de humildad. Excepto que has estado estimulando los problemas entre ellos.

Simon parpadeó.

—¿Me estás diciendo que no sea tan duro con los Cazadores de Sombras, solo porque es la manera en la que fueron criados?

—Sé tan duro con los pequeños idiotas engreídos como quieras —dijo Catarina—. Es bueno para ellos. Solo estoy diciéndote para que te des cuenta del efecto que estás teniendo, y el efecto que podrías tener. Estás en una posición casi única, Vampiro Diurno. Solo sé de otro estudiante que abandonó la élite por la escoria, sin contar a Lovelace, quien pudo haber estado en la escoria desde un principio si los Nefilim no hicieran suposiciones presuntuosas. Pero luego, las suposiciones presuntuosas son su cosa favorita.

Eso tuvo el efecto que Catarina sabía que iba a tener. Simon dejó de intentar meter su copia del Código de los Cazadores de Sombras en su bolso y se sentó. Le tomaría un tiempo al resto de la clase para prepararse antes de llevar a cabo el juego de béisbol. Simon podía tener algo de tiempo.

—¿Era un mundano también?

—No, era un Cazador de Sombras —dijo Catarina—. Fue a la Academia hace más de un siglo. Su nombre era James Herondale.

—¿Un Herondale? ¿Otro Herondale? —preguntó Simon—. Herondales sin cesar. ¿Alguna vez tienes la sensación que estás siendo perseguida por Herondales?

—En realidad no —dijo Catarina—. No es que me importe. Magnus dice que tienden a ser mucho más guapos. Por supuesto, Magnus también dice que tienden a ser locos. James Herondale era un poco un caso especial.

— Déjame adivinar —dijo Simon—. Era rubio, engreído, y adorado por el pueblo.

Las cejas marfil de Catarina se levantaron.

—No, recuerdo a Ragnor mencionar que tenía el cabello oscuro y gafas. Había otro chico en la escuela, Matthew Fairchild, que respondía a esa descripción. Ellos no se llevan especialmente bien.

—¿En serio? —dijo Simon, y reconsideró—. Bueno, entonces, Equipo James Herondale. Apuesto a que ese tipo Matthew era un imbécil.

—Oh, no lo sé —dijo Catarina—. Siempre pensé que era un encanto. La mayoría de las personas lo hicieron. A todo el mundo le agradaba Matthew.

Este tipo Matthew debió haber sido un encanto, pensó Simon. Catarina raramente hablaba sobre cualquier Cazador de Sombras con algo parecido a aprobación, pero aquí estaba sonriendo con cariño por un chico de hace cien años.

—¿Todo el mundo excepto James Herondale? —preguntó Simon—. El Cazador de Sombras que echaron del curso Cazador de Sombras. ¿Matthew Fairchild no tiene nada que ver con eso?

Catarina salió de detrás de su escritorio de maestra y fue hacia la ventana con forma de flecha. Los rayos del sol agonizante caían por su cabello en brillantes líneas blancas, casi dándole un halo. Pero no del todo.

—James Herondale era el hijo de ángeles y demonios —dijo en voz baja—. Siempre estuvo destinado a caminar por un camino difícil y doloroso, a beber agua amarga con dulce, a

pisar donde había espinas, así como flores. Nadie lo podía salvar de eso. Las personas lo intentaron.

Academia de Cazadores de Sombras, 1899

James Herondale se dijo a sí mismo que se sentía enfermo sólo por el traqueteo del carruaje. Realmente estaba muy emocionado por ir a la escuela.

Padre había tomado prestado el nuevo carruaje del tío Gabriel para que pudiera llevar a James desde Alicante a la Academia, solo a los dos.

Padre no había preguntado si podía tomar prestado el carruaje del tío Gabriel.

—No estés tan serio, Jamie —dijo padre, murmurando una palabra galesa a los caballos que los hizo trotar más rápido—. Gabriel querría que tengamos el carruaje. Es todo entre familia.

—El tío Gabriel mencionó ayer por la noche que recientemente había tenido que pintar el carruaje. Muchas veces. Y ha amenazado con

llamar a la policía y arrestarte —dijo James—, muchas veces.

—Gabriel parará de quejarse por ello en unos pocos años. —Padre guiñó un ojo azul hacia James—. Porque todos estaremos conduciendo automóviles para entonces.

—Madre dice que nunca podrás conducir un automóvil —dijo James—. Nos hizo prometer a mí y a Lucie que si alguna vez lo hacías, no nos subiríamos.

—Tu madre sólo estaba bromeando.

James sacudió la cabeza.

—Nos hizo jurar por el Ángel.

Sonrió hacia su padre. Padre le sacudió la cabeza a Jamie, el viento enredando su cabello negro. Madre decía que padre y Jamie tenía el mismo cabello, pero Jamie sabía que su propio cabello siempre estaba desordenado. Había oído a la gente llamar al cabello de su padre rebelde, lo que significaba estar desordenado con carisma.

El primer día de clases no era un buen día para James para estar pensando en cuán diferente era de su padre.

Durante su viaje desde Alicante, varias personas los detuvieron en el camino, llamando con la exclamación habitual: "¡Oh, señor Herondale!".

Las damas Cazadoras de Sombras de muchas edades le decían eso a su padre: tres palabras que eran suspiros y llamados. Otras veces padre era llamado "señor" sin el prefijo "Oh".

Con un padre tan notable, la gente tendía a buscar un hijo que sería tal vez una estrella menor al abrasador sol de Will Herondale, pero aun así alguien brillante. Siempre fueron muy sutiles pero inequívocamente decepcionados al ver a James, quien no era muy notable en absoluto.

James recordaba un incidente que hizo la diferencia entre él y su padre crudamente evidente. Eran siempre los momentos más pequeños que volvían a James en medio de la noche y lo mortificaban al máximo, como si

siempre fueran cortes casi invisibles que se mantenían escociendo.

Una señora mundana había vagado hacia ellos en la librería Hatchards en Londres. Hatchards era la librería más bonita de la ciudad, pensó James, con su madera oscura y frente de cristal, lo que hacía que la tienda entera luciera solemne y especial, y sus rincones secretos y escondites donde se podía leer un libro y estar bastante tranquilo. La familia de James a menudo iba junta a Hatchards, pero cuando James y su padre iban solos, las mujeres muy frecuentemente encontraban una razón para pasear hacia ellos y entablar una conversación.

Padre le dijo a la señora que pasaba sus días cazando malas y primeras ediciones raras. Padre siempre podía encontrar algo que decirle a la gente, siempre podía hacerlos reír. Parecía un extraño, maravilloso poder para James, tan imposible de lograr, como sería para él cambiar de forma como un hombre lobo.

James no se preocupaba por las mujeres que se acercaban a padre. Padre ni una sola vez miraba a cualquier mujer en la manera en que miraba a madre, con alegría y agradecimiento, como si fuera un deseo viviente, hacho más allá de toda esperanza.

James no conocía mucha gente, pero era bueno en estar tranquilo y ser atento. Sabía que lo que había entre sus padres era algo raro y precioso.

Sólo se preocupaba porque las mujeres que se acercaban a padre eran desconocidas y James tendría que hablarles.

La señora en la librería se había inclinado hacia abajo y le preguntó:

—¿Y qué te gusta hacer, hombrecito?

—Me gustan... los libros —había dicho James. Mientras estaba de pie en la librería, con un paquete de libros bajo el brazo. La señora le había dado una mirada de lástima—. Leo... erm... mucho, bastante —continuó James, deprimente maestro de lo obvio. Rey de lo obvio. Emperador de lo obvio.

La señora estaba tan poco impresionada que se alejó sin decir nada más.

James nunca supo qué decirle a la gente. Nunca supo cómo hacerlos reír. Había vivido trece años de su vida, sobre todo en el Instituto de Londres, con sus padres y su hermana pequeña, Lucie, y un gran número de libros. Nunca había tenido un amigo que fuera un niño.

Ahora iba a la Academia de Cazadores de Sombras, para aprender a ser tan gran guerrero como su padre, y la parte de guerrero no era ni la mitad de preocupante como el hecho de que iba a tener que hablar con la gente.

Iba a haber un montón de gente.

Iba a haber un montón de charlas.

James se preguntó por qué las ruedas no cayeron justo fuera del carruaje del tío Gabriel. Se preguntó por qué el mundo era tan cruel.

—Sé que estás nervioso por ir a la escuela —dijo padre al final—. Tu madre y yo no estábamos seguros de enviarte.

James se mordió el labio.

—¿Creías que voy a ser un desastre?

—¿Qué? —dijo padre—. ¡Por supuesto que no! Tu madre simplemente estaba preocupada por enviar lejos a la única otra persona en la casa que tiene algún sentido común.

James sonrió.

—Hemos sido muy felices, teniendo a nuestra pequeña familia junta —dijo padre—. Nunca pensé que podía ser tan feliz. Pero tal vez te hemos mantenido demasiado aislado en Londres. Sería bueno para ti encontrar algunos amigos de tu misma edad. Quién sabe, tal vez conozcas a tu futuro parabatai en la Academia.

Padre podía decir lo que quisiera acerca de que era culpa de él y madre por mantenerlo aislado; James sabía que no era cierto. Lucie había ido a Francia con madre y conoció a Cordelia Carstairs, y en dos semanas se habían convertido en lo que Lucie describió como compañeras íntimas. Se enviaban cartas entre sí cada semana, resmas y resmas de papel tachados y conteniendo bocetos. Lucie era tan aislada como James lo era. James también

había ido de visitas, y nunca hizo un compañero íntimo. La única persona que le gustaba era una niña, y nadie podía saber sobre Grace. Quizás incluso él no le gustaba a Grace, sobre todo si conocía a cualquier otra persona.

No era culpa de sus padres que no tuviera amigos. Era algún defecto dentro del mismo James.

—Tal vez —siguió padre casualmente—, tú y Alastair Carstairs se agradarán el uno al otro.

—¡Él es mayor que yo! —protestó James—. No va a tener tiempo para un niño nuevo.

Padre sonrió con una sonrisa irónica.

—¿Quién sabe? Eso es lo maravilloso de hacer cambios y conocer extraños, Jamie. Nunca se sabe cuándo, y nunca se sabe quién, pero algún día un extraño va irrumpir a través de la puerta de tu vida y la transformará por completo. El mundo será al revés, y serás más feliz por ello.

Padre había estado tan feliz cuando Lucie se hizo amiga de Cordelia Carstairs. El

parabatai de padre una vez había sido llamado James Carstairs, aunque su nombre oficial ahora pertenecía a los Hermanos Silenciosos — la orden de ciegos monjes rúnicos que ayudaban a los Cazadores de Sombras en la oscuridad— era Hermano Zachariah. Padre le había contado a James miles de veces sobre su encuentro con tío Jem, cómo durante años el tío Jem había sido el único que creyó en él, quien vio su verdadero yo. Hasta que llegó madre.

—Te he hablado a menudo de tu madre y tu tío Jem y todo lo que hicieron por mí. Ellos me hicieron una nueva persona. Salvaron mi alma —dijo padre, serio como rara vez era—. No sabes lo que es, ser salvado y transformado. Pero lo harás. Como tus padres, debemos darte la oportunidad de ser desafiado y cambiado. Por eso es que acordamos enviarte a la escuela. A pesar de que vamos a echarte de menos terriblemente.

—¿Terriblemente? —preguntó James, con timidez.

—Tu madre dice que va a ser valiente y mantener la compostura —dijo padre—. Los estadounidenses no tienen corazón. Yo voy a llorar en mi almohada cada noche.

James se rió. Sabía que no se reía a menudo, y padre se veía especialmente satisfecho siempre que podía hacer que James lo hiciera. James era, a los trece años, un poco viejo para tales exhibiciones, pero ya que pasarían meses y meses hasta que viera a padre de nuevo y que estaba un poco asustado por ir a la escuela, se encontró apoyado contra padre y tomándole la mano. Padre llevó las riendas en una mano y puso la suya enlazada con la de James en el profundo bolsillo de su abrigo de conducción. James descansaba con su mejilla contra el hombro de padre, sin importarle el traqueteo del carruaje mientras recorrían los caminos rurales de Idris.

Él quería un parabatai. Lo quería demasiado.

Un parabatai era un amigo que te escogía para ser su mejor amigo, quien haría de su amistad algo permanente. Estaba tan seguro

de lo mucho que le gustabas, tan seguro que nunca querrían dar marcha atrás. Encontrar un parabatai le parecía a James la clave de todo, el primer paso esencial para una vida donde podría ser tan feliz como su padre lo era, ser un Cazador de Sombras tan brillante como lo era su padre, encontrar un amor tan grande como el amor que su padre había encontrado.

No es que tuviera a ninguna chica en particular en mente, se dijo James, y aplastó todos los pensamientos de Grace, la chica secreta; Grace, quien necesitaba ser rescatada.

Quería un parabatai, y eso hacía que la Academia fuera mil veces más terrible.

James estaba a salvo durante este poco tiempo, descansando contra su padre, pero muy pronto llegaron al valle donde descansaba la escuela.

La Academia era magnífica, un edificio gris que brillaba entre los árboles apilados como una perla. Le recordó a James esos edificios góticos de los libros como Los Misterios de Udolfo y El Castillo de Otranto. Situado en el frente gris del edificio había una vidriera

enorme resplandeciendo con una docena de colores brillantes, mostrando a un ángel blandiendo una espada.

El ángel estaba mirando hacia abajo en un patio repleto de estudiantes, todos hablando y riendo, todos listos para convertirse en los mejores Cazadores de Sombras que posiblemente podría haber. Si James no podía encontrar un amigo aquí, sabía que no sería capaz de encontrar a un amigo en todo el mundo.

* * *

El tío Gabriel ya estaba en el patio. Su rostro se había vuelto de un tono alarmante de rojo. Estaba gritando algo acerca de los ladrones Herondale.

Padre se dirigió al decano, una señora que tenía sin duda cincuenta años, y sonrió. Ella se sonrojó.

—Dean Ashdown, ¿serías tan amable de darme una vuelta por la Academia? Me crié en el Instituto de Londres con un único otro alumno. —La voz de padre se suavizó, como siempre lo hacía cuando hablaba de tío Jem—.

Nunca tuve el privilegio de asistirme a mí mismo.

—¡Oh, señor Herondale! —dijo Dean Ashdown—. Muy bien.

—Gracias —dijo padre—. Vamos, Jamie.

—Oh, no —dijo James—. Voy—voy a quedarme aquí.

Se sintió incómodo tan pronto como padre estuvo fuera de su vista, abriéndose paso con el decano en el brazo y una sonrisa maliciosa hacia el tío Gabriel, pero James sabía que tenía que ser valiente, y ésta era la oportunidad perfecta. Entre la multitud de estudiantes en el patio, James había visto a dos chicos que conocía.

Uno era alto para tener casi trece años, con desordenado cabello castaño claro. Había volteado su cabeza, pero James conocía al chico de sorprendentes ojos lavanda. Él había oído a las chicas en las fiestas diciendo que esos ojos se desperdiciaban en el chico, especialmente un chico tan extraño como Christopher Lightwood.

James conocía a su primo Christopher mejor que a cualquier otro en la Academia. Tía Cecily y tío Gabriel habían pasado mucho tiempo en Idris los últimos años, pero antes de ello ambas familias habían estado juntas con frecuencia: todos habían ido juntos a Gales en vacaciones un par de veces, antes de que la abuela y el abuelo murieran. Christopher era un poco extraño y extremadamente vago, pero siempre había sido agradable con James.

El chico de pie junto a Christopher era pequeño y muy delgado, su cabeza apenas pasaba el hombro de este.

Thomas Lightwood era primo de Christopher, no de James, aunque este llamaba a la madre de Thomas tía Sophie ya que era una gran amiga de madre. A James le gustaba tía Sophie, quien era muy linda y siempre amable. Ella y su familia habían vivido en Idris por los últimos años, también, con tía Cecily y tío Gabriel, el esposo de tía Sophie era el hermano de tío Gabriel. Sin embargo, tía Sophie iba a Londres de visita por sí misma. James las había visto a ella y a madre saliendo

de la sala de entrenamiento riendo como si fuesen niñas tan pequeñas como su hermana, Lucie. Tía Sophie había llamado una vez Thomas a su chico tímido. Eso había hecho a James pensar que él y Thomas tal vez tenían mucho en común.

En las grandes reuniones familiares cuando todos estaban juntos, había mirado a Thomas furtivamente un par de veces, y lo había encontrado siempre tranquilo e incómodo al margen de un grupo más grande, usualmente observando a uno de los chicos mayores. Él había querido ir con Thomas y entablar una conversación, pero no había estado seguro de qué decir.

Dos personas tímidas probablemente serían buenos amigos, pero estaba el pequeño problema de cómo llegar a ese punto. James no tenía idea.

Sin embargo, ahora era su oportunidad. Los primos Lightwood eran su mejor posibilidad de amigos en la Academia. Todo lo que tenía que hacer era ir allí y hablar con ellos.

James caminó a través de la multitud, disculpándose cuando otras personas le daban codazos.

—Hola, chicos —dijo una voz detrás de él y alguien lo empujó como si no pudiera verlo.

James vio a Thomas y a Christopher voltearse, como flores hacia el sol. Ellos sonrieron con idéntica y radiante bienvenida, y James vio la parte trasera de una cabeza rubia brillante.

Había otro chico de su edad en la Academia a quien conocía un poco: Matthew Fairchild, cuyos padres eran llamados por James tía Charlotte y tío Henry porque tía Charlotte prácticamente había criado a padre, cuando ella era la directora del Instituto de Londres y antes de que se convirtiera en Cónsul, la persona más importante que un Cazador de Sombras podía ser.

Matthew no había ido a Londres las veces que tía Charlotte y su hermano, Charles, fueron de visita. Tío Henry había sido herido en batalla años antes de que cualquiera de ellos naciera, y no solía dejar Idris, pero James

no estaba seguro de por qué Matthew no iba. Tal vez se disfrutaba demasiado a sí mismo en Idris.

Una cosa que sabía con certeza era que Matthew Fairchild no era tímido.

James no lo había visto en un par de años, pero lo recordaba muy claramente. En cada reunión familiar donde él estaba al borde de la multitud o leyendo en las escaleras, Matthew era la vida y el alma de la fiesta. Hablaba con los mayores como si fuese mayor. Bailaba con las mujeres mayores. Encantaba a padres y abuelos, y hacía que los bebes dejaran de llorar. Todo el mundo amaba a Matthew.

James no podía recordarlo vestido como un loco antes de ese día. Matthew usaba un pantalón hasta la rodilla cuando los demás vestían pantalones de combate, y una chaqueta de terciopelo color mora. Incluso su brillante cabello dorado estaba peinado de una manera distinta a la de los otros chicos.

—¿No es esto aburrido? —preguntó Matthew a Christopher y a Thomas, los dos chicos que James quería de amigos—. Todos

aquí lucen como imbéciles. Ya estoy en una angustiosa agonía, contemplando mi juventud desperdiciada. No hablen conmigo, o voy a romperme y a llorar desconsoladamente.

—Ya, ya —dijo Christopher, dándole palmaditas en el hombro a Matthew—. ¿Qué te molesta?

—Tu cara, Lightwood —dijo este dándole un codazo.

Christopher y Thomas rieron, acercándose a él. Todos eran obviamente amigos ya, y Matthew era claramente el líder. El plan de James de hacer amigos estaba en la ruina.

—Em... —dijo James, sonando como un hipido socialmente trágico—. Hola.

Christopher miró con una amable inexpresividad, y el corazón de James, que había estado ya por sus rodillas, cayó a sus pies.

Entonces Thomas dijo: “¡Hola!”, y sonrió.

James sonrió en respuesta, agradecido por un instante, y entonces Matthew Fairchild se giró para ver a quién se dirigía Thomas. Él era

más alto que James, su cabello trazado por el sol mientras agachaba la vista para mirarlo. Matthew daba la impresión de estar mirando de mucha más altura de la que realmente estaba.

—Jamie Herondale, ¿verdad? —dijo arrastrando las palabras.

James se enfadó.

—Prefiero James.

—Y yo preferiría estar en una escuela devota al arte, la belleza, y la cultura en lugar de en una horrorosa choza de piedra en medio de la nada llena de patanes quienes aspiran a nada más que golpear demonios con grandes espadas —dijo Matthew—. Sin embargo aquí estamos.

—Y yo preferiría tener estudiantes inteligentes —dijo una voz detrás de ellos—. Sin embargo aquí estoy enseñando en una escuela para los Nefilims.

Ellos se voltearon y empezaron, como uno. El hombre tenía el cabello blanco nieve, el cual lucía muy joven para tener, y cuernos que

sobresalían de sus mechones blancos. Lo más notorio acerca de él, sin embargo, lo que James noto enseguida, era su piel verde como el color de las uvas.

James supo que debía ser un brujo. De hecho, sabía quién debía de ser: el antiguo Gran Brujo de Londres, Ragnor Fell, quien vivía a tiempo parcial en el campo fuera de Alicante, y quien había estado de acuerdo ese año enseñar en la Academia como una desviación de sus estudios mágicos.

James sabía que los brujos eran buenas personas, los aliados de los Cazadores de Sombras. Padre a veces hablaba de su amigo Magnus Bane, quien había sido amable con él cuando era joven.

Padre nunca había mencionado si Magnus Bane era verde. A James nunca se le había ocurrido preguntar. Ahora estaba más bien preguntándose con urgencia.

—¿Quién de ustedes es Christopher Lightwood? —preguntó Ragnor Fell con voz severa. Los barrió con la mirada, y aterrizó en

la persona que se veía más culpable en el grupo—. ¡Eres tú?

—Gracias al Ángel, no —exclamó Thomas, y se puso rojo bajo su bronceado de verano—. Sin ánimo de ofender, Christopher.

—Oh, no importa —dijo Christopher despreocupadamente. Él parpadeó hacia Ragnor, como si el alto hombre verde aterrador hubiera escapado por completo de su atención hasta este momento—. Hola señor.

—¿Eres Christopher Lightwood? —preguntó Ragnor, algo amenazador.

La atención vagante de Christopher se centró en un árbol.

—¿Qué? Creo que sí.

Ragnor miró hacia abajo al cabello castaño de Christopher. James estaba empezando a temer que estallaría como un volcán verde.

—¿No está seguro, Sr. Lightwood? ¿Tal vez tuvo un desafortunado encuentro cuando era un niño?

—¿Qué? —dijo Christopher.

La voz de Ragnor se levantó.

—¿El encuentro fue entre su cabeza infantil y el piso?

Ahí fue cuando Matthew Fairchild dijo: “Señor”. Y sonrió.

James se había olvidado de La Sonrisa, a pesar de que había salido a menudo con gran efecto en las fiestas familiares. La Sonrisa ganó a Mathew tiempo extra antes de acostarse, pudín extra de Navidad, todo lo extra que quería. Los adultos eran incapaces de resistirse a La Sonrisa.

Mathew puso todo en esta sonrisa en particular. Mantequilla derretida. Pájaros cantando. La gente se deslizaba aturdida en medio de mantequilla derretida y el canto de los pájaros.

—Señor, usted tendrá que perdonar a Christopher. Él es un poco despistado, pero es definitivamente Christopher. Sería muy difícil de confundir a Christopher con alguien más. Yo respondo por él, y él no puede negarlo.

La Sonrisa funcionó en Ragnor, ya que funcionaba en todos los adultos. Se relajó un poco.

—¿Eres Mathew Fairchild?

La sonrisa de Mathew se volvió más juguetona.

—Podría negarlo si quisiera. Podría negar cualquier cosa si quisiera. Pero sin duda mi nombre es Mathew. Ha sido Mathew durante años.

—¿Qué? —Ragnor Fell parecía como si hubiera caído en un pozo de locos y no pudiera salir.

James se aclaró la garganta.

—Él está citando a Oscar Wilde, señor.

Mathew lo miró, con los ojos oscuros de repente amplios.

—¿Eres un devoto de Oscar Wilde?

—Es un buen escritor —dijo James con frialdad—. Hay un montón de buenos escritores. Leo más bien mucho —agregó,

dejando claro que estaba seguro de que Mathew no.

—Caballeros —interpuso Ragnor Fell con su voz como una daga—. ¿Si pudieran alejarse a sí mismos de la fascinante conversación literaria por un momento y escuchar a uno de los instructores en el establecimiento en el que supuestamente han llegado a aprender? Tengo aquí una carta acerca de Christopher Lightwood y el desafortunado incidente que causó en la Clave tal preocupación.

—Sí, eso fue un muy lamentable accidente —dijo Mathew, asintiendo con seriedad como si estuviera seguro de la simpatía de Ragnor.

—Y eso no era la palabra que usé, señor Fairchild, como estoy seguro de que son conscientes. La carta dice que se ha ofrecido para asumir plena responsabilidad por el Sr. Lightwood, y que promete solemnemente mantener cualquier y todos los explosivos potenciales fuera de su alcance por la duración de su estancia en la Academia.

James miró desde el brujo a Mathew y a Christopher, que estaba observando un árbol

con benevolencia de ensueño. En su desesperación, miró a Thomas.

—¿Explosivos? —pronunció.

—No preguntes —dijo Thomas—. Por Favor.

Thomas era más viejo que James y Christopher, pero mucho más pequeño. La tía Sophie lo había mantenido en casa un año más porque estaba enfermo. No parecía enfermizo ahora, pero aún era bastante insuficiente. Su bronceado, combinado con su cabello castaño y ojos marrones y su baja estatura, lo hacía parecer un pequeño castaño de indias preocupado. James se encontró con ganas de acariciar a Thomas en la cabeza.

Mathew le dio unas palmaditas en la cabeza de Thomas.

—Sr. Fell —dijo—. Thomas. Christopher. Jamie.

—James —corrigió James.

—No se preocupe —dijo Matthew con inmensa confianza—. Quiero decir, sin duda, preocúpese que estemos atrapados en una cultura guerrera árida sin aprecio por las cosas

verdaderamente importantes en la vida. Pero no se preocupe por cosas explotando, porque no voy a permitir que nada explote.

—Eso era todo lo que necesitaba decir —le dijo Ragnor Fell—. Y podría haberlo dicho en muchas menos palabras.

Se alejó en un remolino de piel verde y mal carácter.

—¡Él era verde! —susurró Thomas.

—En serio —dijo Matthew, muy seco.

—¿En serio? —preguntó Christopher brillantemente—. No me di cuenta.

Thomas miró con tristeza a Christopher. Mathew lo ignoró magníficamente.

—Más bien me gustó el tono único de nuestro maestro. Me recordó a los claveles verdes que los seguidores de Oscar Wilde usaban para imitarlo. Tuvo a uno de los actores, en una obra de teatro usando un clavel verde en el escenario.

—Fue El abanico de Lady Windermere —dijo James.

Mathew estaba claramente fanfarroneando, tratando de sonar superior y especial, y James no tenía tiempo para ello.

Mathew volvió la sonrisa hacia él. James se sorprendió al descubrir que era inmune a sus efectos letales.

—Sí —dijo—. Claro. Jamie, puedo ver que, como un compañero admirador de Oscar Wilde...

—Uh —dijo una voz a la izquierda de James—. Ustedes, muchachos nuevos, apenas han estado aquí cinco minutos, ¿y todo lo que pueden encontrar para hablar es de algún mundano que fue enviado a prisión por indecencia?

—¿Así que también conoces a Oscar Wilde, Alastair? —preguntó Mathew.

James miró hacia el muchacho mayor más alto. Tenía el cabello claro pero las cejas oscuras, muy marcadas, como sentenciosas pinceladas negras.

Así que este era Alastair Carstairs, el hermano de la mejor amiga de Lucie, de quien

padre esperaba que James se hiciera amigo. James había imaginado a alguien más amable, más como Cordelia misma.

Tal vez Alastair sería más amigable si no asociara a James con el arrogante de Matthew.

—Yo sé de muchos criminales mundanos —dijo Alastair Carstairs en un tono frío—. Leo los periódicos mundanos para encontrar pistas sobre actividades demoniacas. Desde luego no pierdo mi tiempo leyendo obras.

Los dos chicos que lo acompañaban asintieron por buena solidaridad de Cazador de Sombras.

Matthew rió en sus caras.

—Naturalmente. ¿Qué uso pueden encontrarle a las obras las personas pequeñas, tristes y sin imaginación? —preguntó—. O a la pintura, el baile, o cualquier cosa que hace a la vida interesante. Estoy tan agradecido de estar en esta pequeña, fría y húmeda escuela donde trataran de exprimir mi mente hasta volverla casi tan estrecha como la tuya.

Él palmeo el brazo de Alastair Carstairs. James estaba sorprendido de que no lo hubiera golpeado en la cara inmediatamente.

Thomas miraba a Alastair con el mismo pánico que James sentía.

—Váyanse ahora —sugirió Matthew—. Háganlo. Jamie y yo estábamos charlando.

Alastair rió, su risa sonando tan agria como lo haría una palabra mordaz.

—Solo estaba tratando de darles a ustedes los jóvenes una pequeña orientación acerca de cómo hacemos las cosas en la Academia. Si son tan estúpidos para no prestar atención, entonces no es mi problema. Al menos tienes una lengua, a diferencia de este.

Él se dio la vuelta y apuñaló a James con la mirada. James estaba tan sorprendido y consternado por este giro de eventos —¡él no había hecho nada!— que simplemente se quedó ahí de pie mirándolo con la boca abierta.

—Sí, tú, el de los ojos extraños —arremetió Alastair—. ¿Qué estas mirando?

—Yo... —dijo James—. Yo...

Él, de hecho, tenía ojos extraños, lo sabía. En realidad no necesitaba usar anteojos, excepto para leer, pero los usaba todo el tiempo para ocultar sus ojos. Podía sentir que se ruborizaba, y la voz de Alastair se volvió tan afilada como su risa.

—¿Cuál es tu nombre?

—H—Herondale —tartamudeó James.

—Por el Ángel, sus ojos son horribles —dijo el chico a la derecha de Alastair.

Alastair rió de nuevo, esta vez con más satisfacción.

—Amarillos. Justo como los de una cabra.

—Yo no...

—No te esfuerces demasiado Herondale Cara—de—Cabra —dijo Alastair—. No trates de hablar. Quizá tú y tus amigos dejen de obsesionarse por mundanos y empiecen a pensar un poco en cosas que en realidad importan como salvar vidas y defender la Ley mientras están aquí, ¿verdad?

Se alejó, sus amigos riendo con él. James escuchó la palabra esparciéndose por el estrecho grupo de personas con las risas siguiéndola, como las ondas que provoca una roca al ser arrojada al estanque.

Cara—de—cabra, cara—de—cabra, cara—de—cabra.

Matthew rió.

—Bueno, qué...

—Muchas gracias por arrastrarme en esto —arremetió James. Giró sobre sus talones y se apartó de los dos amigos que aspiraba tener en la Academia, y escuchó el susurro de su nuevo nombre mientras se alejaba.

* * *

James hizo lo que prometió que absolutamente no haría. Arrastró su pesada mochila por todo el patio, por los pasillos, y la subió por varios juegos de escaleras hasta que encontró una que le pareció lo suficientemente íntima. Después se sentó y abrió un libro. Se dijo que solo leería algunas páginas antes de regresar abajo. El Conde de Montecristo estaba

a punto de descender sobre sus enemigos desde un globo.

James salió horas después, dándose cuenta de que el cielo se había puesto de un gris oscuro y los sonidos del patio se habían desvanecido. Su madre y Lucie aún estaban en Londres, muy lejos, y ahora estaba seguro de que su padre también se había ido.

Estaba atrapado en esta Academia llena de extraños. Y ni siquiera sabía dónde se suponía que dormiría esa noche.

Paseó por los alrededores tratando de encontrar los dormitorios. No descubrió ninguno, pero si se encontró disfrutando de explorar este nuevo lugar por sí solo. La Academia era una edificación esplendida, las paredes de piedra brillando como si hubieran sido pulidas. El candelabro parecía hecho de joyas, y mientras James paseaba en busca del comedor, encontró varios hermosos tapices representando a los Cazadores de Sombras a lo largo de los años. Se detuvo a mirar un tejido colorido e intrincado de Jonathan Cazador de Sombras luchando durante las

cruzadas, hasta que se le ocurrió que la cena estaba por comenzar y no quería atraer más atención sobre él.

El sonido de cientos de voces desconocidas lo guiaron hacia el comedor. James luchó contra el impulso de salir corriendo, se recompuso y entró por las puertas en su lugar. Para su alivio, las personas aún se estaban acomodando, los estudiantes mayores pululaban alrededor hablando entre ellos con la comodidad que trae años de familiaridad. Los nuevos estudiantes estaban dudosos, al igual que James.

Todos excepto Matthew Fairchild, quien inspeccionaba con desdén las brillantes mesas de caoba.

—Tenemos que elegir una mesa pequeña —le dijo a Thomas y Christopher, sus satélites—. Estoy aquí bajo protesta. No compartiré el pan con los violentos rufianes e imbéciles delirantes que asistirán a la Academia por su propia voluntad.

—Sabes —dijo James fuertemente—, Alastair Carstairs tenía razón.

—Eso no me parece posible —respondió Matthew, después se dio la vuelta—. Oh, eres tú. ¿Por qué aun llevas tu mochila?

—No tengo por qué responderte a ti —dijo James, y fue consciente de que eso era algo muy extraño para decir. Thomas parpadeó hacia él angustiado, como si hubiese confiado en que James no diría cosas extrañas.

—Bien —dijo Matthew amablemente—. ¿Alastair Carstairs tenía razón sobre qué?

—Las personas asisten a la Academia porque esperan convertirse en mejores Cazadores de Sombras, y salvar vidas. Ese es un objetivo noble y respetable. No tienes que ser tan desdeñoso con todas las personas que conozcas.

—¿Pero si es así, cómo voy a divertirme en este lugar? —protestó Matthew—. Puedes sentarte con nosotros, si lo deseas.

Hubo un destello de sorpresa en sus ojos cafés. James estaba seguro, por la forma en que Matthew lo miraba, que se estaba burlando de él, solo que no podía descifrar el por qué.

—No gracias —dijo James cortante.

Miró hacia las mesas, y vio que los Cazadores de Sombras de primer año ahora estaban instalados alrededor de las mesas en minuciosos y amigables patrones. Había otros chicos e incluso unas cuantas chicas, aunque, James podía decir que eran mundanos. No era tanto la ropa o su complexión sino la manera en que se sostenían: como si tuvieran miedo de ser atacados. Los Cazadores de Sombras, en contraste, estaban siempre listos para atacar.

Había un chico con ropa desgastada sentado solo. James cruzó el comedor para sentarse en su mesa.

—¿Me puedo sentar aquí? —preguntó, lo suficientemente desesperado para sonar descortés.

—¡Sí! —dijo el otro chico—. Oh sí, por favor. Mi nombre es Smith. Michael Smith. Mike.

James se estiró a través de la mesa y sacudió la mano de Mike Smith.

—James Herondale.

Los ojos de Mike se ampliaron, claramente reconociéndolo como un nombre de Cazadores de Sombras.

—Mi madre creció en el mundo mundano —le dijo James rápidamente—. En América. Ciudad de Nueva York.

—¿Tu madre era mundana? —dijo una chica, viniendo y sentándose a su mesa—. Esme Philpott —agregó, agitando enérgicamente las manos—. No voy a mantenerlo cuando Ascienda. Estoy pensando en cambiar el Esme también.

James no sabía qué decir. No tenía deseos de insultar el nombre de una dama estando de acuerdo con ella o insultar a una dama discutiendo con ella. No estaba preparado para ser abordado por una chica desconocida. Muy pocas chicas eran enviadas a la Academia: por supuesto las chicas podían ser tan buenos guerreros como los chicos, pero no cualquiera pensaba de esa forma, y muchas familias de Cazadores de Sombras querían mantener cerca a sus mujeres. Algunos pensaban que la Academia tenía demasiadas reglas, y algunos

que tenían demasiadas pocas. Las hermanas de Thomas, quienes eran muy propias, no habían venido a la Academia. La historia familiar relataba que su prima Anna Lightwood, quien era la persona menos propia imaginable, había dicho que si la enviaban a la Academia, se escaparía y se convertiría en una torera mundana.

—Mmm —dijo James, un diablillo elocuente con las damas.

—¿Tu madre Ascendió sin problemas? —preguntó Mike con entusiasmo.

James se mordió el labio. Estaba acostumbrado a que todo el mundo conociera la historia de su madre: la hija de una Cazadora de Sombras robada y un demonio. Cualquier hijo de un Cazador de Sombras era un Cazador de Sombras. Madre pertenecía al mundo de los Cazadores de Sombras tanto como cualquiera de los Nefilims. Solo que, su piel no podía soportar Marcas, y nunca antes había habido alguien como ella en el mundo. James no sabía precisamente cómo explicarle a la gente que aún no lo sabía. Tenía miedo de

explicarlo mal, y que la explicación se reflejaría mal en madre.

—Sé de mucha gente que Ascendió sin problemas —dijo James finalmente—. Mi tía Sophie, Sophie Lightwood ahora, era mundana. Padre dice que nunca hubo nadie tan valiente, antes o después de la Ascensión.

—¡Qué alivio! —dijo Esme—. Cuéntame, creo que he escuchado de Sophie Lightwood.

—Qué terrible decepción —dijo uno de los chicos que James había visto antes con Alastair Carstairs—. Cara de cabra Herondale de hecho se ha rebajado a sentarse con la gentuza.

Alastair y su otro amigo se rieron. Se fueron a sentar a una mesa con otro Cazador de Sombras mayor, y James estaba seguro de que escuchó “Cara de cabra” susurrado más de una vez. Sintió que estaba hirviendo de vergüenza por dentro.

En cuanto a Matthew Fairchild, James echó un vistazo hacia él solo una o dos veces. Después de que James lo había dejado parado en el centro del comedor, Matthew había

movido su estúpida cabeza rubia y escogido una mesa muy grande en la cual sentarse. Claramente no hablaba en serio sobre ser muy selecto. Se sentó con Thomas y Christopher a cada lado suyo como un príncipe en plena corte, haciendo bromas y convocando gente a su lado, y pronto su mesa estaba repleta. Hechizó a varios de los estudiantes Cazadores de Sombras lejos de sus mesas. Incluso algunos de los estudiantes mayores fueron a escuchar una de las historias al parecer extremadamente entretenidas de Matthew. Incluso Alastair Carstairs fue por unos pocos minutos. Obviamente él y Matthew eran ahora grandes amigos.

James atrapó a Mike Smith viendo hacia la mesa de Matthew nostálgicamente, su cara la de un forastero que tiene la entrada prohibida a toda la diversión, condenado a estar siempre en la mesa menos emocionante con la gente menos interesante.

James había querido amigos, pero no había querido ser la clase de amigo con la que la gente se conformaba, porque no podían

conseguir nada mejor. Excepto que era, como siempre había secretamente temido, aburrida y pobre compañía. No sabía por qué los libros no le habían enseñado cómo hablar de manera que otra gente quisiera escuchar.

* * *

Eventualmente James se acercó a los profesores para que le ayudaran a encontrar su dormitorio. Encontró a la decana Ashdown y Ragnor Fell en una seria conversación.

—Estoy tan terriblemente apenada —dijo la decana Ashdown—. Esta es la primera vez que hemos tenido a un profesor brujo, ¡y estamos encantados de tenerlo! Debimos haber limpiado minuciosamente la Academia y asegurarnos de que no hubiera restos de tiempos menos pacíficos.

—Gracias, decana Ashdown —dijo Ragnor—. La remoción de la cabeza de brujo de mi habitación será suficiente.

—¡Estoy tan terriblemente apenada! —dijo la decana Ashdown de nuevo. Bajó su voz—. ¿Era usted conocido del... er, caballero fallecido?

Ragnor la miró con aversión. Aunque tal vez esa era solo la manera en la que el señor Fell miraba.

—Si usted se topara con la cabeza de uno de los Nefilims grotescamente amputada, ¿tendría que ser conocido suyo para sentir que tal vez no tiene ganas de dormir en la habitación donde su cadáver profanado permanece?

James tosió a la mitad de la tercera frenética disculpa de la decana.

—Me disculpo —dijo—. ¿Podría alguien dirigirme a mi habitación? Yo, me perdí y olvidé todo eso.

—Oh, joven señor Herondale. —La decana se veía bastante feliz de ser interrumpida—. Por su puesto, permítame mostrarle el camino. Su padre me confió un mensaje para usted que puedo transmitir mientras vamos.

Dejó a un ceñudo Ragnor Fell detrás de ellos. James esperaba no haber hecho otro enemigo.

—Su padre dijo, qué encantador idioma es el galés, ¿no es así? ¡Tan romántico! Pob lwc, caraid. ¿Qué significa?

James se sonrojó, porque era demasiado viejo para que su padre lo llamara por nombres cariñosos.

—Solo significa... significa buena suerte.

No pudo evitar sonreír mientras seguía a la decana por los pasillos. Estaba seguro que nadie además de su padre había encantado a la decana para darle a un estudiante un mensaje secreto. Se sintió cálido, y protegido.

Hasta que la decana Ashdown abrió la puerta de su nueva habitación, le ofreció una animada despedida, y lo dejó a su horrible destino.

Era una habitación muy bonita, aireada, con pilares de cama de nogal y dosel de lino blanco. Había un armario esculpido e incluso una estantería.

También hubo una cantidad inquietante de Matthew Fairchild.

Estaba de pie delante de una mesa que tenía aproximadamente quince cepillos para el cabello en ella, varias botellas misteriosas, y una extraña reserva de peines.

—¡Hola, Jamie! —dijo—. ¿No es espléndido que estemos compartiendo una habitación? Estoy seguro de que nos llevaremos a las mil maravillas.

—James —dijo James—. ¿Para qué son todos esos cepillos?

Matthew lo miró compasivamente.

—¿No crees que todo esto —indicó su cabeza en un amplio gesto—, ocurre por sí solo?

—Yo sólo uso un cepillo para el cabello.

—Sí. —Matthew lo observó—. Puedo decirlo.

James arrastró su baúl a los pies de su cama, sacó El Conde de Monte Cristo, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Jamie? —preguntó Matthew.

—¡James! —James se rompió.

Matthew se rió.

—Está bien, está bien. James, ¿a dónde vas?

—A algún otro lugar —dijo James, y cerró la puerta tras de sí.

No podía creer la mala suerte de que al azar le hubieran asignado compartir una habitación con Matthew. Encontró otra escalera y leyó hasta que juzgó que era lo suficientemente tarde por lo que Matthew sin duda estaría dormido, y se arrastró de vuelta, encendió una vela, y reanudando la lectura en la cama.

James pudo haber leído un poco demasiado hasta bien entrada la noche. Cuando se despertó, Matthew claramente hacia mucho se había ido, encima de todo, era un madrugador, y James llegaba tarde a su primer día de clase.

—¿Qué más se puede esperar de Cara de cabra Herondale? —dijo un chico al que James nunca había visto antes en su vida, y varias personas más se burlaron. James tristemente tomó su asiento junto a Mike Smith.

* * *

Las clases en las que las élites se separaban de las escorias eran las peores. James no tenía a nadie con quien sentarse entonces.

O tal vez la primera clase de cada día era el peor, porque James siempre se quedaba hasta altas horas de la noche leyendo para olvidar sus problemas, y llegaba tarde todos los días. No importaba a qué hora se levantaba, Matthew siempre se había ido. James asumió que Matthew hacía esto para burlarse de él, ya que no podía imaginar haciendo a Matthew algo útil temprano en la mañana.

O tal vez los cursos de capacitación eran los peores, ya que Matthew estaba en su momento más molesto durante los cursos de capacitación.

—Lamentablemente debo declinar su participación —dijo a su maestro una vez—. Considéreme en huelga como los mineros del carbón. Excepto que mucho más elegante.

El día siguiente, dijo:

—Me abstengo alegando que la belleza es sagrada, y no hay nada bello en estos ejercicios.

El día después de eso, se limitó a decir:

—Me opongo por principios estéticos.

Siguió diciendo cosas ridículas, hasta hace un par de semanas, cuando dijo:

—No lo haré, porque los Cazadores de Sombras son idiotas y no quiero estar en esta escuela idiota. ¿Por qué un accidente de nacimiento significa que usted tenga que ser arrancado lejos de su familia, tenga que pasar una vida corta y terrible peleando con demonios?

—¿Quieres ser expulsado, Sr. Fairchild? —tronó un maestro.

—Haz lo que sienta que debe hacer —dijo Matthew, cruzando las manos y sonriendo como un querubín.

Matthew no consiguió ser expulsado. Nadie parecía muy seguro de qué hacer con él. Sus maestros comenzaron a llamar enfermos de la desesperación.

Hizo sólo la mitad del trabajo e insultó a todos en la Academia todos los días, y seguía siendo absurdamente popular. Thomas y

Christopher no podían ser extraídos lejos de él. Vagó por los pasillos rodeado de multitudes llenas de adoración que querían escuchar otra anécdota divertida. El cuarto de él y James siempre estaba totalmente lleno de gente.

James pasó una buena parte de su tiempo en las escaleras. Pasó más tiempo siendo llamado Cara de cabra Herondale.

—Sabes —dijo Thomas tímidamente una vez, cuando James no había logrado escapar de su propia habitación lo suficientemente rápido—, podrías estar con nosotros un poco más.

—¿Podría hacerlo? —preguntó James, y trató de no sonar demasiado optimista—. Me... gustaría verte más y a Christopher.

—Y a Matthew —dijo Thomas.

James sacudió la cabeza en silencio.

—Matthew es uno de mis mejores amigos —dijo Thomas, casi suplicante—. Si pasaras algún tiempo con él, estoy seguro de que te gustaría.

James miró a Matthew, que estaba sentado en su cama contando una historia a ocho personas que estaban sentadas en el suelo y mirando hacia él con adoración. Se encontró con los ojos de Matthew, viendo en su dirección y la de Thomas, y miró hacia otro lado.

—Siento que tengo que rechazar más de la compañía de Matthew.

—Te hace destacar, ya sabes —dijo Thomas—. Pasar tiempo con los mundanos. Creo que es por eso... el apodo que se te ha pegado. La gente tiene miedo de cualquiera que es diferente. Los hace preocupar de que todos los demás sean diferentes también, y simplemente fingen ser todos iguales.

James lo miró fijamente.

—¿Estás diciendo que debería evitar a los mundanos? ¿Debido a que no son tan buenos como nosotros?

—No, eso no es... —comenzó Thomas, pero James estaba demasiado enojado para dejarle terminar.

—Los mundanos pueden ser héroes también —dijo James—. ¡Deberías saberlo mejor que yo, tu madre era una mundana! Mi padre me habló de todo lo que hizo antes de que Ascendiera. Todos los aquí presentes conocen a personas que fueron mundanas. ¿Por qué debemos aislar a las personas que son lo suficientemente valientes como para intentar ser como nosotros, que quieren ayudar a la gente? ¿Por qué debemos tratarlos como si fueran menos que nosotros, hasta que demuestren su mérito o morir? No lo haré.

Tía Sophie era tan buena como cualquier Cazador de Sombras, ella había sido valiente mucho antes de ser Ascendida. Tía Sophie era la madre de Thomas. Ellos deben saber mejor lo que hizo James.

—No quise decirlo de esa forma —dijo Thomas—. No pienso de esa forma.

Era como si la gente no pensara en absoluto, viviendo en Idris

—A lo mejor tus padres no te cuentan las historias como la mía lo hace —dijo James.

—A lo mejor no todo el mundo oye las historias como tú lo haces —dijo Matthew a través del cuarto—. No todo el mundo las memoriza.

James lo miró. Fue una cosa agradable e inesperada para Matthew, de todas las personas, decir.

—Sé una historia —siguió Matthew—. ¿Quién quiere oírla?

—¡Yo! —dijo el coro desde el piso.

—¡Yo!

—¡Yo!

—Yo no —dijo James, y dejó la habitación.

Era otro recordatorio de que Matthew tenía algo por lo que James, hubiera sido capaz de dar lo que fuera por tener, Matthew tenía amigos y pertenecía aquí en la Academia, y a Matthew no le importaba en lo absoluto.

Finalmente había tantos maestros llamando con una sobredosis aguda de Matthew Fairchild, que Ragnor Fell quedó para supervisar los cursos de entrenamiento. James se preguntó por qué él era único que podía ver

que esto era absurdo, y que Matthew estaba arruinando las clases para todos. Ragnor podía hacer magia, y no estaba en absoluto interesado en la guerra.

Ragnor con Esme hicieron trenzas con cintas en la crin de su caballo para que se viera como un noble corcel. Él había accedido a que Christopher construyera un ariete que derribara árboles, ya que sería una buena práctica en el caso de que alguna vez tuvieran que sitiar un castillo. Observó a Mike Smith golpearse a sí mismo en la cabeza con su propio arco largo.

—Las contusiones no son nada por lo que preocuparse —dijo Ragnor plácidamente—. A menos que haya una grave hemorragia en el cerebro, en ese caso podría morir. Sr. Fairchild, ¿por qué no está participando?

—Creo que la violencia es repulsiva —dijo Matthew con firmeza—. Estoy aquí en contra de mi voluntad y me niego a participar.

—¿No le gustaría que lo desnude mágicamente y lo pusiera en marcha? —

preguntó el Sr. Fell—, ¿delante de todo el mundo?

—Eso sería emocionante para todo el mundo, estoy seguro —dijo Matthew. Ragnor Fell movió sus dedos, y unas chispas verdes salieron de la punta de ellos. James estaba contento de ver a Matthew dar un paso hacia atrás—. Podría ser emocionante para un miércoles —dijo Matthew—. ¿Voy a ponerme en marcha entonces?

—Hazlo —dijo Ragnor.

Y se instaló en una tumbona mientras leía un libro. James le tenía mucha envidia.

También admiraba mucho a su maestro. Aquí había alguien que podía controlar a Matthew, por fin.

Luego de una larga charla de Matthew acerca de abstenerse en el nombre del arte y la belleza, James estaba deseando ver a Matthew hacer el tonto de sí mismo en el terreno de prácticas.

—¿Algún voluntario para actualizar a Matthew sobre lo que han estado

aprendiendo? —pregunto Ragnor—. Ya que no tengo ni la menor idea de lo que podría ser.

En ese momento los estudiantes del equipo de Christopher golpearon un árbol con su ariete. El choque y el caos significaban que no había prisa para ser voluntarios y gastar tiempo con Matthew como debería haber habido.

—Estaría feliz de enseñarle a Matthew una lección —dijo James.

Era bastante bueno con la vara. Había vencido a Mike diez veces de diez, y a Esme nueve veces de diez, y se había contenido con ellos. Era posible que tuviera que contenerse con Matthew también.

Excepto que Matthew fuera resistente y veloz, y se veía —en cambio— como un real Cazador de Sombras. Un Cazador de Sombras más real de lo que James era, a decir verdad, James era... no tan bajo como Thomas, pero sin embargo no tan alto, lo que su madre describía como enjuto. Lo que era una manera amable de decir que, no hay evidencia real de

músculos. Sin embargo, varias chicas se volvían para mirar a Matthew al caminar.

—Sr. Herondale se ha ofrecido voluntariamente para enseñarle al personal a pelear. —dijo Ragnor Fell—. Si su plan es asesinarse el uno a otro, vayan más lejos, en el campo donde no pueda verlos y no tenga que responder preguntas incómodas.

—James —dijo Matthew, en el tono de voz que a todo el mundo le gustaba oír y que golpeó a James como una constante burla—. Esto es tan amable de tu parte. Creo que recuerdo algunos movimientos personales de entrenamiento con mi mamá y mi hermano. Por favor, sé paciente conmigo. Puede que esté un poco oxidado.

Matthew se paseó por el campo, el sol brillaba sobre el verde césped y su cabello de oro también, y balanceó su vara en una mano. Se volvió hacia James, y James tuvo la impresión repentina de los ojos entrecerrados: una mirada de intención real y seria.

Entonces la cara de Matthew y los árboles se movieron cuando la vara de Matthew pasó

por debajo de las piernas de James y cayó al suelo. James se quedó allí aturdido.

—Sabes —dijo Matthew pensativo—. Puede que no esté tan terriblemente oxidado, después de todo.

James se puso de pie, agarrándose a su vara y su dignidad. Matthew se colocó en posición de luchar contra él, el báculo como una luz fácilmente equilibrada en su mano como si fuera el director de una orquesta. Se movía con gracia natural, como lo haría cualquier Cazador de Sombras, pero como si de alguna manera estuviera jugando, como si fuera posible que en algún momento se pusiera a bailar.

James se dio cuenta, para su arrollador disgusto, que se trataba de otra cosa, Matthew era bueno.

—Al mejor de tres —sugirió él.

La vara de Matthew era un borrón entre sus manos, de repente, James no tuvo tiempo de cambiar de posición antes de que un golpe aterrizara en el brazo en el que sostenía su

vara, y luego en el hombro izquierdo para que no pudiera defenderse.

James bloqueó la vara cuando este se acercó a su zona media, pero resultó ser un amago. Matthew la pasó por las rodillas otra vez y James termino de espaldas en el césped. Otra vez.

El rostro de Matthew apareció en su vista. Se reía, como de costumbre.

—¿Por qué parar en tres? —pregunto—. Podría estar de pie y vencerte todo el día.

James enganchó su vara detrás de los tobillos de Matthew y él tropezó. Sabía que estaba mal, pero en ese momento no le importaba.

Matthew aterrizo en el césped con un sorprendido “¡Uff!” que James encontró brevemente satisfactorio. Una vez allí, parecía bastante feliz de estar en el césped. James se encontró a si mismo siendo considerado por un ojo marrón en medio de la vegetación.

—Sabes —dijo Matthew lentamente—. La mayoría de la gente es como yo.

—Bueno... ¡felicidades! —soltó James, y se puso de pie.

Fue exactamente el peor momento para levantarse.

Debería haber sido el último momento de la vida de James. Tal vez ya que pensó que era el último, parecía estirarse, dando tiempo a James para verlo todo: como el ariete había volado de las manos del equipo de Christopher en la dirección equivocada. Vio los rostros horrorizados de todo el equipo, incluso Christopher presto atención por una vez. Vio el gran tronco de madera, navegando directamente hacia él, y oyó a Matthew gritar una advertencia demasiado tarde. Vio a Ragnor Fell saltar, su silla enviada a volar, y levantar su mano.

El mundo se transformó en un gris deslizante, todo se movía más lento que James. Todo era insustancial y deslizante: el ariete llegó a él y a través de él, incapaz de hacerle daño; era como una salpicadura de agua. James levantó una mano y vio el aire gris, lleno de estrellas.

Fue Ragnor quien lo había salvado, James pensó que el mundo era un radiante filtro de extraños grises dentro de negros. Esta era la magia de un brujo.

No supo hasta más tarde, que todo lo había visto la clase de la Academia, esperaban ver una escena de carnicería y muerte, y en su lugar vieron a un chico de cabello negro disolverse y cambiar de uno de los suyos en una sombra de la nada, un malvado recorte en el abismo detrás de mundo, oscuro e inconfundible en el sol de la tarde. Lo que debería haber sido una muerte inevitable, algo para los que Cazadores de Sombras eran usados, se convirtió en algo extraño y terrible.

No supo hasta más tarde cuánta razón tenía. Era la magia de un brujo.

* * *

Cuando James despertó, era de noche, y tío Jem estaba ahí.

James salió de la cama y se lanzó a los brazos del tío Jem. Había escuchado que algunas personas encontraban a los Hermanos Silenciosos aterradores, con su silenciosa expresión y sus cosidos ojos, pero para él la visión de la toga de un Hermano Silencioso siempre significaba firme amor.

—¡Tío Jem! —jadeó, los brazos en torno a su cuello, la cara enterrada en su toga, a salvo por un momento—. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué yo... me siento tan extraño, y ahora tú estás aquí, y...?

Y la presencia de un Hermano Silencioso en la Academia no significaba nada bueno. Padre siempre estaba inventando excusas para que el tío Jem fuese a ellos, una vez había declarado que una maceta fue poseída por un demonio. Pero esto era Idris, y un Hermano Silencioso estaría citado para un niño Cazador de Sombras solo si fuese necesario.

—¿Estoy... herido? —preguntó Jem—. ¿Está Matthew herido? Estaba conmigo.

Nadie está herido, dijo el tío Jem. Gracias al Ángel. Es solo que ahora hay una carga pesada que tienes que aguantar, Jamie.

Y la comprensión se esparció del tío Jem a James, silencioso y frío como una tumba abriéndose, e incluso con la atenta preocupación del tío Jem mezclada con el frío. James se estremeció lejos del Hermano Silencioso y se aferró al tío Jem al mismo tiempo, el rostro con lágrimas, puños apretando su toga.

Esto era la herencia de su madre, era lo que procedía de mezclar sangre de un Cazador de Sombras con la de un demonio, y después con la de un Cazador de Sombras de nuevo. Tuvieron todo tipo de ideas de por qué la piel de James podía soportar las Marcas, por lo que James era un Cazador de Sombras y nada más, que la sangre del Ángel borró todo lo demás.

No lo hizo. Incluso la sangre del Ángel no podía deshacer una sombra. James podía actuar su extraño truco de brujo, un truco que el no brujo tío Jem sabía que podía hacer. Podía transformarse en una sombra. Podía

hacer de sí mismo algo que no fuese carne o sangre, sin duda no sangre del Ángel.

—¿Qué... qué soy? —jadeó James, su garganta seca con sollozos.

Tú eres James Herondale, dijo tío Jem. Como siempre lo fuiste. Parte tu madre, parte tu padre, parte tú mismo. Yo no cambiaría ninguna parte de ti si pudiera.

James lo haría. Habría quemado esta parte de sí mismo, tirarla fuera, hacer cualquier cosa que pudiera para deshacerse de ella. Él estaba hecho para ser un Cazador de Sombras, siempre había sabido que lo estaba, ¿pero algún Cazador de Sombras pelearía a su lado, con este horror sobre él revelado?

—Soy... ¿van a echarme de la escuela? —susurró en la oreja de tío Jem.

No, dijo tío Jem. Un sentimiento de pena y furia tocó a James y luego fue retraído. Pero James, pienso que deberías irte. Ellos tienen miedo de que vayas a contaminar la pureza de sus niños. Ellos desean desterrarte a donde los niños mundanos viven. A ellos aparentemente no les importa qué les pase a los estudiantes

mundanos, y les importa mucho menos lo que te pase a ti. Ve a casa, James. Te llevaré a casa ahora si lo deseas.

James quería irse a casa. Lo quería más de lo que podía recordar desear cualquier cosa, con un dolor que lo hizo sentir como si cada hueso en su cuerpo fuera roto y no pudieran unirse de nuevo hasta que él estuviera en casa. Él era amado ahí, estaba a salvo ahí. Estaría instantáneamente rodeado de afecto y calor.

Excepto...

—Cómo se sentirá mi madre —susurró James—. Si se entera que fui enviado a casa porque... pensará que fue por su culpa.

Su madre, con sus ojos gris y su delicado rostro como una flor, tan silenciosa como James y además igual de lista con palabras como padre. James tal vez sería una mancha sobre el mundo, quizás sería algo que contaminaría a los buenos niños Cazadores de Sombras. Él estaba listo para creerlo. Pero no madre. Madre era amable, era agradable y cariñosa, madre era un sueño hecho realidad y una bendición en la tierra.

James no podía soportar pensar cómo se sentiría madre si ella pensaba que lo había herido en cualquier manera. Si él podía pasar por la Academia, si podía hacerle creer que no había verdadera diferencia en él, eso evitaría su dolor.

Él quería ir a casa. No quería enfrentar a nadie en la Academia. Era un cobarde. Pero no era lo suficiente cobarde para correría lejos de su propio sufrimiento, y dejar a su madre sufrir por él.

No eres un cobarde para nada, dijo tío Jem. Recuerdo un tiempo, cuando yo aún era James Carstairs, cuando tu madre aprendió, como ella pensó entonces, que podría no tener hijos. Estaba tan herida por eso. Pensó en sí misma tan cambiada, de todo lo que pensó que era. Le dije que al hombre correcto no le importaría, y por supuesto tu padre, el mejor de los hombres, el único digno de ella, no lo hizo. No le dije a ella... Yo era un niño y no sabía cómo decirle, que su coraje en soportar incertidumbre sobre ella misma me afectó. Ella dudó de sí misma, pero yo nunca podría dudar

de ella. Nunca podría dudar de ti ahora. Veo el mismo coraje en ti ahora, como lo vi en ella entonces.

James lloró, restregando su rostro contra la túnica de tío Jem como si él fuera más pequeño que Lucie. Él sabía que madre era valiente, pero seguramente el valor no se sentía como esto; él había pensado que sería algo bueno, no un sentimiento que podía romperte en pedazos.

Si ves humanidad como yo puedo verla, dijo tío Jem, un susurro en su mente, un sustento. Hay muy poco brillo y calor en el mundo para mí. Estoy muy distante de todos ustedes. Hay solo cuatro puntos de calor y brillo en el mundo entero, eso quema ferozmente suficiente para que yo sienta algo como la persona que era. Tu madre, tu padre, Lucie, y tú. Tú amas, y tiemblas, y quemas. No permitas que ninguno de ellos te diga quién eres. Eres la llama que no puede ser apagada. Eres la estrella que no puede perderse. Eres quien siempre has sido, y eso es suficiente y más que suficiente. Cualquiera quien te mire y vea oscuridad, está ciego.

—¿Más ciego que un Hermano Silencioso?
—preguntó James, e hipó.

Tío Jem se hizo un Hermano Silencioso muy joven, y extrañamente: Él cargaba runas en sus mejillas, pero sus ojos, aunque ensombrecidos, no estaban cocidos. Aun así, James nunca estuvo seguro de lo que había visto.

Hubo una risa en la mente de James, y él no se había reído, así que debía haber sido tío Jem. James se aferró a él por un instante más largo y se dijo a sí mismo que no podía pedirle al tío Jem que lo llevara a casa después de todo, o a la Ciudad Silenciosa, o a cualquier lugar siempre y cuando tío Jem no lo dejara en esta Academia llena de extraños a quienes nunca les había agradado y lo odiarían ahora.

Ellos deben estar incluso más ciegos que un Hermano Silencioso, aceptó tío Jem. Por qué puedo verte, James. Siempre voy a mirarte en busca de luz.

* * *

Si James hubiera sabido cómo iba a ser la vida en la Academia desde entonces, le habría pedido a tío Jem que lo llevara a casa.

No había esperado que Mike Smith saltara a sus pies en completo horror cuando James se acercó a su mesa.

—Ven siéntate con nosotros —llamó Clive Cartwright, uno de los amigos de Alastair Carstairs—. Eres un mundano, pero al menos no eres un monstruo.

Mike había huido con gratitud. James había visto a Esme encogerse una vez cuando caminó junto a ella en el corredor. Él no impuso su presencia a ella de nuevo.

No habría sido tan malo, James creía, si hubiera estado en cualquier lugar menos en la Academia. Estas eran paredes sagradas: Esto era donde los niños eran moldeados para Ascender y crecer aprendiendo a servir al Ángel.

Y esto era una escuela, y esto era como las escuelas funcionaban. James había leído libros sobre la escuela antes, había leído sobre alguien siendo enviado a Coventry, así nadie

les hablaría en absoluto. Sabía que el odio podía correr como fuego incontrolado a través de un grupo, y eso era solo entre mundanos enfrentando extrañezas mundanas.

James era más extraño que cualquier mundano jamás pudiera soñar, más extraño que cualquier Cazador de Sombras lo hubiera creído posible.

Se mudó de la habitación de Matthew, abajo a la oscuridad. Le fue dada su propia habitación, porque incluso los mundanos estaban muy asustados para dormir en la misma habitación que él. Incluso Dean Ashdown parecía estar asustado de él. Todos lo estaban.

Ellos actuaban como si quisieran cruzar a otro lado cuando lo veían, pero sabían que él era peor que un vampiro y no haría ningún bien. Temblaban cuando sus ojos caían sobre ellos, como si sus ojos de demonio amarillos pudieran quemar un perfecto hoyo a través de sus almas.

Ojos de demonio. James lo escuchó susurrado una y otra vez. Nunca había

pensado que tendría mucho tiempo para ser llamado Cara de cabra.

Nunca le habló a nadie, se sentó en la parte de atrás de la clase, comió tan rápido como pudo, y luego corrió lejos así la gente no tendría que mirarlo mientras comían. Se deslizó alrededor de la Academia como una odiada y repugnante sombra.

Tío Jem se había convertido en un Hermano Silencioso porque habría muerto de otra manera. Tío Jame tenía un lugar en el mundo, tenía amigos y un hogar, y su horror era que no podía estar en el lugar al que pertenecía. A veces después de sus visitas, James encontraba a su madre de pie ante la ventana, mirando afuera hacia la calle en la que tío Jem desde hace mucho tiempo había desaparecido, y encontraba a su padre en la sala de música viendo fijamente al violín que nadie más que tío Jem tenía permitido tocar.

Esa era la tragedia de la vida de tío Jem; era la tragedia de las vidas de sus padres. Pero, ¿cómo sería si no había ningún lugar en el mundo al que pertenecieras? ¿Si no pudieras

tener a nadie que te ame? ¿Qué si no podías ser un Cazador de Sombras o un brujo o cualquier otra cosa?

Quizá entonces eras peor que una tragedia. Tal vez no eras nada en absoluto.

James no estaba durmiendo muy bien. Seguía escurriéndose en el sueño y luego despertándose alarmado, preocupado de que estuviera escurriéndose en ese otro mundo, un mundo de sombras, donde él no era nada más que una sombra malvada entre sombras. No sabía cómo lo había hecho antes. Estaba aterrorizado de que fuera a suceder otra vez.

Tal vez todos los demás estaban deseando que pasara, sin embargo. Quizás todos ellos estaban rezando que se convirtiera en una sombra, y simplemente se deslizara lejos.

* * *

James despertó una mañana y no podía soportar la oscuridad y la sensación de piedra sobre su cabeza, presionando hacia abajo todo a su alrededor, por más tiempo. Subió las escaleras y salió a los terrenos.

Estaba esperando que aún fuera de noche, pero el cielo estaba claro por la mañana, las estrellas se volvieron invisibles contra el casi blanco del cielo. El único color que podía encontrarse en el cielo era el gris oscuro de las nubes, curvándose como fantasmas alrededor de la debilitada luna. Estaba lloviendo un poco, fríos pinchazos contra la piel de James. Se sentó sobre el escalón de piedra de la puerta trasera de la Academia, alzó una palma al cielo, y observó la lluvia plateada estrellándose en el hueco de su mano.

Deseó que la lluvia lo lavara, antes de tener que enfrentar otra mañana.

Estaba viendo su mano mientras deseaba eso, y lo vio pasar entonces. Sintió el cambio trepando sobre él y vio su mano volverse amenazantemente transparente. Vio las gotas de lluvia pasar por la sombra de su palma como si no estuviera ahí.

Se preguntó qué pensaría Grace, si pudiera verlo ahora.

Entonces escuchó el crujido de pies corriendo, martilleando contra la tierra, y el

entrenamiento de su padre hizo que la cabeza de James tirara hacia arriba para ver si alguien estaba siendo perseguido, si alguien estaba en peligro.

James vio a Matthew Fairchild corriendo como si estuviera siendo perseguido.

Sorprendentemente, él estaba usando equipo con el que, tanto como James sabía, había sido amenazado. Aún más sorprendente, él estaba participando en humillante ejercicio físico. Estaba corriendo más rápido de lo que James había visto a alguien correr en entrenamiento. Tal vez más rápido de lo que nunca James había visto a alguien correr, y estaba corriendo con todas sus fuerzas, su rostro tenso, bajo la lluvia.

James lo observó correr, frunciendo el ceño, hasta que Matthew alzó la vista al cielo, se detuvo, y luego comenzó a caminar arduamente hacia la Academia. James pensó que él sería descubierto por un momento, pensó en levantarse de un salto y correr alrededor hacia otro lado del edificio, pero Matthew no se dirigió a la puerta.

En su lugar Matthew fue y se quedó de pie contra la pared de piedra de la Academia, extraño y solemne en su equipo negro, cabello rubio salvaje con el viento y húmedo con la lluvia. Él apuntó su rostro al cielo, y lució tan infeliz como James se sentía.

No tenía sentido. Matthew tenía todo, siempre había tenido todo, mientras que James ahora tenía menos que nada. Eso puso a James furioso.

—¿Qué te pasa? —preguntó James.

Todo el cuerpo de Matthew se sacudió de golpe. Se giró para enfrentar a James, y mirarlo.

—¿Qué?

—Podrías haber notado que mi vida en este momento es mucho menos que ideal —dijo entre dientes—. Así que deja de hacer un espectáculo trágico sobre ti mismo por nada, y...

Matthew y no estaba apoyado contra la pared, y James no estaba sentado en el escalón. Los dos estaban parados. Y esto no era una

práctica en el campo de entrenamiento. James pensó que realmente iban a pelear, creyó que de verdad se podrían lastimar.

—Oh, lo siento mucho, James Herondale — se burló Matthew—. Olvidé que simplemente nadie podía hablar o respirar en este lugar sin provocar tu juicio crítico. Debo estar haciendo un espectáculo por nada, si tú lo dices. Por el Ángel, cambiaría de lugar contigo en un segundo.

—¿Cambiarías de lugar conmigo? —gritó James—. Eso es basura, una porquería, nunca lo harías. ¿Por qué harías eso? ¿Por qué incluso lo dices?

—Quizás sea el hecho que tienes todo lo que quiero —gruñó Matthew—. Y parece que tú ni siquiera lo quieres.

—¿Qué? —preguntó James sin comprender. Él vivía en tierras opuestas, en donde el cielo era la tierra y todos los días comenzaban con Y. Era la única explicación—. ¿Qué? ¿Qué tengo que quizás quieras?

—Ellos te enviarán a casa cuando quieras — dijo Matthew—. Están tratando de alejarte. Y

no importa lo que haga, ellos no me van a echar. No al hijo del cónsul.

James parpadeó. La lluvia se deslizó por sus mejillas y bajó hacia el cuello de su camisa, pero apenas lo sintió.

—Quieres... ¿que te echen?

—Quiero ir a casa, ¿está bien? —espetó Matthew—. ¡Quiero estar con mi padre!

—¿Qué? —dijo James sin comprender, una vez más.

Matthew podría insultar a los Nefilims, pero no importa lo que diga siempre parecía estar teniendo un maravilloso momento. James había creído que estaba disfrutando la Academia, como James nunca podría. James nunca pensó que podría estar siendo infeliz. Nunca había considerado a tío Henry.

El rostro de Matthew se retorció como si fuera a llorar. Lo miró con determinación a la distancia, y cuando habló su voz fue dura.

—Piensas que Christopher es malo, pero mi padre es mucho peor —dijo Matthew—. Cien veces peor que Christopher. Mil. Ha practicado

ser terrible por mucho más tiempo que Christopher. Él es tan despistado, y no puede... no puede caminar. Podría estar trabajando en un nuevo artefacto, o escribiéndole una carta a su amigo brujo en América sobre un nuevo artefacto, o trabajando en algún artefacto que literalmente explotó, y no se daría cuenta si su cabello está ardiendo.

No exagero, no estoy bromeando, he tenido que apagar las llamas en la cabeza de mi padre. Mi madre siempre está ocupada, y Charles Buford siempre está corriendo detrás de ella y actuando superior. Soy el único que cuida de mi padre. El único que lo escucha. No quería irme a la escuela y dejarlo, he estado haciendo todo lo posible para que me echen y volver.

Yo no cuido de mi padre. Mi padre cuida de mí, quería decir James, pero tenía miedo de ser cruel diciendo eso, cuando Matthew nunca había tenido esa seguridad incondicional.

A James se le ocurrió que un día podría existir una ocasión en el que su padre no pareciera un sabelotodo, capaz de resolver

cualquier cosa y hacer lo que sea. El pensamiento lo hizo sentir incómodo.

—¿Has estado tratando que te expulsen? —preguntó James. Habló despacio. Se sentía lento.

Matthew hizo un gesto de impaciencia, como si cortara zanahorias invisibles con un cuchillo invisible.

—Eso es lo que he estado tratando de decirte, sí. Pero no lo harán. He estado haciendo lo mejor para dar la impresión de ser el peor Cazador de Sombras en el mundo, y sin embargo no lo hacen. ¿Qué pasa con la decano, me pregunto? ¿Ella quiere sangre?

—La mejor impresión de ser el peor Cazador de Sombra —repitió James—. ¿Así que no crees en todo eso de la violencia y de ser repulsivo, la verdad, la belleza y Oscar Wilde?

—No, lo hago —dijo apresuradamente Matthew—. Realmente me gusta Oscar Wilde. Y la belleza y la verdad. Creo que no tiene sentido que porque nacemos como somos, no podemos ser pintores o poetas o crear

cualquier cosa, cuando todo lo que hacemos es matar. Mi padre y Christopher son genios, ¿lo sabes? Genios reales. Como Leonardo da Vinci. Él fue un mundano que...

—Sé quién es Leonardo da Vinci.

Matthew lo miró y sonrió, fue una sonrisa gradual y esclarecedora como el amanecer, y James tuvo el profundo sentimiento que podría no ser inmune después de todo.

—Por supuesto que sí, James —dijo Matthew—. Olvidé con quién estaba hablando por un momento. De todos modos, Christopher y mi padre son verdaderamente brillantes. Sus inventos han cambiado la manera en la que los Cazadores de Sombras dirigen el mundo, la manera como luchan contra los demonios. Y todos los Cazadores de Sombras en todas partes los miran como inferiores. Nunca van a ver que lo que hacen es valioso. Y alguien que quiera escribir obras de teatro, para elaborar un hermoso arte, lo tirarían a la calle como basura.

—¿Tú quieres... eso? —preguntó James vacilante.

—No —dijo Matthew—. No puedo dibujar por caramelos, en realidad. Desde luego, no puedo escribir obras. Cuanto menos hable sobre mi poesía mejor. Aprecio el arte, sin embargo. Soy un excelente espectador. Puedo ser un observador por Inglaterra.

—Podrías, umm, ser un actor —sugirió James—. Cuando hablas, todo el mundo te escucha. Especialmente cuando cuentas historias.

Matthew miró, probablemente, hacia el escenario o algo así.

—Es una buena idea —dijo Matthew—. Pero creo que preferiría que no me echen de casa y poder ver ocasionalmente a mi padre. Además, creo que la violencia es terrible y sin sentido, pero soy realmente bueno en eso. De hecho, lo disfruto. No es que voy a dejar a nuestros maestros. Me gustaría ser bueno en algo que le agregue belleza al mundo en lugar de pintarla con sangre, de verdad, pero ahí lo tienes.

Se encogió de hombros.

James no creía que fueran a luchar después de todo, así que se sentó en el escalón. Sintió que quería sentarse.

—Creo que los Cazadores de Sombras pueden agregarle belleza al mundo —dijo—. Quiero decir, por un lado salvamos vidas. Sé que lo dije antes, pero es muy importante. Las personas que salvamos, cualquiera de ellos, podría ser el próximo Leonardo da Vinci, u Oscar Wilde, o simplemente alguien que es muy amable, que propaga la belleza de esa manera. O quizás solamente sea alguien que otra persona ame, como tú amas a tu padre. A lo mejor tienes razón en que los Cazadores de Sombras somos más limitados, que no tenemos todas las gamas de posibilidades que los mundanos tienen, pero nosotros hacemos que los mundanos puedan vivir. Eso es para lo que nacimos. Es un privilegio. No voy a huir de la Academia. No voy a huir de nada. Puedo soportar las Marcas, y eso me convierte en Cazador de Sombras, y eso es lo que voy a hacer sin importar si los Nefilims quieren o no.

—Puedes ser un Cazador de Sombras sin ir a la Academia —dijo Matthew—. Puedes entrenar en un Instituto, como lo hizo el tío Will. Eso es lo que quería, así podía quedarme con mi padre.

—Puedo. Pero... —James vaciló—... no quiero ser enviado a casa. Mi madre tendría que saber por qué.

Matthew se quedó en silencio por un rato. No había nada más que el sonido de la lluvia.

—Me agrada la tía Tessa —dijo—. Nunca fui a Londres porque me preocupaba dejar a mi padre. Siempre desee que ella pudiera venir a Idris más seguido.

James había recibido varios golpes esta mañana que en realidad no fueron tan malos, pero esta revelación fue inoportuna e inevitable. Por supuesto que madre y padre rara vez iban a Idris. Desde luego, James y Lucie se habían criado en Londres, un poco apartados de sus familiares.

Porque había algunas personas en Idris, que eran Cazadores de Sombras arrogantes, los cuales creían que madre no era digna de

caminar entre ellos, y padre nunca dejaría que la insultaran.

Ahora sería peor, las personas murmuraban que le había pasado la desgracia a sus hijos. Las personas decían cosas horribles sobre Lucie, James sabía sobre los dibujos, riéndose de su pequeña hermana. A Lucie nunca se le permitiría venir a la Academia.

Matthew se aclaró la garganta.

—Supongo que puedo entender todo eso. Tal vez deje de ser tan celoso de que a ti te puedan echar de la escuela. Quizás pueda entender que tus objetivos sean nobles. Sin embargo, todavía no entiendo por qué haces tan evidente que detestas verme. Lo sé, lo sé, sé que eres distante y que deseas estar solo con la literatura todo el tiempo, pero eres particularmente repulsivo conmigo. Es muy tormentoso. La mayoría de la gente me quiere. Te lo dije. Ni siquiera me tengo que esforzar.

—Sí, eres un muy buen Cazador de Sombras y todo el mundo te quiere, Matthew —dijo James—. Gracias por la aclaración.

—Tú no me quieres —exclamó Matthew—. ¡Me esfuerso contigo! Y todavía no me quieres.

—La cosa es —dijo James—, me suelen gustar las personas modestas, humildes, ya sabes.

Matthew hizo una pausa, apreciando a James por un momento, luego se echó a reír.

James se sorprendió por lo gratificante que era. Le hacía sentir como si pudiera dejar salir la humillante verdad.

Cerró los ojos y dijo:

—Yo estaba celoso de ti.

Cuando abrió los ojos, Matthew lo miraba cauteloso, como si esperara un truco.

—¿De qué?

—Bueno, a ti no se te considera una abominación sobre esta tierra.

—Sí, pero, sin ánimo de ofender, James, nadie más es como tú —remarcó Matthew—. Tú eres nuestro único atractivo en la escuela, como la escultura de un pollo guerrero. Si tuviéramos uno de esos. Te disgustaría que

nadie sepa que eres una abominación, de todos modos. Bueno, supongo que simplemente estás tratando de herir mis sentimientos. Digno de ti. Estoy disgustado.

—No soy distante —dijo James—. No sé de dónde sacaste esa idea.

—Del distanciamiento, supongo —especuló Matthew.

—Soy estudioso —dijo James—. Leí libros todo el tiempo y no sé cómo hablar con las personas. Si fuera una chica viviendo en los viejos tiempos, las personas me llamarían intelectual. Me gustaría poder hablar con las personas como tú lo haces. Desearía poder sonreírle a las personas y que me quieran. Me gustaría poder contar una historia y que todo el mundo me escuche, y tener personas que me sigan a donde sea que vaya. Bueno, no, yo no, pero estoy un poco aterrado por las personas, pero me gustaría poder hacer todo lo que haces, justo lo mismo. Quería ser amigo de Thomas y Christopher, porque me agradaron y pensé que tal vez eran similares a mí, y que yo les caía bien. ¿Estabas celoso que a mí me

pueden expulsar de la escuela? Yo estaba celoso de ti primero. Estaba celoso de todo sobre ti, y todavía lo estoy.

—Espera —dijo Matthew—. Espera, espera, espera. ¿No me quieres porque soy demasiado encantador?

Echó la cabeza hacia atrás y rió. Siguió riendo. Se rió tanto que tuvo que sentarse al lado de James en el escalón, y luego se echó a reír un poco más.

—Para, Matthew —gruñó James—. Deja de reír. Estoy compartiendo mis sentimientos más íntimos contigo. Esto es muy doloroso.

—He estado de mal humor todo este tiempo —dijo Matthew—. ¿Tú ahora crees que soy encantador? No tienes ni idea.

James lo golpeó en el brazo. No pudo evitar sonreír. Vio a Matthew lucir muy satisfecho consigo mismo.

* * *

Algún tiempo después, Matthew condujo a James en el desayuno hacia su mesa, en la cual James se dio cuenta que sólo estaban

Christopher y Thomas, y era una mesa bastante selecta después de todo.

Christopher y Thomas, en otra mañana llena de sorpresas para James, parecían contentos de verlos.

—Oh, ¿has decidido no detestar más a Matthew? —preguntó Christopher—. Estoy muy contento. Estabas lastimando mis sentimientos. Aunque se supone que no debemos hablar de eso contigo. —Miró de una manera soñadora la canasta de pan, como si fuera una maravillosa pintura—. Me olvidé de eso.

Thomas puso la cabeza encima de la mesa.

—¿Por qué eres de esa manera?

Matthew se acercó y le dio unas palmaditas en la espalda a Thomas, luego salvó a Christopher de que prendiera fuego a sus mangas con la llama de la vela. James agarró la vela y sonrió.

—Si en algún momento ves a Christopher cerca de una llama, apártalo de ella, o aparta a la llama de él —dijo Matthew—. Enfréntame en

una buena lucha. Debo estar atento eternamente.

—Eso debe ser difícil, cuando estás rodeado por, ummm, tu adorado público —dijo James.

—Bueno —dijo Matthew, y se detuvo—, es posible —dijo y se detuvo otra vez—, puede que yo haya sido... ¿un poco creído? Mira, si ustedes no quieren ser mis amigos, todos los demás quieren, ustedes pueden estar cometiendo un grave error. Puede que yo lo haya estado haciendo. Posiblemente.

—¿Eso es todo? —preguntó Thomas—. Gracias al Ángel. ¡Sabes que las multitudes me ponen nervioso! Sabes que nunca se me ocurriría qué decirles. No soy ingenioso como tú o no soy frío y distante como James o viviendo en la nube como Christopher. Vine a la Academia para alejarme de ser el supervisor de mis hermanas, pero mis hermanas me ponen mucho menos nervioso que arietes volando por el aire y fiestas todo el tiempo. ¡Por favor podemos tener un poco de paz y quietud de vez en cuando!

James miró a Thomas.

—¿Todo el mundo piensa que soy distante?

—No, la mayoría de las personas creen que eres una abominación sobre la tierra —dijo Matthew alegremente—. ¿Recuerdas?

Thomas parecía estar a punto de poner su cabeza sobre la mesa, pero se alegró cuando vio que James no se había ofendido.

—¿Por qué será? —preguntó Christopher educadamente.

James lo miró fijamente.

—¿Porque puedo cambiar de carne y sangre a una espantosa sombra?

—Oh —dijo Christopher. Sus soñadores ojos lavanda se enfocaron por un momento—. Eso es muy interesante —le dijo a James, su voz clara—. Deberías dejarnos a tío Henry y a mí llevar a cabo muchos experimentos contigo. Podríamos hacer un experimento ahora mismo.

—No, no podríamos —dijo Matthew—. Sin experimentos en la hora del desayuno. Agrégalo a la lista, Christopher.

Christopher suspiró.

Y así como así, como si siempre hubiera sido así de fácil, James tenía amigos. Le gustaban Thomas y Christopher tanto como él había sabido siempre que lo haría.

Aunque de todos sus nuevos amigos, le gustaba más Matthew. Matthew siempre quería hablar acerca de los libros que James había leído, o contar a James una historia tan buena como un libro. Él hacía esfuerzos obvios para encontrar a James cuando James no estaba allí, y esfuerzos obvios para proteger a James cuando él estaba allí. James no tenía muchas cosas sobre las cuales escribir cartas a casa: y terminó escribiendo cartas que estaban llenas de Matthew.

James sabía que Matthew probablemente solo sintiera lastima por él. Matthew siempre estaba velando por Christopher y Thomas, con el mismo minucioso cuidado con que había velado por su padre. Matthew era amable.

Eso estaba muy bien. James habría querido absolutamente compartir habitación con Matthew, ahora eso estaba fuera de discusión.

—¿Por qué la gente te llama Ojos de Demonio, James? —preguntó Christopher un día cuando estaban sentados alrededor de una mesa, estudiando el recuento de Ragnor Fell de los primeros Acuerdos.

—Porque tengo ojos dorados como iluminados por fuegos infernales de eldritch —dijo James. Había oído a una chica susurrando eso y pensó que sonaba bastante poético.

—Ah —dijo Christopher—. ¿Te pareces en lo absoluto al lado de tu abuelo por eso? El demoniaco, me refiero.

—¡No puedes simplemente preguntar si la gente se parece a su abuelo demonio! —gimió Thomas—. ¡Luego preguntaras al profesor Fell si se parece a su padre demonio! Por favor, por favor no le preguntes al profesor Fell si luce como su padre demonio. Él tiene una lengua cortante. También, quizás te corte con un cuchillo.

—¿Fell? —inquirió Christopher.

—Nuestro profesor —dijo Matthew—. Nuestro profesor verde.

Christopher pareció genuinamente asombrado.

—¿Tenemos un profesor que es verde?

—James luce como su padre —dijo Matthew inesperadamente, luego entrecerró sus risueños ojos oscuros en dirección a James a manera de contemplación—. O lo hará, cuando crezca su cara y deje de ser ángulos apuntando a distintas direcciones.

James lentamente alzó su libro abierto para esconder su cara, pero estaba secretamente complacido.

La amistad de Matthew hizo a otros amigos, reptar hacia delante, también. Esme arrinconó a James y le dijo cuán apenada estaba que Mike estuviera siendo un idiota. También le dijo que esperaba que James no tomara esta expresión de preocupación amistosa de una manera romántica.

—De hecho, tengo bastante cariño por Matthew Fairchild —agregó Esme—, por favor intercede por mí allí.

La vida era mucho, mucho mejor ahora que tenía amigos, pero eso no significaba que todo era perfecto, o incluso arreglado. La gente estaba todavía temerosa de él, todavía siseaban “Ojos de Demonio” y murmuraban acerca de sombras impuras.

—Pulvis et umbra sumus —dijo James una vez, en voz alta en clase, después de oír demasiados susurros—. Mi padre dice eso algunas veces. No somos más que polvo y sombras. Quizás solo estoy... obteniendo una ventaja sobre ustedes.

Varias personas en el salón de clases estaban mirándolo alarmados.

—¿Qué dijo? —susurró Mike Smith, claramente agitado.

—No es lenguaje demoniaco, bufón —espetó Matthew—. Es latín.

Pese a todo lo que Matthew podía hacer, los susurros crecieron y crecieron. James se mantuvo esperando un desastre.

Y entonces los demonios fueron liberados en el bosque.

* * *

—Seré compañero de Christopher —dijo Thomas en su siguiente ejercicio de entrenamiento, sonando resignado.

—Excelente, yo seré compañero de James —dijo Matthew—. Él me recuerda la nobleza en la manera de vida de los Cazadores de Sombras. Él me mantiene correcto. Si soy apartado de él, me volveré distraído por la verdad y la belleza. Sé que lo haré.

Sus profesores parecían extremadamente complacidos de que Matthew estaba en efecto, participando en las materias de entrenamiento ahora, aparte de las materias solo para los élites, en las cuales Thomas reportó que Matthew todavía estaba determinado a estar sin esperanza.

James no sabía por qué los profesores estaban tan preocupados. Era obvio que tan pronto como alguien estuviera realmente en peligro, Matthew saltaría en su defensa.

James estaba feliz de estar tan seguro de eso, mientras caminaban a través del bosque. Era un día ventoso, y parecía como si cada

árbol estuviera encorvándose para aullar en su oído, y él sabía que cajas Pyxis habían sido colocadas a lo largo del bosque por estudiantes más viejos... cajas Pyxis con los más pequeños y más inofensivos de los demonios dentro, pero igual cajas Pyxis reales con demonios reales dentro, con quienes ellos estaban destinados a pelear. Las cajas Pyxis eran un poco obsoletas en estos días, pero todavía eran usadas para transportar demonios de manera segura. Si los demonios pudieran ser dichos como seguros alguna vez.

La tía de James, Ella, quien él nunca había visto, había sido asesinada por un demonio de una caja Pyxis cuando ella era más joven de lo que James era ahora.

Todos los árboles parecían estar susurrando acerca de demonios.

Pero Matthew estaba a su lado, y ambos estaban armados. Él podía confiar en sí mismo para matar un pequeño y casi indefenso demonio, y si él podía confiar en sí mismo, podía confiar más en Matthew.

Ellos esperaron, y caminaron, luego esperaron. Hubo un crujido entre los arboles: Resulto ser una combinación de viento y un simple conejo.

—Quizás los años superiores olvidaron disponer nuestro bufé de demonios —sugirió Matthew—. Es un hermoso día de primavera. En tiempos como estos, los pensamientos de uno están llenos con amor y flores, no demonios. Quién soy yo para juzgar...

Matthew se calló abruptamente. Agarró el brazo de James, dedos apretados, y James miró fijamente abajo hacia lo que Matthew había descubierto en el brezo.

Era Clive Cartwright, el amigo de Alastair. Estaba muerto.

Sus ojos estaban abiertos, mirando hacia la nada, y en una mano estaba agarrando una caja Pyxis vacía.

James agarró el brazo de Matthew y lo giró en un círculo, mirando alrededor, esperando. Podía ver lo que había sucedido: Vamos a darle a Ojos de Demonio un susto, un demonio no lastimará a uno de su clase, vamos a

ahuyentarlo de una vez por todas con un demonio más grande de lo que él estaba esperando.

No podía decir qué clase de demonio era, pero la pregunta fue respondida cuando el demonio salió hacia ellos a través del bosque silvestre.

Era un demonio Vetis, su forma casi humana pero no totalmente, arrastrando su gris y escamoso cuerpo por las hojas caídas. James vio las cabezas como de anguila en sus brazos levantándose, como las cabezas punteras de perros cazando.

James se deslizó de piel a sombra sin pensarlo, como sumergiéndose en el agua para rescatar a alguien, tan fácil como eso. Corrió sin ser visto hacia el demonio Vetis y, levantando su espada, atravesó una cabeza buscadora de su brazo. Giró para encarar la cara en el otro brazo. Iba a llamar a Matthew pero cuando miró atrás, vio a Matthew claramente, a pesar del brillante sombrío del mundo. Matthew ya tenía su arco fuera, tensado y levantado. Él pudo ver los ojos

entrecerrados de Matthew, la determinada concentración que siempre estaba detrás de la risa, y permanecía cuando su risa era removida.

Matthew disparó al demonio Vetis en la cara de dientes afilados y ojos rojos que estaba encima de su cuello, justo mientras James cortaba la otra cabeza del brazo restante. El demonio se tambaleó, luego cayó de lado, retorciéndose.

Y James corrió a través de los árboles, a través del viento y los susurros, con miedo a nada, con Matthew corriendo detrás de él. Encontró a Alastair y su amigo restante, escondiéndose detrás de un árbol. Se acercó sigilosamente a ellos, una sombra entre sombras remolinentes de árboles agitados por el viento, y mantuvo su espada hacia la garganta de Alastair.

Mientras James estuviera tocando la espada, nadie podría verla. Pero Alastair sintió el filo de la hoja y jadeó.

—¡No pretendíamos que nada de esto pasara! —gritó el amigo de Alastair, mirando

alrededor incontroladamente. Alastair fue lo suficientemente sabio para quedarse callado—. Fue idea de Clive... él

dijo que finalmente conseguiríamos que te fueras... él solo pretendía asustarte.

—¿Quién está asustado? —susurró James, y el susurro vino de ninguna parte. Oyó a los chicos mayores jadear de miedo—. Yo no soy el que está asustado. Si vienen tras de mí otra vez, no seré quien sufra. ¡Corran!

El par que una vez había sido un trío tropezó alejándose. James presionó una mano alrededor de la empuñadura de su espada, contra la corteza del árbol, y se obligó a sí mismo de vuelta al mundo de solidez y luz solar. Encontró a Matthew mirándolo fijamente. Matthew había sabido, todo el tiempo, exactamente dónde estaba él.

—Jamie —dijo Matthew, sonando inquieto pero impresionado—, eso fue aterrador.

—Es James, por última vez —dijo James.

—No, te llamaré Jamie por un tiempo, porque acabas de exhibir poder arcano y llamándote Jamie me hace sentir mejor.

James rió, tembloroso, y eso hizo sonreír a Matthew. No se les ocurrió luego sino hasta después que un estudiante estaba muerto, y los Cazadores de Sombras temían y desconfiaban de lo demoníaco... que alguien sería culpado. James no descubrió sino hasta el día siguiente que sus padres habían sido informados de todo lo que había acontecido, y de que él, James Herondale, estaba ahora oficialmente expulsado.

* * *

Ellos lo mantuvieron en la enfermería hasta que su padre vino. No dijeron que esto fue porque la enfermería tenía barras en su puerta.

Esme vino y le dio a James un abrazo, y prometió buscarlo cuando ella Ascendiera.

Ragnor Fell entró, su paso pesado, y por un momento James pensó que le pediría su tarea. En su lugar, Ragnor se paró cerca de su cama y sacudió su cabeza cornuda de lado a lado.

—Esperé a que me pidieras ayuda —le dijo Ragnor—. Pensé que quizás podías hacer de brujo.

—Nunca quise ser nada sino un Cazador de Sombras —dijo James sin poder contenerse.

Ragnor dijo, sonando disgustado como siempre:

—Ustedes, Cazadores de Sombras, nunca lo hacen.

Christopher y Thomas le visitaron. Christopher trajo una cesta de frutas, bajo la equivocada impresión de que James estaba en la enfermería porque estaba indispuesto. Thomas se disculpó por Christopher varias veces.

Sin embargo, James no vio a Matthew sino hasta que su padre llegó. Padre no vino en una misión para encantar a la decano. Su cara era adusta mientras escoltaba a James por las brillantes paredes grises de la Academia, bajo los flameantes colores de la vidriera policromada del ángel, por última vez. Él bajo ofendido por las escaleras y a través de salas

como desafiando a alguien para que insultara a James.

James sabía que nadie lo haría alguna vez, no en frente de padre. Ellos susurrarían a sus espaldas, susurrarían en el oído de James, durante toda su vida.

—Debiste habernos dicho, Jamie —dijo padre—, pero Jem nos explicó por qué no lo hiciste.

—¿Cómo está madre? —susurró James.

—Lloró cuando Jem le dijo, y dijo que eras su niño adorable —dijo padre—. Creo que quizás esté planeando estrangularte y luego hornearte un pastel más tarde.

—Me gusta el pastel —dijo James al fin.

Todo ese sufrimiento, toda su nobleza tratando de no herir sus sentimientos, ¿y para qué?, pensó James, mientras salía por la puerta de la Academia. La había salvado solo de un mes o dos de dolor. Esperaba que eso no significara que él era un fracaso: Esperaba que tío Jem todavía pensara que valía la pena.

Vio a Matthew de pie en el patio, sus manos en sus bolsillos, y animado. Matthew había venido a decir adiós, después de todo. Sí sintió que valió la pena haberse quedado, después de todo, para haber hecho un amigo como éste.

—¿Estás expulsado? —preguntó Matthew, lo cual James pensó que era ligeramente obtuso.

—¿Sí? —dijo él, señalando a su padre y su baúl.

—Pensé que lo estabas —dijo Matthew, asintiendo vigorosamente así su muy peinado cabello fue cayendo en cada dirección—. Así que tuve que actuar. Pero quería estar absolutamente seguro. Verás, James, la cosa es...

—¿No es ese Alastair Carstairs? —preguntó padre, espabilándose.

Alastair no enfrentó los ojos de James mientras se escabullía hacia él. Definitivamente no respondió a la sonrisa radiante de padre. Él parecía muy interesado en las baldosas del patio.

—Solo quería decir... lo siento por todo —murmuró él—. Buena suerte.

—Oh —dijo James—. Gracias.

—Sin resentimientos, viejo amigo —dijo Matthew—. Como una pequeña broma alegre, puse todas tus pertenencias en el ala sur. ¡No sé por qué hice eso! Buen ánimo infantil, supongo.

—¿Hiciste qué? —Alastair le dio a Matthew una mirada agobiada, y se marchó con velocidad.

Matthew se volteó hacia el padre de James y tomó dramáticamente su mano.

—¡Oh, Sr. Herondale! —dijo él—. ¡Por favor lléveme con usted!

—Es Matthew, ¿no es así? —preguntó padre. Él trató de soltar su mano. Matthew se aferraba a ella con extrema determinación.

James sonrió. Pudo haberle contado a padre acerca de la determinación de Matthew.

—Verá —procedió Matthew—. También estoy expulsado de la Academia de Cazadores de Sombras.

—¿Fuiste expulsado? —preguntó James—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—En más o menos cuatro minutos —dijo Matthew—, porque rompí mi palabra solemne y exploté el ala sur de la Academia.

James y su padre miraron el ala sur. De pie, viéndose como si fuera a permanecer por otro siglo.

—Tenía la esperanza de no tener que llegar a esto, pero así ha sido. Le di a Christopher ciertos materiales que sabía que él podía convertir en explosivos. Los medí con mucho cuidado, me aseguré de que eran de acción lenta, e hice a Thomas jurar que se llevaría a Christopher lejos. He dejado una nota explicando que era mi culpa, pero no deseo explicarle esto a madre. ¡Por favor, llévame contigo al Instituto de Londres, para que pueda ser enseñado cómo ser Cazador de Sombras con James!

—Charlotte me cortará la cabeza —dijo padre.

Sonaba tentado, sin embargo. Matthew estaba centelleando malvadamente hacia él, y

padre disfrutaba la maldad. Además de lo cual, no era más inmune a La Sonrisa que cualquier otro.

—Padre, por favor —dijo James con una voz tranquila.

—¡Sr. Herondale, por favor! —dijo Matthew—. No podemos estar separados. —James se preparó para la explicación acerca de la verdad y la belleza, pero en su lugar, Matthew dijo, con simplicidad demoledora—: Vamos a ser parabatai.

James lo miró.

Padre dijo:

—Ah, ya veo.

Matthew asintió alentadoramente, y sonrió alentadoramente.

—Entonces nadie debe interponerse entre ustedes —dijo padre.

—Nadie. Matthew negó con la cabeza mientras decía "nadie", luego asintió de nuevo. Pareció seráfico—. Exactamente.

—Muy bien —dijo padre—. Todo el mundo entre en el coche.

—Padre, no robaste el coche del tío Gabriel de nuevo —dijo James.

—Este es tu tiempo de angustia. Él querría que lo tuviera, y me lo habría dado, si se lo hubiera pedido, que como sucede no hice —dijo padre.

Ayudó a Matthew a subir, luego arrastró el baúl de Matthew a su lugar y lo ató firmemente. Él le dio una mirada perpleja mientras lo hacía. James imaginó que el baúl de Matthew era significativamente más pesado que el de James.

Luego ayudó a James a subir junto a Matthew, y luego se balanceó para sentarse al otro lado de James. Cogió las riendas y estaban fuera.

—Cuando el ala sur se derrumbe, podría haber escombros —comentó padre—. Cualquiera de nosotros podría estar herido. —Sonaba muy animado sobre esto—. Mejor nos detenemos de camino a casa y vemos a los Hermanos Silenciosos.

—Eso parece excesi... —comenzó Matthew, pero James le dio un codazo. Matthew aprendería cómo padre era acerca de los Hermanos Silenciosos pronto.

De todos modos, James no pensaba que Matthew tenía derecho a caracterizar el comportamiento de otra persona como excesivo, ahora que había volado la Academia.

—Estaba pensando que podríamos dividir nuestro tiempo de entrenamiento entre el Instituto de Londres y mi casa —continuó Matthew—. La casa del cónsul. Donde la gente no puede insultarte, y pueden acostumbrarse a verte.

Matthew realmente hablaba en serio acerca de ser entrenado juntos, pensó James. Había planeado todo. Y si James estaba en Idris más a menudo, tal vez podría ver a Grace más a menudo, también.

—Me gustaría eso —dijo James—. Sé que te gustaría ver más a tu padre.

Matthew sonrió. Detrás de ellos, la Academia explotó. El carro se sacudió ligeramente con la fuerza del impacto.

—Nosotros no... tenemos que ser parabatai —dijo Matthew, su voz tranquila bajo el sonido de la explosión—. Lo dije para que tu padre me llevara con ustedes, y así poder ejecutar mi nuevo plan, pero nosotros no... tenemos que. Quiero decir, a menos que tú... tal vez quieras serlo.

James había pensado que quería un amigo como él, un parabatai que fuera tímido y tranquilo y entraría en los sentimientos de James sobre el terror a las fiestas. En cambio aquí estaba Matthew, quien era la vida y el alma de todas las fiestas, quien tomaba apresuradas terribles decisiones, quien era inesperada y terriblemente amable. Quien había tratado de ser su amigo y seguía intentando, a pesar de que James no sabía lo que intentar ser un amigo significaba. Quien podría ver a James, incluso cuando era una sombra.

—Sí —dijo James simplemente.

—¿Qué? —dijo Matthew, que siempre sabía qué decir.

—Me gustaría eso —dijo James. Él curvó sus manos, una alrededor de la manga de la chaqueta de su padre, y una alrededor de la Matthew. Se aferró a ellos, todo el camino a casa.

Academia de Cazadores de Sombras, 2008

—Así que James encontró un parabatai y todo salió muy bien —dijo Simon—. Eso es genial.

James era el hijo de Tessa Gray, Simon se había dado cuenta, un largo camino en la historia. Era extraño pensar que parecía traer a ese niño perdido muy cerca, él y su amigo. A Simon le gustaba el sonido de James. Le había gustado Tessa, también.

Y a pesar de que estaba empezando a tener la sensación, incluso sin sus recuerdos, de que no siempre le había gustado Jace Herondale, le gustaba ahora.

Catarina rodó los ojos tan duro que Simon pensó que los oía rodar, como diminutas bolas de boliche exasperadas.

—No, Simon. La Academia sacó a James Herondale por ser diferente, y toda lo que la gente que lo amaba pudo hacer fue seguirlo. Las personas que los sacaron tuvieron que reconstruir parte de su preciada Academia, eso sí.

—Uh —dijo Simon—. Lo siento, es el mensaje que estoy destinado a estar aprendiendo “¿sal, sal tan rápido como puedas?”.

—Tal vez —dijo Catarina—. Tal vez el mensaje es que confíes en tus amigos. Quizás el mensaje no es que la gente en el pasado lo hizo mal, pero ahora todos debemos tratar de hacerlo mejor. Tal vez el mensaje es que tienes que lograr estas cosas por ti mismo. ¿Crees que todas las lecciones tienen conclusiones fáciles? No seas un niño, Vampiro Diurno. Ya no eres más inmortal. No tienes mucho tiempo que perder.

Simon tomó eso como el despido que era, recogiendo sus libros.

—Gracias por la historia, Sra. Loss.

Corrió escaleras abajo y fuera de la Academia, pero estaba demasiado tarde, como había sabido que iba a estar.

Estaba apenas afuera de la puerta cuando vio a los escorias, sucios y cansados, tomados del brazo, dando bandazos desde los campos de entrenamiento. Marisol estaba delante, con su brazo enlazado al de George. Parecía como si alguien hubiera tratado de arrancar todo su cabello.

—¿Dónde estabas, Lewis? —gritó—. ¡Nos hubiera venido bien tus vítores ya que ganamos!

Algo más por detrás de ellos estaban los elites. Jon se veía muy infeliz, lo que llenó a Simon de un profundo sentido de paz.

Confía en tus amigos, Catarina había dicho.

Simon podía hablar con mundanos en clase, pero importaba más que George y Marisol y Sunil hablaban también. Simon no quería cambiar las cosas por ser el especial, el mundano excepcional, el antiguo Vampiro Diurno y antiguo héroe. Todos ellos habían

elegido venir a tratar de ser héroes. Sus compañeros escorias podrían ganar sin él.

Había un motivo más que Catarina podría haber tenido que no había anunciado, pensó Simon.

Ella había oído esta historia de su amigo muerto Ragnor Fell.

Catarina había escuchado historias de su amigo, de la forma en que James Herondale había escuchado historias de su padre. Ser capaz de contar las historias de nuevo, tener a alguien para escuchar y aprender, significaba que su amigo no estaba perdido.

Tal vez podría escribirle a Clary, pensó Simon, así como a Isabelle. Tal vez podría confiar en que ella lo amara a pesar de cuántas veces le había fallado. Tal vez él estaba listo para escuchar historias sobre sí mismo y sobre ella. No quería perder a su amiga.

Simon estaba escribiéndole su carta a Clary cuando George entró, secando su cabello. Había tomado su vida en sus manos y se había arriesgado a ducharse en el baño de las escorias.

—Ey —dijo Simon.

—Ey, ¿dónde estabas mientras el juego estaba pasando? —preguntó George—. Pensé que nunca ibas a volver y tendría que ser amigo de Jon Cartwright. Entonces pensé acerca de ser amigo de Jon, estaba abrumado por la desesperación, y decidí buscar una de las ranas que sé que viven aquí, darle pequeños lentes de rana y llamarlo Simon 2.0.

Simon se encogió de hombros, sin saber lo mucho que se suponía debía decir.

—Catarina me mantuvo después de la clase.

—Cuidado, o alguien podría empezar rumores sobre ustedes dos —dijo George—. No es que yo juzgaría. Ella es obviamente... cerúleamente encantadora.

—Ella me contó una larga historia de Cazadores de Sombras siendo idiotas y sobre parabatai. ¿Qué piensas acerca de todo la cosa parabatai, de todos modos? El misterio parabatai es como una pulsera de la amistad que nunca se puede retirar.

—Creo que suena bien —dijo George—. Me gustaría eso, el tener a alguien quien siempre cuide mi espalda. Alguien con quien podría contar en los momentos en que este mundo aterrador se vuelve aún más aterrador.

—Haces que suene como si hay alguien a quien se lo pedirías.

—Te lo pediría a ti, sí —dijo George, con una pequeña sonrisa incómoda—. Pero sé que tú no me lo pedirías a mí. Yo sé a quién le pedirías. Y eso está bien. Todavía tengo a la rana Simon —añadió pensativamente—. Aunque no estoy seguro de que tenga exactamente material de Cazador de Sombras.

Simon se rió de la broma, como George lo había querido, suavizando el momento incómodo.

—¿Cómo estuvieron las duchas?

—Tengo una palabra para ti, si —dijo George—. Una triste, triste palabra. Arenoso. Tuve que ducharme, sin embargo. Yo estaba asqueroso. Nuestra victoria fue increíble, pero duramente ganada. ¿Por qué los Cazadores de Sombras son tan flexibles, Simon? ¿Por qué?

George siguió quejándose de los entusiastas intentos si no calificados de Jon Cartwright en el béisbol, pero Simon no estaba escuchando.

Yo sé a quién le pedirías.

Un destello de memoria llegó a Simon, como a veces lo hacía, cortando como un cuchillo. Te amo, le había dicho a Clary. Lo había dicho creyendo que iba a morir. Había querido que aquéllas fueran sus últimas palabras antes de morir, las palabras más verdaderas que podía hablar.

Había estado pensando todo este tiempo acerca de sus dos vidas posibles, pero no tenía dos vidas posibles. Tuvo una vida real, con recuerdos reales y una verdadera mejor amiga. Tenía su infancia como lo había sido en realidad, de la mano con Clary mientras cruzaban la calle, y el último año como lo había sido en realidad, con Jace salvando su vida y con él salvando la de Isabelle y con Clary allí, Clary, siempre Clary.

La otra vida, la tan llamada vida normal sin su mejor amiga, era una falsificación. Era como

un gigante tapiz tejido retratando su vida, escenas que se muestran en los hilos que estaban en todos los colores del arcoíris, excepto que tenía un color, uno de los colores más brillantes, arrancado.

A Simon le gustaba George, le gustaban todos sus amigos en la Academia, pero no era James Herondale. Ya había tenido amigos antes de venir aquí.

Amigos por los que vivir y morir, para enredar cada recuerdo. Los otros Cazadores de Sombras, especialmente Clary, eran una parte de él. Ella era el color que había sido arrancado, el hilo brillante tejido a través de sus primeros recuerdos hasta los últimos. Algo faltaba en el patrón de la vida de Simon sin Clary, y nunca sería correcto otra vez, a menos que ella fue restaurada.

Mi mejor amiga, pensó Simon. Otra cosa por la que vale la pena vivir en este mundo, por la que vale la pena ser un Cazador de

Sombras. Tal vez ella no querría ser su parabatai. Dios sabía que Simon no se lo había ganado. Pero si lo conseguía a través de esta

escuela, si se las arreglaba para convertirse en un Cazador de Sombras, tendría todos los recuerdos de su mejor amiga de vuelta.

Podía tratar por la unión entre Jace y Alec, entre James Herondale y Matthew Fairchild. Podría preguntarle si realizaría el ritual y hablaría las palabras que le dirían al mundo lo que había entre ellos, y que era irrompible.

Al menos podría preguntarle a Clary.



El Mal que Amamos

Cassandra Clare
Robin Wasserman



Había, Simon Lewis pensó, tantas maneras de destruir una carta. Se puede triturar y convertir en confeti, quemarla, alimentar a un perro o un demonio Hydra. Hasta puedes, con la ayuda de tu amable vecino brujo, transportarla a un volcán de Hawaii. Y teniendo en cuenta todas las opciones que pueden destruirla, Simon pensó que tal vez el hecho de que Isabelle Lightwood había devuelto su carta intacta tenía un significado. Y era una buena señal.

O al menos un signo de -no totalmente terrible-. Eso, al menos, era lo que Simon se había estado diciendo por los últimos meses. Pero incluso él tuvo que admitir que cuando la

carta en cuestión fue una clase de carta romántica, una carta que incluía sinceras humillantes frases como "eres increíble" y "Sé que soy ese chico que amabas", y cuando dijo que la carta fue devuelta sin abrir, con un "DEVOLVER AL REMITENTE" garabateado con un pintalabios rojo, "no del todoterrible" podría ser demasiado optimista.

Al menos ella se había referido a él como "remitente." Simon estaba bastante seguro de que Isabelle había ideado algunos otros nombres para él, ninguno tan amable. Un demonio había tomado todos sus recuerdos, pero sus cualidades de observación estaban intactas y que él había observado que Isabelle Lightwood no era el tipo de chica que le gusta ser rechazada. Simon, desafiando todas las leyes de la naturaleza y el sentido común, la había rechazado dos veces.

Había tratado de explicarse en la carta, pedir disculpas por apartarla. Había confesado como quería volver a ser la persona que era. Su Simon. O por lo menos, un Simon digno de ella.

No sé por qué esperarías por mí, pero si lo haces, te prometo hacerme digno que esperar.

O lo intentaré. Puedo prometer que voy a intentar.

Un mes para el día después de que la envió, la carta volvió sin leer.

Mientras la puerta del dormitorio rechinaba abierta, Simon apresuradamente empujó la carta de vuelta al cajón de su escritorio, cuidadoso de evitar las telarañas y bolsillos de moho que cubrían cada pieza de mobiliario sin importar que tan diligentemente él limpiase. No se movió lo suficiente rápido.

—No, ¿la carta de nuevo? —El compañero de habitación de Simon en la Academia, George Lovelace, gimió. Se tiró a sí mismo sobre su cama, pasándose un brazo melodramáticamente a través de la frente—. Oh, Isabelle, amada mía, si miro esta carta lo

suficiente, quizás telepáticamente te atraiga de vuelta a mi lloroso seno.

—No tengo un seno, —dijo Simon con toda la dignidad que pudo reunir—. Y estoy muy seguro que si lo tuviera, no sería lloroso.

—¿Agitado entonces? Eso es lo que los senos hacen, ¿no?

—No he pasado mucho tiempo alrededor de ellos. —Admitió Simon. No tanto que pudiera recordar, al menos. Había estado ese intento abortado de toquetear a Sophie Hillyer de vuelta en noveno grado, pero su madre lo atrapó antes de que él siquiera encontrara el broche en su sostén, mucho menos dominarlo. Había sido, presuntamente, Isabelle. Pero Simon intentó, con mucha fuerza, estos días no pensar en eso. El broche en el sostén de Isabelle; sus manos en el cuerpo de Isabelle; el sabor de...

Simon sacudió la cabeza violentamente, casi lo suficiente fuerte para aclararla.

—¿Podemos dejar de hablar sobre senos? Como, ¿para siempre?

—No pretendía interrumpir tu muy importante momento deprimiéndome-por-Izzy.

—No me estoy deprimiendo, —mintió Simon.

—Excelente. —George sonrió triunfalmente, y Simon se dio cuenta de que había caído en algún tipo de trampa—. Así que entonces vendrás al campo de entrenamiento conmigo, a ayudar a domar las nuevas dagas. Estamos peleando, mundanos contra elites; los perdedores tendrán que comer raciones extras de sopa por una semana.

—Oh si, los Cazadores de Sombras realmente saben cómo ir de fiesta. —Su corazón no estaba en el sarcasmo. La verdad era que sus compañeros estudiantes sabían cómo ir de fiesta, incluso si su idea de diversión involucraba armas puntiagudas. Con exámenes detrás de ellos y solo una semana más antes de la fiesta de fin de año y las vacaciones de verano, la Academia de Cazadores de Sombras se sentía más como un campamento que escuela. Simon no podía

creer que hubiese estado aquí el completo año escolar; no podía creer que hubiese sobrevivido el año. Aprendió latín, escritura rúnica, y una pizca de Chthonian; se había enfrentado a pequeños demonios en los bosques, superado una noche de luna llena con un hombre lobo recién nacido, montado (y casi fue pisoteado por) un caballo, comido su peso en sopa, y en todo ese tiempo, nunca fue ni expulsado o desangrado. Incluso ganó músculo suficiente para intercambiar su equipo de talla femenina por uno de talla masculina, no obstante el más pequeño disponible. Contra todas las probabilidades, la Academia se había llegado a sentir como un hogar. Un baboso, mohoso, calabozo hogar sin baños funcionales, quizás, pero hogar sin embargo. George y él habían nombrado las ratas que vivían detrás de sus paredes. Cada noche, dejaban a Jon Cartwright Jr., III, y IV una pieza de pan rancio para mordisquear, con esperanza de que prefirieran las migajas a los pies humanos.

Esta última semana fue un momento de celebración, ir de juerga hasta tarde, y

mínimas apuestas sobre peleas de dagas. Pero Simon no podía exactamente encontrar la voluntad para divertirse. Tal vez era la sombra inminente de las vacaciones de verano, la perspectiva de irse a casa a un lugar que ya no se sentía tanto como un hogar.

O quizás era, como siempre era, Isabelle.

—Definitivamente tienes mucha más diversión aquí, enfurruñado, —dijo George mientras se cambiaba a su equipo—. Tonto de mí por sugerir otra cosa.

Simon suspiró.

—No lo entenderías.

George tenía una cara de estrella de cine, un acento Escocés, un bronceado besado por el sol, y el tipo de músculos que hacía a las chicas —incluso las chicas de la Academia de Cazadores de Sombras, quienes, hasta que conocieron a Simon aparentemente nunca habían encontrado un humano masculino sin tableta de seis— sonreír y embelesarse. El problema de chicas, particularmente el tipo envolviendo humillación y rechazo, estaba más allá de su comprensión.

—Solo para ser claro, —dijo George, en el rico acento irlandés que incluso Simon no podía hacer más que encontrar encantador—. ¿No recuerdas nada sobre salir con esta chica? No recuerdas estar enamorado de ella, no recuerdas como era cuando los dos...

—Eso es correcto, —lo cortó Simon.

—O incluso si vosotros dos...

—De nuevo, correcto, —dijo Simon rápidamente. Odiaba admitirlo, pero esta era una de las cosas sobre la amnesia demoniaca que lo molestaba más. ¿Qué tipo de chico de diecisiete años no sabe si es o no virgen?

—Por qué aparentemente te estás quedando sin células cerebrales, le dijiste a esta hermosa criatura que olvidaste todo sobre ella, la rechazaste públicamente, y aun cuando le prometiste tu amor en alguna pringosa carta romántica, estás sorprendido cuando ella no la tiene. Después pasas los siguientes dos meses deprimiéndote por ella. ¿Es eso correcto?

Simon se dejó caer la cabeza en las manos.

—Ok, cuando lo pones de esa forma, no tiene sentido.

—Oh, he visto a Isabelle Lightwood... tiene todo el sentido del mundo. —Sonrió George—. Solo quería tener mis hechos en orden.

Él saltó por la puerta antes de que Simon pudiera aclarar que no era sobre como lucía Isabelle —también era cierto que ella lucía, para Simon, como la chica más hermosa del mundo. Pero no era sobre su cortina de sedoso cabello negro o el oscuro marrón sin fin de sus ojos o la mortal gracia líquida con la que ella balanceaba su látigo electro. No podría haber explicado que era de lo que se trataba, ya que George estaba en lo cierto, él no recordaba nada sobre ella o como fueron ambos como una pareja. Él aún tenía algunos problemas creyendo que ellos alguna vez fueron una pareja.

Solo sabía, a un nivel por debajo de la razón y memoria, que alguna parte de él encajaba con Isabelle. Quizás incluso le pertenecía a Isabelle. Tanto si él podía recordarlo, como si no.

También le escribió a Clary una carta, diciéndole cuanto había querido recordar su amistad... pidiéndole ayuda. A diferencia de Isabelle, ella respondió, contándole la historia de cómo se encontraron por primera vez. Era la primera de muchas cartas, todas ellas añadiendo episodios a la épica y eterna historia de la Excelente Aventura de Clary y Simon. Entre más leía Simon, más recordaba, y a veces incluso le escribía con historias propias. Se sentía seguro, de alguna manera, correspondiendo por carta; no había ninguna oportunidad de que Clary pudiera esperar nada de él, y no había oportunidad de que él le fallaría, ver el dolor en sus ojos cuando ella se diera cuenta otra vez que su Simon se había ido. Carta por carta, los recuerdos de Simon sobre Clary estaban comenzando a unirse a sí mismos.

Isabelle era diferente. Se sentía como si sus recuerdos por Isabelle estuvieran enterrados dentro de un agujero negro —algo peligroso y famélico, amenazando con consumirlo si se acercaba demasiado.

Simon había venido a la Academia, en parte, para escapar de su dolorosa y confusa doble visión del pasado, la cognitiva discordancia entre la vida que recordaba y la que realmente vivió. Era como esa cursi broma vieja que su padre había amado. —Doctor, mi brazo duele cuando lo muevo así, —diría Simon, levantándose. Su padre respondería en un atroz acento alemán, su versión de “Voz de doctor”—: Entonces... no te muevas así.

Tanto como Simon no pensara en el pasado, el pasado no podía lastimarlo. Pero, cada vez más, no podía evitarlo.

Había demasiado placer en el dolor.

* * *

Las clases quizás se habían terminado para el año, pero la facultad de la Academia aún estaba encontrando nuevas maneras de torturarlos.

—¿Qué creéis que sea esta vez? —preguntó Julie Beauvale mientras se instalaban en las incómodas bancas de madera en el corredor principal. El cuerpo estudiantil completo, Cazadores de Sombras y mundanos por igual,

habían sido convocados a primera hora de la mañana del lunes para una reunión de toda la escuela.

—Quizás finalmente decidieron echar todos los residuos, —dijo Jon Cartwright—. Mejor tarde que nunca.

Simon estaba demasiado cansado y muy descafeinado para pensar una ingeniosa réplica. Así que simplemente dijo,

—Jódete, Cartwright.

George resopló.

Sobre los últimos muchos meses de clases, entrenamiento, y desastres de cacería demoníaca, su clase había vuelto bastante cercana —especialmente el puñado de estudiantes que estaban alrededor de la edad de Simon. George era George, por supuesto; Beatriz Mendoza era sorprendentemente dulce para un Cazador de Sombras; e incluso Julie había resultado ser un poco menos arrogante de lo que fingía ser. Jon Cartwright, por otro lado... En el momento en el que se conocieron, Simon decidió que si revisaba personalidades compatibles, Jon Cartwright luciría como el

trasero de un caballo. Desafortunadamente, no había justicia en el mundo, y lucía, en su lugar, como un muñeco Ken andante. A veces las primeras impresiones eran engañosas. A veces observaban directamente el alma interna de una persona. Simon estaba tan seguro ahora como nunca lo había estado: El alma interior de Jon era un trasero de caballo.

Jon le dio a Simon una condescendiente palmada en el hombro.

—Voy a extrañar tu conversación ingeniosa este verano, Lewis.

—Yo voy a desear que seas comido por un demonio araña este verano, Cartwright.

George deslizó un brazo alrededor de ambos, sonriendo maniáticamente y canturreando—: ¿Esta noche es para amar?

George había, quizás, acogido el espíritu de celebración un poco muy entusiasta por más tarde.

Arriba, al frente del corredor, la Decana Penhallow se aclaró la garganta sonoramente, mirando enfáticamente en su dirección.

—¿Podríamos tener un poco de silencio, por favor?

La habitación continuó parloteando, la Decana Penhallow continuó aclarándose la garganta y pidiendo nerviosamente orden, y las cosas pudieron haber sido así toda la mañana si Delaney Scarsbury, su maestro de entrenamiento, no hubiera trepado a una silla.

—Tendremos silencio o tendremos cien flexiones, —bramó.

La habitación se silenció inmediatamente.

—¿Supongo que todos os habéis preguntado cómo os mantendréis ocupados ahora que los exámenes han pasado? —dijo la Decana Penhallow, su voz elevándose al final de su oración. La decana tenía una manera de tornar casi todo a una pregunta—. ¿Supongo que todos reconoceréis al orador invitado de esta semana?

Un intimidante hombre, de pecho fuerte y grueso en túnica gris, caminó con pasos largos al improvisado escenario.

La habitación jadeó.

Simon jadeó también, pero no era la apariencia del Inquisidor lo que había volado a su mente. Era la chica arrastrándose detrás de él, mirando ferozmente a su túnica gris como si deseara prenderle fuego con su mente. Una chica con una cortina de sedoso cabello negro y ojos marrones sin fin: la hija del Inquisidor. Conocida para los amigos, familia, y humillantemente rechazados ex novios, como Isabelle Lightwood.

George lo codeó.

—¿Estás viendo lo que yo estoy viendo? —Susurró—. ¿Quieres un pañuelo?

Simon no podía dejar de recordar la última vez que Izzy se había aparecido en la Academia, para el propósito expreso de advertir a cada chica en la escuela a alejarse de él.

Él había estado horrorizado. Justo como ahora, no podía imaginar nada mejor.

Pero Isabelle no lucía interesada en decirle algo a la clase. Simplemente se sentó junto a su padre, brazos cruzados, con el ceño fruncido.

—Es incluso más guapa cuando está enfadada, —susurró Jon.

En milagroso triunfo de control, Simon no lo apuñaló en el ojo con una pluma.

—Casi completasteis vuestro primer año en la Academia, —dijo Robert Lightwood a la asamblea de estudiantes, de alguna manera haciendo el sonido menos como felicitaciones que como amenazas—. Mi hija me dijo que uno de los grandes héroes mundanos tiene un dicho “Un gran poder conlleva una gran responsabilidad.”

Simon jadeó.

Había solo una manera de que Isabelle Lightwood, tan lejos de una nerd de comics como una persona podía estar, supiera una línea —incluso una retorcida— del hombre araña. Ella estaba citando a Simon.

Eso tenía que significar algo... ¿Cierto?

Él intentó atrapar su mirada. Falló.

—Aprendisteis bastante sobre el poder este año, —continuó Robert Lightwood—. Esta semana voy a hablaros sobre responsabilidad.

Y lo que pasa cuando el poder corre desenfrenado, o es libremente dado a la persona equivocada. Voy a hablaros sobre el Círculo.

Ante esas palabras, una quietud cayó por la habitación. La facultad de la Academia, como la mayoría de los Cazadores de Sombras, fue muy cuidadosa de evitar ese tema del Círculo —el grupo de los corruptos Cazadores de Sombras que Valentine Morgenstern había liderado en el Levantamiento. Los estudiantes sabían de Valentine —todos sabían sobre Valentine— pero aprendieron rápidamente a no hacer demasiadas preguntas sobre él. Durante el último año, Simon había llegado a entender que los Cazadores de Sombras preferían creer que sus elecciones eran perfectas, sus leyes infalibles. No les gustaba pensar acerca del momento en que fueron casi destruidos por un grupo de los suyos.

Explicaba, al menos, por qué la decana estaba presentando esta sesión, en lugar de su maestra de historia, Catarina Loss. La bruja parecía tolerar a la mayoría de los Cazadores

de Sombras —apenas. Simon sospechó que cuando se trataba de anteriores miembros del Círculo, “apenas” era mucho que esperar.

Robert se aclaró la garganta.

—Me gustaría que todos os preguntaseis a vosotros mismos que hubierais hecho, siendo un estudiante aquí en el día de Valentine Morgenstern. ¿Os habríais unido al Círculo? ¿Os habríais parado al lado de Valentine en el Levantamiento? Levantad la mano, si creéis que es posible.

Simon no estaba sorprendido de ver ni una sola mano en el aire. Él había jugado este juego en la escuela mundana, cada vez que su clase de historia cubría la Segunda Guerra Mundial. Simon sabía que nadie nunca pensó que serían Nazis.

Simon también sabía que, estadísticamente, la mayoría de ellos estaban equivocados.

—Ahora me gustaría que levantaseis la mano si pensáis que sois un Cazador de Sombras ejemplar, uno que haría cualquier cosa por servir a la Clave, —dijo Robert.

Como era de esperar, muchas más manos se dispararon esta vez, la de Jon Cartwright más alta.

Robert sonrió tristemente.

—Fuimos los más entusiastas y leales de nosotros quienes fuimos los primeros en unirnos a las filas de Valentine, —les dijo—. Fuimos aquellos de nosotros, los más dedicados a la causa de Cazador de Sombras, quienes nos encontramos a nosotros mismos la presa más fácil.

Hubo un susurro en la multitud.

—Sí, —dijo Robert—. Digo nosotros, porque yo estaba entre los discípulos de Valentine. Yo estaba en el Círculo.

El susurro estalló a una tormenta. Algunos de los estudiantes no lucían sorprendidos, pero la mayoría lucían como si una bomba nuclear hubiera solo terminado dentro de sus cerebros. Clary le había dicho a Simon que Robert Lightwood solía ser un miembro del Círculo, pero era obviamente difícil para algunas personas conciliar eso con la posición

de Inquisidor, la cual este alto e imponente hombre ahora sostenía.

—¿El Inquisidor? —aspiró Julie, ojos amplios—. ¿Cómo pudieron permitirle...?

Beatriz parecía aturdida.

—Mi padre siempre dijo que había algo malo en él, —murmuró Jon.

—Esta semana, voy a enseñaros sobre los abusos del poder, sobre gran maldad y como ésta puede tomar muchas formas. Mi talentosa hija, Isabelle Lightwood, estará asistiéndome con algo del trabajo de clase. —Aquí gesticulo hacia Isabelle, quién echó un vistazo breve a la multitud, su imposible mirada feroz de alguna manera volviéndose incluso más violenta—. Más que nada, voy a enseñaros sobre el Círculo, como comenzó y por qué. Si escucháis bien, algunos de vosotros quizá incluso aprendáis algo.

Simon no estaba escuchando en absoluto. Simon estaba mirando a Isabelle, deseando que ella mirara hacia él. Isabelle miraba a sus pies estudiosamente. Y Robert Lightwood, Inquisidor de la Clave, árbitro de todas las

cosas legales, empezó a contar la historia de Valentine Morgenstern y de aquellos quienes alguna vez lo habían querido.

* * *

1984

Robert Lightwood se estiró en el patio interior, tratando de no pensar en cómo había pasado esta semana el año pasado. Los días después de los exámenes y antes del descanso de verano eran, tradicionalmente, una descarga báquica de energía acumulada, la facultad haciendo la vista gorda mientras los estudiantes empujaban las reglas de la Academia a sus límites. Hace un año, Michael Wayland y él se habían escabullido fuera del campus y tomado un claramente ilícito baño desnudos a medianoche en el Lago Lyn. Incluso con sus labios firmemente sellados, el agua había tomado su efecto alucinógeno, volviendo el cielo eléctrico. Ellos se había recostado sobre sus espaldas uno al lado del otro, imaginando estrellas fugaces esculpiendo rastros de neón en las nubes y soñándose en un mundo más extraño.

Eso fue hace un año, cuando Robert todavía se había imaginado a sí mismo joven, libre de pasar su tiempo con placeres infantiles. Antes de que hubiera entendido que, joven o no, tenía responsabilidades.

Eso fue hace un año, antes de Valentine.

Los miembros del Círculo se habían apropiado de esta tranquila esquina con sombra del patio interior, dónde estarían a salvo de ojos entrometidos —y dónde, en cambio, estarían a salvo de las miradas de sus compañeros teniendo su inútil diversión sin propósito. Robert se recordó que era suertudo de estar apiñado aquí en la sombra, escuchando a Valentine Morgenstern proclamar.

Era un privilegio especial, se recordó, el ser un miembro del grupito de Valentine, informado de sus ideas revolucionarias. Hace un año, cuando Valentine se había hecho amigo de él inexplicablemente, él no había sentido más que intensa gratitud y un deseo de aferrarse a cada palabra de Valentine.

Valentine decía que la Clave era corrupta y perezosa, que en estos días le importaba más el mantener el estatus quo y suprimir fascistamente los desacuerdos que lo que le importaba sobrellevar su noble misión.

Valentine decía que los Cazadores de Sombras deberían dejar de encogerse de miedo en la oscuridad y caminar orgullosamente por el mundo mundano por el que ellos vivían y morían protegiendo.

Valentine decía que los Acuerdos eran inútiles, que la Copa Mortal fue creada para ser usada, que la nueva generación era la esperanza del futuro y que las clases de la Academia eran una pérdida de tiempo.

Valentine hacía que el cerebro de Robert zumbara y que su corazón cantase, hacía sentir a Robert como un guerrero por la justicia. Como si él fuera parte de algo, algo extraordinario —como si los otros y él hubieran sido escogidos, no solo por Valentine, sino por la mano del destino, para cambiar el mundo.

Y aun así, muy ocasionalmente, Valentine también hacía sentir a Robert incómodo.

Valentine quería la lealtad incuestionable del Círculo. Quería que su confianza en él, su convicción en la causa, bañara sus almas. Y Robert quería darle eso, desesperadamente. No quería cuestionar la lógica de Valentine o su intención; no quería preocuparse de que creyese muy poco en las cosas que Valentine decía. O de que creyese demasiado. Hoy, bañado en luz solar y la infinita posibilidad del verano abriéndose frente a él, no quería preocuparse en absoluto. Así que, mientras las palabras de Valentine le resbalaban, Robert dejó a su concentración ir a la deriva, solo por un momento. Mejor desconectarse que dudar. Solo por ahora, sus amigos podrían hacer de escuchas por él, ponerlo al corriente después. ¿No era para eso que estaban los amigos?

Había ocho de ellos hoy, el círculo más íntimo del Círculo, todos sentados en profundo silencio mientras Valentine despotricaba acerca de la amabilidad de la Clave con los Subterráneos: Jocelyn Fairchild,

Maryse Trueblood, Lucian y Amatis Graymark, Hodge Starkweather, y, por supuesto, Michael, Robert y Stephen. Aunque Stephen Herondale era la más reciente adición a la multitud —y la más reciente adición a la Academia, llegando desde el Instituto de Londres al comienzo del año— también era el más devoto a la causa, y a Valentine. Él había llegado a la Academia vestido como un mundano: Chaqueta de cuero tachonado, vaqueros apretados lavados con ácido, cabello rubio en ridículos pinchos como las estrellas de Rock mundanas quienes cubrían las paredes de su habitación en el dormitorio. Solo un mes después, Stephen había adoptado no solo la simpleza de Valentine, su estético todo-de-negro sino también sus maneras, así que la mayor diferencia entre ellos era la conmoción del cabello rubio blanquecino de Valentine y los ojos azules de Stephen. Para la primera helada, él había pasado totalmente de todas las cosas mundanas y destruyó su amado poster de los Sex Pistols en una hoguera expiatoria.

—Los Herondales no hacen nada a medias —decía Stephen cada vez que Robert lo

burlaba acerca de ello, pero Robert sospechaba que algo se ocultaba debajo del tono alegre. Algo más oscuro, algo hambriento. Valentine, había notado él, tenía un truco para escoger discípulos, acercándose a esos estudiantes con algún tipo de carencia, algún vacío interno que Valentine podía llenar. A diferencia del resto de su banda de inadaptados sociales, Stephen era ostensiblemente completo: un apuesto, gracioso y supremamente talentoso Cazador de Sombras con un distinguido linaje y el respeto de todos en el campus. Le hacía a Robert preguntarse... ¿qué era lo que solo Valentine podía ver?

Sus pensamientos habían deambulado tan descarriados que cuando Maryse jadeó y dijo, en una voz baja— ¿No sería eso peligroso? — él no estaba seguro de qué estaba hablando ella. No obstante, apretó su mano de modo tranquilizador, ya que esto era lo que los novios estaban destinados a hacer. Maryse estaba recostada con la cabeza en su regazo, su sedoso cabello negro extendido por sus vaqueros. Él lo retiró de la cara de ella, una prerrogativa de novio.

Había sido casi un año, pero Robert todavía encontraba difícil el creer que esta chica —esta feroz, graciosa y valiente chica con una mente como hoja de afeitar— lo hubiese escogido a él como suyo. Ella se deslizaba por la Academia como una reina, concediendo favor, consintiendo a sus aduladores gobernados. Maryse no era la chica más hermosa en su clase, y ciertamente no era la más agradable o la más encantadora. A ella no le importaban cosas como la dulzura o el encanto. Pero cuando se trataba del campo de batalla, Maryse era más que una chica, ella era una fuerza. Las otras chicas la veneraban; los chicos la querían —pero solo Robert la tenía.

Había cambiado todo.

A veces, Robert se sentía como si toda su vida fuera una actuación. Que solo era cuestión de tiempo antes de que sus compañeros estudiantes vieran a través de él, y se dieran cuenta lo que él era realmente, debajo de todos esos músculos y bravata: Cobarde. Débil. Inútil. Tener a Maryse a su lado era como usar una armadura. Nadie como ella

escogería a alguien inútil. Todos sabían eso. A veces, Robert inclusive creía en sí mismo.

Él amaba la manera en que ella lo hacía sentir cuando estaban en público: fuerte y seguro. Y amaba incluso más la manera en que ella lo hacía sentir cuando estaban solos juntos, cuando presionaba sus labios en su nuca y trazaba su lengua por el arco de su columna vertebral. Amaba la curva de su cadera y el murmullo de su cabello, amaba el resplandor en sus ojos cuando ella iba decidida al combate. Amaba el sabor de ella. Así que ¿por qué era que cada vez que ella decía, Te amo, él se sentía como un gran mentiroso al decirlo de vuelta? ¿Por qué era que ocasionalmente, quizás más que ocasionalmente, encontraba sus pensamientos desviándose hacia otras chicas, a cómo ellas quizás sabrían?

¿Cómo podía amar la manera en que Maryse lo hacía sentir... e igual estar tan inseguro de que lo que sentía era amor?

Él había empezado a observar secretamente a las otras parejas a su alrededor, tratando de

averiguar si ellas se sentían de la misma manera, si sus declaraciones de amor enmascaraban la misma confusión y duda. Pero la manera en que la cabeza de Amatis se acurrucaba cómoda contra el hombro de Stephen, la manera en que Jocelyn despreocupadamente entrelazaba sus dedos con los de Valentine, inclusive la manera en que Maryse distraídamente jugaba con las costuras deshilachadas de sus vaqueros, como si su ropa, su cuerpo, fueran propiedad de ella... todos parecían tan seguros de sí mismos. Robert solo estaba seguro de cuán bueno él se había vuelto fingiendo.

—Deberíamos vanagloriarnos en el peligro, si eso supone una oportunidad de acabar con un asqueroso y granuja Subterráneo —dijo Valentine, con una mirada amenazadora—, incluso si esta jauría de lobos no tiene una pista sobre el monstruo que... —tragó, fuerte, y Robert sabía lo que él estaba pensando, porque parecía como si en estos días, era en todo en lo que Valentine estaba pensando alguna vez, la furia de eso irradiando de él mientras el pensamiento era escrito en fuego,

el monstruo que mató a mi padre—. Inclusive si no lo hace, le estaríamos haciendo a la Clave un favor.

Ragnor Fell, el brujo de piel verde que enseñaba en la Academia por casi un siglo, se detuvo a medio camino del patio interior y los miró detenidamente, casi como si pudiera oír su discusión. Robert se aseguró a sí mismo que era imposible. Igual, no le gustaba la manera en que los cuernos del brujo apuntaban hacia ellos, como marcando su objetivo.

Michael se aclaró la garganta.

—Quizás no deberíamos hablar de esa forma sobre los, uh, Subterráneos aquí afuera.

Valentine resopló.

—Espero que esa vieja cabra si me oiga. Es una desgracia, ellos dejándolo enseñar aquí. El único lugar que un Subterráneo tiene en la Academia es en la mesa de disección.

Michael y Robert intercambiaron una mirada. Como siempre, Robert sabía exactamente lo que su parabatai estaba pensando —y Robert estaba pensando lo

mismo. Valentine, cuando ellos lo conocieron por primera vez, había cortado una elegante figura con su brillante cabello blanco y sus resplandecientes ojos negros. Sus rasgos eran delicados y puntiagudos a la vez, como hielo esculpido, pero debajo de esa apariencia intimidante estaba un chico sorprendentemente amable incitado a la ira solo por la injusticia. Valentine siempre había sido intenso, sí, pero era una intensidad inclinada hacia hacer lo que él creía que era lo correcto, lo que era bueno. Cuando Valentine dijo que quería corregir las injusticias e inequidades impuestas sobre ellos por la Clave, Robert creyó en él, y todavía lo hacía. Y mientras Michael quizás tenía un bizarro punto débil por los Subterráneos, a Robert no le gustaban más que lo que le gustaban a Valentine; no podía imaginar por qué, en este día y esta era, la Clave todavía estaba permitiendo a brujos, entrometerse en los asuntos de los Cazadores de Sombras.

Pero había una diferencia entre intensidad lúcida e ira irracional. Robert había estado esperando un largo tiempo ahora para que la

rabia alimentada por dolor de Valentine se calmara. En su lugar, había desatado un infierno.

—Así que no nos dirás de dónde conseguiste la inteligencia —dijo Lucian, el único además de Jocelyn quien podía cuestionar a Valentine con impunidad—, pero, ¿quieres que nos escabullamos del campus y cacemos a estos hombres lobos por nuestra cuenta? Si estás tan seguro de que la Clave querría que se ocupen de ellos, ¿por qué no se lo dejamos a ellos?

—La Clave es inútil —siseó Valentine—, tú sabes eso mejor que nadie, Lucian. Pero si ninguno de vosotros está dispuesto a arriesgarse por esto, si preferís quedaros aquí e ir de fiesta... —su boca se curvó como si incluso hablar de la palabra le repeliera—, iré por mi cuenta.

Hodge se ajustó sus lentes sobre su nariz y se levantó de un salto.

—Iré contigo, Valentine —dijo, demasiado ruidoso. Era la manera de Hodge, siempre un poco muy ruidoso o muy silencioso, siempre

malinterpretando la habitación. Había una razón por la cual él prefería libros en vez de personas—. Siempre estoy de tu lado.

—Siéntate —ladró Valentine—, no te necesito a ti estorbando.

—Pero...

—¿Qué bien me hace tú lealtad cuando se trata de un bocón y dos pies izquierdos?

Hodge palideció y se dejó caer de vuelta al suelo, sus ojos parpadeando furiosamente detrás de los gruesos cristales.

Jocelyn presionó una mano en el hombro de Valentine —tan gentilmente, y solo por un momento, pero era suficiente.

—Solo digo, Hodge, que tus habilidades particulares son malgastadas en el campo de batalla, —dijo Valentine, más amablemente. El cambio de tono fue abrupto, pero sincero. Cuando Valentine te favorecía con su más cálida sonrisa, era imposible de resistir—. Y no me podría perdonar si fueses herido. No puedo... no puedo perder a nadie más.

Todos se callaron entonces, por un momento, pensando en cuán rápido había sucedido, el decano sacando a Valentine del campo de entrenamiento para entregar las noticias, la manera en la que lo había tomado, silencioso e inmutable, como lo haría un Cazador de Sombras. La manera en que lucía cuando volvió al campus después del funeral, sus ojos vacíos, su piel amarillenta, su cara envejeciendo años en una semana. Sus padres eran todos guerreros, y ellos lo sabían: que lo que Valentine había perdido, cualquiera de ellos lo podría perder. Ser un Cazador de Sombras era vivir en la sombra de la muerte.

Ellos no podían traer a su padre de regreso, pero si pudiesen ayudarlo a vengar su muerte, seguramente le debían eso.

Robert, al menos, le debía todo.

—Por supuesto que iremos contigo —dijo Robert firmemente—, lo que sea que necesites.

—De acuerdo —dijo Michael. A donde Robert iba, él siempre le seguiría.

Valentine asintió.

—¿Stephen? ¿Lucian?

Robert atrapó a Amatis rodando los ojos, Valentine nunca trataba a las mujeres con nada menos que respeto, pero cuando se trataba de batallar, él prefería pelear con hombres a su lado.

Stephen asintió. Lucian, quien era el parabatai de Valentine y en quien él dependía más, se movió incómodo.

—Le prometí a Celine que le daría clases esta noche —admitió—, podría cancelarlo, por supuesto, pero...

Valentine se despidió con la mano, riendo, y los otros siguieron su ejemplo.

—¿Clases particulares? ¿Así es como lo llaman en estos días? —se burló Stephen—. Parece que ella ya bordó sus Niveles-O en envolverte alrededor de su meñique.

Lucian se sonrojó.

—Nada está sucediendo allí, créeme, —dijo él, y era presumiblemente la verdad. Céline, tres años más joven, con los frágiles y delicados rasgos bonitos de una muñeca de

porcelana, había estado siguiendo el rastro de su grupo como un cachorrito perdido. Era obvio para cualquiera con ojos que ella se había enamorado de Stephen, pero él era una causa perdida, prometido con Amatis de por vida. Ella había escogido a Lucian como su premio de consolación, pero era igual de obvio que Lucian no tenía interés romántico en nadie más aparte de Jocelyn Fairchild. Obvio, eso era, para todos menos para Jocelyn.

—No te necesitamos para ésta —dijo Valentine a Lucian—, quédate y pásalo bien.

—Debería estar contigo, —dijo Lucian, la alegría desapareció de su voz. Él sonaba herido ante la idea de Valentine aventurándose en territorio peligroso sin él, y Robert lo entendía. Los parabatai no siempre peleaban lado a lado, ¿pero saber que tu parabatai estaba en peligro, sin ti allí para apoyarlo y protegerlo? Causaba casi un dolor físico. Y el lazo parabatai de Lucian y Valentine era incluso más intenso que la mayoría. Robert casi podía sentir la corriente de poder fluyendo entre ellos, la

fuerza y el amor que se pasaban de acá para allá con cada mirada—, dónde vayas, yo voy.

—Ya está decidido, amigo mío —dijo Valentine, y así de simple, lo estaba. Lucian se quedaría en el campus con los otros. Valentine, Stephen, Michael y Robert se escurrirían del campus durante la noche y se aventurarían en el Bosque Brocelind en persecución de un campamento de hombres lobos que, supuestamente, podría guiarlos al asesino del padre de Valentine. Ellos se encargarían del resto durante el camino.

Mientras los demás se apresuraban al comedor para el almuerzo, Maryse agarró la mano de Robert y lo acercó.

—Serás cuidadoso ahí fuera, ¿no? —dijo con severidad. Maryse decía todo con severidad, era una de las cosas que le gustaba de ella.

Presionó su cuerpo ágil contra el suyo, besó su cuello, y él sintió, en ese momento, una sensación pasajera de suprema confianza, que aquí era donde pertenecía... al menos, hasta

que ella le susurró—: Vuelve a mí en una sola pieza.

Vuelve a mí. Como si él le pertenecía. Como si, en su mente, ya estuviesen casados, con una casa y niños y toda una vida de unidad, como si el futuro ya estuviera decidido.

Era el atractivo de Maryse, como era el atractivo de Valentine, la facilidad con que podían estar tan seguros de lo que debería ser, y lo que estaba por venir. Robert continuó esperando que algún día se contagiara él. Mientras tanto, mientras menos seguro era, más seguro actuaba —no había necesidad de que nadie supiera la verdad.

* * *

Robert Lightwood no era realmente un maestro. Les dio una cuenta perfectamente desinfectado de los primeros días del Círculo, exponiendo los principios revolucionarios de Valentine como si fueran una lista de ingredientes para hornear un pastel particularmente suave. Simon, dedicando infructuosamente la mayor parte de su energía a la comunicación telepática con Isabelle,

apenas escuchaba. Se encontró maldiciendo al hecho de que los Cazadores de Sombras eran tan altaneros sobre toda la cosa de nosotros-no-hacemos-magia. Si fuera un brujo, probablemente sería capaz de ordenar la atención de Isabelle con un simple chasquido de dedos. O, si aún fuera un vampiro, podría haber usado sus poderes vampíricos cautivándola —pero eso era algo en lo que Simon prefería no pensar, porque planteaba algunas preguntas inquietantes acerca de cómo se las había arreglado para cautivarla en el primer lugar.

Lo que sí oyó del cuento de Robert no le interesó mucho. A Simon nunca le había gustado mucho la historia, por lo menos, al menos como fue transmitida a él en la escuela. Sonaba demasiado parecido a un folleto, todo cuidadosamente diseñado y dolorosamente obvio en retrospectiva. Toda guerra tenía sus causas con punta de balas; cada dictador megalómano era tan exageradamente malvado que te preguntabas cuán estúpida tenía que ser la gente del pasado, para no darse cuenta. Simon no recordaba mucho de sus propias

experiencias haciendo historia, pero recordaba lo suficiente para saber que no era tan claro cuando estaba pasando. La historia, la forma en que a los profesores les gustaba, era una pista de carreras, un tiro recto de principio a línea de meta; la vida misma era más como un laberinto.

Tal vez la telepatía funcionó después de todo. Porque cuando el discurso terminó y a los estudiantes se les dio permiso para dispersarse, Isabelle saltó del escenario y caminó hacia Simon. Le dio un sarcástico hola.

—Isabelle, yo, eh, tal vez, podríamos...

Ella le dedicó una brillante sonrisa, por un momento, lo hizo pensar que toda su preocupación había sido en vano. Luego ella dijo—: ¿No vas a presentarme a tus amigos? ¿Especialmente a los guapos?

Simon se giró para ver a la mitad de la clase amontonada detrás de él, ansiosos por encontrarse con la famosa Isabelle Lightwood. Al frente del grupo estaban George y Jon, el último prácticamente babeando.

Jon le dio un codazo a Simon al pasar junto a él y extendió una mano.

—Jon Cartwright, a tu servicio, —dijo con una voz que irradiaba encanto como una ampolla supuraba.

Isabelle tomó su mano y en lugar de tirarlo al suelo con un golpe humillante o cortar su mano por la muñeca con su electro, dejó que le girara la mano y la llevara a sus labios. Después ella hizo una reverencia. Le guiñó un ojo. Lo peor de todo, ella se rió.

Simon pensó que podría vomitar.

Los insoportables minutos de tormento pasaron: George sonrojándose y haciendo chistes torpes, Julie se quedó muda, Marisol fingiendo estar por encima de todos, Beatriz participando un poco en una pequeña charla sobre los acuerdos mutuos, Sunil rebotando en la parte de atrás de la multitud tratando de hacerse ver, y entre todo eso, Jon sonriendo e Isabelle brillando y parpadeando en una imagen que sólo podría estar destinada a revolverle el estómago a Simon.

Al menos, esperaba desesperadamente que fuese para eso. Porque la otra opción —la posibilidad de que Isabelle le sonriese a Jon simplemente porque quería y que aceptara la invitación a apretar su duros bíceps porque quería sentir sus músculos bajo su delicado agarre— era impensable.

—Entonces, ¿qué hacéis aquí para divertirnos? —preguntó finalmente, luego entrecerró los ojos coqueteando con Jon—. Y no digas “yo.”

¿Estoy muerto ya? pensó Simon desesperadamente. ¿Es esto el infierno?

—Ni las circunstancias ni la población de este lugar han demostrado ser propicios para divertirse, —dijo Jon pomposamente, como si fanfarronear podría disimular sus mejillas coloradas.

—Todo eso va a cambiar esta noche, —dijo Isabelle, luego giró sobre sus talones y se alejó.

George sacudió la cabeza, dejando salir un apreciativo silbido.

—Simon, tu novia...

—Exnovia, —estableció Jon.

—Es magnífica, —respondió Julie, y por el aspecto en el rostro de los demás, estaba hablando por todos.

Simon rodó los ojos y corrió tras Isabelle, tratando de agarrar su hombro, entonces en el último momento lo pensó mejor. Agarrar a Isabelle Lightwood desde atrás probablemente era una invitación a que te amputase.

—Isabelle, —dijo abruptamente. Ella aceleró. Entonces él también, preguntándose a dónde se dirigía—. Isabelle, —dijo otra vez. Se metió más en la escuela, el aire apestaba a humedad y moho, el suelo de piedra cada vez era más resbaladizo bajo sus pies. Alcanzaron una bifurcación, los pasillos se desviaban a la izquierda y a la derecha, ella se detuvo antes de elegir otro a la izquierda.

—Generalmente, no bajamos por este, —dijo Simon.

Nada.

—Mayormente por la babosa del tamaño de un elefante que vive al final de este. —No era

una exageración. Se rumoreaba que un descontento miembro de la facultad, un brujo que había sido despedido cuando el curso cambió contra los Subterráneos, la había dejado como regalo de despedida.

Isabelle siguió caminando, lento ahora, abriéndose paso cuidadosamente sobre los charcos de lodo. Algo se deslizó por arriba. Ella no se inmutó, pero levantó la mirada, y Simon vio sus dedos jugando con su látigo enrollado.

—También por las ratas, —añadió. George y él habían salido de expedición por este corredor en busca de la supuesta babosa... se dieron por vencidos después de que la tercera rata cayera del techo y de alguna manera encontrara un camino hacia los pantalones de George.

Isabelle dio un profundo suspiro.

—Vamos, Izzy, espera.

De alguna manera, se tropezó con las palabras mágicas. Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—No me llames así, —dijo entre dientes.

—¿Qué?

—Mis amigos me llaman Izzy, —dijo—. Tú perdiste ese derecho.

—Izzy... Isabelle, quiero decir. Sí leíste mi carta...

—No. No me llames Izzy, no me mandes cartas, no me sigas a los oscuros pasillos y trates de salvarme de las ratas.

—Confía en mí, vimos una rata, es sálvese quien pueda.

Isabelle lo miró como si quisiera alimentar a la babosa con él.

—Mi punto, Simon Lewis, es que tú y yo somos extraños ahora, justo como querías.

—Si eso es cierto, entonces ¿qué estás haciendo aquí?

Isabelle lo miró incrédula.

—Es cosa de Jace creer que el mundo gira a su alrededor, pero vamos. Sé que te encanta la fantasía, Simon, pero sólo la incredulidad puede ir tan lejos.

—Esta es mi escuela, Isabelle, —dijo Simon—. Y tú eres mi...

Ella se limitó a mirarlo, como desafiándolo a decir un sustantivo que justificase lo posesivo.

Esto no iba como lo había planeado.

—Está bien, entonces, ¿por qué estás aquí? Y ¿por qué estás siendo tan amable con todos mis, eh, amigos?

—Porque mi padre me obliga a estar aquí, —dijo—. Porque creo que mi padre piensa que pasar algún tiempo entre padre e hija en un hoyo cubierto de moho me hará olvidar que es un adúltero que abandonó a su familia. Y estoy siendo amable con tus amigos porque soy una persona amable.

Ahora fue Simon quien miró incrédulo.

—Bueno, no lo soy, —admitió—. Pero nunca fui a la escuela, ya sabes. Pensé que sí tengo que estar aquí, podría sacar lo mejor de ella. Ver lo que me pierdo. ¿Eso es suficiente información para ti?

—Entiendo que estés enfadada conmigo, pero...

Ella negó con la cabeza.

—Tú no lo entiendes. No estoy enfadada contigo. No estoy nada contigo, Simon. Me pediste que aceptara que eres una persona diferente ahora, alguien que no conozco. Así que acepté eso. Amé a alguien, que ahora se fue. No eres alguien al que conozca, y, hasta lo que sé, nadie al que necesite conocer. Sólo estaré aquí por un par de días, y entonces no me tendrás que volver a ver. ¿Qué te parece si no hacemos esto más difícil de lo que es?

Él no pudo recuperar el aliento.

Amé a alguien, había dicho, y era lo más cercano que ella —o cualquier chica— jamás habían llegado a decir te amo a Simon.

Excepto que eso no cerraba del todo, ¿o sí?

Había un mundo de distancia.

—Vale. —Fue la única palabra que pudo forzar a salir, pero ella ya estaba caminando por el pasillo. Ella no necesitaba su permiso para ser una extraña, no necesitaba nada de

él—. ¡Vas por el camino equivocado! —la llamó. No sabía a dónde quería ir, pero parecía poco probable que fuese a la guarida de la babosa.

—Todos están equivocados, —respondió, sin darse vuelta.

Trató de darle algún sentido a sus palabras, algún atisbo de dolor. Algo que desmintiera lo que dijo, que delatara que todavía tenía sentimientos hacia él, que probara que esto era tan duro y confuso para ella como para él.

Pero sólo la desconfianza llegaba tan lejos.

* * *

Isabelle había dicho que quería hacer lo mejor durante su tiempo en la Academia, y había propuesto no hacerlo más difícil de lo que tenía que ser. Desafortunadamente, Simon descubrió pronto, que estas dos cosas eran mutuamente excluyentes. Porque la versión de Isabelle sobre hacer lo mejor involucraba a Isabelle estirada como un gato sobre uno de los mohosos sofás de cuero de la sala de

estudiantes, rodeada de adúladores, y a Isabelle participando en la oferta ilícita de whiskey de George e invitando a los demás a hacer lo mismo, por lo que todos los amigos y enemigos estaban borrachos, mareados y de muy buen humor para su gusto. Hacer lo mejor aparentemente significaba que Julie coqueteara con George y enseñarle a Marisol a aplastar un estuario con el látigo y, lo peor de todo, acordando “tal vez” ser la pareja de Jon Cartwright en la fiesta de fin de año al final de la semana.

Simon no estaba seguro de si algo de esto era más difícil de lo que necesitaba ser, ¿quién sabía qué calificaba como debía?, pero era insoportable.

—Entonces, ¿cuándo empieza la verdadera diversión? —dijo finalmente Isabelle.

Jon movió las cejas.

—Sólo di la palabra.

Isabelle se rió y tocó su hombro.

Simon se preguntó si la Academia lo expulsaría por asesinar Jon Cartwright en sus sueños.

—No ese tipo de diversión. Quiero decir, ¿cuándo dejasteis a escondidas la escuela? ¿Ir a una fiesta en Alicante? ¿Ir a nadar al lago Lyn? Ir... —se interrumpió, finalmente se dio cuenta de que los demás la miraban como si estuviera hablando en otro idioma—. ¿Me estáis diciendo que no hicisteis nada de eso?

—No estamos aquí para divertirnos, —dijo Beatriz, un poco tiesa—. Estamos aquí para aprender a ser Cazadores de Sombras. Hay reglas por una razón.

Isabelle rodó los ojos.

—¿No escuchasteis que las reglas están hechas para romperse? Se supone que los estudiantes se metan en algunos problemas en la Academia, por lo menos los mejores estudiantes lo hacen. ¿Por qué creéis que las reglas son tan estrictas? Para que sólo el mejor pueda moverse por ellas. Pensad en eso como un crédito extra.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Beatriz. Simon se sorprendió por su tono. Por lo general, ella era la más tranquila de todos, siempre dispuesta a ir con la corriente. Pero había algo en su voz ahora, algo que le hacía recordar, que gentil como parecía, nació guerrera—. No es como si tú fueses de aquí.

—Vengo de una larga lista de graduados de la Academia, —dijo Isabelle—. Sé lo que necesito saber.

—No estamos interesados en seguir los pasos de tu padre, —dijo Beatriz, luego se levantó y salió de la habitación.

Se hizo silencio mientras salía, todos estaban tensos esperando por la reacción de Isabelle.

Su sonrisa no vaciló, pero Simon pudo sentir el calor que ella irradiaba y comprendió que le estaba tomando una gran cantidad de energía no explotar, o colapsar. No sabía cuál sería, no sabía cómo se sentía por su padre al ser uno de los hombres de Valentine. No sabía nada sobre ella, no realmente. Admitió eso.

Pero todavía quería aferrarla con sus brazos y abrazarla hasta que pasara la tormenta.

—Nunca nadie acusó a mi padre de ser divertido, —dijo Isabelle rotundamente—. Pero supongo que mi reputación me precede. Sí os encontráis conmigo mañana a medianoche, os voy a mostrar lo que os habéis estado perdiendo. —Tomó la mano de Jon y le permitió que tirara fuera del sofá—. Ahora. ¿Vas a guiarme a mi habitación? Este lugar simplemente es imposible de navegar.

—El placer es mío, —dijo Jon, guiñándole a Simon.

Entonces se fueron.

Juntos.

* * *

A la mañana siguiente la sala se llenó con el eco de bostezos y gemidos por la resaca en su (infructuosa) búsqueda de grasa y café.

Mientras Robert Lightwood se lanzaba a su segunda conferencia, una tediosa reflexión sobre la naturaleza del mal y un análisis punto por punto de Valentine sobre los Acuerdos, Simon se tuvo que mantener despierto pellizcándose. Robert Lightwood posiblemente era la única persona en el planeta que podía convertir la historia del Círculo de Valentine en mortalmente aburrida. No ayudaba que Simon se hubiera quedado despierto hasta el amanecer, dando vueltas en el colchón, tratando de quitarse la tortuosa imagen de Isabelle y Jon.

Algo había pasado con ella, Simon estaba seguro de ello. Tal vez no era sobre él, quizás era sobre su padre, o alguna cuestión residual de educarse en el hogar, o alguna cosa femenina que no podía comprender, pero no estaba actuando como ella misma.

Ella no es tu novia, siguió recordándose a sí mismo. Incluso si algo andaba mal, ya no era su trabajo arreglarlo. Ella puede hacer lo que quiera.

Y sí ella quería a Jon Cartwright, entonces obviamente no valía la pena perder una noche de sueño.

Al amanecer casi estaba convencido de esto. Pero allí estaba ella otra vez, parada en el escenario al lado de su padre, su intensa y feroz mirada provocaba todos esos sentimientos de nuevo.

No eran recuerdos, exactamente. Simon no podía nombrar ni una simple película que hubiesen visto juntos, no conocía ninguna de las comidas favoritas de Isabelle o bromas, no sabía lo que se sentía besarla o entrelazar sus dedos con los de ella. Lo que sentía cuando miraba más profundo que eso, que habita una región más interna en su mente. Sentía como si la conociera, por dentro y por fuera. Sentía como si tuviera la visión de Superman y pudiera sacarle una radiografía a su alma. Sintió el dolor, la pérdida, la alegría y la confusión, se sintió como un hombre de las cavernas deseoso de matar un jabalí y ponerlo a sus pies, sintió la necesidad de hacer algo

extraordinario y la creencia de que, en su presencia, podría.

Sintió algo que nunca antes había sentido, pero supo con desazón que lo reconocería de todos modos.

Estaba muy seguro de que estaba enamorado.

* * *

1984

Valentine lo hizo fácil para ellos. Había inducido el permiso del decano para un viaje de camping “educativo” en el Bosque Brocelind —dos días noches y libres para hacer lo que quisieran, siempre que se tradujese en unas pocas páginas garabateadas en los poderes curativos de las hierbas silvestres.

Por todos los derechos, con sus preguntas incómodas y teorías rebeldes, Valentine debería haber sido la oveja negra de la Academia de Cazadores de Sombras. Ragnor Fell sin duda lo trataba como a una criatura viscosa que había salido de debajo de una roca y que debería ser devuelto a toda prisa allí.

Pero el resto de la facultad parecía cegada por el magnetismo personal de Valentine, incapaz o sin querer ver a través de la falta de respeto que había debajo. Él estaba esquivando interminablemente plazos y saltándose clases, excusándose con nada más que el destello de una sonrisa. Otro estudiante podría haber sido agradecido por la latitud, pero sólo hacía a Valentine detestar a sus maestros más —cada resquicio que la facultad abría para él era sólo más evidencia de debilidad.

No tuvo reparos en disfrutar de sus consecuencias.

La manada de hombres lobo, según la inteligencia de Valentine, estaba encerrada en la antigua mansión de Silverhood, una ruina decrepita en el corazón del bosque. El último Silverhood había muerto en la batalla de dos generaciones antes, y fue usado como un nombre para asustar a los pequeños Cazadores de Sombras. La muerte de un soldado era una cosa: lamentable, pero el orden natural de las cosas. La muerte de un linaje era inimaginable.

Tal vez todos estaban secretamente preocupados al respecto, esta misión ilícita que parecía cruzar una línea invisible. Nunca antes habían atacado contra los Subterráneos sin la expresa autorización y supervisión de sus mayores; habían roto las reglas, pero nunca antes se habían desviado tan cerca de romper la Ley.

Tal vez sólo querían pasar unas cuantas horas más como adolescentes normales, antes de que se fueron tan lejos que no pudiesen dar marcha atrás.

Por alguna razón, los cuatro se dirigieron por el bosque con una falta deliberada de velocidad, estableciendo un campamento para pasar la noche a media milla de la finca Silverhood. Ellos, Valentine decidió, pasarían el día manteniendo vigilado el campamento de hombres lobo, midiendo sus fortalezas y debilidades, trazando los ritmos de la manada, y atacarían al caer la noche, una vez que la manada se hubiese dispersado para cazar. Pero ese era problema de mañana. Esa noche, se sentaron alrededor de una fogata,

salchichas asadas sobre las llamas, recordaron su pasado, y se entusiasmaron sobre su futuro, el cual aún parecía imposiblemente lejos.

—Me casaré con Jocelyn, por supuesto, —dijo Valentine—, y criaremos a nuestros hijos en la nueva era. Ellos nunca serán deformados por las leyes corruptas de una débil y llorona Clave.

—Claro, porque en ese momento, nos moveremos por el mundo, —dijo Stephen a la ligera. La sombría sonrisa de Valentine lo hacía parecer menos como una broma que una promesa.

—¿No puedes verlo? —dijo Michael—. Papa Valentine, enterrado en pañales. Una sobrecarga de niños.

—Sin embargo Jocelyn quiere muchos. —La expresión de Valentine se suavizó, como siempre hacía cuando decía su nombra. Solo habían estado juntos durante un par de meses, desde que su padre murió, pero nadie cuestionaba que estuviesen juntos para bien. La forma en que él la miraba... como si ella fuera una especie diferente al resto de ellos,

una especie superior. —¿No podéis verlo? — Valentine había confiado una vez, desde el principio, cuando Robert le preguntó cómo podía estar tan seguro del amor, tan pronto—. Hay más del Ángel en ella que en el resto de nosotros. Hay una grandeza en ella. Brilla como el mismo Raziel. —Tú solo quieres inundar la piscina de genes, —dijo Michael—. Imagino que piensas que el mundo será mejor si cada Cazador de Sombras tiene un pequeño Morgenstern en ellos. Valentine sonrió. —Me han dicho que la falsa modestia no me queda, así que... sin comentarios. —Mientras estamos en el tema, —dijo Stephen, un rubor creciendo en sus mejillas—. Le pregunté a Amatis. Y ella dijo que sí. —¿Le preguntaste qué? —dijo Robert. Michael y Valentine solo se rieron, mientras las mejillas de Stephen se incendiaban. —Casarse conmigo, —admitió—. ¿Qué pensáis? La pregunta estaba aparentemente dirigida a todos ellos, pero su mirada estaba fija sobre Valentine, quién titubeó un imposiblemente largo tiempo antes de responder. —¿Amatis? —dijo finalmente,

frunciendo el ceño como si tuviera que darle al asunto una seria reflexión.

Stephen contuvo el aliento, y en ese momento, Robert casi pensó que era posible que él necesitara la aprobación de Valentine — que a pesar de proponérsele a Amatis, a pesar de amarla tan profunda y desesperadamente que casi vibraba con emoción en cualquier momento que ella se acercaba, a pesar de escribirle esa abominable canción de amor que Robert una vez encontró arrugada bajo su cama, Stephen la echaría a un lado si Valentine lo ordenaba. En ese momento, Robert casi pensó que era posible que Valentine lo ordenara, solo para ver que sucedía. Entonces el rostro de Valentine se relajó a una amplia sonrisa, y arrojó un brazo alrededor de Stephen, diciendo: —Ya era hora. No sé qué estabas esperando, idiota. Cuando eres lo suficiente afortunado de tener a un Graymark de tu lado, haces lo que sea que puedas hacer para asegurarte que es para siempre. Yo debería saberlo.

Luego todos estaban riendo, brindando, trazando planes de despedida de soltero y molestando a Stephen sobre sus pocos duraderos intentos en la composición de canciones, y fue Robert quien se sintió como un idiota, imaginando incluso por un segundo que el amor de Stephen por Amatis podría titubear, o que Valentine tuviera nada más que sus mejores intereses en el corazón.

Estos eran sus amigos, los mejores que tendría jamás, o que nadie podría tener jamás. Estos eran sus camaradas en armas, y noches como estas, estallidos de felicidad debajo de cielos estrellados, eran su recompensa por la especial obligación que habían tomado sobre sí mismos.

Imaginar otra cosa, era solo un síntoma de la debilidad secreta de Robert, su habitual falta de convicción, y resolvió no permitirse a sí mismo hacerlo así de nuevo. —¿Y tú, viejo? —preguntó Valentine a Robert—. Como si incluso tuviera que preguntar. Todos sabemos que Maryse hace lo que quiere. —E inexplicablemente, parece quererte, —añadió

Stephen. Michael, quién había caído inusualmente silencioso, atrapó la vista de Robert. Solo Michael sabía cuan poco le gustaba a Robert pensar sobre el futuro, especialmente esta parte de él. Cuanto temía ser forzado al matrimonio, crianza, responsabilidad. Si fuera por Robert, se quedaría en la Academia para siempre. Tenía un poco de sentido. Por lo qué había pasado cuando era niño, él era un par de años mayor que sus amigos —debería haber raspado las restricciones de juventud. Pero tal vez, por lo que había pasado, parte de él siempre se sentiría engañado y quería recuperar ese tiempo. Pasó tanto esperando la vida que tenía ahora. No estaba listo para alejarse de ella aún. —Bueno, este viejo está exhausto, —dijo Robert esquivando la pregunta—. Creo que mi carpa está llamando. Mientras extinguían el fuego y ordenaban el sitio, Michael le disparó una sonrisa agradecida, habiendo evitado su propia interrogación. El único de ellos aún soltero, a Michael le desagradaba esta línea de conversación incluso más que a Robert. Era una de las muchas cosas que tenían en común:

Ambos disfrutaban de la compañía del otro más de la que de alguna chica. El matrimonio parecía un concepto un tanto equivocado, a veces pensaba Robert. ¿Cómo podría cuidar de alguna esposa más de lo que lo hacía por su parabatai, la otra mitad de su alma? ¿Por qué debería ser posiblemente esperado a hacerlo? No pudo dormir. Cuando emergió de la carpa al silencioso periodo antes del amanecer, Michael estaba sentado junto a las cenizas de la fogata. Se giró hacia Robert sin sorpresa, casi como si estuviera esperando a que su parabatai se le uniera. Tal vez lo había hecho. Robert no sabía si era un efecto del ritual de unión o simplemente la definición de un mejor amigo, pero Michael y él vivían y respiraban en ritmos similares. Antes de que fueran compañeros de habitación, a menudo corrían hacia el otro en los corredores de la Academia, desvelados vagando por la noche. — ¿Caminamos? — Sugirió Michael. Robert asintió. Pasearon sin hablar por el bosque, dejando los sonidos del bosque durmiente murmurar sobre ellos. Chillidos de aves nocturnas, vuelos de insectos, el silencio del

viento por las hojas ondeando, el suave crujido del césped y ramitas debajo de sus pies. Había peligros acechando aquí, ambos sabían eso suficientemente bien. Muchas de las misiones de entrenamiento de la Academia tomaban lugar en el Bosque Brocelind, sus densos árboles un útil refugio para hombres lobo, vampiros, e incluso ocasionalmente demonios, sin embargo la mayoría de esos fueron liberados por la misma Academia, una máxima prueba para estudiantes particularmente prometedores. Esta noche el bosque se sentía seguro. O quizás era simplemente que Robert se sentía invencible. Mientras caminaban pensó, no en la misión por venir si no, en Michael quién había sido su primer verdadero amigo.

Él había tenido amigos cuando era menor, supuso. Todos los niños creciendo en Alicante se conocían el uno al otro, y él tenía vagos recuerdos de explorar la Ciudad de Cristal con pequeñas bandas de niños, sus rostros intercambiables, sus lealtades inexistentes. Como lo descubrió por sí mismo el año en que cumplió doce y obtuvo su primera Marca.

Este era, para la mayoría de los niños Cazadores de Sombras, un día de orgullo, uno que buscaban y fantaseaban sobre la manera en que niños mundanos inexplicablemente se obsesionaban con los cumpleaños. En algunas familias, la primera runa se aplicaba en una rápida manera formal, los niños se Marcaban y eran enviados por su cuenta; en otros, había una gran festividad, regalos, globos, un banquete festivo. Y por supuesto, en cada pequeño número de familias, la primera runa era la última runa, el toque de la estela quemando la piel del niño, enviándolo al shock o locura, una fiebre tan intensa que solo al ser cortado por la Marca le salvaría la vida. Esos niños nunca serían Cazadores de Sombras; esas familias nunca serían las mismas.

Nadie nunca pensó que eso les sucedería a ellos.

A los doce Robert había sido flaco pero de pie firme, rápido para su edad, fuerte para su tamaño, seguro de la gloria de Cacería de Sombras que lo esperaba. Como su amplia familia consideraba, su padre cuidadosamente

trazó la runa Clarividente por la mano de Robert. La punta de la estela grabó sus elegantes líneas por su pálida piel. La Marca completa ardió brillante, tan brillante que Robert cerró los ojos por el resplandor de esta.

Esa era la última cosa que él recordaba. La última que recordaba claramente, al menos.

Después de eso estaba todo lo que había intentado con tanta fuerza olvidar.

Había dolor.

Había dolor que lo quemó como un golpe de rayo y el dolor que decaía y fluía como una marea. Había dolor en su cuerpo, líneas de agonía radiando de la Marca, cavando desde su piel a sus órganos y a sus huesos —y luego, mucho peor, estaba el dolor en su mente, o quizás era su alma, una indescriptible sensación de daño, como si alguna criatura hubiera cavado en las profundidades de su cerebro y se pusiera hambriento con el disparo de cada neurona y sinapsis. Dolía pensar, dolía sentir, dolía recordar —pero se sentía necesario hacer esas cosas, por qué, incluso en el corazón de esa agonía, una débil parte de

Robert seguía lo suficiente alerta para saber que si no esperaba, si no sentía el dolor, se deslizaría lejos para siempre.

Más tarde usaría todas estas palabras y más para tratar de describir el dolor, pero ninguna de ellas capturaba la experiencia. Lo que había pasado, lo que había sentido, eso estaba más allá de las palabras. Había más tormentas que superar, a través de esa eternidad que estuvo en cama, insensible a todo en su entorno, aprisionado por su Marca. Había visiones, Vio demonios, burlándose y torturándolo, y peor, vio los rostros de aquellos que amaba, diciéndole que era inútil, diciéndole que estaba mejor muerto. Vio carbonizados y estériles valles y una pared de fuego, la dimensión del infierno aguardándole si dejaba que su mente se deslizará, y así, a través de todo, de alguna manera, esperó. Perdió todo sentido de sí mismo y el mundo a su alrededor, perdió sus palabras y su nombre, pero esperó. Hasta que finalmente, un mes más tarde, el dolor se calmó. Las visiones se desvanecieron. Robert despertó. Aprendió, una vez que se recuperó a si mismo lo suficiente para entender y

preocuparse, que había estado semiconsciente por bastantes semanas mientras una batalla había estado embravecida a su alrededor, miembros de la Clave enfrentándose con sus padres sobre su tratamiento mientras dos Hermanos Silenciosos hacían lo mejor para mantenerlo con vida. Todos habían querido desligarlo de la Marca, sus padres se lo dijeron, los Hermanos Silenciosos advirtiéndolo a diario que esta era la única manera de asegurar su supervivencia y evitarle más dolor. Permitirle vivir su vida como un mundano: Este era el tratamiento convencional para los Cazadores de Sombras que no podían soportar Marcas. — No podíamos dejarles hacerte eso, —le dijo su madre. —Eres un Lightwood. Nacistes para esta vida, —le dijo su padre—. Esta vida y no otra. Lo que no dijeron, y no necesitaron hacer: Preferiríamos verte muerto que mundano. Las cosas fueron diferentes entre ellos, después de eso. Robert estaba agradecido con sus padres por creer en él —él también preferiría estar muerto. Pero eso cambió algo, saber que el amor de sus padres hacia él no tenía límite. Y algo debería haber cambiado para ellos,

también, sabiendo que parte de su hijo no podía soportar la vida de Cazador de Sombras, siendo forzados a soportar esa vergüenza. Ahora Robert ya no podía recordar cómo había sido su familia antes de la Marca. Solo recordaba los años de entonces, la frialdad que vivió entre ellos. Actuaron sus partes: padre amoroso, madre cariñosa, hijo responsable. Pero era en su presencia que Robert se sentía más solo.

Estuvo, en esos meses que pasó en recuperación, frecuentemente solo. Los niños en los que había pensado como sus amigos, no querían tener nada que ver con él. Cuando se forzaban a su presencia, se alejaban avergonzados, como si él fuera contagioso. No había nada mal con él, los Hermanos Silenciosos dijeron. Habiendo sobrevivido la dura experiencia con la Marca intacta, no había riesgo de futuro peligro. Su cuerpo había titubeado al borde del rechazo, pero habría tornado en la marea. Cuando los Hermanos Silenciosos lo examinaron por última vez, uno de ellos habló sombríamente dentro de su cabeza, con un mensaje solo para Robert.

Serás tentado a pensar que esta dura experiencia te marca como débil. En su lugar, recuerda que es una prueba de tu fortaleza. Pero Robert tenía doce años. Sus amigos anteriores estaban trazándose a sí mismos con runas, trasladándose a la Academia, haciendo todo lo que los Cazadores de Sombras normales se suponía que hicieran —mientras, Robert se ocultaba en su habitación, abandonado por sus amigos, tratado con frialdad por su familia, y temeroso de su propia estela. En la cara de tanta evidencia de debilidad, incluso un Hermano Silencioso no podía hacerlo sentirse fuerte. De esta forma, casi un año pasó, y Robert comenzó a imaginar que esta sería la forma del resto de su vida. Sería un Cazador de Sombras solo en nombre; un Cazador de Sombras temeroso de las Marcas. A veces, en la oscuridad de la noche, deseaba no haber sido tan fuerte, por lo que se habría permitido perderse a sí mismo. Tenía que ser mejor que la vida a la que había regresado.

Entonces conoció a Michael Wayland, y todo cambió.

No se conocían el uno al otro muy bien, antes. Michael era un niño extraño, permitido a etiquetarse junto con los otros, pero nunca totalmente aceptado. Era propenso a distracciones y extraños vuelos de fantasía, deteniéndose a la mitad de una sesión de pelea para considerar de donde habían venido los Sensores, y quién había pensado en inventarlos.

Michael había aparecido en la mansión Lightwood un día preguntando si a Robert le gustaría ir a dar un paseo a caballo. Pasaron muchas horas galopando por el campo, y una vez que se terminó, Michael dijo: —Te veo mañana, —como si fuera una inevitable conclusión. Él siguió volviendo—. Porque eres interesante —dijo Michael, cuando Robert finalmente le preguntó por qué.

Esa era otra cosa sobre Michael. Él siempre decía exactamente lo que estaba en su cabeza, sin importar que tan insensible o peculiar fuesen. —Mi madre me hizo prometer no preguntar sobre lo que te pasó, —añadió. —¿Por qué? —Porque sería grosero. ¿Qué

piensas? ¿Sería grosero? Robert se encogió de hombros. Nunca nadie le preguntó sobre ello o se refirió a ello, ni siquiera sus padres. Nunca se le ocurrió preguntarse por qué, o si esto era preferible. Era simplemente la manera en que las cosas eran. —No pretendo ser grosero, —dijo Michael—. ¿Me lo dirás? ¿Cómo fue? Extraño, eso podía ser así de simple. Extraño, que Robert pudiera estar quemándose por contarle a alguien sin siquiera darse cuenta. Que todo lo que él necesitaba era alguien que preguntara. Las compuertas se abrieron. Robert habló y habló, y cuando él se desvaneció, temeroso de que estuviese yendo demasiado lejos, Michael saltaría con otra pregunta. —¿Por qué crees que te pasó a ti? —preguntó Michael—. ¿Crees que era genético? ¿O, como si, alguna de parte de ti solo no estuviese hecha para ser un Cazador de Sombras? Era, por supuesto, el temor más secreto de Robert —pero escucharlo arrojado tan casualmente así desactivaba todo su poder. —¿Tal vez? —dijo Robert, y en lugar de evitarlo, los ojos de Michael se iluminaron con una curiosidad científica. Él sonrió. —

Deberíamos descubrirlo. —Lo hicieron su misión: Investigaron librerías, leyeron cuidadosamente antiguos textos, hicieron preguntas que ningún adulto quería escuchar. Había muy poco historial escrito sobre Cazadores de Sombras que hubiesen experimentado lo que Robert hizo; este tipo de cosa estaba hecha para ser un vergonzoso secreto familiar, nunca hablado de nuevo. No es que a Michael le preocupase cuantas plumas agitaba o que tradiciones volcaba. Él no era particularmente valiente, pero parecía no tener miedo.

Su misión falló. No había explicación racional de por qué Robert había reaccionado tan fuerte a la Marca, pero para el final de ese año, no importaba. Michael había convertido una pesadilla en un rompecabezas —y se había convertido a sí mismo en el mejor amigo de Robert.

Representaron el ritual parabatai antes de irse a la Academia, haciendo el juramento sin dudar. Para entonces tenían quince años de edad, un físicamente improbable dúo: Robert

finalmente había golpeado su incremento de crecimiento, y se acercaba a sus colegas, sus músculos se marcaron, la sombra de una barba creciendo abundante cada día. Michael era esbelto y enjuto, sus rizos rebeldes y una soñadora expresión haciéndolo ver más joven que su edad. “No me ruegues que te deje, O que vuelva a seguir tras de ti...

A donde vayas, yo iré,

Y donde quieras que vivas, viviré yo.

Tu gente será mi gente, y tu Dios mi Dios.

Donde mueras, yo moriré, y ahí seré sepultado.

El Ángel será mi testigo, y aún más,

Hasta que la muerte nos separe a ti y a mí.”

Robert recitó las palabras, pero eran innecesarias. Su unión había sido consolidada el día que cumplieron catorce, cuando él finalmente consiguió el valor para Marcarse a sí mismo otra vez. Michael fue el único al que se lo dijo, y mientras sostenía la estela sobre su piel, fue la mirada firme de Michael la que le dio el valor para soportarlo.

Impensable que solo tuviesen un último año juntos antes de que se esperase que partieran. Su unión parabatai permanecería después de la Academia, por supuesto. Siempre habían sido mejores amigos; siempre habían atacado en la batalla lado a lado. Pero no sería lo mismo. Cada uno se casaría, se mudarían a sus propias casas, reenfocarían su atención y su amor. Siempre tendrían una declaración sobre el alma del otro. Pero después del siguiente año, ya no serían la persona más importante en la vida del otro. Así, Robert sabía, era simplemente como funcionaba la vida. Así estaba creciendo. Simplemente no podía imaginarlo, y no quería hacerlo.

Como si estuviera escuchando los pensamientos de Robert, Michael repitió la pregunta que él esquivó antes.

—¿Qué está pasando realmente contigo y Maryse? — Preguntó—. ¿Crees que es real? Como, ¿para bien?

No había necesidad de hacer un espectáculo para Michael.

—No lo sé, —dijo honestamente—. Ni siquiera sé cómo es que se sentiría eso. Ella es perfecta para mí. Me encanta pasar tiempo con ella, me encanta... ya sabes, con ella. ¿Pero eso significa que la amo? Debería, pero...

—Hace falta algo.

—Aunque, no entre nosotros —dijo Robert—. Es como si hiciera falta algo en mí. Veo como Stephen mira a Amatis, como Valentine mira a Jocelyn...

—Como Lucian mira a Jocelyn —agregó Michael con una sonrisa irónica. Lucian les gustaba a ambos, a pesar de su irritante tendencia a actuar como si el favor de Valentine le hubiera dado perspicacia más allá de sus años. Pero después de todos esos años de verlo anhelar a Jocelyn, era difícil tomarlo seriamente por completo. Lo mismo iba para Jocelyn, que de alguna manera se las arreglaba para no darse cuenta. Robert no entendía cómo podías ser el centro del mundo de alguien sin darte cuenta.

—No lo sé —admitió, preguntándose si alguna chica sería alguna vez el centro de su

mundo—. A veces me preocupo de que haya algo malo conmigo.

Michael palmeó su hombro, y fijó en él una mirada intensa.

—No hay nada malo contigo, Robert. Ojala finalmente puedas ver eso.

Robert se sacudió la mano, junto con el peso del momento.

—¿Qué hay de ti? —dijo con forzada alegría—. ¿Ya ha habido, qué, tres citas con Eliza Rosewain?

—Cuatro —admitió Michael.

Le había hecho jurar a Robert que lo mantendría en secreto, diciendo que no quería que los otros chicos se enteraran hasta que estuviera seguro de que era real. Robert sospechaba que no quería que Valentine se enterara, ya que Eliza era una espina particular en el costado de Valentine. Hacía casi tantas preguntas irrespetuosas como él, y albergaba un desdén similar por las políticas actuales de la Clave, pero no quería tener nada que ver con el Círculo o sus objetivos. Eliza pensaba que

un frente nuevo y unido con mundanos y Subterráneos era la clave para el futuro. Discutía —ruidosamente, y para el disgusto de la mayoría de la facultad y estudiantes— que los Cazadores de Sombras deberían encargarse de los problemas de los mundanos. Podía ser encontrada constantemente en el patio interior, tirando panfletos indeseados en las caras de los estudiantes, vociferando acerca de pruebas nucleares, los tiranos petroleros de Oriente Medio, algún problema que nadie entendía de Sudáfrica, alguna enfermedad que nadie quería reconocer en América...

Robert había escuchado plenamente cada discurso, porque Michael siempre insistía en quedarse a escuchar.

—Ella es muy extraña —dijo Michael—. Me gusta.

—Oh. —Era una sorpresa, una no agradable completamente. A Michael nunca le gustaba nadie. Hasta este momento, Robert no se había dado cuenta de lo mucho que había contado con eso—. Entonces deberías intentarlo —dijo, esperando sonar sincero.

—¿De verdad? —Michael se veía bastante sorprendido él mismo.

—Sí. Definitivamente. —Robert se recordó a sí mismo: Entre menos seguro te sientas, actúas con mayor certeza—. Ella es perfecta para ti.

—Oh. —Michael dejó de caminar y se acomodó bajo la sombra de un árbol. Robert se desplomó en el suelo junto a él—. ¿Puedo preguntarte algo, Robert?

—Cualquier cosa.

—¿Has estado enamorado? ¿De verdad?

—Sabes que no. ¿No crees que lo hubiera mencionado?

—¿Pero cómo puedes saberlo por seguro, si no sabes cómo se siente? Tal vez lo has estado sin darte cuenta. Tal vez estás esperando algo que ya tienes.

Había una parte de Robert que esperaba que ese fuera el caso, que lo que sentía por Maryse fuera la clase de amor eterno y de almas gemelas del que todos hablaban. Tal vez

sus expectativas eran simplemente demasiado altas.

—Supongo que no estoy completamente seguro —admitió—. ¿Qué hay acerca de ti? ¿Crees que sabes lo que se sentiría?

—¿El amor? —Michael bajó la mirada y sonrió hacia sus manos—. El amor, el amor verdadero, es ser visto. Ser conocido. Saber la parte más horrible de alguien, y amarlo de todas maneras. Y... supongo que creo que dos personas enamoradas se convierten en algo más, algo más que la suma de sus partes, ¿sabes? Que debe de ser como si estuvieras creando un mundo nuevo que existe solo para vosotros dos. Sois dioses de vuestro propio universo en miniatura. —Se rió un poco entonces, como si se sintiera tonto—. Eso debe sonar ridículo.

—No —dijo Robert, la verdad alzándose sobre él. Michael no hablaba como alguien que lo estuviera suponiendo, hablaba como alguien que sabía. ¿Era posible que después de cuatro citas con Eliza, en realidad se

hubiese enamorado? ¿Era posible que el mundo entero de su parabatai hubiera cambiado, y Robert ni se había dado cuenta?—. Suenan... genial.

Michael volteó su cabeza para mirar a Robert, su rostro arrugado con una inseguridad inusual.

—Robert, hay algo que he querido decirte... necesitado decirte, tal vez.

—Cualquier cosa.

No era propio de Michael dudar. Se decían todo, siempre lo habían hecho.

—Yo...

Se detuvo, luego sacudió la cabeza.

—¿Qué es? —presionó Robert.

—No, no es nada. Olvídalo.

El estómago de Robert se revolvió. ¿Sería así ahora que Michael estaba enamorado? ¿Habría una nueva distancia entre ellos, cosas importantes sin decir? Sintió como si Michael estuviera dejándolo atrás, cruzando la frontera a una tierra donde su parabatai no

podía seguirlo... y aunque sabía que no debería culpar a Michael, no podía evitarlo.

Simon estaba soñando que estaba de vuelta en Brooklyn, tocando en un concierto con Rilo Kiley en un club lleno de fanáticos que gritaban, cuando de repente su madre se metió en el escenario con su bata de baño y dijo, en un perfecto acento escocés:

—Vas a perderte toda la diversión.

Simon parpadeó hasta despertarse, confundido, por un momento, de por qué estaba en un calabozo que olía a estiércol en lugar de su dormitorio de Brooklyn, luego, una vez que se orientó, confundido de nuevo acerca de por qué estaba siendo despertado en medio de la noche por un escocés con ojos enloquecidos.

—¿Hay un incendio? —preguntó Simon—. Será mejor que haya un incendio. O un ataque de demonios. Y no estoy hablando acerca de

un demonio diminuto de nivel inferior, te recuerdo. Si me quieres despertar en medio de un sueño de estrellato de rock, mejor que sea un Demonio Mayor.

—Es Isabelle —dijo George.

Simon saltó para salir de la cama, o trató galantemente, por lo menos. Se enredó un poco con sus sábanas, entonces fue más como que cayó-volteó-golpeó fuera de la cama, pero eventualmente se puso de pie, listo para entrar en acción.

—¿Qué le pasó a Isabelle?

—¿Por qué algo tuvo que haberle pasado a Isabelle?

—Dijiste... —Simon se frotó los ojos, suspirando—. Empecemos de nuevo. ¿Me despertaste porque...?

—Vamos a encontrarnos con Isabelle. Tener una aventura. ¿Te suena?

—Oh. —Simon había hecho su mejor esfuerzo para olvidarse de esto. Se acostó de nuevo—. Puedes contármelo todo en la mañana.

—¿No vas a venir? —preguntó George, como si Simon hubiera dicho que iba a pasar el resto de la noche haciendo calistenia con Delaney Scarsbury, solo para divertirse.

—Lo supusiste. —Simon apretó la sábana sobre su cabeza y pretendió estar dormido.

—Pero vas a perderte toda la diversión.

—Esa es precisamente mi intención —dijo Simon, y apretó los ojos hasta que se durmió de verdad.

Esta vez estaba soñando acerca de un cuarto VIP tras bastidores en el club, lleno con champán y café, una manada de groupies tratando de abrir la puerta para que —en el sueño, Simon sabía de alguna manera que esa era su intención— pudieran romper su ropa y violarlo. Golpeaban la puerta, gritaban su nombre, ¡Simon! ¡Simon! ¡Simon!

Simon abrió los ojos a retazos insidiosos de gris, luz de antes del amanecer, un golpeteo

rítmico en su puerta, y una chica gritando su nombre.

—¡Simon! ¡Simon, despierta! —Era Beatriz, y no sonaba de humor para asaltarlo.

De manera soñolienta, caminó a la puerta y la dejó entrar. Las estudiantes femeninas definitivamente tenían prohibido entrar en las habitaciones de los chicos después del toque de queda, y no era propio de Beatriz romper una regla como esa, entonces supuso que era algo importante. (Si el golpeteo y los gritos ya no se lo hubieran dicho)

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? Lo que pasa es que son casi las cinco de la mañana y Julie y los demás están todavía fuera en algún lado con tu estúpida novia y ¿qué crees que va a pasar si no regresan antes de que la clase de la mañana empiece y quién sabe lo que pudo haberles pasado ahí afuera?

—Beatriz, respira —dijo Simon—. De todas maneras, no es mi novia.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? — Ella casi vibraba de furia—. Ella los convenció de escaparse, hasta donde sé, ellos bebieron todo su peso en agua del Lago Lynn y todos se han vuelto locos. Podrían estar muertos hasta donde sabemos. ¿Acaso no te importa?

—Por supuesto que me importa, —dijo Simon, no dijo que estaba solo en su habitación. George tampoco había regresado. Su cerebro, nublado por el sueño, estaba trabajando por debajo de la velocidad óptima—. El próximo año traeré una cafetera, —murmuró.

—¡Simon! —aplaudió bruscamente, a centímetros de su cara—. ¡Concéntrate!

—¿No crees que estas exagerando un poco con esto? —preguntó Simon, a pesar de que Beatriz era una de las chicas más sensatas que conocía. Si ella estaba angustiada, probablemente había una buena razón, pero él no podía ver cuál era—. Están con Isabelle. Isabelle Lightwood, no va a dejar que nada malo pase.

—Oh, están con Isabelle. —Su voz derramando sarcasmo—. Me siento tan aliviada.

—Vamos Beatriz. No la conoces.

—Se lo que veo, —dijo Beatriz.

—¿Y qué es lo que ves?

—Una auto-consagrada niña rica que no tiene que seguir las reglas y que no tiene que preocuparse por las consecuencias. ¿A ella que le importa si Julie y Jon son expulsados de aquí?

—¿A mí que me importa si Julie y Jon son expulsados? —murmuró Simon, demasiado fuerte.

—Te importa George, —señaló Beatriz—, y Marisol y Sunil. Todos ellos están en algún lugar afuera, y confían en Isabelle tanto como tú. Pero te lo digo Simon, esto no me parece bien. Lo que dijo sobre la Academia queriendo que lo arruinemos y nos metamos en problemas. Es más como si ella quisiera que nos metamos en problemas. O si quisiera algo más. No sé lo que es. Pero no me gusta.

Algo de lo que dijo le sonó más a verdad de lo que le hubiera gustado, pero Simon no se permitiría a sí mismo pensarlo. Se sentía desleal, y ya había sido lo suficiente desleal. Esta semana era su oportunidad de probarse a sí mismo frente a Isabelle, demostrarle que pertenecían a la vida del otro. Él no lo iba a arruinar dudando de ella, incluso aunque ella no estuviera ahí para verlo.

—Confío en Isabelle, —le dijo Simon a Beatriz—. Todos estarán bien, y estoy seguro de que todos estarán de vuelta antes de que alguien note que se han ido. Deberías de dejar de preocuparte por ello.

—¿Eso es todo? ¿Es todo lo que harás?

—¿Qué es lo que tú quieres hacer?

—No lo sé. ¡Algo!

—Bien, haré algo, —dijo Simon—. Volveré a la cama. Voy a soñar con café y una nueva y brillante Fender Stratocaster y si para la mañana George aún no ha vuelto, le diré a la Decana Penhallow que está enfermo, así no se meterá en ningún problema. Y entonces empezaré a preocuparme.

Beatriz bufó—: Gracias por nada.

—¡De nada! —respondió Simon. Pero esperó a que la puerta se cerrara detrás de ella para hacerlo.

* * *

Simon tenía razón.

Cuando Robert Lightwood empezó su lección esa mañana, todos los miembros del cuerpo estudiantil se encontraban ahí para escucharlo, incluyendo a un muy adormilado George.

—¿Cómo estuvo? —susurró Simon cuando su compañero de habitación se deslizó en el asiento junto a él.

—Espectacularmente sangriento, —murmuró George. Cuando Simon lo presionó por detalles, George solo sacudió la cabeza y presionó un dedo en sus labios.

—¿En serio? Solo dime.

—Juré guardar el secreto, —susurró George—. Pero solo se pondrá mejor. Si quieres saber, ven conmigo esta noche.

Robert Lightwood se aclaró la garganta sonoramente.

—Me gustaría empezar con la clase de hoy, asumiendo que todo está bien con el gallinero.

George miró alrededor salvajemente.

—¿Servirán gallinas hoy? Me muero de hambre.

Simon suspiró. George bostezó.

Robert empezó de nuevo.

* * *

1984

La manada era pequeña, solo cinco lobos. En su engañosa forma humana: dos hombres, uno incluso más grande que Robert, con músculos del tamaño de su cabeza, otro viejo y encorvado con abundantes vellos asomándose por su nariz y orejas como si su lobo interior lo estuviera invadiendo gradualmente. Una niña con trenzas rubias. La joven madre de la niña, sus labios brillantes y curvas ondulantes le provocaron pensamientos a Robert de que era mejor no repetir en voz alta, al menos no donde

Valentine pudiera escuchar. Y finalmente, una mujer musculosa con un profundo bronceado y un más profundo ceño, quien parecía estar a cargo.

Era asqueroso, Valentine les dijo que había hombres lobo apestando una distinguida mansión de Cazadores de Sombras. Y aunque la casa estaba decrepita y había sido abandonada hace mucho tiempo, vides serpenteando por las paredes, malas hierbas brotando desde sus cimientos, la que una vez había sido una noble finca reducida a oxidación y escombros, Robert veía su punto. La casa tenía un linaje, había sido el hogar de intrépidos guerreros, hombres y mujeres que arriesgaron y eventualmente perdieron sus vidas a causa de la humanidad, por defender al mundo de los demonios. Y aquí estaban esas criaturas, infectadas por su raza demoniaca – ¿estas despreciables criaturas habían violado los Acuerdos y matado desenfrenadamente, refugiándose en el hogar de su enemigo? La Clave se negaba a lidiar con eso, dijo Valentine, no porque no estuvieran seguros de que estos lobos eran violentos y asqueroso criminales,

sino porque no querían lidiar con las quejas de los Subterráneos. No querían tener que explicarse a sí mismos; no tenían el coraje para decir: Sabíamos que eran culpables, por lo que nos hicimos cargo de ello.

Eran, en otras palabras, débiles.

Inservibles.

Valentine dijo que debían sentirse orgullosos de hacer el trabajo que la Clave estaba poco dispuesta a hacer, que ellos estaban sirviendo a su gente, incluso mientras eludían la Ley, y con sus palabras, Robert sintió ese orgullo florecer. Dejar que los otros estudiantes de la Academia tuviesen sus fiestas y sus mezquinos melodramas de escuela. Dejarlos creer que crecer significaba graduarse, casarse y asistir a reuniones. Esto era crecer, como Valentine dijo. Ver una injusticia y hacer algo al respecto, sin importar el riesgo. Sin importar las consecuencias.

Los lobos tenían un afilado sentido del olfato y agudos instintos, incluso en sus cuerpos humanos, por lo que los Cazadores de Sombras fueron cuidadosos. Se arrastraron

alrededor de la decadente mansión, se asomaron por las ventanas, esperaron, observaron. Planearon. Cinco hombres lobo y cuatro jóvenes Cazadores de Sombras, esos eran riesgos que ni siquiera Valentine se atrevería a tomar. Por eso fueron pacientes, y cuidadosos.

Esperaron a la oscuridad.

Era desconcertante mirar a los lobos en su forma humana, interpretando a una familia normal, el hombre más joven lavando los platos mientras que el más viejo se preparaba una taza de té, la niña sentada en el suelo con las piernas cruzadas jugando con sus coches en miniatura. Robert se recordó a si mismo que estos intrusos estaban reclamando una casa y una vida que no se merecían, que habían matado a inocentes y tal vez incluso ayudado a masacrar al padre de Valentine.

Aun así, se sintió aliviado cuando la luna salió y volvieron a su monstruosa forma. Robert y los otros se aferraron a las sombras mientras que a tres miembros de la manada les brotaron colmillos y pelaje, y salieron por una

ventana rota hacia la noche. Salieron de cacería, dejando atrás, como Valentine había sospechado que harían, a sus miembros más vulnerables. El anciano y la niña. Estos sí eran riesgos del gusto de Valentine.

No hubo mucha pelea.

Para el momento en que los dos hombres lobo rezagados se dieron cuenta del ataque, ya estaban rodeados. Ni siquiera tuvieron tiempo de transformarse. Se había acabado en minutos, Stephen había noqueado al anciano con un golpe en la cabeza, la niña arrinconada en una esquina, a centímetros de la punta de la espada de Michael.

—Nos llevaremos a ambos a interrogación,
—dijo Valentine.

Michael sacudió la cabeza.

—A la niña no.

—Ambos son criminales, —discutió Valentine—. Cada miembro de esta manada es culpable de...

—¡Es una niña pequeña! —dijo Michael, mirando a su parabatai en busca de apoyo—.

Díselo. No vamos a arrastrar a una niña hacia el bosque para dejarla a merced de la Clave.

Él tenía un punto... pero, Valentine también. Robert no dijo nada.

—No vamos a llevar a la niña, —dijo Michael, y la mirada en su rostro sugería que estaba dispuesto a respaldar sus palabras con acciones.

Stephen y Robert se tensaron, esperando por la explosión. Valentine no tomaba bien el ser desafiado; él no tenía mucha experiencia en eso. Pero solo suspiró, y le ofreció una triste y encantadora sonrisa—. Claro que no. No sé en qué estaba pensando. Solo el anciano entonces. ¿A menos que tengas alguna objeción también?

Nadie tenía objeciones, y el viejo hombre inconsciente era solo piel y huesos, su peso apenas perceptible en los hombros de Robert. Encerraron a la niña en el armario, después cargaron al anciano hacia lo profundo del bosque, de regreso al campamento.

Lo ataron a un árbol.

La cuerda estaba tejida con filamentos de plata, cuando el viejo recobrara la conciencia, despertaría lleno de dolor. Probablemente no sería suficiente para mantenerlo en forma de lobo, no si estaba determinado a escapar. Pero lo ralentizaría. Sus dagas de plata harían el resto.

—Vosotros dos, patrullad un perímetro de media milla, —dijo Valentine a Michael y Stephen—. No queremos que ninguno de sus pequeños mugrientos amigos capte su olor. Robert y yo vigilaremos al prisionero.

Stephen asintió bruscamente, ansioso como siempre de cumplir los deseos de Valentine.

—¿Y cuándo él despierte? —preguntó Michael.

—Cuando eso despierte, Robert y yo le preguntaremos por sus crímenes, y de lo que sabe acerca de los crímenes de sus compañeros —dijo Valentine—. Una vez que nos hayamos asegurado su confesión, lo enviaremos con la Clave para que sea castigado. ¿Eso te satisface, Michael?

No sonaba como que la respuesta le importase mucho la respuesta, y Michael no le dio una.

—¿Así que ahora esperamos? —preguntó Robert, una vez que estuvieron solos.

Valentine sonrió.

Cuando así lo quería, su sonrisa podía entrar al corazón protegido, y derretirlo desde adentro hacia afuera.

No fue diseñada para ser cálida. Era una sonrisa fría, y heló a Robert hasta la médula.

—Estoy cansado de esperar —dijo Valentine, y sacó una daga. La luz de la luna se reflejaba en la daga de plata pura.

Antes de que Robert dijera nada, Valentine enterró el lado plano de la espada en el pecho desnudo del anciano. Hubo un crepitar de carne, luego un aullido, mientras el prisionero despertaba de la agonía.

—Yo no lo haría —dijo Valentine calmadamente, mientras las facciones del hombre comenzaban a adquirir características lobunas, pelaje brotaba de su cuerpo

desnudo—. Sí, voy a hacerte daño. Pero cambia de nuevo a un lobo y, lo prometo, te mataré.

La transformación se detuvo tan abruptamente como había comenzado. El anciano emitió una serie de toses que sacudieron su delgado cuerpo desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Era flaco, tanto que las costillas sobresalían de su pálida piel. Tenía ojos hundidos y mechones de cabello gris cruzaban desde su cráneo hasta el ombligo. Nunca se le hubiese ocurrido a Robert que un hombre lobo se quedase calvo. Bajo otras circunstancias, ese pensamiento lo habría divertido.

Pero no había nada divertido en el sonido que el hombre hacía mientras Valentine trazaba con su daga el camino desde su prominente clavícula hasta su ombligo.

—Valentine, es solo un anciano, —dijo Robert, vacilante—. Quizás deberíamos...

—Escucha a tu amigo, —dijo el anciano, suplicante—. Podría ser tu abuelo.

Valentine lo golpeó en la cara con la empuñadura de la daga.

—No es cualquier tipo de hombre, —le dijo a Robert—. Es un monstruo. Y ha estado haciendo cosas que no debería, ¿no es verdad?

El hombre lobo, aparentemente concluyendo que jugar a lo de la edad y debilidad no lo ayudarían a salir de esto, se irguió y mostró los dientes. Su voz, cuando habló, había perdido el temblor.

—¿Quién eres, Cazador de Sombras, para decirme que debería y no debería estar haciendo?

—Lo has admitido, entonces, —dijo Robert impacientemente—. Violaste los Acuerdos.

Si confesaba esto con tanta facilidad, terminarían con este sórdido asunto, mandarían al prisionero con la Clave, volverían a casa.

—Yo no doy mi acuerdo a asesinos y debiluchos, —escupió el hombre lobo.

—Afortunadamente, no necesito tu acuerdo—dijo Valentine—. Solo necesito información. Nos dices lo que necesitamos saber, y te dejaremos ir.

Eso no era lo que habían discutido, pero Robert contuvo su lengua.

—Hace dos meses, una manada de hombres lobo mató a un Cazador de Sombras en el lado oeste de este bosque. ¿Dónde puedo encontrarlos?

— ¿Y exactamente como se supone que sepa eso?

La sonrisa fría de Valentine volvió.

—Será mejor que lo hagas, porque de otra manera no nos serías útil.

—Bueno entonces, pensándolo bien, tal vez oí hablar de ese Cazador de Sombras del que hablas —el lobo ladró una risa—. Desearía haber estado allí para verlo morir. Para saborear su dulce carne. Es el miedo lo que le da a la carne ese sabor. Mejor aun cuando lloran primero, un poco salado con lo dulce. Y el rumor dice que vuestro condenado Cazador de Sombras lloró mucho. Cobardía, eso era.

—Robert, mantén su boca abierta —la voz de Valentine era firme, pero Robert lo conocía

lo suficientemente bien para sentir la turbulenta furia debajo.

—Quizás deberíamos tomarnos un momento para...

—Mantén su boca abierta.

Robert tomó la débil mandíbula del hombre y abrió su boca.

Valentine presionó el lado plano de la daga contra la lengua del anciano y la mantuvo allí mientras el grito del hombre se transformaba en un aullido, mientras sus músculos esqueléticos se hinchaban y pelaje florecía de su carne, mientras su lengua burbujeaba y se llenaba de ampollas, y entonces, cuando el lobo totalmente transformado rompió sus ataduras, Valentine cortó su lengua. Mientras de su boca brotaba sangre, Valentine cortó una línea nítida en la zona intermedia del lobo. El corte era seguro y profundo, y el lobo cayó al suelo, con los intestinos brotando de la herida. Valentine saltó sobre la criatura que se retorció, apuñalando y cortando, rasgando su piel, desollando la carne a un hueso perlado, aun cuando la criatura se sacudía y

convulsionaba debajo de él, incluso cuando la lucha se drenó, incluso cuando su mirada se volvió vacía, incluso cuando su cuerpo recuperó su forma humana, inmóvil en la ensangrentada tierra, el rostro de un anciano pálido y sin vida bajo el cielo nocturno.

—Es suficiente, —seguía diciendo Robert, calmada e inútilmente—. Es suficiente, Valentine.

Pero no hizo nada para detenerlo.

Y cuando sus amigos regresaron del patrullaje para encontrar a Robert y a Valentine de pie frente al cadáver destripado, él no contrarrestó la versión de Valentine de los eventos: el hombre lobo se había liberado de las ataduras y había intentado escapar. Habían soportado una feroz batalla, matándolo en defensa propia.

El resumen de la historia era, técnicamente, verdad.

Stephen dio unas palmaditas a Valentine en la espalda, compadeciéndose de que él hubiese perdido una potencial guía al asesino de su padre. Michael cruzó la mirada con Robert, su

pregunta era tan clara como si la hubiese dicho en voz alta. ¿Qué ocurrió realmente?

¿Qué dejaste que ocurriera?

Robert alejó la vista.

Isabelle estaba evitándolo. Beatriz estaba enfureciéndolo. Todo el mundo estaba rebosante de emoción por la aventura de la noche anterior y el secreto que estaba por venir. Julie y Marisol solo hacían eco a la criptica promesa de George de que algo bueno estaba por venir, y si Simon quería saber sobre ello, tendría que unírseles.

—No creo que Isabelle me quiera allí —le dijo a Sunil mientras tomaban cuidadosamente los objetos cocidos al vapor con formas de vegetales que tenían por almuerzo.

Sunil sacudió la cabeza y sonrió. La sonrisa encajaba pobremente en su rostro; Sunil con una sonrisa era como un Klingon en un tutú.

Era un chico inusualmente sombrío quien parecía considerar el buen ánimo como una falta de seriedad, y trataba a la gente de esa manera—. Ella nos dijo que te convenciéramos de ir. Dijo “lo que sea necesario.” Así que dime Simon, —la inquietante sonrisa creció—. ¿Qué será necesario?

—Ni siquiera la conoces, —señaló Simon—. ¿Por qué estás de repente tan dispuesto a hacer lo que ella te diga?

— ¿Estamos hablando de la misma chica, verdad? ¿Isabelle Lightwood?

—Sí.

Sunil sacudió la cabeza, asombrado.

—¿E incluso debes preguntar?

Así que ese era el nuevo orden: el culto de Isabelle Lightwood. Simon debía admitir que podía entender como una habitación repleta de personas de otra manera racionales podía caer completamente bajo su hechizo y entregarse completamente a ella.

Pero ¿por qué iba a quererlos?

Decidió que iba a ver eso por sí mismo. Simplemente para entender que estaba ocurriendo y asegurarse de que todo estaba yendo bien. No, en absoluto, porque quería desesperadamente estar cerca de ella. O impresionarla. O agradarle.

Pensándolo así, quizás Simon entendía más el culto de Isabelle de lo que quería admitir.

Quizás había sido el miembro fundador.

* * *

—¿Vas a hacer qué? —en la última palabra, la voz de Simon saltó dos octavas más alto de lo normal.

Jon Cartwright rió.

—Cálmate, mamá. Ya la oíste.

Simon miró en el salón a sus amigos (y a Jon). El último año había llegado a conocerlos interior y exteriormente, o al menos, pensó que lo había hecho. Julie mordía sus uñas encarnizadas cuando estaba nerviosa. Marisol dormía con una espada bajo su almohada, por si acaso. George hablaba en sueños, usualmente sobre técnicas de esquila de

ovejas. Sunil tenía conejos mascota de los que hablaba constantemente, siempre preocupado de que el pequeño Ringo fuese atrapado por sus hermanos más grandes y mullidos. Jon había cubierto una pared de su habitación con pinturas de dedos de su prima pequeña, y le escribía cartas cada semana. Todos se habían comprometido con la causa de los Cazadores de Sombras, habían atravesado el infierno para mostrar su valía ante los instructores y entre ellos. Casi habían terminado un año sin ninguna herida fatal o mordida de vampiros... ¿y ahora esto?

—Ja, ja, muy gracioso —dijo Simon, esperando que estuviera haciendo un trabajo aceptable en mantener la desesperación fuera de su tono—. Buen chiste sobre mí, en venganza por no haber ido anoche. Completamente hilarante. ¿Qué sigue? Quieren convencerme de que vais a hacer otra idiotez como la película *Last Airbender*? Queréis verme enloquecer, hay maneras más fáciles.

Isabelle rodó los ojos.

—Nadie quiere verte enloquecer, Simon. Francamente, me da igual verte en absoluto.

—Así que esto es serio —dijo Simon—. En serio, no bromeáis, ¿en realidad planeáis convocar un demonio? Aquí, ¿en medio de la Academia de Cazadores de Sombras? ¿En medio de la fiesta de fin de año? Porque pensáis que va a ser... ¿divertido?

—Obviamente no vamos a convocarlo en medio de la fiesta —dijo Isabelle—. Eso sería bastante tonto.

—Oh, por supuesto, —Simon arrastro las palabras—. Eso sería una tontería.

—Vamos a convocarlo aquí en el salón, —aclaró Isabelle—. Entonces llevarlo a la fiesta.

—Para luego matarlo, por supuesto. —Aportó Julie.

—Por supuesto —repitió Simon. Se preguntó si tal vez estaba teniendo un derrame cerebral.

—Estás haciendo que suene más importante de lo que es —dijo George.

—Sí, es sólo un demonio menor —dijo Sunil—. No es nada.

—Uh-huh —Simon gimió—. Totalmente. No es nada.

—¡Imaginad la mirada en las caras de todos cuando vean lo que podemos hacer! —Marisol estaba casi brillando al pensar en ello.

Beatriz no estaba ahí. Si ella hubiera estado, tal vez podría haberlos hecho entrar en razón. O ayudar a Simon a atarlos y meterlos en el armario hasta que el final del semestre hubiese pasado con seguridad e Isabelle estuviera de vuelta en Nueva York, donde pertenecía.

—¿Qué pasa si algo sale mal? —señaló Simon—. Nunca os habéis enfrentado a un demonio en condiciones de combate, no sin los profesores vigilándoos la espalda. No sabéis...

—Tú tampoco. —Espetó Isabelle—. Al menos, no lo recuerdas, ¿no es cierto?

Simon no dijo nada.

—Mientras que yo derribé mi primer demonio menor cuando tenía seis años, —dijo

Isabelle—. Como le dije a tus amigos, no es gran cosa. Y ellos confían en mí.

Confío en ti, eso es lo que él quería decir. Sabía que ella estaba esperando eso. Todos lo esperaban.

Él no podía.

—¿No puedo convencerlos? —Preguntó en su lugar.

Isabelle se encogió de hombros.

—Puedes seguir intentando, pero estarías perdiendo todo nuestro tiempo.

—Entonces tendré que encontrar otra manera de detenerlo —dijo Simon.

—¿Vas a delatarnos? —Se burló Jon—. ¿Vas a ser un bebé llorón y chismearle a tu bruja favorita? —bufó—. Una vez que eres la mascota de un maestro, siempre serás la mascota de un maestro.

—Cállate, Jon, —Isabelle le golpeó suavemente en el brazo. Simon, probablemente debería haber estado satisfecho, pero golpear seguía requiriendo tocar, y él preferiría que Isabelle y Jon nunca

entrasen en contacto físico de cualquier tipo—. Podrías tratar de delatarnos, Simon. Pero lo negaré. Y entonces, ¿a quién le van a creer, a alguien como yo, o alguien como tú? Un mundano.

Ella dijo: “mundano” exactamente igual que Jon siempre lo hacía. Como si fuera sinónimo de “nada.”

—Esta no eres tú, Isabelle. Así no es cómo eres. —No estaba seguro de si estaba tratando de convencerla a ella o a él mismo.

—No sabes cómo soy, ¿recuerdas?

—Sé lo suficiente.

—Entonces sabes que debes confiar en mí. Pero si no lo haces, adelante. Delátanos, —dijo—. Entonces todos sabrán cómo eres. Qué clase de amigo que eres.

Él lo intentó.

Sabía que era lo correcto por hacer.

Al menos, pensó que era lo correcto por hacer.

A la mañana siguiente, antes de clase, fue a la oficina de Catarina Loss; Jon tenía razón, ella era su bruja favorita y su profesora favorita, y la única a la que le iba a confiar algo como esto.

Ella le dio la bienvenida, le ofreció un asiento y una taza de algo cuyo vapor era una sombra alarmante de azul. Pasó.

—Así que, Vampiro Diurno, ¿supongo que tienes algo que decirme?

Catarina lo intimidaba un poco menos de lo que hacía a principios de año, lo cual era un poco como decir que Jar Jar Binks era “algo menos” molesto en Star Wars: Episodio II de lo que había sido en Star Wars: Episodio I.

—Es posible que sepa algo que... —Simon se aclaró la garganta—. Quiero decir, si algo sucediera que...

No se había permitido pensar a través de lo que sucedería una vez que las palabras salieron. ¿Qué pasaría con sus amigos? ¿Qué pasaría con Isabelle, su cabecilla? Ella no podía exactamente conseguir ser expulsada de una Academia donde no estaba inscrita... pero

Simon había aprendido lo suficiente sobre la Clave hasta ahora para saber que había castigos mucho peores que ser expulsado. ¿Era convocar un demonio menor, usarlo como un truco de fiesta, una violación de la ley? ¿Estaba a punto de arruinar la vida de Isabelle?

Catarina Loss no era una Cazadora de Sombras; ella tenía sus propios secretos de la Clave. Tal vez estaría dispuesta a mantener uno más, ¿si eso significaba ayudar a Simon y proteger a Isabelle del castigo?

A medida que su mente daba vueltas a través de las posibilidades oscuras, la puerta de la oficina se abrió y la Decana Penhallow asomó su cabeza rubia dentro.

—Catarina, Robert Lightwood estaba esperando charlar contigo antes de su sesión... ¡oh, lo siento! ¿No me di cuenta de que estaba en el medio de algo?

—Únete a nosotros —dijo Catarina—. Simon estaba a punto de decirme algo interesante.

El decano entró en la oficina, frunciendo el ceño hacía Simon.

—Te ves tan serio —le dijo—. Adelante, escúpelo. Te sentirás mejor. Es como vomitar.

—¿Qué es cómo ganas de vomitar? —Preguntó, confundido.

—Ya sabes, ¿cuándo te sientes mal? A veces sólo ayuda sacarlo todo.

De alguna manera, Simon no creía que el vomitar su confesión directamente al decano le haría sentir mejor.

¿No se había probado Isabelle a sí misma lo suficiente, no sólo a él, ni a la Clave, o a todo el mundo? Había, después de todo, casi salvado al mundo. ¿Cuánta más evidencia necesitaría alguien para saber que era una de los buenos?

¿Cuánta evidencia necesitaba él?

Simon se puso de pie y dijo lo primero que le vino a la mente.

—Sólo quería deciros que todos disfrutamos mucho ese guiso de remolacha que servisteis para la cena. Deberíais servirlo de nuevo.

La Decana Penhallow le dio una mirada extraña.

—No era remolacha, Simon.

Eso no le sorprendía, porque el estofado había tenido una consistencia extraña granulada y un sabor que le recordaba a estiércol.

—Bueno... lo que fuera, estaba delicioso —dijo rápidamente—. Mejor me voy. No quiero perderme el principio de la conferencia final del Inquisidor Lightwood. Han sido tan interesantes.

—De hecho —dijo Catarina secamente—. Han sido casi tan deliciosas como el guiso.

* * *

1984

Durante la mayor parte de su tiempo en la Academia, Robert había visto a Valentine desde la distancia. A pesar de que Robert era mayor, miraba a Valentine, que era todo lo que

Robert quería ser. Valentine destacó en su formación sin esfuerzo visible. Podía manejar cualquier arma mejor que cualquier persona. Él era descuidado con su afecto, o al menos parecía serlo, y era amado. No mucha gente se daba cuenta a cuán pocos realmente amaba. Pero Robert se daba cuenta, porque cuando estás viendo desde el margen, lo invisible, es fácil de ver con claridad.

Nunca se le ocurrió que Valentine le observaba, también.

No hasta el día, hacia principios de ese año, que Valentine le alcanzó solo en uno de los oscuros corredores subterráneos de la Academia y le dijo en voz baja: “Sé tu secreto.”

El secreto de Robert, aquel que no le dijo a nadie, ni siquiera a Michael: Todavía tenía miedo de las Marcas.

Cada vez que dibujaba una runa en sí mismo, tenía que contener la respiración, forzar sus dedos para no temblar. Siempre titubeaba. En clase, era apenas perceptible. En la batalla, esa podría ser la fracción de segundo que diferenciaba entre la vida y la

muerte, y Robert lo sabía. Lo que le hacía titubear aún más, en todo. Era fuerte, inteligente, talentoso; era un Lightwood. Tendría que haber estado entre los mejores. Pero no podía dejarse ir y actuar por instinto. No podía dejar que su mente corriera hacia las posibles consecuencias. No podía dejar de tener miedo, y sabía, que con el tiempo, ese sería su final.

—Puedo ayudarte —dijo Valentine entonces—. Te puedo enseñar qué hacer con el miedo. —Como si fuera tan simple como eso, y bajo la instrucción cuidadosa de Valentine, lo fue.

Valentine le había enseñado a retirarse a un lugar en su mente que el miedo no podía tocar. Para separarse del Robert Lightwood que sabía cómo estar asustado, y luego domar la más débil versión aborrecida de sí mismo.

—Tu debilidad te hace furioso, como debería —había dicho Valentine—. Usa la furia para dominarlo, y luego todo lo demás.

En cierto modo Valentine había salvado la vida de Robert. O por lo menos, la única parte de su vida que importaba.

Le debía todo a Valentine.

Por lo menos le debía a Valentine la verdad.

—No estás de acuerdo con lo que hice —dijo Valentine en voz baja mientras el sol se deslizaba por encima del horizonte. Michael y Stephen aún dormían. Robert había pasado las horas de oscuridad mirando al cielo, examinando cuidadosamente lo que había sucedido, y lo que debía hacer a continuación.

—Crees que estaba fuera de control, —agregó Valentine.

—Eso no fue en defensa propia, —dijo Robert—. Eso fue tortura. Asesinato.

Robert estaba sentado en uno de los troncos en torno a los restos de la fogata. Valentine se sentó a su lado.

—Escuchaste las cosas que eso dijo. Entiendes por qué tenía que ser silenciado, —dijo Valentine—. Tenía que ser enseñada su lección, y la Clave no podría haber reunido la

voluntad. Sé que los otros no lo entenderían. Ni siquiera Lucian. Pero tú... nos entendemos, tú y yo. Eres el único en que puedo confiar. Necesito que guardes esto para ti mismo.

—Si estás tan seguro de que hiciste lo correcto, entonces ¿por qué mantenerlo en secreto?

Valentine se rió suavemente.

—Siempre tan escéptico, Robert. Es lo que a todos nos gusta más de ti. —Su sonrisa se desvaneció—. Algunos de los otros están empezando a tener dudas. Sobre la causa, sobre mí... —Desechó con un gesto las negaciones de Robert antes de que pudieran ser expresadas—. No creas que no lo sé. Todo el mundo quiere ser leal cuando es fácil. Pero cuando las cosas se ponen difíciles... —Negó con la cabeza—. No puedo contar con todos con los que me gustaría contar. Pero creo que puedo contar contigo.

—Claro que puedes.

—Entonces mantendrás el secreto de lo que pasó esta noche de los demás —dijo Valentine—. Incluso de Michael.

Mucho más tarde —demasiado tarde— se le ocurriría a Robert que Valentine probablemente tenía alguna versión de esta conversación con cada miembro del Círculo. Los secretos unían a la gente, y Valentine era lo suficientemente inteligente como para saberlo.

—Es mi parabatai —señaló Robert—. No tengo secretos con él.

Las cejas de Valentine se dispararon por las nubes.

—¿Y crees que él no te guarda secretos?

Robert recordó la noche anterior, lo que sea que Michael hubiera estado tratando tan fuerte de no decir. Esa era un secreto, ¿quién sabía cuántos más había?

—Conoces a Michael mejor que nadie, —dijo Valentine—. Y, sin embargo, me imagino que hay cosas que sé de él que podrían sorprenderte...

Un silencio colgó entre ellos mientras Robert lo consideraba.

Valentine no mentía, o emitía alardes vacíos. Si dijo que sabía algo acerca de Michael, algo secreto, entonces era cierto.

Y estaba la tentación, colgando aquí ante Robert.

Sólo tenía que preguntar.

Quería saber, no quería saber.

—Todos tenemos lealtades en competencia, —dijo Valentine, antes de que Robert pudiera ceder a la tentación—. A la Clave le gustaría hacer simples estas cosas, pero es sólo otro ejemplo de su torpeza. Quiero a Lucian, mi parabatai. Amo a Jocelyn. Si esos dos amores alguna vez entraran en conflicto...

No tuvo que completar el pensamiento. Robert sabía que Valentine sabía y entendía que Valentine quería a su parabatai lo suficiente para permitirlo. Así como Lucian quería a Valentine lo suficiente para nunca actuar en su contra.

Tal vez algunos secretos eran una misericordia.

Le tendió su mano a Valentine.

—Tienes mi palabra. Mi juramento. Michael nunca sabrá esto.

Tan pronto como las palabras salieron, se preguntó si había cometido un error. Pero no había vuelta atrás.

—Conozco tu secreto también, Robert —dijo Valentine.

Ante esto, un eco de las primeras palabras que Valentine le había dicho alguna vez, Robert sintió la sombra de una sonrisa.

—Creo que cubrimos eso —le recordó Robert.

—Eres un cobarde —dijo Valentine.

Robert se estremeció.

—¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que hemos pasado? Sabes que nunca rehuiría de una batalla o...

Valentine sacudió la cabeza para hacerlo callar.

—Oh, no me refiero físicamente. Nos hemos encargado de eso, ¿no? Cuando se trata de

tomar riesgo físico, eres el más valiente que hay. Sobrecompensación, ¿tal vez?

—No sé de qué estás hablando, —dijo Robert rígidamente, asustado porque lo sabía muy bien.

—No tienes miedo de la muerte o una lesión, Robert. Tienes miedo de ti mismo y de tu propia debilidad. Te falta fe, te falta lealtad, porque te falta fuerza en tus propias convicciones. Y es mi culpa por esperar más. Después de todo, ¿cómo puedes esperar creer en nada ni nadie si no crees en ti mismo?

Robert de pronto se sintió transparente y no le gustaba a mucho.

—Una vez traté de enseñarte a dominar tu miedo y tu debilidad, —dijo Valentine—. Ahora veo que fue un error.

Robert bajó la cabeza, esperando que Valentine le echara fuera del Círculo. Lo exiliara de sus amigos y su deber. Arruinara su vida.

Irónico que fuera su propia cobardía lo que había hecho que sus peores temores se hicieran realidad.

Pero Valentine lo sorprendió.

—Le he dado al asunto un poco de pensamiento, y tengo una propuesta para ti —dijo Valentine.

—¿Qué es? —Tenía miedo de la esperanza.

—Ríndete —dijo Valentine—. Deja de tratar de pretender alejar tu cobardía, tu duda. Deja de tratar de encender una pasión inquebrantable en ti mismo. Si no puedes encontrar el valor de tus convicciones, ¿por qué no simplemente aceptar el valor de las mías?

—No lo entiendo.

—Mi propuesta es esta —dijo Valentine—. Deja de preocuparte tanto de si estás o no estás seguro. Déjame estar seguro por ti. Confía en mi certeza, en mi pasión. Permítete ser débil, y apóyate en mí, porque ambos sabemos que puedo ser fuerte. Acepta que

estás haciendo lo correcto porque yo sé que es lo correcto.

—Si sólo fuera así de fácil —dijo Robert, y no pudo negar una punzada de nostalgia.

Valentine lo miró ligeramente divertido, como si Robert hubiera traicionado un malentendido infantil de la naturaleza de las cosas.

—Es sólo tan duro como tú lo hagas —dijo suavemente—. Es tan fácil como permitas que sea.

* * *

Isabelle pasó junto a Simon en su salida de la conferencia.

—Nueve de la tarde, habitación de Jon —susurró al oído.

—¿Qué? —Fue como si ella le estuviera informando de la hora y lugar exactos de su muerte, la cual, si se veía obligado a imaginar lo que podría estar haciendo en el dormitorio de Jon Cartwright, sería inminente.

—Demonio en punto. Ya sabes, en caso de que todavía estés decidido a arruinar nuestra

diversión. —Le dio una sonrisa maliciosa—. O unirte a ella.

Había un reto implícito en su rostro, una certeza de que él no tendría el descaro de hacer cualquiera de las dos. Simon estaba recordando que a pesar de que podría haber olvidado conocer alguna vez a Isabelle, ella no había olvidado nada de él. De hecho, se podría argumentar que lo conocía mejor de lo que él se conocía a sí mismo.

Ya no es así, se dijo. Un año en la Academia, un año de estudio y el retiro de la batalla y cafeína lo habían cambiado. Tenía que haberlo hecho.

La pregunta era ¿lo cambió en qué?

Le había dado la hora equivocada.

Por supuesto que lo había hecho. En el momento en que Simon estalló en la habitación de Jon Cartwright, estaban casi listos para completar el ritual.

—No podéis hacer esto —les dijo Simon—. Todos ustedes, deténganse y piensen.

—¿Por qué? —dijo Isabelle—. Sólo danos una buena razón. Persuádenos, Simon.

Él no era bueno en discursos. Y ella lo sabía.

Simon se encontró de repente furioso. Esta era su escuela, éstos eran sus amigos. A Isabelle no le importaba lo que pasaba aquí. Tal vez no había ninguna historia más profunda, ni dolor oculto. Tal vez era exactamente lo que parecía, y no más: una persona frívola que se preocupaba sólo por sí misma.

Algo en su interior se rebeló contra este pensamiento, pero lo silenció. Esto no era acerca de su no relación con su no novia. No podía dejar que fuera sobre eso.

—No se trata sólo de que sea contra las reglas —dijo Simon. ¿Cómo se supone que explicase algo que parecía tan obvio? Era como tratar de convencer a alguien de que uno más uno es igual dos: Sólo lo era—. No se trata sólo de que podríais ser expulsados o incluso

llevados ante la Clave. Es incorrecto. Alguien podría lastimarse.

—Alguien siempre sale herido, —señaló George, con pesar frotándose el codo, el cual, sólo un par de días antes, Julie casi había cortado con una espada.

—Porque no hay otra manera de aprender, —dijo Simon, exasperado—. Porque es la mejor de todas las opciones malas. ¿Esto? Esto es lo contrario de necesario. ¿Es este el tipo de Cazador de Sombras que queréis ser? ¿El tipo que juega con las fuerzas de la oscuridad, ya que cree que puede manejarlo? ¿Nunca habéis visto una película? ¿Leído un cómic? Así es siempre es como empieza, sólo un poco de tentación, tan sólo una pequeña muestra de lo malo, y luego bam, vuestro sable de luz se vuelve rojo y estáis respirando a través de una gran máscara negra y cortáis la mano de vuestro hijo solo para hacer un punto.

Lo miraron sin comprender.

—Olvidadlo.

Fue divertido, Los Cazadores de Sombras sabían más que los mundanos sobre casi todo.

Sabían más sobre los demonios, sobre las armas, sobre las corrientes de energía y la magia que dio forma al mundo. Pero no entendían la tentación. Ellos no entendían lo fácil que era hacer una pequeña y terrible elección tras otra hasta deslizarse por la pendiente resbaladiza hacia el abismo del infierno. Dura lex: La ley es dura. Tan difícil que los Cazadores de Sombras tenían que fingir que era posible ser perfecto. Era lo único que Simon había entendido de las conferencias de Robert sobre el Círculo. Una vez que los Cazadores de Sombras comenzaron a deslizarse, no se detuvieron.

—El punto es que esta es una situación sin salida. Ya sea que vuestro estúpido diablillo se salga de control y se coma un grupo de estudiantes, o no, y lo que decidáis la próxima vez puede convocar a un demonio más grande. Y uno que os come. Esa es la definición de una situación perder-perder.

—Él hace un punto justo, —dijo Julie.

—No es tan tonto como parece, —admitió Jon.

George se aclaró la garganta.

—Tal vez...

—Tal vez deberíamos seguir adelante con las cosas, —dijo Isabelle, sacudió su sedoso cabello negro, parpadeó con sus grandes ojos sin fondo y sonrió con su irresistible sonrisa, y como si hubiera echado un hechizo de bruja sobre la habitación, todo el mundo se olvidó de que existía Simon y se ocuparon con el trabajo de convocar a un demonio.

Había hecho todo lo que podía hacer aquí. Sólo había una opción.

Se escapó.

* * *

1984

Michael dejó pasar una semana antes de hacerle a Robert la pregunta que había estado temiendo. Tal vez estaba esperando que Robert lo trajera él mismo. Tal vez había tratado de convencerse a sí mismo de que no necesitaba saber la verdad, que quería a Robert lo suficiente para no preocuparse, pero al parecer, había fracasado.

—¿Caminas conmigo? —dijo Michael, y Robert se acordó de tomar un último paseo por el Bosque Brocelind, a pesar de que había esperado que se mantuvieran alejados de los bosques hasta el próximo semestre. Para entonces, tal vez, el recuerdo de lo que ocurrió allí se habría desvanecido. Las sombras no parecían tan siniestras, la tierra tan empapada de sangre.

Las cosas habían sido extrañas entre ellos esta semana, tranquilas y rígidas. Robert estaba guardando su secreto acerca de lo que habían hecho con el hombre lobo, y reflexionando sobre la sugerencia de Valentine, de que él sería la conciencia y fuerza de Robert, esa sería la forma más fácil. Michael era...

Bueno, Robert no podía adivinar lo que Michael estaba pensando, sobre Valentine, sobre Eliza, sobre Robert mismo. Y eso hizo las cosas tan extrañas. Eran parabatai; eran dos mitades de lo mismo. No se supone que Robert tuviese que adivinar. Antes, siempre lo había sabido.

—Está bien, ¿cuál es la verdadera historia?
—Preguntó Michael, una vez que estuvieron lo suficientemente profundo en el bosque por lo que los sonidos de la escuela hacía tiempo que se habían desvanecido. El sol todavía estaba en el cielo, pero aquí en los árboles, las sombras eran largas y la oscuridad se estaba levantando—. ¿Qué hizo Valentine con ese hombre lobo?

Robert no podía mirar a su parabatai. Se encogió de hombros.

—Exactamente lo que te dije.

—Nunca me has mentido antes, —dijo Michael. Había tristeza en su voz, y algo más, algo peor, hubo un atisbo de finalidad en ella, como si estuvieran a punto de despedirse.

Robert tragó. Michael tenía razón: Antes de esto, Robert nunca había mentido.

—¿Y supongo que tú nunca me has mentido? —Acusó a Michael. Su parabatai tenía un secreto, lo sabía ahora. Valentine se lo dijo.

Hubo una larga pausa. Entonces Michael habló.

—Te miento todos los días, Robert.

Fue como una patada en el estómago.

Eso no era sólo un secreto, eso no era solo una chica. Eso era... Robert ni siquiera sabía lo que era.

Insondable.

Se detuvo y se volvió hacia Michael, incrédulo.

—Si estas tratando de impresionarme diciendo algo...

—No estoy tratando de impresionarte. Sólo estoy... Estoy tratando de decirte la verdad. Por último. Sé que me estás ocultando algo importante.

—No lo estoy, —insistió Robert.

—Lo estás, —dijo Michael—, y me duele. Y si eso me duele, entonces sólo puedo imaginar... —Se detuvo, respiró hondo, se obligó a seguir—. No podría soportarlo, si te he estado haciendo daño de alguna manera todos

estos años. Incluso si no me di cuenta ello. Incluso si tú no te diste cuenta de ello.

—Michael, lo que dices no tiene sentido.

Llegaron a un tronco caído, grueso de musgo. Michael se sentó en él, pareciendo repentinamente cansado. Parecía que había envejecido cien años en el último minuto. Robert se dejó caer a su lado y puso una mano en el hombro de su amigo.

—¿Qué pasa? —Golpeó suavemente a la cabeza de Michael, tratando de sonreír, diciéndose a sí mismo que Michael era Michael. Extraño, pero sin consecuencias—. ¿Qué está pasando en ese manicomio que llamas cerebro?

Michael bajó la cabeza.

Se veía tan vulnerable, la nuca de su cuello desnudo y expuesto, Robert no podía soportarlo.

—Estoy enamorado, —susurró Michael.

Robert se echó a reír, el alivio brotaba a través de él.

—¿Eso es todo? ¿No crees que entendería eso, idiota? Te lo dije, Eliza es genial...

Entonces Michael dijo algo más.

Algo que Robert debió haber oído mal.

—¿Qué? —dijo, aunque no quisiera.

Esta vez, Michael levantó la cabeza, miró a los ojos de Robert, y habló con claridad.

—Estoy enamorado de ti.

Robert se puso de pie antes de que hubiera siquiera procesado las palabras.

Parecía de repente muy importante contar con el espacio entre él y Michael. Como el mayor espacio posible.

—¿Tú qué?

No había querido gritar.

—Eso no es gracioso, —agregó Robert, tratando de modular su voz.

—No es una broma. Estoy en...

—No digas eso de nuevo. Nunca digas eso otra vez.

Michael palideció.

—Sé que tú probablemente... Sé que no te sientes de la misma manera, que no podrías...

Todo a la vez, con una fuerza que casi lo barrió de sus pies, Robert fue inundado por una oleada de recuerdos: la mano de Michael en su hombro. Los brazos de Michael a su alrededor en un abrazo. Michael luchando con él. Michael ajustando suavemente su agarre en su espada. Michael tumbado en la cama unos pocos pies de distancia de él, noche tras noche. Michael desvestido, tomando su mano, tirando de él hacia el Lago Lyn. Michael, el pecho desnudo, el pelo empapado, los ojos brillantes, tumbado en la hierba junto a él.

Robert quería vomitar.

—Nada tiene que cambiar, —dijo Michael, y Robert se habría reído, si no fuera porque seguramente lo hubiera llevado a vomitar—. Sigo siendo la misma persona. No estoy pidiendo nada de ti. Sólo estoy siendo sincero. Sólo necesitaba que lo supieras.

Esto es lo que Robert sabía: que Michael era el mejor amigo que había tenido, y probablemente el alma más pura que

conocería alguna vez. Que debía sentarse al lado de Michael, le prometió que esto estaba bien, que nada tenía que cambiar, que el juramento que habían jurado entre sí era cierto, y para siempre. Que no había nada que temer de Michael, el estómago de Robert se revolvió ante la palabra amor. Que Robert era una flecha derecha, que era el toque de Maryse lo que hacía que su cuerpo cobrara vida, el recuerdo del pecho desnudo de Maryse lo que hacía que su pulso corriera y que la confesión de Michael no puso a nada de eso en duda. Sabía que debía decir algo tranquilizador a Michael, algo así como—: No te puedo amar de esa manera, pero te amaré por siempre.

Pero también sabía lo que la gente podría pensar.

Lo que pensarían de Michael... lo que asumirían de Robert

La gente hablaría, habría chismes, sospecharían cosas. Los Parabatai no podían acompañarse entre sí, por supuesto. Y no podían... cualquier otra cosa. Pero Michael y Robert eran tan cercanos; Michael y Robert

estaban tan en sintonía; Seguramente la gente querría saber si Michael y Robert eran los mismos.

Seguramente la gente se preguntaría.

Él no podía soportarlo. Había trabajado muy duro para convertirse en el hombre que era, el Cazador de Sombras que era. No podía soportar a la gente mirándolo así otra vez, como si fuera diferente.

Y no podía soportar a Michael mirándolo así. Porque, ¿y si él también comenzaba a preguntarse?

—Nunca vas a decir eso otra vez, —dijo Robert con frialdad—. Y si insistes en ello, esa será la última cosa que jamás me dirás. ¿Me entiendes?

Michael simplemente lo miró boquiabierto, con los ojos muy abiertos y sin comprender.

—Y nunca hablarás de ello con nadie más. No quiero que la gente piense eso de nosotros. De ti.

Michael murmuró algo ininteligible.

—¿Qué? —dijo Robert bruscamente.

—Dije, ¿qué van a pensar?

—Van a pensar que eres asqueroso —dijo Robert.

—¿Como tú lo haces?

Una voz en el fondo de la mente de Robert dijo: detente.

Le dijo: esta es tu última oportunidad.

Pero lo dijo en voz muy baja.

No estaba seguro.

—Sí —dijo Robert, y lo dijo con la suficiente firmeza para que no hubiera ninguna duda de que lo decía en serio—. Creo que eres asqueroso. Hice un juramento hacia ti, y voy a cumplirlo. Pero no nos engañemos: nada entre nosotros va a ser lo mismo. De hecho, a partir de ahora, no hay nada entre nosotros, y punto.

Michael no discutió. No dijo nada. Simplemente se volvió, huyó hacia los árboles, y dejó a Robert solo.

Lo que había dicho, lo que había hecho... era imperdonable. Robert lo sabía. Se dijo: fue culpa de Michael, decisión de Michael.

Se dijo: solo estaba haciendo lo que tenía que hacer para sobrevivir.

Pero ahora veía la verdad. Valentine estaba en lo cierto. Robert no era capaz del absoluto amor o lealtad. Él había pensado que Michael era la excepción, la prueba de que podía estar seguro de alguien... podía ser constante, sin importar qué.

Ahora eso se había esfumado.

Suficiente, pensó Robert. Basta de luchar, basta de dudar de sus propias decisiones, basta de caer preso de su propia debilidad y su falta de fe. Aceptaría la oferta de Valentine. Dejaría que Valentine eligiese por él, dejaría que Valentine creyese por él. Haría lo que tuviera que hacer para aferrarse a Valentine, al Círculo, y a su causa.

Era lo único que le quedaba.

* * *

Simon corrió por los pasillos lúgubres, se deslizó por los suelos fangosos, y avanzó por

las escaleras dentadas, todo el camino maldiciendo a la Academia por ser una fortaleza tan laberíntica y sin recepción celular. Sus pies golpearon contra la piedra gastada, sus pulmones tiraron, y aunque el viaje pareció interminable, solo unos minutos pasaron antes de que se lanzara a la oficina de Catarina Loss.

Ella siempre estaba allí, de día o de noche, y esa noche no fue diferente.

Bueno, un poco diferente: esa noche no estaba sola.

Estaba de pie detrás de su escritorio con los brazos cruzados, flanqueada por Robert Lightwood y la Decana Penhallow, los tres viéndose tan sombríos que era casi como si estuvieran esperándolo. Él no se permitió dudar o pensar en las consecuencias.

O pensar en Izzy.

—Hay un grupo de estudiantes que tratan de invocar a un demonio —jadeó Simon—. Tenemos que detenerlos.

Nadie pareció sorprendido.

Hubo un suave carraspeo de garganta... Simon se volvió para descubrir a Julie Beauvale arrastrándose de detrás de la puerta que él había abierto de golpe en su cara.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo mismo que tú —dijo Julie. Entonces ella se sonrojó y le dio un pequeño encogimiento de hombros avergonzado—. Creo que lograste bien tu punto.

—Pero, ¿cómo has llegado aquí antes que yo?

—Tomé la escalera este, obviamente. Luego aquel corredor detrás de la sala de armas...

—¿Pero no termina sin salida en el comedor?

—Solo si tú...

—Tal vez podemos tener esta fascinante discusión cartográfica más tarde, —dijo Catarina Loss suavemente—. Creo que tenemos asuntos más importantes a la mano.

—Cómo enseñarles a tus estudiantes idiotas una lección —gruñó Robert Lightwood,

y salió de la oficina a toda prisa. Catarina y la decana caminaron tras él.

Simon intercambió una mirada nerviosa con Julie.

—Tú, eh, ¿piensas que debemos seguirlos?

—Probablemente —dijo, luego suspiró—. También podríamos hacerles expulsarnos a todos de una sola vez.

Trastabillaron detrás de sus maestros, dejándose caer cada vez más atrás.

Cuando se acercaron a la habitación de Jon, los gritos de Robert ya eran audibles desde mitad del pasillo. No podían distinguir sus palabras lo suficiente a través de la gruesa puerta, pero el volumen y la cadencia dejaron la situación bastante clara.

Simon y Julie abrieron la puerta y entraron.

George, Jon y los otros se encontraban alineados contra la pared, sus rostros pálidos, los ojos muy abiertos, todos pareciendo preparados para un pelotón de fusilamiento. Mientras que Isabelle estaba de pie al lado de su padre luciendo... ¿radiante?

—¡Todos habéis fallado! —soltó Robert Lightwood—. Todos se supone que sois lo mejor y más brillante que esta escuela tiene para ofrecer, ¿y esto es lo que tenéis para mostrar de vosotros mismos? Os advertí sobre los peligros del carisma. Os hablé de la necesidad de defender lo que es correcto, aunque duela a los que más amáis. Y todos vosotros fallasteis al escuchar.

Isabelle tosió deliberadamente.

—Todos vosotros, excepto dos —concedió Robert, señalando con la cabeza hacia Simon y Julie—. Bien hecho. Isabelle estaba en lo cierto acerca de vosotros.

Simon se tambaleó.

—¿Todo fue una estúpida prueba? —gritó Jon.

—Una prueba bastante inteligente, si me lo preguntas —dijo la Decana Penhallow.

Catarina parecía como si tuviera algo que decir sobre el tema de los tontos Cazadores de Sombras jugando a juegos del gato y el ratón

con los suyos, pero como de costumbre, se mordió la lengua.

—¿Qué porcentaje de nuestras notas será esto? —preguntó Sunil.

Con eso, hubo un montón de gritos. Un poco de reproche sobre las sagradas responsabilidades, la falta de cuidado y cuán desagradable puede ser una noche en los calabozos de la Ciudad Silenciosa. Robert tronó como Zeus, la Decana Penhallow hizo todo lo posible para no sonar como una niñera regañando a sus niños a cargo por robar una galleta extra, mientras que Catarina Loss aportó el comentario sarcástico ocasional sobre lo que les pasó a los Cazadores de Sombras que pensaron que sería divertido adentrarse al territorio de los brujos. En algún momento, interrumpió la diatriba de Robert Lightwood para agregar un comentario mordaz sobre Darth Vader... y una mirada socarrona a Simon que le hizo preguntarse, no por primera vez, cuán cercano lo estaba vigilando, y por qué.

A lo largo del asunto, Isabelle vio a Simon, con algo inesperado en su mirada. Algo casi como... orgullo.

—En conclusión, la próxima vez, vais a escuchar cuando vuestros mayores hablen —gritó Robert Lightwood.

—¿Por qué alguien escucharía cualquier cosa que tengas que decir acerca de hacer lo correcto? —espetó Isabelle.

El rostro de Robert se puso rojo. Se volvió hacia ella lentamente, clavándola en su sitio con el tipo helado de mirada Inquisidora que habría dejado a cualquiera gimiendo en posición fetal. Isabelle no se inmutó.

—Ahora que este asunto sórdido ha concluido, les pido a todos que nos den a mi obediente hija y a mí un poco de intimidad. Creo que tenemos algunas cosas que resolver —dijo Robert.

—Pero esta es mi habitación —se quejó Jon.

Robert no tuvo ni que hablar, solo giró esa mirada Inquisidora hacia él; Jon se estremeció.

Huyó, junto con todos los demás, y Simon estaba a punto de hacer lo mismo cuando los dedos de Isabelle se aferraron a su muñeca.

—Él se queda —le dijo a su padre.

—Ciertamente no lo hará.

—Simon se queda conmigo, o yo me voy con él —dijo Isabelle—. Esas son tus opciones.

—Eh, estoy feliz de ir... —comenzó Simon, “feliz” siendo su sustituto cortés para “desesperado.”

—Tú te quedas —le ordenó Isabelle.

Robert suspiró.

—Bien. Te quedas.

Eso puso fin a la discusión. Simon se dejó caer sobre el borde de la cama de Jon, tratando de desear hacerse invisible.

—Es obvio para mí que tú no quieres estar aquí —le dijo Robert a su hija.

—¿Qué me delató? ¿El hecho de que te he dicho un millón de veces que no quería venir? ¿Que no quiero jugar a tu juego estúpido?

¿Que pensé que era cruel y manipulador y una total pérdida de tiempo?

—Sí —dijo Robert—. Eso.

—Y sin embargo, me hiciste venir contigo de todos modos.

—Sí —dijo.

—Mira, si piensas que forzando algún tiempo de vinculación va a arreglar algo o compensar lo que tú...

Robert suspiró pesadamente.

—Te lo he dicho antes, lo que pasó entre tu madre y yo no tiene nada que ver contigo.

—¡Tiene todo que ver conmigo!

—Isabelle... —Robert dio un vistazo hacia Simon, luego bajó la voz—. En verdad preferiría hacer esto sin una audiencia.

—Qué pena.

Simon trató aún con más fuerzas de desvanecerse en el fondo, esperando que tal vez si lo intentaba lo suficiente, su piel tomaría el mismo patrón que las sábanas

sorprendentemente floreadas de Jon Cartwright.

—Tú y yo, nunca hemos hablado sobre mi tiempo en el Círculo, o por qué seguí a Valentine, —dijo Robert—. Espero que vosotros, chicos, nunca conozcáis esa parte de mí.

—Escuché tu discurso, justo como todos los demás, —dijo ella repentinamente.

—Ambos sabemos que la historia diseñada para el conocimiento público nunca es toda la verdad. —Robert frunció el ceño—. Lo que le dije a esos estudiantes —lo que le he dicho a cualquiera— es que a diferencia de la mayoría del Círculo, yo no era lo que llamarías un verdadero creyente. Los otros, ellos pensaban que eran la espada de Raziel en forma humana. Deberías haber visto a tu madre, centellando con justicia.

—¿Así que ahora es todo culpa de mamá? Increíble, papá. Increíble en verdad. ¿Se supone que debo pensar que fuiste algún chico extraordinario por ver a través de Valentine

pero seguirlo de todas formas? ¿Porque tu novia lo dijo?

Él sacudió su cabeza.

—Estás perdiendo mi punto. Yo era el mayor culpable. Tu madre, los otros, ellos pensaban que lo que estaban haciendo era correcto. Querían a Valentine. Querían la causa. Ellos creían. Yo nunca pude mostrar esa fe... pero seguí la corriente de todas formas. No porque pensar que era lo correcto. Sino porque era fácil. Porque Valentine parecía seguro. Sustituir su certeza por la mía parecía el camino de menor resistencia.

—¿Por qué estás diciéndome esto? —algo del veneno se había drenado de su voz.

—No lo entendía entonces, lo que significaría estar verdaderamente convencido de algo, —dijo Robert—. No sabía cómo se sentía amar algo, o a alguien, más allá de toda reserva. Incondicionalmente. Pensé que tal vez, con mi parabatai, pero luego... —Tragó lo que fuera que estaba a punto de decir. Simon se preguntó qué podría ser peor que lo que ya había confesado—. Eventualmente, asumí que

simplemente no lo tenía en mí. Que no estaba hecho para esa clase de amor.

—Si estás a punto de decirme que lo encontraste con tu amante... —Isabel se estremeció.

—Isabelle. —Robert tomó las manos de su hija en las suyas—. Te estoy diciendo que lo encontré con Alec. Contigo. Con... —miró hacia abajo—. Con Max. Teneros a vosotros, Isabelle... cambió todo.

—¿Es por eso que pasaste años tratando a Alec como si tuviera la plaga? ¿Es así como les muestras a tus hijos que los quieres?

Ante eso, si era posible, Robert se veía incluso más avergonzado.

—Querer a alguien no significa que nunca vas a cometer errores, —dijo—, he hecho más que mi parte. Lo sé. Y algunos de ellos nunca tendré la oportunidad de compensarlos. Pero estoy haciendo mi mayor esfuerzo con tu hermano. Sabe lo mucho que lo quiero. Lo orgulloso que estoy de él. Necesito que tú lo sepas también. Vosotros, chicos, sois lo único de lo que estoy seguro, lo único de lo que

siempre estaré seguro. No la Clave. No, desafortunadamente, mi matrimonio. Tú. Y si tengo eso, pasaré el resto de mi vida tratando de probarte que puedes estar segura de mí.

* * *

Era una fiesta lamentable, del tipo que incluso Simon tenía que admitir que podría haber sido avivada por un demonio o dos. Las decoraciones —unas cuantas tristes serpentinas, un par de globos de helio desinflados, y un cartel pintado a mano que (mal) deletreaba “FELICIDADES”— parecían como si hubieran sido lanzadas juntas de mala gana a último minuto por un montón de chicos de quinto grado en detención. La mesa de refrigerios estaba abarrotada con cualquier comida que había quedado al final del semestre, incluyendo croissants duros, una cazuela llena de gelatina de naranja, una olla de estofado, y varios platos colmados con productos cárnicos indefinibles. Como la

electricidad no funcionaba en Idris y nadie había pensado en contratar una banda, no había música, pero un puñado de miembros de la facultad lo habían tomado en sus manos para improvisar un cuarteto. (Esto, en la mente de Simon, no calificaba como música.) La banda de convocadores demoniacos de Isabelle había sido liberada con una severa advertencia, e incluso se les permitió asistir a la fiesta, pero ninguno de ellos parecía estar de humor para juergas... o, comprensiblemente, para Simon.

Él estaba permaneciendo solo cerca del tazón del ponche -el cual olía lo suficiente a pez para persuadirlo de en realidad servirse cualquier cantidad de ponche- cuando Isabelle se le unió.

—¿Evitando a tus amigos? —preguntó ella.

—¿Amigos? —se rió—. Creo que te refieres a “personas que odian mis entrañas.” Sí, tiendo a evadir esos.

—No te odian. Están avergonzados, porque tú estabas en lo correcto y ellos fueron estúpidos. Lo superarán. Tú siempre lo haces.

—Quizá. —No parecía probable, pero entonces, no mucho de lo que había sucedido este año caía en la categoría de “probable.”

—Así que, supongo que, gracias por quedarte durante toda la cosa con mi padre, —dijo Isabelle.

—No me diste exactamente muchas opciones, —señaló.

Isabelle rió, casi con cariño.

—¿En verdad no tienes idea de cómo se supone que funciona un encuentro social, o sí? Yo dije “gracias”; tú dices ‘de nada’.

—¿Como, si yo digo, gracias por engañar a todos mis amigos para que piensen que eras una loca y salvaje convocadora demoniaca para que se metieran en problemas con la decana, tu dirías...?

—De nada por enseñarles a todos ellos una valiosa lección. —Sonrió—. Una que, aparentemente, tú no necesitabas aprender.

—Síp. Sobre eso. —Aunque todo había sido una prueba —aunque, aparentemente, Isabelle había querido que la reportara, él aún se sentía

culpable—. Siento no haberme dado cuenta de lo que estabas haciendo. No haber confiado en ti.

—Era un juego, Simon. No se suponía que confiaras en mí.

—Pero yo no debí caer en él. De todas las personas...

—No se espera que me conozcas. —Había una amabilidad imposible en la voz de Isabelle—. Lo entiendo, Simon. Sé que las cosas han estado... difíciles entre nosotros, pero no estoy engañada. Puede que no me guste la realidad, pero no puedo negarla.

Había tantas cosas que quería decirle.

Y aun así, justo en este momento de mucha presión, su mente estaba en blanco.

El incómodo silencio se asentó pesadamente entre ellos. Isabelle cambió su peso.

—Bueno, si eso es todo, entonces...

—¿De vuelta a tu cita con Jon? —Simon no pudo evitarlo—. O... ¿eso era solo parte del juego?

Esperaba que ella no hubiera captado la patética nota de esperanza en su voz.

—Ese era un juego diferente, Simon. Sigue el ritmo. ¿Alguna vez se te ocurrió que simplemente disfruto de torturarte? —Ahí estaba otra vez esa malvada sonrisa, y Simon sentía como si tuviera el poder de prenderlo en llamas; sentía como si ya estuviera ardiendo.

—Así que, él y tú, vosotros nunca...

—Jon no es exactamente mi tipo.

El siguiente silencio era ligeramente más agradable. El tipo de silencio, pensó Simon, donde te quedas mirando a alguien con ojos de corderito hasta que la tensión solo podría ser rota con un beso.

Sólo inclínate, se dijo a sí mismo, porque aunque no podía de hecho recordar hacer el primer movimiento con una chica como esta, él obviamente lo había hecho en el pasado. Lo que quería decir que lo tenía en él. En algún lugar. Deja de ser un cobarde y malditamente INCLÍNATE.

Aún estaba reuniendo su coraje cuando el momento pasó. Ella retrocedió.

—Así que... de todos modos ¿qué había en la carta?

Lo tenía memorizado. Podía recitársela justo ahora, decirle que ella era asombrosa, que incluso si su cerebro no recordaba amarla, su alma estaba permanentemente amoldada para encajar con la suya, como si algún tipo de cortador de galletas con forma de Isabelle le hubiera dado forma a su corazón. Pero escribir algo era diferente de decirlo en voz alta —en público, nada menos.

Él se encogió de hombros.

—En realidad no recuerdo. Solo disculparme por gritarte aquella vez. Y aquella otra vez. Supongo.

—Oh.

¿Parecía decepcionada? ¿Aliviada? ¿Irritada? Simon buscó pistas en su cara, pero estaba inafectada.

—Bueno... disculpa aceptada. Y deja de mirarme como si tuviera un bicho en la nariz.

—Lo siento. De nuevo.

—Y... supongo... lo siento por devolverla sin leerla.

Simon no podía recordar si alguna vez se había disculpado con él. No parecía del tipo que se disculpaba con nadie.

—Si me escribes otra alguna vez, tal vez incluso la lea, —dijo ella, con practicada indiferencia.

—La escuela terminó por el semestre, ¿recuerdas? Este fin de semana regreso a Brooklyn. —Parecía inimaginable.

—¿No tienen buzones en Brooklyn?

—Supongo que podría mandarte una postal del Puente de Brooklyn, —concedió Simon, luego tomó una profunda respiración, y fue por ello—. O podría entregarla en persona. Al Instituto, quiero decir. Si tú lo quisieras. Alguna vez. O alguna cosa.

—Alguna vez. Alguna cosa... —Isabelle meditó al respecto, dejándolo retorciéndose en la incertidumbre por unos interminables y agonizantes segundos. Luego su sonrisa se

amplió tanto que Simon pensó en serio que podría auto combustionar—. Supongo que es una cita.



Reyes Pálidos y Príncipes

Cassandra Clare
Robin Wasserman



Lo que hice en mis vacaciones de verano

Por Simon Lewis

Este verano, viví en Brooklyn. Cada mañana corrí por el parque. Cada mañana, me encontré con una nixie que vivía en el estanque de los perros. Tenía...

Simon Lewis hizo una pausa para consultar su diccionario Cthonian/Inglés por la palabra “rubia”, no había entrada. Aparentemente las palabras relacionadas con el color del cabello no tenían importancia para las criaturas de las dimensiones demoníacas. Al igual que, había descubierto, palabras relacionadas con familia,

amistad, o ver televisión. Mordisqueó su borrador, suspiró, luego se inclinó sobre la página de nuevo. Le debía quinientas palabras acerca de cómo había pasado su verano a su profesor de Cthonian para la mañana y después de una hora de trabajo había escrito aproximadamente... treinta.

Tenía cabello. Y...

... unos pechos enormes.

—Solo tratando de ayudar —dijo el compañero de cuarto de Simon, George Lovelace, pasando por encima del hombro de Simon para garabatear un final para la oración.

—Y fallando miserablemente —dijo Simon, pero no pudo suprimir una sonrisa.

Había extrañado a George este verano, más de lo que había esperado. Había extrañado todo más de lo que había esperado... no solo sus nuevos amigos, sino a la Academia de Cazadores de Sombras en sí, los ritmos predecibles del día, todas las cosas de las que

había pasado meses quejándose. El limo, el frío y humedad, la calistenia de la mañana, los correteos de las criaturas atrapadas en las paredes... hasta había extrañado la sopa. Simon había pasado la mayoría de su primer año en la Academia preocupándose de que estaba fuera de lugar... que, en cualquier minuto, alguien importante se daría cuenta que habían cometido un error terrible y lo enviarían de vuelta a casa.

No fue hasta que estuvo de vuelta en Brooklyn, tratando de dormir debajo de sábanas de Batman con su madre roncando en la habitación de al lado, que se dio cuenta que el hogar ya no lo era más.

El hogar era, inesperada e inexplicablemente, la Academia de Cazadores de Sombras.

Park Slope no era exactamente igual a como lo recordaba, no con los cachorros de hombre lobo retozando en la carrera de perros de Prospect Park, el brujo vendiendo queso artesanal y pociones de amor en el mercado de granjeros de Grand Army, los vampiros

holgazaneando en los bancos de Gowanus, tirando colillas de cigarro a los hipsters que pasaban. Simon tenía que seguir recordándose que habían estado ahí todo el tiempo... Park Slope no había cambiado; Simon lo había hecho. Simon era el que tenía ahora la Visión. Simon era el que se encogía con sombras titilantes y, cuando Eric tuvo la mala suerte de acercársele a hurtadillas por detrás, instintivamente levantó a su viejo amigo de sus pies y lo aporreó contra el suelo en una voltereta de judo sin esfuerzo.

—Amigo —jadeó Eric, mirándolo con ojos desorbitados desde el reseco césped de agosto—. Retírate, soldado.

Eric, claro, pensaba que había pasado el año en la escuela militar, como lo hacían el resto de los chicos, como lo hacían la madre y hermana de Simon. Mentir a casi todos los que quería: eso era otra cosa diferente acerca de su vida en Brooklyn ahora, y tal vez la cosa que lo hacía más deseoso de escapar. Era una cosa mentir acerca de dónde había estado todo el año, inventar historias tontas acerca de

sanciones y sargentos instructores, la mayoría de ellas nacidas a partir de películas malas de los ochenta. Era otra cosa completamente mentir acerca de quién era. Tenía que pretender ser el tipo que recordaban, el Simon Lewis que pensaba que los demonios y brujos estaban confinados a las páginas de libros de cómics, que cuyo roce más cercano con la muerte involucraba aspirar una almendra cubierta con chocolate. Pero ya no era ese Simon, ni cerca. Tal vez todavía no era un Cazador de Sombras, todavía no... pero ya no era exactamente un mundano, tampoco, y estaba cansado de pretender serlo.

La única persona con la que no tenía que pretender era con Clary, y mientras las semanas pasaron, había estado más y más tiempo con ella, explorando la ciudad y escuchando historias acerca del chico que solía ser. Simon todavía no podía recordar exactamente lo que habían sido en esa otra vida, la que había sido encantado para olvidar... pero el pasado parecía importar cada vez menos.

—Sabes, ya no soy la persona que solía ser tampoco —le había dicho un día, mientras tomaban su cuarto café en Java Jones. Simon estaba haciendo lo mejor que podía para convertir su sangre en cafeína, en preparación para septiembre. La Academia era una zona libre de café—. Algunas veces, esa vieja Clary se siente tan lejos de mí como el viejo Simon debe hacerlo para ti.

—¿La extrañas? —preguntó Simon, pero quería decir: ¿Lo extrañaba a él? El viejo Simon. El otro Simon. El mejor, más valiente Simon, por el que siempre estaba preocupado de que no lo tuviera más en sí mismo.

Clary había sacudido su cabeza, rizos rojos encendidos rebotando en sus hombros, los ojos verdes brillando con certeza.

—Y no te extraño a ti, tampoco —había dicho, con esa asombrosa habilidad de saber lo que estaba pasando por su mente—, porque te tengo de vuelta. Por lo menos, espero...

Había apretado su mano. Era respuesta suficiente para ambos.

—Hablando de lo que hiciste en las vacaciones de verano —dijo George ahora, desplomándose en su colchón hundido—, ¿me vas a contar?

—¿Contarte qué? —Simon se inclinó hacia atrás en su silla, luego, por el ominoso sonido de madera rompiéndose, abruptamente se inclinó hacia delante de nuevo. Como estudiantes de segundo año, les habían ofrecido a Simon y a George la oportunidad de pedir un cuarto sobre el nivel del suelo, pero ambos habían decidido quedarse en el calabozo. Simon se había apegado bastante a la lúgubre humedad, y había descubierto que había ciertas ventajas de estar lejos de los ojos entrometidos de la facultad. Por no mencionar las sentenciosas miradas fulminantes de los estudiantes de élite. Mientras los chicos Cazadores de Sombras de su clase habían, en su mayoría, considerado la mínima posibilidad de que sus compañeros mundanos podían tener algo que ofrecer, había una nueva clase ahora, y Simon no disfrutaba tener que enseñarles de nuevo la lección. Aun así, mientras su silla decidió si partirse o no a la

mitad y algo peludo y gris correteó más allá de sus pies, se preguntó si era demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Simon. Amigo. Dame algo aquí. ¿Sabes cómo pasé mis vacaciones de verano?

—¿Esquilando ovejas? —George le había mandado un puñado de postales en los últimos dos meses. El frente de cada uno había llevado una fotografía de la idílica campiña escocesa. Y en la parte de atrás, una serie de mensajes dando vueltas alrededor de un solo tema:

Aburrido.

Tan aburrido.

Mátame ahora.

Demasiado tarde, ya estoy muerto.

—Esquilando ovejas —confirmó George—. Alimentando ovejas. Pastoreando ovejas. Pasar el rato en estiércol de oveja. Mientras tú estabas... haciendo quién sabe qué con cierta súper guerrera de cabello color cuervo. ¿No vas a dejarme vivir a través de ti?

Simon suspiró. George se había aguantado por cuatro días y medio. Simon supuso que era más de lo que podía haber pedido.

—¿Qué te hace pensar que estaba haciendo algo con Isabelle Lightwood?

—Oh, no lo sé, ¿tal vez porque la última vez que te vi, no dejabas de hablar sobre ella?
—George imitó un mal acento americano—
¿Qué debo hacer en mi cita con Isabelle? ¿Qué debo decir en mi cita con Isabelle? ¿Qué debo llevar en mi cita con Isabelle? Oh, George, dios de bronce escocés del amor, dime qué hacer con Isabelle.

—No recuerdo esas palabras saliendo de mi boca.

—Estaba parafraseando tu lenguaje corporal —dijo George—. Ahora cuenta.

Simon se encogió de hombros.

—No funcionó.

—¿No funcionó? —Las cejas de George casi se dispararon de su frente—. ¿No funcionó?

—No funcionó —confirmó Simon.

—¿Me estás diciendo que tu épica historia de amor con la Cazadora de Sombras más caliente de su generación que se extendió por varias dimensiones y varias incidencias para salvar el mundo ha terminado con un encogimiento de hombros y un... —su voz se aplanó de nuevo con un acento americano—... no funcionó?

—Sí. Eso es lo que estoy diciendo. —Simon trató de sonar casual, pero debió haber fallado, porque George se levantó y suavemente golpeó el hombro de su compañero de cuarto.

—Lo siento, amigo —dijo George en voz baja.

Simon volvió a suspirar.

—Sí.

Cómo pasé mis vacaciones de verano

Por Simon Lewis

Arruiné mis posibilidades con la chica más increíble del mundo.

No una, ni dos, sino tres veces.

Ella me llevó a una cita a su discoteca favorita, donde estuve como un terrón idiota toda la noche y una vez literalmente, tropecé con mis propios pies. Entonces la dejé en el Instituto y sacudí su mano diciendo buenas noches.

Sí, leíste bien: Sacudí. Su. Mano.

Entonces la llevé en la cita número dos, a mi sala de cine favorita, donde hice que se sentara a ver un maratón de Star Wars: La Guerra de los Clones y no me di cuenta cuando se quedó dormida, entonces insulté accidentalmente sus gustos porque, cómo iba a saber que alguna vez salió con algún brujo con una cola y no es que yo quería saber de todos modos y luego: Se acercó otra noche de un buen apretón de manos.

Cita número tres, otra de mis ideas geniales: cita doble con Clary y Jace. Que tal vez habría estado bien, excepto por cómo Clary y Jace están más enamorados que ninguna persona enamorada en la historia del amor, y estoy bastante seguro de que estaban jugando con

sus pies debajo de la mesa, porque hubo una vez en la que Jace comenzó a frotar su pie contra mi pierna por accidente. (¿Creo que por accidente?) (Es mejor que haya sido por accidente.) Y luego fuimos atacados por demonios, porque Clary y Jace al parecer son una especie de imán de demonios, y yo fui derribado en unos treinta segundos y sólo estuve tendido en una esquina mientras que el resto de ellos salvó el día e Isabelle hizo su increíble cosa de diosa guerrera. Porque ella es una sorprendente diosa guerrera y yo soy un debilucho.

Después de eso todos ellos se fueron en algún súper increíble viaje por carretera a través del país para perseguir a los demonios que enviaron a los otros demonios tras nosotros, y no me dejaron ir. (Véase arriba re: mi debiluchi-dad.) Luego, cuando volvieron, Isabelle no me llamó, probablemente porque ¿qué tipo de diosa guerrera quiere salir con un debilucho que se acobarda en una esquina? Y no la llamé, por la misma razón... y también porque pensé que tal vez ella me llamaría.

Lo que no hizo.

Fin

Simon decidió pedir a su maestro Cthonian una prórroga.

El plan de estudios de segundo año, que vio después, era muy parecido al de primero, con una excepción. Este año, mientras los meses pasaban, hacia el día de la Ascensión, se esperaba que los estudiantes de la Academia de Cazadores de Sombras aprendan acontecimientos actuales. Aunque a juzgar por lo que habían aprendido hasta el momento, pensó Simon, su clase de eventos actuales podría ser tan fácilmente titulado “Por qué las Hadas Apestan”.

Cada día Cazadores de Sombras y mundanos de segundo año se abarrotaban en una de las aulas que habían sido bloqueadas el año anterior. (Algo sobre una plaga de

escarabajos demoníacos.) Cada uno se comprimía en un combo de una silla y un escritorio oxidados que parecía diseñados para estudiantes de la mitad de su tamaño, y escuchaban como el profesor Freeman Mayhew explicaba la Paz Fría.

Freeman Mayhew era un hombre flaco, calvo con bigote canoso estilo Hitler, y a pesar de que comenzaba la mayoría de sus frases con “Antes, cuando yo estaba luchando contra demonios....”, era difícil imaginarlo luchando contra un resfriado. Mayhew creía que era su responsabilidad persuadir a sus alumnos que las hadas eran astutas, indignas de confianza, insensibles, y no los “políticos cobardes” publicados que la Clave admitiría en el corto plazo digno de extinción.

Los estudiantes se dieron cuenta rápidamente de que el no estar de acuerdo, o incluso interrumpir para preguntar hacía subir la presión arterial de Mayhew, una mancha rojo furioso que florecía a través de su cráneo mientras espetaba:

—¿Estuviste allí? ¡No lo creo!

Esta mañana Mayhew cedió el aula a una chica unos años mayor que Simón. Su cabello rubio blanco caía en rizos sobre sus hombros, sus ojos azules-verdes brillaban, y su boca se fijaba en una línea sombría que le sugirió que preferiría estar en otro sitio. El profesor Mayhew estaba a su lado, pero Simon se dio cuenta de la forma en que se mantuvo a distancia y se cuidó de no darle la espalda. Mayhew tenía miedo.

—Vamos —dijo el profesor con brusquedad—. Diles tu nombre.

La chica mantuvo sus ojos en el suelo y murmuró algo.

—Más fuerte —espetó Mayhew.

Ahora la chica levantó la cabeza y miró a toda la clase, y cuando habló, su voz era fuerte y clara.

—Helen Blackthorn —dijo—. Hija de Andrew y Eleanor Blackthorn.

Simon la miró más de cerca. Helen Blackthorn era un nombre que conocía bien de las historias que Clary le había contado sobre

la Guerra Oscura. Los Blackthorn habían perdido mucho en esa pelea, pero él pensaba que Helen y su hermano Mark habían perdido más que todos.

—¡Mentirosa! —gritó Mayhew—. Intenta de nuevo.

—Si puedo mentir, ¿eso no te demuestra algo? —preguntó, pero estaba claro que ella ya sabía la respuesta.

—Sabes las condiciones de tu presencia aquí —le espetó—. Diles la verdad o vete a casa.

—Eso no es mi casa —dijo Helen en voz baja pero firme.

Luego de la Guerra Oscura, ella había sido exiliada —no era como que alguien oficialmente usaba ese término— a la Isla Wrangel, un puesto del Ártico que era el eje de las salas de protección del mundo. Era también, había oído Simon, un desolado páramo helado. Oficialmente, Helen y su novia, Aline Penhallow, estaban estudiando las salas, las cuales tuvieron que ser reconstruidas luego de la Guerra Oscura. De forma no oficial, Helen

estaba siendo castigada por el error de su nacimiento. La Clave había decidido que a pesar de su valentía en la guerra, a pesar de su historial impecable, a pesar del hecho de que sus hermanos pequeños eran huérfanos y no tenían a nadie que cuidara de ellos además de un tío al que apenas conocían, no se podía confiar en ella. La Clave pensaba que incluso aunque su piel soportara las runas angelicales, no era una Cazadora de Sombras real.

Simon pensaba que todos ellos eran idiotas.

No importaba que ella no tuviera armas, estuviese vestida con una camisa amarillo pálido y jeans, y no tuviese runas visibles. Estaba claro, simplemente por su postura y el control que ejercía sobre sí misma, transformando la rabia en dignidad, que Helen Blackthorn era una Cazadora de Sombras. Una guerrera.

—Última oportunidad —refunfuñó Mayhew.

—Helen Blackthorn —dijo la chica de nuevo, y llevó su cabello hacia atrás, revelando pálidas y delicadas orejas, las cuales

terminaban en punta como las de un elfo—. Hija de Andrew Blackthorn el cazador de sombras y lady Nerissa. De la Corte Seelie.

A lo que Julie Beauvale se puso de pie y, sin decir una palabra, salió del salón.

Simon lo sentía por ella, o lo intentaba. Durante las horas finales de la Guerra Oscura, un hada había matado a la hermana de Julie frente a ella. Pero eso no era culpa de Helen. Ella era solo mitad hada, y no era la mitad que contaba.

No era como su alguien de la Clave —o del salón de clase— pareciera creer eso. Los estudiantes cuchicheaban, insultos hacia las hadas yendo y viniendo entre ellos. Al frente del salón, Helen estaba quieta, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—Oh, cállense —dijo Mayhew fuertemente. Simon se preguntó, no por primera vez, por qué el hombre se había convertido en profesor cuando parecía que la única cosa que aborrecía más que a los jóvenes era enseñarles—. No espero de ninguno de ustedes que respeten a

esta... persona. Pero ella está aquí para ofrecerles una historia con moraleja. La oirán.

Helen aclaró su garganta.

—Mi padre y su hermano fueron una vez estudiantes aquí, como ustedes —habló despacio, con afecto plano, como si hubiese estado hablando de extraños—. Y quizás como ustedes, ellos no se dieron cuenta de cuán peligrosas pueden ser las hadas. Lo cual casi los destruyó.

* * *

Fue el segundo año de mi padre Andrew en la Academia, continuó Helen, y el primero de Arthur. Normalmente, solo los de segundo serían enviados a una misión en el reino de las hadas, pero todos sabían que Andrew y Arthur luchaban mejor juntos. Esto fue mucho antes de la Paz Fría, obviamente, cuando las hadas estaban obligadas a cumplir con los Acuerdos. Pero eso no los detenía de romper las reglas. Pero eso no los detenía de romper las reglas

cuando pensaban que podían salirse con la suya. Se habían llevado a una niña Cazadora de Sombras. Diez estudiantes de la Academia, acompañados por uno de sus profesores, fueron enviados para traerla de vuelta.

La misión fue exitosa, o lo hubiese sido si un hada inteligente no hubiese tendido una trampa a mi padre con una baya espinosa. Sin pensar, chupó la sangre de la pequeña herida, y con ello, tomó un poco del jugo.

Beber algo en el reino de las hadas lo ató al capricho de la reina, y esta le ordenó quedarse. Arthur insistió en permanecer con él, eso es lo mucho que los hermanos cuidaban el uno del otro.

El profesor de la Academia rápidamente hizo un trato con la reina: el aprisionamiento duraría solo un día. Los profesores han sido siempre, por supuesto, muy inteligentes. Pero las hadas lo eran más. Lo que pasa como un día en el mundo se prolongó mucho más tiempo en el Reino de las Hadas.

Duró años.

Mi padre y mi tío siempre habían sido tranquilos, niños de libros. Servían valientemente en el campo de batalla, pero preferían la biblioteca. No estaban preparados para lo que les ocurrió a continuación.

Lo siguiente que les pasó fue que se encontraron con lady Nerissa, de la Corte Seelie, el hada que sería mi madre, un hada cuya belleza era superada solamente por su crueldad.

Mi padre nunca me dijo qué le ocurrió en manos de Nerissa, tampoco lo hizo mi tío. Pero luego de su regreso, ambos hicieron reportes completos al Inquisidor. Fui... invitada a leer estos reportes y les transmitiré los detalles.

Eran estos: Por siete largos años Nerissa hizo de mi padre su objeto de juego. Lo ligó a ella, no con cadenas sino con magia oscura. Mientras sus sirvientes lo sujetaban, le enganchó una gargantilla de plata alrededor del cuello. Estaba encantada. Hizo que mi padre no la viera por lo que era, un monstruo, sino como un milagro. Engañó sus ojos y su corazón, y convirtió el odio hacia su captora en

amor. O, más bien, la versión de las hadas del amor. Una adoración claustrofóbica. Él haría cualquier cosa por ella. Él hizo, por siete años, todo por ella.

Y luego estaba Arthur, su hermano, más joven que Andrew y joven para su edad. Amable, decían.

Lady Nerissa no tenía ningún uso para él, excepto como juguete, una herramienta, algo con lo que torturar a mi padre y afirmar su lealtad.

Nerissa forzó a mi padre a vivir todos esos años enamorado; forzó a Arthur a vivir en el dolor.

Fue quemado vivo, muchas veces, con fuego de hada que devoraba su carne y huesos pero no lo mataba.

Fue azotado con cadenas de espinas que dejaban heridas en su espalda que nunca sanarían.

Fue encadenado al suelo, esposas sujetaban sus muñecas y tobillos como si fuera una bestia salvaje, y era obligado a ver sus peores

pesadillas jugando frente a sus ojos, glamour de hadas personificando a la gente que más amaba atravesando muertes atroces frente a sus ojos.

Dejaron que Arthur creyera que su hermano lo había abandonado, que había elegido el amor de las hadas sobre piel y sangre, y esa fue la peor tortura de todas.

Arthur estaba destrozado. Tomó solo un año. Las hadas pasaron los siguientes seis pisoteando y riéndose sobre los escombros de su alma.

Y sin embargo.

Arthur era un Cazador de Sombras, y esto nunca debería ser subestimado. Un día, medio loco con dolor y pena, tuvo una visión de su futuro, de miles de días de agonía, décadas, siglos transcurriendo en la tierra de las hadas mientras él envejecía como una criatura marchita y rota, finalmente regresaba a su mundo para descubrir que solamente había transcurrido un día. Que todos los que conocía estaban jóvenes y completos. Que rezarían por su muerte, así no tendrían que vivir con en lo

que se había convertido. La tierra de las hadas era una tierra más allá del tiempo; podían robar su vida entera aquí —podían darle diez vidas de tortura y dolor— y aun así permanecer fieles a su palabra.

El terror de su destino era más poderoso que el dolor, y le dio la fuerza que necesitaba para liberarse de sus ataduras. Fue forzado a pelear contra su propio hermano, quien había sido hechizado para creer que debería proteger a lady Nerissa a toda costa. Arthur golpeó a mi padre hacia el piso y utilizó la propia daga de lady Nerissa para abrirla desde el cuello hasta el esternón. Con esa misma daga, cortó la plata encantada de la garganta de mi padre. Y juntos, ambos finalmente libres, escaparon de la tierra de las hadas y regresaron al mundo. Ambos todavía portando sus cicatrices.

Después de que rindieron su reporte ante el Inquisidor, dejaron Idris, y se dejaron el uno al otro. Estos hermanos, una vez tan cercanos como parabatai, no podían soportar verse el uno al otro. Cada uno era un recordatorio de

lo que el otro había padecido y perdido. Ninguno podía perdonar al otro por lo que había fallado, y dónde habían tenido éxito.

Tal vez se hubieran reconciliado, eventualmente.

Pero Arthur se fue a Londres, mientras que mi padre regresó a casa a Los Ángeles, donde rápidamente se enamoró de una de las Cazadoras de Sombras entrenando en el Instituto de Los Ángeles. Ella lo amó también y lo ayudó a olvidar esos años tormentosos. Se casaron. Tuvieron un hijo. Estaban felices, y luego, un día, el timbre sonó. Mi madre habría estado alimentando al bebé Julian o acostándolo para la siesta. Mi padre habría estado enterrado en sus libros. Uno de ellos habría respondido la puerta y descubierto dos cestas en su entrada, cada una portando un bebé durmiendo. Mi hermano Mark y yo. Mi padre, en su estado hechizado, nunca se dio cuenta de que lady Nerissa había engendrado dos niños.

Mi padre y su esposa, Eleanor, nos criaron como si fuéramos Cazadores de Sombras

puros. Como si fuéramos todos suyos. Como si no fuéramos monstruos media sangre que habían sido deslizados en medio de ellos por el enemigo. Como si no fuéramos recordatorios constantes de la destrucción y tortura, de la larga pesadilla que mi padre había trabajado tanto en olvidar. Hicieron su mejor esfuerzo para amarnos. Tal vez incluso sí nos amaron, tanto como podían. Pero estoy segura que Andrew y Eleanor Blackthorn fueron los mejores Cazadores de Sombras. Así que debieron ser lo suficientemente inteligentes para saber, en su interior, que jamás podríamos ser de confianza.

Confía en un hada bajo tu propio riesgo, porque ellas no se preocupan por nada excepto ellas mismas. Propagan nada excepto destrucción. Y su arma preferida es el amor humano.

Ésta es la lección que me han pedido enseñarles. Y así lo he hecho.

* * *

—¿Qué demonios fue eso? —explotó Simon tan pronto como los dejaron salir de clases.

—¡Lo sé! —George se hundió contra la pared de piedra del corredor, luego rápidamente lo reconsideró mientras algo verde y muy lento salió retorciéndose detrás de su hombro—. Quiero decir, sabía que las hadas eran pequeñas bastardas, pero, ¿quién hubiese sabido que eran malvadas?

—Yo. —Julie dijo, su cara más pálida de lo usual. Había estado esperándolos afuera del salón de clases, o, más bien, esperando a Jon Cartwright, con quien ahora parecía tener una cosa. Julie era aún más bonita que Jon y casi tan esnob, pero aun así, Simon había pensado que tenía un poco de mejor gusto.

Jon puso su brazo alrededor de ella, y ella se curvó contra su torso musculoso.

Lo hacen parecer tan fácil, pensó Simon con asombro. Pero entonces, esa era la cosa con los Cazadores de Sombras, hacían a todo verse tan fácil.

Era ligeramente repugnante.

—No puedo creer que torturaron a ese pobre chico por siete años —dijo George.

—¡Y qué acerca de su hermano! —exclamó Beatriz Mendoza—. Eso es incluso peor.

George se veía incrédulo.

—¿Crees que ser forzado a enamorarse de una sexy princesa hada es peor que ser quemado vivo unos cuantos cientos de veces?

—Creo...

Simon aclaró su garganta.

—Uh, de hecho quería decir, ¿qué demonios fue eso con Helen Blackthorn, aventándola aquí como algún tipo de fenómeno de circo, haciéndola contarnos esta terrible historia sobre su propia madre? —Tan pronto como Helen terminó con su historia, el profesor Mayhew le había prácticamente ordenado que saliera del salón. Ella se veía como si quisiera decapitarlo, pero en su lugar, bajó su cabeza y obedeció. Él nunca había visto a ningún Cazador de Sombras comportarse de esa

manera, como si estuviera... domesticada. Se sentía enfermamente mal.

—"Madre" es poco más que un tecnicismo en esta situación, ¿no lo crees? —preguntó George.

—¿Tú crees que eso significa que esto fue divertido para ella? —preguntó Simon, con incredulidad.

—Creo que un montón de cosas no son divertidas —dijo Julie con frialdad—. Creo que ver a tu hermana ser rebanada a la mitad tampoco es muy divertido. Así que discúlpame si no me preocupo mucho por su cosa de la impureza o sus supuestos sentimientos. —Su voz tembló en la última palabra, y se deslizó muy abruptamente de debajo del brazo de Jon y corrió por el pasillo.

Jon fulminó con la mirada a Simon.

—Lindo, Lewis. Realmente lindo. —Se fue detrás de Julie, dejando a Simon, Beatriz, y George parados incómodamente en su silenciosa estela.

Después de un momento tenso George rascó su barba incipiente.

—Mayhew fue bastante duro allá. Actuando como si ella fuera alguna especie de criminal. Era evidente que él solo estaba esperando que ella lo apuñalara con un pedazo de tiza o algo.

—Ella es hada —señaló Beatriz—. No puedes simplemente bajar tu guardia con ellos.

—Mitad hada —dijo Simon.

—Pero ¿no crees que eso es suficiente? La Clave debió haberlo pensado también —dijo Beatriz—. ¿Por qué más la hubieran exiliado?

Simon resopló.

—Claro, porque la Clave siempre está en lo correcto.

—Su hermano cabalga con la Cacería Salvaje —discutió Beatriz—. ¿Cuánto más hada te puedes volver?

—Eso no es su culpa —protestó Simon. Clary le había contado la historia completa de la captura de Mark Blackthorn, la manera en que las hadas lo habían arrebatado durante la

masacre del Instituto de los Ángeles. La manera en que la Clave se reusó a molestarse en tratar de traerlo de vuelta—. Él está ahí en contra de su voluntad.

Beatriz estaba empezando a verse un poco malhumorada.

—Tú no sabes eso. Nadie puede saber eso.

—¿De dónde está viniendo esto? —preguntó Simon—. Nunca has comprado algo de esa mierda anti-Submundo. —Simon podría no haber recordado sus días de vampiro muy bien, pero hizo que fuera su asunto no hacer amistad con alguien inclinado a estacar primero y preguntar después.

—No soy anti-Submundos —insistió Beatriz, llena de farisaísmo—. No tengo ningún problema con los hombres lobo o vampiros. O brujos, obviamente. Pero las hadas son diferentes. Lo que sea que la Clave esté haciendo con ellos, o a ellos, es para nuestro beneficio. Es para protegernos. ¿No crees que sea posible que sepan un poco más sobre eso que tú?

Simon puso los ojos en blanco.

—Hablas como una verdadera Cazadora de Sombras.

Beatriz le dio una mirada extraña.

—Simon, ¿te das cuenta de que casi siempre que dices “Cazador de Sombras”, suena como si fuera un insulto?

Eso lo detuvo. Beatriz rara vez hablaba con alguien así de agudamente, sobre todo, no con él.

—Yo...

—Si crees que es tan terrible ser un Cazador de Sombras, no sé lo que estás haciendo aquí.
—Se alejó por el pasillo hacia su habitación, que estaba, como el resto de las habitaciones de élite de segundo año, elevada en una de las torres con una buena orientación al sur y vistas al prado.

George y Simon se volvieron hacia otro lado, hacia las mazmorras.

—No estás haciendo muchos amigos hoy
—dijo George alegremente, pegándole suavemente a su compañero de habitación. Era

el lenguaje de George para no te preocupes, va a olvidarlo.

Caminaron pesadamente por el pasillo uno al lado del otro. Una limpieza de verano no había hecho nada para mejorar los techos que goteaban o charcos de fango con olor sospechoso que atestaban el camino a las mazmorras, o tal vez el servicio de limpieza de la Academia simplemente no se extendía a los cuartos de las heces. De cualquier manera, en este punto Simon y George podrían haber ido por el pasillo con los ojos vendados, esquivaban los charcos y se agachaban ante las tuberías chorreando por hábito.

—No era mi intención molestar a nadie —dijo Simon—. Es sólo que no creo que sea correcto.

—Confía en mí, amigo, dejaste eso perfectamente claro. Y, obviamente, estoy de acuerdo contigo.

—¿En serio? —Simon sintió una oleada de alivio.

—Por supuesto que sí —dijo George—. No cercas un rebaño entero sólo porque una oveja mordisqueó mal césped, ¿verdad?

—Eee... correcto.

—Simplemente no sé por qué te pones todo exaltado por ello. —George no era del tipo que se exaltaban acerca de algo o de nada, o al menos, no del tipo que lo admitiría. Afirmaba que la apatía era un credo familiar—. ¿Es la cosa de vampiros? Sabes que nadie piensa en ti de esa manera.

—No, no es eso —dijo Simon. Sabía que en estos días, sus amigos apenas daban un pensamiento a su pasado de vampiro, lo consideraban irrelevante. A veces Simon no estaba tan seguro. Él había muerto, ¿cómo puede ser irrelevante?

Pero eso no tenía nada que ver con esto.

Esto simplemente no estaba bien, la forma en que el profesor Mayhew ordenaba a Helen como un perro entrenado, o la forma en que los demás hablaban de las hadas, como si, debido a que algunas hadas habían traicionado

a los Cazadores de Sombras, todas las hadas fueran culpables, ahora y para siempre.

Tal vez eso era todo: la cuestión de la culpabilidad dictaba a través de líneas de sangre, los pecados de los padres visitando no sólo a sus hijos, sino a sus amigos, vecinos y conocidos al azar que resultaron tener orejas de forma similar. No puedes simplemente enjuiciar un pueblo —o en este caso, una especie de submundos— porque que no te gustó cómo algunos de ellos se comportaron. Había pasado suficiente tiempo en la escuela hebrea para saber cómo terminaban ese tipo de cosas. Afortunadamente, antes de que pudiera formular una explicación a George que no nombrara a Hitler, la profesora Catarina Loss se materializó delante de ellos.

Materializada, literalmente, en una nube de humo teatral. Una prerrogativa de brujo, supuso Simon, aunque presumir no era el estilo de Catarina. Por lo general, se mezclaba con el resto de la facultad de la Academia, por lo que era fácil olvidar que era una bruja (al menos, si se pasaba por alto la piel azul). Pero

se había dado cuenta que cada vez que otro Submundo se encontraba en el campus, Catarina salió de sus hábitos para exagerar su condición de bruja.

No es que Helen fuera un submundo, recordó Simón.

Por otro lado, Simon tampoco era un submundo —o lo había sido por más de un año para ese momento— y Catarina todavía insistía en llamarlo vampiro diurno. Según ella, una vez que se era un Submundo, eras siempre, de alguna minúscula forma subconsciente incrustada en tu alma, un Submundo. Siempre sonaba tan segura de esto, como si supiera algo que él no. Después de hablar con ella, Simon se encontraba a menudo lamiendo sus dientes caninos, sólo para asegurarse de que no habían brotado colmillos.

—¿Puedo hablar contigo un momento, vampiro diurno? —dijo—. ¿En privado?

George, que había estado un poco nervioso alrededor de Catarina desde que lo había, muy brevemente, convertido en una oveja,

claramente había estado esperando una excusa para huir. La tomó.

Simon se encontró sorprendentemente contento de estar a solas con Catarina; ella, al menos, estaba seguro que se encontraría de su lado.

—Profesora Loss, no va a creer lo que acaba de suceder en clase del profesor Mayhew...

—¿Cómo estuvo tu verano, vampiro diurno?
—Ella le dio una leve sonrisa—. ¿Agradable, espero? ¿Sin mucho sol?

En todo el tiempo que había conocido a Catarina Loss, nunca se había molestado con una pequeña charla. Parecía un momento extraño para empezar.

—Sabía que Helen Blackthorn estaba aquí, ¿no? —dijo Simon.

Ella asintió.

—Sé la mayoría de cosas que pasan por aquí. Pensé que lo descubrirías.

—Entonces supongo que sabe cómo el profesor Mayhew la estuvo tratando.

—¿Como algo menos que humano, me imagino?

—¡Exactamente! —exclamó Simon—. Como algo raspado de la parte inferior de su zapato.

—En mi experiencia, así es como el profesor Mayhew trata a la mayoría de la gente.

Simon negó con la cabeza.

—Si lo hubiera visto... esto fue peor. ¿Tal vez debería decirle a Dean Penhallow? —La idea se apoderó de él solamente cuando salió de su boca, pero le gustaba el sonido de la misma—. Ella puede, no sé... —No era como si pudiera darle una detención—. Algo.

Catarina frunció los labios.

—Debes hacer lo que creas que es correcto, vampiro diurno. Pero te puedo decir que Dean Penhallow tiene poca autoridad en el tema del cómo se trata a Helen Blackthorn aquí.

—Pero ella es la decana. Ella debería... Oh. —Poco a poco, las piezas encajaron en su lugar. Dean Penhallow era prima de Aline Penhallow. La novia de Helen. La madre de Aline, Jia, la cónsul, supuestamente estaba

sesgada sobre el tema de Helen, y se había recusado a sí misma sobre la determinación de su trato. Si hasta la cónsul no podía interceder en nombre de Helen, entonces presumiblemente la decana tenía incluso menos esperanza de poder hacerlo. A Simon le parecía horriblemente injusto que las personas que se preocupaban más por Helen eran las que menos participaban en la decisión de su destino—. ¿Por qué Helen siquiera vendría aquí? —preguntó Simon—. Sé que la isla de Wrangel debe apestar, ¿pero no puede ser peor que desfilas por aquí, donde todo el mundo parece odiarla?

—Puedes preguntarle tú mismo —dijo Catarina—. Es por eso que quería hablar contigo. Helen me pidió que te envíe a su cabaña después de terminar tus clases hoy. Ella tiene algo para ti.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—También vas a tener que preguntarle tú. Encontrarás su alojamiento al borde del patio occidental.

—¿Se está quedando en el campus? —dijo Simon, sorprendido. No podía entender por qué Helen vendría aquí en primer lugar, pero era aún más difícil imaginar su deseo a quedarse—. Debe tener amigos en Alicante con los que podría quedarse.

—Estoy segura que sí, incluso ahora —dijo Catarina, un dejo amable y triste en su voz, como si fuera, muy, muy gentil, defraudando a un niño—. Pero, Simon, estás presumiendo que ella tenía opción.

* * *

Simon vaciló en la puerta de la cabaña, obligándose a llamar. Era su cosa menos favorita, conocer a alguien que había conocido en su vida anterior, como había llegado a pensar de ello. Siempre estaba el temor a que pudieran esperar algo de él que no podía cumplir, o asumir que él sabía algo que había olvidado. Hubo, con demasiada frecuencia, un rayo de esperanza en sus ojos que se extinguía en cuanto él abriera la boca.

Al menos, se dijo, apenas había conocido a Helen. No podía estar esperando mucho de él. A menos que hubiera algo que no supiera.

Y debe haber algo que no sabía... ¿Por qué más lo habría mandado a llamar?

Solo hay una manera de averiguarlo, pensó Simon, y llamó a la puerta.

Helen se había puesto un vestido veraniego brillante de lunares y se veía mucho más joven que en el salón de clases. También mucho más feliz. Su sonrisa se ensanchó considerablemente cuando vio quién estaba en la puerta.

—¡Simon! Estoy tan feliz de verte. Vamos, entra, siéntate, ¿quieres algo de comer o beber? ¿Quizás una taza de café?

Simon se sentó en el sofá de la pequeña sala de estar. Era incómodo y raído, bordado con un patrón de flores marchitas que se parecía a algo que su abuela podría haber tenido. Se preguntó quién vivía por lo general aquí, o si la Academia simplemente conservaba la cabaña destartalada para profesores visitantes. Aunque no podía imaginar que

hubiera muchos miembros de la facultad visitantes que quisieran vivir en una choza destartalada al borde de los bosques que se veía como un lugar en el que la bruja de Hansel y Gretel podría haber vivido antes de descubrir la arquitectura basada en dulces.

—No, gracias, estoy bien... —Simon se detuvo cuando captó su última palabra—. ¿Has dicho café?

A tan solo mitad de semana en el nuevo año escolar, ya Simon estaba en una severa abstinencia de cafeína. Antes de que pudiera decirle que “sí, por favor, una tacita”, Helen ya había puesto una taza humeante en sus manos.

—Eso creo —dijo.

Simon tragó con avidez, la cafeína zumbando a través de su sistema. No sabía cómo se suponía que cualquiera que pueda ser humano, y mucho menos, en el caso de los Cazadores de Sombras, sobrehumano, sin una dosis diaria.

—¿De dónde has sacado esto?

—Magnus me dio mágicamente una cafetera eléctrica —dijo Helen, sonriendo—. Es una especie de regalo de despedida antes de irnos a la isla Wrangel. Ahora no puedo vivir sin él.

—¿Cómo es allí? —preguntó Simon—. ¿En la isla?

Helen vaciló, y se preguntó si había cometido un error. ¿Era grosero preguntarle a alguien cómo estaba disfrutando de su exilio en un desierto como Siberia?

—Frío —dijo finalmente—. Solitario.

—Oh. —¿Qué podía decir a eso? “Lo siento” no parece suficiente para cubrirlo, y ella no parecía que quisiera su lástima.

—Pero al menos, estamos juntos. Aline y yo. Eso es algo. Supongo que eso es todo. Todavía no puedo creer que ella aceptó casarse conmigo.

—¿Te vas a casar? —exclamó Simon—. ¡Eso es increíble!

—Lo es, ¿cierto? —Helen sonrió—. Es difícil creer la cantidad de luz que puedes encontrar

en la oscuridad, cuando tienes a alguien que te ama.

—¿Vino contigo? —preguntó Simon, mirando alrededor de la pequeña cabaña. Solo había otra habitación, el dormitorio, asumió, su puerta cerrada. No podía recordar conocer a Aline, pero a partir de todo lo que Clary le había dicho, tenía curiosidad.

—No —dijo Helen bruscamente—. Eso no era parte del trato.

—¿Qué trato?

En lugar de responder, ella cambió de tema abruptamente.

—Entonces, ¿disfrutaste de mi conferencia esta mañana?

Ahora era Simon quien vaciló, sin saber cómo responder. No quería sugerir que había encontrado su conferencia aburrida, pero parecía igualmente erróneo sugerir que había disfrutado escuchando su terrible historia o ver al profesor Mayhew humillarla.

—Me sorprendió que quisieras dar la conferencia —dijo finalmente—. No puede ser fácil, contar esa historia.

Helen le dio una sonrisa irónica.

—“Querer” es una palabra fuerte. —Se levantó para verter otra taza de café para él, y luego comenzó a hacer mucho ruido con una pila de platos en la pequeña cocina. Simon tuvo la sensación de que sólo estaba tratando de mantener las manos ocupadas. Y tal vez evitando encontrarse con su mirada—. Hice un trato con ellos. La Clave. —Se pasó las manos con nerviosismo por su cabello rubio, y Simon echó un breve vistazo a sus orejas puntiagudas—. Dijeron que si venía a la Academia por un par de días, les dejaba desfilarme alrededor como una especie de espectáculo de feria de una medio-hada, entonces Aline y yo podríamos volver.

—¿Para siempre?

Ella se rió con amargura.

—Por un día y una noche, para casarnos.

Simon pensó, de pronto, de lo que Beatriz le había preguntado ese mismo día. Por qué estaba tratando con tanto ahínco convertirse en un Cazador de Sombras.

A veces no podía recordarlo.

—Ni siquiera quieren dejarnos volver en absoluto —dijo Helen amargamente—. Querían que tuviéramos la boda en la isla Wrangel. Si incluso se puede llamar a eso una boda, en un infierno congelado sin ningún ser amado allí contigo. Supongo que debería sentirme afortunada por obtener todo esto de su parte.

Menos afortunada que disgustada, o tal vez enfurecida, pensó Simon, pero no parecía que fuera útil decirlo en voz alta.

—Me sorprende que les importe tanto una conferencia —dijo en su lugar—. Quiero decir, no es que no fuera educativo, pero el profesor Mayhew podría habernos simplemente contado la historia por sí mismo.

Helen se alejó de su ocupado trabajo en la cocina y encontró la mirada de Simon.

—A ellos no les importa la conferencia. Esto no es acerca de tu educación. Se trata de humillarme. Eso es todo. —Ella se dio una pequeña sacudida, y entonces sonrió demasiado alegre, sus ojos brillando—. Olvídate de todo eso. Viniste hasta aquí para conseguir algo de mí... aquí está. —Helen deslizó un sobre de su bolsillo y se lo entregó a Simon.

Curioso, lo abrió y sacó un pequeño trozo de gruesa papelería de marfil, escrita con una letra familiar.

Simon dejó de respirar.

Querido Simon, escribió Izzy.

Sé que he desarrollado un hábito de emboscarte en la escuela.

Esto era verdad. Isabelle se había aparecido más de una vez cuando él menos la esperaba. Cada vez que ella se aparecía en el campus, peleaban; cada vez, él lamentaba verla irse.

Me prometí a mí misma que no seguiré haciendo eso. Pero hay algo de lo que me gustaría hablar contigo. Así que esta soy yo,

dándote una advertencia adelantada. Si está bien que vaya para una visita, puedes hacérselo saber a Helen, y ella me pasará la palabra. Si no está bien, puedes decirle eso también.

Como sea —Isabelle.

Simon leyó la breve nota bastantes veces, tratando de intuir el tono detrás de las palabras.

¿Cariñoso? ¿Entusiasta? ¿Formal?

Hasta esta semana él había estado a un e-mail o una llamada telefónica de distancia, ¿por qué esperar hasta que él estuviese de vuelta en la Academia para contactar? ¿Por qué contactar en absoluto?

¿Quizás porque sería más fácil rechazarlo por el bien cuando él estaba seguro en otro continente?

Pero en ese caso, ¿por qué ir al Portal todo el camino hacia Idris para hacerlo cara a cara?

—¿Quizás necesitas tiempo para pensar en ello? —dijo Helen finalmente.

Él olvidó que ella estaba ahí.

—¡No! —espetó Simon—. Quiero decir, no, no necesito tiempo para pensar en ello, pero sí, sí, ella puede venir a visitar. Por supuesto. Por favor, díselo.

Deja de balbucear, se ordenó a sí mismo. Ya era bastante malo que se convirtiera en un tonto baboso cada vez que Isabelle estaba en la habitación con él estos días, ¿ahora iba a comenzar a hacer eso ante el sonido de su nombre?

Helen rió.

—Ves, te lo dije —dijo ella fuertemente.

—Er, ¿me dijiste qué? —preguntó Simon.

—¡Lo escuchaste, sal! —llamó Helen, incluso más fuerte, y la puerta de la habitación chirrió abriéndose.

Isabelle Lightwood no tenía en su ser lucir avergonzada. Pero su cara estaba haciendo su mejor esfuerzo.

—¿Sorpresa?

Cuando Simon recuperó su poder del habla, solo había una palabra disponible en su cerebro.

—Isabelle.

Lo que sea que crujió y chisporroteó entre ellos era aparentemente tan palpable que Helen podía sentirlo también, porque rápidamente se deslizó más allá de Isabelle en la habitación y cerró la puerta.

Dejándolos a ellos dos solos.

—Hola, Simon.

—Hola, Izzy.

—Estás, uh, probablemente preguntándote qué estoy haciendo aquí. —No era como ella el sonar tan insegura—. Nunca me llamaste —dijo—. Te salve de ser decapitado por un demonio Eidolon, y tú ni siquiera llamaste.

—Tú nunca me llamaste, tampoco —señaló Simon—. Y... uh... también, como que sentí que debería haber sido capaz de salvarme yo mismo.

Isabelle suspiró.

—Pensé que quizás estarías pensando eso.

—Porque debería haberlo sido, Izzy.

—Porque eres un idiota, Simon. —Ella se animó—. Pero este es tu día de suerte, porque decidí que no voy a darme por vencida aún. Esto es demasiado importante para rendirme solo por una mala cita.

—Tres malas citas —señaló—. Como, realmente malas citas.

—Las peores —aceptó.

—¿Las peores? Jace me dijo que una vez saliste con un tritón quién te hizo cenar en el río —dijo Simon—. Seguramente nuestras citas no fueron tan malas como...

—Las peores —confirmó, y estalló en risas. Simon pensó que su corazón iba a explotar ante el sonido de esta, había algo tan despreocupado, tan alegre en la música de su risa, era casi como una promesa. Que si ellos pudieran navegar una ruta a través de toda la incomodidad y dolor y carga de expectativas, si pudieran encontrar su camino de vuelta al otro, algo así de puro y alegre los esperaba.

—Tampoco quiero darme por vencido —dijo Simon, y la sonrisa con la que ella lo recompensó fue incluso mejor que la risa.

Isabelle se puso junto a él en el pequeño sofá. Simon de pronto estaba extremadamente consciente de los centímetros separando sus muslos. ¿Se suponía que él hiciera un movimiento ahora mismo?

—Decidí que Nueva York estaba muy abarrotado —dijo.

—¿Con demonios?

—Con recuerdos —aclaró Isabelle.

—Demasiados recuerdos no es exactamente mi problema.

Isabelle le dio un codazo. Incluso eso hizo una chispa.

—Sabes a lo que me refiero.

Él la codeó de vuelta.

Tocarla así, tan casualmente, como si no fuera la gran cosa...

Tenerla de vuelta, tan cerca, tan dispuesta...

Ella lo quería.

Él la quería.

Debería haber sido así de fácil.

Simon aclaró su garganta y, sin saber por qué, se levantó. Luego, como si eso no fuera suficiente distancia, se retiró cuidadosamente al otro lado de la habitación.

—Así que, ¿ahora qué hacemos?
—preguntó.

Ella pareció desconcertada, pero solo por un momento. Después se disparó hacia adelante.

—Iremos a otra cita —dijo. No una petición; una orden—. En Alicante. Territorio Neutral.

—¿Cuándo?

—Estaba pensando... ahora.

No era lo que él esperaba, pero entonces, ¿por qué no? Las clases se habían terminado por el día, y los estudiantes de segundo año tenían permitido salir del campus. No había razón para no salir con Isabelle inmediatamente. Excepto que él no había tenido tiempo de prepararse, no había tenido tiempo para venir con un plan de juego, no había tenido tiempo para obsesionarse con su cabello y su look “casualmente arrugado”, no

había tenido tiempo para proponer una lista de temas de discusión en caso de que la conversación flaqueara... pero entonces, ninguna de esas cosas habían salvado sus anteriores tres citas del desastre. Quizás era tiempo de experimentar con espontaneidad.

Especialmente desde que no parecía que Isabelle fuera a darle más opción.

—Ahora será —aceptó Simon—. ¿Deberíamos invitar a Helen?

—¿En nuestra cita?

Idiota. Se dio a sí mismo un golpe mental en el costado de la cabeza.

—¿Helen, quieres colarte en nuestra cita romántica? —gritó Isabelle.

Helen emergió de la habitación.

—No amaría nada más que ser una incómoda tercera rueda —dijo ella—. Pero realmente no se me permite salir.

—¿Disculpa? —Los dedos de Isabelle jugaron en el látigo de electrum envuelto alrededor de su muñeca izquierda. Simon no podía culparla por querer golpear algo. O a

alguien—. Por favor dime que estás bromeando.

—Catarina puso un círculo de protección alrededor de la cabaña —dijo Helen—. No te detendrá de ir y venir, pero me dijeron que sería bastante efectivo si yo intentaba irme antes de ser convocada.

—¡Catarina no haría eso! —protestó Simon, pero Helen extendió una mano para callarlo.

—No le dieron otra opción —dijo Helen—. Y le pedí solo aceptarlo. Era parte del trato.

—Eso es inaceptable —dijo Isabelle con furia apenas oculta—. Olvida la cita, vamos a quedarnos aquí contigo.

Ella estaba encendida con un hermoso brillo de justificada rabia, y Simon quería repentinamente, desesperadamente, arrastrarla a sus brazos y besarla hasta el fin del mundo.

—Definitivamente no olvidarás la cita —dijo Helen—. No vas a quedarte aquí ni un segundo más. Sin discusión.

Hubo, de hecho, bastante más discusión, pero Helen, finalmente los convenció que estar atrapada ahí con ellos, sabiendo que ella había arruinado su día, sería incluso peor que estar atrapada ahí sola.

—Ahora por favor, y digo esto con amor, váyanse de aquí.

Ella le dio un abrazo a Izzy, y luego abrazó a Simon sucesivamente.

—No arruines esto —le susurró en su oído, luego los empujó a ambos por la puerta y la cerró detrás de ellos.

Había dos caballos blancos relinchando junto al camino frontal, como si hubiesen estado esperando a Isabelle.

Simon supuso que lo estaban; los animales en Idris se comportaban diferente a como lo hacían en casa, casi como si pudieran entender lo que los humanos querían y, si preguntabas suficientemente agradable, estaban dispuestos a asistir.

—Así que, ¿a dónde iremos exactamente en esta cita? —preguntó Simon. No se le había

ocurrido que montarían a Alicante, pero por supuesto, esto era Idris. No había autos. Ni trenes. Nada más que transporte medieval o mágico, y supuso que un caballo era mejor que una motocicleta vampírica. Marginalmente.

Isabelle sonrió y se balanceó hacia arriba a la montura tan fácilmente como si estuviera montando una bicicleta.

Simon, por otra parte, torpemente se arrojó en el caballo con suficientes gruñidos y sudor que temía que ella fuera a dar un vistazo y terminara toda la cosa.

—Iremos de compras —le informó Isabelle—. Es hora de que te consigas una espada.

* * *

—En realidad no necesita ser una espada —dijo Isabelle mientras entraban a Diana's Arrow. El viaje a Alicante había sido como algo salido de un sueño, o al menos una cursi novela romántica.

Ambos montaron potros blancos, galopando a través del campo, cargando a lo

largo de prados esmeraldas y a través de un bosque del color de las llamas. El cabello de Isabelle se derramaba detrás de ella como un río de tinta, y Simon incluso se las arregló para no caer de su caballo, nunca una conclusión inevitable. Lo mejor de todo, entre la ráfaga de viento y el estruendo de los cascos, había sido demasiado ruidoso para una conversación. En movimiento, las cosas se sentían fáciles entre ellos, naturales. Simon podía casi olvidar que este era uno de los más importantes momentos de su vida y cualquier cosa que dijera o hiciera podría arruinarlo por siempre. Ahora, de vuelta al nivel del suelo, el peso se instaló de vuelta en sus hombros. Era difícil pensar en cualquier cosa ingeniosa que decir con su cerebro haciendo eco a las mismas cuatro palabras una y otra vez.

No. Arruines. Esto.

—Tienen todo aquí —continuó Izzy, presuntamente tratando de llenar el aburrido silencio que los nervios de Simon dejaba tras de sí—. Dagas, hachas, estrellas arrojadizas,

oh, y arcos, por supuesto. Todo tipo de arcos. Es impresionante.

—Sí —dijo Simon débilmente—. Impresionante.

Él había aprendido, en su año en la Academia, a pelear casi tan bien como cualquier Cazador de Sombras principiante, y tenía un dominio con toda arma que ella mencionó. Pero descubrió que saber cómo usar un arma era muy diferente a querer hacerlo. En su vida pre-Cazador de Sombras, Simon había entregado muchas apasionadas diatribas en el tema de control de armas, y no habría amado nada más que cada arma en la ciudad fuera botada al East River. No es que una pistola fuera lo mismo que una espada, y no es que no amara la sensación de soltar una flecha de su arco y observarla volar rápidamente y seguramente al corazón de su blanco. Pero la forma en que Isabelle amaba su látigo, la manera en que Clary hablaba sobre su espada, como si fuera un miembro de la familia... la pasión del Cazador de Sombras

por armas mortales aún tenía que acostumbrarse.

Diana's Arrow, una tienda de armas en la calle Flintlock en el corazón de Alicante, estaba llena de más objetos mortales de los que Simon jamás había visto en un solo lugar, y eso incluía la habitación de armas de la Academia, la cual podría abastecer a un ejército. Pero mientras que el arsenal de la Academia era más como un armario de almacenamiento, espadas y dagas y flechas apiladas en desordenados montones y abarrotado en peligrosos desvencijados estantes, Diana's Arrow le recordaba a Simon a una tienda de joyería sofisticada. Las armas estaban en orgullosa exhibición, brillantes espadas dispersas a lo largo de estuches de terciopelo, lo mejor para mostrar su metálico brillo.

—Así que, ¿qué clase de cosa están buscando? — El chico detrás del mostrador tenía un puntiagudo mohicano y una desteñida camiseta de Arcade Fire y lucía más adecuado a un mostrador de comics que a éste. Simon asumió que éste probablemente no era Diana.

—¿Qué tal un arco? —dijo Izzy—. Algo realmente espectacular. Digno de un campeón.

—Quizás no así de espectacular —dijo Simon rápidamente—. Quizás algo un poco más... discreto.

—La gente usualmente subestima la importancia de un buen estilo de batalla —dijo Isabelle—. Quieres intimidar al enemigo antes de que siquiera hagas un movimiento.

—¿No crees que mi intimidante guardarropa hará el trabajo ahí? —Simon gesticuló hacia su propia camiseta, la cual presentaba a un gato animado escupiendo vomito verde.

Isabelle le dio lo que sonó como una risa de lástima, luego se giró de vuelta a no-Diana.

—¿Qué tienes en dagas? —le preguntó—. ¿Algo chapado en oro?

—No soy realmente el tipo de chico de chapado en oro —dijo Simon—. O, uh, el tipo de chico de una daga.

—Tenemos algunas excelentes espadas —dijo el chico.

—Luces caliente con una espada —dijo Isabelle—. Según recuerdo.

—¿Quizás? —Simon intentó sonar alentador, pero ella debió escuchar el escepticismo en su voz.

Ella se giró hacia él.

—Es como si ni siquiera quisieras un arma.

—Bueno...

—¿Entonces qué estamos haciendo aquí? —espetó Isabelle.

—¿Tú lo sugeriste?

Isabelle lucía como si quisiera pisar fuerte con sus pies, o pisotear su cara.

—Discúlpame por intentar ayudarte a comportarte como un respetable Cazador de Sombras. Olvídalo. Podemos irnos.

—¡No! —le dijo rápidamente—. No es eso lo que quise decir.

Con Isabelle, nunca era lo que él pretendía. Simon siempre se había considerado un hombre de palabras, opuesto a un hombre de hechos. O de espadas, en ese caso. A su madre

le gustaba decir que él podía hablar con ella de casi cualquier cosa. Todo lo que podía hacer con Isabelle, al parecer, era ponerse en contra de una novia.

—Voy a, eh, darles a ambos un poco de espacio para mirar alrededor —dijo el tendero, retrocediendo rápidamente lejos de la incomodidad. Desapareció en la parte posterior.

—Lo siento —dijo Simon—. Vamos a quedarnos, por favor. Por supuesto que quiero tu ayuda para escoger algo.

Ella suspiró.

—No, lo siento. La elección de tu primer arma es una cosa muy personal. Entiendo. Tómate tu tiempo, mira a tu alrededor. Me callo.

—No quiero que te calles —dijo.

Pero ella negó y selló sus labios cerrados. Entonces levantó tres dedos en el aire, honor de Scout. Lo que no parecía como una cosa Cazador de Sombras, y Simon se preguntó quién le había enseñado a hacer eso.

Se preguntó si había sido él.

A veces odiaba al Simon de antes y todas las cosas que había compartido con Isabelle, cosas que el Simon de hoy nunca podría entender. Era extraño e inducía a dolor de cabeza el competir con uno mismo.

Ojearon la tienda, captando las opciones: armas de asta, dagas, cuchillos de serafín, ballestas talladas, chakhrams, lanzadores de cuchillos, una vitrina llena de látigos de oro, sobre la cual Isabelle casi comenzó a babear.

El silencio era opresivo. Simon nunca había tenido una buena cita —al menos no una que pudiera recordar— pero estaba bastante seguro de que tendían a involucrar alguna conversación.

—Pobre Helen —dijo, poniendo a prueba el peso y el equilibrio de un sable de aspecto medieval. Por lo menos este era un tema en el que estaban seguros de acordar.

—Odio lo que le están haciendo —dijo Isabelle. Estaba acariciando un kindjal plateado de aspecto mortal como si fuera un

cachorro—. ¿Cómo fue, en la clase? ¿Fue tan malo como me imagino?

—Peor —admitió Simon —. La expresión de su cara, cuando estaba diciendo la historia de sus padres...

El agarre de Isabelle se apretó alrededor del kindjal.

—¿Por qué no pueden ver lo horrible que es tratarla de este modo? Ella no es un hada.

—Bueno, ese no es realmente el punto, ¿no?

Isabelle dejó el kindjal con cuidado en su estuche de terciopelo.

—¿Qué quieres decir?

—Sea ella o no un hada. Está fuera de lugar.

Fijó a Simon con una mirada feroz.

—Helen Blackthorn es un Cazador de Sombras —escupió—. Mark Blackthorn es un Cazador de Sombras. Si no estamos de acuerdo en eso, tenemos un problema.

—Por supuesto que estamos de acuerdo en eso. —Le hacía amarla aún más, al ver lo enfadada que se ponía en nombre de sus

amigos. ¿Por qué no podía simplemente decirle eso a ella? ¿Por qué era todo tan difícil?—. Son tan Cazadores de Sombras como lo eres tú. Sólo quiero decir que aunque no lo fueran, si estuviéramos hablando en realidad de algunas hadas, todavía no sería correcto tratarla como si fuera el enemigo, por lo que ella fuera, ¿verdad?

—Bueno...

Simon se quedó asombrado.

—¿Qué quieres decir con “bueno”...?

—Quiero decir que tal vez cualquier hada es potencialmente un enemigo, Simon. Mira lo que nos hicieron a nosotros. Mira cuánta miseria han causado.

—No todas causaron esa miseria, pero todas están pagando por ello.

Isabelle suspiró.

—Mira, no me gusta la Paz Fría más de lo que te gusta a ti. Y tienes razón, no todas las hadas son el enemigo. Obviamente. No todas ellas nos traicionaron, y no es justo que todas

ellas deban ser castigadas por ello. ¿Crees que no lo sé?

—Bien —dijo Simon.

—Pero...

—Realmente no veo cómo puede haber un "pero" —interrumpió Simon.

—Pero no es tan simple como estás tratando de hacerlo. La reina Seelie sí nos traicionó. Una legión de hadas se unió a Sebastián en la Guerra Oscura. Un montón de Cazadores de Sombras buenos fueron asesinados. Tienes que ver por qué eso dejaría a la gente enojada. Y temerosa.

Deja de hablar, se dijo a sí mismo Simon. Su madre le había dicho una vez que nunca se debe hablar de religión o política en una cita. Nunca estaba seguro de en cuál de esas categorías caían las políticas de la Clave, pero de cualquier manera, esto era como tratar de defender a J. J. Abrams de un acérrimo Trekkie: sin esperanza.

Pero inexplicablemente, y a pesar de los sinceros deseos de su cerebro, la boca de Simon siguió moviéndose.

—No me importa lo enfadado o asustado que se pongan, no es correcto castigar a todas las hadas por los errores de unas cuantas hadas. O discriminar a las personas...

—No estoy diciendo que nadie deba discriminar...

—En realidad, eso es exactamente lo que estás diciendo.

—Oh, genial, Simon. Así que la reina Seelie y sus secuaces nos jodieron y permitieron la muerte de cientos de Cazadores de Sombras, por no hablar de los que se sacrificaron a sí mismos, ¿y yo soy la terrible persona?

—No he dicho que eras una persona terrible.

—Estás pensándolo —dijo.

—¿Podrías dejar de decirme lo que pienso?
—gruñó, con más dureza de lo que pretendía.

Su boca se cerró.

Ella respiró hondo.

Él contó hasta diez.

Cada uno esperó por el otro.

Cuando Isabelle volvió a hablar, su voz sonaba más tranquila, pero también, de alguna manera, más enojada.

—Te lo dije, Simon. No me gusta la Paz Fría. La odio, para tu información. No sólo por lo que les está haciendo a Helen y Aline. Debido a que está mal. Pero... no es como si tuviera una idea mejor. No se trata de en quién tú o yo deseemos confiar; se trata de quién la Clave puede confiar. No se puede firmar acuerdos con líderes que se niegan a someterse a sus promesas. Simplemente no puede. Si la Clave quería venganza... —Isabelle miró fijamente alrededor de la tienda, la mirada descansando en cada arma en exhibición a su vez—... confía en mí, podía tomarla. La Paz Fría no se trata sólo de las hadas. Se trata de nosotros. Puede que no me guste, pero lo entiendo. Mejor que tú, por lo menos. Si hubieras estado allí, si supieras...

—Estuve allí —dijo Simon en voz baja—. ¿Recuerdas?

—Por supuesto que sí. Pero tú no. Así que no es lo mismo. No eres...

—El mismo —terminó por ella.

—Eso no es lo que quise decir, yo sólo...

—Confía en mí, Izzy. Lo entiendo. No soy él. Nunca voy a ser él.

Isabelle hizo un ruido a medio camino entre un silbido y un aullido.

—¿Terminarías ya con este viejo Simon nuevo Simon inferior? Se está volviendo viejo. ¿Por qué no te pones un poco creativo y encuentras una nueva excusa?

—¿Nueva excusa para qué? —preguntó, realmente confundido.

—¡Para no estar conmigo! —gritó—. Porque obviamente estás en busca de una. Esfuérzate más.

Ella pisoteó fuera de la tienda, cerrando la puerta de golpe detrás de ella. Sonó como cerrada y no, Diana salió de la parte posterior.

—Oh, todavía sólo eres tú —dijo, sonando claramente decepcionado—. ¿Has decidido?

Simon podría renunciar en este momento; podía dejar de intentar, dejar de pelear, simplemente dejarla ir. Esa sería la más fácil de las decisiones. Lo único que tendría que hacer sería dejar que sucediera.

—Decidí hace mucho tiempo —dijo Simon, y salió corriendo de la tienda.

Necesitaba encontrar a Isabelle.

No fue un gran desafío. Estaba sentada en un pequeño banco de enfrente, la cabeza entre las manos.

Simon se sentó a su lado.

—Lo siento —dijo en voz baja.

Ella negó con la cabeza sin levantarla de sus manos.

—No puedo creer que fui tan tonta como para pensar que esto iba a funcionar.

—Todavía puede —dijo él con un tono de desesperación vergüenza—. Todavía quiero que funcione, si tú...

—No, no tú y yo, idiota. —Ella finalmente lo miró. Afortunadamente, sus ojos estaban secos. De hecho, no parecía triste en absoluto, se veía furiosa—. Esta idea estúpida de compra-de-arma. La última vez que tomo consejos de citas de Jace.

—¿Dejaste que Jace planificara nuestra cita? —dijo Simon, incrédulo.

—Bueno, no es como si cualquiera de nosotros estaba haciendo un muy buen trabajo para ello. Trajo a Clary aquí para comprar una espada, y fue toda esta asquerosamente sexy cosa, y yo sólo pensé, tal vez...

Simon se rió con alivio.

—Odio tener que decírtelo, pero no estás saliendo con Jace.

—Eh, sí. Asqueroso.

—No, quiero decir, no estás saliendo con un tipo que se parece en nada a Jace.

—No era consciente de que estaba saliendo con nadie en absoluto —dijo, con hielo en su voz. Su corazón se atrapó en su garganta como si estuviera enganchado en el alambre de púas.

Pero entonces, muy ligeramente, ella se derritió—. Bromeaba. En su mayoría.

—Aliviado —dijo—. En su mayoría.

Isabelle suspiró.

—Siento que esto fuera un desastre.

—No todo es tu culpa.

—Bueno, obviamente no todo es mi culpa —dijo—. Ni siquiera en su mayoría es mi culpa.

—Uh... pensé que nos movíamos a la porción disculpas del día.

—Correcto. Lo siento.

Él sonrió.

—Ves, ahora estás hablando.

—¿Y ahora qué? ¿Volver a la Academia?

—¿Estás bromeando? —Simon se puso de pie y extendió una mano hacia ella. Milagro de milagros, ella la tomó—. No vamos a renunciar hasta que lo hagamos bien. Pero no vamos a llegar ahí pretendiendo ser Jace y Clary. Ese es todo nuestro problema, ¿no? ¿Tratar de ser personas que no somos? No puedo ser una

especie de fresco, hipster, saltamontes de discoteca.

—Yo no creo que haya tal cosa como un “saltamontes de discoteca” —dijo Isabelle con ironía.

—Esto demuestra mi punto. Y nunca vas a ser algún tipo de jugadora que quiere quedarse despierta toda la noche discutiendo puntos de la trama de Naruto y luchando D & D orcs.

—Ahora sólo estás inventando palabras.

—Y ninguno de nosotros nunca será Jace y Clary.

—Gracias a Dios —dijeron, en sincronía, luego intercambiaron una sonrisa.

—Entonces, ¿qué sugirieres? —preguntó Izzy.

—Algo nuevo —dijo Simon, la mente corriendo para llegar a algo en concreto real, una idea útil. Sabía que estaba en lo cierto, no estaba seguro de qué—. ¿No tu mundo, no mi mundo? Un mundo nuevo, sólo para nosotros dos.

—Por favor, dime que no quieres que vayamos por portal a otra dimensión. Porque eso no funcionó muy bien la última vez.

Simon sonrió, una idea surgiendo.

—Tal vez podamos encontrar un lugar un poco más cerca de casa...

* * *

A medida que el sol se hundía bajo el horizonte, las nubes de arriba se sonrojaron con un rosa algodón de azúcar. Sus reflexiones brillaban en las aguas cristalinas del lago Lyn. Los caballos relinchaban, los pájaros cantaban, y Simon e Isabelle crujían sus cacahuetes y palomitas de maíz. Esto, Simon pensó, era el sonido de la felicidad.

—Aún no me has dicho cómo encontraste este lugar —dijo Isabelle—. Es perfecto.

Simon no quería admitir que fue Jon Cartwright quien le había dicho acerca de la entrada aislada en la orilla del lago Lyn, sus sauces colgantes y arcoíris de flores silvestres por lo que era el lugar perfecto para un picnic romántico. (Incluso cuando el picnic consistía

en cacahuete, palomitas de maíz, y el puñado de otros dañadores de dientes, obstruye arterias aperitivos aleatorios que habían agarrado en su salida de Alicante.) Simon, que hacía mucho tiempo se había cansado de oír hablar de las hazañas románticas de Jon, había hecho todo lo posible para sacarlo de su mente. Pero al parecer, algunos detalles se habían quedado en su subconsciente. Lo suficiente, al menos, para encontrar el lugar.

Jon Cartwright era un fanfarrón y un bufón, Simon mantendría esto hasta el día de su muerte.

Pero resultó ser que el tipo tenía buen gusto sobre lugares románticos para citas.

—Sólo tropecé con él —murmuró Simon—. Buena suerte, supongo.

Isabelle contempló el agua increíblemente suave.

—Este lugar me recuerda a la granja de Luke —dijo en voz baja.

—A mí también —dijo. En esa otra vida, la que apenas recordaba, él y Clary habían

pasado muchos largos, felices días en la casa de verano de Luke, al norte del estado, chapoteando en el lago, tumbados en el césped, nombrando a las nubes.

Isabelle se volvió hacia él. La chaqueta de Simon se extendía entre ellos como una manta de picnic improvisada. Era una chaqueta pequeña, no mucha distancia para él para cruzar, si quería llegar a ella.

Él nunca había querido nada más.

—Pienso mucho en ello —dijo Izzy—. La granja, el lago.

—¿Por qué?

Su voz se suavizó.

—Porque ahí fue donde casi te pierdo, donde estaba segura de que te perdería. Pero te recuperaré.

Simon no sabía qué decir.

—Ni siquiera importa —dijo ella, más fuerte ahora—. No es como si fueras siquiera a saber de lo que estoy hablando.

—Sé lo que pasó allí. —Es decir, Simon había invocado el Ángel Raziel y el Ángel realmente se había aparecido.

Deseó poder recordarlo; le gustaría saber cómo se sentía, hablar con un ángel.

—Clary te dijo —dijo rotundamente.

—Sí. —Isabelle estaba un poco sensible sobre el tema de Clary. Ella definitivamente no necesitaba oír hablar todo el tiempo que había tenido con Clary este verano, las largas horas dedicadas a recostarse en el Central Park, uno al lado del otro, intercambiando historias de su pasado, Simon diciéndole lo que él recordaba; Clary diciéndole lo que realmente había ocurrido.

—Pero ella aun así no estuvo ahí —dijo Isabelle.

—Ella sabe las cosas importantes.

Isabelle sacudió su cabeza. Y atravesando el mantel de picnic, colocó una mano sobre la rodilla de Simon. Él tuvo que esforzarse para escucharla por sobre el repentino zumbido en sus oídos.

—Si ella no estaba ahí, entonces no sabe lo valiente que fuiste —dijo Isabelle—. No puede saber cuán asustada estaba por ti. Eso es lo importante.

Se hizo el silencio entre ellos. Pero al fin y al cabo, no fue del tipo incomodo, fue del tipo genial, del tipo donde Simon podía escuchar lo que Isabelle estaba diciendo sin que tuviera que decirlo realmente, y donde él podía responderle de la misma forma.

—¿Cómo se siente? —le pregunto ella—. No recordar nada. Ser una página en blanco.

Su cálida mano aún sobre su rodilla.

Ella nunca antes le había preguntado eso.

—No es exactamente como una página en blanco —le explicó él, o al menos lo intentó—. Es más como... visión doble. Como si recordara dos cosas diferentes al mismo tiempo. A veces una se ve más real que la otra. A veces todo es borroso. Ahí es cuando normalmente me tomo mi Advil y me echo a dormir.

—Pero estas empezando a recordar cosas.

—Algunas cosas —asintió—. Jordan. Recuerdo mucho de Jordan. Cuidándolo. Perdiendo. —Simon trago en seco—. Perdiéndolo. Recuerdo a mi mamá enloqueciendo porque era un vampiro. Y cosas antes del secuestro de la mamá de Clary. Nosotros siendo amigos, antes de que todo esto comenzara. Cosas normales de Brooklyn. —Se detuvo cuando noto que el rostro de ella se había ensombrecido.

—Claro que recuerdas a Clary.

—No es lo que piensas —dice.

—¿Entonces qué es?

Simon no lo había pensado. Solo no lo había hecho.

Él tomo su mano

Ella lo permitió.

No estaba seguro de cómo explicarlo —aún tenía un revoltijo en su cabeza— pero debía intentarlo.

—No es como si las cosas que recuerdo fueran más importantes que las que no recuerdo. A veces parece como si fueran

recuerdos al azar. Otras veces... no lo sé, a veces se siente como si las cosas más importantes fueran las más difíciles de recordar. Me imagino todas esas cosas enterradas como huesos de dinosaurio, y a mí intentando desenterrarlos. Algunas están justo debajo de la superficie, pero las más importantes, están a kilómetros bajo tierra.

—¿Y me estás diciendo que ahí es dónde estoy? ¿A kilómetros bajo la superficie?

Él la abrazó con fuerza.

—Tú básicamente estás ahí, en el mismísimo centro fundido de la tierra.

—Eres tan raro.

—Me esfuerzo mucho.

Ella enlazó sus dedos con los de él.

—Estoy celosa, ya sabes. A veces. De que puedes olvidar.

—¿Estás bromeando? —Simon nunca podría ni siquiera empezar a entender eso.

—Todo lo que tienes, toda la gente en tu vida... nadie debe querer que le arrebaten eso.

Isabelle volteo hacia el lago, parpadeando repetidamente.

—En ocasiones te arrebatan a las personas lo quieras o no. Y a veces duele tanto, que es mejor olvidarlo.

Ella no necesitó decir su nombre. Simon lo dijo por ella.

—Max.

—¿Lo recuerdas?

Simon nunca se había dado cuenta lo triste que podía llegar a ser, la esperanza.

Él negó.

—Ojalá pudiera, al menos eso.

—Clary te contó sobre él —dijo. No era una pregunta—. Y lo que le pasó.

Él negó, pero la mirada de Isabelle estaba fija en el agua.

—Él murió en Idris, ya sabes. A veces me gusta estar aquí. Aquí me siento cerca de él. Otras veces desearía que este lugar se evaporara. Que nadie pudiera nunca regresar a este lugar.

—Lo siento —dijo Simón, pensando que esas debía ser las más inútiles y poco convincentes palabras en todo el idioma español—. Desearía decir algo que fuera de ayuda.

Ella lo miró fijamente y susurro:

—Lo hiciste.

—¿Qué?

—Después de lo que le pasó a Max. Tú... dijiste algo. Ayudó.

—Izzy...

—¿Sí?

—Este era, este era El Momento, el momento de hablar dio paso a las miradas, las cuales inevitablemente llevaban a los besos. Todo lo que tenía que hacer era inclinarse ligeramente y dejarse llevar.

Él se alejó.

—Tal vez deberíamos regresar a la escuela.

Ella hizo ese ruido de gato enojado otra vez, luego le arrojó un pequeño pedazo de maní.

—¿Qué está mal contigo? —exclamó—. Porque sé que no hay nada malo conmigo. Podrías estar loco y no querer besarme, y si esto es algún tipo de juego estúpido de hacerme el difícil, estás perdiendo tu tiempo, porque créeme, yo sé cuando un tipo quiere besarme. Y Tú, Simon Lewis, quieres besarme. ¿Entonces, qué está pasando?

—No lo sé —admitió, y tan ridículo como sonaba, era totalmente cierto.

—¿Es esa estúpida cosa acerca de la memoria? ¿De verdad estás asustado de no poder superar alguna genial y olvidada versión tuya? ¿Necesitas que te diga todas las formas en las que no eres genial? Para empezar, roncas.

—No lo hago.

—Como un demonio Drevak.

—Es una calumnia —dijo Simon indignado. Ella resoplo.

—Mi punto, Simon, se supone que todo esto pase. Pensé que ya habías entendido que ninguno espera que seas quien no eres. Solo

eso necesito, tú siendo tú. Solo te quiero a ti. Este Simon. ¿No es por eso que estamos aquí? ¿Tu cabeza dura al fin lo comprendió?

—Eso creo.

—¿Entonces de qué estás asustado? Obviamente hay algo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, curioso de cómo podía estar tan segura. Aun cuando él mismo no tenía ni idea de lo que estaba dentro de su cabeza.

Ella sonrió, y fue el tipo de sonrisa que le das a alguien cuando te provoca estrangularlo y besarlo, las dos cosas al mismo tiempo.

—Porque te conozco.

Él consideró tomarla entre sus brazos, sobre cómo se sentiría hacerlo, y en ese momento se dio cuenta a que le temía.

Era esa sensación, lo enorme que se sentía, como mirar directamente al sol. Como caer dentro del sol.

—Perder lo que soy —dijo.

—¿Qué?

—Eso es de lo que estoy asustado. De perderme en esto. En ti. He pasado todo el año tratando de encontrarme, para tener una idea de quién soy, y ahora estás tú, estamos nosotros, está este aterrador hoyo negro de sentimientos, y si me dejo arrastrar... siento como si estoy en la orilla del gran cañón, ¿me entiendes? Como si hay algo más grande, y más profundo que la mente humana no puede procesar. ¿Y se supone que debo... saltar?

Espero nervioso su reacción, sospechando que probablemente a las chicas no les gusta mucho oír que estás asustado de ellas, sospechando que probablemente a las chicas como Izzy no les gusta oír que estás asustado de cualquier cosa en absoluto. A ella nada la asusta; merece a alguien tan valiente como ella.

—¿Eso es todo? —Su cara se iluminó—. ¿Simon, no has pensado que a mí también me asusta eso? No eres el único en la orilla. Si saltamos, hagámoslo juntos. Caeremos juntos.

Simon pasó tanto tiempo intentando recoger las piezas de sí mismo, para poder

armar el rompecabezas. Pero la pieza final, la pieza más importante, estuvo justo frente a él todo el tiempo. Dejarse perder en Izzy.

¿Es posible que sea la única forma de encontrarse a sí mismo? ¿Podría ser eso, que aquí, estaba en casa?

Suficiente de malas metáforas, se dijo a sí mismo. Suficiente de retrasarlo. Suficiente de estar asustado

Dejó de pensar en la persona que era o la relación que tenían; dejó de preguntarse si estaba jodiendo las cosas o por qué deseaba joderlas.; dejó de pensar acerca de la amnesia demoniaca o la ascensión de los Cazadores de Sombras y las historias de hadas y la Guerra Oscura y política y las tareas y las inexistentes regulaciones al tráfico o mortales objetos afilados.

Dejó de pensar sobre lo que podría pasar, y cómo podría salir mal.

La tomo en sus brazos y la besó, la besó de la manera en que había anhelado hacerlo desde la primera vez que sus ojos la vieron, la beso no como un héroe de novela o un Cazador

de Sombras guerrero o algún personaje imaginario del pasado, pero sí como Simon Lewis besando a la chica que ama más que nada en el mundo. Fue como caer en el sol, caer juntos, corazones ardiendo con un fuego pálido, y Simon supo que nunca dejaría de caer, supo que estaba anclado a ella nuevamente, nunca se liberaría.

* * *

El enlace de dos almas fieles no admite impedimentos, pero las sesiones adolescentes de besuqueos sí. Especialmente cuando uno de los adolescente es un estudiante de la Academia de Cazadores de Sombras, con tarea y toque de queda. Y cuando la otra es una guerrera cazadora de demonios que debe hacer ronda por la mañana.

Si Simon se hubiera salido con la suya, podría haber pasado toda la próxima semana, o posiblemente la próxima eternidad, enredado con Izzy en el césped, oyendo el lago golpear la orilla, perdiéndose en el toque de sus dedos y el sabor de sus labios. En su lugar, gasto dos memorables horas haciéndolo,

luego, corrió atropelladamente hacia la Academia de Cazadores de Sombras y gastó otra hora con besos de despedida antes de dejarla saltar al portal con la promesa de que ella regresaría tan rápido como le fuera posible.

Tuvo que esperar hasta el siguiente día para agradecer a Helen Blackthorn por la ayuda. La atrapó justo cuando estaba empacando.

—Veo que la cita terminó bien —dijo justo al abrir la puerta.

—¿Por qué lo dices?

Helen Sonrió.

—Estás prácticamente radioactivo.

Simón le agradeció por transmitir el mensaje de Izzy y le entregó una pequeña bolsa de galletas que robo del comedor. Eran las únicas cosas de la Academia que realmente sabían bien.

—Considéralo un abono a todo lo que te debo —dijo.

—No me debes nada. Pero si en realidad quieres pagarme, ven a la boda, puedes ser el invitado de Izzy.

—No me la perdería —prometió Simon—. ¿Entonces cuándo es el gran día?

—Primero de diciembre —dijo, pero había incertidumbre en su voz—. Probablemente.

—¿Tal vez antes?

—Tal vez no tan pronto —admitió.

—¿Qué? ¡Tú y Aline no van a romper! —Simón se contuvo, recordando que estaba hablando con alguien que apenas conocía. No podía exactamente obligarla a tener un final feliz solo porque él de repente se había enamorado del amor—. Lo siento, no es de mi incumbencia, pero... ¿por qué has venido hasta aquí y tragaste todas esas estupideces si no querías casarte con ella?

—Oh, quiero casarme con ella. Más que nada. Es solo que, estar aquí otra vez me ha hecho preguntarme si estoy siendo egoísta.

—¿Cómo casare con Aline puede ser egoísta? —preguntó Simon.

—¡Mira mi vida! —explotó Helen, desahogando un día, o quizás un año, de pena contenida—. Ellos me ven como si fuera un fenómeno en exhibición, y esos son los amables, los que no me miran como si fuera el enemigo. Aline está atrapada en esa isla olvidada por Dios por mi culpa. ¿Se supone que ella debe sufrir de esa manera el resto de su vida? ¿Solo porque cometió el error de enamorarse de mí? ¿En qué clase de persona me convierte eso?

—No puedes pensar que algo de todo eso es tú culpa. —Él no la conocía bien, pero nada de eso sonaba correcto. No como algo que ella creyera o dijera.

—El profesor Mayhew me dijo que si yo realmente la amaba, debía dejarla —confesó Helen—. En lugar de arrastrarla en esta pesadilla conmigo. Que aferrarme a ella es solo prueba que soy más hada de lo que pienso.

—El profesor Mayhew es un troll —dijo Simon, y se preguntaba lo que se necesitaría para que Catarina Loss lo convirtiera en uno real. O tal vez un sapo o lagarto. Algo más de

acuerdo con la naturaleza reptiloide de su alma—. Si verdaderamente amas a Aline, debes hacer todo lo que puedas para aferrarte a ella. Eso es exactamente lo que haces. Además, estás asumiendo que si intentas romper con ella por su propio bien, ella te dejará hacerlo. En base a lo que he oído sobre Aline, eso no pasará.

—No —dijo Helen cariñosamente—. Pelearía conmigo con uñas y dientes.

—¿Entonces por qué no acelerar lo inevitable? Acepta que estás loca por ella. El amor de tu vida. Pobre de ti.

Helen suspiró.

—Isabelle me contó lo que dijiste de las hadas, Simon. Que piensas que está mal discriminarlos. Las hadas pueden ser buenas, tanto como cualquiera.

Él no entendía cuál era el punto, pero le alegraba tener la oportunidad de recalcarlo.

—Ella dijo la verdad, eso es lo que pienso.

—Isabelle también lo cree, ya sabes —dijo Helen—. Se esforzó mucho para convencerme.

—¿A qué te refieres? —pregunto Simon confuso—. ¿Por qué razón tú necesitas que te convenzan?

Helen frotó sus dedos.

—Ya sabes, no quería venir a decirle a un montón de niños las historias de mi madre y mi padre, no voluntariamente. Pero aún no lo asimilo. Eso fue lo que ocurrió. Eso es lo que mi madre era, y eso es lo que la mitad de mí, es.

—No, Helen, eso no es lo...

—¿Conoces el poema “La Belle Dame Sans Merci”?

Simon negó. La única poesía que conocía era de Dr. Seuss o de Bob Dylan.

—Es de Keats —dijo ella, y recitó unas cuantas estrofas de memoria.

Me llevó a su gruta encantada,

Y allí lloró y suspiró doliente,

Y allí yo le cerré sus salvajes, salvajes ojos

Con cuatro besos.

Y allí, arrullándome, me durmió,

Y allí soñé, ¡ah, pobre de mí!

El último sueño que yo haya soñado

En la falda helada de la montaña.

Vi pálidos reyes, y también princesas,

Y pálidos guerreros, palidez cadavérica
tenían todos;

Y exclamaban: "La Belle Dame sans Merci

Te ha subyugado".

—¿Keats escribió sobre hadas? —preguntó
Simon. Si cubrieron esto en la clase de español,
debía prestar más atención.

—Mi padre acostumbraba recitar ese poema
siempre —dijo Helen—. Era su forma de
decirnos a Mark y a mí la historia de donde
veníamos.

—¿Te recito un poema sobre una reina hada
maligna atrayendo hombres a sus muertes
como manera de contarte sobre tu madre?
¿Repetidamente? —preguntó Simon,
incrédulo—. No te ofendas, pero eso es algo...
rudo.

—Mi padre nos amó a pesar de donde veníamos —dijo Helen en la manera que alguien intenta convencerse a sí mismo—. Pero siempre se sintió como si hubiera mantenido una parte de sí mismo en reserva. Como si estuviera esperando verla a ella en mí. Era diferente con Mark, porque Mark era un chico. Pero las chicas salen como sus madres, ¿cierto?

—No estoy seguro de que esa sea una lógica científicamente precisa —dijo Simon.

—Eso es lo que Mark decía. Siempre me dijo que las hadas no tenían ningún derecho en nosotros o en nuestra naturaleza. Y traté de creerle, pero entonces, después de que fue raptado... después de que el inquisidor me dijera la historia de mi madre biológica... me pregunto... —Helen estaba mirando más allá de Simon, más allá de su celda de prisión doméstica, perdida en sus propios miedos—. ¿Y si estoy atrayendo a Aline a esa falda helada de la montaña? ¿Y si esa necesidad de destruir, de usar el amor como un arma, está solo

hibernando en alguna parte de mí y ni siquiera me he dado cuenta? Un regalo de mi madre.

—Mira, no sé nada sobre las hadas —dijo Simon—. No en realidad. No sé qué pasó con tu madre, o qué significa para ti ser mitad una cosa y mitad otra. Pero sé que la sangre no te define. Lo que te define son las decisiones que tomas. Si he aprendido algo este año, es eso. Y también sé que amar a alguien, incluso cuando es aterrador, incluso cuando hay consecuencias, nunca es lo incorrecto. Amar a alguien es el opuesto de lastimarla.

Helen le sonrió, sus ojos rebosantes de lágrimas sin caer.

—Por el bien de ambos, Simon, en serio espero que tengas razón.

En la Tierra bajo la Colina, en el tiempo antes...

* * *

Érase una vez, una hermosa dama de la Corte Seelie que perdió su corazón con el hijo de un ángel.

Érase una vez, dos chicos que llegaron a la tierra de las Hadas, hermanos nobles y valientes. Un hermano vio a la justa dama y, pasmado por su belleza, se comprometió ella. Se comprometió a quedarse. Este era el chico Andrew. Su hermano, el chico Arthur, no se iría de su lado.

Y así los chicos se quedaron bajo la colina, y Andrew amó a la dama, y Arthur la despreciaba.

Y así la dama mantuvo a su chico cerca de su lado, mantuvo esta hermosa criatura que le juró lealtad, y cuando su hermana reclama el otro, la dama dejó que se lo llevaran, pues él no era nada.

Ella le dio a Andrew una cadena de plata para que la usara alrededor de su cuello, un símbolo de su amor, y le enseñó las costumbres del pueblo de las hadas. Bailó con él en festejos bajo cielos estrellados. Lo

alimentó con luz de luna y le mostró cómo darle cabida a lo salvaje.

Algunas noches escuchaban los gritos de Arthur, y ella le dijo que era un animal adolorido, y el dolor estaba en la naturaleza animal.

Ella no mintió, pues no podía.

Los humanos son animales.

El dolor está en su naturaleza.

Por siete años vivieron en júbilo. Ella se adueñó de su corazón, y viceversa, y en algún lugar, más allá, Arthur gritó y gritó. Andrew no lo sabía; a la dama no le importaba; y así fueron felices.

Hasta que un día un hermano descubrió la verdad sobre el otro.

La dama pensó que su amante se volvería loco por el arrepentimiento y la culpa. Y así, porque amaba al chico, le tejó una historia de verdades engañosas; la historia que él querría creer. Que él había sido hechizado para amarla; que nunca había traicionado a su

hermano; que él solo era un esclavo; que estos siete años de amor habían sido una mentira.

La dama liberó al hermano inútil y le permitió creer que se había liberado solo.

La dama se sometió a sí misma al ataque del hermano inútil y le permitió creer que él la había matado.

La dama dejó que su amante renunciara a ella y huyera.

Y la dama contempló los frutos secretos de su unión y los besó e intentó amarlos. Pero solo eran un pedazo de su chico. Quería todo de él o nada de él.

Puesto que le había devuelto su historia, le dio a sus hijos.

Ella no tenía nada por lo que vivir, después, y así no vivió más.

Esta es la historia que dejó atrás, la historia que su amante nunca conocerá; esta es la historia que su hija nunca sabrá.

Así es como un hada ama: con todo su cuerpo y alma. Así es como un hada ama: con destrucción.

Te amo, ella le dijo, noche tras noche, por siete años. Las hadas no pueden mentir, y él lo sabía.

Te amo, él le dijo, noche tras noche, por siete años. Los humanos pueden mentir, y así ella le hizo creer que él le había mentido, y dejó que su hermano y sus hijos lo creyeran, y ella murió esperando que ellos lo creerían por siempre.

Así es como un hada ama: con un regalo.



Arder en la Lengua

Cassandra Clare
Sarah Rees Brennan



El sol estaba brillando, los pájaros estaban cantando, y era un hermoso día en la Academia de Cazadores de Sombras.

Bueno, Simón estaba bastante seguro de que el sol estaba brillando. Había una leve luminiscencia al aire en la habitación subterránea de George y él, arrojando un agradable resplandor sobre el ceno verde que cubría sus paredes.

Y vale, no podía oír a los pájaros desde su habitación subterránea, pero George lo hizo al volver cantando de las duchas.

—¡Buenos días, Si! Vi una rata en el baño, pero él estaba tomando una buena siesta y no nos molestamos el uno al otro.

—O la rata miró de una enfermedad muy infecciosa que ahora ha sido introducida en nuestro sistema de agua —sugirió Simón—, podríamos estar bebiendo agua con plaga de ratas durante semanas.

—A nadie le gusta un Gloomy Gus —le regañó George—, a nadie le gusta un Sullen Sí. Nadie está aquí por una Moody Mildred. A nadie le gusta...

—He reunido el significado general de tu discurso, George —dijo Simón—, me opongo firmemente a que se refiera a mí como una Moody Mildred. Sobre todo porque realmente me siento como si fuera una Mildred ligeramente de buen humor en este instante. ¿Veo que estás esperando tu gran día?

—Dúchate, Si —urgió George—. Comienza el día refrescado. Tal vez arréglate un poco el pelo. Eso no te mataría.

Simón negó con la cabeza.

—Hay una rata muerta en el baño, George. No voy a entrar en el baño, George.

—Él no está muerto —dijo George—, sólo está durmiendo. Estoy seguro de ello.

—Optimismo sin sentido es como empiezan las plagas —dijo Simón—. Pregunta a los campesinos medievales de Europa. Oh, espera, no puedes.

—¿Eran un grupo alegre? —preguntó George con escepticismo.

—Estoy seguro de que eran mucho más alegre antes de la plaga —dijo Simón.

Sentía que estaba haciendo muy buenos puntos, y que estaba respaldado por la historia. Se quitó la camisa con la que había dormido, que decía ¡DEFENDÁMONOS! y por debajo en letras diminutas DE NUESTRO ENEMIGO CON ARGUMENTOS ASTUTOS. George azotó la espalda de Simón con su toalla mojada, lo cual hizo a Simón gritar.

Simón sonrió mientras sacaba su equipo fuera del armario. Iban a empezar justo después del desayuno, así que bien podría

cambiarse de una vez. Además, usar cada día equipo hecho para hombre era una victoria.

George y él subieron a desayunar de buen humor con todo el mundo.

—Sabes, esta avena no está para nada mal —dijo Simón, revolviéndola. George asintió con entusiasmo, con la boca llena.

Beatriz parecía triste por ellos, y posiblemente triste de que los chicos fueran tan estúpidos en general.

—Esto no es avena —les dijo—. Estos son huevos revueltos.

—¡Oh, no! —susurró George débilmente, con la boca todavía llena, su voz terriblemente triste—. Oh no.

Simón dejó caer la cuchara y miró fijamente hacia las profundidades de su tazón con horror.

—Si son huevos revueltos... —preguntó—. Y no estoy discutiendo contigo, Beatriz, sólo estoy haciendo lo que siento es una pregunta muy razonable... si son huevos revueltos, ¿por qué son grises?

Beatriz se encogió de hombros y siguió comiendo, evitando cuidadosamente los bultos.

—¿Quién puede saber?

Con eso se podía hacer una canción triste, supuso Simón. Si son huevos, ¿por qué están grises? ¿Quién puede saber, quién puede saber? En ocasiones aún se encontraba pensando en letras de las canciones, a pesar de que estaba fuera de la banda.

Ciertamente, “¿Por qué están los huevos tan grises?” podría no ser un gran éxito, incluso en el circuito hipster.

Julie dejó su plato en la mesa junto a Beatriz.

—Los huevos están grises —anunció—. No sé cómo hacen esto. Seguramente a estas alturas tendría completo sentido para ellos no echar a perder la comida a veces. Cada vez, cada día, ¿durante más de un año? ¿Está maldita la Academia?

—He estado pensando que podría ser —dijo George con seriedad—. A veces oigo un

espeluznante traqueteo, como fantasmas agitando sus terribles cadenas. Honestamente, estaba esperando que la Academia estuviese maldita, ya que de lo contrario es probable que sean criaturas en las tuberías —George se estremeció—. “Criaturas.”

Julie se sentó. George y Simón intercambiaron una privada mirada complacida. Habían estado manteniendo un registro de la frecuencia con que Julie elegía sentarse con ellos tres, en lugar de con Jon Cartwright. Actualmente estaban ganando, sesenta por ciento a cuarenta.

Julie escogiendo sentarse con ellos parecía una buena señal, dado que éste era el gran día de George.

Ahora que ellos eran Cazadores de Sombras aprendices en su segundo año, y en palabras de Scarsbury “ya no totalmente sin esperanza y propensos a cortar sus propias cabezas estúpidas,” les eran dadas sus propias misiones un poco más importantes. Cada misión tenía un líder de equipo designado, y el líder del equipo tiene el doble de puntos si la

misión era un éxito. Julie, Beatriz, Simón, y Jon ya habían sido jefes de equipo, y habían arrasado: la misión de todo el mundo lograda, demonios muertos, personas salvadas, Subterráneos rompiendo la Ley penalizados severa pero justamente. En cierto modo era una lástima que la misión de Jon hubiese ido tan bien, como se había jactado de ello durante semanas, pero no podían evitarlo. Eran demasiado buenos, pensó Simón, mientras golpeaba la mesa de madera para no echar la mala suerte sobre sí mismo. No había forma de que fallasen.

—¿Sintiéndote nervioso, líder de equipo? —preguntó Julie. Simón tenía que admitir que a veces ella podía ser una compañía inquietante.

—No —dijo George, y bajo el ojo penetrante de Julie—: Tal vez. Sí. Ya sabes, una cantidad adecuada de nervios, pero de una manera buena, recogida y buena bajo presión.

—No vayas a desmoronarte —dijo Julie—. Quiero una puntuación perfecta.

Un silencio incómodo siguió. Simón se consoló a sí mismo mirando por encima hacia

la mesa de Jon. Cuando Julie lo abandonaba, Jon tenía que comer solo. A menos que Marisol decidiera que quería sentarse con él y atormentarlo. Lo cual, señaló Simón, estaba haciendo hoy. Pequeña demonio. Marisol estaba loca.

Jon hizo gestos urgentes de ayuda, pero Julie estaba de espaldas a él y no vio.

—No estoy diciendo esto para asustarte, George —dijo ella—. Eso es un beneficio secundario, obviamente. Esta es una misión importante. Sabes que las hadas son el peor tipo de Subterránea. Hadas cruzando al reino mundano y engañando a los pobres a comer fruta de hadas no es ninguna broma. Los Mundanos pueden marchitarse y morir después de comer ese fruto, ya sabes. Es asesinato, y es un asesinato por el que casi nunca podemos atraparlos, porque para cuando los mundanos mueren las hadas se han ido. Estás tomando esto en serio, ¿verdad?

—Sí, Julie —dijo George—. En realidad sé que el asesinato es malo, Julie.

Toda la cara de Julie se frunció en esa manera alarmante que hacía a veces.

—Recuerda que fuiste tú quien casi arruinó mi misión.

—Dudé ligeramente sobre derribar a ese niño vampiro —admitió George.

—Precisamente —dijo Julie—. No más dudas. Como nuestro líder de equipo tienes que actuar por iniciativa propia. No estoy diciendo que seas malo, George. Estoy diciendo que necesitas aprender.

—No estoy segura de que alguien necesite este tipo de discurso de motivación —dijo Beatriz—. Asustaría a cualquiera. Y es demasiado fácil asustar a George así como está.

George, que había estado pareciendo conmovido ante la defensa galante de Beatriz, dejó de parecer conmovido.

—Creo que deberíais hacer que un líder de equipo repita en ocasiones —se quejó Julie, haciéndoles saber de dónde venía toda esta

hostilidad. Ella clavó sus huevos grises con nostalgia—. Yo estuve tan bien.

Simón enarcó las cejas.

—Tú tenías una fusta y amenazaste con golpearme en la cabeza y la cara si no hacía lo que me decías.

Julie apuntó su cuchara hacia él.

—Exactamente. E hiciste lo que te dije. Eso es liderazgo, correcto. Lo que es más, no te lo golpeé en la cabeza y la cara. Amable pero firme, esa soy yo.

Julie habló de su propia grandeza con cierta extensión. Simón se levantó para conseguir otro vaso de zumo.

—¿Qué clase de zumo crees que es este? —preguntó Catarina Loss, uniéndose a él en la fila.

—Fruta —dijo Simón—, sólo fruta. Eso es todo lo que me dirían. Me pareció sospechoso también.

—Me gusta la fruta —dijo Catarina, pero no sonaba segura de eso—. Sé que estáis

excusados de mi clase esta tarde. ¿Qué planeáis ésta mañana?

—Una misión para detener a las hadas de deslizarse sobre sus fronteras y realizar comercio ilícito —dijo Simón—. George es el líder de equipo.

—¿George es el líder del equipo? —preguntó Catarina—. Hm.

—¿Por qué está todo el mundo tan desanimado con George hoy? —exigió Simón—. ¿Qué pasa con George? No hay nada malo con George. No es posible encontrar la avería con George. Él es un ángel escocés perfecto. Siempre comparte los bocadillos que su madre le envía, y es más guapo que Jace. Listo, lo dije. No voy a retirar lo dicho.

—Veo que estás de buen humor —dijo Catarina—. De acuerdo entonces. Seguid, pasadlo bien. Cuida de mi alumno favorito.

—Claro —dijo Simón—. Espera, ¿quién es ese?

Catarina le hizo un gesto para que se alejara de ella con su zumo indeterminado.

—Piérdete, vampiro diurno.

Todos los demás estaban emocionados de ir a otra misión. Simón también estaba esperándolo, y complacido por el bien de George. Pero Simón estaba mayormente emocionado porque después de la misión tenía otro lugar al cual ir.

Las Hadas habían sido vistas por última vez en un páramo en Devon. Simon estaba un poco emocionado de ir en Portal allí y esperaba que hubiera tiempo para ver buzones rojos y beber cerveza en un bar Inglés.

En cambio, el páramo resultó ser un enorme trecho de terreno irregular, rocas, y colinas en la distancia, sin buzones rojos o bares pintorescos a la vista. Se les dio de inmediato caballos por el contacto con la Visión que estaba esperando por ellos.

Montones de campos, montones de caballos. Simón no estaba seguro de por qué se

habían tomado la molestia de dejar la Academia, porque esta era una experiencia idéntica.

Las primeras palabras que George dijo mientras estaban montando en el páramo fueron—: Creo que sería una buena idea dividirnos.

—¿Como en... una película de terror? — Preguntó Simon.

Julie, Beatriz, y Jon le dieron miradas de irritada incompreensión. La expresión insegura de Marisol sugería que ella estaba de acuerdo con Simon, pero no habló y Simon no quería ser quién se amotinara contra el liderazgo de sus amigos. Ellos cubrirían más páramo si se dividían. Quizás era una buena idea. ¡Más páramo! ¿Cómo podía salir mal?

—Seré compañera de Jon, —dijo Marisol instantáneamente, un destello en sus ojos oscuros—. Quiero continuar nuestra conversación del desayuno. Tengo muchas más cosas para decirle en cuanto al tema de video juegos.

—¡No quiero escuchar nada más sobre videojuegos, Marisol! —espetó Jon, un Cazador de Sombras en una pesadilla de torrencial información mundana.

Marisol sonrió.

—Lo sé.

Marisol acababa de cumplir quince años. Simon no estaba seguro de como ella había descubierto que decirle a Jon cada detalle sobre el mundo mundano sería tal efectivo terrorismo psicológico. Su maldad solo había crecido en aquel año y cambió lo que Simon había sabido de ella. Simon tenía que respetar eso.

—Y Si y yo estaremos juntos, —dijo George fácilmente.

—Um, —dijo Simon.

Ni él ni George eran un Cazador de Sombras aún, aunque Catarina los ayudó a ver a través de glamours, ningún mundano... er, no-Cazador de Sombras... estaba tan seguramente protegido del glamour hada como uno de los Nefilim. Pero Simon no quería

cuestionar la autoridad de George o sugerir que no quería que fuesen compañeros. También tenía miedo de ser emparejado con Julie, y ser golpeado por todos lados de la cabeza y rostro.

—Genial, —Simon terminó débilmente—. ¿Quizás podemos dividirnos pero también quedarnos... dentro de un alcance de audición del otro?

—¿Quieres que nos separemos pero que permanezcamos juntos? —preguntó Jon—. ¿No sabes que significan esas palabras?

—¿Sabes lo que las palabras “World of Warcraft” significan? —Preguntó Marisol amenazadoramente.

—Si, lo sé, —dijo Jon—. Todas puestas juntas de esa forma, no, no lo sé, y no deseo hacerlo. —Apresuró a su caballo cruzando el páramo.

Marisol lo siguió en persecución.

Simon miró a la parte posterior de la cabeza de Jon y se preocupó de que fuera demasiado lejos. Excepto que se suponía que estaban

dividiéndose. Esto estaba bien. George miró alrededor a los miembros restantes del equipo y pareció llegar a una decisión.

—Nos quedaremos dentro del alcance de audición del otro, revisaremos sobre el páramo, y veremos si podemos ver el Reino de las Hadas en alguno de los lugares en que fueron reportadas acechando. ¿Estáis conmigo, equipo?

—¡Estoy contigo hasta el fin, si no toma demasiado! Sabes que tengo que ir a la boda de Helen Blackthorn y Aline Penhallow, —dijo Simon.

—Ugh, odio las bodas, —dijo George con compasión—. Tienes que usar un traje de mono e ir a sentarte alrededor por años mientras todos secretamente se odian entre sí sobre alguna pelea acerca de los arreglos florales. Además, gaitas. Quiero decir, no sé cómo van las bodas de Cazador de Sombras. ¿Hay flores? ¿Hay gaitas?

—No puedo hablar ahora mismo, —dijo Beatriz—. Imagino a Jace Herondale en un

traje. En mi cabeza, él luce como un hermoso espía.

—James Bond. —Contribuyó George—. ¿James Blond? Aún no me gustan los trajes de mono. Pero no parece importarte, Sí.

Simón alzó una mano de las riendas para señalarse a sí mismo orgullosamente, una maniobra que lo habría tenido cayendo de su caballo hace un año.

—Este mono irá como la cita de Isabelle Lightwood. —Solo decir las palabras cubrían a Simon con un sentido de bienestar. En tal maravilloso mundo, ¿cómo algo podía salir mal? Miró a su equipo: el completo montón de ellos, usando equipo de mangas largas contra el frío del invierno, figuras en negro con arcos atados a sus espaldas y las blancas plumas de sus alientos en el aire frío, montando caballos rápidos por los páramos en una misión para proteger a la humanidad. Sus tres amigos a su lado, y Jon y Marisol en la distancia. George, tan orgulloso de ser líder del equipo. Marisol, la desdeñosa chica de ciudad, montando su caballo con fácil gracia. Incluso Beatriz y Julie,

incluso Jon, nacidos Cazadores de Sombras todos, lucían un poco diferentes para Simon, ahora que estaban bien en su segundo año en la Academia. Scarsbury los había perfeccionado, Catarina los había sermoneado, e incluso sus compañeros estudiantes de la Academia los habían cambiado. Ahora los nacidos Cazadores de Sombras montaban con mundanos y practicaban misiones con ellos como una unidad, y los supuestos residuos podrían seguir.

El páramo era verde ondulante, una línea de árboles a su izquierda todos hojas temblorosas como si los árboles estuviesen danzando en la ligera brisa. La luz del sol era pálida y clara, brillando en sus cabezas y su ropa negra por igual. Simon se encontró pensando, con afecto y orgullo, que ellos lucían como si fuesen verdaderos Cazadores de Sombras después de todo.

Él notó que por silencioso acuerdo mutuo, Beatriz y Julie estaban persuadiendo sus cabalgatas más rápido. Simon entrevió a la distancia, donde aún solo podía distinguir a

Jon y Marisol, y después vio las espaldas de Beatriz y Julie. Sintió de nuevo ese pinchazo de ansiedad.

—¿Por qué están corriendo delante? —Preguntó Simon—. Um, no es por decirte tu trabajo, pero, valiente líder del equipo, quizás deberías ordenarles no ir tan lejos.

—Ah, dales un minuto, —dijo George—. Sabes que a ella como que le gustas.

—¿Qué? —dijo Simon.

—No es que ella vaya a hacer algo al respecto, —dijo George—. Nadie a quién le gustas hará algo al respecto. A causa de que nadie disfrutaría tener a Isabelle Lightwood cortando sus cabezas.

—¿Les gusto? —Simon repitió—. Algo sobre la forma en que estás hablando sugiere que son múltiples personas. A quienes les gusto.

George se encogió de hombros.

—Aparentemente eres el tipo que crece en la gente. No me preguntes. Creí que a las chicas les gustaban los abdominales.

—Yo podría tener abdominales, —le dijo Simon—. Miré en el espejo una vez y creo que encontré un abdominal. Te lo digo, todo este entrenamiento está haciéndole bien a mi cuerpo.

No era como si Simon pensara que fuera una horrorosa criatura o algo. Ahora había visto bastantes demonios que tenían tentáculos saliendo de sus ojos, y estaba muy seguro de que no se rebelaba a la gente simplemente para mirarlo. Pero él no era Jace, quién hacía que las cabezas de las chicas girasen como si estuviesen poseídas. No tenía sentido que de todos los estudiantes en la Academia, a Beatriz le gustase.

George rodó los ojos. George no entendía ciertamente el lento desarrollo de la actual forma física. Él probablemente había nacido con abdominales. Algunos habían nacido con abdominales, algunos ganaban abdominales, y algunos —como Simon— tenían abdominales empujados en ellos por crueles instructores.

—Sí, Si, eres un verdadero asesino.

—Siente este brazo, —dijo Simon—. ¡Duro como una roca! No pretendo presumir, pero es todo hueso. Todo hueso.

—Si, —dijo George—, no necesito sentirlo. Creo en ti, porque eso es lo que los hermanos hacen. Y estoy feliz por tu misteriosa popularidad con las chicas, porque eso es lo que son los hermanos. Pero en serio, cuidado con Jon, porque creo que va a patearte un día de estos. Él no comprende tu indefinible pero innegable atracción. Él tiene abdominales en la barbilla y cree que tiene a las chicas de la Academia a sus pies.

Simon cabalgó, de alguna manera aturdido. Estaba pensando que el afecto de Isabelle hacia él era un impresionante e inexplicable hecho, como un golpe de rayo. (¡Precioso y valiente rayo del cual él era afortunado de ser golpeado!) Dada la actual evidencia, como sea, él estaba comenzando a creer que era tiempo de re-evaluar.

Le había sido confiablemente informado de que salió con Maia, la líder de la manada de lobos en Nueva York, aunque recibió la

impresión de que él bien había arruinado eso. Había escuchado rumores sobre una reina vampiro quien podría haber estado interesada. Había captado, tan extraño como parecía, que hubo un breve periodo de tiempo cuando Clary y él habían salido. Y ahora posiblemente le gustaba a Beatriz.

—Enserio, George, dime la verdad, —dijo Simon—. ¿Soy guapo?

George estalló en risas, su caballo rodó hacia atrás unos fáciles pasos en la luz del sol. Y Julie gritó—: ¡Hada! —Y señaló.

Simon miró hacia una encapuchada y oculta figura con una canasta de fruta sobre un brazo, emergiendo con inocencia de la neblina detrás de un árbol.

—¡Detrás! —Rugió George, y su caballo cargó hacia la figura, Simon más abajo detrás de él.

Marisol, muy por delante, gritó—: ¡Trampa! —Y luego dio un grito de dolor.

Simon miró desesperado hacia los árboles. El hada, la vio, tenía refuerzos. Habían sido

advertidos de que el Reino de las Hadas era completamente más receloso y desesperado en consecuencia a la Paz Fría. Deberían haber escuchado mejor y pensar más duro. Deberían haber hecho un plan para esto.

Simon, George, Julie y Beatriz estaban montando duro, pero estaban muy lejos de ella. Marisol estaba meciéndose en su montura, sangre vertiéndose por su brazo: disparo de elfo.

—¡Marisol! —gritó Jon Cartwright—. ¡Marisol, hacia mí!

Ella tiró el caballo hacia el de él. Jon se paró en su caballo y saltó al de ella, arco listo en mano y disparando flechas a los árboles, de pie en el lomo del caballo y así escudando a Marisol como un extraño acróbata disparando en arco. Simon sabía que él nunca sería capaz de hacer algo como eso, jamás, a menos que Asciendiese.

Julie y Beatriz giraron sus caballos hacia los árboles donde las hadas ocultas estaban disparando.

—Tienen a Marisol, —resolló George—. Aún podemos llegar al vendedor de fruta.

—No, George, —comenzó Simon, pero George ya había rodado su caballo hacia la figura encapuchada, ahora desapareciendo detrás del árbol y la niebla.

Había una lanza de luz solar disparándose entre el tronco y la rama del árbol, una deslumbrante línea blanca entre el torcido arco de ramas de árboles. Parecía refractar en los ojos de Simon, haciéndose ancha y clara, como el camino de la luz de luna en el mar. La figura encapuchada estaba deslizándose, medio desaparecido en el resplandor, y el caballo de George estaba a pulgadas del peligro, su mano estirándose por el borde de la capa de la figura, George sin preocuparse del curso que había puesto sobre sí mismo.

—¡No, George! —gritó Simon—. ¡No vamos a infringir por las Hadas!

Forzó a su propio caballo en el camino de George, haciendo a George detenerse, pero estaba tan jodidamente decidido a parar a George que no tomó en cuenta su montura,

ahora aterrorizada, huyendo y con prisa por correr.

Hasta que la deslumbrante luz blanca llenó la visión de Simon. De pronto recordó el sentimiento de estar desapareciendo en el Reino de las Hadas, mojado hasta la piel, en una piscina llena con agua: recordaba a Jace siendo amable con él, y cuanto lo había molestado eso, como había pensado: No me muestres más, y su pecho había ardido en resentimiento.

Ahora estaba dando tumbos en el Reino de las Hadas con el grito de un caballo aterrorizado en sus oídos, hojas cegándolo y pequeñas ramas rasguñando su cara y brazos. Intentó proteger sus ojos y se encontró a sí mismo tirado en rocas y huesos, con la oscuridad abalanzándose a él. Habría estado muy agradecido si Jace hubiera estado allí.

Simon despertó en el Reino de las Hadas. Su cráneo entero palpitaba, de la manera en que lo hacía el pulgar cuando se golpeaba con un martillo. Esperaba que nadie le hubiera dado en la cabeza con un martillo.

Despertó en una ligera cama mecedora, un poco espinosa bajo su mejilla. Abrió los ojos y vio que no estaba exactamente en una cama, sino que descansaba entre pequeñas ramas y musgo, extendido sobre una superficie mecedora construida de listones de madera. Había extrañas franjas de oscuridad en frente de su visión, oscureciendo su vista y más allá de ella.

El Reino de las Hadas se veía casi como los páramos en Devon, pero era enteramente diferente. La neblina en la distancia era ligeramente púrpura, como nubes de tormenta aferrándose a la tierra, y había movimiento en la nube sugiriendo extrañas y malignas formas. Las hojas de los árboles eran verdes y amarillas y rojas como los árboles del mundo mundano, pero brillaban demasiado, como joyas, y cuando el viento crujía a través de

ellas, Simon casi podía descifrar las palabras, como si estuvieran susurrando juntas. Esta era la naturaleza yendo en desorden, alquemizando en magia y en lo extraño.

Y Simon estaba, se dio cuenta, en una jaula. Una gran jaula de madera. Las franjas de oscuridad en su visión eran las barras de su jaula. Lo que más lo hizo indignarse fue lo familiar que se sentía. Recordaba estar atrapado así antes. Más de una vez.

—Cazadores, vampiros y ahora hadas, todos queriendo meterme en una prisión. — Dijo Simon en alto—. ¿Por qué exactamente estaba tan ansioso por recuperar todos estos recuerdos? ¿Por qué soy siempre yo? ¿Por qué soy siempre el tonto en la jaula?

Su propia voz hizo doler su cabeza.

—Estás en mi jaula ahora, —dijo una voz.

Simon se sentó apresuradamente, aunque esto hizo latir su cabeza fuertemente y todo el Reino de las Hadas dio vueltas tambaleantes a su alrededor. Vio, al otro lado de la jaula, a la figura de capa y capucha que George había intentado tan desesperadamente atrapar en

los pantanos. Simon tragó. No podía ver el rostro debajo de la capucha.

Había un remolino en el aire, como una sombra azotando sobre el sol. Una nueva hada había salido del claro cielo azul, las hojas del suelo del bosque crujiendo bajos sus livianos pies. La luz del día volvía su cabello radiante y un largo cuchillo brillaba en su mano.

El hada en capucha y capa dejó su capucha y se la quitó e inclinó la cabeza en repentina sumisión. Sin capucha, Simon vio, tenía largas orejas, teñidas de púrpura, como si tuviera una berenjena pegada a cada lado de la cara, y mechones de un largo cabello blanco que se curvaba sobre sus orejas como nube.

—¿Qué ha pasado y por qué tus trucos interfieren con el trabajo de tus superiores, Hefeydd? Un caballo del mundo mundano corrió en el camino de la Caza Salvaje, —dijo la nueva hada—. Espero que el corcel no fuera de inmenso significado emocional, porque ahora lo tienen los sabuesos.

El corazón de Simón se partió por ese pobre caballo. Se preguntaba si él también estaba a punto de ser alimento para los sabuesos.

—Estoy tan apenado de haber molestado a la Caza Salvaje —dijo el hada de la capa, inclinando aún más su blanca cabeza.

—Deberías estarlo, —respondió el hada de la Caza Salvaje—. Aquellos que se cruzan por el camino de la Caza siempre se arrepienten.

—Este es un Cazador de Sombras —continuó el otro, ansioso—. O por lo menos uno de los chicos que esperan cambiar. Estaban esperándome en el mundo mortal, y este me siguió aun en el Reino de las Hadas, así que es mi precio por derecho. ¡No tenía deseos de molestar a la Caza Salvaje o soportar alguna falta!

Simon sintió como si ese fuera un inapropiado e hiriente resumen de la situación.

—¿Es así? Vamos, ahora, estoy de buen humor, —dijo el hada de la Caza Salvaje—. Dame tus arrepentimientos y unas palabras con tu prisionero —como sabes, tengo cierto

interés en los Cazadores de Sombras— y no le llevaré tu lengua a mi señor Gwyn.

—Nunca se ha hecho un trato más justo —dijo el hada de capa en con prisa y huyó ante la idea de que el hada de la Caza Salvaje pudiera cambiar de parecer, casi tropezando sobre su propia capa.

En cuanto a Simon le concernía, esto estaba fuera del control del hada y en el fuego del hada.

Esta nueva hada se veía como un chico de dieciséis, no mucho mayor que Marisol y más joven que Simon, pero Simon sabía que como se vieran las hadas no era indicativo de su edad. Tenía ojos desparejos, uno ámbar como las cuentas encontradas en el oscuro corazón de los árboles y otro de un vívido azul verdoso como la superficie del mar cuando la luz del sol lo atravesaba. El discordante contraste de sus ojos y la luz del hada, filtraban verde a través de hojas retorcidas y susurrantes y tocaban con falso dorado, haciendo su delgado y manchado rostro lucir un aspecto siniestro.

Se veía como una amenaza. Y se estaba acercando.

—¿Qué quiere un hada de la Caza Salvaje conmigo? —graznó Simon.

—No soy un hada —dijo el chico de los ojos escalofriantes, orejas puntiagudas, y hojas en su cabello salvaje—. Soy Mark Blackthorn del Instituto de Los Angeles. No importa lo que ellos digan o lo que me hagan. Aún recuerdo quien soy yo. Soy Mark Blackthorn.

Miró a Simon con hambre salvaje en su delgado rostro. Sus delgados dedos agarraron las barras de la jaula.

—¿Estás aquí para salvarme? —demandó—. ¿Los Cazadores de Sombras han venido por mí al fin?

Oh no. Este era el hermano de Helen Blackthorn, el que era mitad hada como ella, el que había creído a su familia muerta y había

sido tomado por la Caza Salvaje y nunca devuelto. Esto era muy incómodo.

Esto era peor que eso. Esto era horroroso.

—No —dijo Simon, porque la esperanza sería el golpe más cruel con el que podía lidiar con Mark Blackthorn—. Es como dijo la otra hada. Iba por aquí por accidente y fui capturado. Soy Simon Lewis. Yo... sé tu nombre, y sé lo que te pasó. Lo siento.

—¿Sabes cuándo vendrán por mí los Cazadores de Sombras? —preguntó Mark con ímpetu desgarrador—. Yo... envié un mensaje, durante la guerra. Entiendo que la Paz Fría debe hacer todos los tratos con las Hadas difícil, pero deben saber que soy leal y seré valioso para ellos. Ellos deben estar viniendo, pero han pasado... semanas y semanas. Dime, ¿cuándo?

Simon miró a Mark, con la boca seca. No habían pasado semanas y semanas desde que los Cazadores de Sombras lo habían abandonado allí. Había pasado un año y más.

—No van a venir —susurró—. No estuve ahí, pero mis amigos sí. Me dijeron lo que pasó. La

Clave decidió. Los Cazadores de Sombras no te quieren de vuelta.

—Oh —dijo Mark, un suave sonido que le era familiar a Simon: era la clase de sonido que hacían las criaturas cuando morían.

Se apartó de Simon, su espalda arqueada en espasmos de dolor que parecían físicos. Simon vio, en sus apenas delgados brazos, las viejas marcas de un látigo. Aunque Simon no podía ver su rostro, Mark lo cubrió por un momento, como si no pudiera soportar ver el Reino de las Hadas.

Luego se volteó y soltó—: ¿Qué hay de los niños?

—¿Qué? —preguntó Simon en blanco.

—Helen, Julian, Livia, Tiberius, Drusilla, Octavian. Y Emma —dijo Mark—. ¿Ves? No los he olvidado. Cada noche, sin importar lo que haya pasado en el día, no importa si estoy estropeado o he sangrado o tan cansado que desearía estar muerto, miro a las estrellas y le doy a cada estrella el nombre de un hermano o el rostro de una hermana. No me iré a dormir

hasta que recuerde a cada uno. Las estrellas se quemarán antes de que yo olvide.

La familia de Mark, los Blackthorn. Todos ellos eran más jóvenes que Mark excepto Helen; Simon sabía eso. Y Emma Carstairs vivía con los Blackthorn más jóvenes en el Instituto de Los Ángeles, la pequeña niña de cabello rubio que había quedado huérfana en la guerra y que se había escrito mucho con Clary.

Simon deseó saber más de ellos. Clary había hablado de Emma. Magnus había hablado apasionadamente este verano, en muchas ocasiones, sobre la Paz Fría y había puesto a los Blackthorn como ejemplo de los horrores que la decisión de la Clave por castigar a las hadas había caído en los que tenían sangre de hada. Simon había escuchado y había sentido pena por los Blackthorn; pero se veían solo como otra tragedia de la guerra: algo terrible pero distante y últimamente fácil de olvidar. Simon sentía que había tanto que recordar de él mismo. Él había querido ir a la Academia y convertirse en Cazador de Sombras, para aprender más sobre su propia vida y recordar

todo lo que había perdido, para volverse alguien más fuerte y mejor.

Excepto que no te volvías alguien más fuerte y mejor solo pensando en ti mismo.

Él no sabía lo que le estaban haciendo a Mark en el Reino de las Hadas, para hacer que su familia se alejase de él.

—Helen está bien —dijo de forma extraña—. La vi recientemente. Vino y dio una lección en la Academia. Lo siento. Un demonio tomo muchos de mis recuerdos, no hace mucho. Sé lo que es, no recordar.

—Afortunado es aquel que sabe el nombre de su corazón. Ellos son los que cuyos corazones nunca son perdidos realmente. Siempre pueden llamar a sus corazones de vuelta a casa —dijo Mark, su voz casi un canto—. ¿Recuerdas el nombre de tu corazón, Simon Lewis?

—Eso creo —susurró Simon.

—¿Cómo están? —preguntó Mark en una voz baja y desgastada. Sonaba muy cansado.

—Helen va a casarse —ofreció Simon. Fue lo único bueno, sintió, que tenía para ofrecerle—, con Aline Penhallow. Creo... que ellas realmente se aman.

Casi dijo que iba a ir a su boda, pero hasta eso se sentía cruel. Mark no podría ir a la boda de su propia hermana. No había sido invitado. Ni siquiera se lo habían dicho. Mark no parecía enfadado o dolido. Sonrió suavemente como un niño al que contaban un cuento para dormir, e inclinó su rostro contra las barreras de la celda de Simón.

—La dulce Helen —dijo—. Mi padre solía contarnos historias sobre Helena de Troya. Nació de un huevo, y fue la mujer más hermosa del mundo. Nacer de un huevo es muy inusual para los humanos.

—Eso he oído —dijo Simón.

—Ella fue muy infeliz en el amor —continuó Mark—. La belleza puede ser así. No puedes confiar en ella. Puede deslizarse de tus dedos como el agua y arder en tu lengua como veneno. La belleza puede ser la pared brillante que te separa de todo los que amas.

—Uhm —dijo Simon—, totalmente.

—Me alegro de que mi hermosa Helen vaya a ser más feliz que la última hermosa Helen —dijo Mark—. Me alegro de que vaya a recibir belleza por belleza, amor por amor, y no falsa moneda. Dile que su hermano Mark le envía sus felicitaciones el día de su boda.

—Si estoy allí, lo haré.

—Aline también será capaz de ayudarla con los niños —dijo.

Él le estaba prestando muy poca atención a Simon, esa fija y lejana expresión todavía en su rostro, como si estuviera escuchando una historia o rememorando un recuerdo. Simon temió que las historias y los recuerdos fueran casi lo mismo para Mark Blackthorn: anhelados, hermosos e irreales.

—Ty necesita atención especial —siguió Mark—. Recuerdo a mis padres hablando de ello. —Su boca se crispó—. Quiero decir, mi padre y la mujer que me cantaba para dormir cada noche aunque yo no fuese de su sangre, la Cazadora de Sombras a la que no tengo permitido ya llamar mi madre. Las canciones

no son sangre. La sangre es todo lo que le importa a los Cazadores de Sombras y hadas por igual. Las canciones sólo importan para mí.

La sangre es todo lo que importa para los Cazadores de Sombras.

Simon no podía recordar el contexto, pero podía recordar el constante refrán, de las personas que él amaba ahora, pero que no había amado entonces. Mundano, mundano, mundano. Y más tarde, vampiro. Subterráneo.

Recordaba que la primera prisión en la que alguna vez había estado estaba dentro de una prisión de Cazadores de Sombras.

Deseó que pudiera decirle a Mark Blackthorn que nada de lo que él decía estaba mal.

—Lo siento —dijo en su lugar.

Lo sentía por no escuchar, y lo sentía por no preocuparse más. Había pensado que era la voz de la razón en la academia, y no se había dado cuenta de lo satisfecho de sí mismo que se había vuelto, lo fácil que era escuchar a sus amigos burlarse de personas que, después de

todo, ya no eran como él, y dejarlos salirse con la suya.

Deseó saber cómo decir cualquier cosa de esto a Mark Blackthorn, pero dudaba que a Mark le importara.

—Si lo sientes, habla —dijo Mark—. ¿Cómo está Ty? No hay nada mal con él, pero es diferente, y la Clave odia todo lo que es diferente. Tratarán de castigarlo por ser quién es. Castigarían una estrella por arder. Mi padre estaba allí para interponerse entre él y nuestro mundo cruel, pero mi padre se ha ido y yo también. Bien podría estar muerto, por todo lo bueno que soy para mis hermanos y hermanas. Livvy caminaría sobre brazas y serpientes siseantes por Ty, pero ella es tan joven como él. No puede hacer y ser todo para él. ¿Helen está teniendo problemas con Tiberius? ¿Él es feliz?

—No lo sé —dijo Simon con impotencia—. Creo.

Todo lo que él sabía era que había un montón de niños Blackthorn: víctimas sin rostro y sin nombre de la guerra.

—Y está Tavvy —dijo Mark.

Su voz se hizo más fuerte mientras seguía hablando, y usaba sobrenombres para sus hermanos y hermanas más que los nombres que él había trabajado tan laboriosamente por recordar. Simon supuso que Mark usualmente no tenía permitido ni siquiera hablar de su vida mortal o su familia Nefilim. No quería pensar en lo que la Caza Salvaje podía hacerle a Mark si lo intentaba.

—Él es tan pequeño —continuó—. No recordará a papá, o ma... a su madre. Es el más pequeño. Ellos me dejaron sostenerlo el día que nació, y su cabeza cabía en la palma de mi mano. Todavía puedo sentir su peso allí, incluso cuando no podía captar su nombre. Lo sostuve y supe que tenía que sostener su cabeza: que era mío para apoyar y proteger. Para siempre. Oh, pero para siempre dura tan poco tiempo en el mundo mortal. Él no me recordará tampoco. Tal vez Drusilla olvidará también. —Mark sacudió la cabeza—. Aunque no lo creo. Dru aprende todo de memoria, y tiene el corazón más dulce de todos nosotros.

Espero que sus recuerdos de mí permanezcan agradables.

Clary debía haberle dicho a Simon el nombre de cada uno de los Blackthorn, y hablado un poco sobre lo que cada uno de ellos estaban haciendo. Debía haber dejado caer algún fragmento de información, la cual Simon había desechado como inútil y que sería mejor que un tesoro para Mark. Simon lo miró, impotente.

—Sólo dime si Aline está ayudando con los más pequeños —dijo Mark, su voz volviéndose más aguda—. ¡Helen no puede hacer todo por sí misma, y Julian no será capaz de ayudarla! —Su voz se suavizó de nuevo—. Julian —dijo—. Jules. Mi artista, mi soñador. Sostenlo hacia la luz y brillarán una docena de diferentes colores. Todo lo que le importa es su arte y su Emma. Tratará de ayudar a Helen, por supuesto, pero aún es tan joven. Son tan jóvenes y tan fáciles de perder. Sé lo que estoy diciendo, Cazador de Sombras. En la tierra bajo la colina cazamos los corazones nuevos y

tiernos. Y ellos nunca crecen con nosotros. Nunca han tenido la oportunidad.

—Ah, Mark Blackthorn, ¿qué están haciendo contigo? —susurró Simon.

No podía mantener la pena fuera de su voz, y vio que pinchó a Mark: el lento rubor que subió a sus delgadas mejillas, y la manera en que levantó su barbilla, sosteniendo su cabeza en alto. Mark dijo—: Nada que no pueda soportar.

Simon estaba callado. No recordaba todo, pero recordaba lo mucho que había cambiado. Las personas podían soportar mucho, pero Simon no sabía cuánto del tú original quedaba cuando el mundo te había retorcido de todas las formas diferentes.

—Te recuerdo —dijo Mark de repente—. Nos conocimos cuando estabas de camino al Infierno. No eras humano entonces.

—No —dijo torpemente—. No recuerdo mucho sobre eso.

—Había un chico contigo —continuó—. Cabello como un halo y ojos como el fuego del

infierno, un Nefilim entre Nefilims. Había oído historias sobre él. Yo... lo admiraba. Apretó una piedra de luz en mi mano, y eso significó... significó mucho para mí. Entonces.

Simon no podía recordar, pero sabía quién debía haber sido.

—Jace. —Mark asintió, casi sin prestar atención.

—Él dijo “muéstrales de lo que un Cazador de Sombras está hecho; muéstrales que no estás asustado.” Pensé que estaba mostrándoselos, tanto al Reino de las Hadas como a los Cazadores de Sombras. No podía hacer lo que me pedía. Estaba asustado, pero no dejé que eso me detuviera. Devolví un mensaje a los Cazadores de Sombras y les dije que las hadas estaban traicionándolos y aliándose con el enemigo. Me aseguré de que lo supieran y pudieran proteger la Ciudad de Cristal. Les advertí, y los Cazadores podrían haberme matado por ello, pero pensé que si moría, moriría sabiendo que mis hermanos fueron salvados, y que todos sabrían que yo era un verdadero Cazador de Sombras.

—Lo hiciste —dijo Simon—. Enviaste el mensaje. Idris fue protegido, y tus hermanos fueron salvados.

—Qué héroe soy —murmuró—. Demostré mi lealtad. Y los Cazadores de Sombras me dejaron aquí para pudrirme.

Su cara se retorció. En las profundidades del corazón de Simon, el miedo se entrelazó con la pena.

—Traté de ser un Cazador de sombras, incluso en la profundidad del Reino de las Hadas, ¿y qué bien me hizo? “¡Muéstrales de lo que un Cazador de Sombras está hecho!” ¿De qué está hecho un Cazador de Sombras, si ellos abandonan a los suyos, si tiran el corazón de un niño como basura dejada a un lado del camino? Dime, Simon Lewis, si eso es lo que los Cazadores de Sombras son, ¿por qué desearía ser uno?

—Porque eso no es todo lo que son —dijo.

—¿Y de qué están hechas las hadas? Escucho que los Cazadores de Sombras dicen que ellas son el mal ahora, apenas más que demonios puestos sobre la tierra para hacer

retorcidas travesuras. —Mark sonrió, algo salvaje y hada en la sonrisa, como la luz del sol brillando a través de una telaraña—. Y nosotros amamos la maldad, Simon Lewis, y a veces la crueldad. Pero no todo es malo, viajar en el viento, correr sobre las olas, bailar sobre las montañas, y eso es todo lo que me quedó. Al menos la Caza Salvaje me quiere. Tal vez debería mostrarles a los Cazadores de Sombras de lo que un hada está hecha en su lugar.

—Tal vez —dijo Simon—. Hay más a ambos lados que lo peor. —Mark sonrió, una horrible y débil sonrisa.

—¿Dónde ha ido lo mejor? Trato de recordar las historias de mi padre, sobre Jonathan Cazador de Sombras, sobre todos los héroes de oro que han servido como escudo para la humanidad. Pero mi padre está muerto. Su voz se desvanece con el viento del norte, y la Ley que él mantenía sagrada es algo escrito en la arena por un niño. Nos reímos y señalamos que nadie debería ser tan tonto

como para pensar que duraría. Todo lo que es bueno y verdadero, es perdido.

Simon nunca había pensado que hubiera algo positivo de su pérdida de memoria. Ahora le pasó por la cabeza que le habían mostrado un poco de misericordia accidental. Todos sus recuerdos habían sido eliminados de una vez. Mientras que los recuerdos de Mark estaban siendo arrancados y desgarrados, escurriéndose de él uno por uno, en la fría oscuridad bajo la colina donde nada de oro duraba.

—Desearía poder recordar —dijo—, cuando nos conocimos.

—No eras humano entonces —dijo Mark amargamente—, pero eres humano ahora. Y ahora pareces más un Cazador de Sombras que yo.

Simon abrió la boca y encontró todas las palabras insuficientes. No sabía que decir: era verdad, como todo lo que Mark decía, era verdad. Cuando había visto a Mark la primera vez, había pensado hada, y se sintió instintivamente incómodo. La Academia de

Cazadores de Sombras debía habersele pegado aún más de lo que había pensado. Y el ambiente en el que Mark estaba lo había cambiado, también, lo había cambiado ya casi pasando la reclamación. Había una naturaleza escalofriante en él que iba más allá de los huesos finos y delicadamente puntiagudas orejas de hada. Helen había tenido aquellas también, pero últimamente se había movido como una luchadora, parado alta como una Cazadora de Sombras, hablado como la Clave y las personas del instituto hablaban. Mark hablaba como un poema y caminaba como una danza. Simon se preguntó, si aunque Mark encontrara su camino de vuelta, si quizás podría encajar en el mundo Cazador de Sombras ahora. Se preguntó si Mark había olvidado cómo mentir.

Se preguntó si a Mark se le había olvidado cómo mentir.

—¿Qué crees que soy, aprendiz de Cazador de Sombras? —preguntó Mark—. ¿Qué crees que debería hacer?

—Demuéstrales de lo que está hecho Mark Blackthorn —dijo Simon—. Demuéstrales a todos.

—Helen, Julian, Livia, Tiberius, Drusilla, Octavian. Y Emma —susurró Mark, su voz baja y reverente, una que Simon reconoció de la sinagoga, de la voz de madres llamando a sus hijos, de todos los momentos y lugares que había escuchado a la gente llamar a lo que consideraban lo más sagrado—. Mis hermanos y hermanas son Cazadores de Sombras, y en su nombre te ayudaré. Lo haré.

Se dio la vuelta y gritó:

—¡Hefeydd!

Hefeydd, el de las orejas púrpuras, avanzó furtivamente hasta dejarse ver, de vuelta de entre los árboles.

—Este Cazador de Sombras es mi pariente —dijo Mark, con alguna dificultad—. ¿Te atreves a insistir que tienes un reclamo para un pariente de la Cacería Salvaje?

Eso era ridículo. Simon ni siquiera era un Cazador de Sombras todavía, Hefeydd jamás

iba a creer... solo que aquí estaba Mark, se dio cuenta Simon. Un hada, en todas las apariencias, y un hada a la cual había que temer de alguna manera. Incluso si Simon no había sabido si podía mentir.

—Claro que no insistiría —dijo Hefeydd, haciendo una reverencia—. Eso es...

Simon estaba mirando el cielo. Ni siquiera se había dado cuenta que lo estaba haciendo, que había estado vigilando el cielo desde que alguien había caído de él, hasta ahora.

Ahora que Simon estaba observando, podía ver más claramente lo que estaba pasando: no a alguien cayendo del cielo, sino un caballo del cielo salvaje cargando hacia la tierra y dejando caer a su jinete. Este caballo era blanco como una nube o como niebla a la que se le hubiera dado una forma brillante y orgullosa, y el jinete que se precipitó hacia el suelo también estaba de deslumbrante blanco. Tenía cabello color cobalto, el azul oscuro del ocaso antes de que se convirtiera en el negro de la noche, y un brillante ojo azabache y un brillante ojo plateado.

—El príncipe —susurró Hefeydd.

—Mark de la Caza —dijo el hada nueva—. Gwyn te envió a averiguar por qué la Caza había estado tan revuelta. No sugirió que retrasaras la Caza por tardarte un año y un día. ¿Estás huyendo?

La pregunta fue hecha con emoción detrás, aunque Simon no podía decir si era sospecha o algo más. Podía decir que la pregunta era más seria, tal vez, que lo que había pretendido el que la preguntaba.

Mark se señaló a sí mismo.

—No, Kieran. Como ves. Hefeydd atrapó un Cazador de Sombras, y estaba un poquito curioso.

—¿Por qué? —preguntó Kieran—. Ya dejaste atrás a los Nefilim, y mirar hacia atrás causa nada más que hechizos rotos y dolor desperdiciado. Mira hacia adelante, hacia el viento salvaje y la Caza. Y a mi espalda, porque estaré antes de ti en cualquier cacería.

Mark sonrió, de la manera en que lo hacías con un amigo con el que estabas acostumbrado a bromear.

—Puedo recordar varias cacerías en las que ese no ha sido el caso. Pero veo que esperas por mejor suerte en el futuro, mientras yo confío en la habilidad.

Kieran se rio. Simon sintió un salto de esperanza, si esta hada era amigo de Mark, entonces la misión de rescate todavía estaba en pie. Se había movido inconscientemente más cerca de Mark, su mano cerrándose en una de las barras de su jaula. Los ojos de Kieran fueron atraídos por el movimiento, y por un instante fulminó a Simon con la mirada con ojos completamente fríos: negros como tiburones, afilados como espejos.

Simon sabía, con profunda certeza y sin saber por qué, que a Kieran no le gustaban los Cazadores de Sombras y no le deseaba ningún bien a Simon.

—Deja a Hefeydd con este juguete —dijo Kieran—. Vamos.

—Me dijo algo interesante —le informó Mark a Kieran con voz quebrada—. Dijo que la Clave votó en contra de venir por mí. Mi gente, la gente entre la que me criaron, me enseñaron y en la que confié, estuvieron de acuerdo en dejarme aquí. ¿Puedes creer eso?

—¿Puedes estar sorprendido? A su clase siempre les gustó la crueldad tanto como la justicia. Su clase ya no tiene nada que ver contigo —dijo Kieran, su voz persuasiva y como una caricia, colocando una mano en el cuello de Mark—. Eres Mark de la Caza Salvaje. Cabalgas en el aire, cien largos y mareantes kilómetros por encima de todos ellos. Nunca te lastimarán de nuevo, excepto que los dejes. No los dejes. Ven.

Mark dudó, y Simon se sintió a sí mismo dudar. Kieran tenía razón, después de todo. Mark Blackthorn no le debía nada a los Cazadores de Sombras.

—Mark —dijo Kieran, una amenaza de acero en su voz—, sabes que hay varios en la Caza que buscarían cualquier razón para castigarte.

Simon no pudo decir si las palabras de Kieran eran una advertencia o una amenaza.

Una sonrisa cruzó el rostro de Mark, oscura como una sombra.

—Mejor que tú —dijo—, pero te agradezco por tu preocupación. Iré contigo y me explicaré ante Gwyn. —Se volvió para mirar a Simon, sus ojos bicolores ilegibles, vidrio marino y bronce—. Regresaré. No le hagas daño —le dijo a Hefeydd—. Dale agua.

Asintió hacia Hefeydd, con un ligero énfasis en el gesto, y asintió hacia Simon. Simon asintió de regreso.

Kieran, a quien Hefeydd había llamado un príncipe, mantuvo su agarre en Mark y le dio la vuelta para que le diera la espalda a Simon. Le susurró algo a Mark que Simon no pudo oír, y no pudo decir si el apretado agarre de la mano de Kieran era afecto, ansiedad, o un deseo de aprisionar.

Simon no tenía duda de que si Kieran se salía con la suya, Mark no regresaría.

Mark silbó y Kieran hizo el mismo sonido. En el viento, como una sombra y una nube, llegó un caballo oscuro y uno claro, bajando en picada por sus jinetes. Mark saltó en el aire y se fue en un parpadeo de oscuridad, con un grito de alegría y desafío.

Hefeydd se rio, el grave sonido arrastrándose por los matorrales.

—Oh, te daré agua con mucho gusto —dijo, y llegó con un vaso hecho de corteza, lleno hasta el borde con agua que parecía brillar con luz.

Simon aceptó la bebida a través de las barras, pero la dejó caer y regó la mitad del agua. Hefeydd maldijo y agarró el vaso, sosteniéndola en los labios de Simon y manteniendo una oscura y alentadora sonrisa.

—Todavía queda un poco —susurró—. Puedes beber. Bebe.

Excepto que Simon estaba entrenado por la Academia. No tenía intenciones de aceptar comida o bebida de las hadas, y estaba seguro que Mark no pretendía eso. Mark había estado

asintiendo hacia la llave colgando de una de las largas mangas del abrigo de Hefeydd.

Simon pretendió beber mientras Hefeydd sonreía. Deslizó la llave en su equipo, y cuando Hefeydd se alejó trotando esperó, y contó los minutos hasta que pensó que la costa estaba despejada. Pasó su mano a través de las barras, deslizó la llave en la cerradura, y balanceó la puerta de la jaula hasta abrirla.

Entonces escuchó un sonido, y se congeló.

Saliendo de los verdes árboles susurrantes, usando una chaqueta de terciopelo rojo y un vestido largo de encaje que se convertía en telarañas transparentes alrededor de las rodillas, en botas de invierno y guantes rojos que Simon pensó que tal vez recordaba, ágil como una gacela y resuelta como un tigre, estaba Isabelle Lightwood.

—¡Simon! —exclamó—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Simon la bebió con sus ojos, mejor que cualquier agua de cualquier tierra. Había venido por él. Los otros debieron haber huido de vuelta a la Academia y dicho que Simon estaba perdido en el Reino de las Hadas, e Isabelle había arremetido en el Reino de las Hadas para encontrarlo. La primera de todos, cuando se suponía que se estaba alistando para asistir a una boda. Pero era Isabelle, y eso significaba que estaba siempre lista para pelear y defenderse.

Simon recordó sentirse en conflicto cuando lo había rescatado de un vampiro el año pasado. Ahora no podía imaginar por qué.

La conocía mejor ahora, pensó, la conocía entera de nuevo, y sabía por qué siempre vendría.

—Er, estaba escapando de mi terrible cautiverio —dijo Simon. Luego se alejó un paso de la puerta de la jaula, se encontró con los ojos de Isabelle, y sonrió—, pero ya sabes... no si no quieres que lo haga.

Los ojos de Isabelle, que habían estado duros con la preocupación y el propósito,

estaban de repente brillando como piedras negras.

—¿Qué estás diciendo, Simon?

Simon abrió sus manos.

—Solo estoy diciendo, si viniste hasta aquí para rescatarme, no quiero parecer malagradecido.

—¿Oh, no?

—No, soy de tipo agradecido —dijo Simon firmemente—. Entonces aquí estoy, esperando humildemente el rescate. Espero que puedas ver tu camino despejado para rescatarme.

—Creo que podría ser persuadida —dijo Isabelle—. Dado un incentivo.

—Oh, por favor —dijo Simon—. Languidezco en prisión, rezando porque alguien valiente y fuerte y deliciosa se precipite y me salve. ¡Sálvame!

—¿Valiente, fuerte y deliciosa? No pides mucho, Lewis.

—Eso es lo que necesito —dijo Simon, con creciente convicción—. Necesito una heroína.

Estoy esperando por una heroína, de hecho, hasta la luz del día. Y tiene que estar segura, y tiene que ser pronto -porque fui secuestrado por malvadas hadas- y debe ser exuberante.

Isabelle sí se veía exuberante, como una chica en una pantalla grande con su brillo de labios centelleando como luz de estrellas y con música tocando para acompañar cada vez que agitaba su cabello.

Abrió la puerta de la jaula y entró, ramas quebrándose bajo sus botas, y cruzó el suelo de la jaula para deslizarse sus brazos alrededor del cuello de Simon. Simon condujo su rostro hacia el suyo y besó sus labios. Sintió el dar suntuoso de su boca de rubí, el desliz de su cuerpo alto, fuerte y hermoso contra el suyo. El beso de Isabelle era como rico vino dispuesto solo para él, como un desafío ofrecido y una promesa mantenida.

Sintió, curvándose contra su boca, su sonrisa.

—Por qué, Lord Montgomery —murmuró Isabelle—. Ha pasado demasiado tiempo.

Estaba preocupada de que nunca volvería a verlo.

Simon deseó haberse enfrentado a las duchas en la Academia esta mañana. ¿Qué importaban las ratas muertas, en la cara del amor verdadero?

Hubo una ráfaga de sangre en sus oídos, y el sonido de un diminuto rechinado: la puerta de la jaula cerrándose otra vez.

Simon e Isabelle se separaron abruptamente. Isabelle se veía lista para saltar, como un tigre agazapado. Hefeydd no se veía particularmente preocupado.

—Dos Cazadores de Sombras por el precio de uno, y una nueva ave para mi jaula —dijo Hefeydd—. Y qué ave tan bonita.

—¿Piensas que tu jaula puede contener a esta ave? —Isabelle reclamó—. Estás soñando. Yo entré, y yo puedo salir.

—No sin tu estela y tu bolsa de trucos —dijo Hefeydd—. Lánzalos todos a través de las barras de la jaula, o dispararé a tu amante con

balas de hada y lo observarás morir frente a tus ojos.

Isabelle miró hacia Simon y, con expresión de piedra, empezó a deshacerse de sus armas y las empujó por las barras de la jaula. Simon era ahora, quizá perturbadamente, consciente de la ubicación de muchas de las armas de Isabelle, y se dio cuenta que ella había omitido el cuchillo en el interior de su bota izquierda. Oh, y el cuchillo largo en la funda en su espalda.

Isabelle tenía muchos, muchos cuchillos.

—No pasará mucho tiempo antes de que necesites agua para vivir, bonita ave —dijo Hefeydd—. Puedo esperar.

Desapareció destellando. Isabelle colapsó en el fondo de la jaula como si sus cuerdas hubieran sido cortadas.

Simon se le quedó viendo con horror.

—Isabelle...

—Me siento tan humillada —dijo Isabelle, su cara en sus manos—. Ni siquiera lo escuché viniendo. He traído vergüenza al nombre

Lightwood. Absoluta vergüenza. Total y completa humillación.

—Me siento realmente halagado, si eso ayuda.

—Me distraje besándome con un chico, y luego fui encerrada por un duende —se quejó Isabelle—. ¡No lo entiendes! No lo recuerdas, pero nunca antes fui así antes de ti. Ningún chico significó algo para mí nunca. Tenía aplomo. Tenía propósito. No tenía tontos enamoramientos, porque nunca fui tonta. Era pura habilidad de batalla en un corsé. Nadie podía destrozar mi pura cacería de demonios a sangre fría. ¡Era genial antes de conocerte! ¡Y ahora paso mi tiempo persiguiendo a un chico con amnesia demoniaca y perdiendo mi cabeza en territorio enemigo! Ahora soy una boba.

Simon alcanzó una de las manos de Isabelle, y después de un momento Isabelle lo dejó despegar la mano de su cara y entrelazar sus dedos con los suyos.

—Podemos ser dos bobos en una jaula juntos.

—Definitivamente eres un bobo —gritó Isabelle—. Recuerda, todavía eres un mundano.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—¿Nunca se te ocurrió que yo podría ser un hada usando un fuerte glamur, enviada para engañarte?

¿Recuerdas el nombre de tu corazón?

—No —dijo Simon—. Soy un bobo, pero no tan bobo. No recuerdo todo acerca de nuestro pasado, pero recuerdo lo suficiente. No he aprendido todo acerca de ti ahora que tenemos otra oportunidad, pero he aprendido lo suficiente. Te conozco cuando te veo, Isabelle.

Isabelle lo miró por un largo tiempo, y luego sonrió su encantadora sonrisa desafiante.

—Somos dos bobos yendo a una boda —dijo—. Espero que hayas notado que lo dejé pensar que fracasé metiéndome a mí misma en esta jaula. Por supuesto, aseguré la llave antes de dar si quiera un paso dentro de la jaula. —Sacó la llave del frente de su vestido y la sostuvo en alto, brillando en la luz del Reino

de las Hadas—. Tal vez sea una boba, pero no una idiota.

Saltó a sus pies, sus faldas de encaje balanceándose a su alrededor como una campana, y los sacó de la jaula. Levantó sus armas y estela de donde estaban tiradas en la tierra, y una vez que sus armas estaban aseguradas, tomó la mano de Simon.

Estaban a sólo unos pocos pasos en el bosque de las hadas cuando una sombra bajó en picada y hacia ellos. Isabelle fue por sus cuchillos, pero sólo era Mark.

—¿Todavía no has escapado? —exigió Mark, viéndose preocupado—. ¿Y te detuviste para conseguir un amante?

Isabelle se detuvo en seco. Ella, a diferencia de Simon, lo reconoció de inmediato.

—¿Mark Blackthorn? —preguntó.

—Isabelle Lightwood, —destacó Mark, imitando su tono de voz.

—Nos conocimos antes, —dijo Simon—. Me ayudó a conseguir esa llave.

—Oh ahora, —dijo Mark, ladeando su cabeza en un movimiento como ave—. No fue un trato desequilibrado. Me diste algo de información muy interesante acerca de los Cazadores de Sombras, y la gran lealtad que han mostrado a uno de los suyos.

La espalda de Isabelle se tensó como lo hacía ante cualquier desafío, cabello negro volando como una bandera mientras daba un paso hacia él.

—Se te ha hecho un terrible mal, —dijo—. Sé que eres un verdadero Cazador de Sombras.

Mark dio un paso hacia atrás.

—¿Lo sabes? —preguntó suavemente.

—Por lo que valga, no estoy de acuerdo con la decisión de la Clave.

—Eso es la Clave, ¿no es así? Quiero decir, me agrada Jia Penhallow de acuerdo, y no es que me... que me desagrade tu padre —Simon, a quien de hecho no le agradaba Robert Lightwood, dijo incómodamente—. Pero la Clave, son básicamente idiotas, ¿estoy en lo cierto? Todos sabemos eso.

Isabelle sostuvo su mano hacia afuera, con la palma hacia abajo, y la meció de ida y vuelta en un gesto que decía Tienes un punto pero me niego a estar de acuerdo en voz alta.

Mark se rio.

—Sí, —dijo, y sonaba un poco más sano, un poco más humano, como si la risa le hubiera puesto los pies en la tierra de alguna manera. Había un acento en sus palabras que hizo a Simon pensar no en un hada sino: chico de Los Ángeles—. Básicamente idiotas.

Hubo un crujido en los árboles, un aumento en el viento. Simon pensó que podía escuchar risas y voces llamando, golpes de cascos arriba de las nubes y las corrientes de aire, los aullidos de los perros de caza. Los sonidos de una cacería, la Caza, la cacería más despiadada en este o cualquier otro mundo. Débil, pero no lo suficientemente lejos, y acercándose.

—Ven con nosotros, —dijo Isabelle repentinamente—. Cualquier precio que haya que pagar, lo pagaré.

Mark le dio una mirada que era a partes iguales de admiración y desdeñosa. Negó con

su cabeza de hada, hojas temblando y luz abriéndose paso a través de los brillantes espacios.

—¿Qué crees que pasaría si lo hiciera? Iría a casa... casa... y la Caza Salvaje me seguiría hasta allí. ¿Te imaginas que no he soñado con correr a casa miles de veces? Cada vez, veo al dulce Julian perforado con las espadas de la Caza Salvaje. Veo a la pequeña Dru y al bebé Tavvy arrollados. Veo a mi Ty, hecho pedazos por sus heridas. No puedo ir hasta que haya una forma de ir con ellos sin llevarles destrucción. No iré. Vosotros id, e id rápido.

Simon tiró a Isabelle hacia atrás, hacia los árboles. Se resistió, sus ojos todavía en Mark, pero lo dejó arrastrarla hacia hojas ocultas mientras más caballos de hadas se precipitaban hacia abajo, iluminando entre los árboles, sombras contra el sol.

—¿Qué problema estás causando ahora, Cazador de Sombras? — preguntó un hada en un caballo ruano, riendo mientras el corcel daba vueltas—. ¿Qué es este rumor de más de tu especie?

—Ningún rumor —dijo Mark.

Hubo más caballos uniéndose al ruano, más y más de la Caza Salvaje. Simon vio a Kieran, una silenciosa presencia blanca. El hada en el ruano giró su caballo hacia el lugar donde Simon e Isabelle estaban parados, y Simon vio al ruano olisquear el aire como un perro.

El jinete apuntó.

—¿Por qué veo Cazadores de Sombras, entonces, en nuestra tierra y responsables ante nosotros? ¿Debería preguntarles por qué están alrededor?

Cabalgó hacia delante, pero no avanzó mucho. Él estaba usando una capa bordada con plata, mostrando las constelaciones, la plata encantada para moverse como si el tiempo estuviera acelerándose y los planetas giraran lo suficientemente rápido para que lo mirasen a los ojos. Su caballo se detuvo en corto, su jinete casi cayendo, cuando su hermosa capa plateada fue repentinamente fijada en un árbol por una flecha bien colocada.

Mark bajó su arco.

—No veo nada —dijo, pronunciando la mentira con innegable satisfacción—. Y nada debería suceder, ahora.

—Oh, chico, pagarás por esto —siseó el jinete en el ruano.

Los caballos y los jinetes aullaron como pterodáctilos, rodeándolo, pero Mark Blackthorn del Instituto de Los Ángeles mantuvo su posición.

—¡Corred! —gritó—. ¡Llegad a casa con cuidado! Decidle a la Clave que he salvado más vidas de Cazadores de Sombras, que seré un Cazador de Sombras y seré condenado por ellos, ¡que seré un hada y los maldeciré! Y decidle a mi familia que los amo, los amo, y nunca los olvidaré. Un día iré a casa.

Simon e Isabelle corrieron.

George se lanzó hacia Simon en el instante en que Isabelle y él aparecieron en los terrenos de la Academia, sus brazos estrangulando

fuerte. Beatriz y, para sorpresa de Simon, incluso Julie volaron hacia él un segundo detrás de George, y ambas golpeaban sus brazos sin piedad.

—Ouch, —dijo Simon.

—¡Estamos tan contentas de que estés vivo!
—dijo Beatriz, golpeándolo de nuevo.

—¿Por qué tenéis que lastimarme con vuestro amor? —preguntó Simon—. Ouch.

Se desenredó de su agarre, conmovido pero también moderadamente mallugado, luego miró alrededor en busca de otra cara conocida. Sintió un frío toque de miedo.

—¿Está Marisol bien?—demandó él.

Beatriz resopló.

—Oh, ella está mejor que bien. Está en la enfermería con Jon. Porque los mundanos como vosotros no podéis ser curados con runas y ella está ordeñando eso por todo lo que vale. No estoy segura de que está más aterrorizado Jon, de la idea de cuan frágiles son los mundanos, o el hecho de que ella sigue intentando explicarle la máquina de rayos X.

Simon estaba impresionado de que no hubiesen podido detener a Marisol y a toda su maldad.

—Pensamos que tú podrías estar muerto —dijo Julie—. Las hadas harían cualquier cosa para mostrar su despecho contra los Cazadores de Sombras, esas malvadas y traidoras serpientes. Podrían haberte hecho cualquier cosa.

—Y hubiese sido mi culpa —dijo George, pálido—. Intentaste detenerme.

—Hubiese sido culpa de las hadas —dijo Julie—. Pero fuiste descuidado. Tienes que recordar qué son menos humanos que tiburones.

George asintió humildemente. Beatriz lucía como si estuviera plenamente de acuerdo.

—¿Sabéis qué? —dijo Simon—. He tenido suficiente.

Todos lo miraron con incredulidad. Pero Isabelle lo miró y sonrió. Él pensó que finalmente había entendido el fuego que ardía

en Magnus, lo que lo hacía seguir hablando cuando la Clave no lo escuchaba.

—Sé que pensáis que estoy siempre criticando a los Nefilim —comenzó Simon—. Sé que creéis que no pienso lo suficiente en las sagradas tradiciones del Ángel, y que estáis dispuestos a dar la vida, cualquier día, para proteger a los humanos. Sé que creéis que no me importa, pero lo hace. Significa mucho. Pero no tengo el lujo de ver las cosas desde una sola perspectiva. Todos notáis cuando degrado a un Cazador de Sombras, pero ninguno se da cuenta cuando vosotros mismos habláis sobre los Subterráneos. Yo era un Subterráneo. Hoy fui salvado por alguien que la Clave decidió condenar como un Subterráneo, incluso a pesar que él era tan valiente como cualquier Cazador de Sombras, incluso a pesar de que él era leal. Parece que quieren que acepte que los Nefilim son geniales y nada necesita cambiar, pero no voy a aceptar nada.

Tomó una respiración profunda. Sentía como si toda la comodidad de la mañana hubiese sido despojada. Pero quizás era para

mejor. Quizás había estado demasiado cómodo.

—No querría ser un Cazador de Sombras si pensara que voy a ser como vuestros padres o los padres de estos. No me caeríais tan bien si creyera que vais a ser Cazadores de Sombras como todos lo que lo fueron antes que vosotros. Quiero que seamos mejor. No he descubierto aun como cambiar todo, pero quiero que todo cambie. Y lamento si esto os enfada, pero voy a seguir quejándome.

—Más tarde —dijo Isabelle—. Se seguirá quejando más tarde, porque ahora mismo tenemos que ir a una boda.

Todo el mundo parecía ligeramente aturdido de que su emotiva reunión se hubiese convertido en un discurso sobre los derechos de los Subterráneos. Simon pensó que Julie lo golpearía en la cabeza y la cara, pero ella solo le dio una palmada en la espalda.

—Bien —dijo ella—. Escucharemos tu tedioso lloriqueo más tarde. Intenta hacerlo breve.

Se fue con Beatriz. Simon miró detrás de ellas, y notó que Isabelle estaba entrecerrando los ojos, con una mirada de leve sospecha en su rostro.

Simon tuvo un momento de duda. ¿Se había referido George a Beatriz cuando habló de una chica a la que le gustaba Simon?

Ciertamente no Julie. No podía ser Julie.

No, seguramente no. Simon estaba bastante seguro de que estaba poniendo un pase a causa de la estrecha fuga del Reino de las Hadas.

George se quedó atrás.

—Realmente lo lamento, Si —le dijo a Simon—. Perdí la cabeza. Quizás no estaba listo para liderar un equipo. Pero lo estaré algún día. Voy a hacer lo que dijiste. Me convertiré en un mejor Cazador de Sombras que cualquier Cazador de Sombras antes que nosotros. No tendrás que pagar por mis errores de nuevo.

—George —dijo Simon—, está bien.

Ninguno de ellos era perfecto. Ninguno de ellos podría serlo.

El soleado rostro de George aun lucía nublado, triste como jamás había estado.

—No fallaré de nuevo.

—Creo en ti —dijo Simon, y le sonrió, hasta que finalmente George le sonrió de vuelta—. Porque eso es lo que hacen los hermanos.

Una vez que llegó a Idris, Simon se vio sumido en un estado de caos de boda. El caos de boda parecía ser muy diferente al tipo normal de caos. Había, de hecho, muchas flores. Simon tenía un fajo de lirios cayendo sobre él y se quedó sosteniéndolo, con miedo a moverse y que las flores se desparramaran y él fuera el responsable de arruinar la boda.

Varios invitados estaban corriendo, pero solo había un grupo que era completamente de niños sin adultos. Simon agarró sus lirios y enfocó su atención los Blackthorns.

Si no hubiese conocido a Mark Blackthorn, estaba bastante seguro de que eran un puñado de niños anónimos.

Ahora, sin embargo, sabía que eran la familia de alguien: el deseo del corazón de alguien.

Helen, Julian, Tiberius, Drusilla, Octavian. Y Emma.

Simon ya conocía a Helen. Ella estaba en una de las muchas habitaciones a las que tenían prohibido entrar, haciéndose misteriosas cosas de novia.

Julian era el siguiente mayor, era el centro de la calma en una bulliciosa multitud de Blackthorns. Tenía a un niño en sus brazos, quien era un poco mayor para que Julian lo cargara pero estaba sujeto con tenacidad al cuello de Julian como un pulpo en un lugar poco familiar. Ese niño debía ser Tavvy.

Todos los Blackthorns estaban vestidos para la boda, aunque con un poco de suciedad en los bordes, de esa manera misteriosa en la que todos los niños tenían. Simon no estaba

seguro cómo. Ellos eran, a excepción de Tavvy, un poco mayores para jugar en la suciedad.

—Voy a conseguir que Dru se limpie —se ofreció Emma, quien era alta para tener casi catorce años, con una corona de cabello rubio que la hacía resaltar entre los Blackthorns de cabello negro como un narciso en una cama de pensamientos.

—No, no te molestes —dijo Julian—. Sé que quieres pasar tiempo con Clary. Solo has hablado de eso por, oh, quince mil años, dar o tomar.

Emma lo empujó juguetonamente. Ella era más alta que él: Simon recordó que cuando tenía trece años era más bajo que todas las chicas también.

Todas las chicas excepto una, recordó lentamente, la imagen real de sus trece años se deslizó sobre la falsa, donde la persona más importante de su vida había sido torpemente quitada. Clary siempre había sido pequeña. Sin importar cuán bajo o incomodo Simon se hubiese sentido, siempre se alzaba sobre ella y sentía que era su derecho protegerla.

Se preguntó si Julian deseaba que Emma fuera más baja que él. Por la mirada que le dirigía a Emma, no había ni una cosa sobre ella que quisiera cambiar. Su arte y su Emma, había dicho Mark, como si hubiese dos características esenciales de Julian. Su amor por la belleza y su deseo de crearla, y su mejor amiga en todo el mundo. Ellos iban a ser parabatai, Simon estaba seguro. Eso era bonito.

Emma se alejó a toda velocidad para encontrar a Clary, con una última sonrisa a Julian.

Solo que Mark se había equivocado. El arte y Emma claramente no eran las únicas cosas que ocupaban los pensamientos de Julian. Simon observó como sostenía a Tavvy y se inclinaba junto a una pequeña niña de redonda cara suplicante y una nube de cabellos castaños.

—Perdí mi corona de flores y no puedo encontrarla—susurró la niña.

Julian le sonrió.

—Eso sucede cuando pierdes cosas, Dru.

—Pero sino estoy usando mi corona de flores como Livvy, Helen pensará que soy descuidada y no me importan mis cosas y que no la quiero tanto como Livvy. Livvy aún tiene su corona de flores.

La otra chica en el grupo, más alta que Dru y en esa divertida etapa donde los brazos y piernas son delgados como palos y demasiado largos para el resto de su cuerpo, estaba sin duda usando la corona de flores en su cabello marrón claro.

Ella estaba pegajosamente cerca del chico con audífonos en medio del caos de la boda, con sus ojos gris invierno fijos en algún espectáculo privado distante.

Livvy caminaría sobre brasas calientes y serpientes seseantes por Ty, había dicho Mark. Simon recordó con la infinita ternura que Mark había dicho: mi Ty.

—Helen te conoce mejor que eso —dijo Julian.

—Sí, pero... —Drusilla le tiró de la manga para que él se inclinara, y ella pudiera decir en un susurro agonizante—. Ha estado lejos por

mucho tiempo. Quizás no recuerda todo sobre mí.

Julian giró su rostro para que ninguno de sus hermanos pudiera ver su expresión. Solo Simon vio el destello de dolor, y supo que no debía haberlo hecho. Sabía que no debería haberlo visto, si no hubiese visto a Mark Blackthorn, no hubiese estado prestando atención.

—Dru, Helen te conoce desde que naciste. Ella recuerda todo.

—Pero solo por si acaso—dijo Drusilla—. Se irá lejos de nuevo muy pronto. Quiero que piense que soy buena.

—Ella sabe que eres buena —le dijo Julian—. La mejor. Pero vamos a encontrar tu corona de flores ¿está bien?

Los niños más pequeños no conocían a Helen como Julian lo hacía, como una hermana que siempre había estado ahí. No podían confiar en alguien que estaba tan lejos.

Julian era su padre, pensó Simon con un creciente terror. No había nadie más.

A pesar de que los Blackthorns tenían familia que quería estar ahí para ellos, lo querían desesperadamente. La Clave había destrozado una familia, y Simon no sabía qué efectos tendría eso en el futuro o cómo las heridas que la Clave había infligido sanarían.

Pensó, otra vez, como si aún estuviera hablando con sus amigos en la Academia: Tenemos que ser mejor que esto. Los Cazadores de Sombras deben ser mejor que esto. Tenemos que averiguar qué tipo de Cazadores de Sombras queremos ser, y mostrarles.

Tal vez Mark no había conocido a Julian, tan bien como pensaba. O tal vez el hermano menor de Mark, sin otra opción, había cambiado en silencio y profundamente.

Todos ellos tuvieron que cambiar. Pero Julian era tan joven.

—Hey —dijo Simon—. ¿Puedo ayudar?

Los dos hermanos no se parecían mucho, pero Julián se sonrojó y levantó la barbilla de la misma manera que Mark lo hizo: como si no

importara qué, era demasiado orgulloso para admitir que podría estar lastimado.

—No —dijo, y le dio a Simón una cálida sonrisa brillante que en realidad era muy convincente—. Estoy bien. Tengo esto.

Parecía cierto, hasta que Julian Blackthorn había ido fuera del alcance de Simón, y luego Simon advirtió nuevamente que Julian estaba llevando a un niño que era demasiado grande para él para cargar, con otro niño que se aferraba a su camisa. Simon en realidad podía ver lo mucho que había en esos delgados hombros jóvenes.

Simon no entendía completamente las tradiciones de los Cazadores de Sombras.

Había mucho en la Ley sobre con quién te podías y no te podías casar: Si te casabas con un mundano que no fue Ascendido, conseguirías que te despojen de tus marcas y te pondrían de patitas en la calle. Podrías

casarte con un Subterráneo en una ceremonia mundana o de Subterráneos, y no te pondrían de patitas en la calle pero todo el mundo estaría avergonzado, algunas personas podrían actuar como si tu matrimonio no contara, y tu extremadamente tradicional tía abuela Nefilim Nerinda empezaría a referirse a ti como la vergüenza de la familia. Además, con la Paz Fría funcionando como estaba, cualquier Cazador de Sombras que quiera casarse con un hada probablemente era desafortunado.

Pero Helen Blackthorn era una Cazadora de Sombras, por su propio derecho, no importa cuántas personas podrían despreciarla o desconfiar de ella por su sangre de hada. Y los Cazadores de Sombras en realidad no habían incorporado en su preciosa Ley que los Cazadores de Sombras no podían casarse con alguien del mismo sexo. Posiblemente esto fue sólo porque no se le había ocurrido a nadie, incluso como una opción en ese tiempo.

Así que Helen y Aline en realidad podrían estar casadas, en una completa ceremonia de

Cazadores de sombras, a los ojos de ambas familias y su mundo. Incluso si fueran exiliadas de nuevo justo después, llegaron a tanto.

En una boda de Cazador de Sombras, a Simon le habían dicho que se vestía de dorado y se colocaba la runa del matrimonio sobre el corazón y el brazo del otro. Había una tradición un poco como entregar a la novia, para ambas partes en un matrimonio. La novia y el novio (o en este caso, la novia y la novia) escogerían cada uno a la persona más importante para ellos de su familia, a veces un padre, pero a veces una madre, o un parabatai o un hermano o un amigo elegido, o su propio hijo o un anciano que simbolizaba a toda la familia, y el elegido, o suggenes, daría a la novia o el novio a su amada, y daría la bienvenida a la amada a su propia familia.

Esto no siempre fue posible en las bodas de Cazadores de Sombras, debido a que a veces a toda tu familia y todos tus amigos habían sido devorados por demonios serpientes. Nunca se sabía con los Cazadores de Sombras. Pero

Simon pensó que era algo hermoso que Jia Penhallow, Cónsul y miembro más importante de la Clave, estuviese de pie como suggenes para dar a su hija Aline a los contaminados y escandalosos Blackthorns, y recibir a Helen en el seno de su familia.

Aline había tenido un poco de nervios sugiriéndolo. Jia había tenido un poco de nervios al estar de acuerdo con ella. Pero Simon suponía que la Clave ya había exiliado efectivamente a la hija de Jia: ¿Qué más podían hacer con ella? Y que mejor manera de escupir cortésmente en su ojo que decir: Helen, la chica hada a la que despreciaron y despidieron, ahora es tan buena como la hija de la cónsul.

¿De qué está hecho un Cazador de Sombras, si abandonan a los suyos, si tiran el corazón de un niño como basura que sobra a un lado de la carretera?

Julian fue él que estuvo de pie para entregar a Helen. Estuvo en su ropa dorada inscrita, su hermana en su brazo, y sus ojos de mar-a-la-luz-del-sol brillaban como si fuera feliz como

cualquier niño podría ser. Como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

Helen y Aline estaban ambas vestidas en vestidos dorados, hilos dorados brillaban como las estrellas en el cabello negro de Aline. Los dos estaban muy felices, sus rostros eclipsaron sus vestidos. Se quedaron en el centro de la ceremonia, soles gemelos, y por un momento todo el mundo pareció girar y girar en ellos.

Helen y Aline dibujaron las runas matrimoniales sobre el corazón de la otra con manos firmes. Cuando Aline dibujó la de Helen, bajo su propia cabeza brillante para un beso, hubo un aplauso largo por todo el pasillo.

—Gracias por dejarnos venir —susurró Helen después de la ceremonia, abrazando a su nueva suegra.

Jia Penhallow estrechó a su nuera en sus brazos y dijo, con voz considerablemente más fuerte que un susurro:

—Lamento dejaros marchar de nuevo.

Simon no le dijo a Julian Blackthorn acerca de conocer a Mark, más de lo que le había dicho a Mark que Helen no estaba allí para cuidar a los niños Blackthorn. Parecía una crueldad espantosa, cargar otro peso sobre los hombros ya sobrecargados casi pasados de soporte. Parecía mejor mentir, ya que las hadas no podían.

Pero cuando fue a felicitar a Helen y Aline, se acercó y besó a Helen en la mejilla, para poder susurrarle:

—Tu hermano Mark te envía su cariño, y su felicidad por tu amor.

Helen lo miró fijamente, repentinas lágrimas en sus ojos, pero su sonrisa aún más radiante que antes.

Todo va a cambiar para los Cazadores de Sombras, pensó Simon. Para todos nosotros. Tiene que hacerlo.

Simon tenía un permiso especial para pasar la noche en Idris, por lo que no tendría que abandonar las celebraciones de la boda temprano.

Iba a haber un baile más tarde, pero por ahora las personas estaban de pie alrededor en grupos hablando. Helen y Aline estaban sentadas en el suelo, en el centro de los Blackthorns, como dos flores de oro que habían surgido de la tierra y florecieron. Tiberius estaba describiendo a Helen, con voz grave, cómo Julian y él se habían preparado para la boda.

—Pasamos por cualquier escenario potencial que pueda ocurrir —le dijo—. Como si estuviéramos reconstruyendo la escena del crimen, pero a la inversa. Así que sé exactamente qué hacer, no importa lo que pase.

—Eso debe haber sido un montón de trabajo —dijo Helen. Tiberius asintió—. Gracias, Ty. Realmente lo aprecio.

Ty parecía satisfecho. Dru, con la corona de flores y sonriendo de oreja a oreja, tiró de las

faldas doradas de Helen para tener su atención. Simón pensó que rara vez había visto a un grupo de personas donde todos parecían tan felices.

Trató de no pensar en lo que Mark hubiera dado por estar aquí.

—¿Quieres ir a dar un paseo por el río conmigo e Izzy? — Preguntó Clary, empujándolo.

—¿Qué, sin Jace?

—Ah, yo lo veo todo el tiempo —dijo Clary, con la comodidad de amor familiar y confianza—. No como a mi mejor amigo.

Jace -quien estaba sentado hablando con Alec, Alec quien una vez más no le había dirigido una sola palabra a Simon- hizo un gesto obsceno hacia Simon cuando salía con Isabelle y Clary en cada brazo. Simon realmente no se creyó que Jace estuviera enfadado. Jace le había abrazado cuando lo vio, y cada vez más y más Simon llegaba a creer que Jace y él nunca habían tenido una relación en la que se abrazaran antes.

Pero al parecer eran abrazadores ahora.

Simon, Isabelle, y Clary se fueron caminando por el río. Las aguas parecían de cristal negro a la luz de la luna, y en la distancia las torres de demonios brillaban como columnas de luz de luna en sí. Alicante era hermosa en el invierno, una ciudad de filigrana donde el hielo complementaba el cristal. Simon caminó un poco más despacio que las chicas, no eran necesarias mientras estaban en la extrañeza y la magia de esta ciudad, una ciudad que la mayor parte del mundo no sabía que existía, el corazón brillante de una tierra secreta y oculta.

Simon ahora era necesario para la Academia. No dudaba en acostumbrarse a toda Idris a la larga.

Tantas cosas habían cambiado, y Simon también había cambiado. Pero al final, no había perdido lo que era máspreciado para él. Le habían devuelto el nombre de su corazón.

Isabelle y Clary miraron hacia él, caminando tan cerca que la cascada de cabello negro azabache de Isabelle se mezclaba con

los rizos de puesta de sol ardiente de Clary. Simon sonrió y supo lo afortunado que era, afortunado en comparación con Mark Blackthorn, que estaba recluido lejos de lo que más amaba, afortunado en comparación a otros mil millones de personas que no sabían qué era lo que más amaban de todo.

—¿Vienes, Simón? —gritó Isabelle.

—Sí —contestó Simon—. Ya voy.

Tuvo la suerte de conocerlos, y la suerte de saber lo que eran para él, lo que él era para ellos: querido, recordado, y no perdido.



La Prueba de Fuego

Cassandra Clare
Maureen Johnson



Simon estaba empezando a preguntarse por los fuegos. No le gustaba a los fuegos. Los fuegos se movían.

Eso parecía paranoico.

Fuera, los árboles estaban desnudos y el césped estaba marrón. Dentro, inclusive el moho se había retirado a sus cuarteles de invierno entre las piedras de las paredes del sótano. Los Cazadores de Sombras no creían mucho en la calefacción central. La Academia tenía chimeneas, nunca demasiado juntas, y nunca lo suficientemente cerca de alguien. Sin importar donde Simon se sentara, estaban en el rincón más retirado del cuarto,

chisporroteando lejos. Los de la élite tendían a entrar primero en los cuartos, y tomaban los asientos cercanos a la chimenea. Pero inclusive cuando lo hacían —inclusive cuando todos entraban a la vez— Simon terminaba siendo el más alejado del fuego. Cuando tienes frío, un fuego chisporroteando empieza a sonar como risa sarcástica y suave. Simon trató de desechar este pensamiento de su cabeza, porque claramente los fuegos no se estaban riendo de él.

Porque eso era paranoico.

Había varias chimeneas en la cafetería, pero George y Simon habían dejado de tratar de obtener asientos cerca de ellas. Simon tenía suficiente de lo que preocuparse. Estaba mirando a su plato. También se había dicho a sí mismo que dejara de hacer esto. Dejar de pensar en la comida. Solo comer la comida. Pero no podía evitarlo. Cada noche la separaba. Esta noche parecía ser un sofrito, pero parecía tener pan en él. Había chiles. Había algo rojo.

Era pizza. Alguien había sofreído una pizza.

—No —dijo en voz alta.

—¿Qué?

Su compañero de cuarto, George Lovelace, ya estaba engullendo su cena. Simon solo sacudió su cabeza. Estas cosas no molestaban a George de la misma manera. De vuelta en casa en Brooklyn, si Simon hubiera escuchado que alguien había sofreído una pizza no habría estado molesto. Habría asumido que algún restaurante hipster había decidido reconstruir la pizza porque eso es lo que hacen los restaurantes hipster en Brooklyn. Simon se habría reído, y tal vez en algún momento se habría hecho popular, y luego habría camiones que vendieran pizza sofreída, y luego se la habría comido. Porque así es como funciona Brooklyn y por la pizza. ¿La mejor suposición en esta situación? Tal vez alguien dejó caer la pizza, o se arruinó en medio de la cocción y por alguna razón la única solución concebible fue ponerla en un sartén y darle vuelta.

El problema no era la pizza, no en realidad. El problema era que la pizza lo hacía pensar en casa. Cualquier neoyorkino confrontado con pizza mala regresará mentalmente a casa por

al menos unos momentos. Simon nació y fue criado como neoyorkino de la misma manera en que los élités eran nacidos y criados como Cazadores de Sombras. Era una parte de él, el zumbido y palpar de la ciudad. Podía ser tan dura como la Academia. Sabía que debía buscar ratas en las líneas del metro o cerca de los bordes de las plazas públicas. Estaba entrenado instintivamente para virar y evitar ser salpicado por el aguanieve sucia de los taxis. Ni siquiera necesitaba bajar la mirada para saltarse los charcos dejados por los perros.

Obviamente, había mejores partes que esa. Extrañaba ir al Puente de Brooklyn en la noche y ver toda su extensión: la ciudad iluminada por la noche; las grandes montañas hechas por el hombre; el río corriendo debajo. Extrañaba la sensación de estar cerca de tanta gente haciendo y creando cosas asombrosas. Extrañaba el sentimiento constante de toda la cosa siendo un espectáculo magnífico. Y extrañaba a su familia y amigos. Era la temporada navideña ahora, y debería haber estado en casa. Su madre ya habría sacado el

menorá que había pintado en el taller de bricolaje de arcilla. Era alegre, decorado con pinceladas gruesas y desordenadas de pintura azul, blanca y plateada. Él y su hermana estaban a cargo de hacer panqueques de patata juntos. Todos se sentarían en el sofá e intercambiarían regalos. Y todos los que le importaban estaban a una corta caminata, a una parada de metro a lo mucho.

—Tienes esa mirada de nuevo —dijo George.

—Lo siento —dijo Simon.

—No lo lamente. Está bien estar miserable. Son las fiestas, y nosotros estamos aquí.

Esto era lo que era tan grandioso acerca de George: siempre lo entendía, y nunca juzgaba. Había demasiadas desventajas en la Academia de Cazadores de Sombras, pero George compensaba la mayoría de ellas. Simon había tenido buenos amigos antes. George era como tener un hermano. Compartían un cuarto. Compartían su miseria y sus pequeños triunfos y sus comidas terribles. Y en la atmósfera competitiva de la Academia, George

siempre lo apoyaba. Nunca se deleitaba al hacer algo mejor que Simon (y teniendo la constitución como uno de los dioses griegos menores, George frecuentemente sí sobresalía en cosas físicas). Simon sentía sus ánimos manteniéndose a flote. Solo que George sabía lo que estaba pensando, solo tener a su amigo ahí lo era todo.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —preguntó George, inclinando la cabeza a alguien detrás de Simon.

La decana Penhallow había aparecido en el extremo más alejado del cuarto (cerca de la risueña chimenea). Usualmente no venía a cenar a la cafetería. Nunca se acercaba al lugar.

—Su atención, por favor —dijo—. Tenemos noticias maravillosas que compartir con todos los estudiantes en la Academia. Julie Beauvale. Beatriz Mendoza. Por favor acompañenme.

Julie y Beatriz se levantaron al mismo tiempo y se vieron entre ellas con una sonrisa. Simon había visto ese tipo de sonrisa antes, ese tipo de movimiento sincronizado. Eso era Jace y Alec por doquier. El par caminó a través de

la habitación. Sillas rechinaban mientras la gente hacía espacio, y había un ligero murmullo. El fuego se reía y se reía y chisporroteaba y se reía. Cuando alcanzaron el extremo del cuarto, la decana colocó un brazo alrededor de cada una, y todas encararon al estudiantado.

—Estoy complacida de anunciar que Julie y Beatriz han decidido convertirse en parabatai.

Hubo una avalancha repentina de aplausos. Varias personas se pusieron de pie, mayormente del lado de la élite; y silbaron y gritaron. Esto fue permitido por unos segundos, y luego la decana levantó su mano.

—Como todos saben, la ceremonia parabatai es un compromiso serio, un lazo roto solo por la muerte. Sé que esta noticia causará que muchos de ustedes consideren si van a encontrar un parabatai. No todos los Cazadores de Sombras tienen un parabatai, o inclusive quieren uno. De hecho, la mayoría de ustedes no lo harán. Eso es muy importante de recordar. Si sienten, como lo hacen Julie y Beatriz, que han encontrado su parabatai, o si

quieren hablar con alguien acerca de alguna parte de la ceremonia o lo que significa, pueden hablar con cualquiera de nosotros. Todos estamos aquí para ayudarles a que esta sea la más importante de las decisiones. Pero de nuevo, felicidades a Julie y a Beatriz. En su honor, hay un pastel esta noche.

Mientras hablaba, el mal acechante que eran los cocineros de la Academia estaba trayendo un pastel grande e inestable.

—Pueden ahora reanudar su cena, y por favor, tomen un poco de pastel.

—¿De dónde salió eso? —preguntó George—. ¿Esas dos? ¿Parabatai?

Simon sacudió su cabeza. Las familias de Cazadores de Sombras se enredaban las unas con las otras como vides trepadoras. Era más fácil encontrar tu compañero de toda la vida cuando habías empezado desde el nacimiento. Muchos en la Academia eran extraños. Julie y Beatriz, en la parte de la élite, tenían más conexiones entre ellas, pero Simon nunca había tenido la idea de que fueran tan cercanas.

—Bueno, eso fue una sorpresa —dijo George en voz baja—. ¿Estás bien?

Había golpeado a Simon un poco como un puñetazo. Había pensado en preguntarle a Clary sobre ser su parabatai. Pero los parabatai eran como Alec y Jace, entrenando juntos como Cazadores de Sombras desde que eran niños. Claro, Simon y Clary se habían conocido por ese tiempo, pero no en la manera de lanzar cuchillos y matar demonios (excepto en juegos de video, lo que, desafortunadamente, no contaba). Simon empezó a mover la idea de parabatai hacia la categoría mental de cosas que probablemente no tendría. Estaba entrenando todo el tiempo. No la había visto. Era...

... muy bueno inventando excusas.

Se había acobardado. Había visto su cumpleaños venir, como en un cronómetro gigante. Cada día se decía a sí mismo que era demasiado tarde. Clary había venido el día antes de su cumpleaños, trayéndole un Sandman Omnibus como regalo. Para ese entonces, se dijo, la cuenta regresiva se había

acabado. El timbre se había disparado en su mente. Tenía diecinueve.

Había tratado de alejarlo de su mente. Pero ahora, viendo a estas dos nuevas parabatai acabadas de anunciar, se dio a sí mismo una patada mental.

—No es para todos, Si —dijo George—. Vamos. Come, y regresaremos y me puedes contar más acerca de Firefly.

En las noches, Simon había estado expandiendo la educación cultural de George explicándole la trama de cada episodio de Firefly, uno por uno. Esto también se había convertido en un ritual agradable, pero también, tenía una cuenta regresiva. Solo quedaba un episodio.

Antes de que pudieran hacerlo, la decana camino hacia su mesa y se detuvo.

—Simon Lewis, ¿vendrías por favor conmigo por un momento?

La gente de otras mesas miró de reojo. George bajó la mirada e hincó su pizza frita.

—¿Claro? —dijo Simon—. ¿Estoy en problemas?

—No —dijo, su voz plana—. Ningún problema.

Simon empujó hacia atrás su silla y se levantó.

—Te veo de vuelta en el cuarto, ¿sí? —dijo George—. Te llevaré algo de pastel.

—Claro —dijo Simon.

Muchas personas lo observaron irse, porque eso es lo que pasa cuando la decana te saca en medio de la cena. Aunque, la mayoría de los élites, se habían agrupado alrededor de Julie y Beatriz. Había risas y gritos y todos estaban hablando muy fuerte. Simon los rodeó para llegar a la decana.

—Por aquí —dijo.

Simon trató de detenerse por el fuego solo por un segundo, pero la decana ya se estaba moviendo hacia la puerta que los profesores usan para entrar y salir de la cafetería. Los profesores no comían con ellos todo el tiempo. Claramente había otro lugar, algún otro

comedor en algún lugar de la Academia. Catarina Loss era la única que venía regularmente, y Simon tenía la impresión de que lo hacía porque prefería soportar la terrible comida de los estudiantes a sentarse con un montón de Cazadores de Sombras en una habitación privada.

Simon nunca había estado en el pasillo por el que lo condujo la decana. Estaba más tenuemente iluminado que los corredores que usaban los estudiantes. Había tapices en las paredes de piedra que estaban ciertamente tan raídos como los que estaban en el resto de la escuela, pero también se veían de mayor valor. Los colores eran más brillantes y el oro enhebrado tenía el brillo de oro verdadero. Había armas a lo largo de estas paredes. Las armas de los estudiantes estaban en el cuarto de armas, y esas tenían algún tipo de seguridad para mantenerlas en su lugar. Si querías una espada, necesitabas desatar varias correas para bajarla. Estas estaban colocadas en simples porta armas, haciéndolas fáciles de tomar en un abrir y cerrar de ojos.

El ruido de la cafetería se redujo dentro de los primeros pocos escalones, y luego hubo silencio por todos lados. El pasillo era una serie de puertas cerradas, y el silencio lo atestó.

—¿A dónde vamos? —preguntó Simon.

—A la sala de visitas —dijo la decana.

Simon miró afuera por las ventanas mientras pasaban. Aquí, el vidrio era una colcha de diminutos cristales, sostenidos juntos por una cañería principal. Cada diamante de vidrio era viejo y deformado, y el efecto total era como de un caleidoscopio barato, uno que mostraba sólo oscuridad y una muy ligera nieve cayendo. Era el tipo de nieve que no se amontonaba en el suelo. Sólo espolvorearía el césped seco. El término técnico para ese nivel, decidió, era una nieve “fastidiosa”.

Llegaron a una vuelta en el pasillo. La decana abrió la primera puerta después de que giraran y reveló una pequeña pero lujosa habitación, con muebles que no estaban ni ligeramente rotos o raídos. Casa silla en la

habitación tenía patas de la misma longitud, y los sofás eran amplios y de aspecto cómodo sin hundimientos ni relleno visible. Todo estaba revestido en un exuberante terciopelo morado uva. Había una mesa de centro hecha de madera de cerezo, y sobre ella había un elaborado juego de plata de té con tazas de porcelana. Y sentados alrededor de la mesa en las sillas y sofás de alta calidad estaban Magnus Bane, Jem Carstairs, Catarina Loss, y Clary, con su brillante cabello rojo haciendo contraste con su suéter azul. Magnus y

Catarina estaban juntos en el extremo (cerca del fuego, por supuesto que estaba, como en todas las demás habitaciones, en el extremo lejano.) Clary levantó la mirada hacia Simon, y aunque sonrió tan pronto como lo vio, su expresión sugería que su invitación a esta pequeña fiesta también había sido reciente y no bien explicada.

—Simon —dijo Jem—. Es tan bueno verte. Por favor, toma asiento.

Simon sólo había tenido unos pocos encuentros con Jem Carstairs, quien

aparentemente era tan viejo como su esposa, Tessa Gray. Ambos se veían sorprendentemente en forma para tener ciento cincuenta años. Tessa incluso se veía bastante sexy. (¿A lo mejor Jem también se veía sexy? Como Simon había pensado una vez antes, probablemente no era el mejor juez del atractivo masculino.). ¿Era extraño pensar que gente del doble de edad que tus abuelos eran atractivos?

—Los dejaré en ello —dijo la decana, y de nuevo había algo faltando en su tono. Era como si hubiera acabado de decir: Aquí les dejo esta serpiente muerta. Ella cerró la puerta.

—Estamos tomando té —dijo Magnus. Estaba midiendo cucharadas de hojas sueltas de té dentro del filtro de una pequeña tetera. —Una por cada taza. Una por la tetera.

Puso la pequeña lata de té a un lado y levantó una de las grandes vasijas de plata y vertió agua humeante a través del filtro dentro de la tetera. Catarina lo estaba observando hacer esto con una extraña fascinación.

Jem se veía tan cómodo en un suéter blando y vaqueros oscuros. Su cabello negro tenía una única dramática mecha de plateado que resaltaba contra su piel bronceada.

—¿Cómo te está pareciendo el entrenamiento? —preguntó, inclinándose hacia adelante.

—Ya no me hago tantos moretones —dijo Simon, encogiéndose de hombros.

—Eso es excelente —dijo Jem—. Eso quiere decir que estás encontrando tu equilibrio y bloqueando más golpes.

—¿En serio? —dijo Simon—. Pensé que era porque estaba muerto por dentro.

Magnus dejó caer la tapa de vuelta en la pequeña lata de té muy repentinamente, haciendo un ruidoso sonido de repiqueteo.

—Siento mucho interrumpir tu cena —dijo Jem. Tenía una manera de hablar muy formal que era la única cosa acerca de él que realmente mostraba su edad.

—Nunca lo sientas por eso —murmuró Simon.

—Lo interpreto como que la comida en la Academia no es su mejor característica.

—No estoy seguro de que tenga una mejor característica —replicó Simon.

Jem sonrió, su cara iluminándose.

—Tenemos pasteles aquí, y bísquets. Creo que estos son ligeramente de mejor calidad de a lo que estás actualmente acostumbrado.

Señaló un plato de porcelana lleno de pastelillos y bísquets que se veían muy comestibles. Simon no dudó, agarró el bísquet más cercano y lo metió en su boca. Estaba un poco seco, pero era mejor que cualquiera que había tenido en un tiempo. Sabía que las boronas estaban cayendo de su boca hacia su camiseta oscura, pero se dio cuenta que no le importaba.

—De acuerdo, Magnus —dijo Clary—. Dijiste que explicarías el por qué me trajiste aquí cuando Simon llegara. No es que no esté feliz de verte, pero estás poniéndome nerviosa.

Simon asintió y masticó para mostrar que estaba de acuerdo y apoyaba a Clary al cien por ciento, como se suponía que los mejores amigos lo hacían. Al menos esperaba que estuviera comunicando eso.

Magnus se levantó. Cuando un muy alto brujo con ojos de gato se pone de pie para llamar la atención, cambia el ambiente de la habitación. Hubo un repentino verdadero aire de propósito, con un trasfondo de energía extraña. Catarina se volvió a hundir en el sofá, cayendo en la sombra de Magnus. Catarina no era de las que estaban calladas. Catarina era la azulada voz de la razón y pequeñas rebeliones en los sagrados pasillos de la Academia.

—Me han pedido que les traiga a ambos un mensaje —dijo Magnus, girando uno de los muchos anillos que adornaban sus largos dedos—. Emma Carstairs y Julian Blackthorn van a convertirse en parabatai. La ceremonia requiere dos testigos, y ellos han solicitado que ustedes sean esos testigos.

Clary levantó una ceja y miró hacia Simon.

—Por supuesto —dijo—. Emma es un encanto. Definitivamente. Estoy dentro.

Simon estaba a medio camino de alcanzar otro bísquet. Retiró su brazo.

—Definitivamente —dijo—. Yo también. Pero, ¿por qué no podían simplemente enviarnos una carta?

Magnus se detuvo por un momento y miró hacia Catarina, luego se giró hacia Simon con un guiño.

—¿Por qué enviar una carta cuando puedes enviar algo verdaderamente magnífico?

Era una cosa muy al estilo Magnus para decir, pero sonó un poco hueco. Algo acerca de Magnus se veía un poco hueco. Su voz, tal vez.

—La ceremonia se llevará a cabo en la Ciudad Silenciosa mañana —dijo Jem—. Ya hemos arreglado el permiso para tu asistencia.

—¿Mañana? —dijo Clary—. ¿Y nos lo acaban de pedir ahora?

Magnus se encogió de hombros elegantemente, indicando que algunas cosas como esa simplemente sucedían.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Simon—. ¿Es complicado?

—En absoluto —dijo Jem dijo—. La posición de los testigos es en su mayor parte simbólica, muy parecido a una boda. No tienen que decir nada. Es sólo un asunto de estar parados con ellos. Emma escogió a Clary...

—Puedo entender eso —dijo Simon—. Pero Julian no me escogería. Apenas si nos conocemos. ¿Por qué no Jace?

—Porque Julian no es particularmente cercano a él tampoco —dijo Jem—, y Emma hizo la sugerencia de que tú y Clary, como mejores amigos, serían testigos significativos para ellos. Julian estuvo de acuerdo.

Simon asintió como si entendiera, aunque no estaba seguro de hacerlo, en realidad. Recordaba haber hablado con Julian en la boda de Helen y Aline, hace no mucho tiempo. Recordaba pensar el peso que tenía sobre sus hombros, y lo mucho que parecía mantenerlo contenido, escondido dentro de él. ¿Quizá era tan simple como que no había nadie más que a Julian le importara lo suficiente para pararse

como testigo? ¿Nadie a quien admirara? Eso era increíblemente triste, de ser así.

—En cualquier caso —dijo Magnus—. Van a pararse con ellos mientras van a través de la Prueba de Fuego.

—¿La qué? —preguntó Simon.

—Ese es el verdadero nombre de la ceremonia —dijo Jem—. Los dos parabatai se paran dentro de los aros de fuego.

—El té está listo —dijo Magnus repentinamente—. Jamás lo dejen asentarse por más de cinco minutos. Momento de beber.

Sirvió dos tazas de la pequeña tetera.

—Sólo hay dos tazas —dijo Clary—. ¿Qué hay de ti?

—La tetera es pequeña. Prepararé otra. Esta es para ustedes dos. Bébanlo.

Las dos tazas fueron presentadas. Clary se encogió de hombros y sorbió. Simon hizo lo mismo. Era, para ser justos, un té excepcional. A lo mejor era por eso que los ingleses se emocionaban tanto por ello. Había una maravillosa nitidez en el sabor. Calentó su

cuerpo mientras bajaba. La habitación ya no estaba fría.

—Esto es realmente bueno —dijo Simon—. En realidad no voy por el té, pero me gusta este. Quiero decir, nos dan té aquí pero una vez tuve una taza que tenía un hueso en ella, y esa es una de las mejores tazas que he tenido.

Clary rió.

—¿Entonces qué se supone que usemos? —dijo—. Como testigos, quiero decir.

—Para la ceremonia, uniforme formal. Para la cena posterior, ropa normal. Algo bonito.

—Cosas de boda —dijo Catarina finalmente—. Se parece un montón a una boda pero...

—... sin el romance y las flores.

Ese fue Jem.

Magnus estaba ahora observándolos atentamente, sus ojos de gato brillando en la oscuridad. La habitación se había puesto muy oscura de hecho. Simon le dio a Clary una mirada que se suponía significaba: Esto es

extraño. Ella respondió con una muy clara mirada que decía: Súper extraño.

Simon terminó su té en unos pocos tragos largos y regresó la taza a la mesa.

—Es gracioso —dijo—. Acaba de haber otro anuncio de parabatai en la cena. Dos estudiantes del grupo élite.

—Eso no es poco común para esta época del año —dijo Jem—. Mientras el año llega a su cierre, la gente reflexiona, toman decisiones.

La habitación se puso repentinamente más caliente. ¿El fuego se había avivado? ¿Se había deslizado más cerca? Definitivamente estaba chisporroteando más ruidosamente, pero ahora no sonaba como una carcajada... sonaba como vidrio rompiéndose. El fuego le estaba hablando.

Simon se detuvo en seco. ¿El fuego le estaba hablando? ¿Qué estaba mal con él? Miró alrededor de la habitación confusamente, y escuchó a Clary hacer un raro sonido sorprendido, como si hubiera visto algo que no había estado esperando.

—Creo que es momento de empezar —dijo Jem—. ¿Magnus?

Simon pudo escuchar suspirar a Magnus mientras se ponía de pie. Magnus era realmente alto. Esto, Simon siempre lo había sabido. Ahora se veía como si pudiera golpear el techo. Él abrió una puerta que Simon no había notado que estuviera ahí.

—Vengan por aquí—dijo Magnus—. Hay algunas cosas que necesitan ver.

Clary se levantó y fue hacia la puerta. Simon la siguió. Catarina atrapó su mirada mientras iba. Todo no fue dicho en esta habitación. Ella no aprobaba del todo lo que estaba sucediendo. Tampoco Magnus.

Lo que sea que hubiera del otro lado de la puerta era completamente oscuro, y Clary dudo por un instante.

—Está bien —dijo Magnus—. Sólo está un poco frío allí. Lo siento.

Clary entró, y Simon siguió un paso atrás. Estaban en un espacio sombrío, sin duda frío. Se dio la vuelta, pero ya no podía ver la puerta.

Eran sólo él y Clary. El cabello de Clary brilló de color rojo brillante en la oscuridad.

—Estamos afuera —dijo Clary.

Bastante seguro. Simon parpadeó. Sus pensamientos eran un poco lentos y escasos. Por supuesto que estaban afuera.

—Tal vez podrían haber dicho que saldríamos —dijo Simon, temblando—. Aquí nadie cree en abrigos.

—Date la vuelta —dijo Clary.

Simon giró. La puerta por la que acababan de pasar, de hecho, todo el edificio por el que acababan de venir, había desaparecido. Simplemente estaban al aire libre, rodeados por unos pocos árboles. El cielo era un pergamino púrpura-gris que parecía estar iluminado por una baja turbidez de luces en el horizonte, justo fuera de la vista. Había una red de caminos de ladrillo alrededor, salpicado de zonas cercada de árboles y las urnas que probablemente contuvieron flores en un mejor clima y ahora estaban como recordatorios de la temporada.

Era familiar, y, sin embargo, era como ningún lugar en el que Simón había estado nunca.

—Estamos en Central Park —dijo Clary—. Creo que...

—¿Qué? Nosotros...

Pero tan pronto como lo dijo, se hizo evidente. Las bajas vallas metálicas marcaban los caminos de ladrillo. Pero no había bancos, ni botes de basura, ni personas. No había vista del horizonte en cualquier dirección.

—Bueno... —dijo Simon—. Esto es extraño. ¿Magnus solo lo arruino por completo? ¿Eso puede suceder? Chicos acaban de llegar de Nueva York. ¿Solo abrió el mismo Portal?

—¿Tal vez? —dijo Clary.

Simón respiró profundamente el aire de Nueva York. Estaba muy frío y quemó el interior de su nariz, despertándolo.

—Van a darse cuenta en un segundo —dijo Clary, temblando de frío—. Magnus no comete errores.

—Así que tal vez no fue un error. Quizás tuvimos un viaje gratis a Nueva York. O, yo lo tuve. Voy a asumir que vamos donde queramos hasta que vengan a buscarnos. Sabes que tienen sus maneras. ¡Bien podríamos aprovechar!

Este inesperado y totalmente repentino viaje a casa había revitalizado completamente Simon.

—Pizza —dijo—. Oh Dios mío. Frieron pizza esta noche. Fue lo peor. Tal vez el café. ¿Tal vez hay tiempo para llegar a Forbidden Planet? ¿Solo...?

Acarició sus bolsillos. Dinero. No tenía dinero.

—¿Tú? —preguntó.

Clary negó con la cabeza.

—En mi bolsa. Allí atrás.

Eso no importaba. Era suficiente estar en casa. Lo repentino de eso sólo lo hizo más maravilloso. Ahora que miraba con más cuidado, Simon podía ver claramente los contornos de los rascacielos que se alineaban

en el extremo sur del parque. Parecían los bloques con los que solía jugar de niño, sólo una serie de rectángulos de diversos tamaños fijos uno al lado de otro. Algunos tenían el débil resplandor de los anuncios encima de ellos, pero no pudo leer lo escrito. Podía, sin embargo, ver los colores de los anuncios con una claridad inusual. Un letrero era una rosa rosada, una flor brillante. El siguiente era del color de la electricidad. No sólo eran los colores los que eran intensos. Podía oler todo en el aire. El sabor metálico del frío. El miedo del mar del East River, manzanas lejos. Incluso los pedazos de roca firme que sobresalían y hacían que muchas de las pequeñas montañas de Central Park parecieran tener un olor. No había basura, sin embargo, y no olía a comida o el tráfico. Esto era Nueva York básico. Era la propia isla.

—Me siento un poco raro —dijo Simon—. Tal vez debería haber terminado la cena. Y ahora que acabo de decir eso, sé que debe haber algo mal en mí.

—Tienes que comer —dijo Clary, dándole un rayo de luz—. Te estás convirtiendo en un gran hombre musculoso.

—¿Lo notaste?

—Es difícil no darse cuenta, Superman. Eres como la foto del después en algún comercial para el equipo casero del entrenamiento.

Simon se sonrojó y miró hacia otro lado. No nevaba más. Sólo estaba oscuro y abierto, con muchos árboles alrededor. Había una brillante amargura en el frío.

—¿Dónde crees que estamos? —dijo Clary—. Supongo que... ¿a mitad de camino?

Simon sabía que era posible caminar por algún tiempo en Central Park sin realmente tener una idea de dónde estás. Los caminos se enredaban. Los árboles crean un dosel. La tierra sube y baja en agudas pendientes y descensos.

—Por ahí —dijo, señalando a un patrón debajo de las sombras—. Se abre allí. Es la entrada a algo. Vamos a ir por ese camino y mirar.

Clary se frotó las manos y se acurrucó contra el frío. Simón deseó tener un abrigo que ofrecerle, casi más de lo que le gustaría tener un abrigo para ofrecerse a sí mismo. Aun así, tener frío en Nueva York era mejor que tener frío en la Academia. Tuvo que admitir, sin embargo, que Idris era más templado. El clima de Nueva York era más extremo. Este era el tipo de frío que te congelaría si te quedas en él por mucho tiempo. Probablemente tenían que averiguar dónde estaban y salir del parque e ir a un edificio, cualquier edificio. Una tienda, una cafetería, lo que pudieran encontrar.

Caminaron hacia la abertura, que se reveló como una colección de zócalos de piedra talladas. Había varias de éstas, a juego. Con el tiempo se dirigieron a una escalera igualmente tallada que se inclinaba en su camino a una amplia terraza con una enorme fuente. Había un lago poco más allá, cubierto de hielo.

—Bethesda Terrace —dijo Simon, asintiendo—. Ahí es donde estamos. Eso es en los años setenta, ¿verdad?

—Setenta y dos —dijo Clary—. Lo he dibujado antes.

La terraza era sólo una gran área ornamental al interior del parque y en verdad no era un lugar para estar en una noche fría, pero parecía ser el único lugar para estar. Si caminaban hacia ahí, al menos sabrían dónde estaban, en lugar de deambular por entre los árboles y caminos enredados. Bajaron juntos las escaleras. Extrañamente, la fuente funcionaba esta noche. Usualmente estaba apagada en el invierno, y desde luego cuando estaba helando. Pero el agua fluía libremente, y no había hielo en el agua en la base de la fuente. Las luces estaban encendidas y enfocadas en la estatua del ángel que estaba en medio de la fuente en la parte superior de dos niveles en capas y cuatro querubines diminutos.

—Tal vez Magnus lo arruino —dijo.

Clary caminó hasta el borde inferior de la fuente, se sentó y se abrazó a sí misma. Simon se quedó mirando la fuente. Sospechoso, pensó, cómo no habían notado ninguna luz

hace unos minutos mientras se acercaban. Tal vez sólo habían llegado. El ángel de la Fuente Bethesda era una de las estatuas más famosas de todo Central Park, alas extendidas, agua vertiéndose de sus manos extendidas.

Giró su cabeza hacia abajo para decirle a Clary que mirara la estatua, pero Clary había desaparecido. Se dio la vuelta, una rotación completa. No estaba a la vista.

—¿Clary? —llamó.

No había lugares reales para ocultarte en la terraza, y él había desviado la mirada por un momento. Caminó hasta la mitad de camino alrededor de la base de la fuente, llamándola por su nombre varias veces. Levantó la mirada hacia la estatua de nuevo. La misma estatua, mirando hacia abajo con benevolencia, el agua seguía goteando de sus manos.

Excepto que la estatua estaba de cara a él. Y caminó hacia el otro lado. Tendría que haber estado mirando en la parte posterior de la misma. Dio unos pasos más. Mientras que nunca vio ningún movimiento, con cada paso la estatua aún estaba de frente a él

directamente, su expresión de piedra blanda y blanca y angelical.

Algo hizo clic en la cabeza de Simon.

—Estoy muy seguro de que esto no es real —dijo—. Muy seguro.

La evidencia ahora parecía ridículamente obvia. La geografía del parque estaba sutilmente mal. Consideró el brillante, resplandeciente cielo por un momento, que ahora estaba lleno de nubes blancas del tamaño de estados enteros. Se deslizaron a lo largo del firmamento, como si vieran su progreso de manera avergonzada. Estaba seguro de que podía oler el océano Atlántico, y las rocas y piedras.

—Magnus —gritó Simón—. ¿Están bromeando? ¡Magnus! ¡Jem! ¡Catarina!

No Magnus. Ni Jem. Ni Catarina. Ni Clary.

—Está bien —se dijo Simon a sí mismo—. Has estado en situaciones peores que esta. Esto es simplemente extraño. Eso es todo. Sólo raro. Sólo muy, muy raro. Extraño está bien. Extraño es normal.

»Estoy en una especie de sueño. Algo ha sucedido. Y voy a resolver esto. ¿Qué haría si esto fuera D y D?

Era tan buena pregunta como cualquier otra, excepto que la respuesta tenía que ver con rodar una D20, así que tal vez no era realmente tan útil.

—¿Esto es una trampa? ¿Por qué nos enviarían a una trampa? Debe de ser un juego. Es un rompecabezas. Si ella estuviera en problemas, lo sabría.

Eso era interesante. Tenía el repentino y completo conocimiento de que si Clary resultaba herida, absolutamente lo sabría. No sentía ningún dolor. Sentía una ausencia, un tirón para localizarla.

Mientras este pensamiento se le ocurría, algo muy inusual sucedió concretamente, el gran ángel de piedra de la fuente de Bethesda batió sus alas y voló hacia arriba en el cielo nocturno. Mientras volaba, la base de la fuente se mantuvo conectada a sus pies y levantó la fuente como si fuera una planta. El gran depósito de la fuente se desamarró y comenzó

a tirar hacia el cielo. Los ladrillos y el mortero se rasgaron, y una red de raíces de tuberías fue revelada, y un agujero en bruto en la tierra que rápidamente se llenó de agua. El hielo en el lago se agrietó de golpe, y toda la terraza comenzó a inundarse. Simon retrocedió hacia las escaleras cuando el agua se derramó. Se retiró lentamente, paso a paso, hasta que el agua se igualó. El lago ahora incorporado a la terraza, de ocho pasos elevados. La fuente y el ángel se habían ido.

—Eso —dijo Simon—, fue más raro de lo normal.

Mientras hablaba, un sonido parecía desgarrar la noche en dos. Era un acorde, un armónico puro, atronador que hizo temblar los huesos timpánicos en su cabeza y lo sacudió físicamente hacia sus rodillas. Las nubes se dispersaron, como con miedo, y la luna brillaba clara y completa por encima de él. Era amarilla brillante, tan brillante que apenas podía mirarla. Tuvo que protegerse los ojos y mirar hacia abajo.

Había un bote de remos. Esto no era tan misterioso, se había soltado de la casa de botes, no muy lejos. Todos los botes estaban flotando libremente, emocionado de estar por su cuenta por la noche. Pero este bote había venido todo el camino volcado y golpeado hasta al lado donde estaba parado.

También, a diferencia de todos los otros botes de remos, éste tenía la forma de un cisne.

—Asumiré que se supone que debo entrar —dijo, estremeciéndose, en caso de que el cielo decidiera hacer algún ruido más aterrador. No hubo respuesta desde el cielo, por lo que Simon agarró el cuello del cisne con las dos manos y con cuidado entró y se sentó en el medio. El agua no podía ser muy profunda. Sin duda sería capaz de permanecer en él si el bote se hundía. Pero la noche seguía siendo helada, una fuente voladora, un bote mágico, y Clary desaparecida. No hay razón para añadir “caer en el agua fría” a la mezcla.

Tan pronto como estuvo en él, el pequeño bote de cisne se balanceó moviéndose, como si supiera que tenía un lugar para ir. Se sumió en

el lago, evitando los otros botes sueltos. Simon se acurrucó, envolviendo sus brazos alrededor de sí mismo mientras tomaba su fría, suave travesía en el lago. La superficie era completamente lisa, lo que reflejaba la luna y las nubes. Simón nunca había hecho esto antes. Todo el asunto “navegar en Central Park” parecía que estaba destinado para los turistas. Pero en su memoria, el lago era bastante pequeño y ancho. Se sorprendió cuando se estrechaba muy repentinamente y se hizo en un canal bajo una gruesa cubierta de árboles. Una vez bajo los árboles, absolutamente no hubo ninguna luz durante varios minutos. Entonces, todo se iluminó de una vez, hileras de bombillas súper brillantes se alinearon los lados del canal, y frente a él estaba un bajo túnel con las palabras TÚNEL DE AMOR escrito alrededor del arco de luces.

Brillantes corazones de color rosa se localizaban al principio y al final de la palabra.

—Estás bromeando —dijo Simon por lo que sentía que era la milésima vez.

El aire estaba ahora impregnado con olor a palomitas de maíz y aire de mar, y había sonidos de atracciones de feria. El bote de cisne chocó, como si se moviera en un camino que lo llevaría al túnel. Simon se deslizó en él. La luz detrás de él iba apagándose, y el túnel tenía un suave brillo azul. Alguna clase de música clásica sonaba, llena de violines. El bote se ubicó en el camino. Las paredes estaban pintadas con viejas escenas de amantes, personas sentadas en columpios besándose, una mujer descansando en una representación de una pintura creciente, enamorados inclinado sobre un fresco helado besándose. El agua estaba iluminada desde abajo y brillaba verde, que se refleja en el techo. Simon miró por la borda del bote para tener una idea de qué tan profundo era, o si había algo debajo de él, pero parecía poco profunda, como cualquier trayecto normal de agua.

—Es un lugar extraño para reunirse —dijo una voz.

Simon se giró para ver que ahora estaba compartiendo su pequeño cisne con Jace. Este

estaba parado en el frente del bote, yaciendo sobre la cabeza del cisne. Siendo Jace, su balance era perfecto, por lo que el bote no se volteó.

—Está bien —dijo Simon—, esto está tomando un rumbo que no esperaba.

Jace se encogió de hombros y miró alrededor del túnel.

—Supongo que estas cosas tuvieron un uso alguna vez —dijo—. Probablemente fue atrevido tomar este viaje. Podrías obtener un besuqueo sin supervisión de cuatro minutos.

La palabra “besuqueo” era mala. Oír a Jace decirla era un nuevo nivel de malo.

—Así que —dijo Jace—, ¿quieres hablar tú o yo lo hago?

—¿Hablar de qué?

Jace señaló el túnel a su alrededor, como si fuera muy obvio.

—No voy a besarte —dijo Simon—. Jamás.

—Nunca oí a nadie decir eso antes —musitó Jace—. Ha sido una experiencia única.

—Lo siento. —Simon no sentía ni un poco de culpa—. Si estuviese interesado en chicos, no creo que tú estuvieras en mis diez mejores.

Jace dejó la cabeza del cisne y fue a sentarse junto a Simon.

—Recuerdo cómo nos conocimos. ¿Y tú?

—¿Estás jugando a que recuerdas conmigo? —preguntó Simon—. Es un clásico.

—No es un juego. Te vi. Tú no me viste. Pero yo lo vi. Lo vi todo.

—Esto es divertido —dijo Simon—. Tú y yo y el túnel de qué demonios estás hablando.

—Tienes que intentar recordar esto —dijo Jace—. Esto es importante. Debes recordar cómo nos conocimos.

Lo que sea que fuera, un sueño, alguna clase de estado alterado, fue desviado en una dirección extraña.

—¿Cómo es todo sobre ti? —preguntó Simon.

—Esto no es en absoluto sobre mí. Es sobre lo que vi. Es sobre lo que sabes. Puedes ir allí.

Tienes que tener está de vuelta. Necesitas esta memoria.

—¿Me estás pidiendo que recuerde algún lugar en el que no te vi?

—Exactamente. ¿Por qué no pudiste verme?

—Porque usabas glamour —dijo Simon.

—Pero alguien me vio.

Esa tenía que ser Clary. Respuesta obvia. Pero...

Ahora había algo golpeando en la parte de atrás de la mente de Simon. Él había estado en algún lugar con Clary, y Jace había estado ahí... solo que Jace no estaba allí.

Eso era tanto en su mente como en la realidad. Jace se había ido. Hubo un breve declive y una ráfaga de niebla, luego el uuUuUUUuUUuu de un fantasma de caricatura y la entrada escarnecido en marcha de una especie de mansión gótica. El viaje había pasado de un carril de amantes a una mansión embrujada. Simon iba avanzando, a través de cuadros de habitaciones de la mansión. En la

biblioteca, fantasmas colgaban de cables y un esqueleto salió de un reloj de pie.

Esta fantasía, o lo que fuera que fuese, parecía estar dando golpecitos en sus recuerdos de ir a la Mansión Embrujada en Disney World cuando era niño. Y, sin embargo, a medida que pasaron de una habitación a otra, las cosas se veían más familiares: las agrietadas paredes de piedra, los tapices raídos... La mansión se estaba convirtiendo en la Academia. Había una versión fantasmal de la cafetería y los salones de clase.

—Aquí, Simon.

Era Maia, saludando desde lo que parecía una elegante oficina con paneles de madera. Había un cartel en la pared detrás de ella, algún tipo de verso poético. Simon solo captó una línea: “tan viejo y tan verdadero como el cielo”. Maia llevaba un traje elegante, el cabello cortado en la parte de atrás y brazaletes de oro. Miraba con tristeza a Simon.

—¿Realmente vas a dejarnos? —dijo ella—. ¿Dejarás de ser una Submundo? ¿Te convertirás en uno de ellos?

—Maia —dijo Simon, con un nudo en la garganta. Solo recordaba piezas de su amistad con ella, ¿más que una amistad, quizás? Cuán valiente era ella, y como ella había sido su amiga cuando necesitaba uno desesperadamente.

—Por favor —le dijo—. No te vayas.

El bote se movió rápidamente pasando, a otra habitación, a la sala de un departamento completamente estándar, con muebles baratos. Era el apartamento de Jordan. Jordan salió de su habitación. Había una herida en su pecho; su camiseta estaba negra con sangre.

—Hola, compañero de cuarto.

El corazón de Simon se sintió como si se detuviera en su pecho. Intentó hablar, pero antes de que pudiera decir una palabra, todo se puso oscuro. Sintió el bote volver a su trayecto con un golpe suave, como si hubiese llegado al final del recorrido. Todo corrió hacia adelante. El túnel se abrió, y el bote se sacudió hacia delante de repente y comenzó a acelerar. Simon se sostuvo de la banca en la que estaba sentado para no caerse.

Había sido arrojado en una masa de agua, un río, muy amplio. Junto a él, el horizonte de Nueva York estaba oscuro —los edificios estaban extrañamente no iluminados— pero podía descifrar su contorno. No tan lejos a su lado, podía ver la silueta del edificio Empire State. Frente a él, quizás a un kilómetro o así, había un puente que abarcaba el río en el que estaba. Incluso podía descifrar el contorno ensombrecido del viejo letrero de Pepsi Cola a la derecha del banco. Eso él lo sabía. El letrero estaba a cerca de la base del puente de la calle 59 a Queens.

—El East River—se dijo a sí mismo, dando un vistazo a su alrededor.

El East River no era un lugar en el que estar de noche, en el frío y pequeño bote de remos con forma de cisne. El East River era peligroso, rápido, y profundo.

Sintió algo golpear la parte trasera de su pequeño cisne, se giró esperando ver una barcaza de basura o un barco de carga. En su lugar, había otro bote con forma de cisne. Este contenía a una chica joven, de quizás trece o

catorce años, en un andrajoso vestido de graduación. Tenía el largo cabello rubio recogido en dos coletas irregulares. Ella empujó su cisne junto al de Simon y, luciendo como si nada en el mundo le preocupara, levantó su falda y pasó de un bote al otro. Simon instintivamente se acercó para ayudarla y una mano para sostenerse. Estaba seguro de que la transferencia provocaría que el bote se viniera abajo, mientras el pequeño cisne se balanceaba por el cambio de peso, pero de alguna manera se mantuvieron derechos. La chica se arrojó junto a Simon en la banca. El cisne estaba diseñado para que las personas intimaran por lo que ella estaba presionada contra su costado.

—¡Hola! —dijo ella alegremente—. ¡Estás de vuelta!

—¿Lo... estoy?

Algo estaba mal con la cara de la chica. Era demasiado pálida. Había profundos círculos alrededor de los ojos y sus labios eran ligeramente grises. Simon no estaba seguro de quién era, pero se sentía inquieto.

—¡Ha sido una eternidad! —dijo ella—. Pero estás de vuelta. Sabía que volverías por mí.

—¿Quién eres?

Ella lo golpeó en el brazo divertida, como si hubiese dicho una broma.

—Cállate —le dijo—. Eres tan divertido. Es por eso que te amo.

—¿Me amas?

—Cállate —dijo de nuevo—. Sabes que te amo. Siempre hemos sido tú y yo. Tú y yo por siempre.

—Lo lamento —dijo Simon—. No recuerdo.

Ella miró el río turbulento y los oscuros edificios, como si todo esto fuera maravilloso y donde quería era estar.

—Todo lo valió —dijo ella—. Tú lo valiste.

—¿Gracias?

—Quiero decir, me mataron por ti. Me tiraron en un bote de basura. Pero no lo sostengo en tu contra.

El frío estaba ahora tanto dentro de Simon como fuera.

—Pero la estás buscando ¿o no? Ella es tan molesta.

—¿Clary? —preguntó Simon.

La chica agitó su mano como alejando una nube desagradable de humo de cigarrillo.

—Podrías estar conmigo. Ser mi rey. Estar con la reina Maureen. ¡Reina Maureen, reina de la muerte! ¡Reina de la noche! ¡Yo gobierno todo esto!

Extendió la mano por el horizonte. Aunque parecía poco probable que esta misma joven hubiese gobernado Nueva York, había algo en la historia que sonaba cierto. Él lo sabía. Había sido su culpa. Él no había hecho nada exactamente, pero podía sentir culpa, terrible, abrumadora culpa y responsabilidad.

—¿Y si hubieses podido salvarme? —preguntó ella—. ¿Lo hubieras hecho?

—Yo...

—¿Y si hubieras tenido que escoger? —dice Maureen, sonriendo ante el pensamiento—. Juguemos un juego. Debes escoger. Yo o ella.

Quiero decir, morí por tu culpa... deberías escogermelo. Salvarme.

Las nubes, siempre visibles cuando algo interesante ocurría, se amontonaron de nuevo. El viento creció y el río balanceó al bote de lado a lado.

—Ya sabes, ella está en el agua —dijo Maureen—. El agua en la fuente que viene del lago. El agua del lago que viene del río. El agua del río que viene del mar. Ella está en el agua, en el agua, en el agua...

Hubo una tremenda punzada en el pecho de Simón, como si alguien le hubiera dado un puñetazo justo en el esternón. A un lado de la embarcación, apareció algo, algo así como piedra y algas. No. Un rostro, y una corona de cabello. Era Clary, flotando sobre su espalda con los ojos cerrados. Se acercó a ella pero el agua iba muy rápido y ella fue empujada río arriba.

—¡Puedes hacerlo mejor! —gritó Maureen, saltando del bote. Este se balanceó—. ¿A quién salvaras esta vez, diurno?

Con eso, se sumergió por el otro lado. Simon agarró el cuello del cisne para mantener el equilibrio y revisar el agua. Clary ya había flotado un metro, o más, y Maureen flotaba de la misma manera, ahora en silencio y luciendo dormida, a mitad de distancia.

No había mucho que pensar. Él no era el nadador más fuerte, y la contracorriente del río probablemente lo hundiría. El frío lo volvería insensible y probablemente lo mataría primero.

Y tenía que salvar a dos personas.

—Esto no es real —se dijo a sí mismo. Pero el dolor en su pecho decía otra cosa. El dolor le gritaba. También estaba seguro de que, real o no, cuando saltara al río, dolería tanto o más que cualquier cosa que hubiese sentido. El río era lo suficientemente real.

¿Qué era real? ¿Qué tenía que hacer? ¿Se suponía que debía nadar junto a una joven y dejarla?

—Decisiones difíciles —dijo una voz detrás de él.

No tuvo que voltearse para saber que era Jace, balanceándose elegantemente en la cola del cisne de madera.

—Sobre eso se trata. Decisiones difíciles. Nunca se vuelven más fáciles.

—No estás ayudando —dijo Simón, quitándose los zapatos.

—¿Así que vas a entrar? —Jace miró el agua y se encogió—. Incluso yo me lo pensaría dos veces antes de eso. Y yo soy increíble.

—¿Por qué tienes que participar en todo? —preguntó Simón.

—Voy a donde Clary va.

Los dos cuerpos iban a la deriva.

—Yo igual —dijo Simón. Y saltó de la parte derecha de la barca, tapándose la nariz. Sin zambullida. Sin necesidad de teatralidad. Saltar era suficiente, y por lo menos lo mantendría en posición vertical.

El dolor del agua era aún peor de lo que pensaba. Fue como saltar a través del cristal. Lo helado crujía por todo el cuerpo, forzando todo el aire de sus pulmones. Se estiró hacia el

bote pero éste se apartó, con Jace en la cola, saludando con la mano. La ropa de Simón estaba tirando de él hacia abajo, pero él tenía que luchar. Por difícil que era para mover sus brazos, se estiró para tratar de nadar. Sus músculos se contrajeron, incapaces de funcionar a esta temperatura.

Ninguno de ellos podría sobrevivir esto. Y esto no se sentía como un sueño. Estando en esta agua, la cual estaba tirando más fuerte ahora, tirando de él hacia abajo, esto era tan bueno como estar muerto. Pero algo crujió en su mente, un poco de conocimiento que había estado muy, muy apartado. Había sabido lo que era estar muerto. Había tenido que arañar su camino fuera de la tierra. Había tenido el suelo en sus ojos y en la boca. La niña, Maureen, estaba muerta. Clary no lo estaba. Lo sabía porque su corazón seguía latiendo, erráticamente, pero seguía latiendo.

Clary.

Extendió la mano otra vez y luchó con el agua. Una brazada.

Clary.

Dos brazadas. Dos brazadas eran ridículas. El agua era más rápida y más fuerte y sus miembros temblaban y estaban tan pesados. Empezó a sentir sueño.

—No puedes rendirte ahora —dijo Jace. El barco había dado la vuelta y ahora estaba en el lado derecho de Simón, justo fuera de su alcance—. Dime lo que sabes.

Simón no estaba de humor para ser interrogado. El río y la tierra misma le estaban tirando hacia abajo.

—Dime lo que sabes —Jace insistió.

—Yo-yo...

Simón no podía decir las palabras.

—¡Dime!

—C-C-Clar...

—Clary. ¿Y qué sabes de ella?

Simón definitivamente no podía hablar más. Pero sabía la respuesta. Iría a ella. Vivo. Muerto. Luchando contra el río. Incluso si su cadáver flotaba junto al de ella, eso de alguna manera tenía que ser suficiente. El

conocimiento hizo que su cuerpo se calentara, sólo un poco. Pateó contra el agua.

—¡Ahí lo tienes! —dijo Jace—. Ahora lo estás entendiendo. Ahora, ve.

Todo el cuerpo de Simón se estremeció violentamente. Su rostro cayó por debajo de la superficie por un momento y tragó agua, la cual le quemaba por dentro. Salió de nuevo, la escupió.

Una brazada. Dos. Tres. No era tan inútil ahora. Estaba nadando. Cuatro. Cinco. Las contó. Seis. Siete.

—Conozco la sensación —dijo Jace, a la deriva junto a él—. Es difícil de explicar. Ellos no hacen tarjetas de felicitaciones por ello.

Ocho. Nueve.

La ciudad comenzó a iluminarse. Comenzando en el nivel del suelo, las luces aparecieron, alzándose hacia el cielo.

—Cuando te das cuenta —dijo Jace—. Sabes que puedes hacer lo que sea, porque tienes que hacerlo. Porque eres tú. Eres uno.

Diez. Once.

No hay necesidad de contar ahora. Jace y los cisnes se fueron quedando atrás, y ahora él estaba solo, nadando, su cuerpo bombeando con adrenalina. Se volvió para mirar a Maureen, pero ella se había ido. Clary, sin embargo, era aún claramente visible, flotando justo por delante. No flotando.

Nadando. Hacia él. Ella estaba haciendo exactamente lo que él estaba haciendo, forzando su cuerpo a seguir, estremeciéndose, empujando a través del agua.

Simón se impulsó a través de las últimas brazadas y sintió el contacto de su mano. Él iría, se iría con ella. Y ella estaba sonriendo, con los labios azules.

Y entonces sintió el suelo bajo él, alguna superficie bajo el agua, algo a sólo uno o dos metros hacia abajo. Clary reaccionó en el mismo momento, y los dos se agarraron el uno al otro y se esforzaron para ponerse de pie. Estaban de pie en la Fuente de Bethesda, la estatua del ángel mirando abajo hacia ellos, vertiendo agua sobre sus cabezas.

—T-tú... —dijo Clary.

Simón no trató de hablar. La abrazó, y se estremecieron juntos antes de pisar con cuidado fuera de la fuente y acostarse en los ladrillos de la terraza, jadeando por respirar. La luna era amplia, demasiado amplia y demasiado cercana.

Mentalmente, Simón le dijo a la luna que dejara de estar tan cerca y brillante y que debería en general, acallar la ensoñación. Extendió la mano y tomó la mano de Clary, la cual ya estaba extendida, a la espera de la suya.

Cuando abrió los ojos, no estaba afuera. Estaba sobre algo bastante cómodo y lujoso. Simón estiró su brazo a su alrededor y sintió una superficie aterciopelada debajo de él. Se sentó y se dio cuenta que estaba en un sofá en la sala de visitas. El juego de té estaba allí, delante de él. Magnus y Catarina estaban de pie contra la pared, deliberando, y Jem estaba sentado en la silla entre ellos y observándolos a ambos.

—Siéntate lentamente —dijo—. Toma algunas respiraciones profundas.

—¿Qué demonios? —dijo Simón.

—Bebiste agua del Lago Lyn —dijo Jem en voz baja—. Las aguas producen alucinaciones.

—¿Nos hicieron beber agua del Lago Lyn? ¿Dónde está Clary?

—Ella está bien —dijo Jem tranquilamente—. Bebe un poco de agua. Debes tener sed.

Un vaso ya estaba contra los labios de Simón. Catarina estaba sosteniéndolo.

—¿Estás bromeando? —dijo Simón—. ¿Quieres que me beba eso? ¿Después de lo que acaba de suceder?

—Está bien —dijo Catarina. Ella tomó un largo sorbo del vaso y la sostuvo de nuevo frente a la boca de Simón. Él sí tenía un caso loco de boca seca, en realidad. Sentía la lengua gruesa. Tomó el vaso y se lo bebió de una sola vez, luego lo llenó de nuevo, y de nuevo de una jarra en la mesa. Sólo después del tercer vaso sintió que podía hablar de nuevo.

—¿No que eso vuelve a la gente loca? —dijo, sin molestarse en disimular su enojo de ninguna manera.

Jem se sentó con calma, con las manos sobre las rodillas. Simón podía ver su edad ahora, no en su rostro, sino detrás de sus ojos. Eran oscuros espejos que reflejaban el paso de incontables años.

—De haber salido algo mal, habrían estado con los Hermanos Silenciosos a la hora. Puede que no sea más un Hermano Silencioso, pero he tratado previamente a aquellos que han consumido las aguas. Magnus preparó el té porque ha trabajado con la mente de ambos. Catarina, por supuesto, es una enfermera. Siempre estuvieron seguros. Lo siento. Ninguno de nosotros quería engañarte. Esto fue hecho para tu beneficio.

—No es una explicación —dijo Simón—. Quiero ver a Clary. Quiero saber lo que está pasando.

—Ella está bien —dijo Catarina—. Voy a ir a ver cómo le va. No te preocupes.

Ella se fue, y Jem se inclinó hacia adelante en su silla.

—Antes de que Clary entre, necesito saber: ¿Qué viste?

—¿Cuando me drogaron?

—Simón, esto es importante. ¿Qué viste?

—Yo estaba en Nueva York. Yo... creí que estaba en Nueva York. ¿Fuimos a Nueva York? ¿Abrieron un Portal?

Jem sacudió la cabeza.

—Estuvieron en este cuarto todo el tiempo. Por favor. Dime.

—Clary y yo estábamos en Central Park, por la Fuente de Bethesda. El ángel en la fuente se fue volando y la fuente se inundó, y Clary desapareció. Entonces una barca llegó y yo estaba en un paseo del "túnel del amor" con Jace, y él me decía que recordara dónde nos conocimos, a pesar de que yo no lo vi.

—Detente un momento —dijo Jem—. ¿Qué significa eso para ti?

—No tengo ni idea. Sólo sé que estaba diciendo que tenía que recordar.

—¿Recuerdas?

—No —espetó Simón—. Apenas recuerdo algo. Sé que estaba probablemente con Clary. Clary podía verlo.

—Continúa —dijo Jem—. ¿Qué pasó después?

—Vi a Maia —dijo—. Y vi a Jordan. Él estaba cubierto de sangre. Entonces este viaje me dejó fuera en el East River, y una chica llamada Maureen dijo que murió por mi culpa y saltó. Clary estaba flotando en el agua y yo...

Se estremeció de nuevo, y Jem inmediatamente se levantó y mostró una manta, envolviéndola alrededor de sus hombros.

—Acércate al fuego —dijo Jem, levantándolo y guiándolo hacia una silla. Cuando Simón se había asentado un poco y calentado, Jem le animó a continuar.

—Maureen me dijo que tenía que decidir a cuál de ellas salvar. Jace apareció de nuevo y me dio un poco de charla sobre cómo todas las decisiones eran difíciles. Salté.

—¿Por quién te decidiste a salvar? —preguntó Jem.

—Yo no había... decidido... nada. Sabía que tenía que saltar. Y supongo que sabía que Maureen estaba muerta. Ella dijo que estaba muerta. Pero Clary no lo estaba. Yo sólo tenía que llegar a Clary. Obtuve toda esta energía, de repente, y pude nadar a ella. Y cuando nadé hacia ella, miré hacia arriba y ella estaba nadando hacia mí.

Jem se sentó y entrelazó los dedos por un momento.

—Quiero ver a Clary —dijo Simon a través de castaño de dientes. Su cuerpo estaba caliente, probablemente nunca había estado frío, en realidad, pero el agua del río igual se sintió tan real.

Catarina reapareció un momento después con Clary, quien también estaba envuelta en una manta. Jem inmediatamente se levantó y le ofreció su silla. Los ojos de Clary estaban muy abiertos y brillantes, y veía a Simón con alivio.

—¿También te sucedió? —dijo ella—. Lo que sea que fuera.

—Creo que ambos lo tuvimos —contestó—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Sólo tengo... realmente frío. Creí que estaba en el río.

Simón dejó de temblar.

—¿Creíste que estabas en el río?

—Estaba tratando de nadar hacia ti —dijo Clary—. Estábamos en Central Park, y fuiste succionado por el suelo, como si estuvieses siendo enterrado vivo. Y Raphael llegó, y yo estaba en su motocicleta, y estábamos volando sobre el río y te vi. Salté...

Desde detrás de la silla de Clary, Catarina asintió.

—Vi algo un poco como eso —dijo Simón—. No exactamente, pero... lo suficiente. Y te alcancé. Estabas nadando hacia mí. Luego estábamos de vuelta...

—... en Central Park. Por la fuente con el ángel.

Magnus se había unido al grupo también y se tendió en un sofá.

—La Fuente Bethesda —dijo—. Los Cazadores de Sombras pueden haber tenido algo que ver con su construcción. Sólo digo.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Simón—. ¿Qué era esto?

—Ustedes dos son diferentes —dijo Magnus—. Hay cosas en sus orígenes que significan eso... las cosas tienen que hacerse de otra manera. Para empezar, ambos han tenido bloqueos puestos en sus recuerdos. Clary tiene una cantidad inusual de sangre de ángel. Y tú, Simón, solías ser un vampiro.

—Lo sabemos. Pero, ¿por qué han tenido que drogarnos para que hagamos algo simbólico?

—No fue simbólico. La prueba parabatai es la prueba de fuego —dijo Catarina—. Ustedes están de pie en anillos de fuego para hacer su alianza. Esta... esta es la prueba de agua. La naturaleza de la prueba requiere que no tengan ningún conocimiento de la prueba. Prepararse mentalmente para la prueba puede

afectar el resultado. Esta prueba no se trataba de Julian y Emma. Se trata de ustedes dos. Piensen en lo que ambos vieron, en lo que ambos aprendieron. Piensen en lo que sintieron. Piensen en cuando fueron capaces de nadar para alcanzar el uno al otro cuando no tenían nada más, cuando deberían haber muerto.

Simon y Clary se miraron. La niebla comenzó a disiparse.

—Tomaron el agua —dijo Jem—. Y se unieron en el mismo lugar en sus mentes. Fueron capaces de encontrarse el uno al otro. Estaban vinculados. "Y aconteció que el alma de Jonathan quedó ligada al alma de David, y Jonathan lo amó como a su propia alma".

—¿Parabatai? —dijo Simón—. Espera, espera, espera. ¿Estás tratando de decirme que esto se trata de ser parabatai? No puedo tener un parabatai. Cumplí diecinueve años hace dos meses.

—No exactamente —dijo Magnus.

—¿Qué quieres decir con No exactamente?

—Simón —dijo Magnus claramente—, moriste. Estuviste muerto durante casi medio año. Es posible que hayas estado caminando por ahí, pero no estabas vivo, no como un ser humano. Ese tiempo no cuenta. Para los estándares de los Cazadores de Sombras, todavía tienes dieciocho años. Y tienes todo el año hasta tu decimonoveno cumpleaños para encontrar un parabatai. —Él miró hacia Clary—. Clary, como ustedes saben, está todavía dentro del límite de edad. Debería haber tiempo para que puedan Ascender y luego para que ustedes dos se conviertan en parabatai inmediatamente, si eso es lo que quieren.

—Algunas personas son especialmente adecuadas para ser parabatai —dijo Magnus—. Nacidas para ello, se podría decir. La gente piensa que se trata de llevarse bien, acerca de siempre estar de acuerdo, estar en sincronía. No lo es. Se trata de ser mejor juntos. Luchar mejor juntos. Alec y Jace no siempre están de acuerdo, pero siempre han sido mejor juntos.

—Se me ha dicho a menudo —dijo Jem con voz suave—, lo mucho que ustedes dos

estaban dedicados el uno al otro. La manera en que siempre se han apoyado y puesto al otro primero. Cuando el lazo parabatai es verdadero, cuando la amistad fluye profunda y honesta, puede ser trascendental. —Había tristeza en sus ojos, una tristeza tan profunda que era casi atemorizante—. Necesitábamos averiguar si lo que se había observado de los dos era real por su bien. Están a punto de presenciar la ceremonia. Eso puede causar una poderosa reacción en verdaderos parabatai. Debemos asegurarnos de que es verdadero y pueden resistirlo. La prueba nos dijo lo que necesitábamos saber.

Los ojos de Clary se habían ampliado mucho

—Simon... —susurró. Su voz era rasposa.

—Es un poco de tecnicismo —añadió Magnus—, pero los Cazadores de Sombras no tienen problemas con los tecnicismos. Aman el tecnicismo. Mira a Jem. Jem está técnicamente en piel. La gente no vuelve de ser un Hermano Silencioso, tampoco, pero aquí está.

Jem sonrió ante esto, la tristeza de sus ojos alejándose.

—Parabatai —dijo Clary de nuevo.

Y en ese momento algo se asentó sobre Simon, algo como una manta en un día frío. Algo completamente tranquilizador.

—Parabatai —dijo él.

Un largo momento se acentuó entre ellos, y en ese momento, todo estuvo decidido. No había necesidad de discutirlo. No necesitabas preguntar si tu corazón debía latir, o si deberías respirar. Clary y él eran parabatai. Toda la furia de Simon se había ido. Ahora lo sabía. Él tenía a Clary, y ella lo tendría a él. Para siempre. Sus almas unidas.

—¿Cómo sabían? —preguntó Simon.

—No es difícil de ver —contestó Magnus, y finalmente algo de su usual frivolidad estaba en su voz—. También soy literalmente mágico.

—Es bastante obvio —añadió Catarina.

—Hasta yo lo sabía —dijo Jem—. Y no los conozco muy bien. Siempre hay algo sobre los verdaderos parabatai. No necesitan hablar

para comunicarse. Los vi a ustedes dos tener conversaciones enteras sin decir una palabra. Era así con mi parabatai, Will. Nunca tuve que preguntarle a Will qué estaba pensando. De hecho, usualmente era mejor no preguntarle a Will qué estaba pensando...

Eso le sacó una sonrisa a Magnus y a Catarina.

—Pero veo eso entre ustedes. Los verdaderos parabatai están unidos mucho antes de que la ceremonia tome lugar.

—Entonces podemos... ¿podemos hacer la ceremonia? —preguntó Clary.

—Pueden —dijo Jem—. No esta noche. Habrá algunas discusiones sobre ello en la Ciudad Silenciosa, de seguro, ya que es un caso inusual.

—Muy bien —dijo Catarina—. Ahora la enfermera se encargará. Es suficiente por esta noche. Ustedes dos necesitan dormir. Esa agua supone un aporte. Estarán bien en la mañana, pero necesitan descansar. Descansar e hidratarse. Vamos.

Simon quiso levantarse y encontró que sus piernas lo habían dejado y habían sido reemplazadas con una sustancia tambaleante en forma de piernas. Catarina lo sostuvo debajo del hombro y lo ayudó. Magnus ayudó a Clary a ponerse de pie.

—Hay una habitación para ti aquí esta noche, Clary —dijo Catarina—. En la mañana tendremos el equipo de vestir traídos por ti para la ceremonia de Julian y Emma.

—Esperen —dijo Simon mientras era acompañado afuera—. Jace seguía diciendo algo sobre que tenía que recordar cómo nos conocimos él y yo. ¿Qué significa eso?

—Eso tienes que averiguarlo tú —dijo Jem—. Las visiones causadas por el Lago Lynn pueden remover sentimientos muy fuertes.

Simon asintió. Su cuerpo se estaba rindiendo. Le permitió a Catarina acompañarlo a su habitación.

—¿Qué te pasó a ti? —dijo George mientras Catarina lo tenía en la puerta.

—¿Por cuánto me he ido? —respondió Simon, dejándose caer de cara en su cama. Era una señal de su agotamiento que su terrible y malformada cama se sintiese bien. Se sentía como un centenar de almohadas amontonadas al final de un castillo inflable.

—Quizás dos horas —dijo George—. Te ves terrible. ¿Qué pasó?

—La comida —murmuró Simon—. Finalmente me hizo efecto.

Y luego se quedó dormido.

* * *

Se sintió sorprendentemente bien cuando despertó. Hasta se despertó antes que George. Salió de la cama en silencio y tomó su toalla y cosas para ir a los baños. En el suelo fuera de la puerta, estaba un traje formal. El traje formal de los Cazadores de Sombras era muy parecido a un traje regular, era más ligero en peso, de alguna manera más negro y más limpio que los otros trajes. Sin lágrimas. Sin icor. Tipos elegantes. Puso la caja en la cama y quedamente continuó al baño. Nadie estaba despierto todavía, así que tenía todo el

mohoso lugar para él. Resultaba ser que si despertabas primero, podías tener algo de agua caliente de verdad, así que estuvo bajo el chorro, pretendiendo que no sabía a óxido, y dejó que su cuerpo se relajara en la calidez. Había apenas luz entrando por la ventana en lo alto en la pared que pudo obtener lo que necesitaba hasta para afeitarse.

Caminó por los pasillos de la Academia, que eran suavizados por la luz de la mañana. Nada se veía muy severo esta mañana. Era casi acogedor. Hasta encontró uno de los fuegos del salón encendidos, y se mantuvo de pie a su lado para calentarse antes de salir para tomar aire. No se sorprendió de encontrar allí a Clary, ya vestida, sentada en el escalón superior, viendo a la neblina que flotaba sobre el suelo en el amanecer.

—También despertaste temprano, ¿eh? —dijo ella.

Él se sentó a su lado.

—Sí. Despertar antes de que en la cocina empiecen a cocinar. Esa es la única manera de escapar de ello. Aunque estoy hambriento.

Clary rebuscó en su bolso por un momento y sacó un bagel envuelto en varias servilletas pequeñas de un deli.

—Es eso... —dijo Simon.

—¿Crees que vendría de Nueva York con las manos vacías? No hay queso crema, pero, ya sabes, es algo. Sé lo que necesitas.

Simon sostuvo el bagel por un momento.

—Tiene sentido —dijo—. Tú y yo. Siento como si siempre hubiera sido verdadero. Es lo que siempre hemos sido. Tú no... sé que no lo recuerdas todo, pero siempre hemos sido tú y yo.

—Recuerdo lo suficiente —dijo él—. Siento lo suficiente.

Quiso decir más, pero la enormidad de todo, mucho de ello era mejor dejarlo sin decir. Por ahora, de todas maneras. Aún era tan reciente en su memoria, este sentimiento. Este sentimiento de completo.

Así que se comió el bagel. Siempre come el bagel.

—Emma y Julia —dijo Simon entre mordidas—. Solo tienen catorce.

—Jace y Alec tenían quince.

—Aun así. Se ve... quiero decir, ellos han pasado por mucho. El ataque en el Instituto de Los Angeles.

—Lo sé —dijo Clary, asintiendo—. Pero las cosas malas... a veces hacen que la gente se una. Han tenido que crecer rápido.

Un carruaje negro conducido por caballos apareció al borde del camino conduciendo a la Academia. Mientras se acercaba, Simon pudo ver una figura en una vestidura plana, color pergamino en las riendas. Cuando el carruaje paró y la figura se giró a ellos, Simon pudo ver las runas que sellaban la boca del hombre. Cuando habló el hombre, no fue por palabras normales, sino en una voz que cayó directo en la mente de Simon.

Soy el hermano Shadrach. Estoy aquí para llevarlos a la ceremonia. Por favor entren.

—Sabes —dijo Simon quedamente mientras entraban en el carruaje—, probablemente

había un tiempo cuando habríamos considerado esto escalofriante.

—Ya no me acuerdo más de esos tiempos —respondió Clary.

—Supongo que finalmente llegamos a algo que ninguno de los dos recuerda.

El carruaje estaba simplemente revestido de seda negra, cortinas negras, negro por doquier, realmente. Pero era espaciado y cómodo, tan rápido como los carruajes tirados por caballos van.

El hermano Shadrach no temía a la velocidad, y pronto la Academia estaba en la distancia y Simon y Clary se veían el uno al otro en el carruaje mientras rebotaban igual. Simon trató de hablar unas pocas veces, pero su voz vibraba por el impacto, el constante golpeteo del carruaje a través de la llanura de Brocelind. Los caminos en Idris no eran las limpias carreteras a las que Simon estaba acostumbrado. Estaban pavimentadas en piedra, y no había paradas de descanso con baño y Starbucks. No había calefacción, pero cada uno había sido provisto con una pesada

manta de piel. Como vegetariano, Simon realmente no quería usarla. Como una persona sin muchas opciones que se estaba congelando, lo hizo.

Simon tampoco tenía reloj, celular o algo que le indicara el paso del tiempo excepto el levantamiento tardío del sol de otoño. Estimó que viajaron por una hora, tal vez más. Entraron a la calmada sombra del bosque Brocelind. El aroma de los árboles y las hojas era casi tóxico, y el sol pasaba entre las rejas y lazos, iluminando el rostro y cabello de Clary, su sonrisa.

Su parabatai.

Pararon no muy lejos del bosque. La puerta se abrió, y el Hermano Shadrach estaba allí.

Hemos llegado.

De alguna manera, fue peor cuando paró. El cuerpo y cabeza de Simon aún se sentía como si estuviera temblando. Simon vio hacia arriba y vio que estaban cerca de la base de una montaña. Se estrechaba arriba de los árboles.

Por aquí.

Siguieron al Hermano Shadrach por el apenas marcado camino, un ligero tanteo donde varios pies habían pasado, dejando apenas la mínima huella en el suelo, de unos pocos centímetros de ancho.

A través de una maraña de árboles contra el lado de la montaña, había una puerta, de unos cuatro metros de altura. Era ancha en la base y se hacía angosta en la cima. Había un tallado bajo relieve de un ángel justo arriba del dintel. El Hermano Shadrach tomó uno de los anillos en la puerta y golpeó fuerte, una sola vez. La puerta se abrió, aparentemente por propia voluntad.

Caminaron por un angosto pasaje, con llanas paredes de mármol, y descendieron por una escalera de piedra. No había barandales, así que él y Clary pusieron sus manos en cada pared para evitar caer. El Hermano Shadrach, en su larga túnica, no tenía miedo de caer. Parecía que se deslizaba hacía abajo. Allí, estaba en un espacio más amplio, que Simon al principio pensó estaba hecho de piedras. Luego de un momento vio que las paredes eran

un mosaico con huesos, algunos de un blanco tiza, algunos cenizos, y algunos de un perturbador café. Largos huesos formaban arco y columnas, y calaveras de la parte superior externa, formaban la mayor parte de las paredes. Finalmente fueron dejados en una habitación donde el arte de hueso era realmente ambicioso, grandes diseños circulares de calaveras y huesos daban forma a la habitación. Arriba, huesos más pequeños, formaban estructuras más delicadas, como candelabros, que brillaban con luz mágica. Era como si mostraran el espectáculo decoración del hogar para el fin del mundo.

Esperarán aquí.

El Hermano Shadrach salió de la habitación, y Simon y Clary fueron dejados solos. Una cosa sobre la Ciudad Silenciosa: de verdad vivía para su nombre. Simon nunca había estado en un lugar tan extrañamente desprovisto de sonido. Simon se preocupó de que si hablaba, las paredes de huesos se caerían sobre su cabeza y los enterrarían a ambos. Probablemente no lo harían —eso sería una

falla mayor en el diseño— pero la sensación era fuerte.

Luego de varios minutos la puerta se abrió de nuevo y Julian apareció solo. Julian Blackthorn podría tener solo catorce, pero se veía mayor, aun mayor que Simon. Había crecido un poco, y ahora Simon podía verlo directo a los ojos. Él tenía el característico grueso cabello marrón oscuro de su familia, y su rostro tenía una apariencia de seriedad. Era una seriedad que le recordó a Simon la manera en que su madre lo había visto cuando su padre había muerto, y había pasado noches despierta preocupándose sobre cómo pagar la hipoteca y alimentar a sus hijos, como criarlos ella sola. Nadie llevaba este tipo de expresión por elección. La única señal de que Julian no era un adulto era la manera en que su traje le quedaba un poco suelto, y la forma en que era un poco desgarrado.

—¡Julian! —dijo Clary, viendo como si considerara abrazarlo y luego descartando la idea. Se veía muy digno como para ser abrazado—. ¿Dónde está Emma?

—Hablando con el Hermano Zachariah —dijo Julian—. Digo Jem. Está hablando con Jem. —Julian se vía profundamente confundido por esto, pero tampoco se veía de humor para ser cuestionado sobre ello.

—Así que —Clary dijo—, ¿cómo te sientes? Julian simplemente asintió y miró alrededor.

Dudó.

—Solo quiero... hacerlo. Quiero que esté hecho.

Esto parecía ligeramente como una respuesta extraña. Ahora que Simon pensaba sobre su propia ceremonia con Clary, el prospecto se veía increíble. Algo que había que mirar a futuro. Pero Julian había pasado por mucho. Había perdido a sus padres, a su hermano y hermana mayor. Probablemente era duro pasar por algo de esta magnitud sin ellos allí.

Era difícil ver a Julian y no recordar que él había visto al hermano de Julian no hace mucho, Mark, prisionero y casi loco. Que había

decidido no compartir este hecho con Julian, porque habría sido increíblemente cruel hacerlo. Simon aun creía que su decisión había sido la correcta, pero ello no significaba que no pesaba como una piedra en su alma.

—¿Qué tal Los Angeles? —dijo, arrepintiéndose inmediatamente. ¿Qué tal Los Angeles? ¿Qué tal está ese lugar en el que vives donde viste a tu padre asesinado y a tu hermano tomado como era rehén para siempre por las hadas? ¿Qué tal está?

La boca de Julian se curvó en la esquina. Como si hubiera sentido que Simon se sentía incómodo, y sintiera compasión, pero también creyera que era divertido.

Simon estaba acostumbrado a eso.

—Caliente —dijo Julian.

Que era bastante cierto.

—¿Cómo está tu familia? —preguntó Clary. El rostro de Julian se iluminó, sus ojos brillando como la superficie del agua.

—Todos están bien. Ty está realmente en toda la cosa de detective, Dru horrorizada,

viendo todo tipo de películas mundanas que no se supone que vea. Pero luego ella se asusta y tiene que dormir con la luz encendida. Livvy se está volviendo realmente buena con los cuchillos, y Tavvy...

Se calló cuando Jem y Emma bajaron por las escaleras. El paso de Emma parecía ligero. Había algo en Emma que hacía pensar a Simon en veranos eternos en una playa; su cabello decolorado, su elegante forma de moverse, su bronceado de invierno. En el interior de uno de sus brazos, estaba una feroz cicatriz larga.

Ella miró a la vez a Julian, que asintió antes de comenzar a pasear por la habitación. Emma inmediatamente envolvió a Simon en un abrazo. Sus brazos, aunque más pequeños que los suyos, se envolvieron a su alrededor como cables de acero. Olía como rocío de mar.

—Gracias por estar aquí —dijo ella—. Quise escribirles, pero ellos... —Miró a Jem por un momento—. Ellos dijeron que les dirían. Gracias a ambos.

Julian pasó su mano por la lisa pared de mármol. Parecía tener problemas con mirar a

Emma. Emma fue hacia él, y Jem la siguió, hablándoles por un momento. Clary y Simon se quedaron atrás y los vieron. Algo sobre la forma en que Emma y Julian estaban actuando no era precisamente lo que Simon esperaba. Seguro, ellos estarían nerviosos, pero...

No, era algo más.

Clary tiró de la manga de Simon, indicándole que debería inclinarse para que ella pudiera susurrarle:

—Ellos lucen tan... —Clary cortó su oración yladeó su cabeza ligeramente a un lado—... jóvenes.

Había un dejo en su voz que esto no era un resumen completamente satisfactorio. Algo estaba fuera de lugar. Pero Simon no tuvo tiempo de averiguar qué. Jem, Emma y Julian se les unieron de nuevo.

—Los acompañaré a la recámara —dijo Jem—. Clary acompañará a Emma. Simon a Julian. ¿Están listos para seguir?

Emma y Julian tragaron visiblemente y sus ojos se ampliaron mucho, pero se las arreglaron para decir que sí.

—Entonces procederemos. Por favor, síganme. —Más corredores, pero el hueso dio paso a más mármol blanco, y entonces el mármol que parecía oro. Llegaron a un gran conjunto de puertas, que estaban abiertas por el Hermano Shadrach. La habitación a la que los llevaron era más grande aún, con un elevado techo abovedado. Había mármol de todos colores; blanco, negro, rosa, oro, plata. Cada superficie era completamente lisa. La habitación estaba ocupada por un círculo de Hermanos Silenciosos, quizás veinte, que les permitieron entrar. La luz de la sala era tenue y provenía de candelabros y velas. El aire estaba cargado de incienso.

—Simon Lewis y Julian Blackthorn —resonó la voz de Jem, y por un momento Simon casi pensó que la había escuchado dentro de su mente, de la forma que una vez había escuchado al Hermano Zachariah. Todavía tenía una profundidad que era más intensa

que la humana—, pasen al otro lado del círculo, donde ellos les han hecho un espacio. Cuando estén allí, permanezcan allí. Se les dirá qué hacer.

Simon miró a Julian, que se había vuelto del color del papel. A pesar de lucir como si pudiera desmayarse, Julian caminó firmemente a través de la habitación, y Simon lo siguió. Clary y Emma tomaron sus lugares en el lado opuesto. Jem se unió al círculo de Hermanos Silenciosos, que retrocedieron al mismo tiempo, ampliando el círculo. Ahora ellos cuatro estaban en el centro. De repente, dos anillos de fuego blanco y dorado aparecieron del suelo, las llamas elevándose solo unos centímetros, pero ardiendo brillante y caliente.

Emma Castairs. Un paso al frente.

Las voces sonaron en la cabeza de Simon, eran todos los Hermanos hablando al unísono. Emma miró a Clary, y luego dio un solo paso dentro de uno de los anillos. Fijó sus ojos en Julian y sonrió ampliamente.

Julian Blackthorn. Un paso al frente.

Julian entró en el otro anillo. Su paso fue más rápido, pero mantuvo su cabeza abajo.

Testigos, ustedes se permanecerán en las alas del ángel.

A Simon le tomó un momento asimilar esto. Finalmente, vio que en la cima del círculo, tallada duramente en el suelo, estaba otra figura de un ángel con las alas extendidas. Se situó en una y Clary en la otra. Esto lo llevó un poco más cerca al anillo de fuego. Sintió el calor subir agradablemente por sus pies fríos. Desde su sitio, pudo ver las expresiones de Emma y Julian.

¿Qué estaba viendo? Era algo que conocía.

Comenzaremos la Prueba de Fuego. Emma Carstairs, Julian Blackthorn, entren al centro del círculo. En este círculo, serán unidos.

Un círculo central apareció, uniéndolos a ambos. Un diagrama de Venn de fuego. Tan pronto como Emma y Julian estuvieron dentro, el centro ardió más alto, alcanzando la altura de su cintura.

Algo pasó rápidamente entré Julian y Emma en ese momento. Fue tan rápido que Simon no pudo decir de dónde había venido, pero lo había visto por la esquina de uno de sus ojos. Alguna mirada, algo en la manera en que uno de ellos estaba de pie, algo, pero era una mirada, o una postura, o algo que había visto antes.

El fuego destelló más alto. Estaba más arriba de sus hombros ahora.

Ahora recitarán el juramento.

Emma y Julian comenzaron a hablar al mismo tiempo, sus voces con un pequeño temblor mientras recitaban las antiguas palabras bíblicas.

—Adónde tú vayas, yo iré...

* * *

Simon estaba cerca de un ataque de ansiedad. ¿Qué acababa de ver? ¿Por qué era tan familiar? ¿Por qué lo llevó al borde? Estudió a Emma y Julian de nuevo, lo mejor que pudo sobre el fuego. Lucían como dos chicos nerviosos a punto de hacer algo

realmente serio, mientras estaban dentro de un círculo en llamas.

Hubo eso de nuevo. Muy rápido. La dirección fue ocultada por las luces parpadeantes en la cima del círculo. ¿Qué demonios era eso? Tal vez esto era precisamente lo que se suponía que los testigos hicieran. Tal vez se suponía que vieran este tipo de cosas. No. Jem dijo que era una formalidad. Una formalidad. Tal vez debería haber hecho esta pregunta antes de pararse junto al enorme círculo de fuego.

—Dónde tú mueras, yo moriré, y allí seré enterrado...

El ritual del Cazador de Sombras, siempre alegre.

—El ángel será mi testigo, y aún más...

Julian tropezó en las palabras “será mi testigo”. Aclaró su garganta y terminó la declaración después de Emma.

Algo hizo clic en la mente de Simon. Recordó a Jace, de repente, en su alucinación, diciendo algo sobre la primera vez que se

habían conocido. Y luego el recuerdo destelló por su mente como una de aquellas banderas en la cola de los pequeños aviones que volaban sobre la playa de Long Island...

Estaba sentado con Clary en Java Jones. Estaban viendo a Eric leer poesía. Simon había decidido que este era el momento... Iba a decirle. Tenía que decirle. Les había conseguido dos cafés y las tazas estaban calientes. Sus dedos quemaban. Tuvo que soltarlos, lo cual no fue un movimiento delicado.

Podía sentir el ardor. La sensación de que tenía que hablar.

Eric estaba leyendo algún poema que contenía las palabras “entrañas perversas”. Entrañas perversas, entrañas perversas... Las palabras bailaron en su cabeza. Tenía que hablar.

—Hay algo de lo que quiero hablarte —dijo.

Clary hizo algunos comentarios sobre el nombre de su banda, y tuvo que regresarla al punto.

—Es sobre lo que estuvimos hablando antes. Sobre mí sin una novia.

—Oh, no lo sé. Invita a salir a Jaida Jones. Es agradable, y le gustas.

—No quiero invitar a salir a Jaida Jones.

—¿Por qué no? ¿No te gustan las chicas inteligentes? ¿Todavía buscas un cuerpo rocanroleante?

¿Estaba ciega? ¿Cómo no podía verlo? ¿Qué tenía que hacer exactamente? Tenía que calmarse. También: “¿Buscando un cuerpo rocanroleante?”.

Pero mientras él más lo intentaba, más inconsciente parecía ella. Y luego fijó su mirada en un sofá verde. Era como si ese sofá contuviera todo en el mundo. Aquí estaba él, tratando de declararle su amor de toda la vida, y Clary se había enamorado de los muebles. Pero era más que eso. Algo estaba mal.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué está mal? Clary, ¿qué está mal?

—Volveré enseguida —dijo ella. Y con eso, dejó el café y huyó. Él la vio por la ventana, y

de alguna forma supo que su momento había terminado, para siempre. Y luego lo vio...

El anillo de fuego se había extinguido. Había terminado. El juramento fue hecho, y Emma y Julian estaban frente a todos ellos. Julian tenía una runa en su clavícula, y Emma en la parte superior de su brazo. Clary estaba tirando de su brazo. Él la miró y parpadeó un par de veces.

¿Estás bien?, decía su expresión.

Su memoria había elegido un gran momento para regresar.

* * *

Después de la ceremonia, regresaron a Alicante, donde fueron llevados a la mansión Blackthorn para cambiarse de ropa. Emma y Julian fueron llevados por los empleados a las habitaciones en el piso principal. Clary y Simon fueron guiados por la enorme escalera.

—No sé qué se supone que voy a ponerme —dijo Simon—. No tuve mucho tiempo de antelación.

—Te traje un traje de casa —dijo Clary—. Lo pedí prestado.

—No de Jace.

—De Eric.

—¿Eric tenía un traje? ¿Me prometes que no era, como, de su abuelo muerto?

—No puedo prometerte nada, pero creo que servirá.

A Simon le mostraron una pequeña y cargada habitación en el segundo piso, atestada de muebles y llena de paredes recubiertas y las penetrantes miradas de algunos Blackthorn fallecidos que habían tomado residencia en forma de severos portarretratos. La bolsa del traje estaba en la cama. Eric tenía un traje, uno negro sencillo. Una camisa también fue provista, junto con una corbata azul plateado y algunos zapatos de vestir. El traje era uno o dos centímetros demasiado corto. La camisa era demasiado ajustada, el entrenamiento diario de Simon lo había hecho una de esas personas quienes estallan por una camisa de vestir. Los zapatos no encajaban del todo, así que uso los suaves

zapatos negros que eran parte del equipo formal. La corbata quedaba bien. Las corbatas eran buenas para esto. Se sentó en la cama por un momento y se permitió pensar sobre todo lo que había sucedido. Cerró sus ojos y luchó con la urgencia de dormir. Se sintió tambaleándose y cayéndose cuando hubo un suave llamado en la puerta. Resopló mientras volvía del micro sueño.

—Claro —dijo él, lo cual no había pretendido decir—. Sí. Quiero decir, pase.

Clary entró usando un vestido verde que perfectamente complementaba su cabello, su piel, cada parte de ella. Y Simon tuvo una revelación. Si aún sintiera atracción romántica hacia Clary, verla al momento quizás le causaría comenzar a sudar y tartamudear. Ahora veía a alguien que amaba, quién lucía hermosa, y era su amiga. Y eso era todo.

—Escucha —dijo ella, cerrando la puerta—. En la ceremonia, lucías... raro. Si no quieres hacerlo... La cosa parabatai. Fue una sorpresa y yo no quería que tú fueras...

—¿Qué? No. No.

Instintivamente él se estiró por su mano. Ella la apretó duro.

—Bien —dijo ella—. Pero algo pasó ahí dentro. Lo vi.

—En la alucinación que tuve, por el agua del lago, vi a Jace, y él seguía diciéndome que recordara cómo nos conocimos —dijo él—. Así que estaba tratando de recordar. Y luego justo en medio de la ceremonia, tuve el recuerdo de regreso. Este solo como que... se descargó.

Clary frunció el ceño, su nariz arrugándose en confusión.

—¿El recuerdo de cómo conociste a Jace? ¿No fue eso en el Instituto?

—Sí y no. El recuerdo era en realidad sobre nosotros, tú y yo. Estábamos en la cafetería, Java Jones. Tú estabas nombrando a todas estas chicas con las que yo podría salir y yo estaba... estaba tratando de decirte que tú eras la que me gustaba.

—Sí —dijo Clary, bajando la mirada.

—Y luego saliste corriendo. Solo así.

—Jace estaba ahí. Tú no podías verlo.

—Eso fue lo que pensé. —Simon estudió su rostro—. Tú saliste corriendo mientras yo estaba diciéndote cómo me sentía. Lo cual está bien. Nunca estuvimos hechos para ser... así. Creo que eso es lo que mi subconsciente, en la molesta forma de Jace, quería que yo supiera. Porque creo que pienso que estamos hechos para estar juntos. Los parabatai no se pueden gustar el uno al otro así. Ese es el porqué era importante para mí el recordar. Tenía que recordar que me sentía así. Tenía que saber que era diferente ahora. No de una mala forma. De la forma correcta.

—Sí —dijo Clary. Ella había conseguido una pequeña mirada llorosa.

—De la forma correcta.

Simon asintió una vez. Era demasiado grande para responder en palabras. Lo era todo. Era todo el amor que él vio en los ojos de Jem cuando hablaba sobre Will, y el amor en el rostro de Alec cuando miraba a Jace, incluso cuando Jace estaba siendo molesto, y un claro recuerdo que él tenía de Jace sosteniendo a Alec mientras estaba herido y la desesperación

en los ojos de Jace, el terror que venía solo de pensar que podrías perder a alguien sin el que no podrías vivir. Eran Emma y Julian, mirándose el uno al otro.

Alguien estaba llamándolos desde el primer piso. Clary se limpió una mejilla y se levantó y alisó su ya liso vestido.

—Esto es como una boda —dijo ella—. Siento como si fueran a decirnos que tenemos que ir a posar para el fotógrafo en un minuto.

Clary enganchó su brazo a través del suyo.

—Una cosa —dijo él, recordando a Maia, y Jordan—. Incluso cuando sea un Cazador de Sombras, voy a seguir siendo un poquito un Submundo. Nunca voy a darles la espalda. Ese es el tipo de Nephilim que quiero ser.

—Yo no habría esperado nada más —dijo Clary.

Abajo, los dos nuevos parabatai estaban examinándose el uno al otro desde el otro lado de la habitación. Emma se paraba a un lado, usando un vestido marrón cubierto en

volubles flores doradas. Julian se paraba del otro, retorciéndose dentro de su traje gris.

—Se ven asombrosos —les dijo Clary a ambos, y ellos bajaron la mirada tímidamente.

En el salón de los Acuerdos, Jace estaba esperando por ellos en el escalón frontal, luciendo como Jace en un traje. Jace en un traje era insoportable. Él le dio a Clary una mirada de arriba abajo.

—Ese vestido es... —Tuvo que aclarar su garganta. Simon disfrutó su corte.

No mucho jamás arrojaba a Jace, pero Clary siempre había sido capaz de arrojarlo como una pelota Wiffle en un día ventoso. Sus ojos eran prácticamente corazones de caricatura.

—Es muy lindo —dijo él—. Así que, ¿cómo estuvo la ceremonia? ¿Qué piensan?

—Definitivamente más fuego que en un bar mitzvah —dijo Simon—. Más fuego que en una barbacoa. Voy a ir con Evento Formal con el Mayor Fuego.

Jace asintió.

—Estuvieron increíbles —dijo Clary—. Y...
—Miró a Simon—. Tenemos noticias —dijo.

Jace inclinó su cabeza con interés.

—Más tarde —dijo ella sonriendo—. Creo que todos están esperando que nosotros nos sentemos.

—Entonces tenemos que traer a Emma y Julian aquí.

Emma y Julian estaban expectantes en la esquina de la habitación, cabezas juntas, pero con un incómodo hueco entre sus cuerpos.

—Voy a ir a hablarles —dijo Jace, asintiendo a Julian y Emma—. Darles algunas palabras de masculino, considerado consejo.

Tan pronto como Jace se alejó, Clary comenzó a hablar, pero inmediatamente se les unieron Magnus y Alec. Magnus estaba a punto de comenzar a enseñar en la Academia y ellos querían saber qué tan mala era la comida.

Los hermanos y hermanas menores de Julian —Ty, Livvy, Drusilla, y Octavian— estaban agrupados juntos alrededor de la mesa con los aperitivos. Simon miró por

encima de su hombro y vio a Jace descargando consejos Jaceanos a los nuevos parabatai.

Estaba el delicioso olor de carne asada. Grandes platonos de esta estaban siendo puestos en las mesas ahora, junto con vegetales y papas y panes y quesos. El vino estaba siendo servido. Era hora de celebrar. Era agradable, Simon pensó, en medio de todas las cosas terribles que podían suceder y a veces sucedían, también estaba esto. Había un montón de amor.

Mientras Simon se giraba, vio a Julian apresurándose fuera del salón. Jace regresó, su brazo alrededor de los hombros de Emma.

—¿Todo bien? —preguntó Clary.

—Todo está bien. Julian necesitaba aire. Esta ceremonia, es intensa. Demasiada gente. Necesitas comer.

Esto fue para Emma, quién sonrió, pero siguió mirando hacia la puerta por la que su parabatai justo había pasado. Luego se giró y vio a Ty corriendo a lo largo del salón con una bandeja conteniendo una completa rueda de queso.

—Oh —dijo ella—, sí, eso es malo. De hecho puede comerse ese queso entero, pero entonces vomitará. Mejor consigo eso o esto terminará mal para Jules.

Ella corrió tras Ty.

—Tienen un montón en sus manos —dijo Jace, observándola irse—. Es bueno que se tengan el uno al otro. Siempre lo tendrán. De eso es de lo que parabatai se trata. —Le sonrió a Alec, quién le sonrió de regreso en una forma que encendió su cara entera.

—Sobre ese asunto de parabatai —dijo Clary—. Quizás deberíamos darte las noticias...



Nacido Para La Noche Eterna

Cassandra Clare
Sarah Rees Brennan

*Cada noche y cada mañana
Algunos para la miseria nacen
Cada mañana y cada noche
Algunos nacen para el dulce deleite
Algunos nacen para el dulce deleite
Algunos nacen para la Noche Eterna
—Augurios de Inocencia, de William Blake.*

Magnus creía que muchas cosas antiguas eran creaciones de belleza duradera. Las pirámides. El David de Miguel Ángel. Versalles. El mismo Magnus.

Como sea, sólo porque algo era viejo y empapado con años de tradición no lo hacía una obra de arte. Ni siquiera si eras un Nefilim y pensabas que tener la sangre del Ángel significaba que eras mejor que los demás.

La Academia de Cazadores de Sombras no era una creación de belleza duradera. La Academia de Cazadores de Sombras era un basurero.

Magnus no disfrutó el campo a inicios de primavera, antes de que el invierno hubiera terminado realmente. Todo el paisaje era tan monocromático como en una película vieja, sin la energía narrativa. Campos gris oscuro se esparcían bajo un pálido cielo gris, y árboles se desvestían a unas grises garras agarradas por nubes de lluvia. La Academia igualaba su entorno, asentándose en el paisaje como un gran sapo de piedra.

Magnus había estado aquí un par de veces antes, visitando amigos. No le había gustado. Recordaba caminar mucho tiempo bajo los fríos ojos de los estudiantes que habían sido entrenados en las oscuras y estrechas formas de Clave y Alianza, y que eran demasiado jóvenes para darse cuenta de que el mundo podía ser más complicado que eso.

Al menos en ese entonces, el lugar no había estado cayéndose. Magnus miró una de las delgadas torres que estaban en cada una de las cuatro esquinas de la Academia. No estaba erguida; de hecho, parecía un pobre pariente de la torre inclinada de Pisa.

Magnus la miró, concentrado, y chasqueó los dedos. La torre saltó en su lugar como si fuera una persona flexionándose, como si se hubiese enderezado de repente.

Hubo una débil serie de gritos procedentes de las ventanas de la torre. Magnus no se había dado cuenta de que había personas dentro. Esto le pareció inseguro.

Bueno, los habitantes de la anteriormente inclinada torre pronto se darían cuenta de que

les había hecho un favor. Magnus divisó al ángel, en las ventanas de vidrio manchadas, situado por encima de la puerta. El ángel lo miró, espada llameante y rostro crítico, como si desaprobara el sentido de la moda de Magnus y fuese a pedirle que se cambiara.

Magnus caminó bajo el juicioso ángel hacia el pasillo de piedra, silbando suavemente. El pasillo estaba vacío. Aún era muy temprano, lo cual quizá explicaba algo de lo gris. Esperaba que el día mejorara antes de que Alec llegase.

Había dejado a su novio en Alicante, en la casa de su padre. La hermana de Alec, Isabelle, también se estaba quedando allí. Magnus había dormido anoche con inquietud en la casa del Inquisidor, y dijo que los dejaría desayunar solos, en familia. Durante años, él, Robert y Maryse Lightwood habían arreglado sus vidas, de modo que nunca se vieran a menos que el deber llamara o pagaran grandes cantidades para atraer a Magnus.

Magnus estaba bastante seguro de que Robert y Maryse extrañaban esos días y deseaban que regresaran. Magnus sabía que

nunca lo habrían elegido a él para su hijo, e incluso si su hijo hubiese salido con un hombre, hubiesen preferido que no fuera un Subterráneo, y definitivamente, no un Subterráneo que había estado por los alrededores durante los días del Círculo de Valentine y los había visto en el momento de sus vidas del que ahora no estaban orgullosos.

Para sí, Magnus no olvidaba. Podía amar a un Cazador de Sombras, pero era imposible amarlos a todos. Esperaba evitarlos educadamente muchos años más y, cuando fuera necesario, tolerar cortésmente a los padres de Alec. Era un precio muy pequeño que pagar para estar con Alec.

Recién había escapado de Robert Lightwood y tenido oportunidad de examinar las habitaciones que Magnus le había pedido a la Academia que les prepararan. Por el estado del resto de la Academia, Magnus tenía oscuros presentimientos sobre esas habitaciones.

Subió rápidamente las escaleras de ese silencioso y resonante lugar. Sabía a dónde iba. Había acordado ir y dar una serie de

conferencias de invitado a petición de su vieja amiga Catarina Loss, pero él era, después de todo, el Gran Brujo de Brooklyn, y tenía valores incuestionables. No tenía intención de dejar a su novio por semanas. Había dejado claro que requería una suite para él y para Alec, y que la suite tenía que incluir una cocina. Él no iba a comer ninguna de las comidas que Catarina había descrito en sus cartas. A ser posible, tenían intención de evitar siquiera ver cualquiera de las comidas que Catarina había descrito.

El mapa que Catarina le había dibujado era preciso: encontró sus habitaciones en la cima del edificio. Las habitaciones conectadas del ático podrían, Magnus supuso, posiblemente contar como una suite. Y había una pequeña cocina, aunque Magnus temía que no hubiese sido modernizada desde 1950. Había un ratón muerto en el lavabo.

Tal vez alguien lo había dejado allí para darles la bienvenida. Tal vez era un alegre regalo. Magnus vagó por las habitaciones, ondeando una mano que animó a las ventanas

y encimeras para limpiarse solas. Chasqueó los dedos y envió el gato muerto como un regalo a su gato, Presidente Miau. Maia Roberts, la líder del clan de lobos de Nueva York, estaba cuidando de su gato por ellos. Magnus esperaba que ella pensara que Presidente Miau era un potente cazador.

Luego abrió el pequeño refrigerador. La pesada puerta cayó, hasta que Magnus le dio una severa mirada y volvió a su lugar. Magnus miró dentro del refrigerador, ondeó su mano libre, y vio, para su satisfacción, que ahora estaba llena con muchos artículos de Whole Foods.

Alec nunca tendría que saberlo, y Magnus enviaría el dinero a Whole Foods más tarde, de todos modos. Pasó rápidamente por las habitaciones una vez más, añadiendo cojines a las desnudas y tristes sillas de madera y apilando sus coloridas sábanas de casa en la torcida cama de dosel.

Terminada la misión de decoración de emergencia y sintiéndose mucho más feliz, Magnus bajó al pasillo principal de la

Academia, esperando encontrar a Catarina o ver a Alec llegar. No había señal de actividad, así que a pesar de sus dudas, fue a buscar a Catarina al comedor.

Ella no estaba allí, pero había algunos estudiantes Cazadores de sombras dispersos desayunando. Magnus supuso que las pobres criaturas se habían levantado temprano para lanzar jabalinas o alguna otra cosa desagradable.

Había una delgada chica rubia apilando una sustancia gris que podría haber sido gachas de avena o huevos en su plato. Magnus vio con silencioso horror como ella lo llevaba hacia una mesa, actuando como si realmente tuviera intención de comerlo.

Entonces notó a Magnus.

—Ah, hola —dijo la rubia, deteniendo sus pasos como si hubiera sido golpeada por un hermoso camión.

Él le dio su sonrisa más encantadora. ¿Por qué no?

—Hola.

Magnus había estado alrededor del bloque antes de que los bloques fueran inventados. Estaba familiarizado con lo que esa mirada significaba. La gente lo había desvestido con los ojos antes. Estaba impresionado de la intensidad de esta mirada en particular. Era más raro para la gente arrancarle la ropa y enviarla volando a varias esquinas de la habitación con sus ojos.

Ni siquiera eran especialmente fascinantes. Magnus había decidido vestir con bastante dignidad, como correspondía a un educador, y estaba usando una camisa negra y pantalones a medida. También, para ese elegante toque de educador, estaba usando una corta sotana sobre la camisa, pero el hilo dorado que atravesaba la sotana era muy sutil.

—Tú debes ser Magnus Bane —dijo la rubia—. He escuchado mucho sobre ti por Simon.

—No puedo culparlo por presumir —dijo Magnus.

—Estamos muy contentos de tenerte aquí —continuó la rubia—. Soy Julie. Soy

prácticamente la mejor amiga de Simon. Estoy muy bien con los Subterráneos.

—Qué bueno por nosotros los Subterráneos —murmuró Magnus.

—Estoy muy emocionada por tus conferencias. Y por pasar tiempo juntos. Simon, tú y yo

—No será una fiesta —dijo Magnus.

Estaba intentándolo, al menos, y no todos los Cazadores de Sombras lo hacían. Y ella mencionaba a Simon en cada aliento, a pesar de que Simon fuera un mundano. Además, la atención era halagadora. Magnus volvió la sonrisa a otro nivel.

—Estoy deseando conocerte mejor, Julie.

Era posible que él subestimara la sonrisa. Julie estiró una mano como si fuese a tomar la de Magnus, y dejó caer su bandeja. Ella y Magnus miraron el tazón roto y el triste y gris contenido.

—Es mejor así —dijo Magnus convencido.

Hizo un gesto, y todo el desastre desapareció. Entonces gesticuló a la extendida

mano de Julie, y un frasco de yogurt de arándanos con una pequeña cuchara apareció en ella.

—¡Oh! —exclamó Julie—. Oh, vaya, gracias.

—Bueno, ya que la otra opción era regresar y conseguir más comida de la Academia —dijo Magnus—, creo que me debes una grande. Probablemente me debas a tu primogénito. Pero no te preocupes, no estoy en el mercado por el primogénito de nadie.

Julie rio.

—¿Quieres sentarte?

—Gracias por la oferta, pero en realidad, estaba buscando a alguien.

Magnus inspeccionó la habitación, que estaba llenándose lentamente. Aún no veía a Catarina, pero en la puerta vio a Alec, con el aire de alguien llegado recientemente y hablando con un mundano indio que parecía tener dieciséis.

Él atrapó la vista de Alec y sonrió.

—Ahí está mi alguien —dijo—. Un placer conocerte, Julie.

—Igualmente, Magnus —le aseguró.

Mientras Magnus se acercaba a Alec, el otro chico sacudía la mano de Alec.

—Sólo quería agradecerte —dijo el chico, y se fue, con un asentimiento hacia Magnus.

—¿Lo conoces? —preguntó Magnus.

Alec parecía ligeramente aturdido.

—No —dijo—. Pero él sabía todo sobre mí. Estábamos hablando sobre... todos los caminos que habían para ser un Cazador de Sombras, ¿sabes?

—Mírate —dijo Magnus—. Mi famoso novio, inspirando a las masas.

Alec sonrió, un poco avergonzado, pero mayormente entretenido.

—Así que, esa chica estaba coqueteando contigo.

—¿En serio? —preguntó Magnus—. ¿Cómo te diste cuenta?

Alec le dio una mirada escéptica.

—Bueno, se sabía que sucedería. He estado alrededor por mucho tiempo —dijo Magnus—. También he sido hermoso por mucho tiempo.

—¿Ah, sí?

—Soy de exigencias altas. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Él no podría, y no habría, molestado a Alec así hace unos años. Alec había sido nuevo en el amor, tropezando con su propio terror a quién era y cómo se sentía, y Magnus había sido tan cuidadoso con él como sabía ser, asustado de lastimar a Alec y asustado de destrozar estos sentimientos entre ellos, tan nuevos para Magnus como lo eran para Alec.

Era un nuevo placer ser capaz de molestar a Alec y saber que no lo lastimaría, ver a Alec parado de una forma diferente a la que acostumbraba, fácil y casual, y confiado en su propia piel, sin el contoneo de su parabatai, sino una tranquila seguridad propia.

El comedor de piedra tenuemente iluminado, el ruido de los estudiantes comiendo y chismeando, se desvaneció, nada más que un trasfondo para la sonrisa de Alec.

—Esto —dijo Alec. Se estiró y tiró a Magnus hacia él por el frente de su sotana, inclinándose contra el marco de la muerta y atrayendo a Magnus lentamente para besarlo.

La boca de Alec era suave y segura, el beso lento, sus fuertes manos sosteniendo cerca a Magnus, presionando contra la cálida línea de su cuerpo. Detrás de los párpados cerrados de Magnus, la mañana pasó de gris a dorada.

Alec estaba aquí. Incluso una dimensión del infierno, como Magnus recordaba, había sido enormemente mejorada por la presencia de Alec. La Academia de Cazadores de Sombras iba a ser pan comido.

Simon fue a desayunar tarde y encontró a Julie incapaz de hablar de nada más que Magnus Bane.

—Los brujos son sexys —dijo en el tono de quien había tenido una revelación.

—La señorita Loss es nuestra profesora, y estoy tratando de comer. —Beatriz miró con desaliento su plato.

—Los vampiros son groseros y están muertos, los lobos son groseros y peludos, y las hadas son traicioneras y dormirían con tu madre —dijo Julie—. Los brujos son los Subterráneos sexys. Piénsalo. Todos ellos tienen asuntos de papi. Y Magnus Bane es el más sexy de todos. Puede ser el Gran Brujo de mis bragas.

—Eh, Magnus tiene novio —dijo Simon.

Hubo un destello aterrador en los ojos de Julie.

—Hay algunas montañas que todavía quieres escalar, aunque hayan señales de “no pasar.”

—Creo que eso es grosero —dijo Simon—. Sabes, la forma en que piensas que son los vampiros.

Julie le hizo una mueca.

—Eres tan sensible, Simon. ¿Por qué siempre tienes que ser tan sensible?

—Eres tan terrible, Julie. ¿Por qué siempre tienes que ser tan terrible?

Alec había estado con Magnus, reportó Julie. Simon estaba pensando más en eso que en lo terrible de Julie, lo que después de todo no era nada nuevo. Alec iba a quedarse en la Academia por semanas. Él veía por lo general a Alec en multitudes de gente, y nunca le había parecido el momento indicado para hablarle. Era el momento indicado ahora. Era hora de hablarlo, el problema entre ellos que Jace había insinuado tan enigmáticamente. No quería tener algo mal entre Alec y él, que parecía un buen chico por lo que Simon podía recordar. Alec era el hermano mayor de Isabelle, e Isabelle era —estaba casi seguro—, la novia de Simon.

Quería que ella lo fuera.

—¿Deberíamos intentar tener un poco de práctica de arquería antes de clases? —preguntó George.

—Eso es charla deportiva, George —dijo Simon—. Te he pedido que no hagas eso. Pero claro.

Todos se levantaron, pusieron sus tazones a un lado, y caminaron a las puertas delanteras

de la academia, dirigiéndose a los terrenos de práctica.

Ese era el plan, pero ninguno de ellos llegó a los terrenos de práctica ese día. Ninguno de ellos pasó del umbral de la Academia. Todos se quedaron en el escalón de la entrada, en un grupo horrorizado.

En la piedra del escalón de entrada estaba un bulto, envuelto en una difusa sábana amarilla. Los ojos de Simon le fallaron de forma que no tenía nada que ver con sus lentes y todo que ver con el pánico, rehusándose a aceptar lo que en realidad estaba delante de él. Era un bulto de basura, se dijo Simon. Alguien había dejado un paquete de basura en su entrada.

Excepto que el bulto se estaba moviendo, en pequeños movimientos graduales. Simon vio el inquieto revuelo debajo de la sábana, miró los brillantes ojos mirando desde el cobijo de difusos amarillos, y su mente aceptó lo que estaba viendo, incluso mientras otro shock llegaba. Un pequeño puño salió de las sábanas,

ondeando como si protestara por todo lo que estaba ocurriendo.

El puño era azul, el rico azul marino del mar cuando era profundo y tú estabas en un bote mientras caía la tarde. El azul del traje de Capitán América.

—Es un bebé —inhaló Beatriz—. Es un bebé brujo.

Había una nota sujeta a la sábana amarilla del bebé. Simon la vio en el momento exacto en que el viento la atrapó, arrancándola de la sábana y haciéndola rodar. Simon agarró el papel del frío agarre del viento y miró la caligrafía, un rápido garabateo en un trozo arrancado de papel.

La nota decía: ¿Quién podría amarlo?

—Oh no, el bebé es azul —dijo George—. ¿Qué vamos a hacer?

Frunció el ceño como si no hubiera querido que eso rimara. Entonces se arrodilló, porque George era el no—tan—secreto encanto del grupo, y tomó en sus brazos torpemente el

envuelto bulto amarillo. Se puso de pie, su rostro ceniciento, sosteniendo el bebé.

—¿Qué vamos a hacer? —trinó Beatriz, imitando a George—. ¿Qué vamos a hacer?

Julie estaba presionada contra la puerta. Simon personalmente la había visto cortar la cabeza de un demonio muy grande con un cuchillo muy pequeño, pero parecía como si moriría de terror si alguien le pedía que sostuviera al bebé.

—Sé qué hacer —dijo Simon.

Encontraría a Magnus, pensó. Sabía que Magnus y Alec habían llegado y estaban despiertos. Necesitaba hablar con Alec de todos modos. Magnus había arreglado la amnesia demoniaca de Simon. Magnus había estado por ahí durante siglos. Era el adulto más adulto que Simon conocía. Un bebé brujo abandonado en esta fortaleza de Cazadores de Sombras era un problema que Simon no tenía idea de cómo arreglar, y sintió que necesitaba un adulto. Ya se estaba girando para ir.

—¿Deberíamos darle respiración de boca a boca al bebé? —preguntó George. Simon se congeló.

—No, no hagas eso. El bebé está respirando. El bebé está respirando, ¿cierto?

Todos se quedaron allí y miraron el pequeño bulto. El bebé sacudió su puño de nuevo. Si el bebé se estaba moviendo, pensó Simon, debía estar respirando. Él ni siquiera iba a pensar en bebés zombies en este momento.

—¿Debería conseguirle al bebé una botella de agua caliente? —dijo George.

Simon tomó un profundo respiro.

—George, no pierdas la cabeza, —le dijo—. Este bebé no es azul porque esté frío o no pueda respirar. Los bebés mundanos no son azules de este modo. Este bebé es azul porque es un brujo, justo como Catarina.

—No como la Srta. Loss, —dijo Beatriz en voz alta—. La Srta. Loss es más como celeste, mientras que este bebé es más como un azul marino.

—Pareces bastante entendida, —decidió George—. Tú deberías sostener al bebé.

—¡No! —chilló Beatriz.

Tanto Julie como ella levantaron las manos en rendición. Tanto como les concernía, estaba claro, George iba a sostener un bebé y no debían hacer nada precipitado.

—Todos quedaos donde estáis —dijo Simon, tratando de mantener su voz calmada.

Julie entonó—: Oooh, Simon, —dijo—. Buena idea.

Simon voló por los pasillos y las escaleras, moviéndose a un ritmo que habría impresionado a su maligno profesor de gimnasio Cazador de Sombras. Scarsbury nunca le había proveído de motivación como esta.

Sabía que Magnus y Alec habían sido puestos en una suite elegante arriba en los áticos. Al parecer hasta tenían una cocina separada. Simon solo siguió subiendo, sabiendo que llegaría a los áticos en algún punto.

Llegó a los áticos, escuchó murmullos y movimiento detrás de la puerta, y abrió la puerta de golpe.

Entonces se mantuvo ahí, prisionero en su segundo umbral del día.

Había una sábana sobre Alec y Magnus, pero Simon podía ver suficiente. Podía ver los hombros blancos y marcados en runas y el salvaje cabello negro de Magnus esparcidos en la almohada. Pudo ver a Alec congelarse, luego voltear la cabeza y darle a Simon una mirada de absoluto terror.

Los ojos dorados de gato de Magnus brillaron desde el pálido hombro de Alec. Sonaba casi complacido mientras preguntaba—: ¿Podemos ayudarte?

—Oh, Dios mío, —dijo Simon—. Oh wow. Oh wow, de verdad lo siento.

—Por favor vete, —dijo Alec en una firme y controlada voz.

—Claro, —dijo Simon—. Claro, —se detuvo—. No puedo irme.

—Créeme —dijo Alec—. Puedes.

—¡Hay un bebé abandonado en los escalones frontales de la Academia y creo que es brujo! —soltó Simon.

—¿Por qué crees que el bebé es brujo? —Preguntó Magnus. Él era el único en la habitación que se veía compuesto.

—Emm, porque el bebé es azul marino.

—Eso es apenas evidencia compilatoria, —admitió Magnus—. ¿Puedes darnos un momento para vestirnos?

—¡Si! ¡Por supuesto! —dijo Simon—. De nuevo, lo siento mucho.

—Ahora vete, —sugirió Alec.

Simon se fue.

Luego de un breve momento Magnus emergió de la suite del ático en ajustadas ropas negras y una brillante túnica dorada. Su cabello todavía se veía desbaratado, yendo en cualquier dirección, como si hubiera sido atrapado en una pequeña tempestad personal, pero Simon no iba a ser quisquilloso sobre el cabello de su potencial salvador.

—Lo siento mucho de nuevo —dijo Simon.

Magnus hizo un gesto vago.

—Ver tu cara no fue el mejor momento de mi vida, Simon, pero estas cosas pasan. Admitiéndolo, nunca le han pasado a Alec antes, y necesita unos pocos minutos más. Muéstrame donde está el niño.

—Sígueme, —dijo Simon.

Corrió escaleras abajo tan rápido como las había subido, de dos en dos. Encontró el cuadro en el umbral justo como lo había dejado, Beatriz y Julie como audiencia horrorizada ante el aterrorizado e inexperto George cargando al bebé. El bulto ahora hacía un bajo y lastimero sonido.

—¿Qué te llevó tanto tiempo? —siseó Beatriz.

Julie todavía se veía bastante abatida pero logró decir—: Hola Magnus.

—Hola de nuevo, Julie, —dijo Magnus, una vez más la única persona calmada en la habitación—. Déjame sostener al bebé.

—Oh, gracias, —suspiró George—. No es que no me guste el bebé, es solo que no sé qué hacer con esto.

Parecía que George había hecho lazos en el tiempo que le tomó a Simon correr de ida y vuelta en vuelo por las escaleras. Miró con sentimentalismo hacia el bebé, apretando el bulto por un momento, y luego, mientras le pasaba el bebé a Magnus, tanteó y casi dejó caer al bebé en el suelo de piedra.

—¡Por el Ángel! —exclamó Julie, la mano presionada en su pecho.

Magnus retuvo el tanteo y tomó al niño, sosteniendo el bulto entre sábanas contra su pecho envuelto en dorado. Sostuvo al bebé con mejor manejo de lo que George lo hizo, lo que significaba que sostenía la cabeza del bebé y se veía como si hubiera sostenido a un bebé una o dos veces en su vida. George no se veía como si fuera a ganar cualquier campeonato de sostener a bebés.

Con una mano brillando con anillos, Magnus quitó un poco la sábana y Simon contuvo el aliento. Los ojos de Magnus

viajaron sobre el bebé, sus imposiblemente pequeños pies y manos, los amplios ojos en su pequeño rostro, los rizos en su cabeza de un azul marino tan oscuro que eran casi negros. El bajo sonido constante de queja del bebé se levantó un poco, quejándose más fuerte, y Magnus deslizó la sábana de vuelta a su sitio.

—Es un niño, —dijo Magnus.

—Aww, un niño, —dijo. George

—Tiene unos ocho meses, diría —continuó Magnus—. Alguien lo crió hasta que no pudo soportarlo más, y supongo que por el reclutamiento de mundanos en la Academia, alguien pensó que ellos conocerían un lugar para llevar a un niño al que no querían.

—Pero alguien no dejaría a su niño... —comenzó George, y cayó en silencio ante la mirada de Magnus.

—Lo harían. Lo hacen. Y las elecciones que la gente hace son diferentes, con niños brujos —dijo Magnus. Su voz estaba tranquila.

—Así que no hay oportunidad de que alguien vuelva por él, —dijo Beatriz.

Simon tomó la nota que había encontrado doblada en la sábana del niño y se la dio a Magnus. No sentía, mirando al rostro de Magnus, que pudiese dársela a alguien más. Magnus miró la nota, asintió. ¿Quién podría alguna vez amarlo? Pasó entre sus dedos, y luego la apartó en su túnica.

Había otros estudiantes juntándose alrededor de ellos, y el creciente alboroto de ruido y confusión. Si Simon hubiera estado en Nueva York, se imaginó que la gente habría tomado fotografías del bebé con sus teléfonos. Se sintió un poco como en exhibición en un zoológico, y estaba muy agradecido de que Magnus estuviera ahí.

—¿Qué está pasando? —Preguntó una voz desde el inicio de las escaleras.

La Decana Penhallow estaba de pie ahí, con su cabello rubio cereza cayéndole sobre los hombros, a su alrededor una túnica de seda negra grabada con dragones. Catarina estaba de pie a su lado, completamente vestida en jeans y una blusa blanca.

—Parece que alguien dejó un bebé en lugar de las botellas de leche, —dijo ella—. Eso fue descuidado. Bienvenido, Magnus.

Magnus le dio un pequeño ondeo con su mano libre y una sonrisa seca.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por qué cualquiera haría una cosa así? ¿Qué se supone que hagamos con él? —preguntó la decana.

Algunas veces Simon olvidaba que la decana Penhallow era realmente muy joven, joven para ser profesora, mucho más decana. Otras veces era forzado a recordar este hecho. Se veía tan aterrorizada como Beatriz y Julie.

—Es muy joven para que se le enseñe, —dijo Scarsbury, ojeando desde las concurridas escaleras—. Tal vez deberíamos contactar a la Clave.

—Si el bebé necesita una cama, —ofreció George—, Simon y yo podríamos en nuestra cajonera de medias.

Simon le dio a George una mirada horrorizada. George se veía angustiado.

Alec Lightwood se movió como una sombra entre el tumulto de estudiantes, cabeza y hombros sobre la mayoría de ellos pero sin hacer a nadie a un lado. Se movió en silencio, persistentemente, hasta que estuvo en donde quería estar: al lado de Magnus.

Cuando Magnus vio a Alec, todo su cuerpo se relajó. Simon ni siquiera había notado toda la tensión corriendo por el cuerpo de Magnus hasta que vio el momento en el que la calma regresó.

—Este es el niño brujo del que Simon estaba hablando, —habló Alec en voz baja, y asintió hacia el bebé.

—Tal y como ves —dijo Magnus—. El bebé no será capaz de pasar por mundano. Su madre claramente no lo quiere. Está en el nido de los Nefilim, y no puedo pensar, entre hadas o Cazadores u hombres lobo, a donde diablos posiblemente puede pertenecer.

La calma y complacencia de Magnus se veían infinitas hace unos pocos minutos. Ahora Simon escuchaba su voz deshilándose,

una cuerda en la que se había puesto mucha tensión, y que pronto se rompería.

Alec puso una mano en la parte superior del brazo de Magnus, justo arriba del codo. Agarró el brazo de Magnus con firmeza, casi proveyendo ausente apoyo en silencio. Miró hacia Magnus y luego abajo, por un largo y consciente momento, al bebé.

—¿Puedo sostenerlo? —preguntó Alec.

Sorpresa voló por el rostro de Magnus pero no permaneció.

—Claro —dijo, y puso al bebé en los brazos de Alec, extendidos para recibirlo.

Tal vez era que Alec había sostenido a un bebé más recientemente que Magnus, y ciertamente más seguido que George. Tal vez era que Alec estaba vistiendo lo que se veía como un increíblemente viejo suéter, suavizado con los años y desvanecido de verde oscuro a gris, con apenas rastros del color original.

Cual sea la razón, tan pronto como Alec tomó al bebé, el bajo y continuo sonido de

lloriqueo cesó. Todavía estaba el zumbido de murmullos urgentes, por arriba y abajo del salón, pero el pequeño grupo que rodeaba al niño se encontró en un arrullador silencio.

El bebé miró a Alec con ojos graves solo una sombra más oscura que los mismos de Alec. Alec miró de vuelta al bebé. Se veía tan sorprendido como cualquiera por la repentina quietud del bebé.

—Entonces —dijo Delaney Scarsbury—. ¿Deberíamos contactar con la Clave u poner esta cuestión ante ellos, o qué?

Magnus se giró en una onda dorada y se fijó en Scarsbury con una mirada que lo hizo encogerse contra la pared.

—No pretendo dejar a un tierno niño brujo a las misericordias de la Clave, —declaró Magnus, su voz extremadamente fría—. Hacemos esto, ¿no Alec?

Alec todavía estaba mirando al bebé. Echo un vistazo a Magnus cuando se dirigió a él, su rostro brevemente resplandeciente, como un hombre despertado de un sueño, pero su expresión puesta con repentina decisión.

—Sí, —respondió—. Lo hacemos.

Magnus reflejó el movimiento que había hecho antes, agarrando la parte superior del brazo de Alec en silencioso agradecimiento, o muestra de apoyo. Alec devolvió la mirada al bebé.

Se sintió como si un gran peso hubiera sido retirado del pecho de Simon. No es que hubiera estado verdaderamente preocupado de que George y él hubieran tenido que criar al bebé en su cajonera de medias —bueno posiblemente un poco preocupado— pero el espectro de una gran responsabilidad se había cernido sobre él. Este era un niño pequeño, abandonado y sin ayuda. Simon sabía, demasiado bien, como eran vistos los Subterráneos por los Cazadores de Sombras. Simon no tenía ni idea de qué hacer. Magnus había tomado la responsabilidad. Él les había quitado el bebé, tanto metafórica como realmente. No le había quitado ni un pelo mientras lo hacía. No había actuado como si fuera un gran lío en absoluto.

Magnus era realmente un tipo genial.

Magnus sabía que Isabelle había dormido en Alicante, para que ella y Alec pudieran pasar ambos una noche con su padre. Había ido a la casa donde una vez había vivido Ragnor Fell, donde había un teléfono que funcionaba. Catarina había puesto otro en la Academia, el cual había dicho que podía utilizar esta vez. Tenían una cita por teléfono.

Simon estaba planeando decirle cuan geniales habían sido Magnus y su hermano.

Magnus creía que tal vez se convertiría en el primer brujo registrado en la historia en tener un ataque al corazón.

Estaba caminando alrededor de los campos de práctica de la Academia de Cazadores de Sombras en la noche porque no podía quedarse ahí y respirar el aire lleno con cientos de Nefilim más tiempo.

Ese pobre niño. Magnus apenas fue capaz de mirarlo, era tan pequeño y estaba completamente desamparado. No podía hacer más que pensar en cuan vulnerable era, y cuan profunda la miseria y el dolor de su madre debía haber sido. Él sabía de la clase de

oscuridad bajo la que los brujos eran concebidos y traídos al mundo. Catarina había sido criada por una amorosa familia que sabía lo que ella era, y la habían criado para ser quien era. Magnus había sido capaz de pasar por humano, hasta que ya no pudo.

Sabía lo que les pasaba a los niños brujos que nacían visiblemente no humanos, cuyas madres y el mundo entero no podían llegar a aceptar. No podía calcular cuántos niños habían pasado por las eras oscuras del mundo, que pudieron haber sido mágicos, que pudieron haber sido inmortales, pero nunca habían tenido siquiera la oportunidad de vivir. Niños abandonados justo como este, o ahogados como el mismo Magnus lo había sido, niños que nunca dejaron su marca de brillo mágico en la historia, quienes nunca recibieron o dieron amor, que no fueron más que un susurro desvaneciéndose en el viento, un recuerdo de dolor y desesperación desvanecido en la oscuridad. Nada más quedaba de esos niños perdidos, ni un conjuro, ni una risa, ni un beso.

Sin suerte, Magnus habría estado entre los perdidos. Sin amor, Catarina y Ragnor hubieran estado entre los perdidos.

Magnus no tenía idea de qué hacer con este último niño perdido.

Agradeció, no por primera vez, a la extraña y hermosa fortuna que le había enviado a Alec. Alec había sido quien cargó al bebé brujo escaleras arriba al ático, y cuando Magnus había conjurado una cuna, Alec había sido quien lo colocó tiernamente en ella.

Luego cuando el bebé había empezado a gritar con su pequeña cabeza azul, Alec lo había cogido de la cuna y había caminado por el piso con él, golpeteando su espalda y murmurándole. Magnus trajo suministros e intentó hacer la fórmula de la leche. Había leído en alguna parte que se probaba cuan caliente estaba la leche en uno mismo, y terminó quemando su propia muñeca.

El bebé había llorado por horas, horas y horas. Magnus supuso que no podía culpar a la pobre alma perdida.

El bebé estaba finalmente dormido ahora que el sol atravesaba las pequeñas ventanas del ático, y todo el día se había ido. Alec estaba medio dormido, inclinado contra la cuna del bebé, y Magnus había sentido que tenía que salir. Alec había simplemente asentido cuando Magnus dijo que iba a salir por aire. Posiblemente Alec estaba demasiado exhausto para importarle lo que Magnus hiciera.

La luna brillaba, redonda como una perla, volviendo el cabello del ángel de cristal a plata y los apenas invernales campos a expansiones de luz. Magnus estaba tentado a aullarle a la luna como un hombre lobo.

No podía pensar en algún lugar al que llevar al niño, cualquiera a quien pudiera confiar al niño quien lo quisiera, quien quizás lo amara. Con temor podía pensar en algún lugar en el que el niño estuviera a salvo. Escuchó el sonido de voces levantándose y pasos apresurados, así de tarde, fuera frente a la Academia. Otra emergencia, Magnus pensó. Ha pasado un día, y a este paso la Academia va a matarme. Fue corriendo desde los campos de práctica a la

puerta del frente, en donde vio a la última persona a la que esperó ver en Idris: Lily Chen, líder del clan de vampiros de Nueva York, con rayas azules en el cabello que combinaban con su chaleco azul y altos tacos que dejaban profundas hendiduras en el lodo.

—Bane, —dijo ella—. Necesito ayuda. ¿Dónde está?

Magnus estaba demasiado cansado para argumentarle.

—Sígueme —dijo Magnus, y lideró el camino de vuelta a las escaleras. Aun mientras iba, pensó para sí mismo, todo el ruido que había escuchado fuera de la Academia no podía ser de Lily por si sola.

Él pensó eso, pero no sospechaba lo que estaba por venir.

Magnus había dejado atrás a un niño durmiendo y a su agotado amor, y abrió la puerta a una escena de absoluto caos. Por un momento se vio como si hubiera cientos de personas en su habitación, y luego Magnus se dio cuenta de que la situación real era mucho peor.

Cada uno de los de la familia Lightwood estaba ahí, cada uno causando el suficiente ruido de diez. Robert Lightwood estaba ahí, diciendo algo en su explosiva voz. Maryse Lightwood estaba sosteniendo una botella y parecía estar ondeándola alrededor, dando un discurso. Isabelle Lightwood estaba de pie encima de un taburete por ninguna razón en el mundo que Magnus pudiera ver. Jace Herondale estaba, aún más misteriosamente, yaciendo en el suelo de roca, y al parecer había traído a Clary, quien vio a Magnus como si también hubiera estado confundida por su presencia.

Alec estaba de pie en medio de la habitación, en medio de la tormenta humana que era su familia, sosteniendo al bebé protectoramente contra su pecho. Magnus no podía creer que fuera posible que su corazón se hundiera más, pero de alguna manera lo golpeó como el mayor desastre en el mundo que el bebé estuviese despierto.

Magnus se detuvo en el umbral, mirando el caos, sintiéndose completamente inseguro sobre qué hacer después.

Lily no tuvo tal vacilación.

—¡LIGHTWOOD! —rugió Lily, entrando de golpe.

—Ah sí, Lily Chen, ¿supongo? —dijo Robert Lightwood, girándose hacia ella con la dignidad del Inquisidor y sin señal de sorpresa—. Recuerdo que fuiste representante temporal de los vampiros en el Concejo por un tiempo. Me alegra verte de nuevo. ¿Qué puedo hacer por ti?

Robert estaba obviamente haciendo su mejor esfuerzo para mostrar gentileza a un importante líder vampiro. Magnus apreció eso, un poco. A Lily no le importó.

—¡Tú no! —espetó ella—. ¿Quién siquiera eres tú?

Gruesas cejas negras se dispararon hacia el cielo.

—¿Soy el Inquisidor? —dijo Robert—. ¿Fui la cabeza del Instituto de Nueva York por más de una década?

Lily puso en blanco sus oscuros ojos.

—Oh, felicidades, ¿Quieres una medalla? Necesito a Alexander Lightwood, obviamente, —dijo Lily y se zambulló más allá de una mirada de Robert y Maryse hacia su hijo—. ¡Alec! ¿Conoces al comerciante hada, Mordecai? Ha estado vendiendo fruta a los mundanos al borde de Central Park. ¡De nuevo! ¡Está en ello de nuevo! Y luego Elliot mordió a un mundano que había participado.

—¿Reveló su naturaleza vampira a alguien mientras estaba intoxicado? —preguntó Robert con aspereza.

Lily le dio una mirada fulminante, como preguntándose por qué él aún estaba aquí, luego devolvió su atención hacia Alec.

—Elliot hizo un baile llamado la Danza de los Veintiocho Velos en Times Square. Está en YouTube. Muchos comentaristas lo describen como la más aburrida danza erótica jamás presentada en la historia del mundo. Nunca

había estado tan avergonzada en mí no-vida. Estoy pensando en renunciar a ser la líder del clan y convertirme en una monja vampiro.

Magnus notó a Maryse y Robert, quienes no tenían la mejor relación y difícilmente jamás se hablaban entre sí, teniendo una breve consulta en susurros sobre lo que YouTube podría ser.

—Como la actual cabeza del Instituto de Nueva York, —dijo Maryse, con un intento de firmeza—, si hay actividad de Subterráneos ilegal ocurriendo, debería ser reportada ante mí.

—No hablo con Nefilims sobre asuntos de Subterráneos, —dijo Lily severamente.

Los padres Lightwood la miraron, y luego balancearon sus cabezas en sincronía para mirar a su hijo. Lily ondeó una despectiva mano en su dirección.

—Excepto por Alec, él es un caso especial. El resto de vosotros Cazadores de Sombras solo entráis, exponéis vuestra preciosa Ley, y cortáis las cabezas de la gente. Nosotros los Subterráneos podemos manejar nuestros

asuntos nosotros mismos. Vosotros, Nefilims, podéis quedaros cortando cabezas de demonios y yo os consultaré tan pronto como la siguiente gran maldad ocurra, en lugar de la siguiente gran molestia, la cual ocurrirá probablemente el martes, y con la cual yo, Maia y Alec lidiaremos. Gracias. Por favor dejad de interrumpirme. Alec, ¿siquiera se puede confiar en estas personas?

—Ellos son mis padres, —dijo Alec—. Sé sobre la fruta de hada. Las hadas han estado tomando más y más oportunidades últimamente. Ya le envié un mensaje a Maia. Ella tiene a Bat y algunos otros chicos merodeando la zona del parque. Sabes cómo es él con la fruta de hada. Sabes que mordió a ese mundano a propósito.

—Podría haber sido un accidente, —musitó Lily.

Alec le dio a Lily una profunda mirada escéptica.

—Oh, ¿podría haber sido su decimoséptimo accidente? Tiene que detenerse o va a perder

el control bajo la influencia y matará a alguien. No mató al hombre, ¿cierto?

—No, —dijo Lily hoscamente—. Detuve a Elliot a tiempo. Sabía que tú lo matarías, y luego supe que me darías tu mirada decepcionada. —Se detuvo—. ¿Estás seguro de que los hombres lobo tienen esto en mano?

—Sí, —dijo Alec—. No tienes que cargar hacia Idris y escupir asuntos de Subterráneos en frente de toda mi familia.

—Si ellos son tu familia, saben que puedes manejar una cosita como esta, —dijo Lily con desdén. Pasó dos manos por su brillante cabello negro, ahuecándolo—. Esto es tanto un alivio. Oh, —añadió, como si justo lo hubiera notado—. Estás sosteniendo un bebé. —Lily tendía a tener concentración láser.

Tras la guerra con Sebastian, los Cazadores de Sombras habían dejado de lidiar con la traición de las hadas y la crisis de cuantos Institutos habían caído y cuantos Nefilim habían sido oscurecidos y perdidos en la guerra, su segunda guerra en un año. Ellos no estaban en forma para mantener un ojo

cercano a los Subterráneos, pero los Subterráneos habían perdido un gran trato también. Viejas estructuras que habían sostenido a su sociedad en su lugar por siglos, como el Praetor Lupus, habían sido destruidas en la guerra. Las hadas estaban esperando para rebelarse. Y los clanes de hombres lobo y vampiros de Nueva York tenían nuevos líderes. Ambas, Lily y Maia, eran jóvenes para ser líderes, y habían logrado del todo inesperadamente su liderazgo. Ambas se habían encontrado a sí mismas, debido a la inexperiencia y no por falta de intento, en problemas. Maia había llamado a Magnus y preguntado si podía venir y visitarlo, para pedirle su consejo en algunas cosas. Cuando ella apareció, arrastró a Lily junto con ella. Lily, Maia, y Magnus entonces se sentaron alrededor de la mesita de café de Magnus gritándose entre sí por horas.

—¡No puedes solo matar a alguien, Lily! —
seguía diciendo Maia.

Lily seguía diciendo:

—Explica por qué.

Alec había estado de mal humor ese día, teniendo su brazo torcido casi fuera de su cuenca durante una pelea con un demonio dragón. Él había estado apoyado contra la encimera de la cocina, escuchando, cuidando su brazo, y escribiendo a Jace mensajes como:

X Q DICES QUE LAS COSAS STAN XTINTAS CUANDO LAS COSAS NO STAN XTINTAS y X Q ERES DE LA FORMA EN Q ERES.

Hasta que se quedó sin paciencia.

—¿Sabías, Lily —dijo en una voz fría, bajando su teléfono— que has pasado más de la mitad del tiempo que estás hablando provocando a Magnus y Maia, en lugar de ofreciendo sugerencias? Y los has hecho pasar alrededor de la misma cantidad de tiempo discutiéndote. Así que estás haciendo todo durar el doble de tiempo. Lo cual significa que estás desperdiciando el tiempo de todos. Esa nos es una forma de comportarse muy eficiente para un líder.

Lily estaba tan sorprendida que lució casi blanca por un momento, casi realmente joven, antes de que siseara:

—Nadie te preguntó, Cazador de Sombras.

—Yo soy un Cazador de Sombras, —dijo Alec, aún en calma—. El problema que estás teniendo con las sirenas. El Instituto de Rio de Janeiro estaba teniendo el mismo problema hace un par de años. Sé todo sobre ello. ¿Quieres que te lo diga? ¿O quieres terminar con media docena de turistas en un bote a Staten Island ahogados, al menos esa cantidad de Cazadores de Sombras preguntándote cosas vergonzosas, y una pequeña voz en tu cabeza diciendo, “Wow, desearía haber escuchado a Alec Lightwood cuando tuve la oportunidad?”

Hubo un silencio. Maia había puesto una galleta entera en su boca mientras esperaban. Lily mantuvo sus brazos cruzados y lucía malhumorada.

—No desperdicies mi tiempo, Lily, —dijo Alec—. ¿Qué quieres?

—Quiero que te sientes y me ayudes, supongo, —refunfuñó Lily.

Alec se había sentado. Magnus no había esperado que los encuentros sucedieran más

de unas pocas veces, mucho menos ver un entendimiento brotar rápidamente entre Alec y Lily. Alec no había estado completamente cómodo con los vampiros, una vez. Pero siempre respondía al ser confiado, siendo convertido. Siempre que Lily venía a él con un problema, primero arrogantemente y con un aire de reticencia y más tarde con desafiante confianza, Alec no descansaba hasta que lo había solucionado. Una noche de jueves Magnus había escuchado el timbre y salió de la habitación para encontrar a Alec poniendo vasos, y se dio cuenta de que las reuniones ocasionales de emergencia se habían convertido en encuentros regulares. Que Maia, Lily y Alec desenrollarían un mapa de Nueva York para localizar áreas problemáticas y tener acalorados debates en los cuales Lily hacía bromas muy sucias sobre hombres lobos, y cada uno de ellos llamaría al otro cuando tenían un problema que no sabían cómo resolver. Que los Subterráneos y Cazadores de Sombras por igual vendrían a Nueva York sabiendo que había un grupo con Subterráneos y Cazadores de Sombras quienes

tenían poder y cooperarían al solucionar problemas. Ellos vendrían a consultar y descubrir si el grupo podría ayudarlos, también. Magnus se dio cuenta de que esta era su vida ahora, y no la tendría diferente.

—Me gusta tanto Alec, —Lily le dijo a Magnus en una fiesta meses atrás, ligeramente ebria y con brillo en su cabello—. Especialmente cuando se pone brusco conmigo. Me recuerda a Raphael.

—Cómo te atreves, —había respondido Magnus—. Estás hablando del hombre al que amo. —Él estaba atendiendo el bar. Su traje tenía un chaleco que brillaba en la oscuridad, lo cual hacía el atender el bar en la ingeniosa oscuridad de la fiesta de alguna forma más fácil. Había hablado sin pensar, casualmente, y luego se detuvo, vaso en mano parpadeando turquesa en las luces de la fiesta. Había hablado sobre Raphael fácilmente, casualmente insultando, como si Raphael aun estuviera vivo. Lily había sido aliada de Raphael y respaldo por décadas. Ella había sido completamente leal a él.

—Bueno, yo amaba a Raphael, —dijo Lily—. Y Raphael nunca amó a nadie, sé eso demasiado bien. Pero él era mi líder. Si comparo a alguien con Raphael, es un cumplido. Como Alec. Y me gusta Maia. —

Ella contempló a Magnus con ojos amplios, pupilas dilatadas hasta que estos eran casi negros—. Nunca tuve un terrible afecto hacia ti. Excepto Raphael, siempre decía que eras un idiota, pero se podía confiar en ti.

Raphael había amado a mucha gente, Magnus lo sabía. Había amado a su familia mortal. Quizás Lily no sabía sobre ellos: Raphael había sido tan cuidadoso acerca de ellos. Magnus pensó que quizás había amado a Lily, aunque no en la forma en que ella quería. Él sabía que Raphael había confiado en ella. Y había confiado en Magnus.

Permanecieron en pie juntos, aquellos dos en los que Raphael había confiado, en uno de esos silenciosos momentos terribles recordando a los muertos y sabiendo que jamás volverían verlos.

—¿Quieres otra bebida? —Preguntó Magnus—. Puedo ser confiable para hacerte otra bebida.

—Trae a la fiesta O negativo, estoy sintiéndome juguetona, —le dijo Lily.

Ella miró a la distancia mientras Magnus hacía su bebida, sus ojos fijos en las lluvias del brillo que caían del techo en intervalos, pero no viéndolas.

—Nunca pensé que tendría que liderar el clan. Pensé que Raphael siempre estaría ahí. Si no hubiera tenido las sesiones con Alec y Maia, no sabría que hacer la mitad del tiempo. Un hombre lobo y un Cazador de Sombras. ¿Crees que Raphael estaría avergonzado?

Magnus deslizó la bebida de Lily a lo largo del bar hacia ella.

—No, —le dijo.

Lily había sonreído, un destello de colmillos debajo de su pintalabios color ciruela, y, agarrando su bebida, deambuló hacia Alec.

Ahora Lily estaba de pie junto a Alec, lo había seguido hacia Idris, y miró al bebé en sus brazos.

—Hola, bebé, —susurró Lily, cerniéndose sobre el niño. Chasqueó sus colmillos en la dirección del bebé. Jace rodó ligeramente, del suelo hasta sus pies. Robert, Maryse e Isabelle pusieron las manos en sus armas. Lily chasqueó sus dientes de nuevo, completamente inconsciente de que la familia Lightwood estaba claramente lista para moverse y rasgarla en pedazos. Alec miró a su familia por encima de la cabeza de Lily y sacudió su propia cabeza en un pequeño, firme gesto.

El bebé levantó la mirada a los colmillos destellantes de Lily y se rio.

Lily chasqueó sus dientes para él de nuevo y él rio otra vez.

—¿Qué? —preguntó Lily, levantando la mirada hacia Alec y sonando tímida de pronto—. Siempre me gustaron los niños, cuando estaba viva. La gente decía que yo era

buena con ellos. —Ella rio, un poco cohibida—. Ha pasado un tiempo.

—Eso es genial, —dijo Alec—. Estarás dispuesta a cuidarlo ocasionalmente, entonces.

—Ha-ha soy la cabeza del clan vampiro de Nueva York y soy muy importante, —le dijo Lily—. Pero lo veré cuando me pase por tu casa.

Magnus se preguntó cuánto tiempo Alec estaba imaginando que sería hasta que le encontraran un hogar al bebé. Alec debía pensar que llevaría un tiempo, y Magnus temía que Alec tuviera razón.

Observó a Alec, su cabeza inclinada sobre el bebé en sus brazos, inclinándolo hacia Lily mientras le murmuraban al bebé juntos. Alec no parecía muy molesto, pensó. Era Lily quien, después de un espacio de susurrar al bebé, comenzó a lucir un poco incómoda.

—Se me ocurre que estoy quizás entrometiéndome, —dijo Lily.

—Oh ¿en serio? —preguntó Isabelle, sus brazos cruzados—. ¿Tú crees?

—Lo siento, Alec —dijo Lily, explícitamente no disculpándose con nadie más—. Te veré en Nueva York. Vuelve rápido o algún idiota quemará el lugar. Adiós, Magnus, otros Lightwoods al azar. Adiós bebé. Adiós, pequeño bebé.

Se paró en las puntas de sus pies en sus botas de tacón, besó a Alec en la mejilla y salió pavoneándose.

—No me gusta la actitud de ese vampiro, —dijo Robert en el silencio siguiente a la partida de Lily.

—Lily está bien, —dijo Alec suavemente.

Robert no dijo otra palabra contra Lily. Era cuidadoso con su hijo, Magnus había observado, dolorosamente cuidadoso, pero Robert era quién había hecho el dolor necesario. Robert había sido desconsiderado con su hijo en el pasado. Sería un largo tiempo de dolor y cuidado hasta que las cosas estuvieran bien entre ellos. Tanto Robert como Alec estaban intentándolo. Ese era el por qué Alec se había quedado para tener el desayuno con su padre esta mañana. Aunque Magnus no

estaba del todo seguro de qué estaba haciendo Robert Lightwood aquí en la Academia de Cazadores de Sombras en la oscuridad de la noche. Mucho menos Maryse, quién debería estar dirigiendo el Instituto de Nueva York. Mucho menos Isabelle y Jace. Magnus siempre estaba complacido de ver a Clary.

—Hola, bizcocho, —dijo él.

Clary caminó hacia la puerta y le sonrió, mil galones de problemas en un cuerpo del tamaño de una pinta.

—Hola.

—Qué...

Magnus intentó discretamente preguntar qué demonios estaba pasando, pero fue interrumpido por Jace tumbándose completamente en el suelo de nuevo. Magnus bajó la mirada, de alguna forma distraído.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy rellenando grietas con trozos de material, —dijo Jace—. Fue idea de Isabelle.

—Rasgué una de tus camisetas para hacerlo, —le dijo Isabelle—. No una de tus

camisetas lindas, obviamente. Una de las camisetas que no te quedan y la cual no deberías usar de nuevo.

El mundo se nubló brevemente en frente de los ojos de Magnus.

—¿Hiciste qué?

Isabelle bajó la mirada hacia él desde el taburete donde estaba de pie, sus manos en sus caderas.

—Estamos haciendo a prueba de niños la suite entera. Si puedes llamar a esto suite. Toda esta Academia es una trampa mortal de bebés. Después de que terminemos aquí, vamos a hacer a prueba de bebés tu apartamento.

—No tienes permiso de entrar en nuestro apartamento, —le dijo Magnus.

—Alec me dio un set de llaves que dice lo contrario, —le dijo Isabelle.

—Lo hice, —dijo Alec—. Le di llaves. Perdóname, Magnus, te amo, no sabía que ella iba a ser así.

Usualmente Robert lucía ligeramente incómodo cuando sea que Alec expresaba afecto a Magnus. Esta vez, de todas formas, él estaba viendo fijamente al bebé brujo y no parecía siquiera escuchar. Magnus estaba comenzando a sentirse incluso más trastornado por los giros que esta noche estaba teniendo.

—¿Por qué estás siendo así? —Magnus le preguntó a Isabelle—. ¿Por qué?

—Piénsalo, —dijo Isabelle—. Tenemos que lidiar con las grietas. ¡El bebé podría gatear alrededor y conseguir que su mano o su pie se atasquen en una grieta! Podría lastimarse. No quieres que el bebé se lastime, ¿cierto?

—No, —dijo Magnus—. Tampoco pretendo rasgar mi vida entera en tiras y reorganizarla por un bebé.

Lo que dijo sonaba sumamente razonable para él. Estuvo aturdido cuando Robert y Maryse se rieron.

—Oh, recuerdo pensar de esa forma, —dijo Maryse—. Aprenderás, Magnus.

Había algo extraño en la forma en que Maryse estaba hablándole. Sonaba cariñosa. Usualmente ella era cuidadosamente educada o formal. Nunca antes había sido cariñosa.

—Me esperaba esto, —declaró Isabelle—. Simon me dijo todo sobre el bebé por teléfono. Sabía que estaríais aturcidos y abrumados. Así que ubiqué a mamá, y ella contactó a Jace, y Jace estaba con Clary, y todos venimos inmediatamente a echar una mano.

—Es muy bueno de tu parte, —dijo Alec.

Había un aire de sorpresa sobre él, el cual Magnus completamente entendió, pero parecía emocionado, lo cual Magnus no entendió del todo.

—Oh, es un placer, —le dijo Maryse a su hijo. Ella avanzó hacia Alec, con las manos extendidas. Eso le recordó a Magnus a un ave de presa, garras extendidas, vencida por el hambre—. ¿Qué dices tú —dijo en una voz alarmantemente dulce—, me dejas sostener al bebé? Dentro de esta habitación soy la que mayor experiencia tiene con bebés, después de todo.

—Eso no es verdad, Alec, —dijo Robert—. ¡Eso no es cierto! Yo estuve muy involucrado con todos vosotros cuando erais jóvenes. Soy excelente con los bebés.

Alec parpadeó ante su padre, que había aparecido a su lado con la velocidad de un Cazador de Sombras.

—Por lo que recuerdo, —dijo Maryse—, tú los rebotas.

—A los bebés les encanta eso, —afirmó Robert—. A los bebés les encanta rebotar.

—Rebotar hará que el bebé escupa para arriba.

—Rebotar hará que el bebé escupa de alegría, —dijo Robert.

Magnus creyó, durante unos momentos, que la única explicación posible era que toda la familia estaba borracha. Ahora él estaba llegando a una conclusión mucho peor.

Isabelle había llegado, en un torbellino de organización, para ver al niño. Ella había sido capaz de persuadir a Jace y Clary para venir a ver al niño también. Y Maryse había hablado

con el socio de su hijo con el afecto que nunca había mostrado antes, y ahora ella quería sostener al bebé.

Maryse estaba experimentando la completa fiebre de abuela.

Los Lightwood pensaban que él y Alec se quedarían con el bebé.

—Tengo que sentarme, —dijo Magnus en una voz hueca. Se sostuvo del marco de la puerta para no caerse.

Alec lo miró, sorprendido y preocupado. Sus padres tuvieron su oportunidad para saltar, las manos extendidas hacia el bebé, y Alec retrocedió un paso. Jace se levantó del suelo, cubriéndole la espalda a su parabatai, y Alec llegó visiblemente a una decisión y puso al bebé en los brazos de su parabatai así tenía las manos libres para alejar a sus padres.

—Mamá y papá, mejor no lo apretéis, —Magnus oyó a Alec sugerir.

Magnus encontró, por alguna razón, que su propio enfoque se había deslizado al bebé. Era la preocupación natural, se dijo. Cualquiera

estaría interesado. Jace, por lo que Magnus sabía, no estaba acostumbrado a los niños. No era como si los Cazadores de Sombras fueran niñeras de los niños de los alrededores.

Jace estaba sosteniendo al bebé un poco torpemente. Su cabeza dorada, con el pelo lleno de pelusa y suciedad por acostarse en el suelo frente a las grietas, se inclinó sobre el bebé, mirando hacia abajo a la solemne carita del bebé.

El bebé estaba vestido, vio Magnus. Llevaba un pijama de una pieza naranja, y los pies del pijama se parecían a pequeñas patas de zorro. Jace frotó una de las patas del zorro con una mano de color marrón, con los dedos marcados como un guerrero y tan delgados como los de un músico, y el bebé dio un repentino retortijón vigoroso.

Magnus se precipitó hacia delante, dándose cuenta de que se había movido solo cuando estaba a mitad de camino a través del cuarto. También se dio cuenta de que todos los demás se habían lanzado hacia delante para coger al bebé también.

Excepto Jace que había logrado controlar al bebé a pesar de retorcerse.

Jace se vio aterrorizado por un minuto, luego se relajó y miró a todos con su habitual leve aire de superioridad.

—Está bien, —les dijo Jace—. Él es duro.

Miró hacia Robert, recordando claramente las primeras palabras de Robert, y rebotó al bebé con cautela. El bebé se sacudió, un pequeño puño rebotando en la mejilla de Jace.

—Eso es bueno, —animó Jace—. Así está bien. Tal vez un poco más la próxima vez. Vamos a tener que golpear a demonios en la cara en ningún momento. ¿Quieres golpear demonios en la cara conmigo y Alec? ¿Quieres? Sí, quieres.

—Jace, cariño, —arrulló Maryse—. Dame al bebé.

—¿Quieres sostener al bebé, Clary? —preguntó Jace en un tono de quien ofrece un enorme regalo a su amada.

—Estoy bien, —dijo Clary.

Los Lightwood, incluyendo a Jace, la miraron con una especie de triste asombro, como si acabara de demostrar trágica locura.

Isabelle había saltado desde el banquillo, al mismo tiempo que todos habían corrido hacia adelante, listos para atraparla. Ella miró a Magnus ahora.

—¿Vas a romper la rótula de tus padres para poder sostener al bebé? —preguntó Magnus.

Isabelle se rio un poco.

—Claro que no. Pronto su fórmula estará lista. Entonces... —La cara de Isabelle cambió, estableciéndose con una determinación aterradora—. Voy a alimentar al bebé. Hasta entonces, puedo esperar, y ayudar a queelijáis el nombre perfecto para él.

—Estuvimos hablando un poco de eso mientras volvíamos de Alicante, —dijo Maryse, su voz ansiosa.

Robert hizo otro paso rápido como un relámpago, con patas de gato, y movimientos inquietantes, esta vez al lado de Magnus. Puso

una mano pesada en el hombro de Magnus. Magnus miró la mano de Robert y sintió un profundo malestar.

—Por supuesto, depende de ti y Alec, —le aseguró Robert.

—Por supuesto, —dijo Maryse, que nunca estuvo de acuerdo con Robert en nada—. Y no queremos que hagáis nada con lo que no os sintáis cómodos. No quisiera al pequeño querido siendo llamado por un nombre asociado con tristeza en lugar de alegría, o que cualquiera de vosotros os sintierais como que tenéis que hacer esto. Pero pensamos... bueno, los brujos escogen sus propios apellidos un poco más tarde, por lo que “Bane” no es parte de una tradición familiar... Pensamos que podríais considerar, en memoria, pero no como una carga...

Isabelle dijo con voz clara—: Max Lightwood.

Magnus se vio parpadear, en parte, por perplejidad, pero en parte por otro sentimiento que encontró mucho menos fácil

de definir. Su visión se había desdibujado de nuevo y algo en su pecho se había torcido.

El error que los Lightwood habían cometido era ridículo, y sin embargo, Magnus no podía dejar de estar sorprendido por su oferta, y como de genuina y sincera había sido.

Este era un niño brujo, y ellos eran todos Cazadores de Sombras. Lightwood era un viejo y orgulloso nombre de Cazador de Sombras. Max Lightwood había sido el hijo más joven de los Lightwood. Era un nombre para uno de los suyos.

—O si no os gusta eso... Michael. Michael es un nombre bonito, —Robert ofreció por el largo silencio. Se aclaró la garganta después de que él habló, y miró por las ventanas del ático, a los bosques de los alrededores de la Academia.

—O bien podría tener dos, —dijo Isabelle, con la voz un poco demasiado brillante—. ¿Lightwood-Bane o Bane-Lightwood?

Alec se movió, no llegando a tomar al bebé, pero tocándolo. El bebé movió una mano, sus pequeños dedos curvándose alrededor del

dedo de Alec, como si lo sintiera. El rostro de Alec, afectado por la mención del nombre de su hermano, se calentó con una débil sonrisa repentina.

—Magnus y yo no hemos hablado de ello, sin embargo, lo necesitamos —dijo en voz baja. Su voz tenía autoridad, incluso cuando era tranquilo. Magnus vio a Robert y Maryse asintiendo junto a él, casi inconscientemente—. Pero estaba pensando que tal vez Max podría ser, también.

Fue entonces cuando Magnus se dio cuenta de la magnitud de la situación. No era solo una salvaje conclusión que Isabelle había saltado e improbablemente convencido a todos. No eran sólo los Lightwood.

Alec también pensó que él y Magnus se quedarían con el bebé.

Magnus fue y se sentó a continuación, en una de las sillas desvencijadas con un cojín de casa en el lugar. No podía sentir sus dedos. Pensó que podría estar en shock.

Robert Lightwood lo siguió.

—No podía dejar de notar que el bebé es de color azul, —dijo Robert—. Los ojos de Alec son azules. Y cuando tú haces —hizo un gesto extraño y perturbador, y luego hizo el silbido de sonido whoosh— magia, a veces hay una luz azul.

Magnus lo miró fijamente.

—No veo tu punto.

—Si hiciste el bebé para ti y para Alec, puedes decírmelo, —dijo Robert—. Soy un hombre muy tolerante. O lo estoy tratando. Me gustaría serlo. Voy a entenderlo.

—Si hice... al... ¿bebé...? —Repitió Magnus.

No estaba seguro de por dónde empezar. Había imaginado que Robert Lightwood sabía cómo se hacían los bebés.

—Mágicamente, —susurró Robert.

—Voy a fingir que nunca me dijiste eso, —dijo Magnus—. Voy a fingir que nunca tuvimos esta conversación.

Robert le guiñó un ojo, como si entendiera. Magnus se quedó sin habla.

Los Lightwood continuaron con su atención al bebé, alimentándolo, turnándose para tenerlo uno a la vez. Luz mágica por todas partes, llenando todo el espacio pequeño de la buhardilla, ardía y quemaba la visión de Magnus.

Alec pensaba que iban a quedarse con el bebé. Quería ponerle el nombre Max.

—Vi a Magnus Bane y a una sexy mujer vampiro en la sala, — anunció Marisol al pasar por la mesa de Simon.

Jon Cartwright estaba llevando su bandeja, y casi la dejó caer.

—Un vampiro, —repitió—. ¿En la Academia?

Marisol miró su cara escandalizada y asintió.

—Una sexy.

—Son la peor clase, —respiró Jon.

—Así que tú no fuiste tan malo, entonces, Simon, —comentó Julie mientras Marisol caminaba, girando su historia de una vampiresa seductora.

—Sabes, —dijo Simon— a veces pienso que Marisol va demasiado lejos. Sé que le gusta molestar a Jon, pero nadie es tan tonto como para creer en un bebé brujo y una vampiro en el mismo día. Es demasiado. No tiene ningún sentido. Jon va a hacerse popular.

Puso un misterioso bulto en su guiso. La cena era muy tarde esta noche, y muy congelada. Marisol mintiendo sobre vampiros debió poner la idea en la cabeza: Simon miró hacia atrás al beber sangre y pensó que no podría haber sido tan malo como esto.

—Se podría pensar que había tenido suficientes emociones por un día, —George estuvo de acuerdo—. Me pregunto cómo lo está haciendo el pobre bebé. Estaba pensando, ¿crees que podría cambiar de color como un camaleón? ¿Cuán genial sería?

Simon se iluminó.

—Muy guay.

—Nerds, —dijo Julie.

Simon lo tomó como una alabanza. Él sentía que George realmente hubiera aparecido bajo

su tutela. Él había comprado incluso voluntariamente novelas gráficas cuando estaba en Escocia durante las Navidades. Tal vez algún día el estudiante se convertiría en el maestro.

—Esto es mala suerte para ti, Simon, —dijo George—. Sé que querías hablar con Alec.

El breve momento de alegría de Simon se desvaneció y se desplomó con la cara sobre la mesa.

—Olvídate de hablar con Alec. Cuando fui a decirles lo del bebé, me metí entre Alec y Magnus. Si antes no le gustaba a Alec, ahora definitivamente me odia.

Otro recuerdo viejo apareció en la mente de Simon, absolutamente inoportuno: el pálido rostro de Alec, furioso mientras miraba a Clary. Tal vez Alec odiaba a Clary, también. Tal vez cuando se le cruzaba alguien, nunca olvidaba y perdonaba, y siempre los odiaría a los dos.

Sus horribles imaginaciones fueron interrumpidas por una sensación en torno a su mesa.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?
¿Magnus parecía un tierno amante deportivo?
—exigió Julie.

—¡Julie! —dijo Beatriz.

—Gracias, Beatriz —dijo Simon.

—No agradezcas, Simon, —dijo Beatriz—. No hasta que consiga lápiz y papel para escribir todo lo que dices. Lo siento, Simon, pero ellos son famosos y celebridades que soportan este interés en sus vidas amorosas. Son como Brangelina.

Beatriz rebuscó en su bolso hasta que encontró un cuaderno, y luego lo abrió y miró a Simon con un aire expectante.

Julie, nacida y criada en Idris, hizo una mueca.

—¿Qué es Brangelina? Suena como un demonio.

—¡No lo hace! —protestó George—. Creo en su amor.

—No son como Brangelina, —dijo Simon—. ¿Cómo los llamarías incluso? ¿Algnus? Eso suena como fiebre.

—Obviamente los llamaríais Malec, —dijo Beatriz—. ¿Eres estúpido, Simon?

—¡No voy a distraerme! —dijo Julie—. ¿Magnus tiene piercings? Por supuesto que sí; ¿cuándo iba a perder la oportunidad de brillar?

—No me di cuenta, y aunque lo hubiera hecho, no hablaría de eso, —dijo Simon.

—Oh, porque la gente en el mundo terrenal nunca se obsesiona con celebridades y sus vidas amorosas, —dijo Beatriz—. Véase también, Brangelina. Y esa banda de chicos con la que George está obsesionado. Tiene todo tipo de teorías sobre sus romances.

—¿Con qué... banda de chicos... está obsesionado George? —preguntó Simon lentamente.

George parecía sospechoso.

—No quiero hablar de ello. La banda está pasando por momentos difíciles últimamente, y eso me pone muy triste.

Demasiadas cosas inquietantes y perturbadoras le habían pasado a Simon hoy.

Decidió dejar de pensar en George y la banda de chicos.

—Soy el que creció a un viaje en metro de Broadway, sé que la gente se interesa demasiado en las celebridades, —dijo—. Pero es raro para mí cuando vosotras, chicas, os obsesionáis con Jace o Magnus. Es raro cuando Jon corretea detrás de Isabelle con la lengua fuera.

—¿George también tiene un enamoramiento loco por Clary? —preguntó Beatriz.

—¿Hoy es el Día de Traicionar a George, Beatriz? —Exigió George—. Sí, pude haber tenido ciertos pensamientos sobre ciertas zorras de bolsillo, ¡pero nunca te diría nada sobre ellas! ¡No quiero que sea raro!

—¿Zorras de bolsillo? —Simon lo miró—. Felicitaciones, lo volviste raro.

George bajó la cabeza avergonzado.

—Es extraño para mí porque todo el mundo actúa como si conocieran gente famosa, pero la verdad es que yo conozco a estas personas.

No son imágenes, como carteles para colgar en la pared. No son nada como vosotros pensáis que son. Tienen derecho a la intimidad. Es raro, porque veo a todos a actuar como si ellos supieran quiénes son mis amigos, cuando sólo saben un poco de ellos, y es raro ver a alguien que actúa como si tuviera algún tipo de derecho sobre mis amigos y sus vidas.

Beatriz vaciló, luego bajó su pluma.

—Está bien, —dijo—. Puedo ver que es raro para ti, pero —viene de algo que todos admiran lo que hicieron. Las personas actúan como si ellos los conocieran porque quieren conocerlos. Y ser admirado significa que tienen una gran influencia sobre otras personas. Ellos pueden hacer mucho bien con eso. Alec Lightwood es la inspiración de Sunil para ser un Cazador de Sombras. Y tú, Simon. Una gran cantidad de personas te siguen, porque te admiran. Puede haber alguna rareza mezclada con ser admirado como eso, pero creo que hay más cosas buenas.

—Oh, no es lo mismo para mí, —murmuró Simon—. Quiero decir, yo ni siquiera recuerdo.

Me refería a mis amigos. Incluyendo a Alec, que es... un amigo al que no le gusto. Ellos son los especiales.

No podía ser fresco y seguro como Magnus o Jace. No sabía de lo que Beatriz estaba hablando. También se sintió repentinamente paranoico sobre si la gente se preguntaba si tenía piercings.

Simon no tenía piercings. Solía ser un músico en Brooklyn. Probablemente debería tener piercings.

Beatriz vaciló un instante, y luego arrancó la página que había escrito sobre y la hizo una bola.

—Tú eres especial también, Simon, —dijo, y se sonrojó—. Todos saben eso.

Simon la miró a la cara roja y recordó a George mencionar que alguien estaba enamorada de él. Había pensado por un momento que podría ser Julie, y aunque sería a la vez extraño y extrañamente halagador haber cambiado el corazón de una princesa de hielo de Cazadora de Sombras con sus encantos varoniles, supuso que Beatriz tenía

más sentido. Beatriz y él eran muy buenos amigos. Beatriz tenía la mejor sonrisa en la Academia. Simon habría estado encantado de tener a una chica atractiva que era su amiga consiguiendo enamorarse de él, de vuelta en Brooklyn.

Se sentía incómoda con todo eso ahora. Se preguntó si se suponía que debía dejar ir a Beatriz fácilmente.

Julie se aclaró la garganta.

—Y para que lo sepas..., —dijo—, ha habido preguntas invasivas sobre ti. También se produjo un incidente en el que alguien trató de robar uno de tus calcetines usados y mantenerlo como un trofeo.

—¿Quién es la persona calcetín? —exigió Simon—. Eso es desagradable.

—Nunca les decimos nada, —dijo Julie—. Y ellos pueden preguntar una vez, pero nunca vuelven a preguntar —Su labio se curvó detrás de los dientes. Parecía un tigre rubio gruñendo—. Porque eres una persona real para nosotros, Simon. Y eres nuestro amigo.

Ella se inclinó sobre la mesa y tocó la mano de Simon, y luego la retiró como si se hubiera quemado. Beatriz le arrebató la mano de Julie tan pronto como ella la había sacado y la sacó de la silla y hacia la esquina de la habitación donde estaba la comida puesta.

Ninguno de los dos necesitaba más comida. Apenas habían tocado su guiso. Simon las vio pasar, y luego de pie hablando en voz baja entre sí con voz tensa.

—Bueno, ambas parecen extrañamente molestas.

George puso los ojos en blanco.

—Vamos, sí, no seas denso.

—No puedes decir..., —comenzó Simon—. ¿No puedo... gustarle a ambas?

Hubo un largo silencio.

—¿Ninguna de las dos te gusta? —dijo Simon—. Lo mereces. ¡Y! Tienes acento Escocés.

—No me lo restriegues. Tal vez las chicas me teman, porque mis ojos sagaces ven muy profundamente en sus almas —dijo George—,

o tal vez están intimidados por mi atractivo. O tal vez... Por favor ya no me hagas hablar acerca del perdedor solitario que soy.

Miró a Julie y a Beatriz un poco melancólicamente. Simon no podía decir si George estaba melancólico acerca de Julie o Beatriz, o simplemente melancólico acerca del amor en general. No había tenido idea que sus amigos estuvieran envueltos en tal enredo emocional.

Estaba sorprendido. Se sentía incómodo. Y no sentía nada más.

Le gustaba mucho Beatriz. Julie era terrible, pero Simon pensó en Julie diciéndole acerca de su hermana, y tenía que admitir: Julie era terrible, pero le gustaba, también. Ambas eran hermosas e intensas y no venían con una carga de recuerdos perdidos y emociones enredadas.

Ni siquiera estaba complacido que les gustara. Ni siquiera estaba ligeramente tentado.

Deseó, con una intensidad decidida, que Isabelle estuviera aquí, no una carta, no una voz en el teléfono, si no aquí.

Miró el rostro triste de George y ofreció:

—¿Quieres hablar acerca de cuando Magnus y Alec se vayan, y robemos su suite y hagamos nuestras propias comidas en nuestra pequeña cocina?

George suspiró.

—¿De verdad podríamos, Simon, o es un sueño demasiado hermoso? Cada día sería una canción. Todo lo que quiero es hacer un emparedado, Simon. Solo un humilde emparedado, con jamón, queso, tal vez untar un poco de... oh por Dios.

Simon se preguntó a lo que sabría una untada de “oh por Dios.” George se había congelado, la cuchara en sus labios, con los ojos fijos en un punto sobre el hombro de Simon.

Simon se dio la vuelta en su asiento y vio a Isabelle enmarcada en la entrada del comedor de la Academia. Estaba usando un vestido largo del color de los lirios, y sus brazos estaban extendidos, brazaletes brillando. El tiempo pareció ralentizarse, como una película, como magia, como si ella fuera un

genio que pudiera aparecer en una nube de humo brillante para conceder deseos, y cada deseo sería ella.

—Sorpresa —dijo Isabelle—. ¿Me extrañaste?

Simon saltó a sus pies. Probablemente había volcado su tazón a través de la mesa y sobre el regazo de George. Lo lamentaba, pero se lo compensaría después.

—Isabelle —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Felicidades, Simon, esa es una pregunta muy romántica —le dijo Isabelle—. ¿Se supone que lo tome como “No, no te extrañé, y estoy viendo otras chicas”? Si es así, no te preocupes por eso. ¿Por qué preocuparse, cuando la vida es corta? Específicamente, tu vida, porque voy a cortarte la cabeza.

—Estoy confundido por lo que estás diciendo —le dijo Simon.

Isabelle levantó sus cejas y abrió sus labios, pero antes de que pudiera hablar Simon la agarró por la cintura y la acercó a él, besando

su sorprendida boca. La boca de Isabelle se relajó, curvándose bajo la de él. Lanzó sus brazos alrededor de su cuello y lo besó de vuelta, sensual y exuberante al mismo tiempo, una mujer fatal y una princesa guerrera, todas las chicas de sus sueños de sus fantasías ñoñas en una sola. Simon se alejó por un momento para ver los ojos oscuros como la noche de Isabelle.

—No era consciente —dijo Simon—, de que hubieran otras chicas en el mundo además de ti.

Se avergonzó tan pronto como lo dijo. De ninguna manera era una línea delicada. Era patéticamente honesta, tratando de decirle a Isabelle lo que acababa de darse cuenta él mismo. Pero vio los ojos de

Isabelle brillar como estrellas nuevas despertando en la noche, sintió su brazo alrededor de su cuello empujándolo hacia debajo de nuevo por otro beso, y pensó para sí mismo que la línea pudo haber sido algo delicada. Después de todo, le había conseguido

una chica, la chica. La única chica que Simon quería.

Era medianoche antes de que Magnus sacara a todos los Lightwood fuera de su suite. Isabelle se había ido a ver a Simon un tiempo antes, y Clary y Jace usualmente podían ser persuadidos para que se fueran juntos, pero por un momento pensó que tendría que usar magia en Maryse y Robert. Los había sacado por la puerta cuando todavía le estaban dando útiles consejos de bebé.

Tan pronto como se fueron, Alec se tambaleó a la cama y yació sobre su rostro, instantáneamente dormido. Magnus se quedó con el bebé.

Era posible que el bebé se sorprendiera por los Lightwood también. Yacía en su cuna mirando fijamente al mundo con ojos amplios. La cuna estaba bajo una ventana, y estaba en una pequeña piscina de luz, la luz de la luna brillando en su arrugada cobija y sus pequeñas piernas regordetas. Magnus se agachó por la cuna y lo miró, esperando por la siguiente erupción de gritos que significaban que

necesitaba ser cambiado y alimentado. En lugar de eso, se durmió también, su boca abierta, un pequeño botón de rosa azul.

¿Quién podría amarlo algún día? había escrito la madre del bebé, pero el bebé no sabía eso todavía. Dormía, inocente y sereno como cualquier niño seguro de amor. La madre de Magnus podría haber pensado esas mismas palabras de desesperación también.

Alec pensó que se quedarían con él.

Quedarse con él no se le había siquiera ocurrido a Magnus. Había pensado que vivía la vida creyendo que mil posibilidades estaban abiertas a él, pero no había pensado que esta posibilidad estuviera abierta a él: vida en familia como tenían los mundanos y los Nefilim, amor tan seguro que podía ser compartido con alguien nuevo en el mundo e indefenso.

Pensó en eso ahora.

Quedarse con él. Quedarse con el bebé. Tener un bebé, con Alec.

Las horas pasaron. Magnus apenas lo notó, el tiempo pasó tan calladamente, como si alguien hubiera extendido la alfombra de la noche para amortiguar los pasos del tiempo. No registró nada más que ese pequeño rostro, hasta que sintió un suave toque en su hombro.

Magnus no se levantó, pero se volvió para mirar a Alec mirándolo desde arriba. La luz de la luna volvía la piel de Alec de color plata y sus ojos de un azul más oscuro y profundo, infinitamente más tiernos.

—Si pensaste que estaba pidiéndote que nos quedáramos con el bebé —dijo Magnus—, no lo estaba haciendo.

Los ojos de Alec se ampliaron. Absorbió esto en silencio.

—Eres... todavía muy joven —dijo Magnus—, lamento si algunas veces parece como si no recordara eso. Es extraño para mí, siendo inmortal significa ser joven y viejo, es extraño para mí. Sé que debo parecerte extraño algunas veces.

Alec asintió, pensativo y no herido.

—Lo pareces —dijo, y se inclinó con una mano agarrando el lado de la cuna, tocó el cabello de Magnus, y le dio un beso suave como la luz de la luna—, y no quiero algo más que esto. No quiero un amor menos extraño.

—Pero no tienes que temer que alguna vez te vaya a dejar —dijo Magnus—, no tienes que temer lo que le pasará al bebé o que estaré lastimado por el bebé... es un brujo, y no era deseado. No tienes que sentirte atrapado. No tienes que tener miedo, y no tienes que hacer esto.

Alec se arrodilló en las sombras y en las tablas desnudas y llenas de polvo del ático, junto a la cuna y frente a Magnus.

—¿Qué pasa si lo quiero? —preguntó—. Soy un Cazador de Sombras. Nos casamos jóvenes, y tenemos hijos jóvenes, porque podríamos morir jóvenes, porque queremos hacer nuestro deber en el mundo y tener todo el amor en el mundo que podamos. Solía... solía pensar que nunca podría hacer eso, nunca tener eso. Solía sentirme atrapado. No me siento atrapado ahora. Nunca podría pedirte que vivieras en un

Instituto, y no quiero hacerlo. Quiero quedarme en Nueva York, contigo, y con Lily y Maia. Quiero que sigamos haciendo lo que estamos haciendo. Quiero que Jace dirija el Instituto después de mi madre, y quiero trabajar con él. Quiero ser parte de la conexión entre el Instituto y los Subterráneos. Por tanto tiempo pensé que nunca podría tener ninguna de las cosas que quería, excepto que podría tal vez mantener a Jace e Isabelle a salvo. Pensé que podría cuidar sus espaldas en una pelea. Ahora tengo más y más gente que me importa, y... quiero que todos los que me importan — quiero que gente que siquiera conozco, quiero que todos nosotros— sepan que cuidamos nuestras espaldas para que no tengamos que pelear solos. No estoy atrapado. Estoy feliz. Estoy exactamente donde quiero estar. Sé lo que quiero, y tengo la vida que quiero. No le temo a ninguna de las cosas que dijiste.

Magnus inhaló profundamente. Era mejor preguntarle a Alec que seguir imaginándose la cosa incorrecta.

—¿A qué le temes, entonces?

—¿Recuerdas a madre sugiriendo llamar al bebé Max?

Magnus asintió, cuidadosamente callado.

Nunca siquiera había conocido al hermano pequeño de Alec, Max. Robert y Maryse Lightwood siempre habían tratado de mantener a sus hijos alejados de los Subterráneos, y Max había estado muy joven para desobedecer.

La voz de Alec era suave, tanto por el bebé y el recuerdo.

—Nunca fui el hermano genial. Recuerdo cuando mamá solía dejar a Max conmigo, cuando estaba realmente pequeño, apenas aprendiendo a caminar, y siempre temía que se caería y sería mi culpa. Constantemente trataría de hacerle obedecer las reglas y hacer lo que mamá decía. Isabelle era tan buena con él, siempre haciéndolo reír, y por el Ángel, Max quería ser justo como Jace. Pensaba que Jace era el más genial, el mejor Cazador de Sombras que jamás hubiera vivido, que el sol se alzaba y ocultaba en él. Jace le dio un pequeño soldado de juguete y Max solía llevarlo a la

cama con él. Estaba celoso de lo mucho que Max amaba ese juguete. Solía darle otras cosas, juguetes que pensaba que eran mejores, pero siempre quiso más a ese soldado. Murió sosteniendo ese soldado por consuelo. Estoy tan contento que lo haya tenido, que tuviera algo que amara para consolarlo. Fui estúpido y mezquino por estar celoso.

Magnus sacudió su cabeza. Alec le dio una sonrisa arrepentida, y luego inclinó su oscura cabeza, mirando al suelo.

—Siempre pensé que habría más tiempo —dijo Alec—. Pensé que Max envejecería, y entrenaría más con nosotros y que lo ayudaría a entrenar. Pensé que vendría a misiones con nosotros, y que cuidaría su espalda, de la manera en que siempre trató de cuidar las espaldas de Jace e Isabelle. Sabría que su aburrido hermano mayor era bueno para algo entonces. Sabría que podía contar conmigo, sin importar qué. Debería haber sido capaz de contar conmigo.

—Fue capaz de contar contigo —dijo Magnus—. Lo sé. Él lo supo. Nadie que te ha conocido podría dudarlo.

—Él ni siquiera supo que soy gay, —dijo Alec—. O que te amo. Desearía que pudiera haberte conocido.

—Yo desearía haberlo conocido, —dijo Magnus—. Pero él te conocía a ti. Él te amaba. Lo sabes, ¿No es así?

—Sí, lo sé, —dijo Alec—. Es solo... Siempre deseé haber podido ser más para él.

—Siempre intentas ser más, por todos los que amas, —dijo Magnus—. No ves como toda tu familia acude a tu, como se apoyan en ti. Yo me apoyo en ti. Incluso Lily se apoya en ti, por amor a Dios. Amas a la gente que amas tanto que quieres convertirte en un ideal imposible para ellos. No te das cuenta de que eres más que suficiente.

Alec se encogió de hombros, como si no pudiera hacer nada.

—Me preguntaste a que le tenía miedo. Tengo miedo de que yo no les guste, —dijo

Alec—. Estoy asustado de que vaya a decepcionarlos. Pero quiero intentar estar ahí para él. Lo quiero. ¿Y tú?

—No lo esperaba, —dijo Magnus—. No me esperaba que nada como esto viniera, para mí. Incluso si algunas veces pensé sobre lo que podría ser si tú y yo teníamos una familia, pensé que no sucediera hasta después de muchos años. Pero sí. Sí, quiero intentarlo, también.

Alec sonrió, su sonrisa tan brillante que Magnus se dio cuenta de lo muy aliviado que estaba, y tardíamente, se dio cuenta de lo preocupado que había estado Alec de que él fuera a decir que no.

—Es algo rápido —admitió Alec—. Yo había pensado en tener una familia, pero supongo que siempre pensé... Bueno, supongo que nunca sospeché que nada como esto pasara antes de que nos casáramos.

—¿Qué? —dijo Magnus.

Alec simplemente lo miraba fijamente. Una larga y fuerte mano de arquero estaba colgando hacia la cuna del bebe, pero Alec era

intenso sobre Magnus, sus ojos azul oscuro más oscuros que nunca entre las sombras, una sola mirada de Alec más importante que un beso de cualquier persona. Magnus vio que había querido decir lo que dijo.

—Alec —dijo él—. Mi Alec. Tienes que saber que es imposible.

Alec se veía aturdido y el dolor golpeó. Magnus empezó a hablar, las palabras tambaleándose fuera de su boca cada vez más rápido, intentando hacer que Alec lograra ver.

—Los Cazadores de Sombras no pueden casarse con los Subterráneos, ni en ceremonias de Subterráneos o mundanas. Lo he visto pasar. He visto otros Cazadores de Sombras descartar esos matrimonios como si no hubieran significado nada, y he visto a algunos Cazadores de Sombras ceder bajo presión y romper los votos que hicieron. Sé que nunca cederías o lo romperías. Sé lo que ese tipo de matrimonio significaría, tanto como tú. Sé que cualquier promesa que pudieras hacerme, la mantendrías. Pero yo estuve vivo antes de los Acuerdos. Me senté y comí y hablé con los

Cazadores de Sombras sobre la paz entre nuestra gente, y esos mismos Cazadores de Sombras botaron los platos en los que comí porque pensaban que yo contaminaba irremediablemente todo lo que tocaba. No quiero tener una ceremonia en la que cualquier otra persona pueda mirarme como menos. No quiero que tú tengas alguna ceremonia que sea menos de lo que hubieras podido tener, para honrar tus votos ante un Cazador de Sombras. He tenido más que suficiente de hacer compromisos en el nombre de intentar lograr la paz. Quiero que la Ley cambie. No quiero que nos casemos antes de que nos podamos casar de dorado.

Alec se quedó callado, su cabeza inclinada.

—¿Lo entiendes? —Exigió Magnus, sintiéndose casi desesperado—. No es que no quiera hacerlo. No es que no te ame.

—Lo entiendo, —dijo Alec. Respiró profundamente y levantó la mirada—. Puede que nos tome un tiempo Cambiar la ley, —dijo simplemente.

—Puede que lo haga, —dijo Magnus.

Ambos se quedaron callados por un tiempo.

—¿Puedo contarte algo? —preguntó Magnus—. Nadie había querido casarse conmigo antes.

Él había tenido otros amantes, pero ninguno de ellos lo había pedido alguna vez, y él lo había sabido, lo había sentido con una impresión fría y enfermiza, que sería inútil no preguntarles. Ya fuera porque pensarán que no sentían que pudieran comprometerse hasta que la muerte los separara, cuando Magnus no podía morir, o porque tomaban a Magnus a la ligera, o pensarán que, como era inmortal, él los tomaba a la ligera. Él nunca había sabido las razones por las que no habían querido casarse con él, pero hela aquí: Había tenido amantes dispuestos a morir con él, pero no había habido nunca nadie dispuesto a jurar vivir con él cada día, por cuanto tiempo ambos tuvieran para vivir.

Nadie hasta este Cazador de Sombras.

—Nunca le había pedido a nadie que se casara conmigo antes, —dijo Alec—. ¿Entonces es un no?

Él se rio mientras lo preguntaba, una risa suave, cansada pero feliz. Alec siempre intentaba darles a aquellos a los que amaba un camino o una puerta abierta; intentaba darles a aquellos a los que amaba lo que fuera que quisieran.

Se quedaron ahí sentados, inclinándose contra la cuna de su bebe juntos. Magnus levantó su mano, y Alec la atrapó a la mitad del camino, sus dedos entrelazándose. Los anillos de Magnus centellaron, y las cicatrices de Alec brillaron con la luz de la luna. Ambos sostuvieron las manos.

—Es un sí, algún día, —dijo Magnus—. Por ti, Alec, siempre es sí.

Después de clases al día siguiente, Simon se sentó en su húmeda habitación de mazmorra, resistió la casi irresistible tentación de ir a buscar a Isabelle, y reunió todo su valor.

Marchó por los muchos tramos de escaleras y tocó a la puerta de la habitación de Alec y Magnus.

Magnus contestó a la puerta. Estaba usando jeans y una camiseta suelta y raída, mientras sostenía al bebé y se veía muy cansado.

—¿Cómo sabías que acababa de despertarse de una siesta? —preguntó Magnus mientras abría la puerta.

—Ehm, no lo sabía, —dijo Simon.

Magnus le parpadeó, en la manera lenta en la que lo hacían las personas cansadas, como si tuvieran que concentrarse profundamente para parpadear.

—Oh, mis disculpas, —dijo él—. Pensé que eras Maryse.

—¿La madre de Isabelle está aquí? —exclamó Simon.

—¡Shhhhh! —dijo Magnus—. Podría escucharte.

El bebé se estaba removiendo, no llorando del todo, sino haciendo un sonido como de

tractor pequeño e infeliz. Limpió su cara inundada contra el hombro de Magnus.

—De verdad lamento interrumpir, —dijo Simon—. Me estaba preguntando si podría tener algunas palabras a solas con Alec.

—Alec está durmiendo, —dijo rotundamente Magnus, y empezó a cerrar la puerta.

La voz de Alec sonó antes de que la puerta estuviera cerrada del todo. Sonaba como si estuviera en medio de un bostezo.

—No, no lo estoy. Estoy despierto. Puedo hablar con Simon. —Apareció en la entrada, halando la puerta abierta—. Sal a dar un paseo largo. Toma un poco de aire fresco. Yo te relevo.

—Estoy genial, —dijo Magnus—. No necesito dormir. O caminar. Me siento genial.

El bebé sacudió sus manos regordetas en dirección a Alec, los gestos sueltos y descoordinados, pero inconfundibles. Alec se vio sobresaltado pero sonrió, una repentina e inesperada dulce sonrisa, y estiró los brazos

para tomar al bebé. Tan pronto como lo hizo, el bebé dejó de removerse.

Magnus sacudió sus dedos sobre la cara del bebé.

—Encuentro tu actitud insultante, —le informó. Besó brevemente a Alec—. No tardaré mucho.

—Tomate todo el tiempo que quieras, —dijo Alec—. Tengo la sensación de que mis padres van a venir a ayudar dentro de muy poco.

Magnus se fue, y Alec se alejó de la puerta, yendo a pararse junto a la ventana con el bebé.

—Entonces, —dijo Alec. Su camisa estaba arrugada, claramente había dormido en ella, y estaba balanceando a un bebé. Simon se sintió mal, incluso molestándolo—. ¿De qué querías hablarme?

—Realmente lo siento, de nuevo, sobre el otro día, —le dijo Simon.

Entonces se preguntó si era terrible que acabara de hablar de sexo frente al bebé de Alec. Tal vez Simon simplemente estaba

condenado a ofender mortalmente a Alec, una y otra vez. Para siempre.

—Está bien, —dijo Alec—. Una vez os interrumpí a Isabelle y a ti. Supongo que un poco de reciprocidad es un trato justo. —Frunció el ceño—. Aunque vosotros dos estabais en mi habitación en ese momento, así que creo que me sigues debiendo.

Simon estaba alarmado.

—¿Nos interrumpiste a Isabelle y a mí? Pero yo no he... quiero decir, nosotros no... ¿lo hicimos?

Sería lo típico para la vida de Simon, pensó. De todas las cosas del mundo, se iba a olvidar de esa.

Alec se veía alterado por estar teniendo esta discusión, pero Simon lo miró fijamente con suplica en los ojos, y Alec aparentemente tuvo lastima del gran patetismo de Simon.

—No lo sé, —dijo Alec finalmente—. Estabas en el proceso de quitarte la ropa, si bien recuerdo. Y yo intento no recordarlo. Y

parecíais estar en medio de algo parecido a un juego de roles.

—Oh. Whoa. ¿Cómo juego de roles avanzado? ¿Había disfraces? ¿Utensilios? ¿Qué está esperando por aquí Isabelle, exactamente?

—No voy a discutir esto, —dijo Alec.

—Pero si pudieras darme una pequeña pista...

—Sal de aquí, Simon, —dijo Alec.

Simon se expulsó fuera del extremo del pánico de los juegos de rol, y se compuso a sí mismo.

Esto era más de lo que le había hablado a Alec en años.

Aunque Alec acababa de ordenarle que se fuera de la habitación, así que Simon tenía que admitir que las cosas no estaban yendo exactamente bien.

—Lo siento, —dijo Simon—. Quiero decir, lo siento por las preguntas inapropiadas. Y lo siento por haberte interrumpido, em, ayer en la mañana. Lo siento por todo. Lo siento por lo que sea que haya salido mal entre nosotros. Lo

que sea que te tenga enfadado. Honestamente no lo recuerdo, pero si recuerdo como te ves cuando estás enojado, y no quiero que las cosas sean así entre nosotros. Recuerdo que no te gusta Clary.

Alec miró a Simon como si estuviera loco.

—Me gusta Clary. Es una de mis mejores amigas.

—Oh —dijo Simon—. Lo siento. Creí recordar... debo haberme equivocado.

Alec inhaló profundamente y admitió—. No, no te equivocaste. Al principio ella no me gustaba. Fui... brusco con ella una vez. La estrellé contra una pared. Se golpeó la cabeza. Entonces, yo era un guerrero entrenado y ello no había tenido jamás entrenamiento. Doblegó su tamaño.

Simon había ido allí a reconciliarse con Alec, así que no estaba preparado para la fuerte urgencia de arremeter contra él. No podía hacerlo. Alec estaba sosteniendo un bebé.

Todo lo que pudo hacer fue mirarlo en furioso silencio, ante la idea de que alguien hubiese tocado a su mejor amiga.

—No es excusa —continuó Alec—. Pero tenía miedo. Ella sabía que yo era gay, y me dijo que lo hacía. Ella no me estaba diciendo nada que yo no supiera, pero tenía miedo de ella porque no la conocía. No era mi amiga entonces. Era solo una mundana invadiendo mi familia, y yo conocía a cazadores de sombras, era amigo de cazadores de sombras, quienes si lo adivinaban irían corriendo a decirles a mis padres, y ellos intentarían meter sentido en mi cabeza. Le habrían dicho a todo el mundo. Habrían pensado que estaban haciendo lo correcto.

—No sería lo correcto —dijo Simon, aún furioso pero conmovido—. Clary nunca haría algo así. Ni siquiera me lo dijo.

—No la conocía entonces —dijo Alec—. Tienes razón. Nunca se lo dijo a nadie, nada de ello. Tenía todo el derecho a decir que fui rudo con ella. Jace me hubiese golpeado en la cara de haberlo sabido. Estaba aterrado de que ella

le dijera que yo era gay, porque no estaba listo para que Jace supiese eso sobre mí. Pero tienes razón. Ella no lo haría nunca, y nunca lo hizo —miró fuera de la ventana, dándole palmaditas al bebé en la espalda—. Me gusta Clary —dijo simplemente—. Siempre intentó hacer lo correcto, y nunca dejó que nadie le dijera que era lo correcto. Le recordó a mi parabatai que quería vivir. Ocasionalmente deseo que toma más riesgos, pero odio a las locas e imprudentes personas valientes, odiaría...

—Déjame adivinar —dijo Simon—. Su nombre rima con Face Herringfail.

Alec rio y Simon se felicitó a sí mismo mentalmente.

—Así que te gusta Clary —dijo—. Soy el único que no te cae bien ¿Qué hice? Sé que tienes mucho en las manos, pero si pudieras decirme que hice así puedo disculparme por ello y pudiéramos estar bien, realmente lo apreciaría.

Alec lo miró, entonces se giró y se encaminó hacia una de las sillas en el ático. Había dos

sillas de madera desvencijadas, sobre las cuales había cojines con pavos reales bordados en ellos, y había un sofá. El sofá estaba un poco inclinado. Alec se sentó en una silla y Simon decidió no arriesgar el sofá y se sentó en la otra.

Alec puso al bebé en su rodilla, con un brazo envuelto cuidadosamente alrededor de su pequeño y redondo cuerpo. Con su mano libre jugó con las manitas del bebé, tocándolas con las puntas de sus dedos, como si estuviera enseñándole al niño a jugar Patty-cake. Claramente se estaba preparando para una confesión.

Simon inhaló profundamente, preparándose para lo que fuese. Supo que debía ser realmente malo. Debía estar listo.

—¿Qué hiciste?—preguntó Alec—. Salvaste la vida de Magnus.

Simon estaba perdido. Una disculpa era inapropiada.

—Él había sido secuestrado, y fui a una dimensión infernal para salvarlo. Ese era mi plan. Todo lo que quería hacer era rescatarlo.

En el camino, Isabelle se lastimó gravemente. En mi vida entera, siempre he querido proteger a aquellos que amo, asegurarme que están a salvo. Debería haber sido capaz de hacerlo. Pero no pude. No fui capaz de ayudar a ninguno de ellos. Tú lo hiciste. Salvaste la vida de Isabelle. Cuando el padre de Magnus tenía la intención de llevárselo y no había nada que yo pudiera hacer al respecto, absolutamente nada, diste un paso al frente. Te había infravalorado, en el pasado, y tú hiciste lo que siempre quise hacer y entonces te habías ido. Isabelle estaba destrozada. Clary aún peor. Jace estaba enfadado. Y Magnus se sentía culpable. Todos estaban lastimados, y quería ayudarlos, entonces volviste y no recordabas lo que habías hecho. No soy bueno con extraños, y tú eras una realmente complicado. No podía hablar contigo. No era que habías hecho algo mal. Era que no había nada que pudiera hacer para que sea aún entre nosotros. Era que no había nada que pudiera hacer para que estuviéramos a mano. Te debo más de lo que jamás podré pagarte y ni siquiera sabía

cómo agradecerte. No hubiese significado nada. No lo recordabas.

—Oh —dijo Simon—. Wow.

Era extraño pensar en desconocidos sin rostro pensado que él era un héroe. Era aún más extraño tener a Alec Lightwood, a quien pensó que ni siquiera le gustaba, hablando de él como su héroe.

—Así que no me odias, y no odias a Clary. No odias a nadie.

—Odio a la gente que me fuerza a hablar de mis sentimientos —dijo Alec.

Simon lo miró por un momento, con una disculpa en los labios, pero no dijo nada. En lugar de eso sonrió, y Alec le devolvió tímidamente la sonrisa.

—Lo he estado haciendo demasiado desde que llegué a la Academia.

—Puedo imaginarlo —dijo Simon.

No estaba seguro de que pasaría con el bebé que Alec y Magnus estaban cuidando, pero de todo lo que había dicho Isabelle, ella estaba

segura de que se lo quedarían. Eso debía haber requerido una conversación.

—Me gustaría —dijo Alec—, no hablar de sentimientos de nuevo por al menos un año. Quizás también dormir por un año. ¿Los bebés duermen alguna vez?

—Solía cuidar niños de vez en cuando —dijo Simon—. Por lo que recuerdo los bebés duermen mucho, pero cuando menos te lo esperas. Bebés: más como la inquisición española de lo que crees.

Alec asintió, a pesar de lucir confundido. Simon hizo una nota mental de que era su deber ahora, como amigo establecido de Alec, presentarle a Monty Python tan pronto como fuese posible. El bebé balbuceó como si estuviese feliz por la comparación.

—Hey —dijo Alec—. Lamento haberte hecho pensar que estaba enfadado contigo, solo porque no sabía que decir.

—Bien —dijo Simon—. Aquí está la cosa. Mi suposición fue ayudada.

Alec dejó de jugar a Patty-cake con el bebé. Se quedó inmóvil.

—¿A qué te refieres?

—No hablabas mucho conmigo, y me preocupé por ello —explicó Simon—. Por lo que le pregunté a mi amigo, entre chicos, si tenían algún problema conmigo. Le pregunté a mi buen amigo Jace.

Hubo una pausa mientras Alec absorbía las noticias.

—Lo hiciste.

—Y Jace —continuó Simon—. Jace me dijo que había un gran y oscuro problema secreto entre nosotros. Dijo que no era él quien debía hablarme de ello.

El bebé miró a Simon, luego otra vez a Alec. Su pequeño rostro lucía pensativo, como si fuese a sacudir su cabeza y a soltar: Ese Jace, ¿qué sería lo próximo que hará?

—Déjame a mí —dijo Alec con calma—. Él es mi parabatai y tenemos un vínculo sagrado y todo, pero esta vez fue muy lejos.

—Eso es genial —dijo—. Por favor, impón una terrible venganza por los dos, porque estoy bastante seguro de que me a mí me retaría a una pelea.

Alec asintió, admitiendo que era verdad. Simon no podía creer que había estado tan preocupado por Alec Lightwood. Él era genial.

—Bien —dijo este—. Como dije, te lo debo. Simon agitó la mano.

—Nah, llámalo estar a mano.

Magnus estaba muy cansado, tropezó hacia el comedor de la Academia y pensó en comer allí.

Entonces vio la comida y recuperó el sentido común.

No era exactamente la hora de la cena, pero había algunos estudiantes reunidos desde temprano, sin embargo Magnus no anticipó que hubiese un pico en su lasaña de baba.

Vio a Julie y a su amiga sentadas en una mesa. La primera lo miró de arriba abajo, con el cabello despeinado y la camiseta de Alec, y Magnus vio profunda desilusión en su rostro.

Así que el sueño de una joven había muerto. Magnus admitió que, luego de una noche sin sueño y vistiendo una camiseta de Alec porque Isabelle había destruido muchas de las suyas y el bebé había estado enfermo en muchas otras, él no estaba del todo glamoroso.

Era probablemente bueno para Julie enfrentar la realidad, además Magnus estaba determinado a, hasta algún punto, vestir una mejor camisa y deslumbrar al bebé con su resplandor.

Magnus había visitado a Ragnor en la Academia, y sabía cómo funcionaban las comidas. Entrecerró los ojos, intentando averiguar que mesas pertenecían a las elites y cuales a la escoria, los humanos que aspiraban a ser Nefilims pero no eran aceptados por los Nefilims como suficientemente buenos hasta que Ascendieran.

Siempre había pensado que los miembros de la escoria mostraban gran dominio de sí mismos al no levantarse en contra de la arrogancia de los Cazadores de Sombras, quemar la Academia, y huir hacia la noche.

Era posible que la Clave estuviese en lo cierto al llamarlo un insurgente.

No podía distinguir, sin embargo, que mesas pertenecían a quienes. Había estado muy claro años atrás, pero Magnus estaba seguro de que el rubio y el castaño eran Nefilims, mientras que el idiota que quería criar al bebé con Simon en un cajón de calcetines no lo era.

La atención de Magnus fue atraída por el sonido de una gutural voz imperiosa proveniente de una chica latina que parecía tener unos quince años. Ella era mundana, Magnus lo supo al verla. Algo más podía decir con solo echarle un vistazo: en unos cuantos años, ya fuese que ella Ascendiera o no, sería un bendito terror.

—Jon —le decía al chico sentado frente a ella—. ¡Me duele mucho el dedo del pie que me golpeé! Necesito una aspirina.

—¿Qué es aspirina? —preguntó el chico, con pánico.

Él era obviamente un Nefilim, hasta la médula. Magnus podía asegurarlo sin ver sus

runas. De hecho, estaba preparado para apostar que el chico era un Cartwright. Había conocido a muchos a través de los siglos. Todos los Cartwright tenían el cuello penosamente grueso.

—Se compra en una farmacia, —dijo la chica—. No, no me digas, tampoco sabes lo que es una farmacia. ¿Alguna vez has dejado Idris en toda tu vida?

—¡Sí! —dijo Jon, posiblemente Cartwright—. En muchas misiones de caza de demonios. ¡Y una vez mamá y papá me llevaron a la playa en Francia!

—Extraordinario, —dijo la chica—. Lo digo en serio. Voy a explicarte todo de la medicina moderna.

—Por favor no hagas eso, Marisol, —dijo Jon—. No me sentí bien después de que me explicaste las apendicetomías. No pude comer.

Marisol le hizo caso a su plato.

—Así que lo que estás diciendo es, que te hice un enorme favor.

—Me gusta comer, —dijo Jon con tristeza.

—Cierto, —dijo Marisol—. Entonces, no te explico la medicina moderna, y luego me sucede una emergencia médica. Podría ser solucionada con el uso de un pequeño primer auxilio, pero tú no lo sabes, y entonces me muero. Me muero a tus pies. ¿Es eso lo que quieres, Jon?

—No, —dijo Jon—. ¿Qué son los primeros auxilios? ¿Hay... segundos auxilios?

—No puedo creer que vas a dejarme morir cuando mi muerte podría ser fácilmente evitada, si sólo hubieras escuchado. —Marisol continuó sin piedad.

—¡De acuerdo, bien! Escucharé.

—Genial. Consígueme algo de zumo, porque voy a estar hablando por un rato. Y aún me siento herida porque si quiera hayas considerado dejarme morir, —Marisol añadió mientras Jon se revolvía y se movía hacia un costado de la habitación donde la inapetecible comida y potencialmente venenosas bebidas estaban expuestas—. ¡Pensé que los Cazadores de Sombras tenían la obligación de proteger a

los mundanos! —Marisol le gritó—. ¡No zumo de naranja, quiero de manzana!

—¿Creerías, —dijo Catarina, apareciendo en el codo de Magnus—, que el chico Cartwright era el abusivo más grande en la Academia?

—Parece que conoció a un abusivo más grande, — Magnus murmuró.

Se felicitó por la cierta suposición acerca del Cartwright. Era difícil estar seguro, con las familias de Cazadores de Sombras. Ciertos rasgos parecían correr en sus líneas familiares, innatas por sí solas, pero siempre había excepciones.

Por ejemplo, Magnus siempre había encontrado a los Lightwoods bastante olvidables. Le habían gustado algunos de ellos... Ana Lightwood y su procesión de jovencitas con corazones rotos, Christopher Lightwood y sus explosiones, y ahora Isabelle... pero jamás había habido un Lightwood que tocara su corazón, como algunos de los Cazadores de Sombras lo habían hecho: Will Herondale o Henry Branwell o Clary Fray.

Hasta el Lightwood que era inolvidable; hasta el Lightwood que no sólo había tocado sino tomado su corazón.

—¿Por qué sonríes para ti mismo? —preguntó Catarina, su voz con sospecha.

—Sólo estaba pensando que la vida está llena de sorpresas, —dijo Magnus—. ¿Qué pasó con esta Academia?

La chica mundana no podría molestar al chico Cartwright a menos que al chico le importara lo que sucediera con ella... a menos la veía como una persona, y no la descartaba de la forma en que Magnus había visto incontables veces que los Nefilim descartaban a los mundanos y Subterráneos, también.

Catarina dudó.

—Ven conmigo, —dijo—. Hay algo que quiero mostrarte.

Ella tomó su mano y lo llevó fuera de la cafetería de la Academia, sus dedos azules entrelazados con sus manos con anillos azules. Magnus pensó en el bebé y se volvió a

encontrar sonriendo. Siempre pensó que el azul era el color más adorable.

—He estado durmiendo en la antigua habitación de Ragnor, —dijo Catarina.

Mencionó a su viejo amigo rápidamente y prácticamente, sin ningún rastro de sentimiento. Magnus sostuvo su mano y poco más apretado mientras pasaban dos niveles de escaleras y hacia abajo por corredores de piedra. Las paredes soportaban tapices de grandes hazañas de Cazadores de Sombras. Había agujeros en varios de los tapices, incluyendo una que dejaba al Ángel Raziel sin cabeza. Magnus temió que ratones sacrílegos hubiesen estado en los tapices.

Catarina abrió una grande puerta de madera de roble oscuro y lo guio dentro de una habitación abovedada de piedra donde había unas pocas fotografías en las paredes que Magnus reconoció como de Ragnor: un bosquejo de un mono, una vista del mar con un barco pirata en ella. La cama tallada en roble estaba cubierta con varias sábanas blancas de hospital de Catarina, pero las

desgastadas cortinas eran verde aterciopelado, y había una incrustación de piel verde en un escritorio colocado debajo de la única enorme ventana en la habitación.

Había una moneda en ella, un círculo de cobre oscurecido con el paso del tiempo, y dos piezas de papel amarillentas, dobladas en los bordes.

—Estaba revisando los papeles en el escritorio de Ragnor cuando encontré esta carta, —dijo Catarina—. Fue la única cosa verdaderamente personal en la habitación. Pensé que podías querer leerla.

—Me gustaría, —dijo Magnus, y ella la puso en sus manos.

Magnus desdobló la carta y miró la puntiaguda escritura negra puesta profundamente en la superficie amarilla, como si el escritor hubiera estado molesta por la hoja en sí misma. Sintió como si estuviera escuchando una voz que pensó había sido silenciada para siempre.

Para Ragnor Fell, excelso educador en la Academia de Cazadores de Sombras, y antiguo Brujo de Londres:

Lo lamento pero no me sorprende escuchar que la última cosecha de mocosos Cazadores de Sombras sea simplemente tan poco prometedores como el último lote. Los Nefilim, ¿carecientes de imaginación y curiosidad intelectual? Me asombras.

Envolví una moneda grabada con una corona, y símbolo de educación en el mundo antiguo. Se me dijo que un hada colocó buena suerte en ella, y tú definitivamente vas a necesitar suerte para reformar a los Cazadores de Sombras.

Estoy como siempre impresionado por tu paciencia y dedicación en tu trabajo, y tu continuo optimismo de que los estudiantes pueden ser educados. Desearía poder tener tu brillante perspectiva de la vida, pero desafortunadamente no puedo evitar mirar alrededor hacia el mundo y notar que estamos rodeados de idiotas. Si yo estuviera enseñando a los niños Nefilim imagino que algunas veces

me sentiría obligado a hablarles bruscamente y en ocasiones me sentiría forzado a drenarles completamente su sangre.

(Nota para cualquier Nefilim leyendo de manera ilegal las cartas del Señor Fell e invadiendo su privacidad: Estoy, naturalmente, bromeando. Tengo una personalidad muy divertida.)

Preguntaste cómo es la vida en Nueva York y sólo puedo reportar lo usual: apestosa, atestada, y contaminada casi totalmente por maniáticos. Casi fui noqueado por un grupo de brujos y hombres lobo en la calle Bowery. Un brujo en particular estaba en el frente, ondeando una brillante boa de plumas moradas de damas sobre su cabeza como una bandera. Estoy tan avergonzado de conocerlo. Algunas veces finjo con otros Subterráneos que no lo hago. Espero que me crean.

La razón principal por la que estoy escribiéndote esto es, desde luego, para que podamos continuar con tus lecciones de español. Envuelvo una lista nueva de palabras de vocabulario, y te aseguro que estás

resultando bastante bien. Si alguna vez debieras tomar la terrible decisión de acompañar a un cierto brujo torpemente vestido de nuestros conocidos en Perú de nuevo, esta vez estarás preparado.

Tu más sinceramente,

Raphael Santiago.

—Ragnor no habría sabido que la Academia iba a cerrar después de que el Círculo de Valentín atacó a la Clave —Catarina dijo—. Mantuvo la carta para que pudiera aprender español, y luego jamás fue capaz de volver por ella. De la carta, sin embargo, parece que se escribían el uno al otro con bastante frecuencia. Ragnor debió quemar las otras, dado que contenían comentarios que habrían metido en problemas a Raphael Santiago. Sé que Ragnor apreciaba a ese pequeño vampiro de lengua afilada. —Inclinó su mejilla contra el hombro de Magnus—. Sé que tú también.

Magnus cerró sus ojos por un momento y recordó a Raphael, a quien alguna vez le hizo un favor; Raphael, quien había muerto por él a cambio. Lo había conocido cuando fue

cambiado por primera vez, un niño brusco con una voluntad de hierro, y lo conoció a través de los años mientras Raphael lideraba el clan vampiro en todas formas excepto de nombre.

Magnus nunca conoció a Ragnor cuando Ragnor era joven. Ragnor había sido más viejo que Magnus y, para el momento en que Magnus lo conoció, se había vuelto continuamente malhumorado.

Ragnor había estado gritándoles a los niños que se salieran de su césped antes de que los céspedes fueran inventados. Siempre fue amable con Magnus, dispuesto a aceptar cualquier conspiración de Magnus mientras que pudiera quejarse a través de ella mientras la llevaban a cabo.

Aun así, a pesar de la oscura perspectiva de Ragnor en la vida en general y Cazadores de Sombras en particular, Ragnor había sido el único que vino a Idris para enseñar a los Cazadores de Sombras. Incluso después de que la Academia fuera cerrada, se había quedado en esta pequeña casa afuera de la Ciudad de Cristal e intentó enseñarles a los

Nefilim que estuvieron dispuestos a aprender. Siempre tuvo esperanza, incluso cuando se negaba a admitirlo.

Ragnor y Raphael. Se suponía que ambos eran inmortales. Magnus había pensado que durarían para siempre, igual que él, por siglos, que siempre iba a haber otra reunión y otra oportunidad. Pero ellos se habían ido, y los mortales que Magnus amó vivieron, era una lección, Magnus pensó, de amar mientras podías, amar lo que es frágil y hermoso y arriesgado. Nadie tenía garantizada la eternidad.

Ragnor y Magnus no habían vuelto a ir a Perú, y ahora nunca lo harían. Por supuesto, Magnus fue desterrado de Perú, así que no podría ir de cualquier modo.

—Viniste a la Academia por Ragnor, — Magnus le dijo a Catarina—. En nombre de los sueños de Ragnor, para ver si podían enseñarles a los Cazadores de Sombras a cambiar. Parece un lugar bastante diferente, esta ocasión. ¿Crees que tuviste éxito?

—Nunca pensé que lo tendría, —dijo Catarina—. Este siempre fue el sueño de Ragnor. Lo hice por él, y no por los Cazadores de Sombras. Siempre pensé que Ragnor enseñaría era tonto. No les puedes enseñar a las personas nada que no quieran aprender.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—No cambié de opinión, —dijo Catarina—. Esta vez, ellos sí querían aprender. No pude haber hecho esto yo sola.

—¿Quién te ayudó? —Preguntó Magnus.

Catarina sonrió.

—Nuestro ex Vampiro diurno, Simon Lewis. Es un chico dulce. Me podría haber esquivado por el ser un héroe de guerra, pero se declaró un miembro de la escoria, y no dejaba de hablar a pesar de que no tenía nada que ganar con ello. Traté de ayudarlo, pero eso era lo único que podía hacer, y sólo podía esperar que fuera suficiente. Uno por uno, los estudiantes siguieron su ejemplo y comenzaron a caer de manera estrictamente Nefilim, como un conjunto de fichas de dominó rebeldes. George Lovelace se trasladó

al dormitorio escoria con Simon. Beatriz Vélez Mendoza y Julie Beauvale se sentaron con ellos en las comidas. Marisol Rojas Garza y Sunil Sadasivan comenzaron a pelear con los hijos de la élite en cada oportunidad. Las dos corrientes se convirtieron en un grupo, se convirtieron en un equipo, incluso Jonathan Cartwright. Pero no todo fue por Simon. Estos son los niños que saben que los Cazadores de Sombras lucharon codo con codo con los subterráneos cuando Valentine atacó a Alicante. Estos son los niños que vieron a Dean Penhallow recibirme en su Academia. Son los hijos de un mundo cambiante. Pero creo que lo que necesitaban era a Simon aquí, para ser su catalizador.

—Y tú aquí, para ser su maestra —dijo Magnus—. ¿Crees que has encontrado una nueva vocación en la enseñanza?

Él la miró, delgada y escasa en la antigua habitación de piedra celeste y verde de su amigo. Ella hizo una mueca terrible.

—Por supuesto que no —dijo Catarina Pérdida—. La única cosa más terrible que la

comida son todos los horribles y llorones adolescentes. Veré a Simon Ascendido con seguridad y entonces estaré fuera de aquí, de vuelta a mi hospital, donde hay problemas fáciles de tratar como una gangrena. Ragnor debe haber estado loco.

Magnus levantó la mano de Catalina, que aún sostenía, a sus labios.

—Ragnor se habría sentido orgulloso.

—Oh, déjalo —dijo Catarina, empujándolo—. Eres tan blando, ya te enamoraste. Y ahora que va a ser aún peor, porque tienes un bebé. Recuerdo lo que era. Son tan pequeños, y uno pone tanta esperanza en ellos.

Magnus la miró, sorprendido. Ella casi nunca mencionaba al niño que había criado, hijo de Tobías Herondale. En parte debido a que no era seguro: No era un secreto que los Nefilim jamás podían saber, no era un pecado que alguna vez perdonarían. En parte, Magnus siempre había sospechado, Catarina no hablaba de él porque dolía demasiado.

Catarina captó la mirada.

—Le dije a Simon sobre él —dijo—. Mi muchacho.

—Realmente debes confiar en Simon —dijo Magnus lentamente.

—¿Sabes? —Dijo Catarina—. Realmente lo hago. Aquí, toma estos. Quiero que los tengas. Ya he terminado con ellos.

Cogió la vieja moneda sobre la mesa y la puso sobre la palma de Magnus, en la mano que ya tenía la carta de Raphael a Ragnor. Magnus miró a la moneda y a la carta.

—¿Estas segura?

—Estoy segura —dijo Catarina—. Leí la carta mucho durante mi primer año en la Academia, para recordarme a mí misma lo que estaba haciendo aquí y lo que Ragnor hubiera querido. He honrado a mi amigo. Casi he terminado mi tarea. Tómalos tú.

Magnus escondido la carta y el amuleto de la suerte, enviado por uno de sus amigos muertos a otro.

Catarina y él salieron de la habitación de Ragnor juntos. Catarina dijo que iba a comer

la cena, lo cual Magnus pensaba era extremadamente imprudente de ella.

—¿No puedes hacer algo seguro y relajante, como puenting? —Preguntó, pero ella insistió. Él dio un beso en la mejilla—. Vamos por los áticos más tarde. Los Lightwood estarán allí, así que necesito protección. Vamos a tener una fiesta.

Se dio la vuelta y la dejó, sin querer entrar en el comedor y comer lasaña otra vez. Mientras hizo su camino por las escaleras, encontró a Simon en su camino hacia abajo.

Magnus miró a Simon pensativamente. Simon parecía alarmado por esto.

—Ven conmigo, Simon Lewis —ordenó Magnus—. Vamos a tener una charla.

Simon se puso de pie en la cima de una de las torres de la Academia de Cazadores de Sombras con Magnus Bane, mirando el crepúsculo y sintiéndose vagamente incómodo.

—Podría jurar que esta torre solía ser torcida.

—Eh —dijo Magnus—. La percepción es una cosa divertida.

Simon no estaba seguro de lo que quería Magnus. Le gustaba Magnus. Él nunca tuvo una charla íntima con Magnus, y ahora Magnus le estaba dando una mirada que decía ¿De qué se trata esto, Simon Lewis? Magnus incluso hacía que la camisa gris cutre que llevaba se viera débilmente con estilo. Estaba casi seguro de que Magnus era demasiado cool para preocuparse por él.

Él miró a Magnus, que se encontraba en uno de los grandes ventanales, sin cristales en la torre, el viento de la noche le soplaba el pelo hacia atrás.

—Una vez te dije, —ofreció Magnus—, que un día, de todas las personas que conocemos, nosotros dos podríamos ser los únicos que quedarán.

—No me acuerdo —dijo Simon.

—¿Por qué deberías? —Preguntó Magnus—. Salvo algún tornado monstruoso que barra a todo el mundo que amamos, eso ya no es cierto. Eres mortal ahora. E incluso un inmortal

puede ser asesinado. Tal vez esta torre se derrumbará y dejara que todo el mundo nos llore.

La vista desde la torre, las estrellas sobre el bosque, era hermosa. Simon quería bajar.

Magnus buscó en su bolsillo y sacó una vieja, moneda tallada. Simon no podía ver la inscripción en la oscuridad, pero podía ver que había una.

—Esta perteneció a Rafael una vez. ¿Te acuerdas de Raphael? —Preguntó Magnus—. El vampiro que te trajo de vuelta.

—Sólo en pedazos —dijo Simon—. Recuerdo que me dijo que Isabelle estaba fuera de mi alcance.

Magnus volvió la cara, ocultando no con bastante éxito una sonrisa.

—Eso suena como Raphael.

—Recuerdo, siento que él murió, —dijo Simon, su voz se atascó en su garganta. Esa fue el peor de sus recuerdos robados, el peso de esa memoria se mantuvo cuando todo lo demás había desaparecido, ese sentimiento de

pérdida sin saber lo que había perdido—. Quería decirme algo, pero no sé si le gustaba. No sé si me gustaba.

—Se sentía responsable de ti —dijo Magnus—. Hoy me he dado cuenta de que quizás me he sentido responsable de ti de la misma manera. Yo fui el que realiza el hechizo que trajo de vuelta tus recuerdos; Yo fui el que te puso en camino a la Academia de Cazadores de Sombras. Rafael fue el primero que te coloco en otro mundo, pero yo te también te coloque en otro mundo.

—Tome mis propias decisiones —dijo Simon—. Tú me diste la oportunidad de hacer eso. No me arrepiento de haberlo hecho. ¿Lamentas restaurar mis recuerdos?

Magnus sonrió.

—No, no lo lamento. Catarina me puso un poco al corriente de lo que ha estado pasando en la Academia. Parece que has estado haciendo elecciones muy bien sin mí.

—He estado intentándolo —dijo Simon.

Había sido sorprendido por Alec alabándolo, y no era como si hubiera esperado que Magnus lo hiciera. Pero se sentía caliente por las palabras de Magnus, de repente se caliente por todas partes, a pesar del viento barriendo desde la frialdad cristalina del cielo. Magnus no estaba hablando de las partes y piezas de su medio olvidado pasado, sino sobre lo que era ahora, y lo que había hecho con su tiempo desde entonces.

No era nada extraordinario, pero había estado intentándolo.

—También he oído que tuviste una pequeña aventura en el País de las Hadas —dijo Magnus—. Hemos estado teniendo problemas en Nueva York con las hadas vendedores de frutas también. Parte de las hadas se volvieron salvajes en su propia Paz Fría. Las personas que no son de confianza se vuelven poco fiables. Pero hay algo más malo también. La tierra de las hadas no es una tierra sin normas, sin reglas. La reina, que era aliada de Sebastian se ha desvanecido, y hay muchos rumores oscuros de por qué. Ninguno que me gustaría

repetirle a la Clave, ya que sólo impondrían castigos más severos en las hadas. Se vuelven más duras, y la vidente más salvaje y el odio entre ambas partes crece día a día. Hay tormentas detrás de ti, Simon. Pero hay otra tormenta que viene y más grande. Todas las viejas reglas están cayendo. ¿Estás listo para otra tormenta?

Simon se quedó en silencio. No sabía cómo responder a eso.

—Te he visto con Clary, y con Isabelle —continuó Magnus—. Sé que estás en el camino a la Ascensión, a tener un parabatai y un amor Cazador de Sombras. ¿Estás feliz con eso? ¿Estás seguro?

—No tengo la certeza —dijo Simon—. No sé si estoy listo, tampoco. No puedo decir que no he tenido dudas, que no he pensado en volver atrás y ser un niño en una banda de Brooklyn. Creo que a veces es demasiado difícil creer en uno mismo. Solo hacer las cosas que uno no está seguro de poder hacer. Solo actuar, a pesar de no estar seguro. No creo que pueda

cambiar el mundo, suena estúpido siquiera hablar de ello, pero lo voy a intentar.

—Todos cambiamos el mundo, con cada día viviendo en el —dijo Magnus—. Sólo tienes que decidir cómo quieres cambiar el mundo. Te traje a este mundo, la segunda vez, y aunque tus opciones son tuyas yo tengo cierta responsabilidad. Incluso si estás comprometido, tienes otras opciones. Yo podría arreglar para que seas un vampiro de nuevo, o un hombre lobo. Ambos son riesgosos, pero ninguno tan arriesgado como la Ascensión.

—Sí. Quiero tratar de cambiar el mundo como un Cazador de Sombras —dijo Simon—. Realmente lo creo. Quiero tratar de cambiar a la Clave desde el interior. Quiero el poder especial para ayudar a la gente. Vale la pena el riesgo.

Magnus asintió.

Lo había querido decir, pensó Simon, cuando dijo que las opciones de Simon eran suyas. Había dejado a Simon, ese día en Brooklyn cuando él e Isabelle se habían

acercado a Simon afuera de su escuela. Él no cuestionó a Simon ahora, a pesar de que Simon tenía miedo de que la elección de ser un Cazador de Sombras y no un Subterráneo podría haberle ofendido. No quería ser como los Cazadores de Sombras que actuaban como si fueran mejores que los Subterráneos. Él quería ser un tipo completamente diferente de Cazador de Sombras.

Magnus no parecía ofendido. Se puso de pie en la cima de la torre, en la piedra a la luz de las estrellas, girando la moneda que había pertenecido a los muertos una y otra vez en sus dedos. Él la miro pensativo.

—¿Ya pensaste en tu nombre de Cazador de Sombras?

—Um... —dijo Simon tímidamente—. Un poco. Estaba pensando, de hecho... ¿Cuál es tu nombre real?

Magnus lo miró de reojo. Nadie daba una mirada de reojo como alguien con ojos de gato.

—Magnus Bane —dijo—. Sé que has olvidado muchas cosas, Smedly, pero en serio.

Simon aceptó la pequeña reprimenda. El entendía porque Magnus se opondría a la implicación de que el nombre que había elegido para definirse a sí mismo, y mantenido durante tantos años haciéndolo tanto infame como ilustre, no era real.

—Lo siento —dijo—. Es solo que mi mente si ha estado pensando en el asunto de los nombres. Si sobrevivo al Ascenso, tendré que elegir un nombre de Cazador de Sombras. No sé cómo elegir el correcto. No sé cómo elegir uno que signifique algo, algo más que cualquier otro nombre.

Magnus frunció el ceño.

—No estoy seguro de que yo esté hecho para éste negocio de los sabios consejos. Tal vez debería usar una barba blanca falsa para convencerme a mí mismo de que soy sabio. Escoge el que te siente bien, y no te preocupes demasiado —dijo Magnus eventualmente—. Será tu nombre. Tendrás que vivir con él. Tú eres el que le dará significado, no al revés.

—Lo intentaré —dijo Simon—. ¿Hay alguna razón por la cual “Magnus Bane” fue el adecuado?

—Magnus Bane fue el adecuado por muchas razones —dijo Magnus, lo cual no fue una respuesta real. El pareció percibir la decepción de Simon y sintió lastima por él, porque agregó—: Aquí hay una.

Magnus giró la moneda por encima y por debajo de sus dedos, el círculo de metal moviéndose cada vez más rápido. Mágicas líneas azules parecían brotar de sus anillos, una pequeña tormenta creciendo en la palma de sus manos y atrapando la moneda dentro de una red de relámpagos.

Después Magnus arrojó la moneda fuera de la torre, hacia el viento de la noche. Simon podía ver la moneda caer, aun envuelta en las llamas azules, traspasando los límites de la Academia.

—Hay un fenómeno científico que describe lo que pasa cuando un objeto está en movimiento. Tú crees que sabes exactamente qué camino tomará y donde terminará.

Después, de repente, sin ninguna razón aparente... el arco cambia. Va hacia algún lugar que nunca habrías imaginado.

Magnus chasqueó los dedos, y la moneda zigzagueó en el aire y volvió hacia ellos mientras Simon observaba, sintiendo que presenciaba la magia por primera vez. El dejó caer la moneda en la mano de Simon y sonrió, una sonrisa deslumbrante, sus ojos tan dorados como un tesoro recién descubierto.

—Se llama el Efecto Magnus —dijo.

—Fzzzz —dijo Clary, su brillante cabeza roja cerniéndose sobre la pequeña cabeza azul del bebé. Ella besó suavemente las mejillas del bebé, zumbando como una abeja mientras lo hacía, y el bebé reía y la sujetaba de sus rizos—. Fzzz, fzzz, fzzzz. No sé que estoy haciendo. Nunca había tenido una relación cercana con un bebé. Por dieciséis años pensé que era hija única, bebé. Y después de eso, bebé, no quieres saber lo que pensé. Por favor perdóname si estoy haciéndolo mal, bebé. ¿Te agrado, bebé? Tú me agradas.

—Dame al bebé —dijo Maryse celosamente—. Lo has tenido por cuatro minutos completos, Clarissa.

Había una fiesta en la suite de Magnus y Alec, y el juego era Pasen el Bebé. Todos querían sostenerlo. Simon había tratado vergonzosamente de congraciarse con el padre de Isabelle enseñándole a Robert Lightwood a usar su reloj digital como temporizador. Ahora Robert sostenía el reloj con un agarre mortal mientras lo estudiaba cuidadosamente. Sería el turno de Robert de sostener al bebé de nuevo en dieciséis minutos, y él había sujetado el hombro de Simon y dicho—, Gracias hijo—, lo que Simon tomó como una bendición para salir con su hija. No se arrepentía por la pérdida de su reloj.

Clary se rindió con el bebé, y se recargó en el sofá entre Simon y Jace. El sofá crujió peligrosamente mientras ella se acomodaba. Simon probablemente estaría más seguro en la antigua torre inclinada, pero estaba dispuesto a estar en peligro si podía quedarse junto a Clary.

—Él es tan dulce —le susurró a Jace y Simon—. Aunque es extraño pensar que es de Alec y Magnus. Quiero decir, ¿os lo imagináis?

—No es tan extraño —dijo Jace—. Me refiero a que puedo imaginarlo.

Un rubor recorrió sus altos pómulos. Él se acercó a la esquina del sofá mientras Simon y Clary se daban la vuelta para mirarlo.

Clary y Simon continuaron mirándolo juiciosamente. Eso hizo muy feliz a Simon. Juzgar juntos a las personas era una parte esencial de su amistad.

Después Clary se inclinó hacia adelante y besó a Jace.

—Retomemos esta conversación dentro de unos diez años —dijo ella—. ¡Tal vez más! Iré a bailar con las chicas.

Ella fue a unirse a Isabelle, quien ya estaba bailando con la suave música en medio de un círculo de admiradores quienes habían venido porque habían escuchado que ella estaba de regreso. Junto a ellos se encontraba Marisol principalmente, quien estaba determinada a

ser Isabelle cuando fuera grande, Simon estaba bastante seguro de eso.

La celebración del bebé Lightwood estaba en pleno apogeo. Simon sonrió al mirar a Clary. Él podía recordar un par de ocasiones en las que ella se había sentido un poco insegura alrededor de otras chicas, y habían permanecido juntos en su lugar. Era agradable ver a Isabelle teniendo sus manos hacia Clary, y que Clary las tomara sin dudarlo.

—Jace —dijo Simon cuando Jace miraba a Clary con una sonrisa. Jace lo miró luciendo irritado—. ¿Recuerdas cuando me dijiste que desearías que pudiera recordar?

—¿Por qué me preguntas si recuerdo cosas? —preguntó Jace, sonando definitivamente irritado—. No soy yo el que tiene problemas para recordar, ¿recuerdas?

—Solo me preguntaba a qué te referías con eso.

Simon esperó, dándole a Jace la oportunidad de tomar ventaja de su amnesia demoniaca y contarle otro secreto falso. En vez de eso, Jace lucía increíblemente incómodo.

—Nada —dijo—. ¿Qué podría haber querido decir? Nada.

—¿Solo quisiste decir que deseabas que pudiera recordar en general? —preguntó Simon—. ¿Para qué así pueda recordar todas las aventuras que tuvimos y el varonil vínculo que formamos juntos?

Jace continuó haciendo una cara de incomodidad. Simon recordó que Alec dijo que Jace estaba tan molesto.

—Espera, ¿de verdad era eso? —preguntó Simon incrédulamente—. ¿Me extrañaste?

—¡Obviamente no! —espetó Jace—. Nunca te extrañaría. Yo, um, estaba hablando de algo en específico.

—Okay. Entonces, ¿Qué cosa en específico deseas que recuerde? —preguntó Simon, mirando a Jace sospechosamente—. ¿Acaso hablabas de la mordida?

—¡No! —dijo Jace.

—¿Acaso fue un momento especial para ti? —preguntó Simon—. ¿Uno que compartimos y que quisieras que recordara?

—Recuerda este momento —dijo Jace—. En la próxima oportunidad que se presente, te dejaré morir en el fondo de un barco malvado. Quiero que recuerdes la razón.

Simon sonrió para sí mismo.

—No, no lo harás. Nunca me dejarías morir en el fondo de un barco malvado. —Guardó silencio mientras Alec se acercaba al sofá inclinado y Jace lucía indignado por lo que estaba escuchando.

—Simon, normalmente es un placer hablar contigo —dijo Alec—. Pero, ¿puedo hablar con Jace?

—Oh, claro —dijo Simon—. Jace, había olvidado lo que estaba tratando de decirte. Pero ahora lo recuerdo claramente. Alec y yo tuvimos una pequeña conversación sobre su problema conmigo. Ya sabes, el que me dijiste que tenía. El terrible secreto.

Los ojos dorados de Jace se pusieron en blanco.

—Ah —dijo.

—Crees que eres gracioso, ¿no?

—A pesar de que me doy cuenta de que ambos estáis algo molestos conmigo, y este tal vez no sea el momento de bañarme a mí mismo en elogios—, dijo Jace lentamente—. La honestidad me obliga a decirles: Si. Sí, creo que soy hilarante. “Ahí va Jace Herondale.” Dice la gente. “Cortado con gracia y también totalmente cortado. Es una maldición que Simon jamás entenderá.”

—Alec va a matarte —le informó Simon, y palmeó a Jace en el hombro—. Y creo que es justo. Para que conste, voy a extrañarte, amigo.

Él se paró del sofá. Alec abordó a Jace.

Simon confiaba en que Alec impartiría suficiente venganza por los dos. Él ya había perdido demasiado tiempo con la tonta broma de Jace.

George estaba bailando con Julie y Beatriz, haciendo payasadas para tratar de hacerlas reír. Beatriz ya estaba riéndose, y Simon pensaba que Julie pronto estaría haciéndolo también.

—Vamos, bailar conmigo no es tan malo —le dijo George a Julie—. Tal vez no sea Magnus

Bane... —Hizo una pausa y miró a Magnus, quien se había cambiado a una camisa de gasa negra con brillantes lentejuelas azules por debajo—. Definitivamente yo no podría usar eso —agregó—. ¡Pero me ejercito! Y tengo acento escoses.

—Sabéis que eso es verdad —dijo Simon. Chocó los cinco con George y sonrió a las chicas, pero ya estaba alejándose de ellos, en su camino hacia el centro de los bailarines.

En su camino hacia Isabelle.

Él llegó detrás de ella y deslizó un brazo alrededor de su cintura. Ella se recargó contra él. Ella estaba usando el mismo vestido que usó el día que la conoció de nuevo por primera vez, recordándole una noche estrellada en la Academia de Cazadores de Sombras.

—Hey —susurró—. Quiero decirte algo.

—¿Qué sucede? —respondió Isabelle susurrando.

Simon la giró hacia él, y ella se lo permitió. El sentía que necesitaban tener esa conversación cara a cara.

Detrás de ella podía ver a Jace y Alec. Se estaban abrazando, y Alec se estaba riendo. Jace estaba palmeando la espalda de Alec, como felicitándolo. Demasiado para una terrible venganza, aunque Simon no podía decir que le importara realmente.

—Quería decírtelo antes de que trate de Ascender —dijo.

La sonrisa desapareció del rostro de Isabelle.

—Si se trata de un discurso de en-caso-que-muera, no quiero escucharlo —dijo ella con fiereza—. No vas a hacerme eso. Ni siquiera vas a considerar morir. Vas a estar bien.

—No —dijo Simon—. Lo tienes todo mal. Quería decir esto ahora, porque si asciendo, recupero mis recuerdos.

Isabelle lucía confundida en lugar de enojada, lo que era una mejora.

—¿Entonces qué es?

—No importa si recupero mis recuerdos o no —dijo Simon—. No importa si otro demonio me da amnesia mañana. Te conozco: Me

encontrarás de nuevo, vendrás a rescatarme pase lo que pase. Vendrás por mí y te descubriré de nuevo. Te amo. Te amo sin los recuerdos. Te amo en este momento.

Hubo una pausa, rota por irrelevancias como la música y el murmullo de la gente a su alrededor. Él no podía leer la expresión en el rostro de Isabelle.

Isabelle dijo con voz tranquila:

—Lo sé.

Simon la miró fijamente.

—Era que... —dijo él lentamente—. ¿Eso fue una referencia de Star Wars? Porque si lo fue, me gustaría declarar mi amor de nuevo.

—Adelante, entonces —dijo Isabelle—. Lo digo en serio. Dilo otra vez. He estado esperando un rato.

—Te amo —dijo Simon.

Isabelle se estaba riendo. Simon habría pensado que estaría horrorizado de decir esas palabras a una chica y que ella se riera de él. Pero Isabelle siempre lo sorprendía. No podía dejar de mirarla.

—¿En serio? —preguntó ella y sus ojos brillaban—. ¿De verdad?

—En serio —dijo Simon.

La atrajo hacia él y bailaron juntos, en la planta superior de la Academia, en el corazón de su familia. Desde que ella había estado esperando por un tiempo, él se lo dijo una y otra vez.

Magnus seguía sin localizar a su bebé. Esto no parecía una buena señal para el futuro. Magnus estaba seguro que estaba destinado a mantener un firme control sobre su ubicación.

Finalmente localizó al bebé con Maryse, que lo había incautado en triunfo y huido para esconder su tesoro en la cocina.

—Oh, hola —dijo Maryse, luciendo un poco culpable.

—Hola tú —dijo Magnus y curvó una mano alrededor de la pequeña cabeza azul, sintiendo los rizos crujientes—. Y hola tú.

El bebé dejó salir un pequeño gemido inquieto. Magnus pensó que estaba aprendiendo a distinguir entre los diferentes

lamentos y mágicamente convocó un biberón con fórmula, ya lista. Extendió sus brazos y Maryse visiblemente reunió fuerza de voluntad para entregar al bebé.

—Eres bueno con él —ofreció Maryse mientras Magnus lo acomodaba en la esquina de su brazo y metía el biberón en su pequeña boca.

—Alec es mejor —dijo Magnus.

Maryse sonrió y lució orgullosa.

—Él es muy maduro para su edad —dijo ella con cariño, y vaciló—. Yo... no lo era, a su edad, cuando era una joven madre. No... me comporté de una manera que me gustaría que cualquiera de mis hijos viera. No es que sea una excusa.

Magnus bajó la mirada hacia el rostro de Maryse. Recordó enfrentarse en lados opuestos contra ella una vez, hace mucho tiempo, cuando ella había sido uno de los discípulos de Valentine y se había sentido como si fuera a odiarla a ella y a todo el mundo que tuviera que ver con ella para siempre.

También recordó elegir perdonar a otra mujer que había estado en del lado de Valentine y que había venido a él con sosteniendo a un niño en sus brazos y queriendo hacer las cosas bien. Esa mujer había sido Jocelyn y ese bebé se había convertido en Clary, el primer y único niño que Magnus había visto crecer alguna vez.

Nunca había pensado que tendría a su propio hijo, para verlo crecer.

Maryse le devolvió la mirada, de pie muy alto y derecho. Tal vez su hipótesis sobre cómo se había sentido ella durante todos estos años estaba mal; quizás nunca había decidido ignorar el pasado y pensó con orgullo Nefilim que tenía que seguir su ejemplo. Tal vez ella siempre había querido pedir disculpas y siempre había sido demasiado orgullosa.

—Oh, Maryse —dijo Magnus—. Olvídalo. Lo digo en serio, no lo menciones de nuevo. En una de esas vueltas que nunca esperé, somos familia. Todas las hermosas sorpresas de la vida son las que hacen que valga la pena vivir.

—¿Todavía te sorprendes?

—Todos los días —dijo Magnus—. Especialmente desde que conocí a tu hijo.

Él salió de la cocina con su hijo en sus brazos y Maryse detrás de él, de vuelta a la fiesta.

Su amado Alec, ejemplo de madurez, parecía estar golpeando su parabatai repetidamente alrededor de la cabeza. La última vez que Magnus los había visto, habían estado abrazándose, así que asumió que Jace había hecho uno de sus muchos chistes desafortunados.

—¿Qué te pasa? —exigió Alec. Él se rio y siguió golpeando mientras Jace se sacudía en el sofá, enviando a volar los cojines, una visión de la gracia de un Cazador de Sombras—. En serio, Jace, ¿qué te pasa?

Esto pareció una pregunta razonable para Magnus.

Miró alrededor de la habitación. Simon estaba bailando con Isabelle, muy malamente. A Isabelle no parecía importarle. Clary estaba saltando arriba y abajo con Marisol, apenas más alto que la chica más joven. Catarina

parecía estarle ganando a Jon Cartwright en las cartas, junto a la ventana.

Robert Lightwood estaba parado justo al lado de Magnus. Robert tenía que dejar de asustar a las personas de esta manera. Alguien iba a tener un ataque al corazón.

—Hola, hombrecito —dijo Robert—. ¿A dónde te fuiste?

Lanzó una mirada sospechosa a Maryse, quien rodó sus ojos.

—Magnus y yo estábamos teniendo una charla —dijo, tocando el brazo de Magnus.

Su comportamiento tuvo perfecto sentido para Magnus: ganándose al yerno, ganaba más acceso al nieto. Había visto este tipo de interacciones familiares antes, pero nunca, nunca había pensado que sería parte de ellas.

—¿Ah, sí? —dijo Robert ansiosamente—. ¿Habéis decidido su nombre?

La última canción dejó de reproducirse cuando Robert hizo la pregunta. Su retumbante voz resonó en el silencio.

Alec se quitó de encima de Jace y sobre el respaldo del sofá, para pararse junto a Magnus. El sofá se derrumbó, con suavidad, con Jace todavía atrapado entre los cojines.

Magnus miró a Alec, quien le devolvió la mirada, esperanza brillando en su rostro. Esa era una cosa que no había cambiado sobre Alec en el tiempo que habían estado juntos: No tenía astucia, no utilizaba trucos para ocultar lo que realmente sentía. Magnus quería que nunca perdiera eso.

—Hablamos de eso, de hecho —dijo Magnus—. Y pensamos que tienes la idea correcta.

—Te refieres... —dijo Maryse.

Magnus inclinó su cabeza, lo más cerca que pudo de hacer una reverencia mientras sostenía al bebé.

—Estoy encantado de presentaros a todos— dijo—, a Max Lightwood.

Magnus sintió la mano de Alec, cálida como agradecimiento y seguramente como amor, recargarse contra su espalda. Bajó la mirada al

rostro del bebé. El bebé parecía mucho más interesado en su biberón que en su nombre.

Podría llegar el momento en que el niño, al ser un brujo, quisiera elegir su propio nombre para llevar a través de los siglos. Hasta que llegara el momento en que tuviera la edad suficiente para elegir quién quería ser, Magnus pensó que podría hacerlo mucho peor que este nombre, este signo de amor y aceptación, dolor y esperanza.

Max Lightwood.

Una de las hermosas sorpresas de la vida.

Hubo un zumbido, deleitado silencio, con murmullos de placer y aprobación. Entonces Maryse y Robert comenzaron a pelear sobre segundos nombres.

—Michael —repitió Robert, un hombre testarudo.

Catarina subió, metiéndose un rollo de dinero en su sujetador y así lucía como la maestra más apropiada en la historia del tiempo.

—¿Qué hay de Ragnor? —Preguntó ella.

—Clary —dijo Jace desde el sofá caído—. Ayúdame. Se ha puesto todo oscuro.

Magnus se alejó de la discusión, porque el biberón de Max estaba casi vacío y Max estaba empezando a llorar.

—No hagas un biberón con magia, haz uno de verdad —dijo Alec—. Si se acostumbra a que lo alimentes rápido, tendrás que alimentarlo todo el tiempo.

—¡Eso es chantaje! No llores —le instó Magnus a su hijo, regresando a la cocina para poder hacer un biberón a mano.

No fue tan difícil, conseguir la fórmula preparada. Magnus había visto a Alec hacerlo varias veces y encontró que era capaz de reproducir lo que Alec había hecho.

—No llores —convenció a Max de nuevo mientras la leche se calentaba—. No llores, y no escupas en mi camisa. Si haces cualquiera de esas cosas, te perdonaré, pero estaré molesto. Quiero que nos llevamos bien.

Max gritó. Magnus movió los dedos de su mano libre sobre la cara del bebé, deseando

que hubiera un hechizo mágico para hacer callar a los bebés del cual no estaría mal echar mano.

Para su sorpresa Max dejó de llorar, de la misma forma que lo había hecho ayer en la sala cuando fue transferido a los brazos de Alec. Se quedó mirando con una interesada mirada líquida a los destellos emitidos en su rostro por los anillos de Magnus.

—¿Ves? —dijo Magnus y abasteció el biberón de Max, lleno de nuevo—. Sabía que íbamos a llevarnos bien.

Fue y se quedó en la puerta de la cocina, acunando a Max en sus brazos, así podía observar la fiesta. Hace tres años, no habría pensado que nada de esto fuera posible. Había tanta gente con quienes se sentía conectado, en esta habitación. Tantas cosas habían cambiado, y había tanto potencial de cambio. Era aterrador, pensar en todo lo que podría perderse y estimulante pensar en todo lo que había ganado.

Miró a Alec, que estaba de pie entre sus padres, su postura confiada y relajada, con la

boca curvada en una sonrisa por algo que uno de ellos había dicho.

—Tal vez algún día seremos sólo tú y yo, mi pequeño arándano —dijo Magnus conversacionalmente—. Pero no por mucho, mucho tiempo. Vamos a cuidar de él, tú y yo, ¿cierto?

Max Lightwood hizo un burbujeante sonido feliz que Magnus tomó como un acuerdo.

Esta cálida y luminosa habitación no era un mal lugar de partida para el camino de su hijo para saber que había más vida de lo que muchas personas aprendieron alguna vez, que había amor infinito para ser encontrado y tiempo para descubrirlo. Magnus tenía que confiar para él, para su hijo, para sus seres queridos, para todos los brillantes mortales desvanecidos y duraderos y los luchadores inmortales que conocía, habría tiempo suficiente.

Puso el biberón a un lado y apretó sus labios contra los rizos difusos que cubrían la cabeza de su hijo. Escuchó a Max hacer un pequeño sonido de murmullo en su oído.

—No te preocupes —murmuró Magnus
murmuró de vuelta—. Estamos todos juntos en
esto.



Ángeles Que Bajan Dos Veces

Cassandra Clare
Robin Wasserman



—Creo que deberíamos hacer un funeral — dijo George Lovelace, su voz temblando en la última palabra—. Uno apropiado.

Simon Lewis se detuvo de sus labores y miró hacia su compañero de habitación. George era del tipo de chico que Simon había odiado a primera vista una vez, asumiendo que cualquiera con ese brillo de bronce, esas abdominales de seis, ese enloquecedoramente sexy (al menos, de acuerdo con cada chica y más de unos pocos chicos con los que Simon había revisado) acento escocés, debía tener un cerebro del tamaño de una mierda de rata y una personalidad casi así de interesante. Pero George le daba la vuelta a las suposiciones de

Simon todos los días. Como lo estaba haciendo justo en este momento, limpiándose algo que se veía sospechosamente como una lágrima.

—¿Estás... llorando?

—Por supuesto que no. —George le dio a sus ojos otra limpiada furiosa—. Bueno, en mi defensa —añadió, sonando sólo ligeramente avergonzado—, la muerte es una cosa terrible.

—Es una rata muerta —señaló Simon—. Una rata muerta en tu zapato, debería añadir. —Simon y George habían descubierto que la clave para una feliz relación de compañeros de habitación era poner en claro la división de tareas. De manera que George estaba a cargo de desechar todas las criaturas (ratas, lagartijas, cucarachas, el ocasional revoltijo de forma extraña de los tres cuyo ancestro había, presuntamente, insultado una vez a un brujo) encontradas en los armarios o debajo de las camas. Simon manejaba todas aquellas que se arrastraban dentro de artículos de ropa y, tembló al recordar el momento en que se dieron cuenta que esta tarea necesitaba ser asignada, debajo de las almohadas—.

También, para que conste, sólo uno de nosotros ha sido en realidad una rata, y notarás que no es el que está llorando.

—¡Podría ser la última rata muerta que alguna vez encontremos! —George resopló—. Piénsalo, Si. Esta podría ser la última rata muerta que compartamos en toda nuestra vida.

Simon suspiró. Mientras el Día de la Ascensión se acercaba, el día en el que oficialmente dejarían de ser estudiantes y empezarían a ser Cazadores de Sombras, George había estado notando tristemente cada última vez que ellos hacían cualquier cosa. Ahora, mientras la luna se elevaba sobre su última noche en la Academia, aparentemente había perdido la cabeza. Un poco de nostalgia tenía sentido para Simon: esa mañana, en su última sesión de calistenia, Delaney Scarsbury lo había llamado brazos de espagueti, cuatro ojos, piernas arqueadas, botana para demonio en espera por última vez, y Simon casi había dicho gracias. Y el último tazón de natilla con sabor a carne de esa noche ciertamente los

había puesto a todos un poco con un nudo en la garganta.

¿Pero perderlo por una rata con extremidades tías y pie de atleta? Eso era llevar las cosas demasiado lejos.

Utilizando la portada arrancada de su antiguo libro de texto de demonología, Simon consiguió sacar la rata del zapato sin tocarla. La tiró dentro de una de las bolsas de plástico que había hecho traer a Isabelle específicamente para ese propósito, ató la bolsa con fuerza, luego, repiqueteo de trompetas, la tiró en la basura.

—Descansa en paz, Jon Cartwright el Trigésimo Cuarto —dijo George solemnemente.

Nombraban a todas sus ratas Jon Cartwright, un hecho que volvió loco al original Jon Cartwright. Simon sonrió ante ese pensamiento, la frente de su irritante compañero engreído sonrojada con enojo, esa vena en su desagradablemente musculoso cuello empezando a palpar. A lo mejor George tenía razón.

A lo mejor, algún día, hasta extrañarían a las ratas.

* * *

Simon nunca se había esforzado mucho en imaginar el día de su graduación, mucho menos la noche anterior. Como el baile de graduación y de bienvenida, estos parecían como rituales hechos para un muy diferente tipo de adolescente, al que le gustaba la escuela, atletas con chaquetas con sus nombres y animadoras que conocía casi en su mayoría por malas películas. Nada de fiestas con barriles de cerveza para él, nada de llorosos adioses ni desacertados encuentros avivados por la nostalgia y cerveza barata. Hace dos años, si se hubiera molestado en pensar acerca de todo ello, Simon habría asumido que pasaría esa noche como pasaba casi todas sus noches en Brooklyn, pasando el rato con Eric y los chicos en Java Jones, bebiendo café y haciendo lluvia de ideas para nombres para la banda. (Rata muerta en tenis, pensó Simon por costumbre. O a lo mejor Funeral de Roedor.)

Por supuesto, eso era cuando había asumido que la preparatoria llevaría a la universidad, lo que lo llevaría al estrellato... o al menos a un moderadamente genial trabajo en una moderadamente genial disquera. Antes de que supiera que había tales cosas como demonios, antes de que supiera que había una raza de súper poderosos, guerreros con sangre de ángel eternamente comprometidos a luchar con ellos... y definitivamente antes de que él se hubiera ofrecido como voluntario para ser uno de ellos.

Así que en lugar de Java Jones, estaba en la sala de estudiantes de la Academia, entornando los ojos a través de la luz de las velas, estornudando por el polvo de dos siglos de antigüedad, y esquivando las miradas intimidantes de nobles antiguos Cazadores de Sombras cuyos retratos delineaban la habitación, sus expresiones pareciendo decir, ¿cómo podrías posiblemente imaginar que tú podrías ser uno de nosotros? En lugar de Eric, Matt, y Kirk, a quienes conocía desde el jardín de niños, estaba con amigos que había conocido sólo un par de años antes, uno que

alimentaba un intenso cariño por ratas y otro que compartía su nombre con ellas. En lugar de especular acerca de sus futuros en el rock and roll, se estaban preparando para una vida luchando con demonios multidimensionales. Asumiendo, eso sí, que sobrevivieran a la graduación.

Lo cual no era exactamente una segura suposición para hacer.

—¿Cómo crees que será? —preguntó Marisol Garza ahora, acurrucada entre los fornidos brazos de Jon Cartwright y viéndose como si casi estuviera feliz de estar ahí—. La ceremonia, quiero decir. ¿Qué creer que tendremos qué hacer?

Jon, como Julie Beauvale y Beatriz Mendoza, descendían de una larga línea de Cazadores de Sombras. Para ellos, mañana era sólo otro día, su despedida oficial de la vida de estudiante. Momento de dejar de entrenar y empezar a luchar.

Pero para George, Marisol, Simon, Sunil Sadasivan, y un puñado de otros estudiantes

mundanos, mañana se cernía como el día en el que Ascenderían.

Nadie estaba muy seguro de lo que significaba: Ascensión. Mucho menos lo que implicaba. Les habían dicho muy poco: que beberían de la Copa Mortal. Que ellos, como el primero de la raza guerrera, Jonathan Cazador de Sombras, tomarían la sangre de un ángel. Que ellos, si tenían suerte, serían transformados al momento en verdaderos Cazadores de Sombras de sangre pura. Que dirían adiós a sus vidas mundanas para siempre y se comprometerían a una valiente vida de servicio a la humanidad.

O si ellos eran muy desafortunados, morirían una inmediata y presuntamente espantosa muerte.

No conducía exactamente a una noche festiva.

—Sólo me estoy preguntando qué hay en la Copa —dijo Simon—. No creerán que es sangre real, ¿o sí?

—¿No es esa tu especialidad, Lewis? —se burló Jon.

George suspiró melancólicamente.

—La última vez que Jon hace una estúpida broma de vampiros.

—No contaría con ello —murmuró Simon.

Marisol molió el hombro de Jon.

—Cállate, idiota —le dijo. Pero lo dijo con demasiado cariño para el gusto de Simon.

—Apuesto a que es agua —dijo Beatriz, siempre la pacificadora—. Agua que se supone que ustedes finjan que es sangre, o que la Copa convierta en sangre, o algo como eso.

—No importa lo que haya en la Copa —dijo Julie en su mejor odiosa manera, aunque claramente no sabía más que el resto de ellos—. La Copa es mágica. Probablemente podrían beber salsa de tomate en ella y aun así funcionaría.

—Entonces espero que sea café —dijo Simon con su propio suspiro melancólico. La Academia era una zona libre de cafeína—. Sería un mucho mejor Cazador de Sombras si llegara a Ascender bien cafeinado.

—Sunil dijo que escuchó que es agua del Lago Lyn —dijo Beatriz de manera escéptica. Simon tenía la esperanza de que estuviera en lo correcto al ser escéptica; su último encuentro con el agua del Lago Lyn había sido perturbador, por decir lo menos. Y dado que algún porcentaje desconocido de mundanos moría tras la Ascensión, le parecía que la Copa no necesitaba ninguna ayuda adicional en el ocasionalmente frente fatal.

—¿Dónde está Sunil, de todos modos? —preguntó Simon. No habían hecho exactamente un plan para reunirse esta noche, pero la Academia ofrecía limitadas opciones recreativas, al menos si no te gustaba pasar tu tiempo libre quedándote encerrado accidentalmente en las mazmorras o acechando a la babosa mágica gigante que se rumoreaba se deslizaba a través de la corredores en la madrugada. La mayoría de las noches durante el último par de meses, Simon y sus amigos habían terminado aquí, hablando sobre su futuro y él esperaba que pasarían esta última noche de la misma manera.

Marisol, que conocía mejor a Sunil, se encogió de hombros.

—Tal vez está "considerando sus opciones".
—Curvó sus dedos alrededor de la frase. Así fue como el decano Penhallow había aconsejado pasar su última noche a los estudiantes en el camino mundano, asegurándoles que no había vergüenza en dar marcha atrás en el último momento.

—Humillación. La vergüenza de por vida por encima de su mundana cobardía y la culpa por perder todo nuestro muy valioso tiempo —les había gruñido Scarsbury, y luego, cuando el decano le lanzó una mirada de desaprobación—: Pero sí, claro, no hay vergüenza.

—Bueno, ¿no debería estar "considerándolo"? —preguntó Julie—. ¿No deberíamos estarlo todos? No es como ir a la escuela de doctores y tomar el juramento hipócrita o algo así. No tienen la oportunidad de cambiar de opinión.

—En primer lugar, es el juramento hipocrático —dijo Marisol.

—Y se llama escuela de medicina —agregó Jon, luciendo más bien orgulloso de sí mismo. Marisol había sido escolarizada en la vida mundana. En contra de su voluntad, o eso es lo que Jon les había hecho creer.

—En segundo lugar —añadió Marisol—, ¿por qué crees que cualquiera de nosotros podría cambiar de idea? ¿Estás pensando en cambiar de opinión acerca de ser un Cazador de Sombras?

Julie lució ofendida por la idea.

—Soy un Cazador de Sombras. Podrías también haber preguntado si tengo la intención de cambiar de opinión acerca de estar viva.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que es diferente para nosotros? —dijo Marisol ferozmente. Era la más joven de ellos por dos años y la más pequeña por varios centímetros, pero Simon veces pensaba que era la más valiente. Sin duda era por la que él habría apostado en una pelea. (Marisol peleaba bien también, cuando era necesario, peleaba sucio.)

—No quiso decir nada con eso —dijo Beatriz suavemente.

—Realmente no lo hice —dijo Julie rápidamente.

Simon sabía que era verdad. Julie no podía evitar a veces sonar como una odiosa snob mundana, más de lo que Jon no podía evitar a veces sonar como, bueno, como un idiota. Así es como ellos eran y Simon se dio cuenta que, inexplicablemente, no le gustaría de ninguna otra manera. Para bien o para mal, eran sus amigos. En dos años se habían enfrentado juntos a muchas cosas: demonios, hadas, Delaney Scarsbury, la “comida” del comedor. Eran casi como una familia, reflexionó Simon. No todo el tiempo necesariamente te agradaban, pero sabías que pasara lo que pasara, los defenderías hasta la muerte.

Aunque realmente esperaba no tener que llegar a eso.

—Vamos, ¿no estás un poco nerviosa? —preguntó Jon—. ¿Quién puede recordar la última vez que alguien Ascendió? Suena completamente ridículo cuando piensas en

ello: ¿Un sorbo de una copa y “puf” Lewis es un Cazador de Sombras?

—No suena ridículo para mí —dijo Julie en voz baja y todos ellos se quedaron en silencio. La madre de Julie se había convertido durante la Guerra Oscura. Un sorbo de la Infernal Copa de Sebastian, y se había convertido en Oscurecida. Un caparazón de una persona, nada más que un recipiente hueco para las malvadas órdenes de Sebastian.

Todos sabían lo que un sorbo a una copa podía hacer.

George se aclaró la garganta. No podía soportar un estado de ánimo sombrío durante más de treinta segundos, era una de las cosas que más extrañaría Simon acerca de vivir con él.

—Bueno, yo estoy enteramente dispuesto a reclamar mi derecho de nacimiento —dijo alegremente—. ¿Creen que me volveré insoportablemente arrogante al primer sorbo o me tomará un poco de tiempo para ponerme al día con Jon?

—No es arrogancia si es preciso —dijo Jon, sonriendo y de esa forma, la noche se acomodó de nuevo.

Simon trataba de prestar atención a las bromas de sus amigos y hacía su mejor esfuerzo para no pensar en la pregunta de Jon, sobre si estaba o no nervioso, sobre si debería estar pasando esta noche en sobria consideración de sus "opciones".

¿Qué opciones? ¿Cómo, después de dos años en la Academia, después de todo su entrenamiento y estudio, después de haber jurado una y otra vez que quería ser un Cazador de Sombras, podría solo marcharse? Cómo podría decepcionar a Clary y a Isabelle así... y si lo hacía, ¿cómo podrían alguna vez amarlo de nuevo?

Trató de no pensar en cómo sería incluso más difícil para ellos amarlo, o al menos para él apreciarlo, si algo salía mal en la ceremonia, y terminaba muerto.

Trató de no pensar en todas las otras personas que lo amaban, los que, según la Ley del Cazador de Sombras, se suponía que debía

prometer no volver a ver de nuevo. Su madre. Su hermana.

Marisol y Sunil no tenían a nadie esperando por ellos de vuelta a casa, algo que siempre le había parecido insoportablemente triste a Simon. Pero tal vez era más fácil, alejarse cuando no dejabas nada detrás. Luego estaba George, el afortunado, sus padres adoptivos eran Cazadores de Sombras, aun cuando nunca hubieran blandido una espada. Él todavía sería capaz de volver a casa para cenas dominicales; ni siquiera tendría que elegir un nuevo nombre.

George últimamente se había estado burlando de él, diciendo que Simon tampoco debería tener muchos problemas eligiendo un nuevo nombre.

—“Lightwood” suena bien, ¿no crees? —le gustaba decir. Simon se estaba volviendo muy bueno en fingir sordera.

En secreto, sin embargo, un rubor subía por sus mejillas, pensaba: Lightwood... tal vez. Algún día. Si se atrevía dejarse tener esperanza.

En el ínterin, sin embargo, tenía que encontrar un nuevo nombre por sí mismo, un nombre para ser Cazador de Sombras, que era aproximadamente tan insondable como todo lo demás sobre este proceso.

—Um, ¿puedo entrar? —Una chica flacucha con gafas de alrededor de los trece años estaba en la puerta. Simon creía que su nombre era Milla, pero no estaba seguro, la nueva clase de la Academia era tan grande, y tan inclinada a mirar a Simon desde la distancia, que no había llegado a conocer a muchos de ellos. Ella tenía la apariencia ansiosa pero confundida de un mundano, uno que, incluso después de todos estos meses, no podía creer que realmente estaba aquí.

—Es propiedad pública —dijo Julie, una nota arrogante, o incluso más arrogante de lo habitual, entrando en su voz. Julie amaba sentirse superior a los chicos nuevos.

La niña se deslizó hacia ellos nerviosamente. Simon se encontró preguntándose cómo alguien como ella había terminado en la Academia, luego se detuvo.

Sabía que no debía juzgar por las apariencias. Especialmente teniendo en cuenta cómo había lucido cuando se presentó dos años antes, tan delgado que sólo podía caber en atuendos de talla de chicas. Estás pensando como un Cazador de sombras, se reprendió a sí mismo.

Es curioso que eso casi nunca sonaba como una cosa buena.

—Me dijo que te diera esto —susurró la niña, entregándole un papel doblado a Marisol, y luego retirándose rápidamente. Marisol, Simon dedujo, era algo así como un héroe para los mundanos más jóvenes.

—¿Quién? —preguntó Marisol, pero la chica ya se había ido. Marisol se encogió de hombros y abrió la nota, su rostro cayendo mientras leía el mensaje.

—¿Qué? —preguntó Simon, preocupado.

Marisol sacudió su cabeza.

Jon tomó su mano, y Simon esperaba que ella le diera una bofetada, pero en lugar de eso le apretó con fuerza.

—Es de Sunil —dijo ella con una apretada voz enojada. Le pasó la nota a Simon—. Creo que “consideró sus opciones”.

No puedo hacerlo, decía la nota. Sé que eso probablemente me hace un cobarde, pero no puedo beber de esa Copa. No quiero morir. Lo siento. ¿Les dices adiós a todo el mundo por mí? Y buena suerte.

Pasaron la nota alrededor de uno a otro, como si necesitaran ver las palabras en blanco y negro antes que realmente lo pudieran creer. Sunil había huido.

—No podemos culparlo —dijo Beatriz finalmente—. Todos tienen que hacer su propia elección.

—Yo lo puedo culpar —dijo Marisol, frunciendo el ceño—. Nos está haciendo quedar mal a todos.

Simon no creía que eso era realmente por lo que estaba enojada, no exactamente. Él también estaba enojado, no porque pensara

que Sunil era un cobarde o que los había traicionado. Simon estaba enojado porque él había puesto tanto esfuerzo tratando de no pensar en lo que podría suceder, o cómo ésta era su última oportunidad de huir y ahora Sunil lo había hecho imposible.

Simon se puso de pie.

—Creo que necesito un poco de aire.

—¿Quieres compañía, amigo? —preguntó George.

Simon sacudió su cabeza, sabiendo que George no se ofendería. Era otra cosa que los hacía tan buenos compañeros de cuarto; cada uno sabía cuándo dejar al otro solo.

—Nos vemos en la mañana, chicos —dijo Simon. Julie y Beatriz sonrieron y se despidieron, e inclusive Jon le dio un saludo sardónico. Pero

Marisol ni siquiera lo miró, y Simon se preguntó si pensaba que él sería el próximo en huir.

Quería asegurarle que no había posibilidades de eso. Quería jurar que, en la

mañana, estaría ahí junto al resto de ellos en el Salón del Consejo, listo para llevar la Copa a sus labios sin reservas. Pero jurar era cosa seria para los Cazadores de Sombras. Nunca prometías a menos que estuvieras absolutamente seguro.

Por lo que Simon solo dijo un último buenas noches y dejó a sus amigos atrás.

* * *

Simon se preguntó si, en la historia del tiempo, alguien había dicho: “Necesito un poco de aire” y en realidad decirlo en serio. Seguro era solo utilizado en código para “Necesito estar en otro lugar.” Lo que Simon hizo. El problema era que ningún lugar se sentía como el lugar adecuado para estar, entonces, a falta de una mejor idea, decidió que su dormitorio tendría que servir. Al menos ahí estaría solo.

Esto, al menos, era el plan.

Pero cuando entró al cuarto, encontró a una chica sentada en su cama. Una pequeña chica pelirroja cuyo rostro se iluminó con la visión de él.

De todas las cosas extrañas que le habían pasado a Simon en el último par de años, la más extraña tenía que ser esta —chicas hermosas esperándolo ansiosamente en su habitación— ya no parecía particularmente extraña del todo.

—Clary —dijo, mientras la envolvía en un abrazo fuerte. Era todo lo que necesitaba decir, porque esa es la cosa acerca de un mejor amigo. Ella sabía exactamente cuándo él necesitaba verla y cuán agradecido y aliviado estaba, sin que tuviera que decir nada.

Clary le sonrió y deslizó su estela de vuelta en su bolsillo. El Portal que había creado todavía estaba brillando en la decrepita pared de piedra, por mucho la cosa más brillante en la habitación.

—¿Sorprendido?

—¿Querías darme un último vistazo antes de que esté todo musculoso y peleando con demonios? —molestó Simon.

—Simon, sí sabes que Ascender no va a ser como ser mordido por una araña radiactiva o algo, ¿verdad?

—Entonces, ¿estás diciendo que no seré capaz de saltar edificios altos en un solo brinco? ¿Y no tendré mi propio Batimóvil? Quiero mi dinero de vuelta.

—Aunque, en serio, Simon...

—En serio, Clary. Sé que significa la Ascensión.

Las palabras se asentaron pesadamente entre ellos, y como siempre, Clary escuchó lo que él no dijo: Que esto era demasiado grande para hablarlo seriamente. Que bromear era, por el momento, lo mejor que él podía hacer.

—Además, Lewis. Diría que ya estás lo suficientemente musculoso. —Hincó su dedo en sus bíceps, los cuales, no pudo evitar darse cuenta, estaban bastante cerca de sobresalir—. Un poco más y vas a tener que comprar ropa nueva.

—¡Nunca! —dijo indignantemente, y alisó su camiseta, que tenía un grupo de agujeros en el suave algodón y se leía ESTOY HACIENDO UN COSPLAY DE MÍ MISMO en letras casi demasiado borrosas para leerlas—. ¿Será que,

uh, será que trajiste a Isabelle contigo? —Trató de mantener la esperanza fuera de su voz.

Era difícil de creer que dos años atrás, había venido a la Academia en parte para escapar de Clary e Isabelle, la manera en que lo verían como si lo amaran más que a nada en el mundo, pero también como si hubiera ahogado a su perrito en una bañera. Habían amado alguna otra versión de él, la que ya no podía recordar, y esa versión las había amado a ellas, también. No lo dudada, solo no podía sentirlo. Habían sido extrañas para él. Extrañas terriblemente hermosas, que querían que fuera alguien que no era.

Se sentía como otra vida. Simon no sabía si alguna vez recuperaría todos sus recuerdos, pero de alguna manera, a pesar de eso, había encontrado su camino de vuelta a Clary e Isabelle. Había encontrado a una mejor amiga que se sentía como su otra mitad, quien algún día pronto se convertiría en su parabatai. Y había encontrado a Isabelle Lightwood, un milagro en forma humano, que decía “te amo”

cada vez que lo veía e, incomprensiblemente, parecía decirlo en serio.

—Quería venir —dijo Clary—, pero tuvo que ir a lidiar con este asunto errático de un hada en Chinatown, algo acerca de unos bollos de sopa y un tipo con una cabeza de cabra. No pregunté demasiado y... —sonrió a sabiendas a Simon—, te perdí en “bollos de sopa”, ¿verdad?

El estómago de Simon gruñó lo suficientemente alto para que respondiera por él.

—Bueno, tal vez podamos comer algo en el camino —dijo Clary—, o al menos un par de pedazos de pizza y un latte.

—No juegues conmigo, Fray. —Simon estaba muy sensible estos días con el tema de la pizza, o su faltante. Sospechaba que cualquier día a partir de ahora su estómago renunciaría a protestar—. ¿En el camino dónde?

—Oh, olvidé explicar... por eso estoy aquí, Simon. —Clary tomó su mano—, he venido a llevarte a casa.

* * *

Simon se paró en la acera mirando fijamente la casa de piedra rojiza de su madre, su estómago revolviéndose. Viajar por el Portal siempre lo hacía sentir como si fuera a vomitar sus intestinos, pero esta vez no pensaba que pudiera culpar a la magia interdimensional. No por completo, al menos.

—¿Estás segura que esta es una buena idea?
—dijo—. Es tarde.

—Son las once de la noche, Simon —dijo Clary—. Sabes que todavía está despierta. E inclusive si no, sabes...

—Lo sé. —Su madre querría verlo. También su hermana, quien, de acuerdo a Clary, estaba en casa por el fin de semana porque alguien, presuntamente un alguien pelirrojo de buenas intenciones con el celular de su hermana, le había dicho que Simon estaría llegando a visitar.

Se dejó caer contra Clary por un momento, y por pequeña que fuera, soportó su peso.

—No sé cómo hacerlo —dijo—. No sé cómo decirles adiós.

La madre de Simon pensaba que se había ido a la escuela militar. Se había sentido culpable mintiéndole, pero había sabido que no había otra opción; sabía, demasiado bien, lo que había pasado cuando se había arriesgado a contarle a su madre demasiada verdad. Pero esto... esto era algo más. Le estaba prohibido por la Ley de los Cazadores de Sombras decirle acerca de su Ascensión, acerca de su nueva vida. La Ley también le prohibía contactarla después de que se convirtiera en Cazador de Sombras, y aunque no había nada que dijera que no podía estar aquí en Brooklyn para decirle adiós para siempre, la Ley le prohibía explicarle por qué.

Sed lex, dura lex.

La Ley es dura, pero es la Ley.

Lex apesta, pensó Simon.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Clary.

Lo quería, más que nada, pero algo le decía que esta era una de esas cosas que necesitaba hacer solo.

Simon sacudió su cabeza.

—Pero gracias. Por traerme aquí, por saber que lo necesitaba, por... bueno, por todo.

—Simon...

Clary se veía vacilante, y Clary nunca se veía vacilante.

—¿Qué pasa?

Suspiró.

—Todo lo que te ha pasado, Simon, todo...

—Hizo un pausa, justo lo suficiente para que él pensara lo mucho que abarcaba todo: convertirse en una rata y luego en un vampiro; encontrar a Isabelle; salvar el mundo un puñado de veces, o al menos eso le habían dicho; estar encerrado en una jaula y atormentado por todo tipo de criaturas sobrenaturales; matar demonios, enfrentar a un ángel; perder sus recuerdos; y ahora estar de pie en el umbral del único hogar que jamás ha conocido, preparándose para dejarlo atrás

para siempre—. No puedo evitar pensar que todo es por mí —dijo Clary suavemente—, que soy el motivo. Y...

La detuvo antes de que dijera algo más, porque no podía soportar que pensara que tenía que disculparse.

—Tienes razón —dijo—, eres la razón. Por todo. —Simon le dio un suave beso en la frente—. Por eso estoy diciendo gracias.

* * *

—¿Estás seguro que no quieres que te recaliente eso? —preguntó la madre de Simon mientras el llevaba otra cucharada llena de ziti frío a su boca.

—¿Mmff? ¿Qué? No, está bien.

Estaba más que bien. Era tomate agrio y ajo fresco y pimienta picante y queso derretido, y mejor que los restos de pasta de la pizzería de la esquina. Sabía como comida de verdad, lo que la ponía muy por encima de lo que había estado comiendo durante los últimos meses. Pero no era solo eso. La comida para llevar de Giuseppi era una tradición entre Simon y su

madre, después de que su padre había muerto y su hermana se fue a la universidad, después de que quedaran solo los dos holgazaneando en un departamento que se sentía cavernoso con solo ellos dos, habían perdido la costumbre de comer juntos. Era más fácil solo conseguir comida en el momento en que tuvieran hambre, de camino hacia o desde el departamento, su madre calentando comida congelada después del trabajo, Simon comprando pho o un sándwich de camino a los ensayos con la banda. Era, tal vez, más fácil que enfrentar las sillas vacías en la mesa cada noche. Pero hicieron una regla de cenar juntos al menos una noche a la semana, sorbiendo spaghetti de Giuseppi y bañando panes de ajo en salsa picante.

Estos restos de comida fríos sabían a casa, a familia, y Simon odiaba pensar en su madre sentada en el departamento vacío, semana tras semana, comiendo sola.

Los hijos deben crecer e irse, se dijo a sí mismo. No estaba haciendo nada malo; no

estaba haciendo nada que no estuviera destinado a hacer.

Pero había una parte de él que tenía sus dudas. Los hijos debían irse de casa, tal vez. Pero no para siempre. No así.

—Tu hermana trató de esperarte —dijo su madre—, pero aparentemente ha estado despierta toda la semana estudiando para sus exámenes. Se quedó dormida en el sillón a las nueve.

—Tal vez deberíamos despertarla —sugirió Simon.

Ella negó con la cabeza.

—Deja que la pobre niña duerma. Te verá en la mañana.

Él no le había dicho a su madre que se quedaría, no exactamente. Pero le había dejado creer eso, lo que supuso lo llevaba a lo mismo: otra mentira.

Ella se sentó en la silla a su lado y apuñaló un ziti con su tenedor.

—No le digas a mi dieta —susurró, después se lo metió a la boca.

—Mamá, la razón por la que estoy aquí... quería hablarte de algo.

—Que gracioso, yo, quería hablarte de algo también.

—¿Oh? ¡Genial! Uh, tú primero.

Su madre suspiró.

—¿Recuerdas a Ellen Klein? ¿Tú maestra de hebreo?

—¿Cómo podría olvidarla? —dijo Simon irónicamente. La Sra. Klein había sido su perdición desde segundo hasta quinto grado. Cada martes después de la escuela, tenían una batalla silenciosa, todo gracias a un desafortunado incidente en el patio de juegos, en el que Simon accidentalmente le había quitado su peluca y la había mandado a volar hacia un nido de pichones. Ella había pasado los tres años siguientes tratando de arruinarle la vida.

—Sabes que solo era una linda señora tratando de hacerte prestar atención —dijo su madre con una sonrisa de suficiencia.

—Las lindas señoras no tiran tus cartas de Pokémon a la basura —señaló Simon.

—Lo hacen cuando estás intercambiándolas por vino kiddish detrás del santuario —dijo.

—¡Yo nunca!

—Una madre siempre sabe, Simon.

—Bueno. Está bien. Pero ese era un muy raro Mew. El único Pokémon que...

—Como sea. La hija de Ellen Klein se acaba de casar con su novia, una mujer adorable, te gustaría, a todos nos gusta, pero...

Simon entornó los ojos.

—Pero déjame adivinar: La Sra. Klein es homofóbica.

—No, no es eso, la novia es católica. Ellen tuvo un ataque, no fue a la boda, y ahora está usando ropa de luto y diciéndole a todo el mundo que su hija bien podría estar muerta.

Simon abrió la boca para alardear sobre como siempre había tenido la razón, que la Sra. Klein era una horrible musaraña, pero su madre levantó un dedo para detenerlo.

Una madre, aparentemente, siempre sabía.

—Sí, Sí, es horrible, pero no te lo digo para que te sientas reivindicado. Te lo digo porque... —Entrelazó sus dedos, viéndose nerviosa de repente—. Tuve el más extraño sentimiento cuando escuché la historia, Simon, como si yo supiera que ella se arrepentiría de ello, porque yo me arrepiento. ¿No es extraño? —Dejó escapar una pequeña risa, pero carecía completamente de humor—. ¿Sentirte culpable por algo que no has hecho? No puedo decir por qué, Simon, pero tengo la sensación de que te he traicionado de una manera terrible que no puedo recordar.

—Claro que no has hecho eso, mamá. Eso es ridículo.

—Claro que es ridículo. Yo nunca lo haría. Un padre debería sentir amor incondicional hacia sus hijos. —Sus ojos brillaban con las lágrimas que aún no había derramado—. ¿Sabes que te amo de esa manera, verdad Simon? ¿Incondicionalmente?

—Claro que lo sé.

Lo dijo en serio, de verdad lo sabía. Pero, por supuesto, era solo otra mentira. Porque en esa otra vida, la que había sido borrada de la memoria de ambos, ella sí lo había traicionado. Él le había dicho la verdad, que lo habían convertido en un vampiro, y ella lo había echado de la casa. Le había dicho que ya no era más su hijo. Que su hijo estaba muerto. Ella le había probado, a ambos, las condiciones de su amor.

Él no podía recordar lo que había pasado, pero en algún lugar más profundo que su conciencia, podía recordar cómo se había sentido, el dolor, la traición, la perdida. Nunca se le había ocurrido que ella pudiera recordarlo, también.

—Esto es tonto. —Se enjugó la lágrima y se sacudió a sí misma—. No sé por qué me estoy poniendo tan emocional sobre esto. Es solo... es solo que tenía esta sensación de que tenía que decirte esto, y después llegaste como si estuviera predestinado, y...

—Mamá. —Simon levantó a su madre de la silla y la abrazó fuertemente. De repente, ella

se sentía tan pequeña en sus brazos, y pensó en lo duro que ella había trabajado todos esos años para protegerlo, y en que él haría lo que fuera para protegerla a ella. Él era una persona diferente de la que había sido hace dos años, un Simon diferente al que se había confesado con su madre y había terminado en la calle, tal vez su madre había cambiado también. Tal vez, haber tomado esta decisión una vez era suficiente para asegurar que no lo haría de nuevo; tal vez era tiempo de dejar ese rencor contra ella, esa traición que ninguno de los dos podía recordar realmente—. Mamá, lo sé. Y yo también te amo.

Ella se alejó entonces, solo lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—¿Qué hay de ti? ¿Qué querías decirme?

Oh, no mucho, solo me estoy uniendo a este culto sobrenatural de cazadores de demonios quienes me han prohibido verte de nuevo, te amo.

No sonaba lo suficientemente bien.

—Te diré en la mañana —dijo—, luces exhausta.

Ella sonrió, el cansancio pintado en su rostro.

—En la mañana —repitió—. Bienvenido a casa, Simon.

—Gracias, mamá —dijo, y milagrosamente logró decirlo sin ahogarse. Esperó a que ella desapareciera detrás de la puerta de su habitación, esperó a que sus suaves ronquidos comenzaran. Después escribió una nota disculpándose por irse tan abruptamente. Sin despedirse.

Su hermana roncaba, también, a pesar de que como su madre, lo negara. Él podía, si se quedaba muy callado, escucharla desde la cocina. Podría despertarla, si quisiera, y probablemente hasta podría contarle la verdad, o alguna versión de ella. Podía confiar en Rebecca, no solo para guardar sus secretos, sino para entenderlos. Podría hacer lo que había venido a hacer, lo que se suponía debía hacer, decirle adiós y pedirle que amara y protegiera a su madre por los dos.

—No —dijo suavemente, pero la palabra pareció hacer eco en la cocina vacía.

La Ley era dura, pero también tenía lagunas. ¿Acaso Clary no le había enseñado eso? Había Cazadores de Sombras que habían encontrado la manera de mantener a sus seres queridos mundanos en sus vidas, Simon era prueba de ello. Tal vez esa era la razón por la cual Clary lo había traído esta noche, no para decir adiós, sino para que se diera cuenta de que no podía. Que no lo haría.

Esto no es para siempre, prometió Simon a su madre y su hermana mientras se deslizaba por la puerta. Se prometió a sí mismo que no era cobarde, yéndose sin decir nada. Era una promesa silenciosa que esto no era el final. Que iba a encontrar una manera. Y a pesar de que no había nadie para apreciar su impecable acento Schwarzenegger, hizo su juramento en voz alta:

—Volveré.

* * *

Clary había dicho que la llamara cuando estuviera listo para regresar a la Academia, pero aún no lo estaba. Era extraño: En un día distinto, no habría nada que le impidiera

regresar a Nueva York para siempre. Luego de su Ascensión sería un Cazador de Sombras real. No más escuela, no más misiones de entrenamiento, no más largos días y noches en Idris echando de menos su café de la mañana. No había pensado mucho en lo que iba a ocurrir a continuación, pero sabía que volvería a casa y se quedaría en el Instituto, al menos temporalmente. No había razón para sentir nostalgia de Nueva York cuando estaba tan cerca de estar de vuelta para siempre.

Excepto que no estaba muy seguro de quién sería cuando regresara. Cuando Ascendiera. Si ascendía, si nada terrible sucedía cuando tomara de la Copa Mortal.

¿Qué significaría convertirse en un Cazador de Sombras de verdad? Sería más fuerte y más rápido, eso era lo que sabía. Sería capaz de soportar runas en su piel, ver a través del glamour sin la ayuda de un brujo. Sabía mucho acerca de lo que sería capaz de hacer, pero no sabía nada acerca de cómo se sentiría. Acerca de quién sería cuando fuera un Cazador de Sombras. No es que pensara que una bebida de

una taza mágica instantáneamente lo convertiría en un sobrenatural y guapo snob salvajemente imprudente y ególatra, como... bueno, como casi todos los Cazadores de Sombras que conocía y amaba.

Tampoco esperaba que convertirse en un Cazador de Sombras lo hiciera desdeñar automáticamente D&D, Star Trek, y toda la tecnología y la cultura pop inventada luego del siglo XIX. Pero, ¿quién podía saberlo a ciencia cierta?

Y no era sólo la confusa transformación de humano a ángel guerrero. Había estado seguro de que, si sobrevivía a la Ascensión, recuperaría todos sus recuerdos. Todos esos recuerdos del original Simon, del "verdadero" Simon, aquel que había trabajado tan duro para convencer a la gente que se había ido para siempre, vendrían inundando de nuevo en su cerebro. Supuso esto debería hacerlo feliz, pero descubrió que se sentía bastante territorial de su cerebro como lo era ahora. ¿Y si a ese Simon —el Simon que había salvado al mundo, de quién Isabelle se había enamorado

la primera vez— no le gustaba en quién se había convertido? ¿Y si bebía de la Copa y se perdía a sí mismo de nuevo?

Le daba dolor de cabeza pensar en él mismo como tantas personas diferente.

Quería pasar su última noche en la ciudad como solo él: Simon Lewis, miope, mundano amante de los mangas.

Además, aún quería una de esas sopas de albóndigas.

Simon vagó por Flatbush, sumergiéndose en los ruidos familiares de la noche de Nueva York, las sirenas y las construcciones y los rabiosos bocinazos en la carretera, junto con los menos conocidos, de hadas que lucían como perros ladrándoles a las palomas. Cruzó el puente de Manhattan, el metal traqueteó bajo sus pies cuando el metro pasó, las luces del distrito financiero brillaban a través de la niebla. Incluso antes de saber nada sobre demonios y subterráneos, pensó Simon, siempre había sabido que Nueva York estaba llena de magia. Quizás por eso había sido tan

fácil para él aceptar la verdad sobre el Mundo de las Sombras: En su ciudad, todo era posible.

Convenientemente, el puente lo dejó en el corazón del Barrio Chino. Mientras iba a su lugar de comidas favorito y pedía una orden de albóndigas para llevar, su mente se desvió hacia Isabelle. Y se preguntó si ella estaba cerca, deshaciéndose de los malhechores con su látigo electro. Era alucinante, si pensaba en ello era casi como estar saliendo con un superhéroe.

Por supuesto, la cosa acerca de salir con un superhéroe era que no se le podía pedir exactamente que tomara un descanso de salvar al mundo sólo porque estabas de ánimos para una ciudad de último minuto. Por lo que Simon siguió caminando dejando que su mente vagara sin rumbo como lo hacían sus pies. Al menos, pensó que estaba vagando sin rumbo, hasta que se encontró en un bloque familiar de la avenida D, pasando una bodega, donde la leche estaba siempre amarga, pero el hombre detrás del mostrador le pondría café

gratis con tu rosquilla de la mañana, si lo conocías lo suficiente como para pedirlo.

Espera, ¿cómo sé eso?, pensó Simón. La respuesta le llegó de la mano de la pregunta. Sabía eso debido a que, en alguna otra vida olvidada, había vivido aquí. Él y Jordan Kyle habían compartido un apartamento en el edificio de ladrillo rojo en ruinas en la esquina. Un vampiro y un hombre lobo viviendo juntos, sonaban como el comienzo de una broma de mal gusto, pero la única mala broma era que Simon prácticamente había olvidado que eso había ocurrido.

Y Jordan estaba muerto.

Lo golpeó casi tan fuerte como la primera vez que lo oyó: Jordan estaba muerto. Y no solo él, Raphael también lo estaba. Max, el hermano pequeño de Isabelle, muerto. Sebastian, el hermano de Clary, muerto. La hermana de Julie. El abuelo, el padre y el hermano de Beatriz, el padre de Julian Blackthorn, los padres de Emma Carstairs, todos ellos muertos, y esos eran solo de los que le habían hablado a Simon. ¿Cuántas otras

personas que le habían importado, o personas a las que él amaba, se habían ido en una u otra guerra de Cazadores de Sombras? Él aún era un adolescente, no debería conocer a tantas personas que habían muerto.

Y yo mismo, pensó de repente. No olvides eso.

Porque era cierto, ¿o no? Antes de una vida de vampiro, venía una muerte. Fría, sin sangre y bajo tierra.

Luego, más tarde, estaba el olvido, y eso era como una especie de muerte también.

Simon no era aún un Cazador de Sombras y esta vida ya estaba tomando mucho de él.

—Simon. Pensé que estaría aquí.

Él se giró y fue un recordatorio que por todas las pérdidas, había grandes compensaciones.

—Isabelle —murmuró, y luego, durante bastante tiempo, sus labios estuvieron demasiado ocupados para hablar.

* * *

Fueron al apartamento de Magnus y Alec. La pareja había llevado a su nuevo bebé de vacaciones a Bali, lo que significaba que Simon e Isabelle tenían todo el lugar para ellos solos.

—¿Estás segura que está bien que estemos aquí? —preguntó Simon, mirando nerviosamente el apartamento. La última vez que lo había visto, la ética de decoración había sido parte Studio 54, parte burdel: un montón de bolas de discoteca, cortinas de terciopelo, y algunos espejos terriblemente colocados. Ahora el salón parecía algo vomitado por una Babies“R”Us, mantas pañales y móviles y conejitos de peluche por doquier.

Aún no podía creer que Magnus Bane era padre de alguien.

—Lo estoy —dijo Isabelle, despojándose de su vestido con un movimiento suave para revelar los tramos interminables de piel suave y pálida que yacían debajo—. Pero si quieres irte...

—No —dijo Simon, luchando para conseguir suficiente aire para hablar—. Definitivamente no. Aquí está bien. Muy bien.

—Bien, entonces. —Isabelle barrió una familia de gatitos de peluche del sofá, luego se extendió en este como un gato muy satisfecho y muy peligroso. Miró fijamente la camisa de Simón, que todavía estaba en su cuerpo.

—Bien. Entonces. —Simon se puso sobre ella, sin saber qué hacer a continuación.

—Simon.

—¿Sí?

—Estoy mirando fijamente tu camisa.

—Mhm.

—La cuál está aún en tu cuerpo.

—Oh. Sí. —Se encargó de ello. La tiró junto a ella en el sofá.

—Simon.

—¿Sí? Oh, claro. —Se inclinó hacia ella y la acercó para darle un beso, al que ella se entregó durante unos treinta segundos antes de alejarse—. ¿Qué ocurre?

—Tú dímelo —dijo ella—. Yo, tu increíblemente sexy novia a la que nunca ves, estoy postrándome ante ti semidesnuda, y tú

luces como si prefirieras estar viendo un juego de béisbol.

—Odio el béisbol.

—Exactamente. —Isabelle se sentó, sin embargo, afortunadamente, no se puso la ropa otra vez. No aún—. Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea ¿verdad?

Simon asintió.

—Entonces sí, hipotéticamente, estuvieses sintiéndote un poco nervioso sobre toda esta cosa de Ascensión mañana, y preguntándote si quizás aún quieres pasar por ello, podrías hablarme sobre eso.

—Hipotéticamente —dijo Simon.

—Solo tomando un tema al azar —dijo Isabelle—. Podríamos también hablar sobre Avatar: El último Avión, si quieres.

—Es el Maestro del aire —dijo Simon, reprimiendo una sonrisa—, Y te amo incluso si eres una nerd despistada.

—Y yo te amo, incluso si eres un mundano —dijo ella—. Incluso si te quedas mundano. Sabes eso, ¿cierto?

—Yo... —Era fácil para ella de decir, y pensó que ella probablemente quería decirlo. Pero eso no lo hacía un hecho—. ¿Crees que lo harías? ¿En serio?

Isabelle dejó escapar su aliento en un irritado soplo.

—Simon Lewis, ¿Estás olvidando que eras un mundano cuando comencé a salir contigo? Un bastante flacucho mundano con terrible sentido de la moda, debería señalar. Y luego fuiste un vampiro, y aún salía contigo. Luego fuiste un mundano de nuevo, pero esta vez con maldita amnesia. Y aún, inexplicablemente, me enamoré de ti completamente de nuevo. ¿Qué te hace posiblemente pensar que tengo cualquier norma restante cuando se trata de ti?

—Uh, ¿gracias, creo?

—“Gracias”, es la respuesta correcta. Y también “Te amo, también, Isabelle, y voy a amarte incluso si pierdes tu memoria o te dejas crecer un bigote o algo”.

—Bueno, obviamente. —Simon tiró de su barbilla—. Aunque yo dibujaría la línea en una barba.

—Huelga decirlo. —Entonces lució seria de nuevo—. Me crees, ¿cierto? No puedes estar haciendo esto por mí.

—No lo estoy haciendo por ti —dijo Simon, y esa era la verdad. Quizás había ido a la Academia, en parte, por Isabelle, pero se quedó por él. Cuando Ascendiese, no sería porque necesitaba probarle algo a ella—. Pero... si me arrepintiera, lo cual nunca haré, pero si lo hiciera, ¿no me haría eso un cobarde? Saliste con un mundano, quizás. Pero te conozco, Izzy. No podrías salir con un cobarde.

—Y tú, Simon Lewis, no podrías ser un cobarde. No si lo intentases. No es de cobardes tomar una decisión sobre lo que quieres que tu vida sea. Elegir lo que está bien para ti, quizás esa sea la cosa más valiente que puedas hacer. Si eliges ser un Cazador de Sombras, te amaré por ello. Pero si eliges quedarte mundano, te amaré por ello, también.

—¿Qué si decido no beber de la Copa Mortal porque temo que me mataría? —preguntó Simon. Era un alivio finalmente decirlo en voz alta—. ¿Qué si no tiene nada que ver con cómo quiero pasar el resto de mi vida? ¿Qué si es solo estar asustado?

—Bueno, entonces eres un idiota. Porque la Copa Mortal nunca podría lastimarte. Yo sabría lo que hago, lo cual es que tú haces un asombroso Cazador de Sombras. La sangre del Ángel no podría jamás lastimarte —dijo, intensidad flameando en sus ojos—. No es posible.

—¿Realmente crees eso?

—Realmente lo hago.

—Entonces el hecho de que estemos aquí, y tú estés, ya sabes...

—¿Parcialmente desnuda y preguntándome por qué seguimos teniendo esta pequeña charla?

—¿... no tiene nada que ver con el hecho de que piensas que esta podría ser nuestra última noche juntos?

Esto le consiguió otro suspiro exasperado.

—Simon, ¿sabes cuántas veces he estado casi segura de que uno de nosotros no sobreviviría las siguientes veinticuatro horas?

—Um, ¿bastantes?

—Bastantes —confirmó—. Y en ni una sola de esas ocasiones jamás tuvimos algún tipo de desesperado, ansioso sexo de despedida.

—Espera... ¿no lo hicimos?

Sobre los últimos meses, Simon e Isabelle se habían hecho muy cercanos. Más cercanos, pensó él, de lo que nunca antes habían estado, no es que pudiese recordar. Al menos conversacionalmente. Mientras que por el otro tipo de cercanía, hablar por teléfono y escribirse cartas el uno al otro exactamente no te conducía a perder tu virginidad.

Entonces ahí había un intenso hecho que Simon no estaba seguro de aún tener una virginidad que perder.

Todo este tiempo estuvo tan avergonzado para preguntar.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó Isabelle.

Simon pudo sentir sus mejillas quemando.

—¡No estás tomándome el pelo!

—Por favor no te enojés —dijo Simon.

Isabelle rió.

—No estoy enojada. Si hubiésemos tenido sexo, y tú lo olvidases, lo cual, por cierto, te aseguro no sería posible, con amnesia demoníaca o sin amnesia demoníaca, quizás estaría enojada.

—Entonces, ¿nosotros realmente nunca...?

—Nosotros realmente nunca —confirmó Isabelle—. Sé que tú no recuerdas, pero las cosas fueron un poco frenéticas por aquí, con la guerra y toda la gente tratando de matarnos y tal. Y como dije, no creo en “sexo de despedida”.

Simon sintió como si la noche entera —posiblemente la noche más importante de su joven y triste vida sin experiencia— estuviese colgando en balance, y estuviera muy temeroso de decir la cosa equivocada.

—Entonces, uh, ¿en qué tipo de sexo crees?

—Creo que debería ser el comienzo de algo —dijo Isabelle—. Como, digo, hipotéticamente, si tu vida entera fuese a cambiar mañana, si este fuese a ser el primer día del resto de tu vida, yo querría ser parte de eso.

—El resto de mi vida.

—Síp.

—Hipotéticamente.

—Hipotéticamente. —Le quitó sus anteojos entonces y lo besó duro en los labios, luego muy suavemente en el cuello.

Exactamente donde un vampiro hundiría sus colmillos, alguna parte de él pensó. La mayoría de él, sin embargo, estaba pensando: Esto realmente va a suceder. Esto va a suceder esta noche.

—También, más que todo, creo en hacerlo porque quiero hacerlo —dijo Isabelle claramente—. Justo como cualquier otra cosa. Y quiero hacerlo. Asumiendo que tú lo haces.

—No tienes idea de cuánto —dijo Simon honestamente, y agradeció a Dios que la

sangre de Cazador de Sombras otorgaba telepatía—. Debería solo advertirte, yo no, quiero decir, no he, me refiero a que, esta sería la primera vez que yo, bueno...

—Serás un natural. —Ella besó su cuello de nuevo, después su garganta. Luego su pecho—. Lo prometo.

Simon pensó sobre todas las posibilidades de humillación, como que absolutamente no tenía idea de lo que estaba haciendo, y que usualmente cuando no tenía idea de lo que estaba haciendo, arruinaba las cosas. Montar un caballo, empuñar una espada, saltar de un árbol, todas esas cosas que la gente seguía diciendo que vendrían naturales, para él usualmente venían con golpes, moretones, y, más de una vez, un rostro lleno de estiércol.

Pero no había tratado ninguna de estas cosas con Isabelle a su lado. O en sus brazos.

Como resultado, eso hizo toda la diferencia.

* * *

—¡Buenos días! —cantó Simon, saliendo del Portal y entrando a su habitación en la

Academia, justo a tiempo para atrapar a Julie escurriéndose por la puerta.

—Er, buenos días —murmuró George, metido debajo de las sábanas—. No estaba seguro de que hubieses vuelto.

—¿Acabo de ver...?

—Un caballero no besa y habla. —George sonrió—. Hablando de eso, ¿debería preguntar dónde estuviste toda la noche?

—No deberías —dijo Simon firmemente. Mientras cruzaba la habitación hacia su armario para encontrar algo limpio que usar, hizo su mejor esfuerzo para mantener una tonta, distraída, adolorida sonrisa fuera de su rostro.

—Estás saltando —dijo George acusadoramente.

—No lo estoy.

—Y estabas tarareando —añadió George.

—Definitivamente no lo estaba.

—¿Sería este un buen momento para decirte que Jon Cartwright, el treinta y cinco, parece

haber terminado sus negocios en tu cajón de camisetas?

Pero esta mañana nada podría apagar el humor de Simon. No cuando él aún podía sentir el fantasma del toque de Isabelle. Su piel zumbaba con él. Sus labios se sentían hinchados. Su corazón se sentía hinchado.

—Siempre puedo conseguir nuevas camisetas —dijo Simon alegremente. Pensó que desde este punto en adelante, quizás diría todo alegremente.

—Creo que este lugar te ha oficialmente conducido a la locura. —George suspiró entonces, sonando un poco adolorido el mismo—. Sabes, realmente voy a extrañar aquí.

—No vas a llorar de nuevo, ¿cierto? Creo que quizás haya otro sensitivo hongo de limo creciendo en la parte posterior del cajón de mis calcetines, si quieres estar realmente conmocionado.

—¿Alguien usa calcetines para ser transformado en una mitad ángel súper humana máquina de pelea? —meditó George.

—No con sandalias —dijo Simon rápidamente. Él no había salido con Isabelle todos estos meses sin aprender algo acerca de calzado apropiado—. Nunca con sandalias.

Se vistieron para la ceremonia, eligiendo, después de algo de reflexión, sus atuendos más como Simon y más como George. Lo cual significaba, para George, pantalón y una camiseta de rugby; para Simon, una camiseta desteñida que él había hecho cuando la banda se llamaba Guinea Pig Death Posse. (Esta, afortunadamente, había estado tendida en el suelo por una semana, así que estaba libre de mierda de rata.) Después, sin hablar mucho, comenzaron a empacar sus pertenencias. La Academia no era mucho para celebraciones grandes, probablemente una cosa buena, Simon meditó, desde que en la última fiesta de toda la escuela, uno de los de primer año había fallado su ardiente arco y accidentalmente incendió el techo. No habría ceremonia de graduación, ni exageración para las cámaras con padres orgullosos, ni firmas de anuario o arrojar birretes. Solo el ritual de Ascensión, lo que sea que eso significase, y eso sería todo. El

final de la Academia; el comienzo del resto de sus vidas.

—No es cómo si jamás nos volveremos a ver —dijo George repentinamente, en un tono que sugería que había estado preocupado sobre exactamente eso.

Simon iba a ir de vuelta a Nueva York, y George iría al Instituto de Londres, donde, ellos decían, un Lovelace siempre era bienvenido. ¿Pero qué era un océano de distancia cuando podías usar un Portal? ¿O al menos e-mail?

—Claro que no —dijo Simon.

—Pero no será lo mismo —señaló George.

—No, supongo que no lo será.

George se ocupó con cuidadosamente meter sus calcetines en un compartimento de su maleta, lo cual Simon encontró alarmante, ya que era la primera vez en dos años que George hacía cualquier cosa cuidadosamente.

—Eres mi mejor amigo, sabes —dijo George sin levantar la mirada. Luego, rápidamente, como para prevenir argumentos—. No te

preocupes, sé que no soy tu mejor amigo, Sí. Tienes a Clary. Y a Isabelle. Y tu compañero de banda. Lo tengo. Solo pensé que deberías saberlo.

De alguna forma, Simon ya sabía esto. Nunca se preocupó en pensar mucho sobre ello, no pensaba mucho sobre George, punto, porque esa era la belleza de George. Simon nunca tenía que pensar sobre él, para desentrañar lo que él haría o cómo reaccionaría. Él solo era el firme, confiable George, siempre ahí, siempre lleno de alegría y entusiasmo para esparcir alrededor.

Ahora Simon pensó en él, sobre cómo de bien George lo conocía, y viceversa, no solo en las grandes formas: sus temores a mitad de la noche sobre fracasar en la Academia, el desafortunado anhelo hacia Isabelle de Simon, George incluso más desafortunado, si más desanimado, anhelo por la mayoría de las chicas que se cruzaban por su camino. Se conocían entre sí en las pequeñas formas, que George era alérgico a los anacardos, que Simon era alérgico a la tarea de latín, que George tenía

un miedo paralizante a las aves grandes, y de alguna forma, eso parecía importar incluso más. Por los últimos dos años, habían desarrollado una clave de compañeros de habitación, casi un lenguaje silencioso. No exactamente como un parabatai, Simon pensó, y no exactamente como un mejor amigo. Pero no algo menos qué. No algo que hubiese querido dejar atrás para siempre.

—Tienes razón, George. Tengo más que suficientes mejores amigos.

El rostro de George cayó, tan ligeramente que solo alguien quién lo conociese tan bien como Simon lo habría notado.

—Pero hay algo más que nunca he tenido —añadió Simon—. Al menos hasta ahora.

—¿Qué es?

—Un hermano.

La palabra se sentía correcta. No alguien a quien eligieses, alguien que el destino te asignó, alguien quien, bajo cualquier otra circunstancia, quizás nunca te habría echado un segundo vistazo, ni tú a él. Alguien por

quien morirías y matarías sin pensarlo dos veces, porque él era familia. Juzgando por la radiante sonrisa de George, la palabra le sonaba correcta a él, también.

—¿Vamos a tener que abrazarnos ahora o algo? —dijo George.

—Creo que eso quizás sería inevitable.

* * *

El Salón del Consejo era intimidantemente hermoso, luz del día fluyendo dentro por una ventana en lo alto del techo. Le recordó a Simon a los cuadros del Panteón, pero este lugar se sentía más antiguo que la antigua Roma. Esto se sentía atemporal. Los estudiantes de la Academia se amontonaron en pequeños grupos, todos viéndose demasiado nerviosos y distraídos para hacer algo más que comentar blandamente sobre el clima. (Que, como siempre en Idris, era perfecto). Marisol le dio a Simon una brillante sonrisa y un asentimiento marcado cuando lo vio entrar a la recámara, como si dijera, Nunca dudé de ti... casi.

Simon y George eran los últimos en llegar, y poco después de que lo hicieron, todos tomaron sus lugares para la ceremonia. Los siete mundanos fueron organizados en orden alfabético al frente de la recámara. Se suponía que debía haber diez de ellos, pero aparentemente Sunil no era el único que había reconsiderado de último momento. Leilana Jay, una chica muy pálida y alta de Memphis, y Boris Kashkoff, un europeo del este con músculos deteriorados y rodillas rubicundas, ambos se habían escabullido en algún tiempo en la noche. Nadie habló de ellos, ni los maestros, ni los estudiantes. Era como si nunca hubieran existido, Simon pensó, y luego imaginó a Sunil, Leilana y a Boris afuera en algún lugar en el mundo, viviendo solo con el conocimiento del mundo de las Sombras, sabiendo del mal pero sin la voluntad o la habilidad para pelear contra él.

Hay más de una manera de pelear contra el mal en este mundo, Simon pensó, y era la voz de Clary en su cabeza, y era la de Isabelle, y la de su madre, y la suya propia. No hagas esto

porque crees que tienes que. Hazlo porque quieres.

Solo si quieres hacerlo.

Los estudiantes de la Academia de Cazadores de Sombras —Simon nunca pensó en ellos como “elites” más, así como no pensó en él mismo y los mundanos como la “escoria”— se sentaron en las primeras dos filas de la audiencia. Los estudiantes no eran más dos niveles; eran un solo cuerpo. Una unidad. Hasta John Cartwright se veía orgulloso, y un poco nervioso, por los mundanos enfrente de la recámara, y cuando Simon captó sus ojos enganchando con Marisol y presionando dos dedos en sus labios y luego en su corazón, casi le pareció correcto. (O por lo menos, no un total crimen contra la naturaleza, que era un comienzo.) No había familiares en la audiencia, aquellos mundanos con parientes vivos (y eran depresivamente pocos) habían, por supuesto, ya cortado lazos. Los padres de George, quienes eran Cazadores de Sombra por sangre y no por decisión,

pudieron haber ido, pero él les pidió que no lo hicieran.

—Solo en caso de que explote, amigo —le confió a Simon—. No me malentiendas, los Lovelaces son popularmente resistentes, pero no creo que les guste una cara llena de George licuificado.

A pesar de ello, la sala estaba casi llena, esta era la primera clase de mundanos de la Academia en Ascender en décadas, y más que pocos Cazadores de Sombras querían verlo por ellos mismos. La mayoría de ellos eran desconocidos para Simon, pero no todos. Agrupados por detrás de las filas de estudiantes estaban Clary, Jace, Isabelle, y Magnus y Alec, quienes habían hecho un sorpresivo retorno desde Bali para la ocasión, adjuntándose su bebé azul retorciéndose. Todos ellos —incluso el bebé— tenían puestos sus ojos en Simon, como si pudieran hacerlo pasar por la Ascensión con pura fuerza de voluntad.

Esto, Simon se dio cuenta, era lo que significaba la Ascensión. Esto era lo que

significaba ser un Cazador de Sombras. No solo arriesgar la vida, no solo trazar runas y pelear demonios ocasionalmente salvando el mundo. No solo unirse a la Clave y acceder a seguir sus reglas draconianas. Significaba unirse a sus amigos. Significaba ser parte de algo más grande que él mismo, algo que como maravillosos será aterrador. Sí, su vida era mucho menos segura de lo que era hace dos años, pero era también mucho más completa. Como el salón del Consejo, estaba llena con toda la gente que amaba, personas quienes lo amaban.

Casi podrías llamarlos una familia.

* * *

Y entonces comenzó.

Y luego uno por uno los mundanos fueron llamados al estrado, donde los profesores se paraban en una línea sombría, esperando a apretar sus manos y desearles suerte.

Uno por uno los mundanos se acercaron a los dobles círculos trazados en el estrado y se arrodillaron en el centro, rodeados de runas. Dos Hermanos Silenciosos estaban ahí solo en caso de que algo fuera mal. Cada vez que un mundano tomaba posición, se doblaban sobre las runas y trazaban una nueva para simbolizar el nombre del estudiante. Entonces regresaban al filo del estrado de nuevo, de pie como estatuas en vestiduras, viendo. Esperando.

Simon esperó también mientras uno a uno, sus amigos llevaban a sus labios la Copa Mortal. Mientras una llama cesante de luz azul los rodeaba, luego se desvanecía.

Uno por uno.

Gen Almodovar. Thomas Daltrey. Marisol Garza.

Cada estudiante bebió.

Cada estudiante sobrevivió.

La espera era interminable.

Excepto que entonces la cónsul llamó su nombre, y se sintió demasiado pronto.

Los pies de Simon se sentían como bloques de cemento. Se forzó hacia el estrado, un paso a la vez, su latido pulsando como un altavoz de graves, haciendo todo su cuerpo temblar. Los profesores sacudieron su mano, inclusive Delaney Scarsbury, quien murmuró:

—Siempre supe que lo tenías, Lewis.

Una descarada mentira. Catarina Loss agarró su mano fuertemente y lo acercó, su brillante cabello blanco pasando su hombro mientras sus labios rozaban su oreja.

—Termina lo que empezaste Diurno. Tienes el poder para cambiar a estas personas para mejor. No lo desperdicies.

Como muchas de las cosas que Catarina le decía, no tenía mucho sentido, pero parte de él, lo entendió completamente.

Simón se arrodilló en el centro de los círculos y se recordó respirar.

La cónsul estaba frente a él, su tradicional vestido rojo, pasando por el suelo. Mantuvo sus ojos en las runas, pero podía sentir a Clary allí apoyándolo; podía escuchar el eco de la

risa de George; podía sentir el fantasma del toque cálido de Izzy en su piel. En el centro de estos círculos, rodeado de runas, esperando por la sangre divina para que corriera por sus venas y cambiarlo en alguna manera insondable, Simon se sintió profundamente solo, y aun así, al mismo tiempo, menos solo de lo que nunca había estado en su vida.

Su familia estaba allí, sosteniéndolo.

Ellos no lo dejarían caer.

—¿Juras, Simon Lewis, salvaguardar el mundo mundano y seguir el camino del Cazador de Sombras? —preguntó la cónsul Penhallow. Simon se había encontrado con la cónsul antes, cuando llevó una lectura a la Academia, y de nuevo en la boda de su hija con Helen Blackthorn. En ambas ocasiones, se había visto como una mamá básica; enérgica, eficiente, suficientemente linda, y no demasiado sorpresiva. Pero ahora se veía atemorizante y poderosa, menos un individuo que el repositorio andante de un milenio de tradición de Cazador de Sombras—. ¿Tomarás dentro de ti, la sangre del Ángel Raziel y

honraras esa sangre? ¿Juras servir a la Clave y seguir la Ley enunciada por el Convenio, y obedecer la palabra del Consejo? ¿Defenderás lo que es humano y mortal, sabiendo que por tu servicio, no habrá recompensa ni gracias, sino honor?

Para los Cazadores de Sombras, jurar era un acto de vida o muerte. Si hacía esta promesa, no había vuelta atrás a la vida que una vez había tenido, a Simon Lewis, nerd mundano, aspirante a estrella de rock. No había más opciones a considerar. Solo estaba su juramento, y una vida de esfuerzo para llenarlo.

Simon sabía que si levantaba la mirada, podría encontrarse con los ojos de Isabelle, o los de Clary, y tomar fuerza de ellas. Podía silenciosamente preguntarles si este era el camino correcto, y ellas se lo asegurarían.

Pero esta elección no podía pertenecerles a ellas. Tenía que ser suya, y suya sola.

Cerró sus ojos.

—Lo juro. —Su voz no tembló.

—¿Puedes ser un escudo para el débil, una luz en la oscuridad, una verdad entre falsedades, una torre en el lodo, un ojo para ver cuando los otros estén ciegos?

Simon imaginó toda la historia tras esas palabras, todos los cónsules tras de Jía Penhallow acumulados atrás por décadas y siglos, sosteniendo esa misma Copa ante un mundano tras otro. Tantos mortales, ofreciéndose para unirse a la batalla. Siempre le habían parecido tan valientes a Simon, arriesgando sus vidas —sacrificando sus futuros por una causa mayor— no porque habían nacido en la gran batalla entre el bien y el mal, sino porque habían escogido no vivir de lado, dejando a otros pelear por ellos.

Se le ocurrió, que si ellos fueron valientes para tomar la decisión. Quizás él lo era también.

Pero no se sintió para nada como valentía, no ahora.

Se sintió simplemente como dar el siguiente paso. Así de simple.

Lo inevitable.

—Puedo —respondió Simon.

—¿Y cuándo mueras, renunciarás a tu cuerpo para ser cremado por los Nephilim, para que tus cenizas se usen para la construcción en la Ciudad de Hueso?

Ni siquiera el pensamiento de esto lo atemorizó. De pronto parecía un honor, que su cuerpo sería de algún uso después de la muerte, que desde ese punto en adelante, el mundo de los Cazadores de Sombras lo había reclamado, para la eternidad.

—Lo haré —dijo Simon.

—Ahora bebe

Simon tomó la Copa en sus manos. Era más pesada de lo que se veía y curiosamente más cálida al toque. Lo que sea que hubiera dentro no se veía mucho como sangre, afortunadamente, pero no se parecía a nada que pudiera reconocer tampoco. Si no hubiera sabido mejor, Simon habría dicho que la Copa estaba llena de luz. Mientras la ojeó, el extraño líquido casi se veía como pulsando un suave brillo, como si dijera, Vamos, bébeme.

No podía recordar la primera vez que había visto la Copa Mortal —ese era uno de los recuerdos que había perdido— pero sabía el rol que había jugado en su vida, sabía que si no fuera por la Copa, él y Clary quizás nunca hubieran descubierto la existencia de los Cazadores de Sombras en primer lugar. Todo había comenzado con la Copa Mortal; parecía encajar que terminara con ella también.

No terminar, Simon pensó rápidamente. Esperemos no terminar.

Se decía que mientras más joven fueras, era menos propenso a que beber de la Copa te matara. Subjetivamente, Simon tenía diecinueve, pero recientemente había aprendido que para las reglas de los Cazadores de Sombras, solo tenía dieciocho. Los meses que había pasado como vampiro aparentemente no contaban. Solo podía esperar que la Copa entendiera eso.

—Bebe —repitió la cónsul quedamente, una nota de humanidad crepitando en su voz.

Simon llevó la Copa a sus manos.

Y bebió.

* * *

Él está enredado en los brazos de Isabelle, escondido por el cabello de Isabelle, está en contacto con el cuerpo de Isabelle, está perdido en Isabelle, en su olor, su sabor y en la seda de su piel.

Él está en el escenario, la música sonando, el suelo temblando, el público animando, los latidos de su corazón latiendo, latiendo, latiendo junto al toque de tambor.

Él está riendo con Clary, bailando con Clary, comiendo con Clary, corriendo por las calles de Brooklyn con Clary, ellos son niños nuevamente, son la mitad de un todo, se toman de las manos, aprietan un poco y se comprometen a nunca dejarse ir.

Él está frío, rígido, la vida siendo drenada fuera de él, está abajo, en la oscuridad, arañando su camino a la luz, las uñas raspando la suciedad, la boca llena de tierra, con los ojos tapados con tierra, se esfuerza,

llegando, arrastrándose a sí mismo hacia el cielo, y cuando llega al mismo, abre la boca, pero no respira, porque ya no necesita respirar, solo tiene que alimentarse. Y está tan hambriento.

Él está hundiendo sus dientes en el cuello del hijo de un ángel, está bebiendo la luz.

Él está con una marca, y esta quema.

Él está levantando su rostro para encontrarse con la mirada de un ángel, es desollado por la furia del fuego del ángel, y aun así, descarado y sin derramamiento de sangre, él vive.

Él está en una jaula.

Él está en el infierno.

Él está inclinado sobre el cuerpo roto de una hermosa niña, está rezando a cualquier dios que escuche, por favor déjala vivir, cualquier cosa para que ella viviera.

Él está regalando lo que es máspreciado para él, y está haciendo tanto sacrificio, así sus amigos sobrevivirán.

Él está, de nuevo, con Isabelle, siempre con Isabelle, la sagrada llama de su amor los abarca a los dos, y no hay dolor, y hay exquisita alegría, y sus venas queman con fuego del ángel y él es el Simón que una vez fue y el Simón que luego se convirtió y el Simón que ahora va a ser, que perdura y que renace, es sangre, carne y una chispa de lo divino.

Él es Nephilim

Simon no vio el destello de luz que había esperado, sólo vio la avalancha de recuerdos, una ola gigante que amenazaba con ahogarlo en el pasado. No era simplemente una vida que pasaba ante sus ojos; era una eternidad, todas las versiones de sí mismo que nunca podrían haber sido, que nunca sería. Y luego se acabó. Su mente se quedó inmóvil. Su alma se tranquilizó. Y sus recuerdos —las partes de sí mismo que había temido que hubieran perdido para siempre— habían llegado a casa.

Había pasado dos años tratando de convencerse a sí mismo que estaba bien si nunca recordaba, que podía vivir juntando los fragmentos de su pasado, dependiendo de que otros le dijeran sobre la persona que una vez había sido. Pero nunca se había sentido bien. El agujero vacío en su memoria era como un miembro amputado; había aprendido a compensarlo, pero nunca había dejado de sentir la ausencia o el dolor.

Ahora, por fin, estaba completo.

Él estaba más que completo, se dio cuenta, cuando la cónsul dijo con orgullo:

—Ahora eres un Nephilim. Te nombro Simon Shadowhunter, de la sangre de Jonathan Shadowhunter, hijo del Nephilim. —Era un nombre de marcada posición, hasta que optó por uno nuevo por sí mismo. Momentos antes, eso parecía impensable, pero ahora se sentía correcto. Él era la misma persona que siempre había sido... y sin embargo. No era Simon Lewis nunca más. Él era alguien nuevo.

—Arise.

Él se sintió... no sabía cómo se sentía, excepto aturdido. Lleno de alegría y confusión y lo que parecía ser una luz parpadeante, creciendo más brillante a cada segundo.

Se sentía fuerte.

Se sentía listo.

Se sentía como si sus abdominales todavía fueran prácticamente solo un paquete de dos, pero supuso que incluso una taza mágica podría conseguirlo ahora.

La cónsul se aclaró la garganta.

—Arise —dijo de nuevo. Luego bajó la voz a un susurro—. Eso significa que te levantas y le das a alguien el lugar.

Simon todavía estaba tratando de librarse de su aturdimiento alegre cuando camino de regreso junto a los demás.

George fue el siguiente, y cuando se cruzaron, chocó los cinco con Simón.

Simon se preguntó lo que George podría ver en el interior de la luz, si sería tan maravilloso. Se preguntó si, después de la ceremonia, compararían notas, o si este era el tipo de

cosas que se supone que debes mantener para ti mismo. Supuso que probablemente había algún tipo de protocolo de Cazadores de Sombras para que siguieran, los Cazadores de Sombras tenían un protocolo para todo.

Nosotros, se corrigió con ironía. Nosotros tenemos un protocolo para todo.

Esto tomará algún tiempo para acostumbrarse.

George estaba de rodillas en el interior de los círculos, la Copa Mortal en sus manos. Era extraño, el ser un Cazador de Sombras mientras que George todavía era un mundano, como si no hubiera ahora una división invisible entre ellos. Esto era lo más alejados que alguna vez estaríamos, pensó Simón, y silenciosamente instó a su compañero de habitación a que se diera prisa y bebiera.

La cónsul dijo las palabras tradicionales. George juró su juramento de lealtad a los Cazadores de Sombras sin dudarlo, respiró hondo y levantó la Copa Mortal como dando un brindis.

—¡Slàinte! —gritó, y cuando sus amigos empezaron a reír, tomó un trago.

Simon seguía riendo cuando comenzó el griterío.

La sala quedó en silencio absoluto, pero en la mente de Simon, había una sirena de dolor. Un grito sobrenatural inhumano.

El grito de George.

En el estrado, George y la cónsul se envolvieron en un flash imposible de cegadora oscuridad.

Cuando se desvaneció, la cónsul se puso en pie, los Hermanos Silenciosos ya a su lado, todos ellos mirando hacia abajo a algo horrible, algo con la forma de una persona, pero no su cara y no con su piel. Algo con venas negras abultadas a través de la carne agrietada, algo con la Copa Mortal todavía apretada en su puño rígido, algo marchito, retorciéndose, desmoronándose, una criatura con el cabello de George y las zapatillas de deporte de George, pero en lugar de la sonrisa de George, un torturado, rictus desdentado dejando escapar algo demasiado negro para

ser sangre. No George, pensó Simón con furia cuando la cosa dejó de sacudirse, temblar y cayó. Y de alguna manera, en la cabeza de Simon, George gritaba y gritaba.

La cámara era una tormenta de movimiento, responsables adultos presionando a los estudiantes a que salieran de la habitación, jadeos, gritos y alaridos, pero Simon apenas registró algo de eso. Se movió hacia delante, hacia lo que no podría ser George, presionando hacia el estrado con la fuerza y velocidad de un Cazador de Sombras. Simon iba a salvar a su compañero de habitación, porque era un Cazador de Sombras, y eso es lo que hacían los Cazadores de Sombras.

No notó a Catarina Loss viniendo tras él, no hasta que sus manos estuvieron sobre sus hombros, su agarre apenas ligero como para que él se pudiera soltar, pero no podía moverse.

—¡Suéltame! —gritó Simón. Los Hermanos Silenciosos se arrodillaron junto a la cosa ahora, el cuerpo, pero que no estaban haciendo

nada por él. Ellos no estaban ayudando. Estaban mirando fijamente a la telaraña de venas manchadas de tinta que se separaban por la carne—. ¡Tengo que ayudarlo!

— No. —La mano de Catarina se apoyó en su frente y los gritos en su mente se quedaron en silencio. Ella todavía se aferraba; él todavía no podía moverse. Él era un Cazador de Sombras, pero ella era una bruja. Él no podía hacer nada—. Es demasiado tarde.

Simon no podía ver las venas negras comiéndose la piel o los ojos hundidos fundidos en el cráneo. Se centró en las zapatillas de deporte. Las zapatillas de deporte de George. Una de ellas estaba desatada, como pasaba a menudo. Justo esa mañana George había tropezado con los cordones, y Simon lo había agarrado antes de que cayera. “La última vez que me vas a salvar”, había dicho George con otro de sus suspiros melancólicos, y Simon había disparado de vuelta, “no lo creo”.

Las venas fueron apareciendo, con un sonido como Rice Krispies en la leche. El cuerpo estaba empezando a supurar.

Simón se aferraba a Catarina también. Sosteniéndose apretado.

—¿Cuál es el punto? —dijo con desesperación, porque cuál era el punto de morir de esta manera, no en batalla, no para una buena causa, no para salvar a un compañero guerrero o al mundo, ¿sino por nada? ¿Y cuál era el punto de la vida como Cazador de Sombras?, ¿cuál era el punto de la habilidad, valentía y poderes sobrehumanos, cuando no se podía hacer otra cosa que esperar y mirar?

—A veces no tiene sentido —dijo Catarina suavemente—. Es simplemente lo que es.

Qué es, pensó Simón, cuando una ola de rabia, frustración y horror casi lo consumía. No iba a dejarse consumir; no iba a desperdiciar este momento, si esto era todo lo que tenía. Había pasado dos años haciéndose fuerte, sería fuerte por George, ahora, era la única manera que le quedaba. Daría testimonio.

Simon llamó a su voluntad. Qué es.

Se obligó a no mirar hacia otro lado.

Qué es: George. Valiente, amable y bueno.
George, muerto. George, ido.

Y aunque él no sabía lo que la Ley tenía que decir acerca de la muerte por la Copa Mortal, si la Clave consideraría a George como uno de los suyos y le daría los derechos funerarios de un Cazador de Sombras, no le importaba. Él sabía lo que era George, lo que estaba destinado a ser, y lo que se merecía.

—Ave atque vale, George Lovelace, hijo de Nephilim —susurró—. Por siempre y para siempre, mi hermano, hola y adiós.

* * *

Simon pasó un dedo sobre la pequeña placa de piedra, recorriendo las letras grabadas: GEORGE LOVELACE.

—Es hermoso, ¿no? —dice Isabelle detrás de él.

—Sencillo —añade Clary—. Le habría gustado así, ¿no crees?

Simon pensó que George hubiera preferido ser enterrado en la Ciudad de Huesos, como el Cazador de Sombras que era. (Es más, habría preferido no estar muerto en absoluto).

La Clave lo había rechazado. Murió en el acto de Ascensión, lo que a sus ojos lo marcaba como indigno. Simon había tratado muy duro de no estar enojado por eso.

Pasó mucho tiempo esos días tratando de no estar enojado.

—Fue amable del Instituto de Londres ofrecer un lugar para él, ¿no lo crees? —dijo Isabelle. Simon podía escuchar en su voz lo duro que estaba tratando, lo preocupada que estaba por él.

Me dijeron que un Lovelace siempre es bienvenido en el instituto de Londres, había dicho George cuando escuchó sobre su ubicación.

Después de su muerte el instituto había cumplido su palabra.

Había habido un funeral, lo cual Simon había aguantado. Había habido una serie de reuniones, grandes y pequeñas, con sus amigos de la Academia, Simon y los demás contando historias e intercambiando recuerdos, y tratando de no pensar en ese último día. Jon casi siempre lloraba.

Luego había estado todo lo demás: La vida como Cazador de Sombras, afortunadamente ocupada con entrenamiento y experimentando con su recién descubierta gracia física y energía, junto con luchar contra el ocasional demonio o solitario vampiro. Habían sido largos días con Clary, deleitándose con el hecho de que él ahora podía recordar cada segundo de su amistad, preparándose para su ceremonia parabatai, la cual estaba a solo unos días. Había habido numerosas peleas de entrenamiento con Jace, por lo general finalizando con Simon sobre su espalda mientras Jace se paraba sobre él, regodeándose en su habilidad superior, porque esa era la forma de Jace de mostrar afecto. Habían sido tardes de cuidar al hijo de Magnus y Alec, acurrucando al pequeño niño

azul contra su pecho y cantándole hasta dormir, y sintiéndose, por unos preciosos minutos, casi en paz.

Había estado Isabelle, que lo amaba, lo que hacía brillar cada día.

Había habido tanto para hacer que la vida valiera la pena, y así Simon había vivido, y el tiempo había pasado, y George todavía estaba muerto.

Le había pedido a Clary que le hiciera un portal hacia aquí, a Londres, por razones que no entendía totalmente.

Se había despedido de George tantas veces ya, pero de alguna forma nada de eso se sentía muy definitivo, no se sentía bien.

—Te llevaré allí —había dicho Clary—. Pero voy a ir contigo.

Isabelle también había insistido, y Simon estaba feliz por eso.

Una suave briza sopló a través del jardín del instituto, haciendo crujir las hojas y llevándose el débil olor de las orquídeas. Simon pensó que George estaría contento, al

menos, de pasar la eternidad en un lugar donde no hubiera amenaza de oveja.

Simon se puso de pie, acompañado de Clary e Isabelle. Cada una deslizó su mano en la de él, y se pararon allí silenciosamente, unidos. Ahora que Simon había recuperado su pasado, podía recordar todas las veces que casi había perdido a una de ellas, como podía recordar ahora, vívidamente, a toda la gente que había perdido. Por la batalla, por asesinato, por enfermedad. Ser un Cazador de Sombras, supo, significaba estar en una forma íntima con la muerte.

Pero entonces, también lo era ser humano.

Algún día perdería a Clary e Isabelle, o ellas lo perderían. Nada podría evitar eso. ¿Así que cuál era el punto?, le había preguntado a Catarina, pero lo sabía mejor que eso. El punto no era que trataras de vivir para siempre; el punto era que vivieras, e hicieras cada cosa que pudieras para vivir bien.

El punto era las elecciones que hacías y le gente que amabas.

Simon jadeó.

—¿Simon? —dijo Clary asustada—. ¿Qué es eso?

Pero Simon no podía hablar; sólo podía mirar boquiabierto la tumba de piedra, donde el aire era brillante, y la luz translucida se estaba moldeando en dos figuras. Una era una chica como de su edad; tenía largo cabello rubio, ojos azules, y enaguas de antaño de una duquesa de BBC. El otro era, George, y le estaba sonriendo a Simon. La mano de la chica estaba en su hombro, y había algo amable en el gesto, algo cálido y familiar.

—George —susurró Simon. Luego parpadeó, y las figuras se habían ido.

—Simon, ¿qué estás mirando? —preguntó Isabelle con el tenso e irritado tono que usaba cuando estaba intentando no estar asustado.

—Nada. —¿Qué se suponía que dijera? ¿Qué había visto el fantasma de George salir de la neblina?

¿Que no había visto sólo a George, lo que casi tendría sentido, sino a una hermosa y anticuada extraña? Sabía que los Cazadores de Sombras podían ver fantasmas cuando

aquellos fantasmas querían ser vistos, pero también sabía que las personas afligidas a menudo veían lo que querían ver.

Simon no sabía qué pensar. Pero sabía lo que quería pensar.

Quería que un hermoso espíritu del pasado, tal vez incluso un Lovelace muerto desde hace mucho tiempo, llevara a George con ella, a dondequiera que los espíritus fuesen. Quería creer que George había sido bienvenido en los brazos de sus ancestros, donde alguna parte de él viviría.

No es muy probable, Simon se recordó. Simon fue adoptado, no un Lovelace de sangre. Y para los Cazadores de Sombras, presumiblemente incluso los muertos que poseían jardines británicos, todo dependía de la sangre.

—Simon... —Isabelle presionó sus labios contra su mejilla—. Sé lo mucho que tú... Sé que era como tu hermano. Deseo poder haberlo conocido mejor.

Clary apretó su mano.

—Yo también.

Ambas, recordó Simon, también habían perdido un hermano.

Y ambas se preocupaban por más que sólo los linajes. Ambas entendían que la familia podía ser cuestión de elección, de amor. Igual que Alec y Magnus, que habían tomado al niño de alguien más en su casa y en sus corazones. Al igual que los Lightwood, que habían adoptado a Jace cuando no tenía a nadie más.

Al igual que Simon, que ahora era un Cazador de Sombras él mismo. Que podía cambiar lo que significaba ser un Cazador de Sombras solamente por hacer nuevas elecciones. Mejores elecciones.

Entendió por qué había sentido la necesidad de venir aquí, casi como si hubiera sido citado. No para despedirse de George, sino para encontrar una forma de aferrarse a una parte de él.

—Creo que sé cuál quiero que sea mi nombre de Cazador de Sombras —dijo.

—Simon Lovelace —dijo Clary, como siempre, conociendo su mente tan bien como él—. Tiene un incuestionable timbre en él.

Los labios de Isabelle se curvaron.

—Un sexy timbre.

Simon rió y parpadeó para alejar las lágrimas. Por un borroso momento, pensó que vio a George sonriendo entre la neblina de nuevo, y luego desapreció. George Lovelace se había ido.

Pero Simon Lovelace seguía aquí, y era hora de hacer que valiera la pena.

—Estoy listo —le dijo a Clary e Isabelle, las dos maravillas que habían cambiado su vida, las dos guerreras que arriesgarían cualquier cosa y todo por aquellos que amaban, las dos chicas que se habían convertido en sus héroes y su familia.

—Vamos a casa.